

Antología del pensamiento crítico cubano contemporáneo

Coordinador
Jorge Hernández Martínez

.cu

Colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño**

.cu

La colección **Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño** es un emprendimiento editorial de CLACSO destinado a promover el acceso a la obra de algunos de los más destacados autores de las ciencias sociales de América Latina y el Caribe.

En su primera etapa, la colección constará de 50 títulos, entre volúmenes individuales y compilaciones, reuniendo el aporte de más de 350 autores y autoras de diversos campos disciplinarios, países y perspectivas teóricas.

Se trata de una iniciativa editorial sin precedentes por su magnitud y alcance. Todas las obras estarán en acceso abierto y podrán ser descargadas gratuitamente en la Librería Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales y de la Biblioteca Virtual de CLACSO, democratizando una producción académica fundamental que, con el paso del tiempo y debido a las limitadas formas de distribución editorial en nuestra región, tiende a ser desconocida o inaccesible, especialmente para los más jóvenes.

Además de su versión digital, la **Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño** será publicada también en versión impresa. Como CLACSO siempre lo ha hecho, reconocemos la importancia del libro como uno de los medios fundamentales para la difusión del conocimiento académico. Particularmente, enfatizamos la importancia de que ciertos libros de referencia, como los que constituyen esta colección, formen parte de nuestras bibliotecas universitarias y públicas, ampliando las oportunidades de acceso a la producción académica rigurosa, crítica y comprometida que se ha multiplicado a lo largo del último siglo por todos los países de América Latina y el Caribe.

Poniendo a disposición de todos el principal acervo intelectual del continente, CLACSO amplía su compromiso con la lucha por hacer del conocimiento un bien común, y con la promoción del pensamiento crítico como un aporte para hacer de las nuestras, sociedades más justas y democráticas.

Pablo Gentili
Director de la Colección

**Antología del
pensamiento crítico
cubano contemporáneo**

.CU

Antología del pensamiento crítico cubano contemporáneo / Germán Sánchez Otero ... [et al.]; compilado por Jorge Hernández Martínez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2015.

Libro digital, PDF - (Antologías del pensamiento social latinoamericano y caribeño / Gentili, Pablo)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-722-126-8

1. Pensamiento Crítico. 2. Análisis Sociológico. I. Sánchez Otero, Germán
II. Hernández Martínez, Jorge, comp.
CDD 301

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Pensamiento Crítico / Intelectuales / Pensamiento Contemporáneo /
Pensamiento Social / Cuba

Antología del pensamiento crítico cubano contemporáneo

Coordinador

Jorge Hernández Martínez

Germán Sánchez Otero | Ernesto *Che* Guevara | Aurelio Alonso Tejada |
Jesús Arboleya | Isabel Monal | Fernando Martínez Heredia | Ambrosio
Fornet | Carolina de la Torre | María del Carmen Barcia | Mayra Paula
Espina Prieto | María Isabel Domínguez | Norma Vasallo Barrueta |
Pedro Pablo Rodríguez | Juan Triana Cordoví | Raúl Roa | Carlos Rafael
Rodríguez | Julio Le Riverend | Carlos Alzugaray Treto | Sergio Guerra
Vilaboy | Roberto Fernández Retamar | Gilberto Valdés Gutiérrez

.CU

Colección Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño

Director de la Colección Pablo Gentili

Coordinación Editorial Fernanda Saforcada y Lucas Sablich

Diseño de Colección Marcelo Giardino

Producción Fluxus Estudio

Primera edición

Antología del pensamiento crítico cubano contemporáneo (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2015)

ISBN 978-987-722-126-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1101AAX Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Tel. [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Jorge Hernández Martínez Introducción		11
---	--	----

REVOLUCIÓN, SOCIALISMO Y CRISIS

Germán Sánchez Otero "La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952"		41
---	--	----

Ernesto <i>Che</i> Guevara "El socialismo y el hombre en Cuba"		113
--	--	-----

Aurelio Alonso Tejada "La sociedad cubana en los años noventa y los retos del comienzo del nuevo siglo"		129
---	--	-----

Jesús Arboleya "La Revolución del futuro"		147
---	--	-----

IDEOLOGÍA, CULTURA E IDENTIDAD

Isabel Monal	
"La huella y la fragua: el marxismo, Cuba y el fin de siglo"	171
Fernando Martínez Heredia	
"Notas sobre sociedad y cultura en la Cuba actual"	191
Ambrosio Fornet	
"El quinquenio gris: revisitando el término"	207
Carolina de la Torre	
"Conciencia de mismidad: identidad y cultura cubana"	227

SOCIEDAD CIVIL Y ECONOMÍA POLÍTICA

María del Carmen Barcia	
"De la reestructuración a la crisis: la sociedad cubana a finales del siglo XIX"	239
Mayra Paula Espina Prieto	
"La política social en Cuba: nueva reforma económica"	263
María Isabel Domínguez	
"Juventud e investigaciones sociales en Cuba"	277
Norma Vassallo Barrueta	
"Subjetividad femenina y cambio social en Cuba"	295
Pedro Pablo Rodríguez	
"Raza y color: el dilema cubano"	313
Juan Triana Cordoví	
"Cuba. ¿De la 'actualización' del modelo económico al desarrollo?"	327

CUBA ANTE EL MUNDO

Raúl Roa	
"Cuba ante la situación internacional"	339
Carlos Rafael Rodríguez	
"Fundamentos estratégicos de la política exterior de Cuba"	353

Julio Le Riverend
"El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo" | 369

Carlos Alzugaray Treto
"Cuba: Definiendo estrategias de política exterior
en un mundo cambiante (2001-2011)" | 393

MIRAR A AMÉRICA LATINA

Sergio Guerra Vilaboy
"De la globalización neoliberal a la revolución bolivariana" | 437

Roberto Fernández Retamar
"Calibán quinientos años más tarde" | 489

Gilberto Valdés Gutiérrez
"Diversidad y articulación en América Latina" | 515

Sobre los autores | 545

Sobre el antologista | 557

Jorge Hernández Martínez

INTRODUCCIÓN*

CONFORMAR UNA ANTOLOGÍA supone un ejercicio intelectual complicado, estimulante y frustrante a la vez. En la medida que requiere la búsqueda, el escrutinio, el hallazgo, se siente el constante acicate de seguir hacia adelante, hurgando aquí y allá, avanzando en la lectura, tomando notas, contrastando perspectivas y organizando mentalmente la aproximación al tema que motiva la selección. Pero a la vez, a la hora de discernir entre lo primordial y lo accesorio, de tomar esto y dejar aquello, asoma cierto engorro, cuando la dificultad en la decisión de escoger, incluir, priorizar, se impone con reiteración y conduce casi que de modo cíclico a reconsiderar con frecuencia no pocos de los criterios que se habían definido antes. Y sin embargo, la impostergable determinación de los textos a incorporar —atendiendo al imperativo de cumplir un calendario de trabajo y a requisitos indispensables, como la extensión adecuada, el balance temático, la diversidad de miradas, las secuencias temporales—, presiona sobre la decisión acerca de los autores, de los contenidos de los trabajos y la lógica expositiva que estructurará la antología. Afortunadamente, esa es la base que hace posible que el ejercicio

* Fernando Martínez Heredia, “Prólogo”, *Pensar a contracorriente I*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p. X.

culmine o se concrete en una propuesta, como el presente libro, que haga bueno el noble propósito del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) de contribuir al tremendo esfuerzo en pos de un mayor y mejor conocimiento de las realidades de los países de América Latina, incluyendo las visiones que a lo largo de los últimos cincuenta años se han forjado a través del pensamiento social que acompaña las experiencias, proyectos, utopías y logros que han ido haciendo más libres y más cultos a nuestros pueblos. Al decir de José Martí, acudiendo a un par de frases harto conocidas pero sumamente ilustrativas de ese quehacer, “ser cultos es la única manera de ser libres” y “leer es una manera de crecer”.

La obra que el lector tiene en sus manos es, en buena medida, resultado de condicionamientos como los mencionados. De allí que se trate de un esfuerzo que mezcle la satisfacción con la incomodidad. La oportunidad y el reto que plantearon la ardua labor de seleccionar entre decenas de ensayos y de ángulos visuales llevaron consigo el reconocimiento de que el producto final sería, necesariamente, incompleto. Bajo la comprensión de que el pensamiento social es reflejo de la realidad, y de que ésta es siempre compleja, cambiante, contradictoria, se trató de que los textos se detuvieran en determinadas etapas, procurando en lo posible un eslabonamiento entre ellas y los fenómenos principales que se fraguaban dentro de las contextualizaciones correspondientes y que los escritores —políticos, investigadores, profesores, sociólogos, filósofos, economistas, historiadores, críticos literarios— convirtieron en objeto de su atención. La intención ha sido propiciar una unidad de lectura progresiva, a través de la cual se abordan cinco núcleos temáticos o grupos de ensayos, que abordan cuestiones, procesos, problemas, que guardan cierta coherencia o complementariedad, tanto en su expresión factual, en la realidad objetiva, como en la interpretación teórica, en la representación subjetiva que ofrecen los autores.

La presente selección de los principales aportes del pensamiento crítico, democrático y emancipatorio que se ha generado en Cuba en los últimos cincuenta años, ha identificado a un grupo de figuras cuya producción intelectual se define por el compromiso consecuente con la reflexión sistemática sobre las problemáticas de ese país y del entorno latinoamericano. Desde este punto de vista, se ha descartado a autores que en algún momento han abrazado un proyecto de vida que les ha apartado de dicho compromiso, y se han colocado en posiciones de confrontación con el pensamiento crítico, bien desde ópticas teóricas afincadas en el neoliberalismo, bien desde posturas políticas asociadas a la derecha política en el subcontinente, opuestas a las concepciones y acciones que en América Latina se identifican

con las luchas populares y con el cambio progresista revolucionario, que creen que un mundo mejor es posible.

Se ha partido del criterio de que las figuras presentes en la Antología se caractericen por una labor intelectual más o menos sistemática, prolongada y trascendente a lo largo del tiempo, y que aún en aquellos casos de desaparición física, la obra permanezca en el legado del pensamiento social cubano y latinoamericano, con indiscutible reconocimiento y resonancia, tanto en la esfera académica como en la del quehacer sociopolítico. Esto supone que se trata de especialistas cuya obra es familiar a los estudiosos que dirigen su atención hacia las áreas específicas del conocimiento que se hallan involucradas.

Como cualquier selección, la presente Antología responde, necesariamente, a una apreciación subjetiva. Sin embargo, los autores contemplados son representativos del pensamiento crítico cubano especializado, conocidos en el ámbito internacional y en la mayoría de los casos, con presencia regular en las actividades y eventos relacionados con las ciencias sociales que se realizan en América Latina y el Caribe, así como en el resto del hemisferio y en otras latitudes. En tal sentido, más allá de la posible inclusión legítima de otros autores y trabajos, los que conforman esta propuesta ejemplifican la tradición de la ensayística cubana comprometida desde el punto de vista intelectual, ético y político con la nación —como ya se ha indicado—, con el ideario martiano y bolivariano, con una definida vocación latinoamericanista.

Teniendo en cuenta que el período examinado —los últimos cincuenta años— comprende el impacto múltiple o multidimensional de la Revolución Cubana para las causas emancipatorias y el cambio histórico en Nuestra América, se partió de la premisa de que la selección de los autores y los textos reflejara, por una parte, diferentes dimensiones o momentos en el desarrollo de dicho proceso revolucionario y por otra, que expusieran visiones o perspectivas cubanas sobre la dinámica latinoamericana, incluyendo referencias a la dominación imperialista estadounidense, como factor imprescindible en el conocimiento e interpretación de los logros y límites del acontecer contemporáneo a escala nacional y regional.

Con ese enfoque, se han incluido intelectuales cuya producción se ubica en distintas etapas o períodos, sin que la Antología se haya estructurado, como podrá advertirse, con un criterio cronológico. Pero como se apreciará, determinados autores y obras responden, esencialmente, a uno u otro período, en tanto que otros prolongan su creatividad a lo largo de variadas etapas. Así, por ejemplo, algunos se concentran, esencialmente, en el decenio de 1960, en tanto que otros se colocan en los años de 1990 o en el siglo XXI. No faltan las miradas que encuentran espacios en el pensamiento social cubano durante

treinta y cuarenta años, con resonancia en el acontecer latinoamericano. Se trata de que también en ciertas etapas afloran con más fuerza unos u otros temas, que se convierten en objetos de reflexión, indagación e interpelación crítica desde las ciencias sociales y la polémica cultural, que desbordan su importancia puntual o circunstancial, trascendiendo a través del tiempo, fertilizando un terreno creativo que reclama o permite ulteriores aproximaciones y rescates analíticos.

Va de suyo que algunos autores se ubican, desde su propia existencia y contribución académica o política, en una u otra época. Ello es más claro en los casos de figuras que al momento de producirse el triunfo de la Revolución Cubana, finalizando el decenio de 1950, ya alcanzaban una experiencia vital, junto a una estatura profesional que les permitió una ágil inserción en la vida cultural o un temprano desempeño gubernamental. Desde allí, ello les permitió contribuir, entre los años sesenta, los setenta y los ochenta, con su quehacer intelectual e institucional, al desarrollo del pensamiento y de la práctica sociopolítica en el país, permaneciendo su obra en el imaginario y en la historia de las ideas en Cuba. Este hecho contrasta con el aporte, sobre todo en las décadas de 1990, 2000 y 2010, de otras generaciones de estudiosos, cuyas indagaciones, hipótesis y conclusiones adquieren tanta relevancia para la vida espiritual de la nación como la de los aludidos con anterioridad. Con dos excepciones, teniendo en cuenta la conveniencia de completar puntos de vista, en la Antología se contempla sólo un texto por autor.

Asimismo, se ha considerado el peso cualitativo que han tenido los ensayos que conforman esta obra para la comunidad académica en Cuba, en la medida en que constituyen fuentes bibliográficas en cursos que se imparten en la enseñanza universitaria o que son objeto de referencias en ulteriores trabajos producidos en el país; y también la repercusión que no pocos de ellos han tenido y tienen en el ámbito científico-social y cultural latinoamericano. Se tuvo en cuenta además, en lo posible, la presencia de autores de ambos sexos, si bien en Cuba la representación de la mujer como sujeto activo en la labor creativa en el terreno de las ciencias sociales, como ha sucedido también en otros, se ha ido incrementando con el propio decurso, en general, del proceso revolucionario. En este sentido, se advierte un punto de inflexión significativo a partir de finales de la década de 1980.

Una última, pero no menos relevante precisión, tiene que ver con la naturaleza de los trabajos que integran la presente Antología, con sus contenidos y pertenencias disciplinarias. En todos los casos, se trata, obviamente, de miradas vigorosas que por su contenido y forma constituyen propuestas ensayísticas, en unas ocasiones acompañadas por una prosa elaborada y refinada, que hacen difícil sepa-

rar el abordaje propiamente académico de la impronta metafórica, literaria, filosófica, antropológica, y en otras cobijadas en el esmero científico-social, apoyadas en la minuciosidad de la sociología o la economía política con respecto al dato estadístico, o en la precisión historiográfica referida a los hechos. No obstante, queda claro que algunos de los trabajos no fueron concebidos, dada su intención original y el contexto en que aparecieron, como ensayos escritos desde el gabinete, sino que nacieron al calor de coyunturas, en calidad de conferencias, epístolas e incluso, en un caso, se trata de una entrevista. La resultante —por ello mismo, o a pesar de ello— es una muestra representativa que hace bueno el objetivo de la convocatoria de CLACSO, de ofrecer una compilación de textos que exponen, en su articulación como ensayos individuales y como conjunto, una imagen del desarrollo del pensamiento social en un país como Cuba, donde las urgencias del proceso revolucionario han condicionado omisiones, posposiciones, unilateralidades, dogmatismos, excesos, recreaciones, encrucijadas, extravíos y hallazgos. Ello queda registrado en esta Antología, mediante ponderaciones cualitativas y datos cuantitativos que dan cuenta de que a las ciencias sociales cubanas le ha sido posible hacer realidad la promesa de la que hablara Charles Wright Mills en el primer capítulo de su célebre y universalmente conocida obra *La imaginación sociológica*, publicada en 1959 y traducida por primera vez al español dos años después. De alguna manera, la difusión de ese libro y las ideas que portaba ha simbolizado en Cuba un hito, en tanto conciencia de limitaciones y de caminos por recorrer ante el horizonte que situaban los cambios revolucionarios, como retos o apremios al pensamiento social. Podría decirse que ese reclamo *millseano* impregna, inspira, se pone de manifiesto, en la gran mayoría —si es que no en la totalidad— de los trabajos que integran este texto. La citada obra de Mills ha sido una constante, bien como referencia, en unos casos tardía, pero de valor reconocido a través de testimonios o de citas por aquellos autores que ya gozaban de plenitud creativa en los años sesenta, y en otros, como lectura obligada en la formación temprana de las variadas generaciones de intelectuales que completaron o adquirieron el oficio como historiadores, sociólogos, politólogos o críticos a partir de entonces.

Quizás no sería exagerado afirmar —a contrapelo incluso de la propia opinión de los ensayistas incluidos que estén en condiciones de expresarla— que la riqueza, profundidad, rigor y matices de las reflexiones sobre Cuba y la región latinoamericana de las reflexiones que se presentan a través de los cinco núcleos temáticos que estructuran la Antología, registra una gran proximidad, complementación y hasta coincidencias, desde la diversidad de enfoques, inquietudes,

experiencias, compromisos de los autores, que están precisados en sus contribuciones individuales, o sea, en cada ensayo. En otras palabras, cuando luego de lecturas separadas de cada texto se concluye ese recorrido a través de especificidades, y se les aprecia como un todo —reteniendo las diferentes visiones disciplinarias, matices analíticos, problemáticas tratadas, períodos investigados—, se obtiene un cuadro evolutivo, policromático, multidimensional, que reproduce la totalidad y el movimiento inherente a la epistemología dialéctica y se constata que se logró el objetivo perseguido. Ante el lector, se descubre una variedad de autores y un abanico de racionalidades, que reflejan las maneras de pensar e interpretar situaciones y problemas fundamentales de la realidad cubana contemporánea, enlazadas con antecedentes históricos cercanos e imprescindibles.

Precisadas las cuestiones anteriores, es hora de hacer referencia a los aportes realizados por cada ensayista y a los temas tratados en cada texto, colocando además cada contribución en su contexto, enmarcándoles sucintamente en una perspectiva panorámica que tome en cuenta las pertinencias históricas, las contribuciones específicas al desarrollo del conocimiento social en Cuba y sus compromisos con el pensamiento crítico latinoamericano actual. Es a partir de esas razones que se decidió la selección de los autores y la inclusión de los ensayos en la obra.

Según se ha anticipado, la Antología se ha estructurado en cinco partes o agrupamientos, en calidad de ejes temáticos que imprimen coherencia o afinidad a los trabajos que los integran. Veintiún autores que conjugan diferencias en sus motivaciones, circunstancias, resultados, se presentan bajo dicha lógica, abordando líneas epistémicas, teóricas y políticas que pueden considerarse como imprescindibles para pensar a Cuba desde ella misma, y a la escena latinoamericana, con un prisma cubano. Como suele suceder —y lo advertirá el lector— la delimitación de tales ejes es bastante relativa, de modo que existen puntos tangenciales, zonas de superposición o traslapes. Empero, la razón que aconsejó organizar el libro mediante tal estructuración es válida, aún cuando pudo haber sido otra. La apenas enunciación de esos ejes temáticos y algunos comentarios que se ofrecen a continuación, puede clarificar lo expuesto.

La estructura expositiva adoptada consideró conveniente comenzar en una primera parte con el análisis histórico-político y la discusión teórico-ideológica acerca del origen, rumbo y carácter de la Revolución Cubana, la connotación del socialismo que ella hizo suya, su crisis y las perspectivas; proseguir en una segunda poniendo el énfasis en las dimensiones sociales subjetivas: la cultura, la ideología, la identidad; en una tercera sección, desagregar o fragmentar el examen de la estructura social, rescatando las bases históricas de la sociedad civil, hurgan-

do en el pasado, y regresando a expresiones actuales, en los territorios concernientes a las desigualdades en sentido amplio, a la pobreza, la situación de la mujer y la juventud, la cuestión racial, las reformas en curso, el trasfondo económico y los interrogantes acerca del desarrollo; en un cuarto momento se expone la posición estratégica global con la que Cuba se ha situado ante el mundo y, por último, se mira hacia América Latina. Como es lógico, en este trayecto se cruzan los caminos, siendo inevitable que al tratarse la política se involucre la sociedad civil, que la política interna se exprese en la proyección internacional o que las implicaciones de los logros, errores e insuficiencias de la Revolución Cubana repercutan en las utopías y realidades de América Latina.

REVOLUCIÓN, SOCIALISMO Y CRISIS

La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952, es el extenso ensayo de Germán Sánchez Otero que inicia esta sección. Se ha incluido con el fin de partir de la comprensión histórica y estructural del proceso cubano que se despliega en los ya más de cincuenta años que han transcurrido desde el triunfo revolucionario, dirigiendo la atención al contexto de acumulaciones, tensiones, atrofias y repercusiones de la situación neocolonial que vivió la Isla en el entorno latinoamericano y a la crisis experimentada por el sistema de dominación impuesto por Estados Unidos. Se trata de un trabajo que llamó la atención sobre la necesaria articulación entre la sociología y la historia para poder explicar el proceso revolucionario, con sus causas y condiciones, hurgando en el entramado de cuestiones objetivas y subjetivas, internas y externas, clasistas, político-ideológicas y económicas, que fraguaron la crisis del sistema y condujeron al célebre asalto al cuartel Moncada el 26 de julio de 1953. Fue escrito al conmemorarse el vigésimo aniversario de aquel acontecimiento, y fertilizó el terreno para el estudio de las circunstancias históricas más inmediatas a la fecha en que se definió el proceso revolucionario cubano que aún se vive en la nación.

Para este autor, era imperioso revalorizar la comprensión de la hegemonía imperialista, la lucha de clases y la dinámica de los partidos políticos. Su propuesta ubica allí, en el frustrado plan militar, el comienzo del proceso que culmina en Cuba con el triunfo revolucionario en enero de 1959, así como se inicia la revolución latinoamericana, bajo una concepción que conecta elementos simbólicos con reconfiguraciones de poder y relaciones de dominación.

Entre las contribuciones más conocidas de Ernesto *Che* Guevara al pensamiento crítico y, en particular, al enfoque marxista sobre las interrelaciones entre la revolución y el socialismo, las capacidades del hombre como sujeto activo del cambio histórico, el alcance de la ética revolucionaria de sacrificio y solidaridad, la real concordancia entre

pensamiento y acción humana, se encuentra *El socialismo y el hombre en Cuba*, esa obra mundialmente conocida y considerada como uno de los ensayos más emblemáticos del *Che*, en la medida en que el análisis que realiza no lo consideraba válido sólo para la realidad de Cuba, sino como un mecanismo adecuado en la construcción de nuevas sociedades, en escenarios como el de los países latinoamericanos y, en general, de los que se denominaban —con marcado énfasis entonces— como subdesarrollados o del Tercer Mundo.

Con esa visión, el *Che* se colocó dentro del pensamiento crítico marxista como uno de sus exponentes más comprometido y valiosos, a mediados del decenio de 1960, asumiéndose *El socialismo y el hombre en Cuba* como legado emblemático, imperecedero, en la síntesis certera y precisa de los procesos de transición socialista, de sus retos, obstáculos y aspiraciones. Ese ensayo, donde Che integra las principales tesis y conceptos sobre uno de los temas más importantes de su quehacer teórico-práctico, por su condición de documento histórico, representa de hecho el cierre de un ciclo en su vida y obra, cuando decide retomar la ruta del internacionalismo y del guerrillero en su acción personal; se trata de un texto pensado para la reflexión y el debate, que no ha dejado de provocar la polémica, expresivo de creatividad, de humanismo, sentido del compromiso revolucionario y de la vocación socialista, de la recreación transformadora, pero sin copia ni calco como pediría en su tiempo José Carlos Mariátegui. Se trata de una muestra y exhortación que sitúa al hombre en el centro de las preocupaciones, en un empeño por encontrar caminos propios, dentro del contexto nacional, latinoamericano e internacional de aquella etapa. El *Che* instó a hacerlo desde una mirada actual y de futuro. La obra posee además un simbolismo que conserva su validez. Su resonancia ha sido permanente, para los movimientos que han surgido y promovido luchas por las reivindicaciones que acaben con la injusticia y la explotación, apelando al rol activo del hombre como sujeto histórico en los procesos revolucionarios o de cambios profundos.

A inicios del presente siglo, una vez dejado atrás el período de mayor profundidad en la crisis que vive Cuba en la década anterior, al calor del llamado período especial en tiempo de paz, en el marco de la desaparición del sistema socialista europeo y en particular, de la Unión Soviética, Aurelio Alonso Tejada, prosigue sus inquietudes, plasmadas en diversos ensayos escritos a partir de 1990, formulando interpretaciones e interrogantes sobre la significación del cambio que tenía lugar a escala mundial para la Revolución Cubana y su carácter socialista. Así, el texto titulado *La sociedad cubana en los años noventa y los retos del comienzo del nuevo siglo*, escrito en 2002, coloca un nuevo punto de referencia en su profusa labor creativa. En

este trabajo aborda bajo una mirada pudiera decirse que totalizadora sobre la crisis del sistema cubano, tomando en cuenta los principales escenarios que la contextualizan.

No se pierda de vista que en medio de una gran polémica desatada desde casi un decenio antes, dentro y fuera de la Isla, en la que emergían visiones muy pesimistas acerca de las alternativas de las revoluciones, los movimientos de izquierda, la bancarrota del socialismo como proyecto viable y de la teoría marxista como guía para el cambio superador del capitalismo y el subdesarrollo, las visiones rigurosas, autocríticas pero con sentido de compromiso y sin perder un optimismo realista, tropezaban con propuestas que rivalizaban, diagnosticando y vaticinando otros destinos, no sólo para Cuba, sino para América Latina y el mundo. Bastaría con recordar el *best seller* de Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada*, cuyo eco para las ciencias sociales fue extendido, aunque a la vez, la propia historia se ocupó de hacerlo bastante efímero. Es ese contexto en que, sin embargo, se imponía pensar y demostrar con argumentos y datos la realidad cubana, y en esa perspectiva es que se proyecta, con originalidad, el trabajo de Aurelio Alonso, al examinar tres escenarios básicos: el económico, considerado como la expresión más definida del origen de la crisis y de su desenvolvimiento; el social, atendiendo a las expresiones de desorganización social y de diversas afectaciones a las condiciones de vida de la población que había propiciado la propia revolución; y el político, evaluando el alcance y contenidos de las reformas institucionales en curso, las implicaciones para la gobernabilidad y el consenso internos. El análisis pasa revista tanto al deterioro material como a los efectos ideológicos y culturales de la crisis del socialismo en Cuba, a los replanteamientos políticos y a las consecuencias de la creciente hostilidad gubernamental de Estados Unidos hacia Cuba. En palabras del autor, “la fortaleza principal del proceso cubano radica, a mi juicio, en que el proyecto socialista se levanta sobre una armazón nacionalista de raíz popular. No se trata solo del carisma del liderazgo de 1959, sino del arraigo de los fundadores del marxismo cubano en el ideal martiano, el cual resume una tradición independentista en confrontación, de lucha de ideas”. Con tal afirmación, y sobre la base de las argumentaciones que la sostienen, el ensayo se incorporó de inmediato como un punto de referencia inevitable en las discusiones que emergían en el seno del pensamiento social cubano.

Cierra esta sección Jesús Arboleya, con el trabajo *La revolución del futuro*, el cual recibió el Premio del Concurso Internacional de Ensayo *Pensar a Contracorriente*, en su primera edición, realizada en 2004. Se trata de una excelente indagación en el campo de la historia política reciente, en la que el autor ofrece un paisaje del proceso revo-

lucionario en Cuba a los cuarenta y cinco años de haber comenzado, destacando lo que ha representado hasta esa fecha, junto a su significado presente y, como lo sugiere el título, de cara al porvenir.

El panorama de la sociedad cubana que se expone retoma antecedentes históricos con un enfoque dirigido hacia el análisis tanto de la situación cubana interna como del entorno externo, sobre todo reteniendo las implicaciones de la política norteamericana hacia la Isla, con un lente multidimensional que refleja fenómenos objetivos y subjetivos, incluyendo valoraciones sobre las percepciones académicas y políticas que se fraguaron en diferentes momentos y latitudes, especialmente en el marco de la crisis de los años noventa. “Pocos imaginaron —dice el autor— que Cuba sería capaz de superar esta crisis. Incluso buena parte de la izquierda internacional previó un entierro anticipado de la Revolución Cubana”.

¿Hasta qué punto se trataba de una revolución real y legítima para condiciones ya pasadas? ¿Su expresión y su legado aún permanecían en el presente, o sea, hacia mediados de la primera década del siglo en curso? ¿Se encarnaban en el plano material o también en el espiritual? Y lo más sustantivo: ¿Seguía la Revolución Cubana en el imaginario de la izquierda y ocupando un sitio en las alternativas viables de las luchas por un mundo mejor? De cierto modo, sobre interrogantes como esos es que se desarrolla el ensayo, y son las respuestas que aporta las que le otorgan al análisis los reconocimientos que recibe por parte de muchos estudiosos.

Como concluye el ensayo, luego de registrar logros, fracasos, errores, conjugando el examen de factores domésticos y externos, a través de una ágil secuencia analítica a lo largo de más de cuatro décadas, “aún así, la Revolución Cubana no ha perdido su condición de modelo para la revolución del futuro. Los métodos que adopten otras revoluciones para alcanzar el poder y reorganizar el país serán tan diversos como sus condiciones específicas, pero su naturaleza anti-neocolonial —ahora un factor común a todos como resultado de la propia globalización del imperio— determinará iguales objetivos y serán muy similares las tareas básicas a realizar con vistas a controlar el patrimonio nacional, distribuir con más equidad los recursos del país, satisfacer las necesidades básicas de la mayoría, enriquecer el acervo cultural de sus pueblos, garantizar la soberanía de la nación y construir el consenso popular que requiere el proyecto revolucionario [...]. En este contexto, la Revolución Cubana constituye la única evidencia viva de que el proyecto revolucionario es posible y que, aun siendo todavía una excepción, no es un caso excepcional, como apuntara el *Che*. Tiene que ver con la proyección de un pensamiento que no se limita a la crítica de lo existente, sino que se plantea la toma del po-

der político para transformar la realidad. Ello conlleva la voluntad de pagar el precio que exige el intento y asumir los excesos y desaciertos implícitos en su realización práctica. En resumen, entender la revolución con la radicalidad que imponen las exigencias del triunfo”.

Las miradas contenidas en los ensayos que estructuran esta sección, generadas en los decenios de 1960, 1970 y 2000, como constará en su lectura, recorren una línea donde se destacan raíces, condiciones, causas, acciones, proyecciones y perspectivas que incluyen los período que intermedian entre unos y otros, a partir de la dirección que siguen los dos últimos trabajos.

IDEOLOGÍA, CULTURA E IDENTIDAD

En esta sección se concentran cuatro trabajos escritos, como en caso del eje temático precedente, por destacados ensayistas, cuyas visiones se dirigen hacia zonas un tanto diferenciadas entre sí, que sin embargo guardan una muy estrecha interrelación, toda vez que dibujan las situaciones, tendencias y contradicciones que caracterizan el ámbito cultural, teniendo al marxismo y las maneras de asumirlo como elemento teórico e ideológico transversal, que penetra y condiciona todos los rincones de la cultura cubana y los esfuerzos del pensamiento social por comprender lo sucedido.

Dicho ámbito ha sido un escenario en el que las conmociones derivadas de la adopción, comprensión y aplicación de la plataforma filosófica, metodológica y práctico-política del marxismo han tenido en Cuba los mayores estremecimientos. Al hablar de cultura aquí se le considera en la acepción que abarca tanto las modalidades creativas desde el punto de vista artístico-literario como en el campo de las ciencias sociales, las políticas públicas en los terrenos de la educación, la ciencia, la propia cultura en su sentido más amplio, incluidas las cuestiones relacionadas con la identidad nacional.

El tema ha sido tratado con bastante amplitud, dentro y fuera de Cuba, desde ópticas no sólo distintas, sino contrapuestas y hasta incompatibles. En ello han participado figuras insertadas en las esferas institucionales a niveles estatales, gubernamentales, partidistas, sociales, culturales, educacionales y científicas, es decir directivos de esos niveles, vinculados a entidades muy heterogéneas cuya labor tenía que ver directamente con la manera de concebir el trabajo ideológico, la producción intelectual, la religiosidad, la enseñanza del marxismo como tal, de la historia de la nación y la formación universitarias en las disciplinas de las ciencias sociales, como la filosofía, sociología, antropología, ciencias políticas. La relación entre pensamiento martiano y marxista, entre cultura nacional y cultura socialista, el debate sobre la identidad cubana dentro y fuera de la Isla, así como sobre la natu-

raleza del compromiso de la intelectualidad y de la ciudadanía con la Revolución, dentro y fuera de ella, o contra ella. Las decisiones políticas tocantes a la conveniencia de publicar determinados textos, de divulgar a través de los medios de comunicación ciertos contenidos o de permitir puestas en escena de determinadas obras artísticas, la tolerancia política con respecto a la fe religiosa o la orientación sexual declarada, son algunos ejemplos de la sensibilidad y trascendencia del asunto. He allí muchos —no todos— de los principales tópicos, que, por su importancia a lo largo de los cincuenta años transcurridos, dada la intensidad ideológica e implicaciones políticas de su discusión y de los posicionamientos al respecto, no podía sino reflejarse en esta Antología. Con ese fin se seleccionaron los ensayos que a continuación se comentan, teniendo en cuenta, ante todo, y como rasgo común, que se trata de obras que vieron la luz en contextos decisivos en el país para las políticas culturales, educacionales y concernientes a las ciencias sociales que tuvieron impacto concreto en exclusiones e inclusiones y tratamientos excesivos, discriminatorios, conducentes en ocasiones a censuras, aperturas y cierres. Sirva esta apreciación para destacar las cuatro contribuciones teórico-prácticas contempladas en esta sección. Esa resonancia, más allá de las coyunturas en que ocurrieron los hechos que son objeto de reflexión en los ensayos, de éstos y de la significación intelectual comprometida con el pensamiento crítico y revolucionario cubano y latinoamericano, es que adquieren pertinencia los trabajos aludidos.

Como lo precisa Isabel Monal en el primero de ellos, *La huella y la fragua: Cuba, el marxismo y el fin de siglo*, escrito a mediados del decenio de 1990, “se ha producido en Cuba un proceso de desocialización del marxismo y del leninismo (al que no son ajenos los medios masivos de comunicación), ya por la desaparición referencial al mismo como por la supresión de su terminología. Los últimos años se han caracterizado precisamente por el avance de este proceso cuya gravedad parece innecesario resaltar aquí. Nada justifica, en realidad, que la necesaria inserción del país en el mercado internacional conlleve a una dudosa “inserción” en la producción ideológica. Para vencer escollos y superar la crisis parece saludable apoyarse, y superar a la vez en un mismo gesto, la propia tradición marxista. Se trata del llamado, tantas veces repetido, al marxismo creador. Un marxismo que aporte elementos originales, pero que no confunda originalidad con originalismo a ultranza; este último desemboca en el callejón de la fetichización epistemológica, es decir, una forma de enajenación del proceso cognoscitivo. A la originalidad se llega después de un penoso y tenso proceso de gestación; es un resultado, no un punto de partida teleológico y apriorístico”.

La situación aludida, sus causas, expresiones y consecuencias han sido evaluadas también, en reiteradas aproximaciones, por Fernando Martínez Heredia. En este caso, su ensayo titulado *Notas sobre sociedad y cultura desde la Cuba actual*, publicado por escrito en el año 2000, reconoce que “es necesario pasar balance a la existencia y las consecuencias de una historia interna de estos 40 años, tan poco tenida en cuenta o francamente olvidada. Distinguir, entre las tareas del proceso, las civilizatorias y las liberadoras, y las complejas relaciones que se dan entre ambas; analizar los rasgos esenciales de las etapas sucesivas de la revolución en el poder; los alcances y los límites del proceso transformador. Registrar entonces los logros y avances, pero también las detenciones, las deformaciones y los retrocesos respecto al proyecto, sufridos en el curso de esas cuatro décadas, y la emergencia de intereses particulares y de poder de nuevos grupos dentro de la sociedad. Es básico tener en cuenta para todo lo anterior las relaciones y condicionamientos internacionales de Cuba. Y recordar que cuando se precipitó la crisis de los años noventa, la sociedad resultante de la revolución ya tenía fijados caracteres favorables y negativos respecto a su proyecto socialista”.

Con ese propósito y tales temas como objeto de análisis, este ensayo fue un oportuno aporte, terminando el siglo XX, que contribuyó a encaminar la discusión sobre el rumbo, los extravíos y las oportunidades del proyecto cubano, revolucionario y socialista. En medio de incertidumbres, donde se debatía entre optimismos y pesimismo con pasión desbordada y con frecuencia con déficits de racionalidad, el autor matizaba sus análisis con mucha riqueza y alertaba: “Cuba también está inmersa en esa batalla mundial, con graves debilidades pero con muchas cartas a su favor para defender la manera de vivir socialista desde la lucha cultural. Son reales los avances del conservadurismo en nuestro país, del apoliticismo y de relaciones y representaciones ajenas al socialismo. Pero nada está decidido, estamos en medio de una confrontación [...]. “Se está arriesgando en la actualidad la disociación de lo cubano y el socialismo. No será positivo aferrarse a una nación sin apellidos, porque ese tipo de nación resulta siempre a la postre un dominio burgués”.

En *El quinquenio gris: revisitando el término*, Ambrosio Fornet retoma treinta años después sus escritos acerca de la etapa que hacia mediados de la década de 1970 marcó la vida cultural de la sociedad cubana con manifestaciones de dogmatismo, que trasladaron a la Isla los esquemas que prevalecieron en la extinta Unión Soviética, bajo influencias y secuelas del estalinismo. En aquel contexto, las fórmulas que llevaron la política cultural en Cuba por el camino de la copia de aquellas concepciones y prácticas unilaterales, identificadas con una

tendencia que se conoció como realismo socialista, se tradujo en implementaciones que distorsionaron el sentido de la creación artística, literaria y académica, convirtiendo la esfera cultural en un verdadero campo de batalla, donde se impuso la intolerancia, la censura y sobresalió la esterilidad, la aberración y la hipertrofia.

Este autor utilizó el concepto de “quinquenio gris” para referirse a aquel período oscuro, precisando luego que ni se trató, en rigor, de una etapa de cinco años, y que en ocasiones el color pasó del gris casi al negro. En el año 2007, en que se revive una polémica acerca de las preocupaciones en la intelectualidad cubana por un posible resurgimiento de la vieja y superada tendencia, en circunstancias que se explican en el mencionado ensayo, como lo indica su título, regresa al tema, aportando con ello un referente que se ha convertido en un lugar que no puede obviarse en los análisis que al respecto se han realizado en el pensamiento social cubano contemporáneo, con la virtud de que agrega una perspectiva de continuidades y rupturas en la esfera cultural e ideológica.

Por último, Carolina de la Torre concluye esta sección con *Conciencia de mismidad: identidad y cultura cubana*. Se trata de un ensayo publicado en 1995, en el cual la autora resume y añade concisión a una trayectoria de trabajos en los que había ido adelantando sus resultados investigativos a través de varios años. Entre los temas que adquirieron centralidad en esos años, el de la identidad —entre otras razones, al calor de los debates que acompañan al auge del posmodernismo y asociado al auge de las migraciones, sobre todo desde América Latina hacia Estados Unidos, pero en el marco global— se afirma como uno de los que reclama atención en las ciencias sociales en Cuba. La cuestión, por ejemplo, del alcance de la identidad cubana de los emigrados, es uno de los que sirve de acicate a su estudio, en lo cual la autora hace aportes importantes. El mencionado trabajo es, probablemente, el que mejor ilustra su perspectiva.

En palabras de la autora, “la identidad se recibe, se transforma, se enriquece, se recrea y hasta se abandona o se pierde. Por eso nadie puede decir por decreto, ni por consideraciones teóricas, ni por convicciones ideológicas, ni por conveniencias coyunturales o históricas cuál es la identidad de un pueblo. Los pueblos (o las comunidades, las minorías, las familias, los individuos) son moldeados por su sociedad sólo hasta el límite en que los mensajes pasan por su subjetividad activa y creativa, que es donde se plasma de modo concreto y real la identidad. No existe ninguna identidad social si no existe como espacio sociopsicológico de pertenencia, como conciencia y sentimientos compartidos de *mismidad* en cada uno de los sujetos considerados pertenecientes a ella. No existe fuerza en esa identidad si esta no es

caracterizada con claridad por sus miembros, si no está asociada a vivencias y búsquedas personales, si no entraña afectos y compromisos. La identidad está siempre recreándose, enriqueciéndose por influencias que pueden venir incluso de lo que como referente externo constituye el otro frente al cual se dibuja”.

Los ensayos que conforman esta sección, como se ve, han sido escritos entre mediados de la última década del siglo XX e inicios y mediados de la primera del XXI, pero reflejan procesos que, por una parte, venían expresándose desde los años sesenta y setenta, y por otra hallan aún, si bien bajo coberturas diferentes, en las que se advierten cambios, manifestaciones y contradicciones en curso. Como es lógico, se requiere avanzar en su lectura.

SOCIEDAD CIVIL Y ECONOMÍA POLÍTICA

En esta sección se expone una visión mediante seis contribuciones, que recorre, entre la historia y la contemporaneidad, una serie de aspectos fundamentales para la comprensión de la realidad cubana en su dinamismo actual, prestando atención, a la vez, a sus antecedentes y contextos, arribando el examen al período más reciente o inmediato, o sea al segundo decenio del presente siglo. En este caso, al eje temático lo constituye el entrelazamiento entre dos gruesas cuestiones que, como paraguas, acogen asuntos que poseen especificidades, pero con relativas independencias, y comparten un mismo trasfondo, el que conecta la sociedad civil y la economía política. En otras palabras, se trata de temas como los concernientes a diferenciaciones y contradicciones sociales que proyectan su silueta en regiones sensibles del tejido social de la Cuba actual, como el de las relaciones de género, raza, estratos y clases sociales, estructuras socioeconómicas, implicando dimensiones como desigualdades, prejuicios, pobreza, desarrollo económico. Desde luego, ello lleva consigo el análisis de la vigencia del socialismo como realidad, como proyecto y utopía.

Aspectos como los enunciados han sido abordados en numerosos trabajos, desde artículos periodísticos hasta otros, de fondo, en ensayos e investigaciones avaladas por resultados de encuestas, fuentes estadísticas, entrevistas a expertos, que han circulado ampliamente a través de las publicaciones más diversas, dentro y fuera de Cuba, en unas ocasiones con enfoques que benefician las justificaciones y comparten posiciones defensivas del proceso revolucionario, en otras, con puntos de vista sumamente críticos y descalificadores de la impronta socialista y hasta revolucionaria de las transformaciones que tienen lugar en la Isla, sobre todo en los últimos años.

Criterios de objetividad científica, rigor académico, exigencia metodológica y en los casos que corresponde por la naturaleza del objeto

y propósitos de los ensayos, son los que han determinado su selección, a los efectos de reflejar los procesos y las dinámicas aludidas, que involucran, sin lugar a dudas, importantes transformaciones, si bien acompañadas de problemas no resueltos. Como se ha señalado anteriormente, cada trabajo arroja visiones sobre cuestiones hasta cierto punto separadas del resto, más entrando y saliendo, podría decirse que en casi todos ellos, en los temas tratados en los restantes. Una posible relectura, como parte del ejercicio intelectual, que los visualice en su conjunto, a manera de segunda mirada, de seguro añadiría nuevos elementos y eventuales respuestas a preguntas que pueden quedar sin respuesta, o dejando insatisfacciones, en las asimilaciones individuales.

Dada la profusión de posiciones acerca de conceptos, enfoques y encuadramientos históricos que convergen en los estudios sobre la sociedad civil cubana hoy, el ensayo de María del Carmen Barcia, que desde una aproximación historiográfica rescata el asunto y lo enmarca dentro de las coordenadas de la historia social, aporta un ángulo no sólo necesario, podría decirse que también imprescindible, para sortear las tentaciones a explicar dónde se está sin saber de dónde se viene. Dado el énfasis de muchas de las reflexiones actuales pretenden además establecer predicciones o pronósticos, si no se parte de la historia, pensar hacia donde se irá compromete al pensamiento social en el camino de la especulación.

Con ese punto de partida, *De la reestructuración a la crisis de la sociedad cubana a finales del siglo XIX*, escrito por la autora nombrada a finales de los años noventa, como parte de una investigación sostenida iniciada en la anterior década, llena un vacío y resulta sumamente funcional para entender el dinamismo que a lo largo del siglo XX define al entramado social en Cuba, el cual sirve de trasfondo a las instituciones y relaciones que al terminar la etapa neocolonial a finales del período de 1950, condicionando el entorno revolucionario en los últimos cincuenta años.

Como se aprecia en ese ensayo, en las ciencias sociales en Cuba, y en particular en el caso de la ciencia histórica, se ha tendido a establecer periodizaciones sobre la base de hechos políticos destacados, entre los cuales los conflictos bélicos han sido considerados como los hitos fundamentales para fijar etapas, lo que por lo general no se corresponde con los puntos de inflexión en el desarrollo de la sociedad civil.

La autora puntualiza la significación de la etapa finisecular la sociedad cubana hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX, considerando que en ella se entrelazaban decenios, en lo que se transitaba de la tradición a la modernidad, quedando atrás las relaciones de producción esclavistas e imponiéndose la modernizada producción fabril, introduciéndose el telégrafo, la telefonía, la luz eléctrica.

Asimismo, señala el incremento de las publicaciones impresas, con su consiguiente impacto en la opinión pública, y el surgimiento de diversas formas asociativas que protegían los intereses de individuos, sectores y grupos, en un país que pugnaba por superar su condición colonial y luchaba por su independencia. En palabras de la autora, “los trascendentes cambios que se efectuaron en la esfera económica en esos años, pudieran ser definidos, de manera general y también genérica, como aquellos en que se produjo la conformación orgánica del capitalismo en Cuba”. Y como bien concluye, esas condiciones “posiblemente hayan contribuido a desarrollar algunas características que ya forman parte de la identidad del cubano”.

Sobre esas bases, los tres ensayos que siguen, resumen en versiones bastante recientes —y sobre todo, con gran actualización, pero ubicando los procesos que examinan en sus correspondientes trayectos anteriores, lo que permite asumirlos, en buena medida, como miradas que recorren etapas, se detienen en momentos y fijan la continuidad junto al cambio durante los últimos cincuenta años—, los resultados de investigaciones prolongadas, sistemáticas, acumulados por sus autoras, que son reconocidas especialistas en sus respectivas temáticas.

Este es el caso del ensayo de Mayra Espina Prieto, *Política social en Cuba: nueva reforma económica*, escrito en 2011 y publicado al año siguiente, que da continuidad y al mismo tiempo generaliza y sintetiza análisis precedentes, ofreciendo una visión panorámica de las características generales del modelo de política social y laboral puesto en práctica en Cuba en el último período, sometiendo a escrutinio el carácter socialista del proceso revolucionario. En ese recorrido, señala logros como la amplia inclusión social, las elevadas tasas de ocupación, el bajo desempleo, e insuficiencias, como la baja capacidad de los ingresos salariales de los trabajadores para satisfacer las necesidades básicas. En esencia, el trabajo describe la actual etapa de reforma económica y sus potencialidades, dirigidas a servir de paliativos o soluciones a los problemas que se enfrentan.

“Sin embargo —como expresa la autora— esta fórmula presenta limitaciones que se asocian al hiperestatalismo, al exceso de centralización de las políticas, al homogenismo distributivo y a la baja presencia de instrumentos afirmativos, que han tendido a reproducir en el tiempo inequidades anteriores. La situación de crisis y reforma de los años noventa configuró una tendencia al ensanchamiento de las desigualdades sociales”. Y entre sus implicaciones principales, destaca la débil sustentabilidad económica de la política social, un débil retorno de la inversión social hacia la economía (reflejado en un bajo efecto de la elevación de la instrucción y la calificación sobre los niveles de productividad y la innovación tecnológica), baja articulación

entre los resultados del trabajo y el acceso al bienestar; absolutización del estatalismo y excesivo centralismo, así como una baja posibilidad de participación en la toma de decisiones de los actores locales. En opinión de la autora (y esto es sumamente importante, en la medida que aporta contexto y vasos comunicantes en el análisis de los ensayos siguientes), entre otros efectos, ello conlleva la reproducción de desventajas de grupos históricamente preteridos, que no pueden aprovechar en paridad las condiciones favorables generales creadas (por ejemplo negros, mujeres, ancianos).

María Isabel Domínguez, en su trabajo *Juventud e investigaciones sociales en Cuba*, publicado en 2006, retrata el estado de los estudios sobre ese segmento poblacional, que define entre los 14 y los 30 años de edad, presentando una periodización acerca de su evolución, en la que distingue entre períodos, impactos y temas.

Este ensayo se nutre de las numerosas investigaciones realizadas con anterioridad por la autora, en las que además de caracterizar los rasgos psicosociales y sociológicos de la juventud en Cuba, los interrelaciona con el correspondiente contexto histórico, socioeconómico y político, que prevalece en la sociedad cubana, y fundamentalmente con el cuadro demográfico nacional. Sobre esa base, se examina el proceso de decrecimiento del grupo juvenil con respecto a la totalidad de la población en la Isla, y se abordan las implicaciones de la crisis económica del país sobre la mentalidad y el comportamiento de la juventud.

Entre las contribuciones del trabajo, resultan de gran interés los desarrollos de la conciencia de los jóvenes —según lo muestran los resultados investigativos—, que la autora clasifica en términos positivos y negativos. Entre los primeros, destaca el fuerte consenso en torno a valores como la igualdad y la justicia, que contribuyen a mantener la unidad y la integración al proyecto social de la Revolución, junto a la capacidad de resistencia y creatividad, como elementos consustanciales a la identidad del cubano de hoy. Entre los que considera negativos, se refiere al decrecimiento de la participación activa en la vida social del país, al sentido de compromiso y a la disminución del grado de conciencia igualitarista. Los análisis se apoyan en datos y se presentan con interpretaciones que profundizan en el entorno general del país, con marcada atención a los matices, a la articulación de las condiciones objetivas y subjetivas, a las consecuencias de las reformas económicas, poniéndose de relieve, por ejemplo, el impacto de medidas como la presencia del capital extranjero, el auge del turismo internacional, la desestatización de varias actividades productivas y de servicios, la flexibilización migratoria. El ensayo avanza, así, deteniéndose en el momento de cambios que inaugura con la crisis de los años noventa, y en el contexto ulterior, que se conforma durante la primera década del siglo XXI.

El ensayo de Norma Vasallo Barrueta, titulado *Subjetividad femenina y cambio social en Cuba*, elaborado en 2012, se ocupa de otro relevante segmento social, el de la mujer, y se focaliza en las implicaciones del proceso revolucionario para el lugar y papel de ella en una sociedad cambiante y ya cambiada. Se deja claro que se trata de un proceso gradual, si bien sostenido, que transforma la vida de la mujer cubana en estrecha interacción con las mutaciones que tienen lugar en todo el tejido social. Como en los casos de los autores de los dos trabajos anteriores, que ofrecen recorridos y síntesis de estudios realizados durante muchos años, conjugando la acumulación de experiencias con visiones conclusivas derivadas de la propia evolución de la real sociedad cubana, en este trabajo el objeto de análisis se percibe en su movimiento, a través de etapas sucesivas, estableciéndose especificidades de la situación nacional. En palabras de la autora, “en Cuba, a diferencia de otros países este proceso surge no como consecuencia directa de luchas feministas, sino como consecuencia de un movimiento de grandes transformaciones sociales, eje central del proyecto social de la Revolución Cubana en cuyo marco ideológico quedaba clara la lucha contra todas las formas de discriminación y desigualdad entre las personas, no importaba su condición de clase, etnia o sexo”.

Aunque se aprecia que las transformaciones jurídicas y políticas operadas han propiciado el desarrollo concreto de la mujer cubana en diferentes espacios del entramado social, se precisa que desde el punto de vista subjetivo, no siempre ese cambio situacional objetivo va acompañado de modificaciones subjetivas de similar intensidad. Como señala la autora, “cada persona recibe la diversidad de influencias sociales mediatizada por la cultura; por tanto, una misma realidad social es recibida e influye en cada persona de forma variada; la respuesta consecuente y su influencia en la subjetividad individual y en la construcción de la social resulta también variada”. Sobre esa base, se examina la persistencia en Cuba de una cultura patriarcal.

Asimismo, el ensayo explora los efectos de la situación económica que caracterizó la realidad del país en la década de 1990, analizando las consecuencias para la mujer cubana, entre ellas la aparición o el incremento de algunos fenómenos sociales negativos, como la prostitución, manifestaciones específicas de violencia doméstica y hechos vinculados a actividades delictivas. Se finaliza con la mención a la necesidad de profundizar los cambios en las representaciones subjetivas de todos los sectores de la sociedad cubana (incluyendo a los hombres) sobre la mujer, así como de fortalecer la presencia de ésta en ámbitos en los que ha estado ausente o con muy escasa representación.

Pedro Pablo Rodríguez, en *Raza y color: el dilema cubano*, hace suyo el análisis de un tema polémico, que estuvo muy poco tratado

—en algunos períodos, hasta los años ochenta, casi ausente—, pero que en la actualidad es objeto de reiteración en la bibliografía especializada en Cuba, entre antropólogos, historiadores y sociólogos, así como entre críticos literarios y figuras de los medios audiovisuales y periodísticos. El ensayo indica, desde su título, la problemática que aborda. Si bien son numerosas las obras al respecto, el mencionado ensayo, escrito y publicado en 2014, tiene una cualidad excepcional: consigue en pocas páginas trasladar una interpretación acuciosa y general a la vez, simultáneamente afincada en la historia y la sociología, acompañada de una prosa de excelencia, donde es visible la rigurosidad analítica sin estadísticas abrumadoras. Pasado y presente se presentan ante el lector como tomados de la mano, con solidez de argumentos, en un terreno donde, a veces, se mezcla la manipulación con datos y explicaciones que no toman en consideración los condicionamientos y contextos.

De forma sucinta, el trabajo expone que en la sociedad cubana, por razones históricas y estructurales, la situación y experiencia del negro requiere un examen, desde las ciencias sociales, que trascienda la perspectiva racial, y llama la atención sobre la necesaria mirada cruzada, dirigida hacia la formación social en su conjunto, en términos de ayer, hoy y mañana.

Como lo pretende el autor, su objetivo es ofrecer “algunas ideas y ejemplos para abrir al entendimiento de que el negro en Cuba no puede ser asumido por las ciencias sociales solamente desde la perspectiva de raza que he referido antes, sino que el asunto es más abarcador y posee notables singularidades en la Isla, al punto que es uno de los elementos básicos, definitorios, inexcusables a la hora de examinar la sociedad cubana, tanto histórica como cultural y sociológicamente, tanto en el pasado como en el presente y seguramente en el futuro [...]. Los reclamos y debates que se han estimulado en los últimos años, como expresión de los hábitos arraigados en la psicología social y en el inconsciente; más los desequilibrios y reajustes de la sociedad cubana tras los años noventa del siglo pasado, que han provocado el aumento de las diferencias sociales y el resurgimiento del racismo y la discriminación asociada que buscan sibilinamente justificarse por esas condiciones. El estudioso debe evitar, a mi juicio, dejarse ganar por la conmiseración ante la injustificable maldad de la esclavitud y sus secuelas y ser llevado por sus simpatías a posturas acrílicas ante acontecimientos y personas. Desde luego, hay un elemental imperativo ético que ha de guiar al estudioso en estos temas de raza y color: rechazo sin concesiones al racismo y la discriminación, y a sus causas históricas y sociales, como la esclavitud”.

Cuba: ¿De la “actualización” del modelo económico al desarrollo?, es el ensayo de Juan Triana Cordoví con el que llega a su fin esta sección. Se trata de un trabajo producido en 2012, que de forma breve retiene antecedentes, aunque su meta es analizar los cambios operados en la economía de ese país en los últimos años, al calor de los eventos auspiciados por el Partido Comunista, que impactaron a toda la sociedad, y que han encaminado tanto en el enfoque como en las prácticas en materia de política económica por un nuevo rumbo. Así, se presenta ese giro a la luz de la denominación utilizada por las autoridades estatales, gubernamentales y partidistas en Cuba, en tanto proceso de “actualización del modelo económico”. El ensayo tiene el mérito de escudriñar con profesionalidad académica esa compleja dinámica en su despliegue, que introduce no pocas tensiones en el diseño y aplicación de la nueva estrategia. Se plantea dos objetivos fundamentales: el primero, exponer la lógica que respalda o sostiene las transformaciones en curso, estableciendo momentos previos que el autor considera relevantes para comprender el presente, fijando como punto de giro el año 2007 y sugiriendo contrastes con una etapa anterior, iniciada en la década de 1990. El segundo, discutir algunas ideas sobre la relación entre desarrollo económico y construcción del socialismo en Cuba.

Desde el punto de vista del autor, “no es la primera vez que Cuba enfrenta un proceso de transformaciones. En realidad, el proceso iniciado desde el verano de 2007 tiene su precedente en los cambios que el país se vio obligado a introducir a raíz de la crisis vivida a finales de los años ochenta y principios de los noventa, luego de la caída del bloque socialista”. Y agrega que, de hecho, “el actual proceso debe verse como continuación y ruptura de aquel otro, en el cual el país no tuvo otra alternativa que cambiar para sobrevivir y tratar de reinsertarse en la economía mundial con las reglas de juego de esa economía”.

Tan importante como el anterior aspecto es, quizás, la segunda idea básica que sobresale en el ensayo. Su autor lo expresa así: “El otro ejercicio decisivo de esta última etapa se vincula a la relación desarrollo-socialismo. Mientras que desde la interpretación teórica predominante en Cuba el socialismo ha sido identificado como condición sin la cual es imposible el desarrollo —lo que en definitiva se tradujo en aceptar mecánicamente que construyendo el socialismo se alcanzaba en forma automática el desarrollo—, la práctica demostró ya desde finales de los años ochenta que tal interpretación no era sostenible”.

Valdría la pena insistir en un comentario esbozado, al inicio de esta sección, relacionado con la idea de que, una vez terminada la lectura de estos seis ensayos, intente el lector una posible ojeada retrospectiva, en función de una complementariedad mayor.

CUBA Y EL MUNDO

¿Cuáles son las bases que fundamentan y sostienen el desempeño de la política exterior cubana? ¿Cuándo comienza —en términos de una racionalidad no sólo concebida desde el discurso del accionar políticos, sino con una expresión teórico-interpretativa— la reflexión sobre la postura de Cuba ante el mundo? Los ensayos que integran esta sección se orientan hacia la respuesta a tales preguntas. Se advierte en ellos que desde temprano se fragua una visión de la realidad internacional desde una perspectiva que puede considerarse como sistémica, es decir, que mira hacia el conjunto de procesos, conflictos, regiones y países hacia los cuales la nación debe proyectar su conducta, sus intereses, confrontaciones y compromisos.

Como lo refleja el trabajo de Raúl Roa, que data de 1965, desde hace cincuenta años la lectura cubana de la situación mundial concedía gran importancia al tema de la paz. Según lo puntualiza su autor con palabras pronunciadas en un contexto muy diferente al actual, pero con una coincidencia asombrosa con las que podrían enunciarse hoy: “La paz es un anhelo que alientan los pueblos desde que tuvieron conciencia de que su papel en las guerras de conquista era de carne de cañón. En nuestra época, los enemigos de la paz siguen siendo, en esencia, los mismos de antes: los que explotan el trabajo de los pueblos, saquean sus riquezas, impiden su independencia o avasallan su soberanía para acrecentar su imperio político, sus privilegios económicos y su hegemonía sobre la cultura, la ciencia y la técnica”.

Luego de examinar de modo panorámico los principales problemas internacionales de entonces, mencionando situaciones en países y regiones del mundo, como las vinculadas a la práctica del *apartheid*, el neocolonialismo y el intervencionismo militar, este autor introduce su célebre definición de la Organización de Estados Americanos (OEA), como un Ministerio de Colonias, cuya vigencia no podría ser mayor.

La otra referencia que encuentra espacio en su análisis es la que tiene que ver con otro asunto, cuya actualidad sería difícil de sobreestimar: el del imperialismo. En palabras del autor, que lo vincula a la necesidad de la lucha antimperialista, como recurso para tener paz, “los enemigos jurados de la paz, en nuestra época, son pues los imperialistas. Aunque oportunas y justas, no bastan las apelaciones a la paz. La paz no es una merced de los dioses, ni mucho menos una gracia de los imperialistas. Mientras el imperialismo exista, el espectro de la guerra penderá, como hongo mortífero, sobre la humanidad: imperialismo y guerra son consustanciales”. Y con respecto a Cuba, basta con reproducir algunos fragmentos, a fin de ilustrar la pertinencia de este ensayo: “El imperialismo persiste en su propósito de derrotar la Revolución Cubana. Persisten la subversión, planea-

da desde su territorio; el hostigamiento, la conjura, la provocación y el bloqueo económico, que el pueblo cubano ha vencido con sus propias fuerzas [...] mantienen una base militar en contra de la libre voluntad de nuestro pueblo. Todos estos hechos han sido reiteradamente denunciados por el Gobierno Revolucionario de Cuba y no cejaremos en nuestra exigencia de que los derechos soberanos de nuestro pueblo sean respetados. Frente a esa política imperialista, Cuba sostiene relaciones diplomáticas y amistosas con todos los gobiernos que respetan el principio de autodeterminación de los pueblos y mantiene la decisión irreversible de conservar su independencia y construir la sociedad socialista”.

Fundamentos estratégicos de la política exterior de Cuba, de Carlos Rafael Rodríguez, escrito en 1981, es un texto, como el anterior, que puede considerarse como antológico a la hora de comprender la cosmovisión desde la cual el país ha definido su posición ante el sistema internacional.

Como en el caso precedente, se trata de un ensayo concebido bajo otras circunstancias históricas. Según lo apreciará el lector, el contexto ahora es el del inicio de la década de 1980, una vez realizados los dos primeros congresos del Partido Comunista de Cuba, en medio de una situación de creciente turbulencia a nivel mundial, con acentuada tendencia en el hemisferio. En Estados Unidos se está estableciendo el gobierno republicano y conservador de Ronald Reagan, y en América Central se despliega la crisis y la guerra.

Según el autor, “esto confirma la importancia de nuestra concepción estratégica en el desarrollo de la política exterior de Cuba, al no igualar bajo un mismo signo y no combatir partiendo de una misma premisa a todos los gobiernos capitalistas en Estados que, de un modo u otro, son todavía parte integrante del sistema imperialista en su conjunto” [...]. No hay que decir que la política internacional que se deriva de esta concepción estratégica es una política no sólo independiente sino además propia. Con esto queremos significar que, aunque Cuba está dispuesta a subordinar siempre sus intereses nacionales a los intereses del socialismo como aspiración universal, ello no significa ni puede subordinar nuestra política internacional diaria con sus objetivos propios y sus propios intereses, a la política de otros Estados socialistas. La confusión entre ambos supuestos, que son parecidos pero sin embargo distintos, es lo que determina que la mayor parte de nuestros enemigos pierda su tiempo entregándose a propagar la idea de que Cuba imita y sigue a la Unión Soviética en sus proyecciones internacionales”.

La importancia de este ensayo radica en que constituye una obra de referencia obligada en los estudios sobre el tema, y por ello es objeto de repetida mención en disímiles escritos.

A la pluma de Julio Le Riverend se debe *El historicismo martiano en la idea de equilibrio del mundo*, escrito en 1979. Ese concepto, el de equilibrio del mundo, está presente a lo largo de las últimas cinco décadas, como telón de fondo conceptual, si se quiere, de las miradas que desde Cuba se dirigen a la realidad internacional. Varios estudiosos de la obra de José Martí han procurado su rescate y colocación central y explícita como fuente de la legitimidad y la racionalidad que explican tanto la estrategia como los contenidos y direcciones de la política exterior cubana a partir del triunfo de la Revolución. En este sentido, la inclusión de este ensayo responde a la conveniencia de complementar los dos que le preceden, en la medida que clarifica visiones sobre la pertenencia latinoamericana de Cuba, la vocación latinoamericanista y tercermundista de la proyección externa revolucionaria, la conflictividad con la conducta imperialista de los gobiernos estadounidenses, como componente sustantivo de una aproximación a la noción de correlación global de fuerzas.

El autor sigue la pista martiana al concepto a través de varios momentos, el primero de los cuales enmarca en 1889, en el contexto de la aparición del panamericanismo, tomando en consideración la inserción latinoamericana en las apetencias imperialistas expansionistas. Según señala, “en suma, el equilibrio constituye un objetivo de la América Latina para no caer víctima de los ‘apetitos y odios’, entonces en presencia contradictoria a lo largo y ancho de nuestras tierras. No concierne a la estabilidad interna de la comunidad latinoamericana, elemento que tampoco se hallaba en Bolívar, puesto que uno y otro partían de la idea de la unidad. La inestabilidad implicada en el concepto de equilibrio no proviene de nuestros países sino del exterior”.

La idea expuesta la amplía cuando añade que “América Latina, una, integrada, fundamenta el equilibrio continental y mundial en el sentido martiano. Bien mirado, el concepto en la sucesiva formulación que hallamos hasta 1892, se aproxima a una contemplación actual, sin que debamos atribuir a Martí aunque fuese de soslayo, una visión como la nuestra. El ‘desmigajarse’, ‘el desintegrarse’ y el ‘enfrentarse’, por celos de vecindad apuntan diáfananamente a fenómenos de esencial origen de clase e imperialista frente a los cuales el movimiento revolucionario plantea el desarrollo propio e independiente, la unidad del pueblo, la unión de los países en haz solidario y la paz y respeto mutuo. Todo ello resuena en lo que podría ser hoy la búsqueda de un equilibrio real, basado en la instauración y vigencia eficiente de la igualdad de los países y Estados en todos los aspectos de la actividad y existencia social interna e internacional, sobre todo en la verdadera autodeterminación”.

A Carlos Alzugaray Treto, en el trabajo denominado *Cuba: Definiendo estrategias de política exterior en un mundo cambiante (2001-2011)*, le corresponde cerrar esta sección, la cual tiene un gran punto de contacto e interpenetración con la que sigue, ya que al someter a un notable esfuerzo por exponer la política exterior cubana a través de las principales matrices que le imprimen estabilidad, coherencia, organicidad (lo cual explica su permanencia básica a lo largo del tiempo), le presta no poca atención al lugar ocupado por América Latina. En este derrotero, se evidencian puntos de contacto con los aportes de los dos trabajos anteriores, especialmente en lo relativo al carácter propio de la política exterior de Cuba, a sus soportes doctrinales y estratégicos, y a la visión sobre el imperialismo.

Como advertirá el lector, en este ensayo se expone un detallado recorrido por la obra de otros estudiosos que se han ocupado del tema, pudiendo afirmarse que da cuenta del estado del arte en materia de sistematización del conocimiento acerca de la política exterior de Cuba, los principios en que se basa, los intereses que defiende, los objetivos que persigue, junto a los condicionamientos intelectuales que influyen en su formulación. Se trata, en palabras del autor, de que “la política cubana es propia, que obedece a requerimientos sociales nacionales que han sido adecuadamente interpretados por Fidel Castro. La influencia de Fidel Castro es decisiva pero en tanto que ha sabido interpretar las aspiraciones básicas de la nación e instrumentarlas con políticas efectivas.

Los fundamentos estratégicos de la política cubana, que no son obra sólo del convaleciente presidente, están basados en la utilización de preceptos teóricos, intuitivos o no, que proceden no sólo del neorealismo ni del institucionalismo, sino en primer lugar de la escuela marxista y, también, de la corriente constructivista. En esa combinación de perspectivas, la concepción de base es el marxismo, sobre todo en la variante más totalmente desarrollada por la tendencia gramsciana y su concepción de la hegemonía en las relaciones internacionales”.

Las referencias al lugar preciso de Fidel en la articulación de la política exterior de Cuba es complementada, en las páginas finales de este ensayo, con apreciaciones del autor acerca del cambio de matices que introduce el liderazgo de Raúl Castro, al incorporar ingredientes de mayor pragmatismo. En general, se trata de una contribución que fertiliza la reflexión de las ciencias sociales en Cuba sobre el tema.

MIRAR A AMÉRICA LATINA

La mirada sobre el acontecer en América Latina se concentra, en esta última sección, acudiendo a tres trabajos que desde prismas distintos, aportan a una comprensión del subcontinente uniendo códigos de la historiografía, la filosofía de la historia, la sociología, los estudios cul-

turales, junto al ensayo sobre teoría y crítica. Los autores son, como en los que les anteceden en las secciones ya presentadas, especialistas de amplio reconocimiento y con extensa obra escrita. De allí que, de alguna manera, los textos que se han seleccionado remitan, de modo implícito cuando no explícito, a contenidos de otros ensayos o indagaciones.

A partir de algunos antecedentes de la etapa definida como de la posguerra fría, Sergio Guerra Vilaboy se ocupa en *De la globalización neoliberal a la Revolución Bolivariana* de ofrecer una documentada secuencia de los efectos de la avalancha neoliberal sobre los países latinoamericanos, caracterizando el cambio de época, marcando las implicaciones del unipolarismo imperialista de los años noventa, los reacomodamientos de las luchas populares y del proyecto de dominación de Estados Unidos, así como de la situación específica de la coyuntura en diversos países. Como podrá constatar el lector, procesos como los de la violencia en Colombia, la entrada de México al Tratado de Libre Comercio en América del Norte, los dinamismos en Brasil, Argentina, Chile, Perú, o los cambios políticos a partir del acceso al gobierno por fuerzas de izquierda en la arena electoral, como ha ocurrido en Venezuela, Bolivia, Ecuador, junto a los desarrollos en Centroamérica, reciben acuciosa atención, mediante una mirada bastante abarcadora y actual.

Luego de esa mirada general, aparece uno de los bien conocidos trabajos de Roberto Fernández Retamar sobre un tema que abordó desde años antes, siempre con perspectiva metafórica: *Calibán quinientos años más tarde*, escrito en 1992, en el cual regresa, como lo hace también en otros escritos, a su célebre ensayo *Calibán*, de 1971. Se sabe que se trata de interpretaciones de este autor, que toma como pretexto la figura literaria-revolucionaria de Calibán, en contraste con los personajes de *La Tempestad*, de Shakespeare.

El primero de los ensayos sobre el personaje de Calibán es considerado —pero en muchísimas ocasiones, ello es extensivo al conjunto de trabajos posteriores sobre lo mismo, incluidos en el libro *Todo Calibán*— como una obra emblemática o cumbre del pensamiento latinoamericano, concebida en pleno fragor del debate político-ideológico entre quienes veían a la Revolución Cubana como una irreverencia histórica y los que la asumían como ejemplo admirable a seguir. Según expresa el autor en el ensayo escogido, “el poderoso concepto-metáfora que es Calibán (insisto: un ‘concepto-metáfora’, en forma alguna solamente ‘un nombre en una pieza’) aludirá en estas páginas no sólo a la América Latina y el Caribe sino, como ha sido tan frecuente, a los condenados de la Tierra en su conjunto, cuya existencia alcanzó dimensión única a partir de 1492”. Es decir, que la lectura de este sobresaliente texto puede servir para estimular

la discusión contemporánea sobre los roles de participación de los sujetos sociales en los procesos emancipadores en el presente. Para algunos, el tema propicia una propuesta guevarista, que recrea la promoción de una cultura insurgente en el ámbito de Nuestra América. En el caso del ensayo seleccionado, el contexto en que se escribe, al conmemorarse el quinto centenario del descubrimiento o del choque”, le incorpora un valor agregado.

Por último, en su trabajo *Diversidad y articulación en América Latina*, subtítulo como *Desafíos de los movimientos sociales ante la civilización excluyente, patriarcal y depredadora del capital*, publicado en 1999, Gilberto Valdés Gutiérrez se acerca al tema que anuncia precisando que la heterogeneidad fragmentada de múltiples actores, prácticas contestatarias y discursos diferenciados, si bien expresa demandas legítimas en sus especificidades, y simboliza un abanico de propuestas críticas en el marco de la sociedad global, constituye más una manifestación de debilidad que de fortaleza, al enfrentar los poderes globocolonizadores.

Al constatar eso y pensar en alternativas de trascendencia desajenadora, desarrolla la categoría de Sistema de Dominación Múltiple, indicando que su análisis debe realizarse teniendo en cuenta sus dimensiones económica, política, social, educativa, cultural y simbólica. “Con ella —señala— podremos integrar diversas demandas y prácticas emancipatorias que hoy aparecen contrapuestas o no articuladas, y evitar de esta forma viejos y nuevos reduccionismos ligados a la predeterminación abstracta de actores sociales a los que se les asignan *a priori* mesiánicas tareas liberadoras”. Y relaciona de modo detallado los componentes involucrados: explotación económica (exclusión social); opresión política en el marco de la democracia formal (vaciamiento de la democracia representativa); discriminación sociocultural (étnica, racial, de género, de edades, de opciones sexuales, por diferencias regionales; enajenación mediático-cultural, paralización del pensamiento crítico a través de la velocidad de la imagen fragmentada y del simulacro virtual, hiperrealista de las televisoras); depredación ecológica (en el sentido de que la especie humana, colocada como “responsable” y no como “dueña” de la tierra, ha contraído una deuda ecológica). Se trata de una sugerente contribución a la teoría, encaminada a sumar, en el esfuerzo por comprender con novedosas herramientas conceptuales y metodológicas las nuevas realidades.

Los ensayos que a partir de este momento están a disposición del lector abarcan, como se señalaba al inicio, y podrá confirmarse, diversos temas, disciplinas, momentos y colores, ofreciendo lecturas con la intención de que permitan satisfacer el propósito de la compilación, de acercar a los interesados al pensamiento crítico cubano.

Ojalá que, con ello, se contribuya a avanzar en la dirección que sugirió Fernando Martínez Heredia cuando, al prologar diez años atrás un texto que también presentaba resultados del pensar a contracorriente, desde América Latina, hablaba de lo imperioso que resultaba seguir cambiando el pensamiento, seguir conociendo, aportando, debatiendo: “En los dos últimos siglos, el pensamiento social militante en las causas y los sueños de liberación de las personas y los pueblos anunció —con sus logros y sus preguntas— las posibilidades maravillosas que tienen los seres humanos de crear otro mundo y otras vidas. También comprendió las necesidades angustiosas y urgentes a las que debía prestar su apoyo y brindar sus luces, y actuó en consecuencia. En una época que ya se va haciendo larga, se ha dejado de cumplir con esa prefiguración tan creadora. Necesitamos más revolución en el pensamiento, en su calidad, su honestidad, sus temas, sus modos de inquirir, su incidencia en la vida, y necesitamos más revolución en la publicación del material intelectual e ideal nuestro, en que esté disponible, en que sea objeto de debate. Debemos cambiarnos a nosotros mismos en el camino, ser superiores a todo lo que hemos creído que era lo suficiente y lo conveniente, para que haya camino”.

Revolución, socialismo y crisis

.cu

Germán Sánchez Otero

LA CRISIS DEL SISTEMA NEOCOLONIAL EN CUBA: 1934-1952*

INTRODUCCIÓN

El objetivo específico de este trabajo es analizar algunos aspectos de la *dominación imperialista* y de la lucha de clases en la sociedad neocolonial cubana, durante los veinte años anteriores al 20 de julio de 1953. La motivación que determinó la selección de ese segmento temporal, se fundamenta en el imperativo de reconstruir y examinar las condiciones históricas más inmediatas a la fecha en que se inició el proceso revolucionario cubano actual. Es esa una tarea mayor, que necesariamente deberá cumplirse con el aporte de múltiples investigaciones y basándose en el esfuerzo colectivo de los diferentes especialistas en ciencias sociales de nuestro país.

Es necesario advertir, por consiguiente, que aunque la exposición de las ideas del ensayo se desenvuelve fundamentalmente con respecto a esa etapa, no es su intención ofrecer una valoración his-

* Germán Sánchez Otero 1985 "La crisis del sistema neocolonial en Cuba: 1934-1952", tomado de Ramón de Armas, Francisco López Segrera y Germán Sánchez Otero, *Los partidos políticos burgueses en Cuba neocolonial. 1899-1952* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales), pp. 141-276. Sin embargo, se trata del mismo ensayo, originalmente publicado con el título "El Moncada: crisis del sistema neocolonial, inicio de la Revolución Latinoamericana", *Casa de las Américas*, N° 79, julio-agosto de 1973, pp. 44-90.

tórica integral acerca de ella. Se utilizan solamente aquellos datos y referencias “hecológicas” que resultaron necesarios para demostrar las tesis principales del trabajo.

En el primer capítulo, a manera de introducción general, se aborda teóricamente el tema de las corrientes políticas burguesas de más significación en las décadas del treinta al cincuenta en América Latina, y se da una valoración acerca del nacionalismo burgués de esos años, sus orígenes, los alcances de ese proyecto histórico, y las causas de su frustración como alternativa reformista en la región.

Luego de establecer el marco del análisis a escala continental, en el segundo capítulo se examina la naturaleza de las relaciones económicas de los grupos financieros norteamericanos y la burguesía neocolonial cubana, y se seleccionan los dos ejes principales de la dominación económica imperialista: la estructura del comercio exterior y la composición de las inversiones. Estos dos factores permiten identificar la base material condicionante de las contradicciones del nacionalismo burgués en Cuba y demostrar la imposibilidad histórica de una solución reformista al problema social de la neocolonia cubana. La hipótesis es la siguiente: la estructura del comercio exterior y la política inversionista de los monopolios norteamericanos, reproducen y agudizan durante el período el sistema económico basado en la mono-producción azucarera, hasta el extremo que impide cualquier vía de desarrollo industrial al sector de la burguesía interesado en esa alternativa. El análisis contribuye a desentrañar algunas de las principales contradicciones del régimen neocolonial en el período 1933-1958.

Con esos fundamentos económicos ya definidos, en el tercer capítulo se aborda el origen, la evolución y los contenidos de clase de los movimientos políticos burgueses de mayor significación en la historia de la República neocolonial: los auténticos y los ortodoxos. Las contradicciones de estos partidos nacional-burgueses —de estilos populistas— demuestran en el plano político la incapacidad de la burguesía no azucarera para desarrollar en Cuba un proceso industrial similar a los que ocurren en algunos países del continente americano en este mismo período, e imponer su hegemonía —siquiera temporal— por medio del control del aparato estatal y de una reestructuración de las relaciones de dependencia neocolonialistas.

El interés por el estudio de estos movimientos reside en que sus programas, la composición de clases que representaban y su acción política, transparentan la crisis que atraviesa la dominación imperialista-burguesa en Cuba durante esos años, y la inviabilidad de los objetivos reformistas de aquellos partidos, debido al riguroso control externo de la economía y a las insolubles deformaciones de ésta en el contexto neocolonial.

La no viabilidad de los movimientos nacionales burgueses populistas para reestructurar las relaciones de dependencia, impulsar cierto desarrollo económico sobre la base de la industria sustitutiva de las importaciones y generar una redistribución del ingreso, los lleva rápidamente a la bancarrota.

El Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) moviliza a las masas populares para legitimar su proyecto reformista, pero no pudo cumplir, durante ocho años de gobierno (1944-1952), el programa y los valores políticos que enunció.

Por su parte, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), que nace de la crisis del autenticismo, también como resultado de las contradicciones apuntadas y de sus limitaciones clasistas —entre otras, el temor a la movilización armada del pueblo y a la destrucción del Ejército—, es incapaz de enfrentar el golpe de Estado de 1952, frustrando las aspiraciones de varios sectores populares, que creyeron en la ortodoxia como alternativa política idónea para derrotar electoralmente al gobierno de Carlos Prío y emprender las reformas y el saneamiento estatal prometido por el PPC (Ortodoxo).

No obstante, a consecuencia de esta dinámica política, el autenticismo primero y la ortodoxia después, crearon expectativas reformistas muy fuertes —muy radicales y hasta de inclinación revolucionaria en algunos círculos de la ortodoxia—, que influyeron de forma significativa en los sectores medios y en amplias masas del pueblo. Precisamente, el movimiento político ortodoxo y su líder Eduardo Chibás, son objeto de una atención especial en el estudio, pues la crisis de ese partido en los años 1952-1953, se vincula con los orígenes del proceso revolucionario que inaugura el asalto al cuartel Moncada, al participar físicamente en él, decenas de ex miembros del ala más radical de la ortodoxia, de extracción en su mayoría popular.

El 26 de julio de 1953, los moncadistas representan a una organización cuya estrategia de lucha, programa y dirección política inauguran la opción revolucionaria que sumaría a la mayoría de los militantes ortodoxos de la base popular, muy especialmente a los jóvenes, así como al resto de las masas, que también condujeron el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario.

El triunfo revolucionario de 1959 fue, además, el acta de defunción del nacionalismo burgués populista en Cuba; el pueblo encontró allí el único camino para resolver sus más caras aspiraciones y necesidades: el socialismo.

EL NACIONALISMO BURGUES POPULISTA LATINOAMERICANO

“...la burguesía de los países oprimidos, aunque apoye los movimientos nacionales, al mismo tiempo lucha de acuerdo con la burguesía imperialista, es decir juntamente con ella, contra todos los movimientos revolucionarios y contra todas las clases revolucionarias.”

V. I. Lenin II Congreso de la
Internacional Comunista

1

Durante las dos últimas décadas muchos historiadores, economistas y sociólogos especializados en el estudio de las realidades sociales de América Latina coincidieron en definir los movimientos políticos nacionalistas burgueses del área como “nacional-populismo”, lo que suscitó variados equívocos y polémicas diversas, aunque necesarias y fructíferas.

Sin desdeñar los aportes de los estudios realizados acerca de los movimientos reformistas burgueses latinoamericanos del período 1929-1964,¹ es necesario indicar que el concepto aludido encierra múltiples elementos de ambigüedad que se manifiestan, por ejemplo, cuando se le asigna una connotación general, válida para explicar los distintos movimientos políticos nacionalistas de ese período: varguismo, cardenismo, peronismo, aprismo, MNR (Bolivia), Acción Democrática (Venezuela), Velasquismo (Ecuador), y liberacionismo (Costa Rica), entre otros.

Uno de los propósitos cimeros de la teoría marxista-leninista es, ciertamente, la formulación científica de respuestas definitivas de los fenómenos sociales comunes a realidades diversas. Con respecto a América Latina, este aserto adquiere una validez más obvia, pues se ha afirmado con razón que la sociedad latinoamericana es una y múltiple.

En efecto, unidad y diversidad se complementan; la primera es un hecho histórico, socioeconómico, cultural, y su comprobación empírica radica precisamente en las múltiples formas y matices que adopta en las diferentes situaciones nacionales. Precisamente, la determinación científica de las similitudes y diferencias entre unos y otros países, es el camino que permite sustentar sobre bases convincentes la identidad común de nuestra América.

Así pues, esa identidad común presupone la necesaria distinción de los diferentes procesos socio-históricos nacionales, y ella debe corroborarse y enriquecerse, dada su trascendencia política operacio-

1 Ver bibliografía consultada al final de la obra.

nal, por medio del examen de las estructuras económico-sociales, de la historia y las tradiciones de nuestros países, que nos permita establecer singularidades precisas y generalizaciones certeras. De esta manera, la adopción de una categoría de análisis global —“nacional populismo”, “nacionalismo reformista burgués” o cualquier otra— que sintetice los rasgos peculiares de la crisis económica y política de la sociedad latinoamericana desde la década del treinta hasta los años cincuenta, no puede resultar de generalizaciones construidas sin el respaldo de análisis que se alimenten de las circunstancias históricas de cada país. Las abstracciones deslumbrantes en nombre de las ciencias sociales no siempre poseen el rigor científico que suponen sus autores, quienes suelen escamotear los datos reales con el pretexto de desarrollar teorías generales. Esos que piensan así, ignoran que la historia específica de los procesos sociales fue siempre para Marx, Engels y Lenin sustrato de sus investigaciones y base permanente de las abstracciones teórico-científicas del marxismo-leninismo.

La temática del nacionalismo burgués latinoamericano ha sido abordada desde muchos ángulos teóricos e ideológicos. No es nuestro objetivo en este trabajo emprender un examen crítico de los muchos autores contemporáneos que han realizado estudios al respecto. Nuestro interés con este capítulo introductorio del ensayo es ofrecer al lector un somero encuadre conceptual del período histórico latinoamericano en que se desenvuelve el objeto de estudio principal de la obra: la crisis del sistema neocolonial en Cuba y los orígenes de la revolución (1933-1953).

2

El hilo conductor del análisis nos parece que debe comenzar por la identificación de las características que adopta la industrialización en el continente hasta la posguerra. En el caso de las burguesías latinoamericanas, la diversidad de formas y niveles de desarrollo que alcanza, así como el desenlace final común de su historia a partir de los años cincuenta, confirma la afirmación que hicimos acerca de la unidad y diversidad de los procesos sociales de la región.

Al examinar el grado de desarrollo de la burguesía industrial latinoamericana en la etapa de la posguerra, en un grupo de países (Brasil, México, Argentina, Colombia), se observa un cierto nivel de industrialización mientras en otro grupo (Perú, Cuba, Venezuela) éste sólo comienza a dar sus primeros pasos; y en un tercero (caso de los países centroamericanos) el proceso de industrialización se inicia al despuntar la década del sesenta, quedando incluso un cuarto grupo de países (Haití, Guyana, Paraguay) en donde la industrialización virtualmente no existe en nuestros días.

No es nuestra intención con esta observación construir una tipología de los países latinoamericanos por su grado de industrialización, ni tampoco establecer las diferenciaciones según una escala cronológica. Lo importante es rescatar los elementos estructurales e históricos que explican los niveles de desarrollo de la burguesía industrial en cada etapa de los diferentes países latinoamericanos y el grado de autonomía que logran alcanzar con respecto al imperialismo y a la oligarquía agroexportadora.

Una visión integral de la década del cincuenta nos muestra un fenómeno común: todos los procesos de industrialización ocurren bajo el control directo del capital imperialista norteamericano, sea en Brasil, El Salvador o Perú, mientras en el primer grupo de países antes señalado, al filo de 1950, cuando se inició la etapa del control generalizado de las economías latinoamericanas por el capital monopolista norteamericano, la industrialización lograda hasta ese momento fue alcanzada por las burguesías con sus propios capitales y mediante la sustitución de las importaciones, para los restantes países (la mayoría) el crecimiento industrial estuvo asociado desde sus inicios a las inversiones del capital extranjero.

Si aceptamos que la industrialización —en mayor o menor medida, según las transformaciones introducidas en el resto de la sociedad— trae por consecuencia la dinamización de los demás sectores y la conversión eventual del sector industrial en el eje del desarrollo económico y social, entonces la distinción antes expuesta resulta sin duda importante en el examen de los diferentes procesos latinoamericanos contemporáneos.

La débil aunque significativa industrialización que empezó desde fines del siglo XIX en Argentina, México y Brasil y en menor medida en Chile, Colombia y Uruguay, se realizó insertada en el sistema capitalista mundial, como parte del cual aquellos países cumplían una función de exportadores de productos primarios, siendo el sector exportador el centro principal de sus economías. En este sector y en aquellos que le son complementarios, radicaban las clases dominantes: terratenientes, grandes propietarios de minas, grandes comerciantes y banqueros, y desde el interior de este bloque oligárquico, surge y comienza a ampliar su espacio económico la burguesía vinculada al sector industrial.

En los países capitalistas de desarrollo independiente, la industrialización es impulsada originalmente por las leyes del movimiento del capital del sector exportador y, más tarde, a consecuencia de su propia dinámica y significación, logra ganar autonomía y generar sus propias leyes de funcionamiento. Sin embargo, en el caso de los países subdesarrollados latinoamericanos, la industrialización sólo alcanza

una independencia relativa, pues aún en sus momentos de mayor nivel de expansión, el sector primario exportador mantiene el carácter de punta, condicionador en última instancia del crecimiento industrial, en la medida en que aquel realiza su gestión económica sobre la base de relaciones de dependencia del sistema capitalista mundial.

Una contradicción específica de las sociedades latinoamericanas de ese tiempo histórico está dada, por un lado, en que la industrialización es una posibilidad y una búsqueda de la independencia económica, pero a la vez la acumulación del capital en este sector requiere de la inserción del conjunto de la economía en la división internacional capitalista del trabajo y sus límites de desarrollo pasan por un estrecho mercado nacional, lo que determinó un fatal destino a las burguesías que lograron cierto nivel de desarrollo y autonomía del capital extranjero.

De este modo, la industrialización, en países donde no ocurren revoluciones burguesas en el sentido clásico, no trae consigo la destrucción plena de los modos de producción anteriores. Esto sólo se va alcanzando mediante un ritmo lento, en ocasiones incoherente, donde las nuevas relaciones de producción y las estructuras productivas más complejas aparecen tras un largo y contradictorio proceso.

En los países antes mencionados, particularmente en Argentina, México y Brasil, la burguesía industrial recibe un impulso decisivo en las condiciones favorables inducidas por el conflicto bélico de 1914-1918, en la coyuntura y después de la crisis de los años 1929-1932 y durante la Segunda Guerra Mundial. Su fuerza material y las condiciones internacionales, unidas a los conflictos internos de la oligarquía y a los de ésta con las clases explotadas, le permiten elaborar y promover sus proyectos independientes, lanzándose entonces a la pugna por el control hegemónico del poder estatal y político.

Estos procesos, en sus expresiones reales adoptan formas intrincadas y aparecen oscurecidos por múltiples factores ideológicos y políticos; aprovechándose de ello, muchos historiadores burgueses han formulado versiones tergiversadas en relación con la fuerza motriz de los movimientos nacionalistas implicados por esos procesos, ocultándose que sus orígenes, objetivos, tendencias y contornos tienen su base fundamental en los intereses de la burguesía industrial emergente.

3

En ese enfoque radica, a nuestro juicio, la clave teórica para explicar el fenómeno del nacionalismo burgués en América Latina durante los años treinta-cuarenta.

Estos proyectos históricos han sido denominados también *nacional-populistas*, por sus elementos multclasistas y otras peculiaridades de carácter político (v. g. el peronismo, el cardenismo y el varguis-

mo). En nuestra opinión el concepto válido sería *nacionalismo burgués populista*, entendiendo que se trata de un nacionalismo burgués de contenido reformista y que su tinte populista es específico de las condiciones históricas latinoamericanas, o sea, sin relación alguna con otros fenómenos sociales identificados con igual nombre, como el populismo norteamericano del siglo XIX, el populismo ruso, algunos movimientos políticos de europa oriental del siglo XIX y los también llamados populismos africanos y asiáticos del presente siglo.

Algunas características casi siempre comunes en los procesos latinoamericanos indicados, son las siguientes:

Todos ellos tuvieron una amplia base de masas, incluido el apoyo relativo de sectores obreros urbanos y en especial de los trabajadores de reciente incorporación a las ciudades; pero esto no ocurrió merced a una representación orgánica y genuina de los intereses de la clase obrera. Los trabajadores urbanos son incorporados a los movimientos populistas al comprometerse la dirección de ellos a la realización de ciertas reformas de beneficio económico, social y político, lográndose ese propósito en proporción con la efectividad y alcances de esas reformas.

En rigor, esas concesiones burguesas a la clase obrera reflejaban la crisis del capitalismo en su expresión dependiente latinoamericana, que intenta sobrevivir a sus contradicciones manipulando a las masas populares, que aceptan y participan de la alianza multiclasista haciendo presión con sus propios intereses e insatisfacciones. Fue esa alianza una de las vías por medio de la cual la clase dominante ejerció su dominio, pero fue también una disyuntiva que implicó una potencial amenaza de éste.

Las bases sociales más importantes de los movimientos nacional burgueses populistas son las capas medias urbanas y los llamados sectores marginales (los “descamisados”) y también, en algunos casos, amplios sectores obreros urbanos. En el período que no tienen aún el poder estatal, el control de las organizaciones populistas estuvo por lo regular en manos de los sectores medios. Sin embargo, en la etapa gubernamental la burguesía industrial concentra la hegemonía de la dirección del Estado, en una combinación de alianzas con la oligarquía y los sectores medios.

Este compromiso interclasista define la fuerza temporal del nacionalismo burgués populista, pero también su debilidad histórica. La oligarquía mantiene una alta cuota de poder económico y político (el único caso en que ella resultó estructuralmente afectada fue el de México, con la Reforma Agraria) y no obstante perder la hegemonía sobre el control del Estado, éste continúa resguardando sus intereses dado que la fuerza económica detentada por la oligarquía representa un centro vital del sistema capitalista en su conjunto.

Con frecuencia, los movimientos populistas son liderados por figuras carismáticas; esto no es una casualidad histórica, pues en todos los casos aparecen en la superficie política como árbitros neutrales y multicomprendivos en el interior de la alianza clasista. El líder carismático es un imperativo, dada la complejidad de la alianza, y funciona como intermediario entre los sectores burgueses dominantes y las clases populares. Esta circunstancia objetiva es una vía para explicar la personalización que casi siempre identifica a los movimientos populistas, así como la imagen de autonomía que suele proyectar el Estado ante la sociedad, por encima de los intereses de la clase que efectivamente lo controla.

La ideología burguesa, en los movimientos nacional-burgueses, se representa por medio de un lenguaje reformador del sistema y en ocasiones aparece como una tercera opción frente a la alternativa capitalismo o socialismo. Es común el eclecticismo, la incoherencia y la ausencia de estructuración de sus enunciados ideológicos, a pesar del esfuerzo que hicieron algunas organizaciones para articular una doctrina propia. Los conflictos de intereses con los capitales extranjeros y las políticas económicas de los estados imperialistas, en particular el norteamericano, generan un rasgo general nacionalista, que alcanza en la expresión popular fuertes sentimientos antiyanquis de potencialidad antiimperialista.

En los programas políticos y ejecutoria real, casi siempre recibe mayor atención del Gobierno y se le atribuye más importancia al Estado como empleador y redistribuidor de la riqueza, que en su carácter de posible agente del desarrollo económico integral, aunque en algunos casos este aspecto alcanzó mayor atención en los años previos a la frustración de los proyectos nacionales.

Las burguesías industriales buscan la consolidación de los intereses propios que no pueden lograr y, finalmente, en el curso de los años cincuenta y sesenta son quebrantadas y asociadas al capital monopolístico norteamericano, que la subordina a los intereses imperialistas, luego de un proceso contradictorio y lleno de múltiples sucesos políticos de indudable resonancia en las tradiciones nacionales de esos países (mencionaremos sólo un caso: el peronismo). A pesar de las repercusiones de esos procesos —contribuyeron, en primer lugar, a acelerar la crisis política de las oligarquías— no alteraron las estructuras económicas y sociales fundamentales, ni tampoco, en particular, el carácter dependiente de éstas.

Cuando se inicia la subordinación y la integración de las burguesías industriales al capitalismo monopolista, los proyectos nacional populistas estaban en franco declive. En la década del cincuenta, el proceso de industrialización comienza a agotarse por los límites nacionales de los

mercados y las ausencias de cambios estructurales; las masas populares radicalizan sus demandas y luchan por ampliar su participación política; los trabajadores del campo, en oposición a la férrea explotación de los terratenientes, generan amplias movilizaciones campesinas.

Todo esto trae como resultado que las bases de las alianzas multclasistas de los gobiernos y movimientos nacional populistas, que siempre fueron precarias, se deterioren sometidas a las contradicciones de los diversos intereses en pugna, en el contexto de la nueva etapa de la dominación imperialista y de la crisis económica y política interna.

Así las cosas, el triunfo de la primera revolución socialista en América Latina y su desarrollo exitoso, mostró el único camino histórico posible de solución a los problemas estructurales de las sociedades subdesarrolladas latinoamericanas, y sustentó aún más los límites reformistas del nacionalismo burgués populista que, desde entonces, ya no pudo aparecer como una alternativa viable para resolver las aspiraciones de las masas populares.

4

Conviene resumir lo antes afirmado. Los procesos nacional-burgueses de corte populista tuvieron como base la emergencia y desarrollo de los capitales industriales. Su posibilidad histórica fue consecuencia de una fase específica de la expansión imperialista, caracterizada por la llamada segunda revolución industrial, o sea la producción en gran medida, y priorizada de las máquinas de producir máquinas (desarrollo del sector I), al ocupar los países subdesarrollados el papel de suministradores de materias primas, mercado consumidor de manufacturas y de tecnologías obsoletas. Las dos guerras mundiales y la crisis de los años treinta contribuyeron decisivamente al incremento de la producción industrial en algunos países de la región, como fórmula necesaria y posible de sustitución de una parte de las importaciones.

Sin embargo, debido al carácter de la dominación imperialista y la función que cumplían las economías de los países latinoamericanos, como suministradores de materias primas, la industrialización de la mayoría de ellos, aún con las limitaciones ya señaladas, no pudo siquiera iniciarse a un nivel estructural —en el mejor de los casos, alcanzó una fase incipiente y fragmentada— sin poder lograr la burguesía ligada a ese débil sector un lugar decisivo en el control del Estado. Así pues, las clases dominantes de estos países estuvieron todavía más sometidas al sistema imperialista, en particular el norteamericano. El estancamiento y la crisis permanente fue el rasgo común de esas economías, las cuales no pudieron aprovechar las condiciones internacionales favorables para desarrollar el sector industrial nacional. Esta realidad histórica-estructural es la vía para explicar la naturaleza y característi-

cas diferentes de los procesos clasistas y de luchas antiimperialistas de los años treinta-cincuenta en varios de estos países con respecto a los anteriores. Piénsese, por ejemplo, en la revolución de 1933 en Cuba, en la insurrección salvadoreña de 1932, en la Nicaragua de Sandino, en las revoluciones democráticas populares de 1952 en Bolivia y de Guatemala en 1954. En estos países, el peso de la crisis y de la dominación imperialista fue directo, aplastante, sin válvula de escape temporal. El presente trabajo abordará en forma más específica el caso cubano.

En todos ellos, el control oligárquico-imperialista funcionó como una alianza cerrada frente a las amplias masas, preteridas y explotadas. Aquí, el nacionalismo burgués —cuando existió— aparece como expresión de los sectores de la pequeña burguesía, una parte de los cuales adoptan posiciones antiimperialistas y radicales, entroncándose frecuentemente con los intereses de los movimientos populares y revolucionarios.

En esas circunstancias el proceso de industrialización en estos países se origina a partir de los años cincuenta y sesenta, en la mayoría de ellos; algunos en forma más coherente (Centroamérica en la década del sesenta con el proyecto monopólico imperialista del Mercado Común) y en otros de manera irregular, parcial y discontinua (Ecuador y Bolivia, por ejemplo). Pero la característica común es que la industrialización ocurre fundamentalmente en el sector manufacturero y bajo el control directo del capital extranjero; su nivel tecnológico es más elevado que en los países donde existió una industrialización sustentada por capitales nacionales; los mercados son controlados en forma monopólica y el movimiento de los capitales se desenvuelve acorde con las leyes de la rentabilidad, sin tomar en consideración las necesidades económicas y sociales de la nación.

De esta manera, en los países latinoamericanos donde las burguesías nacionales pudieron cristalizar, éstas debieron someterse, a partir de la década del cincuenta, al capital imperialista como única forma de sobrevivir. Mientras, en los países en que la clase burguesa industrial no pudo desarrollarse, la posibilidad histórica de lograrlo en forma autónoma quedó cancelada definitivamente también en esa década.

Desde entonces no hay, pues, ni en unos países ni en los otros, base cierta donde fundamentar utopías de desarrollo burgués autónomo. La alternativa histórica contemporánea se hizo más nítida: capitalismo dependiente del imperialismo, subsidiario de éste en su funcionamiento y desarrollo, o socialismo, como única vía posible para alcanzar el desarrollo independiente.

En el siguiente capítulo, examinaremos las contradicciones específicas del sistema de dominación económica imperialista neocolonial en Cuba, durante el período 1933-1958, usando como referencia dos

factores principales —la estructura del comercio exterior y la composición de las inversiones—, que sin agotar el tema permiten sin embargo establecer la base material condicionante de las contradicciones del nacionalismo burgués populista cubano y la imposibilidad histórica de una solución reformista a los dramáticos problemas económicos y sociales de nuestra sociedad.

CONTRADICCIONES ECONÓMICAS DEL RÉGIMEN NEOCOLONIAL (1934-1958)

“Cuba continuará siendo económicamente pupilo de los Estados Unidos. Mientras el capital norteamericano continúa dominando en aquella república las industrias, tierras y bancos y mientras los cubanos dependen del comercio norteamericano, su gobierno y la vida nacional de aquel país estarán influidos de diversos modos por los Estados Unidos.”

The Washington Daily News, 30 de mayo de 1934, comentario publicado al día siguiente de abolirse la Enmienda Platt.

ESTRUCTURA Y TENDENCIA DEL COMERCIO EXTERIOR

En 1934 la posibilidad de producir y exportar volúmenes de azúcar superiores al promedio de la década del veinte, se eliminó de forma absoluta como alternativa de expansión y desarrollo de la economía cubana. Ese año, el Gobierno norteamericano aprobó la ley Costigan-Jones, que establecía los nuevos parámetros en que se debía sustentar la política de importación de azúcar; es decir, el sistema de asignaciones de cuotas. La producción azucarera en Cuba estaría, pues, determinada por el monto que Estados Unidos decidiera de acuerdo con sus necesidades. Sólo durante los años de la Segunda Guerra Mundial, al confrontar dificultades con otros abastecedores, Estados Unidos liberó la cuota de Cuba; en este período se redujeron los derechos de Aduana sobre el azúcar y las zafras se adquirieron íntegramente para compensar el déficit de otros abastecedores.

Al terminar el conflicto bélico, en la coyuntura de la firma del Convenio General de Aranceles y Comercio (Ginebra, 1947), Estados Unidos y Cuba rubricaron un Convenio Bilateral (1948), que restituía el sistema de cuotas y reafirmaba el compromiso de los productores azucareros de garantizar este producto a los consumidores norteamericanos durante la posguerra.

El mecanismo de las cuotas anuales determinó que la producción de azúcar, después de 1927, no pudiera alcanzar un promedio anual superior al 70% de las capacidades industriales y agrícolas existentes.

Cuadro 1
Promedio de producción anual de azúcar durante cuatro décadas

Décadas	Producción de azúcar
	toneladas
1920-1929	4.329.052
1930-1939	2.738.840
1940-1949	3.956.211
1950-1959	5.457.648

FUENTES: Anuario azucarero de Cuba, 1962; Anuario estadístico de Cuba, 1956 (los cálculos fueron hechos por el autor).

El promedio de la producción desde 1929 hasta 1959 —tres décadas— ascendió a 4.050.900 t, o sea, el 93,5% de la media producida en la década 1920-1929.

La aplicación de la ley Costigan-Jones con respecto a Cuba fue descarnada: se utilizaron los datos de las exportaciones a Estados Unidos en los años de mayor depresión (1929-1932); así como la participación de Cuba en el consumo azucarero norteamericano se redujo al 29% mientras que en la década de 1920 había significado más del 50%.

Cuadro 2
Participación de Cuba en el mercado azucarero de Estados Unidos 1926-1940

1926	1927	1928	1929	1930	1931	1932	1933	1934	1935	1936	1937	1938	1939	1940
58,0	55,0	47,0	51,9	43,9	37,2	28,2	25,4	24,6	30,7	29,8	31,7	29,1	24,8	27,9

FUENTE: Anuario azucarero de Cuba, 1946.

No obstante las reducciones sustanciales de la producción azucarera —consecuencia del sistema de cuotas—, en el período que analizamos (1934-1958), el azúcar representó el 82,4% del valor total de las exportaciones cubanas. Este índice corrobora el criterio de que en la “segunda etapa de la República”, las estructuras económicas no alteraron sus aspectos principales: monoproducción y monoexportación azucareras.

De ahí que resulta necesario examinar la evolución de la estructura del comercio exterior, pues este análisis permite descubrir los factores que inhibían el desarrollo de una vía de industrialización sustitutiva de las importaciones.

El eje principal de la economía neocolonial cubana, durante toda su historia, fue la producción azucarera para el mercado externo. Este sector aportaba del 25% al 40% del ingreso nacional, y más del 80% del valor de las exportaciones.

En estas circunstancias, el imperativo de una economía dependiente del comercio exterior debía traducirse en la diversificación de los mercados azucareros y en la promoción de nuevas líneas de exportación. Pero a esta opción lógica se oponía la otra esfera del comercio exterior: las importaciones.

El control por el imperialismo norteamericano de los mecanismos del comercio de importación se acentuó también a partir de 1934. El Tratado de Reciprocidad, además de asignar a Cuba una cuota “estable” de exportación azucarera, disminuía las tarifas sobre el azúcar (crudo) y concedía un tratamiento preferencial a 35 productos de origen cubano. Cuba debía, por otra parte, ofrecer un tratamiento preferencial a *400 productos norteamericanos*.

Así pues, en el mismo año 1934, el imperialismo renovó sus mecanismos de control de la economía neocolonial: cuotas azucareras y sistemas de preferencias arancelarias. Ambas medidas tenían un propósito común: reforzar el grado de explotación de la economía cubana. Durante los próximos 25 años, la dominación norteamericana del comercio exterior se implementó de acuerdo con las pautas establecidas en 1934; se hicieron algunas modificaciones, pero los principios generales no se alteraron.² Este sistema comercial “recíproco” fue, en rigor, una tenaza estratégica de la dominación imperialista en Cuba.

El comercio exterior de la neocolonia se desarrolló cada vez más sobre bases contradictorias. En la misma medida que necesitaba ampliar sus mercados y diversificar las exportaciones tenía menos probabilidades de ello, porque el sistema arancelario privilegiaba a los monopolios norteamericanos hasta el extremo de que otros países no podían competir con los productos de factura yanqui.

El análisis de la concentración geográfica del comercio exterior reafirma las ideas anteriores:

2 El acuerdo comercial complementario de 1941 redujo el arancel aduanero sobre el azúcar crudo cubano de \$ 0,90 a \$ 0,75 la libra, lo que garantizó a Estados Unidos el suministro de este producto durante la guerra; en esa ocasión, Cuba también les concedió ventajas aduaneras a los productos de origen norteamericano. En 1948, al adherirse Cuba al AGAC, firmó un acuerdo exclusivo cubano a \$ 0,50 la libra, y, en “retribución”, el Gobierno cubano disminuye los impuestos de aduana a 128 artículos de mayor nivel de importación, provenientes de Estados Unidos. En 1951, por el Acuerdo de Torquay, se adoptaron medidas similares.

Cuadro 3
Distribución geográfica de las exportaciones en los años indicados
(En porcentajes del valor total)

	1935-1939	1946-1950
Estados Unidos	78,1	62,1
América Latina	1,5	3,3
Alemania	1,6	3,3
Reino Unido	12,0	13,7
Resto de Europa	4,9	11,5
Otros	1,9	6,0

FUENTE: CEPAL, El desarrollo económico de Cuba, mayo de 1951.

Las exportaciones, que durante los primeros diez años del siglo se concentraron en Estados Unidos en más del 80%, descendieron en su grado de centralización en la década del treinta. En el quinquenio 1946-1950 alcanzaron un nivel —62,1%— que se mantuvo con algunas variaciones hasta 1958. Por otra parte, las importaciones procedentes de Estados Unidos acusaban una tendencia en ascenso continuo:

Cuadro 4
Distribución geográfica de las importaciones en los años indicados
(En porcentajes del valor total)

	1935-1939	1946-1950
Estados Unidos	67,5	80,4
América Latina	2,6	80,4
Alemania	4,3	-
Reino Unido	4,3	1,5
Otros de Europa	10,1	4,9

FUENTE: CEPAL, El desarrollo económico de Cuba, mayo de 1951.

Si en 1933 las importaciones procedentes de Estados Unidos eran de 22,7 millones de dólares (54% de las importaciones cubanas), en el período 1941-1945 ascendieron a 147,5 millones como promedio anual, hasta llegar a cifras más altas: 540 millones en 1951 y 618 millones en 1957. O sea, las importaciones de origen norteamericano se triplicaron en la década 1950-1959 respecto de la década 1921-1930, lo cual representó más del 75% del total.

Oscar Zanetti demuestra en su ensayo *El comercio exterior de la república neocolonial*, que “la evolución de la distribución del comercio cubano es, esencialmente, una historia de las relaciones comerciales entre Cuba y Estados Unidos. Por la intensidad de las mismas,

el comercio cubano ostentaba uno de los más altos índices de concentración en todo el mundo”.³

De acuerdo con los objetivos del presente trabajo no es necesario añadir más cifras. Es evidente que este comercio unilateral fue un factor decisivo para impedir el desarrollo de una industria de sustitución de importaciones.

El carácter dependiente, y la concentración de las relaciones comerciales con el país dominante, fueron los elementos que convirtieron la estructura del comercio exterior en un factor condicionante de cualquier opción de desarrollo económico que intentara emprender algún sector de la burguesía neocolonial.

Es conveniente, antes de examinar la estructura de las inversiones en el siguiente acápite, desglosar el concepto de burguesía neocolonial que emplearemos para designar a los sectores de la burguesía en el período 1934-1958:

La burguesía azucarera, integrada por terratenientes —que compartían con las grandes compañías norteamericanas la propiedad de los principales latifundios— y los propietarios de centrales azucareras, quienes obtenían las ventajas de socio menor de la explotación monopólica norteamericana del azúcar; los intereses de ambos sectores de la burguesía azucarera siempre fueron contrarios a cualquier cambio del *statu quo*: la reforma agraria, la diversificación de los mercados, la industrialización no azucarera, u otros.

La burguesía comercial importadora, representa al sector de la burguesía neocolonial interesado en mantener, sin alteraciones, las estructuras económicas y las relaciones externas; el tratado comercial de 1934 reforzó aún más sus posiciones, pues el incremento de las importaciones de Estados Unidos le garantizó un margen de precios muy alto; cualquier alternativa de industrialización o diversificación agrícola, por razones obvias, era rechazada por este sector. La burguesía azucarera y la burguesía comercial importadora formaban los sectores principales —dominantes— de la *oligarquía neocolonial*, la cual estaba integrada, además, por los grandes terratenientes.

Con la denominación común de *burguesía industrial no azucarera* nos referimos al sector capitalista propietario del resto de las industrias del país: textiles, tabacaleros, licoreros, etc. Su desarrollo fue muy precario y conflictivo, pues debió sobrevivir sometida a las estructuras monoproductoras y monoexportadoras y al régimen comercial impuesto por Estados Unidos.

3 Ver: *Anuario de Estudios Cubanos I*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. Este trabajo de Oscar Zanetti es el esfuerzo de reconstrucción y análisis estadísticos más completo y riguroso que conocemos acerca del tema.

LAS INVERSIONES NORTEAMERICANAS

La naturaleza del sistema comercial que generó el dominio imperialista incidió también en las características de la estructura de la propiedad norteamericana en Cuba, y ambos elementos conformaron los pilares fundamentales del orden neocolonial.

En efecto, el análisis por sectores de la estructura de la propiedad y de las tendencias de las inversiones norteamericanas y cubanas, permite descifrar, junto al examen del comercio exterior, las características económicas principales en el período 1934-1958.

Según Oscar Pino-Santos: “hasta 1925, con cierta relativa lentitud en el lapso 1898-1913 y de forma acelerada en el de 1914-1925, las inversiones norteamericanas en Cuba manifestaron siempre una tendencia expansiva. Pero la crisis azucarera de 1926-1933 y la economía general de 1929-1933, alteraron ese proceso. Durante aquellos años, las inversiones se contrajeron de modo sustancial y, a partir de 1934, su crecimiento fue mínimo”.⁴ El siguiente cuadro estadístico ofrece un resumen de evolución de las inversiones norteamericanas desde 1934 hasta 1958:

Cuadro 5
Valor de las inversiones norteamericanas en Cuba: 1936-1958⁵

Sector	1936	1940	1946	1950	1953	1958
Agricultura (agricultura e industria azucarera principalmente)	265	241	227	263	265	265
Servicios públicos	315	233	251	271	297	344
Manufacturas	27	—	40	54	58	80
Minería	—	—	15	15	70	180
Petróleo	6	10	15	20	24	35
Comercio	15	—	12	21	24	35
Otros	38	66	8	13	18	7
Totales	666	560	568	657	756	1.001

FUENTE: Departamento de Comercio de Estados Unidos.

4 Oscar Pino Santos: El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui, Casa de las Américas (La Habana), 1973.

5 Aunque el Departamento de Comercio de los Estados Unidos informó el valor de las inversiones existentes en 1958, hay indicios de que esas cifras pueden estar alteradas debido a que se basaron en los datos que ofrecieron los monopolios norteamericanos después de haber sido expropiados en los años 1959 y 1960.

Sector azucarero. El análisis de la tendencia de las inversiones norteamericanas en este sector, devela los aspectos más importantes de la estructura de la propiedad en el período 1934-1958.

En el cuadro estadístico se puede observar la declinación del monto de las inversiones hasta 1946. Esta disminución de la propiedad norteamericana en el sector azucarero, indica un hecho de singular importancia: después de 1934 decenas de unidades azucareras, las de menor producción y peores condiciones tecnológicas, se vendieron a empresarios cubanos. De esta forma, si en 1939 los grupos financieros norteamericanos controlaban 66 industrias —más del 55% de la producción—, en 1952, como resultado de este traspaso de propiedades, sólo poseían 41 unidades que representaban del 40% al 45% de la producción total.

En los años 1946-1950 las inversiones se elevaron nuevamente hasta alcanzar una cifra que se mantuvo durante la década del cincuenta. El ascenso que se observa en los años indicados no es consecuencia de la instalación o adquisición de nuevas unidades. La razón es otra: el aumento de la demanda mundial en el período de la posguerra, determinó la necesidad de hacer reposiciones y ampliaciones industriales de envergadura; además, en los años anteriores la cadencia normal de reposición de equipos se afectó por las dificultades para importar maquinarias. Por consiguiente, en el período 1946-1950 se compensaron los desajustes de los años sin reparaciones y se renovaron las instalaciones industriales necesarias para garantizar la producción en la etapa de elevación del consumo internacional.⁶

En resumen, en el período 1929-1946, las inversiones norteamericanas en el sector azucarero tendían a disminuir, y controlaban alrededor del 40% de la producción azucarera sobre la base de la explotación de las mejores unidades industriales.

El traspaso de propiedades a la oligarquía neocolonial indica que, desde los años treinta, la producción de azúcar en Cuba —especialmente en las unidades más atrasadas— había dejado de ser un negocio de alta rentabilidad. La saturación relativa del mercado mundial, unida a la política de restricción del Gobierno norteamericano respecto a Cuba, para beneficiar a los productores internos y otras áreas externas, de mayores posibilidades de explotación como Santo Domingo, fueron los factores que hicieron “no recomendable” la ampliación de las inversiones y determinaron, incluso, que las in-

6 Al analizar las inversiones brutas de capitales extranjeros en el quinquenio 1945-1949, el Informe del *BIRF (Truslow)* llega a esta conclusión: “La capitalización realizada por las empresas extranjeras ha sido importante y se cifra en 30 millones anuales por término medio. Pero, en su mayor parte, se trata de gastos de impuestos y conservación financiados con las ganancias reinvertidas”. Informe sobre Cuba de la *Misión Truslow*, edición mimeografiada, La Habana, cap. XXIV, p. 15.

dustrias con un índice inferior al de la cuota media de ganancia, se vendieran a los azucareros cubanos.

Sector manufacturado. Las cifras de mayor confiabilidad, a partir de 1946, reflejan inversiones mínimas en este sector. Los incrementos —relativamente notables— ocurren después de la Segunda Guerra Mundial, en especial durante la década del cincuenta. Por su cuantía, en contraste con las inversiones norteamericanas en la mayoría de los países de América Latina, después de 1959, resulta muy inferior. De acuerdo con los datos de la CEPAL,⁷ en la década 1951-1960, las inversiones (netas) de Estados Unidos en América Latina ascendieron a 5.149 millones de dólares, de los cuales 1.304 millones de dólares —26,3% del total— correspondían a manufacturas. En Cuba, sólo el 7,8% de las inversiones realizadas desde 1950 hasta 1958 pertenecían a ese sector.

Señalamos esta circunstancia porque nos parece más importante hacer resaltar la pequeña inversión norteamericana en las manufacturas en Cuba y evitar, de manera comparativa, la sobreestimación de ciertas inversiones en este sector después de 1953,⁸ en gran medida estimuladas por la política aventurera de la dictadura, denominada del “gasto compensatorio”, y que, como veremos más adelante, estuvo a punto de arruinar al país en 1958.

Aunque los informes oficiales norteamericanos⁹ explican la tendencia de los grupos financieros a no invertir en la industria manufacturera por la ausencia de “condiciones favorables” (el nivel de las conquistas sindicales en Cuba era un importante factor inhibitorio para las inversiones yanquis), sin embargo, después del análisis que hicimos de la estructura del comercio exterior, resulta evidente que las causas determinantes son las preferencias arancelarias a la mayor parte de los productos que se exportaban a Cuba y la cercanía geográfica de la isla. La prueba más ostensible es la tendencia creciente y la significación decisiva de las importaciones norteamericanas en el comercio exterior de Cuba.

Sector de servicios públicos y transporte. Durante la década del cuarenta, los grupos financieros norteamericanos aumentaron en 38 millones de dólares los capitales invertidos y en los tres años siguientes (1950-1953) continuaron invirtiendo —26 millones— en una tendencia de ascenso que se mantuvo durante el resto de la década, hasta el triunfo de la Revolución.

7 CEPAL: El financiamiento externo de América Latina, 1964.

8 Ver CEPAL: La situación económica en Cuba y las perspectivas de 1958.

9 Ver: *Investment in Cuba*, Departamento de Comercio, Estados Unidos, 1956; e *Informe del BIRF* (Truslow), 1950.

Si comparamos las cifras de las propiedades norteamericanas en los sectores de servicios públicos y manufactureros y sus tendencias de desarrollo, se comprueba un hecho inobjetable: es contradictorio sostener que no existía un “clima de confianza” favorable para hacer inversiones en manufacturas, mientras en otros sectores se ampliaban las capacidades de producción. En realidad, la existencia o inexistencia de un “clima de confianza” para los inversionistas se puede medir sólo por medio del análisis general del movimiento de los capitales de los grupos financieros norteamericanos en América Latina. Este examen demostraría que las tendencias principales de las inversiones norteamericanas en el período 1951-1962, se inclinaban a los sectores petrolero (33%), de servicios y transporte (24%), manufacturero (31%) y de minería (12%).¹⁰

Las inversiones de los consorcios norteamericanos en el sector agrícola de América Latina eran mínimas en ese período. De ahí que países como Cuba, Santo Domingo, Honduras, Panamá y otros de Centroamérica, no resultaron “beneficiados” por el movimiento global de los capitales norteamericanos en la década del cincuenta, al destacarse en todos ellos fuertes inversiones en los sectores del comercio y los servicios públicos.

En este sentido, Cuba no fue una excepción. Y, por consiguiente, no es válido aceptar el argumento del “clima de confianza” para justificar la ínfima tasa de inversiones en el sector manufacturero, mientras se instalaba una magnífica planta de níquel (Nicaro y Moa).

Es evidente que los bajos niveles de inversión por los grupos financieros norteamericanos en la producción manufacturera se explican por las condiciones extremas de dependencia del comercio exterior cubano, que les permitía las exportaciones de la mayoría de los productos que se consumían en el país, lo que garantizaba, en términos de rendimientos económicos, iguales o más altas ganancias que en el mercado norteamericano o produciéndolas en Cuba por medio de las filiales.

LAS INVERSIONES DE LA BURGUESÍA NEOCOLONIAL

En los acápitos anteriores hemos seguido un orden de exposición, análisis del comercio exterior primero, y de las inversiones norteamericanas después, con un sentido metodológico específico: se resaltó en qué medida, y cómo, el comercio exterior afectó la estructura de la propiedad norteamericana en Cuba. Ahora haremos la deducción de otra relación; intentaremos probar que la estructura del comercio exterior, sujeta al dominio exclusivo de Estados Unidos, y la estrategia inversionista de los grupos financieros, determinaron las tendencias de las inversiones

10 CEPAL: El financiamiento externo de América Latina, 1964.

de los capitales cubanos. El sector azucarero representaba el área más relevante para los capitales disponibles en la etapa que analizamos.

No obstante la política de restricción del Gobierno norteamericano hacia el azúcar cubano y la no elasticidad del mercado mundial, los capitalistas cubanos se inclinaron a invertir en el azúcar hasta convertir esta tendencia en el objetivo ilusorio de querer controlar la mayoría de las propiedades azucareras (especialmente las industrias). El siguiente cuadro detalla las inversiones en el azúcar y la adquisición de unidades por los burgueses de Cuba.

Cuadro 6
Distribución de las propiedades de los ingenios por nacionalidad aparente¹¹
y participación en el total de la producción de 1939, 1945, 1949 y 1951

País	Número de ingenios azucareros				% de participación en la producción total			
	1939	1945	1949	1951	1939	1945	1949	1951
Cuba	56	83	100	113	22,4	24,4	45,1	54,9
Estados Unidos	66	59	50	41	55,1	53,2	51,3	42,6
España	33	16	8	6	14,9	6,6	2,9	2,4
Canadá	10	8	—	—	4,8	3,9	—	—
Inglaterra	4	3	—	—	1,4	0,9	—	—
Holanda	3	2	2	—	0,8	0,5	0,5	—
Francia	2	2	1	1	0,6	0,6	0,2	0,1
Totales	174	173	161	161	100	100	100	100

FUENTE: Anuario azucarero de Cuba 1947, 1949 y 1951.

Mientras la cuota media de ganancias en el sector azucarero, en términos de la escala universal por la que se rigen los monopolios norteamericanos, le resultaba a los grupos financieros por debajo de las posibilidades del rendimiento de los capitales, en otras ramas de inversión, sin embargo, para la burguesía neocolonial —cuyas fronteras de inversión eran muy limitadas— el sector azucarero representó, en términos de la cuota de ganancias que le permitía el sistema de dominación externo, una rama de inversión con una tasa de ganancias superior y más segura que la mayoría de los sectores en los cuales le era posible invertir.

11 Después de 1934, una parte considerable de empresas españolas se fueron “nacionalizando” por dos vías, la fusión con capitalistas cubanos y la asunción de la nacionalidad del país, luego de heredar las propiedades una o dos generaciones nacionalizadas en Cuba.

De esta manera, al retirarse parcialmente el capital extranjero, el azúcar se convirtió en una *posibilidad real de inversión*, en contraste con las limitaciones existentes en otros sectores de la economía.

La tendencia de la burguesía neocolonial a invertir en el azúcar, refleja la honda deformación del círculo de subdesarrollo del capitalismo en Cuba; el sector en que se basaba el régimen de monoproducción era el más atrayente —desde el ángulo económico— para los capitales disponibles durante los años de la guerra y la posguerra. La consigna de los hacendados de Cuba: “sin azúcar no hay país” reproducía, un siglo después, la máxima genial de Francisco de Arango y Parreño: “exportar o morir”.

En efecto, debido a la significación del azúcar en el conjunto de la economía del país, cualquier negocio agrícola, industrial o comercial dependía, en primera instancia, de los resultados de la gestión económica azucarera. Las fluctuaciones de los precios en el mercado del azúcar condicionaban el éxito o el fracaso de los demás sectores económicos.

Es explicable, entonces, que para la burguesía azucarera y los grandes comerciantes importadores obtener aumentos en los precios y en la producción de azúcar —sujeta a las regulaciones norteamericanas—, encerraba una significación económica más importante que la acumulación sistemática de capitales y su reinversión en otros sectores de la economía.

Las inversiones en el azúcar y en el comercio de importación eran más seguras en la medida que las ganancias en estos sectores se obtenían de forma directa y con mayor rapidez. Por otra parte, en el resto de la economía, además de los riesgos que implicaba la competencia con los productos de origen norteamericano,¹² en los períodos de crisis se sufrían de todas maneras las mismas adversidades que en el azúcar. La oligarquía neocolonial debió aceptar y defender, y creemos que históricamente no tenía otra alternativa, el papel de abastecedora de azúcar al mercado de Estados Unidos y de importadora de los productos de origen norteamericano. Debió optar por ajustarse a los intereses de los grupos financieros, y aceptar sin contradicciones, la política económica del imperialismo en relación con Cuba.

12 Son muy conocidas las ocasiones en que el Gobierno norteamericano expresó, de manera pública, su inconformidad y rechazo a las pretensiones de Cuba de desarrollar algunos sectores de la economía. El escándalo más notable fue la oposición al intento de crear una pequeña flota mercante, que en la coyuntura de la guerra pudiera trasportar directamente el azúcar a Estados Unidos y asegurar mercancías básicas que en ese período no se recibían regularmente. Otra situación similar se presentó años más tarde; en una sesión del Congreso norteamericano el senador Allan J. Ellender solicitó al gobierno de su país que redujera la cuota de azúcar asignada a Cuba si ésta continuaba sus planes de fomento arroceros y las instalaciones de molinos para producir harina de trigo.

Esta precaria situación de la oligarquía neocolonial determinó que los azucareros y los grandes comerciantes para el mercado interno, adoptaran una actitud de antidesarrollo industrial, pues la diversificación de las exportaciones y el montaje de industrias sustitutivas de las importaciones eran contradictorias con sus intereses, en la misma medida en que Estados Unidos no aceptaría nunca esas vías de desarrollo.

Las limitaciones histórico-estructurales de la oligarquía neocolonial aumentaron incesantemente el círculo vicioso del subdesarrollo. En el período 1934-1958, la economía cubana se convirtió cada vez más en un instrumento de las empresas monopólicas norteamericanas, y sus contradicciones se ampliaron y profundizaron. Así pues, la naturaleza del comercio exterior, la estructura de la propiedad imperialista y la dinámica de los capitales de la burguesía neocolonial son los factores que generan las deformaciones principales de la formación social capitalista de Cuba.

La tendencia creciente a la concentración de la propiedad de la tierra, por ejemplo, es una de las consecuencias más destacadas de la estructura monoprodutora. Si comparamos los datos del censo agrícola de 1946 y las estadísticas del Departamento Legal del INRA, antes de iniciarse la reforma agraria, comprobamos la tendencia a una mayor concentración y centralización de la propiedad de la tierra: en 1946 las fincas mayores de 30 caballerías (403,6 ha) ascendían a 4.423 unidades, que representaban el 56% del área total; en 1959, las fincas de esta categoría alcanzaron 3.602 unidades, constituyendo el 73% del total.

LA ILUSIÓN DEL DESARROLLO Y LA IMPOTENCIA DEL SUBDESARROLLO

La incapacidad de los sectores no azucareros de la burguesía neocolonial para emprender el camino del desarrollo industrial se expresa en dos situaciones representativas, la primera en 1927, auspiciada por Gerardo Machado, y la segunda en 1948, cuando directamente la burguesía no azucarera intentó generalizar sus aspiraciones a otros sectores y ejerció presiones sobre el gobierno de Carlos Prío para obligarlo a aceptar una cantidad de medidas que propiciaron las inversiones no azucareras.

El fracaso de la industrialización de 1927 no fue óbice para que, en las circunstancias favorables de la Segunda Guerra Mundial, algunos burgueses no azucareros comenzaran a creer en la posibilidad de desarrollar la industria sustitutiva de las importaciones. En este período, además de los ingresos elevados que se obtenían por la venta de las zafras, sin restricciones y con altos precios y la contracción del mercado norteamericano de ventas, que ocasionó serias dificultades a los consumidores cubanos, influyó también el “efecto demostración”, resultante de los procesos industrializadores que se observaron en algunos países de América Latina.

Una prueba histórica excepcional, para medir el grado de ilusión industrialista de la burguesía no azucarera, fue la Conferencia para el Progreso de la Economía Nacional. En 1948 se reunieron en La Habana las asociaciones patronales con el propósito de formular una estrategia unitaria del conjunto de la burguesía neocolonial, para integrar sus diversos intereses en una perspectiva que contemplara el desarrollo industrial y azucarero, y la diversificación de los mercados.

La Conferencia elaboró su diagnóstico y lo entregó a la “opinión pública” y al gobierno de Carlos Prío, quien ese año se estrenaba como presidente. Las conclusiones ofrecen múltiples sugerencias, la mayoría de ellas coincidían en solicitar del Gobierno su intervención para garantizar un “clima favorable a las inversiones”.

En realidad, esa Conferencia —promovida y organizada por los sectores de la burguesía no azucarera— se orientó no sólo para trazar una estrategia teórica de desarrollo económico, sino para obtener consenso en la aplicación de formas más intensas de explotación de la clase obrera. El documento inicial de la comisión organizadora expresaba las intenciones integracionistas del evento:

La conferencia tiene un fin concreto: determinar las bases principales del reajuste y progreso económico-nacional en las presentes circunstancias históricas [...] Los problemas concretos, individuales, de cada industria o actividad económica, son siempre importantes, pero lo son más aún los problemas generales que, por tanto, son capaces de reunirse en conferencia unificada.¹³

El documento final que emitió el cónclave nos remite a un testimonio que resulta muy valioso para sintetizar el grado de utopía que en esos años vivió la burguesía industrial no azucarera. Citemos algunos fragmentos:

BASES DE LA POLÍTICA COMERCIAL INTERNACIONAL

Declarar:

- a. Que las industrias básicas dedicadas a la exportación constituyen el elemento fundamental de la estructura económica actual de Cuba. No obstante, el desarrollo y fortalecimiento de una economía nacional destinada tanto a satisfacer plenamente el consumo doméstico como a incrementar la diversidad de artículos exportables, es una necesidad nacional impuesta por la insuficiencia de la estructura económica presente del país para proporcionar a la población empleo pleno y estable.

13 Conferencia para el progreso de la economía nacional. Patrocinada por la Cámara de Comercio y la Asociación Nacional de Industriales de Cuba. La Habana, Cuba, 15-19 de noviembre de 1948.

- b. Que el mantenimiento de altos niveles en las producciones destinadas a la exportación [...] es perfectamente compatible con el más alto desarrollo industrial y agrícola interno y ambos necesarios para incrementar la producción y el empleo nacionales.
- c. Que es indispensable y urgente la formulación de una política nacional unificada que contemple los aspectos externos e internos de nuestras necesidades y conveniencias económicas nacionales, como elementos componentes de un mismo conjunto armónico.¹⁴

En el capítulo donde se analiza la “política a seguir en materia de inversiones nacionales e internacionales”,¹⁵ los conferencistas abogan por el estímulo a los inversionistas extranjeros, y destacan que es necesario armonizar el capital nacional y el foráneo. Más adelante, en las recomendaciones de este capítulo, formulan más de veinte, que es en rigor un programa de corte burgués nacionalista similar al de varios países latinoamericanos, algunos de los cuales adelantaban su realización práctica en ese período (Brasil, Argentina, Chile y otros).

El documento revela el anhelo de la burguesía no azucarera de formular un proyecto de “unión nacional” que integrara en una misma estrategia de desarrollo a los diversos sectores de la burguesía neocolonial, y que articulara con mayor eficiencia las inversiones norteamericanas.

Por ello, el imperativo de encontrar sectores idóneos para colocar los capitales acumulados durante los años de la guerra y la posguerra, se acentuó a finales de la década del cuarenta; las posibilidades de inversión en el sector azucarero estaban llegando a sus límites: a los monopolios norteamericanos no les interesaba vender las industrias azucareras con mejoras en la tecnología, ni deshacerse del control de un alto porcentaje de la producción, decisivo para garantizar el consumo de los mercados norteamericanos.

En estas circunstancias se agudizaron los conflictos internos en la burguesía neocolonial. El sector azucarero no aceptó arriesgar sus intereses en aras de un proyecto de desarrollo que, bien lo sabía, era irrealizable. En la conferencia de 1948 la burguesía azucarera, por medio de la Asociación Nacional de Hacendados de Cuba, remitió una carta a los organizadores de la actividad en la cual le expresaban su desacuerdo fundamental con las recomendaciones suscritas: “En estas condiciones, no estando conforme las asociaciones que suscriben con determinadas conclusiones y recomendaciones de la con-

14 *Ibidem*, pp. 79-80.

15 *Ibidem*, pp. 115-117.

ferencia, han considerado que, dadas las circunstancias, no deben suscribir el acta final de la misma.”¹⁶

Por consiguiente, las intenciones industrializadoras de ciertos sectores de la burguesía neocolonial, dadas las condiciones de la dominación externa, no pudieron cristalizar en un movimiento nacional-burgués capaz de integrar o vencer los intereses de los hacendados azucareros, ganaderos y grandes importadores, sectores dominantes dentro de la oligarquía neocolonial, y oponer resistencia al control yanqui sobre el azúcar y el comercio exterior.

No obstante, la ilusión nacional burguesa no se disolvió. Durante estos años, los documentos, ensayos y artículos de instituciones y economistas que representaban los intereses industriales, intentaron fomentar la idea de que, en efecto, era posible esta opción, y algunos de ellos llegaron a sostener que ya estaba en marcha. Gustavo Gutiérrez, en su libro *El desarrollo económico de Cuba*, se proponía ofrecer esa imagen optimista al conmemorarse el quincuagésimo aniversario del establecimiento de la república:

En 1943 se abrió paso a la Junta Nacional de Economía, organismo económico consultivo de gobierno, creado en 1943. En este organismo comenzó a abrirse paso la idea de que era “indispensable una reestructuración económica del país, de acuerdo con las señales de los tiempos, orientada en la necesidad de dar empleo a la creciente población cubana mediante la diversificación de su producción, su industrialización y la ampliación de nuestros mercados, empezando por la revisión de los convenios comerciales que tenía Cuba celebrados, especialmente, con los Estados Unidos”. El acuerdo de Ginebra de 1947 y las negociaciones de Torquey de 1950, que sigue su misma filosofía, han sustituido el obsoleto Convenio de reciprocidad comercial con los Estados Unidos, protegiendo nuevos cultivos e industrias, liberando partidas arancelarias cubanas y haciendo posible la negociación de convenios comerciales con la Gran Bretaña, Canadá y RFA. Este paso, indudablemente atrevido y riesgoso, aunque hasta ahora pleno de éxitos, complementado con la formulación de un programa nacional de acción económica —que se anticipó a las condiciones económicas que requiere— y la creación del BNC, el BANFAIC y el Tribunal de Cuentas, además de la Comisión de Fomento Nacional y de la Junta Nacional de Economía [...] significa que ya el pueblo cubano ha arribado a la mayoría de edad económica.¹⁷

16 *Ibidem*, p. 72.

17 Gustavo Gutiérrez: *El desarrollo económico de Cuba*. Publicaciones de la Junta Nacional de Economía, La Habana, 1952. El texto anterior es un resumen de sus ideas principales, formuladas en las páginas 6 y 7.

La realidad del movimiento de los capitales “cubanos” contrastaba sobremanera con las formulaciones y sugerencias de la conferencia de 1948, y con el optimismo de Gutiérrez y otros economistas burgueses.

Durante la década del cuarenta, y especialmente en la década del cincuenta, además de las inversiones en el sector azucarero, los capitalistas cubanos se inclinaron con preferencia al sector de bienes inmuebles.¹⁸ Pero lo que más resalta en este período son las inversiones de capitales cubanos y los “depósitos inactivos en el extranjero”.

En 1950, según el *Informe Truslow* (cap. XXIV), las inversiones de “ciudadanos cubanos” en la Florida meridional, solamente en bienes raíces, ascendían a más de 100 millones de dólares. Este mismo informe nos provee los datos de los depósitos bancarios de cubanos en Estados Unidos: 1939: 37 millones; 1950: 260 millones. Esta fuga de capitales es una prueba más de la impotencia histórica de la burguesía neocolonial para desarrollar el país.

Los análisis de la Conferencia para el Progreso de la Economía Nacional y el *Informe Truslow* tienen varias similitudes. Hay una conclusión, sin embargo, que es idéntica en ambos documentos: según ellos, los elevados salarios que recibían los trabajadores cubanos era el obstáculo más importante que debía superar el país para atraer las inversiones extranjeras y propiciar las inversiones nacionales. El “clima de confianza” se debía conseguir con la creación de una Confederación de Patronos, la autorización de las relaciones directas entre las organizaciones obreras y patronales sin intervención del Estado, la legitimación del “despido compensado” y la neutralización y disminución de las conquistas logradas por el movimiento obrero durante décadas de lucha organizada y tesonera.

A partir de 1952 la dictadura militar inició una política económica que intentó equilibrar los intereses de los sectores de la burguesía neocolonial y los del imperialismo. La vía que se utilizó fue diferente a la estrategia de desarrollo a que aspiraba la burguesía no azucarera, pero incluyó algunas de sus recomendaciones, así como también conclusiones importantes del *Informe Truslow*. La política económica de la dictadura militar contempló los siguientes aspectos: restricción y reservas azucareras que facilitaron la estabilización de los precios en el mercado mundial y una cobertura adecuada para las emergencias de los consumidores norteamericanos; empleo de las finanzas estatales (más de 500 millones de pesos) en obras públicas que permitieran el enriquecimiento rápido de los funcionarios y estimularan el mercado interno; utilización del crédito público de manera que favoreciera

18 Ver: Informe del Ministerio de Hacienda del Gobierno Revolucionario al Consejo de Ministros. Folleto, 1959.

a los burgueses no azucareros y a los monopolios norteamericanos, sin afectar a los sectores restantes; represión del movimiento obrero; autorización de los “despidos compensados”, etcétera.

El gobierno militar planteó demagógicamente su propósito de aplicar un Plan de Desarrollo Económico y Social para solucionar la crisis que frenaba a los inversionistas extranjeros y nacionales. La circunstancia de una zafra azucarera superior a los siete millones de toneladas y el déficit de la demanda en el mercado mundial —derivado de la terminación de la guerra de Corea, en 1951— no hicieron posible vender 1.750.000 t en la zafra de 1952. Los precios descendieron de 7,41 centavos la libra a 3,83 centavos. La inminencia de una crisis similar a la de 1930 determinó que Batista, con la asesoría y la dirección de Joaquín Martínez Sáenz iniciara una política económica sin precedentes —por el grado de irresponsabilidad— en la historia de Cuba: la política del gasto compensatorio,¹⁹ de impronta nekeynesiana.

La mayor parte de las inversiones, en este nuevo contexto que generó la política del gasto compensatorio, fueron de carácter especulativo, esto es, se realizaron en algunos sectores donde en un tiempo muy corto se garantizaran ganancias muy altas:

El método era tan simple como cínico. Las organizaciones paraestatales de financiamiento [...] facilitaban préstamos cuantiosos con destino a supuestos planes industriales. Con los fondos estatales, los “inversionistas” adquirían maquinarias de uso o ineficientes, que llevaban a los libros con evaluaciones exageradas, realizando operaciones lucrativas por algunos millones de pesos.²⁰

El sector de mayor interés fue el de las edificaciones urbanas, principalmente en La Habana: en ocho años (1950-1957) se invirtieron 649 millones de pesos, cifra espectacular, sin precedente en la historia económica de Cuba.

De esta manera, el estímulo y aumento de la producción industrial manufacturera y de servicios, el auge de las construcciones y el crecimiento de ciertos sectores agrícolas —café, arroz y tabaco en rama— no fue consecuencia de la aplicación del programa de la conferencia de 1948, sino resultado de una crisis en la producción azucarera a la cual se intentó dar una salida perentoria mediante el financiamiento estatal

19 Ver Gloria García, *La política económica de la dictadura de Batista*, Universidad de La Habana, Escuela de Historia. Carlos Rafael Rodríguez, *La Revolución cubana y el período de transición*. Folleto 2, Universidad de La Habana (mimeo); Francisco López Segrera, *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo*, Casa de las Américas, La Habana, 1972.

20 Carlos Rafael Rodríguez, *op. cit.*

de múltiples obras públicas y del crédito a los capitalistas privados; todo con el objetivo de disminuir los efectos de la crisis de precios del azúcar y propiciar condiciones óptimas para el enriquecimiento de los funcionarios y burgueses neocoloniales.²¹

El plan de Desarrollo Económico y Social inaugurado por el gobierno de Batista en 1955, estuvo enmarcado por la nueva etapa expansionista del imperialismo norteamericano después de la Segunda Guerra Mundial. En este contexto los grupos financieros orientarían sus inversiones no sólo hacia el dominio de las fuentes de materias primas y de los mercados, sectores que ya tenían controlados en alta medida; a partir de la década del cincuenta, los monopolios norteamericanos aumentaron las inversiones en otros sectores de óptimas tasas de ganancias, y con la peculiaridad de que habían sido muy poco desarrollados en los países dependientes: manufacturas, artículos electrodomésticos y otros.²²

En Cuba, los intereses norteamericanos habían declarado sus intenciones (*Informes Truslow, Investment in Cuba*) de establecer fábricas subsidiarias para elaborar algunos de los artículos manufacturados de más consumo en el país. La instalación de bienes de capital estaba sujeta a una condición decisiva; el costo de la fuerza de trabajo debía ser inferior a la retribución salarial que se pagaba en Estados Unidos. De ahí que el *Investment in Cuba* declara en unas de sus partes: “Hasta hace poco las condiciones para esa inversión no han sido muy favorables”.

La política económica de Batista, y su gobierno dictatorial, representaron las garantías necesarias para la ampliación de las inversiones yanquis. Esta circunstancia, unida a la nueva fase de expansión de los grupos financieros, explica las instalaciones de subsidiarias como Procter & Gamble, Firestone, U.S. Rubber, Textilera Ariguanabo y el anuncio de que en la década del sesenta se ejecutarían inversiones norteamericanas en energía eléctrica, refinación de petróleo, minería y manufacturas por un valor de 205 millones de dólares.²³

21 Julio Le Riverend, en *Historia económica de Cuba* (p. 262) afirma que de los 500 millones de dólares de reserva internacional en 1952, “se transfirieron al extranjero en dólares, por concepto de beneficios y fraudes más de 200 millones de dólares” (Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965).

22 Ver Theotonio dos Santos, *El nuevo carácter de la dependencia*, Editorial PLA, Santiago de Chile, 1968; Orlando Caputo y Roberto Pizarro, *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, Editorial PLA, Chile, 1971; Vania Bambirra, *Hacia una tipología de la dependencia*, Editorial PLA, Chile, 1972.

23 *Investment in Cuba*, p. 11. Al tomar en cuenta estas inversiones declaradas, y las que se hicieron durante la década del cincuenta en los sectores de servicios, comercio, minería y manufacturas, algunos autores señalan la posibilidad de que en esa coyuntura se estuviera gestando un cambio en la estructura de la propiedad norteamericana en Cuba. Lo que parece insostenible, sin embargo, es que se estuviera produciendo en Cuba durante la década del cincuenta “un nuevo carácter de la dependencia”.

Los sectores que integraban la burguesía neocolonial, no obstante sus conflictos, coincidieron en respaldar la política económica de Batista y en vincularse cada vez más a los monopolios norteamericanos. La actuación de la burguesía dependiente fue coherente una vez más con las pautas que había impuesto el sistema de dominación imperialista. Durante toda su historia no fue capaz de generar y sostener, al menos temporalmente, una alternativa de desarrollo industrial similar a la que ocurría en este tiempo en algunos países del resto de América Latina.

Así las cosas, las contradicciones de la sociedad neocolonial cubana se manifestaron más intensamente en todos los planos de sus estructuras en la segunda etapa de la república (1934-1958). Los índices de desempleo (más del 20%) de la población económicamente activa, del subempleo, del analfabetismo (20% de la población adulta), la insuficiencia alarmante de viviendas populares, los salarios decrecientes —en especial en los sectores agrícolas, y los problemas generales de educación, de salud pública y de corrupción social reflejaban los efectos dramáticos de un sistema económico en crisis permanente.

Durante la década del cincuenta esta situación intentó superarse por medio de un desarrollo precario que, en rigor, vino a demostrar una vez más la incapacidad histórica de todos los sectores de la burguesía neocolonial y el altísimo grado de la dominación imperialista en Cuba. La especulación financiera, la malversación de los fondos estatales, la alianza y subordinación a los monopolios yanquis, la mayor explotación de la clase obrera y del campesinado, eran índices del deterioro económico y político del sistema burgués neocolonial, que recibió su contestación estratégica definitiva con la violencia de las armas y la denuncia y el camino del Moncada, el 26 de julio de 1953.

NACIONALISMO BURGUÉS Y CONTRADICCIONES POLÍTICAS DE LA NEOCOLONIA (1933-1953)

“A los cuarenta y tres años el hombre fuerte de Cuba, Fulgencio Batista, apenas estaba maduro para el retiro [...] Desde su balcón, la semana pasada, dijo a su pueblo que si alguna vez lo necesitaba, él respondería a sus clamores. El doctor Grau, preparándose para trasladarse al palacio presidencial en octubre próximo, indudablemente oyó la promesa del dictador saliente y reflexionó sobre ella...”

Magazine de Time, Estados Unidos,
junio de 1944.

LA FRUSTRACIÓN REVOLUCIONARIA DEL '33 Y LA PRIMERA DICTADURA MILITAR DE FULGENCIO BATISTA (1934-1940)

La crisis del régimen neocolonial en Cuba, como consecuencia del estallido revolucionario de 1933, obligó al Gobierno norteamericano a organizar fórmulas de represión y violencia que permitieran desarticular el magnífico proceso revolucionario en curso y reordenar las formas de dominación existentes durante las tres primeras décadas de pseudo república.

El ascenso de Fulgencio Batista al control del poder en enero de 1934, tras un golpe militar dirigido por la embajada yanqui, marcó el prelude de la ofensiva reaccionaria. Casi al unísono, en ese mismo año, el Gobierno norteamericano decidió renovar los mecanismos del control económico —cuota azucarera y comercio preferencial— y, a tono con la política exterior del *New Deal*, suprimió la Enmienda Platt. Ambas medidas, por consiguiente, se relacionaban también con las reformas provocadas por la crisis de la década del treinta del sistema económico internacional capitalista. La Enmienda Platt, símbolo insolente del poder de Estados Unidos en Cuba, contra la cual el pueblo expresó indignación y rechazo, y que fue motivo de hondos sentimientos antiimperialistas, había cumplido su finalidad. La dependencia de Cuba en 1934 estaba cimentada con estructuras económicas —control de la propiedad y dominio comercial— más sólidas que cualquier valor jurídico.

Estados Unidos quería presentar una imagen de benevolencia, comprensión y reciprocidad hacia Cuba. Al derogar la Enmienda Platt y establecer la preferencia al consumo de ciertos artículos de producción cubana, el Gobierno norteamericano intentó satisfacer algunas aspiraciones de los sectores que participaron en la revolución del '33, que en 1934 aún no se había extinguido.

Sin embargo, el objetivo de crear una falsa conciencia de las relaciones cubano-norteamericanas en esta nueva etapa de dominio imperialista, no se alcanzó en los años inmediatos. La abrogación de la Enmienda fue en rigor una victoria de los sectores revolucionarios, que lograron generalizar la demanda como una aspiración de todo el país. De esta manera, las circunstancias nacionales e internacionales —en particular el combate antiinjerencista de los pueblos latinoamericanos— fueron las que decidieron que se anulara el tratado de 1902.

Como parte de la política del Buen Vecino inaugurada y seguida por F. D. Roosevelt de 1934 a 1940, el imperialismo y la oligarquía neocolonial cubana exploraron y ensayaron las fórmulas institucionales y políticas capaces de legitimar en un nuevo equilibrio constitucional burgués la explotación de los sectores populares.

La experiencia y crecimiento de las organizaciones proletarias orientadas por el Partido Comunista, el auge del antiimperialismo en vastos sectores populares, y el ascenso político de las capas medias organizadas en torno al Directorio Estudiantil con el objetivo de reformar el sistema neocolonial, configuraron una agudización notable de la lucha de clases. Esta compleja situación política, dentro del contexto de una crisis económica dramática, determinó las diversas tácticas que empleó el Estado burgués en los años siguientes.

El personaje que logró combinar la represión y la dictadura con la transacción política oportunista fue Fulgencio Batista, quien detentó el poder gracias al apoyo irrestricto del imperialismo, el Ejército y de la oligarquía neocolonial. Detrás del trono, el ex sargento, para este entonces coronel, se escudó en varios “presidentes” —Mendieta, 1934-1935; Barnet, 1935-1936; Miguel Mariano, 1936; Laredo Brú, 1936-1940— hasta que legalizó su control del poder en el nuevo orden constitucional inaugurado en 1940.

La historia sucinta de estos gobiernos es la siguiente: en febrero de 1934 el régimen Batista-Mendieta-Caffery promulga una Ley Constitucional que en 99 artículos y 14 disposiciones transitorias, autorizó al Gobierno a legislar por medio de decretos-leyes. En mayo de 1935, después de la muerte de Guiteras y del fracaso de la huelga de marzo, se deroga la anterior Ley Constitucional y se promulga otra el 11 de junio de 1936, de 115 artículos y nueve disposiciones generales; esta nueva Ley concentraba los poderes públicos en el órgano ejecutivo, representado por el “presidente” Mendieta, doce secretarios, el alcalde de La Habana, el secretario de la presidencia y un ministro único sin cartera. El 10 de enero de 1936 se realizó una farsa electoral bajo la presidencia, también provisional, de Miguel A. Barnet, quien sustituyó en diciembre de 1935 a Mendieta después que éste renunció. El censo electoral registró 1.675.000 inscripciones de votantes. Obtuvo el “triunfo” Miguel Mariano Gómez con 340.000 votos; su opositor, Mario G. Menocal, acumuló 256.000. No obstante el mínimo respaldo popular, Miguel M. Gómez intentó legitimizar la autoridad civil frente al poder real que detentaba el dictador Batista. Cuando el coronel promueve la aplicación de un impuesto de nueve centavos sobre cada saco de azúcar para aumentar el presupuesto militar, Gómez se opone públicamente. El 24 de diciembre de 1936, Batista lo destituyó y le entregó la “presidencia” a Federico Laredo Brú, quien se convirtió en un instrumento civil del poder dictatorial hasta 1940.

En alianza directa con la Embajada norteamericana, y dirigido por ésta, Batista utilizó los métodos idóneos que requería el imperialismo y la oligarquía para fraguar las nuevas bases del dominio económico. La primera fase, desde enero de 1934 hasta finales de

1935, fue la más difícil. El gobierno Caffery-Batista-Mendieta debió enfrentar una intensa lucha revolucionaria y un rechazo por parte de los movimientos políticos de la oposición.

Efectivamente, en el transcurso del año 1934, las dos tendencias en pugna del gobierno Grau-Guiteras, reformista y antiimperialista, se convirtieron en organizaciones políticas con objetivos muy diferentes.

En los meses posteriores al golpe de Estado de enero de 1934, Antonio Guiteras se dio a la tarea de unir a cientos de militantes revolucionarios en torno a una organización peculiar: TNT. Poco tiempo después, el lúcido estratega y dirigente revolucionario decidió disolver TNT y fundar una organización político-militar —Joven Cuba— capaz de conducir al pueblo cubano, por medio de la lucha armada, hacia la toma del poder.

Antonio Guiteras era en ese momento figura de amplio prestigio entre las masas; su conducta ejemplar en la Secretaría de Gobernación durante el gobierno de los Cien Días, y la decisión de continuar la lucha, unidas a su capacidad como conductor, le permitieron estructurar en menos de un año una poderosa organización revolucionaria:

Desde el mismo instante de su fundación, Joven Cuba comenzó los preparativos para desencadenar la guerra civil revolucionaria. Para ello reclutó millares de compañeros, recaudó fondos a través de colectas y de expropiaciones, adquirió armas, hostigó al Gobierno mediante el sabotaje y los atentados personales, adquirió una finca en México e instaló en ella un campo de entrenamiento, etcétera.²⁴

Las células de Joven Cuba se extendieron a lo largo de la Isla. El objetivo de Guiteras consistía en derribar la dictadura por medio de una estrategia armada que utilizara la acción guerrillera en los campos junto a la lucha en las ciudades y un fuerte movimiento político de masas, hasta lograr una debilidad defensiva en el enemigo que permitiera coronar el proceso con una huelga general triunfante.

El gobierno revolucionario, según expresa el programa de Joven Cuba, debía ejecutar múltiples medidas de carácter democrático-burgués y otras de claro sentido anticapitalista; todas estas medidas debían franquear el camino al socialismo que, de acuerdo al programa, no era una “construcción caprichosamente imaginada, sino una deducción racional basada en las leyes de la dinámica social”.

²⁴ José A. Tabares del Real, *La Revolución del '30: sus dos últimos años*, La Habana, 1971.

El Partido Comunista y el conjunto de sus organizaciones sindicales, juveniles y estudiantiles fue, junto a Joven Cuba, la otra fuerza revolucionaria de mayor capacidad de lucha frente a la dictadura:

En la aplicación de la línea trazada por el Congreso de 1934, el PC trabajó intensamente, organizó centenares de huelgas y actos de masas; creó grupos de autodefensa, destacamentos armados y el Ejército Libertador, unidad de choque [...] Tomó la iniciativa en varias ocasiones —entre otras el 17 de enero, el 7 de mayo y el 28 de julio de 1935—, para intentar constituir un frente único de revolucionarios y reformistas contra el régimen.²⁵

Durante estos años surgieron tres pequeñas organizaciones revolucionarias de menor influencia popular: Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista (ORCA), Izquierda Revolucionaria y Partido Agrario Nacional (PAN).

El Gobierno militar tuvo que responder así, simultáneamente, a las acciones sistemáticas del movimiento obrero, de los estudiantes, profesores universitarios y secundarios, y de las organizaciones revolucionarias y reformistas.²⁶

Las huelgas generales de marzo y octubre de 1934 fueron dos hitos en la permanente movilización proletaria —dirigida por la Confederación Nacional Obrera de Cuba y el Partido Comunista— que alcanzó su clímax en la frustrada huelga política de marzo de 1935, reprimida en esta oportunidad, dado su carácter revolucionario, con toda la fuerza que fue capaz de oponerle la dictadura.

La lucha tenaz y continua de Joven Cuba —con más de quince mil militantes—, unida a la movilización proletaria y la acción de los comandos que dirigía el Partido Comunista con su experiencia y vigor revolucionarios; las huelgas y movilizaciones estudiantiles y, en general, la rebeldía popular, espoleada por los revolucionarios y los reformistas, determinaron que el Gobierno estuviera en un difícil equilibrio, y al borde de la crisis durante los primeros meses del año 1935.

El fracaso de la huelga de marzo de 1935 —precipitada por la ambición del poder de las organizaciones reformistas y el asesinato ulterior de Antonio Guiteras Holmes en mayo de 1935, cuando se disponía a salir rumbo a México para reiniciar la lucha armada en Oriente y ejecutar el plan estratégico de Joven Cuba— fueron los hechos que cerraron el proceso revolucionario de 1930. Al morir Guiteras, dice

25 *Ibidem*, pp. 560-561.

26 En este período, además del Partido Revolucionario Cubano, fundado en 1934, combatieron al Gobierno la sección cubana del APRA; y, después de compartir el poder con la tiranía, en junio de 1934 se trasladó a la oposición la organización fascista ABC, que trabajó activamente para derrocar al Gobierno por la violencia.

José A. Tabares, “desapareció el hombre que comprendió cuál era la estrategia correcta para tomar el poder, y se perdió la figura pública capaz de unir en un solo haz la corriente revolucionaria marxista con las fuerzas revolucionarias no marxistas”.²⁷

El 26 de Julio de 1953, veinte años después, Fidel Castro cumpliría este papel histórico al iniciar la lucha armada contra el mismo dictador, que fue siempre, como lo había denominado Raúl Roa, un “Napoleón de aserrín”.

Después de las derrotas sucesivas de marzo y mayo de 1935, la dictadura acentuó la represión —cientos de asesinatos, miles de encarcelados—, con el objetivo de disolver las organizaciones revolucionarias y neutralizar a los militantes de los partidos reformistas, cuyas direcciones salieron despavoridas hacia el exilio.

Joven Cuba, al morir Guiteras, disminuyó las acciones hasta desintegrarse en los años siguientes; su última acción de envergadura ocurrió el 8 de mayo de 1936: Carmelo González, uno de los delatores y asesinos del líder antiimperialista, fue ajusticiado por los revolucionarios. Los militantes de Joven Cuba, en los próximos años, no obstante desaparecer la organización, continuaron siendo, la mayoría de ellos, hombres de la revolución.

El Partido Comunista continuó librando batallas en el seno del movimiento obrero. A finales de 1936, tras una evaluación de la coyuntura nacional, y en el marco de las nuevas circunstancias internacionales, el Comité Central del Partido acordó la línea del “frente popular”. Así estaban las cosas cuando en 1937 el PC abogó y luchó por la formación de un amplio frente popular de revolucionarios y reformistas, para forzar al Gobierno a celebrar la Asamblea Constituyente.

Batista, por otra parte, se sentía más seguro en el poder después de 1935, por lo que alternó la represión con varias acciones políticas democrático-burguesas y de tono paternalista. En septiembre de 1935 se observaron los signos de esta nueva etapa. El “coronel” declaró:

El movimiento triunfante de clases y soldados del Ejército y la Marina se ha consolidado gracias a la conducta de los ciudadanos [...] podemos afirmar que tampoco existe un peligro comunista [...] El país necesita un cambio de frente.

Sólo ahora ha nacido la República [...] No será una república fascista, ni socialista, ni comunista, pero tendrá la orientación que la voluntad del pueblo le desee dar.

27 José A. Tabares del Real, *op. cit.*, pp. 620-621.

A partir de 1934 Batista reorganizó con premura las instituciones militares; fortaleció sus estructuras y amplió al máximo la participación del ejército en las tareas propias del gobierno burgués.

En menos de tres años, de 1934 a 1937, se construyeron la mayoría de los cuarteles del ejército permanente —entre otros, se inició la construcción de la ciudad militar de Columbia, en la ciudad de La Habana—, se organizó la policía urbana y se adquirieron los vehículos motorizados y los equipos de represión necesarios a este cuerpo militar; la caballería se mejoró y en general se renovaron los equipos del Ejército permanente.

El presupuesto militar se elevó a una cifra superior a cualquier otra del período anterior de la República: en 1937, el número de miembros del Ejército ascendió a más de 25.000 soldados, dos veces superior a la existente hasta 1933; se aumentaron los salarios a los militares y se estableció un sobresueldo por antigüedad a los cinco años de servicio (hasta 1937 la antigüedad se cobraba después de ocho años de servicio); se ampliaron los servicios sociales de las Fuerzas Armadas —Club de recreación, Santa Fe, comedores militares, hospital del Ejército y hospital de la policía, entre otros.

En 1937, por medio de una Ley-decreto que derogó la Ley orgánica de 1926 sobre las Fuerzas Armadas,²⁸ Batista culminó el proceso de consolidación de las estructuras militares mediante las cuales detentaría el poder del Estado burgués durante esos años. La Ley-decreto de 1937, además de “legalizar” los cambios introducidos en la organización militar en los años anteriores, establece la integración del Ejército permanente y la Guardia Rural en una sola estructura, que equiparaba los salarios de sus miembros en la base, y eliminaba los conflictos hasta entonces existentes entre estos cuerpos represivos. Por otra parte, se instituyó una organización paramilitar cuyo objetivo debía ser la aplicación del Plan Trienal en las zonas rurales.

De esta manera el proceso de reestructuración de las Fuerzas Armadas, que ya describimos, logró su nivel más ambicioso en 1937, año en que Batista formuló el Plan Trienal. Durante ese año desarrolló una fuerte campaña entre los profesores y estudiantes de las escuelas de Arte y Oficios de La Habana, la Escuela de Comercio y la Escuela Normal, con el propósito de incorporar a jóvenes y profesores a las filas del Ejército. El “coronel” estructuró una organización paramilitar que debía ejecutar en las zonas rurales las promesas declaradas

28 Un valioso análisis de las fuerzas armadas desde 1901 hasta 1926 se encuentra en el ensayo de Federico Chang “Los militares y el ejército de la república neocolonial: las tres primeras décadas”, en *Anuario de Estudios Cubanos*, N° 1, Editorial de Ciencias Sociales, Cuba, 1975.

en el Plan Trienal (enseñanza de oficios y artes manuales, salubridad, divulgación y propaganda, etc.) Esta *corporación* paramilitar fue el vehículo utilizado por Batista para aplicar el Plan Trienal, y representó durante este tiempo hasta que, en el nuevo marco constitucional, en 1941, se desintegró y pasó sus funciones y miembros a los ministerios correspondientes, un verdadero complejo de instituciones con atribuciones propias de diversos ministerios: Salubridad, Educación, Gobernación, Propaganda, por citar lo más importantes.

El Plan Trienal fue el acto más notable de Batista para afianzar su figura y su partido-Estado. Se trataba de un programa de reforma donde se formulaban 176 promesas que deberían ser cumplidas por el Gobierno en un plazo de tres años.²⁹

Las medidas eran múltiples y abarcaban los problemas socioeconómicos más disímiles: coordinación de la industria azucarera; propiedades rústicas del Estado, parcelamiento, colonización y fomento agrícola; minería: petróleo, oro, cromo, hierro, manganeso, cobre, etc.; repoblación y aprovechamiento forestal; utilización de las aguas; enseñanza agrícola; ganadería e industria derivadas; apicultura; tabaco, café, cacao; intensificación del cultivo de frutos menores; fomento y desarrollo de otros cultivos; desecación y aprovechamiento de tierras anegadas; productos marítimos y su industrialización, sanidad y beneficencia; otros aspectos sociales y económicos; educación y cultura pública; justicia, relaciones exteriores y otras organizaciones.

Es notable a simple vista el carácter demagógico de este plan; resalta el hecho de que las promesas dirigidas a los campesinos son más de 100, y las medidas relacionadas con la tierra, la sanidad y la educación suman 83, o sea, casi el 50% del total de las promesas. No podemos pasar por alto esta inclinación de Batista por los problemas rurales. En efecto, su astucia le había permitido comprender que era más difícil ganar adeptos en las zonas urbanas —donde hasta 1935 se había desarrollado fundamentalmente el movimiento revolucionario— donde los sectores proletarios y las capas medias habían sido reprimidos con intensa crueldad en los años de crisis y revolución. Esta circunstancia sociológica explica el énfasis del Plan Trienal en los problemas de las zonas rurales, y la ejecución real de algunas medidas paternalistas por los militares, por ejemplo un programa de enseñanza en los cuarteles del campo, donde los sargentos fungían como maestros de los campesinos.

No creemos necesario hacer un análisis de los contenidos ilusorios y superficiales de este proyecto batistiano. Su valor como hecho histórico, quizás el único, está en que demuestra, algo poco conocido,

29 Líneas básicas del programa del Plan Trienal, Editorial Carasa y Cía., La Habana, s/f.

la búsqueda afanosa por Fulgencio Batista de una base social sobre la cual enmascarar su control dictatorial del poder.

Los partidos opositores, en el transcurso de 1937, a pesar de las diferencias de clase, coincidían en la demanda de solicitar al Gobierno mínimas garantías que permitieron convocar la Asamblea Constituyente. Al final de ese año y principios de 1938, se combinaron diversos factores nacionales e internacionales que incidieron en la política del régimen hasta que finalmente decidió convocar la Constituyente en 1939.

Las circunstancias peculiares que hicieron tomar un curso democratizante al conflicto político, a partir del año 1938, pueden sintetizarse en cuatro factores históricos: 1) la nueva situación internacional fascista; 2) el auge de la protesta popular, que se expresó en los grandes mítines de apoyo a la República española y a la nacionalización del petróleo mexicano por Cárdenas, y en la combativa manifestación del 1° de mayo del año 1937; 3) las críticas al Gobierno y la solicitud reiterada de una nueva Constitución por parte de sectores de presión vinculados a la oligarquía neocolonial —como el reaccionario *Diario de la Marina*— y 4) una sensible reanimación de la economía a partir de 1937: ese año las exportaciones ascendieron a casi tres veces el nivel de 1932 y 1933.

Batista modificó una vez más su rumbo político a tono con la estrategia internacional de Estados Unidos. Y después de estar seguro del control del conflicto de clases en el interior del país. En pocos meses, Batista fue otro, sin dejar de ser Batista: declinó públicamente el Pan Trienal, e inauguró una estrategia de alianzas y concesiones políticas. Forzado por la coyuntura, dictó unas medidas de leyes-decretos,³⁰ con el objetivo de relajar las tensiones de la lucha popular y garantizar un clima democrático idóneo para el ejercicio de la práctica política constitucional.

A los pocos días de convocarse las elecciones de la Constituyente, Batista renunció a la jefatura de las Fuerzas Armadas y lo sustituyó Eleuterio Pedraza. Se organizó un bloque gubernamental integrado por los partidos Liberal, Conjunto Nacional Democrático, Unión Nacionalista, Realista, Popular Cubano y Unión Revolucionaria Comunista. Frente a esa séxtuple alianza se formó un bloque opositor con los partidos Revolucionarios Cubano (Auténtico), Acción Republicana, ABC y Demócrata republicano.

30 Algunas de las leyes-decretos más importantes fueron las siguientes: reorganización de la enseñanza general y ratificación de la autonomía universitaria; Ley de coordinación azucarera (septiembre de 1937), para coordinar los otros factores de la producción azucarera sobre bases más racionales; reglamentación para la organización de los sindicatos y los contratos colectivos; y derogación del decreto que exigía la autorización previa para efectuar actos colectivos.

El principal partido de oposición —el PRC— y su líder, Grau San Martín, obtienen la mayor cantidad de votos entre todos los partidos y figuras que participaron en las elecciones constituyentes. ¿Qué factores incidieron en este triunfo electoral del autenticismo, apenas cinco años después de su fundación?

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO (AUTÉNTICO) Y EL ORIGEN DEL NACIONALISMO POPULISTA EN CUBA

Si el nacimiento y orientación revolucionaria de Joven Cuba fue la resultante de la línea antiimperialista que defendió Antonio Guiterras en el gobierno de los Cien Días, como contrapartida la tendencia reformista demoburguesa, liderada por Ramón Grau San Martín, también devino partido político. Pero, a diferencia de Guiterras —a quien, según declaró él mismo, el ejercicio del gobierno le había permitido entender que el socialismo debía ser la meta de la revolución antiimperialista—, los fundadores del PRC reafirmaron sus aspiraciones reformistas y aprendieron, además, que sin el acuerdo con Estados Unidos no llegarían jamás al poder.

El 8 de febrero de 1934 se declaró constituido, en la redacción de la revista universitaria *Alma Mater*, el Partido Revolucionario Cubano. El Comité gestor nacional, en el primer manifiesto “Al pueblo de Cuba” —21 de febrero—, refleja los intereses pequeñoburgueses que este partido quería representar:

El partido Revolucionario Cubano tiene, pues, como propósito básico, el poner el poder político al servicio del pueblo de Cuba, y el utilizar los recursos de ese poder para conseguir la liberación económica de Cuba, mediante la aplicación de las medidas políticas, sociales y económicas que constituirán los fundamentos de nuestro programa.

Para el logro de estos propósitos, los hombres que constituyen el PRC han creído necesario la organización de una nueva fuerza política [...] que sea continuación de la obra del gobierno de Grau San Martín, truncada por la acción de la injerencia.³¹

En la organización del PRC participaron dirigentes del Directorio Estudiantil, miembros y simpatizantes del gobierno de Grau vinculados al Bloque Septembrista y varias minúsculas organizaciones. El rasgo común de los fundadores perreceístas fue la identidad de propósitos en cuanto a la transformación del aparato estatal semicolonial en un moderno sistema burgués que permitiera una distribución “más equitativa” de la riqueza social.

31 *El País*, La Habana, 2 de febrero de 1934.

Al conmemorarse el decimoséptimo aniversario de la Revolución Rusa, en octubre de 1934, Ramón Grau utilizó esta circunstancia para establecer las fronteras de la ideología de su partido. El comunismo, dijo Grau, “tiende a deshacer, a destruir, a aniquilar, toda la obra de la civilización capitalista humana”. Más adelante, el líder auténtico prefigura la “razón histórica” de su proyecto reformista:

Yo creo que el capital es necesario. Creo que los obreros también tienen razón. Pero al comunismo sólo hay un modo de combatirlo con eficacia: poniéndose al frente, a la cabeza, a la vanguardia de la revolución social que avanza sobre la tierra; dándole a los hombres, a los trabajadores manuales e intelectuales, lo que en justicia les corresponde.³²

Otro testimonio histórico que transparenta los intereses reformistas de los sectores medios —típico en todas las variantes de este género del populismo latinoamericano— es el programa oficial del PRC, redactado en 1934:

Este programa está concebido teniendo en cuenta que la labor capital de la generación presente y de las inmediatas futuras, ha de ser la liberación del país. Sólo recuperando nuestra perdida economía ha de ser la nación cubana una realidad tangible. Por eso el PRC considera que la obra primordial de la Revolución ha de ser el *regular* nuestra economía. Declara, por tanto, que no pretende realizar una política demagógica de confiscación, pero reclama el derecho del cubano de lograr para sí, científica e inalienablemente, por medio de leyes y medidas económicas, la *participación más equitativa* en el disfrute de los recursos de su propio país.³³

El proyecto de cambios del PRC se propone, por consiguiente, armonizar las relaciones entre el capital y el trabajo por medio de la intervención nacional del Estado, y generar, desde el control de éste, las medidas necesarias para redistribuir la riqueza social.

Aunque el programa se refiere a la necesidad de una reforma agraria, sus contenidos no alteran las relaciones y el dominio oligárquico; por otra parte, no plantea medidas para incitar la industrialización primaria. Y aunque se denuncia el dominio económico nocivo de Estados Unidos y se afirma que “sólo recuperando nuestra perdida economía ha de ser la nación cubana una realidad tangible”, no existe un proyecto concreto de liberación antiimperialista. El nacionalismo de los auténticos es de sustancia ética y expresa, ante todo, la inoperancia y la frustración de esos sectores: “la cubanidad”, según Grau San Martín, es “amor” y “armonía”.

32 *El País*, La Habana, 7 de noviembre de 1934.

33 Programa Constitucional del PRC. Folleto, La Habana 1934.

Las coordenadas de la ideología del autenticismo eran el anticomunismo y el proimperialismo. Las siguientes declaraciones de Grau, en enero del año 1940, avalan esta última afirmación:

Con deferencia tenemos que referirnos a nuestro vecino, el grande y progresista pueblo norteamericano, que ha colaborado con nosotros en la lucha por la libertad y al cual nos referimos siempre con admiración y cariño [...] Si, intensificar cada vez más las relaciones económicas y culturales con los Estados Unidos constituye uno de nuestros más firmes propósitos.³⁴

En consecuencia, del análisis marxista del PRC pueden derivarse las siguientes conclusiones: 1) se trata de una organización pluriclasista que representaba, en primer lugar, las aspiraciones económicas y políticas de los sectores medios; 2) la ideología y el programa no contradicen las relaciones de dominación del sistema neocolonial, aunque algunos objetivos son diferentes de los intereses de la oligarquía doméstica; 3) la derrota del proceso revolucionario de 1923 a 1935, contribuyó al auge del reformismo auténtico que, por medio de la exaltación de la figura de Grau, logró capitalizar el prestigio del Gobierno de los Cien Días; 4) como consecuencia de lo anterior, el autenticismo y la figura carismática de Grau alcanzaron el gobierno después de un fuerte movimiento de masas, sin precedentes en la historia política neocolonial; 5) la ausencia de una burguesía industrial emergente, con aspiraciones y posibilidades de controlar el movimiento populista, determinó que el PRC, al no tener una fuerza económica capaz de vencer u oponer resistencia a la oligarquía neocolonial, se debilitara en el ejercicio del Gobierno hasta convertirse en un instrumento político de los sectores más reaccionarios; 6) la crisis del reformismo ocasionó la frustración de las masas, que, al ser estafadas por el experimento auténtico, comenzaron a cuestionar con mayor énfasis el conjunto del sistema político neocolonial.

¿Cuál fue la trayectoria del PRC desde su fundación hasta 1940? El examen de esta primera etapa de la historia del autenticismo nos facilita la comprensión ulterior de las etapas de auge y decadencia en la década siguiente.

Después del fracaso de la huelga de marzo de 1935, los dirigentes del PRC salieron rápidamente hacia el extranjero. En el exilio, los auténticos ensayaron algunas tentativas para vertebrar una acción insurreccional, obtuvieron el apoyo de militantes de Joven Cuba y, en esa coyuntura, firmaron un proyecto insurreccional: el Pacto de México.

34 Revista *Bohemia*, N° 2, Año 32, La Habana, 17 de enero de 1940.

Muy pronto se develó la inconsecuencia de los auténticos al jugar con la insurrección armada; el dinero destinado para financiar el proyecto se lo robaron los dirigentes del PRC y un cargamento de armas se perdió por la negligencia de los responsables de trasladarlo de Estados Unidos a México. En realidad, nunca llegó a estructurarse una organización militar idónea. No obstante todo esto, decenas de militantes de la base perdieron la vida o fueron encarcelados por la irresponsabilidad de sus dirigentes, la mayoría de los cuales permanecieron en el exilio.

En 1937, Ramón Grau comenzó a advertir la posibilidad inmediata de que Batista autorizara la celebración de elecciones para la Constituyente. Esta actitud del líder auténtico fue rechazada por otros dirigentes del Partido que aún sustentaban la tesis de la insurrección, se desprendieron del Partido y decidieron fundar la organización autónoma —la Organización Auténticorepublicana (OA)— con el propósito de derribar la tiranía por medio del terrorismo.

Un año después, al aprovechar las divisiones y debilidades del PRC, Batista logró atraerse a varios dirigentes que enarbolaban en sus inicios el nombre del partido y más tarde se autonominaron “movimiento realista”.

Los realistas sostenían que, ante la inminencia de las elecciones, el partido no tenía los recursos financieros necesarios para la gestión política, mientras el coronel Batista había mostrado su interés en ofrecer el dinero suficiente, a cambio de una voluntad recíproca del PRC.

De la pugna entre auténticos —a partir de entonces los seguidores de Grau se denominaron “auténticos”— y realistas, salieron derrotados estos últimos. La presencia de Eduardo Chibás como parte de la polémica, fue decisiva. Con su estilo peculiar, Chibás demostró que los realistas habían traicionado los principios y estatutos del PRC, al aceptar gruesas sumas de dinero que Batista les suministraba con la intención de ganar el apoyo del partido.

Esta polémica fue importante porque demostró que en las circunstancias de finales de la década del treinta, la línea reformista sobrevivía a sus conflictos y se desarrollaba aún más como opción política, en la medida en que aparecía como forma autónoma frente al Gobierno. Tuvo también gran significación, debido a que se efectuó públicamente, y se transformó en un vehículo de transmisión del programa y de los valores auténticos.

Eduardo Chibás había ingresado en el PRC en 1937, y desde el inicio de la crisis apoyó la tendencia constitucionalista e independiente de Grau. En 1937, expuso su decisión de ingresar en las filas auténticas:

Dos razones fundamentales informan el fracaso de las fuerzas renovadoras: las divisiones internas que padecen y la absurda línea política sustentada.

Y conjugándose con ellas, la terrible enfermedad del izquierdismo infantil [...], y sus corolarios, el terrorismo ciego, la negación absoluta de la auto-crítica, el espejismo insurreccional y el charlatanismo dogmático. La lucha contra un enemigo centralizado exige centralización para tener éxito. Hay dos polos opuestos en la política cubana. Uno de ellos es Grau San Martín. Por eso combatir a Grau, tal y como se presenta, es hacerle el juego al polo de la reacción.³⁵

En 1939, la situación interna del PRC era muy diferente. Los dirigentes insurreccionalistas, incapaces e inconsecuentes, retornaron a la Isla tomados del brazo de los constitucionalistas, y unidos en torno al líder populista, se integraron en las tareas de los comicios para delegados a la Asamblea Constituyente. Durante ese año se organizó el aparato del partido, que se estrenó en las luchas de la vida política nacional.

En esta etapa, ya convertido en el líder de la oposición, el PRC obtuvo una notable victoria al ganar la mayoría de los delegados al concilio que debía aprobar la nueva Constitución, y la presidencia de la Asamblea, que estaría en manos del médico-fisiólogo Grau San Martín.³⁶

El PRC se consagró públicamente en el año 1939; el reformismo de los auténticos se convirtió en un movimiento de masas de fuerte apoyo en los sectores medios, que intentó capitalizar, con bastante éxito en este tiempo, el prestigio de las realizaciones más notorias del gobierno de los Cien Días, después de la experiencia de la dictadura militar.

Encenguecidos por el triunfo de 1939, la dirección del partido comenzó a proyectar sus intereses clasistas; la demagógica política del antipacto fue sustituida por la estrategia de las alianzas: en las elecciones de 1940 se unieron con el ABC y el Partido Demócrata Republicano (PDR).

Los dirigentes del partido de “estilo nuevo”, ante la realidad del voto y el ascenso al poder, desvanecieron sus falsos principios y se condujeron de acuerdo con las normas del sistema político burgués vigente; no tomaron medidas para impedir el acceso al partido de personajes políticos corrompidos ni se establecieron códigos de valores a la militancia recién estructurada. En realidad, los trámites de

35 Revista *Bohemia*, N° 6, Año 29, La Habana, febrero de 1937.

36 En los comicios constituyentes, el PRC obtiene nacionalmente 225.223 sufragios, mientras los partidos tradicionales más grandes no alcanzan individualmente una cifra similar: 182.296 el Partido Liberal (PL), 170.681 el Partido Demócrata Nacional (PDN), etc. De los cómputos totales —1.080.004 votos—, el Bloque gubernamental obtuvo 538.090 sufragios y el Frente opositor sumó 541.914. Es así que los partidos de oposición obtienen 41 escaños y 35 los gubernamentales. La Asamblea fue presidida en la primera etapa por Grau San Martín, pero al concertarse un pacto entre Menocal y Batista, los partidos gubernamentales alcanzaron la mayoría de delegados y decidieron elegir un nuevo presidente de la Asamblea (Carlos Márquez Sterling).

constitución del PRC en los municipios y provincias, se hicieron por cuadros profesionales, que se nombraban de manera centralizada desde La Habana.

Por consiguiente, la génesis del PRC —sus normas de ingreso, la estructura y el control de ésta por los cuadros profesionales—, reprodujo en su interior las características inherentes al resto de los partidos burgueses tradicionales. Un testimonio muy preciso de esta realidad, lo ofrece Conchita Castañedo, militante auténtica desde 1934, al exponer quejumbrosamente sus recuerdos de aquellos años: “el triunfo y la reorganización cambiaron la tónica del partido. Los expertos electorales, los adinerados, los influyentes, los vivos y los guatacas, van desplazando a los fundadores genuinos. Muchos de éstos se contagian”.³⁷

En julio de 1940 se celebraron las elecciones generales en el marco de la Constitución recién aprobada. La alianza PRC, ABC y PDR postuló a Ramón Grau, quien obtuvo 573.526 votos. La coalición Socialista-Popular logró el triunfo: la candidatura Batista-Cuervo Rubio acumuló 805.125 votos.

Entre otros, el triunfo de Batista, y por consiguiente, la derrota de Grau, se debió a los siguientes factores: 1) la flexible política de alianzas y concesiones a los sectores populares que se vio obligado a desplegar el “coronel” durante la ofensiva democratizante iniciada a finales de 1938; 2) Batista pudo movilizar cuantiosos recursos materiales que sirvieron a los intereses de su candidatura, mientras el PRC en esta etapa aún no contaba con el apoyo de la oligarquía neocolonial; 3) la reactivación económica de los dos últimos años de la década, unida a varias medidas de beneficio social y a la creencia de que se instrumentaría la legislación complementaria de la avanzada Constitución recién aprobada, suscitaron un cierto clima de confianza alrededor de la figura del ex dictador.

El PRC, en el período constitucional del gobierno de Batista (1940-1944), ejerció una oposición moderada. Durante estos años, el Gobierno debió adoptar una política relativamente liberal, generó y permitió diversas conquistas democráticas y sindicales, en concordancia con las instrucciones de Estados Unidos en el contexto del *New Deal* y tuvo presente el desarrollo de las fuerzas revolucionarias y reformistas, por lo que decidió estabilizar el sistema de dominación neocolonial, una vez que el proceso revolucionario de 1933 había sido contenido.

Ramón Grau San Martín, líder de los auténticos, no obstante sus ambiciones de poder, fue capaz de automarginarse de la vida pública. Según

37 Revista *Bohemia*, N° 5, Año 39, La Habana, febrero de 1947.

un analista político de la época,³⁸ Grau estaba seguro de que el desgaste del Gobierno le impediría obtener el triunfo en las elecciones de 1944.

Y, en efecto, el gobierno constitucional de Batista no podía equilibrar o disminuir las contradicciones estructurales de la economía neocolonial. En el marco de una tendencia coyuntural alcista en el precio del azúcar y de una disminución apreciable de las importaciones,³⁹ el gobierno de Batista no pudo, dadas las condiciones de la dominación imperialista en Cuba, ni quiso, debido a sus compromisos con la oligarquía neocolonial, propiciar el desarrollo de una industria que sustituyera las importaciones. De esta manera, el desbalance comercial se tradujo en fuente de especulación a la vez que aumentó el costo de la vida y generalizó la inflación.

El Gobierno, como respuesta demagógica a las presiones de los sectores populares y capas medias, fundó la Oficina de Regulación de Precios y Abastecimientos (ORPA). Este organismo estableció normas según las cuales las mercancías debían venderse en el mercado a un precio similar al que luego pagaban los comerciantes en reponerlas. Es evidente el círculo vicioso que encerró esta fórmula que, por supuesto, incrementó más aún la especulación, el alza del costo de la vida, la inflación y la bolsa negra.

Dentro de esta situación económica, que originó un fuerte estado de inconformidad con el batistato, se llevó a cabo la lucha electoral por la renovación del poder a mediados de 1944. El Partido Revolucionario Cubano logró capitalizar el descontento popular y, al compás de un amplio movimiento de masas —la “jornada gloriosa”, según expresión de Chibás—, obtuvo el triunfo en las elecciones de junio de 1944, en alianza con el Partido Republicano.

38 Ver, Ulpiano Vega Cubielles, *Bosquejo de una etapa*, Editorial Lex, La Habana, 1944.

39 El volumen de las exportaciones e importaciones fue, en miles de dólares, el siguiente:

Año	Exportaciones	Importaciones	Comercial
1940	127.288	103.860	23.428
1941	211.500	133.890	77.618
1942	182.371	146.738	35.633
1942	351.538	177.436	174.102

Inicialmente, la guerra propicia una expansión del comercio exterior cubano-norteamericano, que reduce el efecto de disminución del comercio en los países europeos. Más tarde, en 1942-1943, la interrupción de las líneas de transporte marítimo y las medidas restrictivas del Gobierno norteamericano respecto a sus exportaciones, dan lugar a que Cuba no pueda incrementar sus importaciones en proporción equivalente al nivel de las exportaciones.

Grau San Martín ascendió al Gobierno con una votación de 1.041.822 votos; de ellos, 270.223 sufragios correspondieron a los republicanos, que decidieron el triunfo. La Coalición Socialista-Democrática —Carlos Saladrigas y Ramón Zaydín— acumuló 839.220 votos.

El *Magazine* semanal de noticias de los redactores de *Time* —órgano de prensa internacional norteamericana— publicó un comentario que examinaba los factores que concurrieron en la derrota de Batista en las elecciones de 1944, y las posibilidades futuras de que “el hombre fuerte de Cuba” regresara al control del Gobierno neocolonial. Famoso en este tiempo porque sus informes y artículos reflejaban la opinión oficial de Estados Unidos, el *Magazine* terminó su comentario con una idea que sintetiza la forma en que el imperialismo utilizaría a Batista en los próximos años:

A los cuarenta y tres años, el hombre fuerte de Cuba, Fulgencio Batista, apenas estaba maduro para el retiro. Habló de un largo viaje por los países vecinos; acaso el ex cortador de caña soñara con devenir una personalidad en toda la América Latina. Era hombre a vigilar. Seguramente no perdería de vista a su isla nativa, dispuesto a oponerse a cualquier cosa que oliese a gobierno inconveniente. Desde su balcón, la semana pasada, dijo a su pueblo que si alguna vez lo necesitaba, él respondería a sus clamores. El doctor Grau, preparándose para trasladarse al palacio presidencial en octubre próximo, indudablemente oyó la promesa del dictador saliente y reflexionó sobre ella.⁴⁰

EL POPULISMO AUTÉNTICO EN EL PODER: EL GRAUSATO Y LA “REVOLUCIÓN CONSTRUCTIVA”

El Partido Revolucionario Cubano alcanzó el Gobierno diez años después de su fundación. En esta década de oposición a Batista fue acumulando múltiples simpatías en el conjunto de la población. La inestabilidad económica de los últimos años y la exaltación de la gestión del gobierno de Grau-Guiteras en 1933, llevó a creer a más de un millón de cubanos en las supuestas virtudes y en las promesas renovadoras del médico-fisiólogo.

Ramón Grau San Martín logró el apoyo de la mayoría de los sectores medios y populares que creían entonces en la alternativa de un gobierno reformista que adoptaría soluciones inmediatas a los problemas de inflación y carestía de la vida, y a los negocios especulativos. Por otra parte, la aspiración a que se dictaran las leyes complementarias, indispensables para cumplimentar los preceptos de la Constitución de 1940, unida a la creación de instituciones financieras y económicas, indica que además de las capas medias, el PRC se sustentó en algunos sectores

40 La versión completa del artículo de *Time* aparece en la revista *Bohemia*, N° 25, Año 36, 18 de junio de 1944.

industrialistas, los cuales, en la coyuntura de la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a creer en el desarrollo económico no azucarero.

El PRC, sin embargo, en 1944 era ya una organización política integrada al sistema tradicional de dominación.⁴¹ Sus dirigentes conocían los límites permisibles por la relación neocolonial de dependencia con Estados Unidos, y los respetaban.

El autenticismo y la “revolución constructiva” frustraron muy pronto las aspiraciones populares. Su programa de reformas se cumplió muy parcialmente; el líder, ahora presidente, mostró su verdadera personalidad mediocre y pusilánime ante los conflictos sociales: la improvisación, las vacilaciones y el tratar de esquivar la realidad fueron sus rasgos característicos.

El contexto internacional —fin del *New Deal* y auge de la Guerra Fría— y una situación económica relativamente positiva,⁴² fueron los factores circunstanciales que marcaron, y en gran medida condicionaron, el conflicto de clases y la gestión política del gobierno auténtico en el período 1944-1948.

Como analizamos en el segundo capítulo de este trabajo, la dominación imperialista en Cuba fue de tal vigor que impidió, en la coyuntura económica favorable de la Guerra de 1945, el ascenso de una burguesía industrial no azucarera.

El gobierno populista de Grau, debido a que no poseía una base social burgués-industrial, tuvo que entregarse totalmente a los designios imperialistas, satisfacer los intereses de la burguesía comercial y, simultáneamente, intentar dar respuesta a las aspiraciones de los sectores medios —la base social principal que lo había llevado al poder— y hacer concesiones al proletariado, sobre todo en los primeros años, ante el empuje de la acción sindical liderada por el Partido Socialista Popular (PSP). En el primer año de gobierno se regularon algunos mecanismos para evitar la especulación. Pero al entrar en conflicto estas medidas con los grandes comerciantes, Grau debió avalar la política

41 Algunos días después del triunfo electoral, en la edición dominical del reaccionario periódico *Diario de la Marina*, apareció una entrevista realizada a Grau San Martín: “¿Es cierto lo que se dice acerca de que el comercio español y las clases económicas le dieron su voto en alta proporción por creer que su política futura será contraria al predominio del comunismo y de sus doctrinas que fomentan la lucha entre clases?”. A esta pregunta Grau respondió: “Esa versión se ajusta exactamente a mis propósitos”. En septiembre de 1944 realizó un viaje a Estados Unidos, se entrevistó con Roosevelt. Al regresar a Cuba, declara: “Estados Unidos ofrecen al futuro Gobierno cubano, y por ende a Cuba, el cien por ciento de cooperación.”, *Bohemia*, 17 de septiembre de 1944.

42 En el cuatrienio 1944-1947, las exportaciones sumaban 2.065.475 dólares, mientras el total de esta partida en el cuatrienio anterior había sido de 872.705 dólares.

arbitraria de la ORPA, con la cual se desarrolló, cada vez más, la carestía de la vida. Por otra parte, autorizó a los comerciantes a realizar trueques con algunos países de la América Latina, y permitió que esta práctica comercial se convirtiera en una fuente de especulación que beneficiara los intereses de este sector de la burguesía neocolonial.

Los anhelos económicos “redistributivos” de los sectores medios vinculados al autenticismo, se intentaron satisfacer por vías más directas que las establecidas en el programa del PRC: los fraudes, los cohechos y los atracos se generalizaron desde Palacio hasta la más pequeña oficina pública. Los ingresos fiscales, en este tiempo muy elevados, se “redistribuyeron” entre los funcionarios de todos los niveles, quienes hicieron de la corrupción una conducta natural.

En cuanto a la política obrera, el gobierno de Grau durante los años 1944, 1945 y 1946 tuvo que respetar el ejercicio de las actividades sindicales de la poderosa Central de Trabajadores de Cuba, reorganizada en 1937 y que llegó a ser una de las confederaciones sindicales más importantes y combativas de América Latina.

La medida más notable del Gobierno fue la aprobación del diferencial azucarero, según el cual el saldo entre el precio oficial del azúcar y los nuevos precios que se obtenían con las ventas a los especuladores norteamericanos, se debían distribuir entre los trabajadores azucareros, los colonos y el Gobierno, el cual debía utilizar esos recursos en la construcción de escuelas y viviendas campesinas y otras obras públicas.

El diferencial azucarero, en realidad, no fue iniciativa del Gobierno, sino un logro de la lucha organizada de los trabajadores azucareros, dirigidos por el destacado líder comunista Jesús Menéndez. El diferencial también se convirtió, sin embargo, en fuente de lucro y especulación entre los funcionarios estatales.

Apenas iniciada la etapa de “Guerra Fría” a finales de 1946, el gobierno auténtico vio llegar la oportunidad de cumplir una de sus aspiraciones más anheladas: desarticular la unidad sindical del movimiento obrero y quitarle a los comunistas su hegemonía en la CTC.

Carlos Prío, por medio del Ministro de Trabajo, desató una acción sistemática y despiadada —gangsterismo, asesinatos, chantajes y corrupción— contra la Confederación de Trabajadores de Cuba, acción que alcanzó su clímax en 1948 con el asesinato de Jesús Menéndez, secretario general y líder de los trabajadores azucareros, y de Aracelio Iglesias, dirigente máximo del importante sindicato portuario, ambos miembros de la dirección del Partido Socialista Popular.

Al cumplir el segundo año de Gobierno, el autenticismo se deterioraba en todos los niveles: la violencia gangsteril, la corrupción, la demagogia, la entrega a los monopolios yanquis y el anticomunismo más furibundo caracterizaban toda la gestión del Gobierno.

Eduardo Chibás publicó una síntesis del gobierno de Grau que, como testimonio histórico de quien había compartido la perspectiva reformista del PRC, resulta un documento de excepcional importancia.

El gobierno de Grau San Martín [...] en vez de proteger y fomentar nuestra industria y agricultura, subsidió los productos industriales y agrícolas del extranjero.

De la reforma agraria, los caminos vecinales y la mejora de la vivienda campesina, nada. El apóstol de la honestidad se trocó en el de la bolsa negra, la botella y el peculado. Ningún gobierno, como el de Grau, ha terminado su período en medio de una bacanal tan escandalosa de crímenes, de robos, de despilfarros, en un albur de arranque que no tiene precedentes. Y no es porque estos gobernantes sean peores que los anteriores, pues todos ellos son iguales en el fondo, sino por el clima de prosperidad económica que ha disfrutado la nación a causa de la guerra, permitiendo la realización de los peores latrocinios. El gobierno de Grau es más culpable por lo bueno que ha dejado de hacer que por lo malo que ha hecho. Pudo ser, por el respaldo popular que tuvo al subir al poder, el mejor gobierno de América, pero ha sido uno de los peores.⁴³

El gobierno de Grau fue la primera prueba de la inoperancia, en las condiciones de la dominación imperialista en Cuba, del proyecto reformista y del nacionalismo burgués. El autenticismo sobrevivió unos años más hasta que, en 1952, en el límite de su crisis histórica, lo sustituyó un gobierno militar que, salvo en los métodos que utilizó para llegar al poder, no tenía diferencias con los “reformistas” surgidos en la década del treinta.

EL GOBIERNO DE CARLOS PRÍO: LA MUERTE DEL AUTENTICISMO

Ante la proximidad de las elecciones presidenciales en 1947, las pugnas en el interior del PRC se agudizaron; la ruptura del ala izquierda, liderada por Eduardo Chibás, y su constitución en partido político, fue un golpe decisivo a la mínima coherencia existente en el PRC. En la última reorganización electoral se libró aún una violenta pugna por la candidatura presidencial entre los aspirantes Carlos Prío y Miguel Suárez. Dos meses antes de las elecciones, Grau inclinó la balanza a favor de su discípulo Carlos Prío.

El programa de Carlos Prío y el PRC en las elecciones de 1948, catorce años después de fundarse el partido, intentó remozar sus objetivos e hizo formulaciones más precisas en relación con los intereses del sector industrialista no azucarero que, en ese mismo año, se expresó de forma prepotente en la Conferencia para el Progreso de la Economía Nacional.

43 Revista *Bohemia*, N° 33, Año 40, La Habana, 15 de agosto de 1948.

La parte económica del programa señala:

1. Creación de la banca nacional, con sus derivados lógicos, el Banco Nacional, la Bolsa de Valores, el Banco de Crédito Agrícola e Hipotecario, las Cajas de Créditos Rurales.
2. Industrialización del país, para el mejor aprovechamiento de las materias primas y la mano de obra nacionales.
3. Reforma agraria, con todas las consecuencias legales y sociales que implica, con la debida protección económica y la organización jurídica adecuada para que sea permanente y útil.
4. Protección y fomento de la industria de exportación, con la participación del Estado en la responsabilidad de ampliar sus renglones en beneficio del capital que lo ha establecido y de los trabajadores y pequeños propietarios que contribuyen a su desenvolvimiento.
5. Mantenimiento de altos salarios, altos precios y alto porcentaje de empleados, siempre que ellos sean costeables sin poner en peligro la vida de la industria o el comercio.
6. Mantenimiento de la política de no empréstitos extranjeros.⁴⁴
7. La alianza auténtico-republicana logró el triunfo electoral con 905.198 votos (PRC: 715.243, PR: 189.955).
8. Carlos Prío inició su mandato y se anunció como el “presidente cordial”, por lo que trató de prestigiar su figura al nombrar ministros a varios miembros de la llamada generación del ’30, fundadores del Directorio Estudiantil Universitario y participantes en el proceso revolucionario de 1933.

Prío fue uno de los discípulos predilectos de Grau. Después del golpe del 4 de septiembre de 1933, colaboró con el gobierno provisional de Grau-Guiteras y cuando éste fue derribado, participó en la fundación del PRC; en 1940 fue delegado a la Asamblea Constituyente; en 1940 y 1944 resultó electo sucesivamente senador por la provincia de Pinar del Río. En 1945 sustituyó a Félix Lancis en el premierato del gobierno de Grau, y luego en 1947, desde el Ministerio del Trabajo organizó el movimiento gangsteril anticomunista que utilizó todos los recursos oficiales para desarticular la unidad de la CTC.

En los primeros meses de ejercicio presidencial, por orden de Prío, fue asesinado el líder proletario Aracelio Iglesias; y, con el pretexto de reprimir el gangsterismo, se creó una organización fascistoide —GRAS— que legalizó el instrumento permanente de represión a los comunistas y opositores a su gobierno. El “presiden-

44 Revista *Bohemia*, N° 20, Año 40, La Habana, 16 de mayo de 1948.

te cordial” fue, en realidad, el “presidente anticomunista”: en 1950 las acciones contra los comunistas llegaron al máximo al clausurar el periódico *Hoy* y desatar la represión sistemática contra todos los militantes del PSP.

Al cumplir dos años, el gobierno de Carlos Prío se había enredado en las contradicciones de la neocolonia cubana: incapaz de promover un desarrollo autónomo, en una etapa en que los monopolios norteamericanos aceleraban su control de la economía en las esferas de los servicios públicos y se interesaban en los sectores estratégicos, sobre todo el níquel, Carlos Prío, en un ambiente de corrupción y gangsterismo general, llevó al autenticismo a la bancarrota.

Blas Roca, entonces Secretario General del PSP y actualmente miembro del Buró Político del PCC, hace un balance muy preciso de esos dos primeros años:

El balance del segundo año del gobierno de Prío no se diferencia del primero más que en el mayor volumen e intensidad de la requisita popular y en la acumulación y complicación de los problemas. Comprendiendo que la cordialidad a palos no convenía a nadie, el Gobierno, ante la crisis creada por Grau y los republicanos, decidió en su segundo año inaugurar el flamante lema de “nuevos rumbos”. Bajo el imperio de los nuevos rumbos hemos tenido cosas tan escandalosas como una combinación entre falsificadores yanquis y funcionarios de Hacienda para introducir billetes fraudulentos; el robo de la causa 82 [...] el desfalco de los retiros obreros; la disolución policial de la Federación Estudiantil Universitaria; los obreros condenados a seis meses de prisión por “hablar mal del gobierno”; el asalto, clausura y robo de los periódicos *Hoy* y *América Deportiva*; el Decreto 2.273 que amordaza la radio política; y, para colmo, hasta el sistema de Gestapo, implantado en los centros de enseñanza para tomarles huellas digitales y hacerles fichas policiales, como si se tratara de bandidos, a los muchachos de doce años. El segundo año de este gobierno ha acentuado su subordinación al imperialismo, apoyando en los organismos de la ONU y fuera de ellos la política de preparación de una tercera guerra mundial atómica, de agresión a los pueblos débiles; de apoyo y sostenimiento a Franco, a las dictaduras militares latinoamericanas, a la podrida camarilla de Chiang-Kai-Shek; intensificando la división del movimiento sindical y la persecución del PSP; obstaculizando la campaña por la paz y la libertad de los pueblos coloniales y dependientes; protegiendo el desarrollo y la penetración de los monopolios imperialistas extranjeros —como en el caso de los llamados “autobuses modernos”—, de los fósforos, de los jabones, de los ferrocarriles, de la electricidad, de la aviación, etc.; sometiéndolo completamente nuestro comercio exterior al monopolio colonial yanqui, que arruina las pocas e incipientes industrias nacionales.⁴⁵

45 Revista *Bohemia*, N° 42, Año 42, La Habana, 15 de octubre de 1950.

En enero de 1950, con el propósito de encontrar apoyo en la burguesía azucarera, en los sectores medios y en la clase obrera, Carlos Prío anunció su política de “nuevos rumbos” encaminada a terminar con la corrupción administrativa y dictar la legislación complementaria de la Constitución de 1940. Todavía no se habían desvanecido los ecos del discurso de Prío sobre los nuevos rumbos, cuando sus voceros anunciaban el pacto con el Partido Liberal, el ultraderechista partido de Machado, desvinculado por la revolución de 1933. Ambas decisiones, sin embargo, tenían una razón política común: tratar de ganar la mayoría del Parlamento en las elecciones parciales de 1950.

La legislación complementaria fue reducida a la creación del Banco Nacional, el Banco de Fomento Agrícola e Industrial (BANFAIC), el Tribunal de Garantías Constitucionales y Sociales, el Tribunal de Cuentas y la regulación del presupuesto nacional. En rigor, estas medidas eran una necesidad para el funcionamiento de las nuevas condiciones económicas de la neocolonia cubana en el período posbélico. Los organismos financieros creados por el gobierno de Prío reforzaron la estagnación, la monoproducción y la dependencia económica de Estados Unidos. En cuanto a los organismos jurídicos, representaron un ardid del Gobierno, el cual ante las acusaciones generalizadas sobre su participación directa en el caos financiero y político del país, quiso neutralizar su responsabilidad ante la opinión pública.

Pero la campaña moralizante y antiyanqui de Eduardo Chibás, unida a la oposición sistemática del PSP y de amplios sectores populares, crearon un clima de repulsa a Carlos Prío y al autenticismo, del cual no se recuperaron jamás. Una encuesta publicada por *Bohemia* el 17 de diciembre de 1950, le otorgaba sólo el 30% de los votos a cualquier candidato oficial en las elecciones presidenciales de 1952.

Además de desplegar la corrupción estatal en todos sus niveles y esferas, Carlos Prío, sin escrúpulos de ningún género, asesinó a obreros y estudiantes, coartó la libertad de prensa, propició que la Federación de Patronos pusiera en ejecución el plan recomendado por la *Misión Truslow* (disminuir los salarios y garantizar los despidos), aceptó la política azucarera norteamericana, aumentó el precio del pasaje urbano, solicitó un préstamo de 100 millones de dólares del Chase National Bank, accedió a elevar las tarifas de electricidad y teléfonos, y ordenó el robo de los documentos que demostraban la responsabilidad de Grau y su gobierno en la malversación de 174.241.840 dólares.

La política anticomunista de Carlos Prío y su gestión antiobrero superaron y completaron las actividades desarrolladas cuando fue

Ministro de Trabajo. Eusebio Mujal⁴⁶ fue el instrumento servil de los propósitos de Prío y de los intereses patronales. Las siguientes declaraciones son una simple muestra de su acción reaccionaria en la dirección de la CTC gubernamental:

Periodista: ¿Comprende el señor Mujal que se está matando el espíritu de empresa en Cuba?

Mujal: No se puede admitir esa teoría, cada día hay en Cuba nuevas industrias; en nombre de la CTC he acompañado a industriales a Washington, hace cuatro meses, para que hubiera nuevas industrias...

Periodista: ¿Hay un capital inversionista que quiere venir a Cuba y no viene por la proliferación de los conflictos laborales?

Mujal: No estoy de acuerdo con eso, he celebrado reuniones con los líderes del capitalismo cubano y les he hecho esta oferta: la CTC está dispuesta, antes de hacer las inversiones en Cuba, a que se firmen convenios de trabajo donde se indiquen con claridad el número de obreros y el monto de sus salarios [...] Tengo la seguridad de que el espíritu de empresa no está muerto en esta Isla, que es un paraíso de los capitalistas, donde más utilidades obtienen.⁴⁷

El 6 de marzo de 1952, cuatro días antes del golpe de Estado, el periódico *Alerta* reprodujo un documento del militante ortodoxo Fidel Castro. Se trataba de una de las denuncias más directas y precisas hechas contra los dos regímenes auténticos. Este análisis de Fidel Castro es un testimonio donde se señala la crisis definitiva del PRC:

Prío no fue ajeno al trato con las pandillas. Lo escoltaron celosamente a través de toda su campaña política. Subió al poder saturado de compromisos. Pero la opinión pública demandaba el cese de los atentados callejeros y ante la fuerte presión popular se adoptaron algunas medidas demagógicas. Al mes apenas de estar en el poder, el presidente sancionaba la Ley N° 5, de noviembre de 1948, llamada Ley contra el gangsterismo. Se declaraban ilícitas todas las organizaciones y se establecían las sanciones más severas. Sin embargo, aquello no sirvió más que para enviar a la cárcel a muchos infelices que nada tenían que ver con la cuestión, mientras continuaba la

46 Desde julio de 1947 coexistieron la CTC gubernamental, antiunitaria y anticomunista —llamada despectivamente por la clase obrera CTK—, y la CTC ilegal y unitaria, liderada por Lázaro Peña. El VI Congreso de la CTC se celebró en abril de 1949.

47 Revista *Bohemia*, N° 24, Año 43, La Habana, 17 de junio de 1951. En este Congreso adquirió mayores proporciones la escalada anticomunista, al ser “elegido” Eusebio Mujal en la secretaría general, cargo que desempeñó hasta 1958, y se caracterizó por un descarado cinismo, la demagogia y los más altos niveles de corrupción.

guerra cada vez con mayor crudeza y con más evidente tolerancia, consentimiento, complicidad y ayuda del Gobierno. La influencia de algunos grupos en los círculos oficiales era cada vez mayor y más alarmante. El propio presidente, en un momento dado, hizo trizas su ley de gangsterismo, reconociéndole beligerancia y entrando en tratos amistosos con todas las organizaciones. Para aquella fecha los grupos se habían dividido y subdividido de modo notable. A muchos de ellos se le conocía principalmente por el nombre del Jefe. A cada cabecilla con tienda aparte se le daba asiento en la mesa redonda a los efectos del pacto.

Cualquiera que se alzara era necesario convencerlo dándole lo que pudiera para que hubiese acuerdo unánime, sin lo cual no habría paz posible.

De este modo, señores magistrados del Tribunal de Cuentas, se distribuyeron botellas en cantidades fabulosas. Así, por ejemplo, aparte de otros más pequeños, al grupo de Guillermo Comellas le dieron sesenta puestos; al Tribunal Ejecutor Revolucionario, ciento diez puestos; a la Unión Insurreccional Revolucionaria, ciento veinte puestos; a la Acción Guiteras, doscientos cincuenta puestos; al grupo de Masferrer, quinientos puestos; y al grupo de Policarpo, que era el más temible, seiscientos puestos, que hacen un total, según datos que obran en mi poder, de dos mil puestos, que se cobran sin prestar servicios en los ministerios de Salubridad, Trabajo, Gubernación y Obras públicas.

El número de puestos por personas en algunos casos es alarmante: por ejemplo, Manuel Villa tiene treinta; Guillermo *El Flaco*, veintiocho; Pepe *El Primo*, veintiséis; el "Boxer" (ignoro su nombre), veintiséis, distribuidos por nóminas o por *caché* de jornaleros bajo distintos nombres.

El Ministerio más azotado por la peste del pistolero es el de Obras Públicas. En el departamento Censo del tránsito, hay distribuidos cerca de mil *cachés* de peones, albañiles, carpinteros, etc. [...] En esta forma de prebenda, los cobros se hacen por semana. Un enviado de cada grupo va a cobrar los *cachés* que les corresponden.

Sin dinero para los grupos no habrá más atentados.

Las pistolas con que se mata las paga Prío. Las máquinas en que se mata las paga Prío. Yo lo acuso ante ese Tribunal y lo hago responsable de nuestra tragedia ante la historia de Cuba, aunque tenga que rubricar con mi sangre el deber imperativo de mi conciencia. Y para concluir estas líneas en las que he puesto la mayor suma de honradez y sinceridad, sólo me resta repetir aquellas palabras de Martí cuando exhortaba a los cubanos a la lucha:

"¡Para ti, Patria, la sangre de los heridos de este mundo, y la sonrisa de los mártires al caer! ¡Para ti, Patria, el entusiasmo sensato de tus hijos, el dolor grato de servirte, y la resolución de ir hasta el fin del camino!"

En 1952, Grau, Prío y el autenticismo aparecieron ante la opinión del pueblo cubano como los grandes estafadores de los anhelos de cambios sociales de los sectores populares; fue el precio por haber utilizado demagógicamente la bandera de la revolución de 1933 que, no obstante sus limitaciones históricas, representó el hecho de rebeldía

revolucionaria y de dignidad antiimperialista de más alcance popular en los veinte años siguientes, hasta el asalto al cuartel Moncada.

Por añadidura, el engaño y la traición de los gobiernos auténticos a sus valores doctrinarios y programáticos, contribuyeron de manera muy notable a generalizar entre las masas el criterio de repudio al sistema político neocolonial.

Del seno del populismo antinacional y proimperialista representado por el PRC, surgió un movimiento democrático nacionalista, también de corte populista, liderado por un caudillo que levantó una corriente de decoro y rebeldía contra la desmoralización y decadencia de la dignidad nacional, y que asumió posiciones concretas de repudio a la penetración y dominio norteamericano en Cuba.

LA ORTODOXIA: NUEVA ETAPA DEL NACIONALISMO BURGUÉS POPULISTA CUBANO

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) tuvo su origen en Holguín, el 14 de julio de 1946, cuando la asamblea del PRC en la provincia de Oriente proclamó por mayoría, como candidato presidencial auténtico, a Eduardo Chibás. Algunos días después, éste inició una intensa campaña radial orientada en dos sentidos, depurar el PRC de los políticos tradicionales y de los traidores al programa auténtico, y aspirar al Gobierno, en 1948, sin alianzas ni compromisos con otros partidos políticos; en ambos residía la intención específica encaminada a eliminar del PRC los elementos “no auténticos” y obtener el triunfo en las elecciones de 1948, sin compromisos con la “política profesional”.

En 1947 el movimiento ortodoxo decidió organizarse en un partido independiente. El progreso de la campaña grausista, encaminada a propiciar su reelección, hizo que Eduardo Chibás rompiera definitivamente con su partido, y de inmediato expusiera las condiciones y objetivos del movimiento ortodoxo: rescatar la doctrina auténtica de las manos oficiales; constituir un nuevo partido, organizado sobre la base de la representación funcional de los sectores nacionales, obreros, campesinos y jóvenes; mantener el partido inmune a los pactos “sin ideología”, y declarar que la organización y el triunfo electoral no serían un fin, sino un medio para franquear la realización del programa y de la doctrina auténtica.

Cinco senadores y nueve representantes del PRC aceptaron las condiciones de Chibás. Con el impulso de la personalidad del líder ortodoxo, se inició la organización de la nueva fuerza política en las provincias y municipios. El 15 de mayo de 1947, en el local de la sección juvenil auténtica, se reunieron los disidentes y proclamaron las bases de la nueva organización. En la reunión estaban presentes los senadores Eduardo Chibás, Pelayo Cuervo y Millo Ochoa, los representantes Manuel Bisbé y

Rubén Alonso, y diversas figuras, entre otras Rafael García Bárcena y Fidel Castro. El 19 de mayo, Chibás fue designado presidente del PPC (O).

En plena organización del partido surgieron dos líneas que interpretaron de forma distinta la táctica de las alianzas políticas. Ambas tendencias se disputaban el control del partido: una, liderada por Chibás, sostenía que era necesario mantener la autonomía absoluta respecto de los demás partidos; otra, representada por Millo Ochoa, promovía los pactos con el resto de los partidos de oposición. Esta última tendencia, más avezada en las maquinaciones electorales y con recursos económicos suficientes, ganó la presidencia del partido. Los pactistas apoyaron entonces la formación del llamado tercer frente, o sea, un bloque electoral con todos los partidos de oposición. Pero el tercer frente, como consecuencia de las ambiciones personales en el interior de los diferentes partidos tradicionales, no logró constituirse. En esta nueva circunstancia, los pactistas ortodoxos examinaron las mínimas afiliaciones logradas por su núcleo —164.874—, y dedujeron que no había garantías para obtener el triunfo presidencial. Enfrentados a sus intereses económicos y ambiciones personales, decidieron separarse del PPC (O) y de Eduardo Chibás, inclinándose hacia las filas demócratas y liberales.

El 18 de julio de 1947, en un discurso radiado, Chibás señaló los verdaderos motivos de la conducta de los pactistas:

Estos millonarios del Partido del Pueblo Cubano, grandes terratenientes y abogados de poderosas compañías y *trusts*, parece que no fueron sinceros al ingresar en la ortodoxia, sino que vinieron a ella en busca de senadurías. Cuando se dieron cuenta de que yo sí soy sincero, de que no soy un demagogo, sino que pretendo cumplir seriamente las bases programáticas fundamentales que dieron origen al movimiento ortodoxo y llevar adelante, sin contemplaciones con los latifundistas, nuestro programa de reforma agraria en beneficio de los campesinos, y acabar de veras con la corrupción administrativa, la bolsa negra, el *trust* de la carne y los demás monopolios, se han espantado ante la posibilidad de que yo llegara a ser presidente.

Después del fracaso de los pactistas, la Asamblea Nacional del PPC (O) decidió concurrir de forma independiente a las elecciones de 1948. Sus candidatos fueron Eduardo Chibás, para presidente, y Roberto Agramonte para vicepresidente.

El PPC (O) se presentó a las elecciones sin una maquinaria electoral, con una candidatura formada mes y medio antes de los comicios, sin candidatos senatoriales en la mayoría de las provincias y desprovisto de recursos económicos. No obstante, el PPC (O) logró amplias simpatías en las masas populares, seducidas por sus consignas y por la audacia y firmeza política de su líder Eddy Chibás. Apenas un año

después de su fundación, el Partido Ortodoxo obtuvo 324.000 sufragios, un índice elocuente del respaldo popular y una reafirmación de que ya constituía una corriente política de masas.

A partir de 1948, el PPC (O) y su líder Eduardo Chibás se convirtieron en el movimiento más influyente de oposición al gobierno de Prío, al generalizar las consignas y el programa ortodoxo en amplias capas de los sectores medios y entre los obreros, campesinos y pueblo en general. Las encuestas consultadas de la revista *Bohemia* reflejan el índice de adherentes de Eduardo Chibás como posible candidato presidencial en las elecciones de 1952: junio de 1950, 26%; diciembre de 1950, 32%.

El PPC (O) expresó desde su origen en 1947 los intereses políticos más radicales de los sectores medios, que aspiraban a la reestructuración, las reformas económicas y a un mejor funcionamiento del sistema político democrático burgués.

Los ortodoxos confiaban en que una redistribución equitativa del ingreso nacional, al eliminar la corrupción y el uso ilegítimo del Estado, permitiría satisfacer una gran parte de las necesidades del pueblo.

El PPC (O), como los auténticos, también intentaba representar los intereses de la burguesía no azucarera y, en la medida en que los propósitos del Partido coincidían con los intereses de los sectores populares, la ortodoxia logró movilizarlos tras las consignas de la “revolución moral”, *leitmotiv* de sus acciones y recurso permanente en las luchas políticas de su líder Eduardo Chibás.

Pero quizás, al examinarse esta coyuntura de la historia, habría que resaltar que la significación del PPC (O) y el valor de la rebeldía de Eduardo Chibás, estribaba en que ocurren en el mismo período en que los gobiernos auténticos desatan la persecución contra el movimiento obrero y auspician el auge de las fuerzas más reaccionarias y proimperialistas.

Ciertamente, en los años en que la CTC unitaria fue asaltada y dividida por Grau y Prío por órdenes del imperialismo, en el tiempo de la ofensiva anticomunista y proyanqui, y en el período de mayor corrupción y devaluación nacionales, el movimiento ortodoxo acentuó la corriente de rebeldía popular y los sentimientos nacionalistas de la mayoría del país, y la crítica sistemática de Eddy Chibás a la sumisión y entrega de los gobernantes neocoloniales al imperialismo norteamericano fue muy relevante.

El examen de la figura de Eduardo Chibás es una de las tareas más complejas para el historiador que analice el período 1954-1958. Nuestro propósito en las notas que siguen a continuación es hacer algunas consideraciones tentativas acerca del valor político de la prédica y la acción de Chibás en los años 1946-1951, sin lugar a dudas el período más importante de su vida.

Durante esos años, Eduardo Chibás coronó su trayectoria política al convertirse en el líder del nuevo movimiento de rebeldía nacional en ascenso, el cual expresaba la insatisfacción de las masas ante el declive de la economía y las instituciones del país, acentuado cada vez más debido a la política aventurera, demagógica y antipopular de los gobiernos auténticos. Esta etapa de su vida la consideramos de muy alto valor histórico, pues su prédica eticista, sus ideas y acciones en contra de los intereses norteamericanos, en defensa de los intereses nacionales, unido al impacto político catalizador de su discurso en el momento en que se suicidó, el “último aldabonazo”, fueron factores singulares que influyeron en la conciencia de los militantes de tendencia revolucionaria del Partido y la Juventud Ortodoxa.

La personalidad de Eduardo Chibás, ideológicamente contradictoria, refleja, quizás como ninguna otra figura del período, el drama del conflicto clasista de los sectores medios en el interior de la sociedad neocolonial. Fue capaz de rechazar y denunciar al imperialismo norteamericano, defender con valentía el mérito histórico de Antonio Guiterras y recordar con respeto y admiración a Julio Antonio Mella, Gabriel Barceló y otros dirigentes comunistas de la generación del '30; pero, a la vez, combate al Partido Comunista y es víctima de la ideología burguesa al rechazar lo que él denomina “imperialismo soviético”. De ahí que resulta válido, después de un examen detallado de sus ideas políticas y económicas, calificar su ideología como “demócrata nacionalista burgués”, muy radical en su proyecto de reformas sociales.

Sin embargo, si lo anterior es cierto y legítimo, el historiador marxista debe también nutrir la evaluación de las figuras políticas con sus acciones en las condiciones específicas en que viven, esto es, necesitamos valorar el significado *histórico-concreto* de la conducta de Chibás en el contexto de la dominación y de la crisis del sistema político neocolonial en Cuba.

La violenta campaña eticista del líder ortodoxo no es el fruto — como a veces se piensa — de una personalidad obsesiva y unilateral.

Tras su estilo peculiar de hacer política y de la denuncia del uso ilegítimo de los fondos públicos, es necesario descubrir el valor social y económico que en las condiciones de existencia del Estado neocolonial cubano tenían la malversación, el gangsterismo y la especulación.

En primer lugar, es un hecho incontrovertible que en Cuba la política fuera uno de los negocios más utilizados como vía de enriquecimiento de la burguesía neocolonial y, sobre todo, de miembros de los sectores medios incapaces de convertirse en burgueses por medio de la acumulación económica capitalista. Los partidos tradicionales y reformistas se disputaban el control del Estado, debido a que era la forma “lógica” de ascender económicamente; por tanto, las defor-

maciones inherentes al Estado neocolonial representaban las condiciones necesarias de la existencia de los partidos políticos burgueses.

Eduardo Chibás, con su cruzada ética, golpea objetivamente la médula de los partidos tradicionales y contribuye a liquidarlos ante las masas populares como representante de cualquier alternativa política.

Desde 1946 hasta agosto de 1951, fecha en que se suicidó, la acción política del líder ortodoxo es un factor muy relevante que contribuye a evitar que neutralicen las luchas populares y el sentimiento de liberación nacional del pueblo.

Como una muestra de las afirmaciones anteriores, presentamos a la consideración del lector algunas de las acciones y textos políticos de Chibás en la etapa más significativa de su vida: 1946-1951.

Chibás inició la crítica al PRC (A) y al Gobierno a finales de 1946, en un artículo publicado en el diario *Prensa Libre*, donde denunció que el autenticismo estaba plagado de políticos de viejo estilo. En enero de 1947, en su habitual programa de radio, atacó de manera abierta al gobierno de Grau:

Sin detenernos en el examen de la gestión oficial del gobierno que preside el doctor Grau San Martín, el cual ha frustrado gran parte de los anhelos y esperanzas del pueblo cubano, entendemos que invocar los principios y la doctrina del Partido Revolucionario Cubano para defender la reelección presidencial, es atacar la misma razón de existencia de nuestro organismo.

El año 1947 se caracterizó por las emociones y el repudio al PRC (A), y la gestación del nuevo partido. El mismo día en que se celebra la asamblea que lo eligió candidato presidencial —22 de enero de 1948—, Chibás rindió guardia de honor al dirigente obrero comunista Jesús Menéndez, asesinado en Manzanillo y, en su charla dominical, afirmó que se trataba de un ataque brutal del Gobierno a toda la clase trabajadora: “Ese crimen inaudito no es mera consecuencia fortuita del clima de violencia anárquica que vive el país, sino que expresa claramente la política gubernamental de ahogar en sangre la lucha de la clase trabajadora en demanda de sus legítimos derechos”.

Denunció de igual modo el asesinato de Aracelio Iglesias: “Insepulto todavía el cadáver del gran líder proletario que encontró el fin trágico de Jesús Menéndez, ya se intenta tergiversar los hechos para favorecer a los asesinos de Aracelio Iglesias, que fue nuestro adversario político pero a quien siempre reconocimos su condición de luchador incansable”. En marzo de 1949 Chibás desató una campaña de relieves nacionales contra la Compañía de Electricidad: “en los últimos doce años, de 1936 a 1948, los ingresos de la compañía anticubana de electricidad aumentaron en un 400%”. En abril extendió sus denuncias a la

Cuban Telephone Company, ocasión en la que por primera vez empleó su famosa consigna de *vergüenza contra dinero*, e hizo un análisis exhaustivo del préstamo que solicitó Carlos Prío al Chase National Bank:

Hoy, 10 de abril, se cumple el primer semestre del gobierno de Prío. Veamos el balance de sus seis primeros meses de gobierno: quiebra del comercio, cierre de fábricas, despido de trabajadores, rebaja de salarios, desalojos campesinos por el Ejército, desbarajustes en los servicios públicos, caos en el transporte, desastre en las comunicaciones telefónicas, aumento en las tarifas eléctricas, descenso notable en las recaudaciones del gobierno producido, principalmente, por el aumento enorme de las filtraciones, pago ilegal de deudas espurias a ciudadanos norteamericanos —mientras los cubanos se aprietan el cinturón—, concertación de un empréstito de cien millones de pesos para reponer el dinero que fue malversado al tesoro público por los propios gobernantes actuales [...] Este empréstito, para semejarse más al solicitado por Machado, lo pretende concertar con el Chase National Bank de la ciudad de Nueva York. Es una vergüenza nacional. Es un latigazo a la dignidad del pueblo cubano. Ese empréstito remacharía las cadenas que atan a la república al imperialismo norteno.⁴⁸

Eduardo Chibás fue condenado a seis meses de prisión el 27 de abril de 1949, por haber acusado a tres magistrados del Tribunal Supremo de tener componendas con la Compañía de Electricidad. Desde la cárcel escribió:

He sido condenado a seis meses de prisión por defender al pueblo contra la compañía anticubana de electricidad, subsidiaria del pulpo internacional de la Electric Bond and Share que, al igual que la Cuban Telephone Company, explota a nuestra patria con la complicidad de los gobernantes venales [...] Esos funcionarios cubanos que se venden al oro de Wall Street son más culpables, mil veces más culpables, que los magnates extranjeros que los compran, pues son traidores de su propia patria.⁴⁹

En junio sale de la cárcel. La noche del 10 de julio, en su programa radial, habló en torno a los sucesos ocurridos en el Sindicato de Ómnibus Aliados, donde los pistoleros de Mujal ametrallaron a los obreros:

Cuando empezó a hablar el catalán Eusebio Mujal, la asamblea prorrumpió en una rechifla general. Los trabajadores que no silbaban gritaban a coro “traidor! ¡traidor!”. De pronto, para imponer silencio, los amigos y compinches del catalán sacaron sus pistolas contra la masa obrera desarmada e inerme. Los pistoleros hicieron una carnicería.

48 Revista *Bohemia*, N° 15, Año 45, La Habana, 10 de abril de 1949.

49 *Prensa Libre*, La Habana, 30 de abril de 1949.

Días después, en carta abierta a Carlos Prío le dijo:

Tú sabes muy bien que los empréstitos constituyen el instrumento de penetración del imperialismo. El arma favorita de la “Política del dólar” para sojuzgar económicamente a los pueblos de América. Al hacerme condenar el 27 de abril por el Tribunal de Urgencia, te comportaste como lo que eras, como un servidor de los intereses imperialistas, como uno de los abogados del pulpo eléctrico.⁵⁰

En este estilo, sin desmayo, semana tras semana a través de la radio, la prensa, la tribuna, en contacto directo con los trabajadores y las masas populares, Eduardo Chibás ejerció su crítica implacable contra el gobierno de Prío, los partidos tradicionales y el imperialismo norteamericano, a la vez que iba definiendo su proyecto político y los compromisos del PPC (O).

El programa político del PPC (O) refleja la combinación de intereses clasistas que representa la ortodoxia. Además de la reorganización del aparato estatal burgués, con el propósito de lograr una distribución más equitativa del Ingreso Nacional, se destacan los siguientes puntos:

1. Defensa de nuestra soberanía ante toda injerencia extraña. Frente a toda forma de penetración imperialista, una sana política de nacionalismo.
2. Política económica de producción que sustituye al régimen basado en el monocultivo por otro diversificado que permita una mayor estabilidad económica y un mejor equilibrio entre las fuerzas industriales y agrícolas.
3. Sistema monetario propio y sano: Banco Nacional de emisión y redescuento. Economía planificada para aprovechar hasta el máximo las posibilidades de nuestro suelo y establecer sobre bases científicas el reparto de las rentas nacionales.
4. Orientación de nuestra política económica en el sentido de considerar las empresas de servicios públicos —como las compañías de luz y energía eléctrica, tranvías, ferrocarriles, teléfonos, etc.— no como función de lucro, sino con factores de bienestar social. En consecuencia, se propondrá a su nacionalización.
5. Protección fiscal y arancelaria para la industria nacional.
6. Adopción de un plan de comercio exterior capaz de promover su expansión mediante una adecuada propaganda de los productos nacionales y la concertación de nuevos tratados.
7. Presupuesto científico y único. Pulcro manejo de los fondos públicos. Sanciones drásticas a los malversadores.

50 Revista *Bohemia*, N° 30, Año 41, La Habana, 31 de julio de 1949.

8. Unidad de la clase trabajadora y plena garantía a los obreros para elegir democráticamente sus dirigentes sin interferencia gubernamental.
9. Proscripción del latifundio; impuesto a las tierras baldías.⁵¹

El gobierno ortodoxo, según el programa del PPC y las reiteradas declaraciones de su líder; debía luchar en el poder por alcanzar los siguientes objetivos: *independencia económica, libertad política y justicia social*.

Este programa era la aspiración inherente a los sectores medios de tendencia nacional democrática, y en gran medida reflejaba también los intereses de la burguesía no azucarera, que durante estos años hizo algunos amagos de industrialización. La intención del mismo era reestructurar y modernizar el sistema de dominación burgués, e integrar en un pacto nacional populista a los diferentes sectores multiclasistas que representaba, y muy especialmente a los sectores medios.

Dos meses antes de morir, Eduardo Chibás escribe en el folleto que editó el PPC con motivo de la campaña electoral:

Sin equívocos ni subterfugios, hemos venido proclamando desde 1947 cuáles son los propósitos de la ortodoxia: la continuación en el poder de la obra higienizadora, institucional, reestructuradora de la economía que defendemos en la oposición. Mas, como no tenemos un concepto estático de la política, sino dinámico —como la vida misma—, el programa del PPC tiene que sujetarse a la realidad. Inmutable en sus postulados de independencia económica, libertad política y justicia social, debe, sin embargo, ajustar su estrategia al reclamo de cada situación y a las incidencias de la batalla emprendida.⁵²

O sea, Chibás consideraba a la *independencia económica*, la *libertad política* y la *justicia social* como los principios y las razones más hondas del programa y el partido ortodoxo, y su realización la pensaba de manera flexible y operacional. Por eso, el domingo 5 de agosto de 1951, unos segundos antes de suicidarse, termina su discurso con las siguientes palabras: “¡Compañeros de la ortodoxia, adelante! ¡Por la independencia económica, la libertad política y la justicia social! ¡A barrer a los ladrones del gobierno! ¡Pueblo de Cuba, levántate y anda! ¡Pueblo cubano, despierta! ¡Este es mi último aldabonazo!”. No obstante el proyecto de reformas radicales que enarboló y las cualidades políticas de su líder, ¿el PPC habría sido capaz de reestructurar el sistema de dominación neocolonial, al extremo de romper las relaciones

51 Ver folleto *Programa del PPC (O)*, La Habana, 1948.

52 *Ibid*, p. 4.

de dependencia del imperialismo y conquistar la independencia económica, la libertad política y la justicia social burguesas?

La respuesta a esta pregunta es una de las tareas que deben cumplir los investigadores que analicen en el futuro al movimiento ortodoxo y en especial el complejo drama político de su líder Eddy Chibás, quien decidió inmolarse con el propósito de catalizar la conciencia del pueblo cubano y dar un ejemplo final —obviamente idealista— de rebeldía y dignidad a los dirigentes ortodoxos.

Adelantaré una hipótesis al respecto. En los capítulos anteriores discutimos algunas ideas que ahora necesitamos retomar para establecer nuestro criterio respecto a las posibilidades de éxito del programa ortodoxo. El análisis que hicimos de la dominación imperialista y sus correlatos en la estructura económica, el sistema estatal y los intereses de la burguesía neocolonial, nos indican que el proyecto reformista ortodoxo y las alternativas del sistema burgués neocolonial. En otras palabras, el proyecto nacional burgués populista de la ortodoxia no tuvo condiciones necesarias para su cristalización: una burguesía industrial en ascenso y una base económica nacional-burguesa en desarrollo. Ahí radica su principal debilidad histórica.

Sólo un proyecto de cambios que enfrentara al sistema neocolonial burgués en todas sus dimensiones, y que apuntara a su destrucción, dirigido por un partido (o movimiento) revolucionario que representara los intereses de las clases explotadas y cuya dirección, estructura y estrategia reflejaran esos intereses, estaba en condiciones de hacer cumplir el ideario de Chibás —independencia económica...—, superándolo, pues entonces el objetivo final sería la revolución antiimperialista, antiburguesa y socialista.

La evidencia histórica de que el PPC no hubiera sido capaz de ejecutar el programa multclasista que sostenía, la encontramos en la incapacidad de su dirección para enfrentar a la dictadura que asumió el poder en 1952.

En efecto, el golpe militar contribuyó a que se hicieran más evidentes los límites clasistas de la dirigencia, la estructura y la estrategia política del PPC.

Reunidos en torno al sincero líder ortodoxo Eduardo Chibás, los terratenientes como Fico Fernández Casas y Gerardo Vázquez, esperaban el triunfo electoral con aspiraciones muy individualistas; y la misma táctica seguían los ambiciosos caciques políticos provinciales del PPC —como Millo Ochoa— y los industriales, grandes comerciantes y profesionales vinculados a los intereses de la burguesía neocolonial y de los monopolios norteamericanos. Esta fue en rigor, salvo algunas honrosas excepciones, la composición clasista de la dirigencia del PPC.

Al morir Eduardo Chibás, la aparente coherencia del Partido Ortodoxo mostró las primeras fisuras cuando Millo Ochoa, presidente del partido, y Roberto Agramonte, candidato por el PPC a la Presidencia de la República, expresaron públicamente sus divergencias.⁵³ Las ambiciones que despertaron las elecciones generales de 1952 hicieron aflorar nuevamente las tendencias “pactistas” o “independentistas” en el seno de la ortodoxia. A partir del 10 de marzo las luchas estériles entre las diversas tendencias y grupos de la dirigencia, inclinaron al PPC a su crisis definitiva, acentuada por el estallido del movimiento revolucionario que se expresa el 26 de julio de 1953 y se desarrolla en los años siguientes hasta alcanzar el triunfo definitivo en 1959.

Fidel Castro, en su informe central al I Congreso del PPC, ofreció una valoración que sintetiza magistralmente esta etapa final de la ortodoxia:

Chibás se suicida y muere el 16 de agosto de 1951. El movimiento político fundado por él contaba con notable apoyo popular, pero la dirección en muchos lugares del país estaba ya en manos de políticos tradicionales y terratenientes. En sus filas contaba, sin embargo, con elementos valiosos del pueblo que más tarde jugaron un papel importante en la lucha contra la tiranía batistiana. En potencia su masa era revolucionaria, pero carecía de dirección correcta. Su triunfo electoral en 1952 con amplio apoyo popular, incluidos los comunistas, estaba garantizado. Ello no traería por sí mismo cambios sociales en el país, pero abría posibilidades futuras de acción a los revolucionarios [...] El problema a resolver estratégicamente era conducir esa gran masa por los caminos de la verdadera revolución, que no podían ser por cierto institucionales. Eso lo comprendía ya perfectamente, y en eso pensaba el grupo de hombres que más tarde organizaron la lucha insurreccional armada.

LA JUVENTUD ORTODOXA

La influencia del chibasismo y la ortodoxia entre los jóvenes de los sectores medios y en el resto de la masa juvenil fue muy notable.

En la revista *Bohemia* apareció una encuesta en mayo de 1951, que evidencia la distribución de simpatizantes de la ortodoxia de acuerdo con sus edades. Los datos corresponden a la preferencia de los interrogados por la candidatura de Chibás en las elecciones de 1952:

Cuadro 7: Edades

20-29	30-39	40-49	50 en adelante
39%	32%	23%	15%

53 Ver revista *Bohemia*, N° 2, Año 44, La Habana; y N° 5, Año 44, 13 de enero y 3 de febrero de 1952, respectivamente.

O sea, el 39% de los jóvenes encuestados, de edades que fluctuaban entre los 20 y 29 años, se inclina por la ortodoxia. Las simpatías descienden entre los mayores de 50 años.

El interés de estos datos —más allá de su exactitud— está en que resaltó un hecho notable: el Partido Ortodoxo, con su líder, al iniciarse la década del cincuenta, había logrado convertirse en el movimiento político con la base juvenil más amplia de todo el país. El nivel y la celeridad del crecimiento de las influencias chibasistas en los sectores juveniles, se explican al tomar en cuenta diversos factores: 1) el estilo intenso y brillante, propio en Chibás, al expresar su rebeldía; 2) la fuerza ética de su conducta, en contraste con la decadencia del régimen político dominante; 3) la generación que emergió a finales de la década del cuarenta, y muy en especial los jóvenes de condiciones económicas inferiores, sometidos a la necesidad de encontrar empleo, sin oportunidad de estudio y en un clima de moral asfixiante, se encontraban en una *situación de clase* más sensible para aprehender y aceptar —creer— el lenguaje político de Chibás y el proyecto de cambios del PPC (O).

En estas condiciones sociológicas favorables, la Juventud Ortodoxa fue generando actitudes y prácticas de oposición al Gobierno más intensas y profundas. En varios grupos de jóvenes ortodoxos, la crítica al gobierno de Carlos Prío y su derrota se concebían como los pasos iniciales de una meta superior; transformar al régimen neocolonial y romper la dependencia del imperialismo norteamericano. Y en algunos jóvenes, se hizo incluso comprensible la necesidad de transformar la sociedad burguesa y sustituirla por el socialismo.

La juventud Ortodoxa trazó su línea política con una autonomía relativa con respecto al PPC (O). Esta circunstancia contribuyó al desarrollo de perspectivas más radicales y precisas en relación con las tareas que debía cumplir el gobierno ortodoxo. Un ejemplo interesante es el folleto que redactó en 1948 la Comisión Nacional Organizadora de la Sección Juvenil del PPC (O). Con un título ambicioso —“El pensamiento ideológico y político de la juventud cubana”—, este documento examina la historia de Cuba con un enfoque analítico que se orienta en la teoría marxista. Pero si lo anterior es sorprendente, la conclusión que deriva del análisis de la historia de Cuba puede resultar insólita: los redactores del documento —la mayoría, profesionales universitarios— establecen que la única alternativa para solucionar las injusticias del régimen burgués es, a largo plazo, la vía socialista.

En 1949, Carlos Rafael Rodríguez publicó un artículo donde analiza el folleto editado por la Juventud Ortodoxa y que resulta de sumo interés para comprender el significado histórico del movimiento ortodoxo en ese período.

El propio documento ortodoxo nos revela que en los grupos más despiertos del país, aún en las zonas de la pequeña burguesía, están bullendo ideas, algunas todavía confusas o poco definidas, que significan una separación de los criterios políticos que prevalecieron entre los grupos estudiantiles mayoritarios que en los años treinta treinta movilizaron a las juventudes no proletarias. Las ideas que este grupo ortodoxo expresa ahora, no son una mera repetición de viejos conceptos políticos ya caducos. El estudio juvenil se caracteriza, además, por el acusado esfuerzo de rastrear en el origen material de los hechos históricos. No hay dudas de que la metodología marxista ha influido —aunque sea una influencia todavía sin cristalizar cabalmente— en los autores del folleto, quienes, por otra parte, reconocen sin subterfugios la certeza del enjuiciamiento marxista sobre la realidad del capitalismo.⁵⁴

Carlos Rafael Rodríguez explica que lo más relevante de las declaraciones socialistas contenidas en el documento está en que sus conceptos superan las vaguedades que caracterizan el programa auténtico, determinando con bastante claridad las bases de la dominación imperialista en Cuba y las condiciones del régimen neocolonial. Su aspecto negativo fundamental, señala más adelante, radica en que los jóvenes

no se plantean el problema fundamental de la revolución: el problema del poder. Hablan de la necesidad de dar al Estado eficiencia técnica y administrativa. Pero de nuevo hay que preguntarse: ¿de qué Estado se trata?, ¿quiénes dirigen el Estado, qué clases tienen en su poder el aparato estatal? No responden a eso los jóvenes ortodoxos. Y no responden porque en su concepto de la liberación nacional predominan el “gradualismo”, el “evolucionismo”.

Debemos tener muy presente que los autores del folleto no identifican su organización, ni su partido, con los principios marxista-leninistas de la toma del poder; algunas de sus conclusiones, sin embargo, debido a que se trata de una organización insertada en un partido democrático-burgués-reformista, y porque ella también lo es, adquieren un carácter singular; esto es así, por ejemplo, cuando se plantean la lucha antiimperialista como la primera etapa para alcanzar la liberación nacional y el socialismo.

En cuanto al replanteamiento de propósitos, estimamos que de acuerdo con las premisas antes expuestas, el movimiento revolucionario cubano debe orientarse en un sentido socialista, no como línea política, sino como dirección ideológica [...]

Consideramos que, dadas las condiciones objetivas que prevalecen actualmente dentro del país, el propósito político primero del movimiento revolucionario cubano debe ser la lucha por la liberación nacional. En esa lucha

54 Revista *Fundamentos*, N° 83, La Habana, 1949.

por la liberación nacional de Cuba, que es la lucha contra el imperialismo estadounidense, el movimiento revolucionario cubano debe propender “una acción conjunta con los demás países de las Antillas, la América Central y la América del Sur; que poseen una estructura económica semicolonial insertada dentro del circuito creado por el capitalismo norteamericano”.

El énfasis que hemos puesto en el análisis del documento-programa de la Juventud Ortodoxa no pretende sostener que sus ideas avanzadas fuesen las mismas en todos o en la mayoría de los jóvenes ortodoxos. Pero sí es posible demostrar que en el seno de la Juventud Ortodoxa se desarrollaron las tendencias políticas más radicales y combativas del PPC (O).

Por consiguiente, es necesario hacer estudios más exhaustivos de las organizaciones ortodoxas, que permitan elucidar con rigor y evidencias históricas adecuadas una apreciación completa de la Juventud Ortodoxa. No obstante, por el momento, es válido retener un hecho notable: la mayoría de los militantes de la organización revolucionaria —*El Movimiento*— que fundó Fidel Castro después del golpe militar de 1952, habían sido jóvenes ortodoxos, casi todos procedentes de los sectores más humildes del pueblo.

El 26 de julio de 1953, los moncadistas representan a una nueva organización cuya estrategia, programa, estructura y dirección política inauguran la opción revolucionaria que lograría nuclear en el desarrollo del proceso a la mayor parte de los militantes ortodoxos de la base popular y muy especialmente a los jóvenes de sus filas, así como también al resto de las masas populares. El triunfo revolucionario del 1º de enero de 1959 significó además el acta de defunción del nacionalismo burgués populista en Cuba. Las masas habían encontrado el verdadero camino que satisfaría para siempre sus aspiraciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, Luis V. de 1948 *La banca y la crisis de la economía nacional* (La Habana).
- Academia De La Historia De Cuba 1952 *Constituciones de la república de Cuba* (La Habana).
- Alienes, Julián 1950 *Características fundamentales de la economía cubana* (La Habana: Editorial Cénit).
- 1949 *Economía de posguerra y desempleo* (La Habana).
- 1952 Tesis sobre el desarrollo económico de Cuba (La Habana).
- Álvarez Ríos René 1964 “Desarrollo interno y relaciones con los Estados Unidos de Norteamérica” en *Política Internacional*, N° 8, La Habana.

- Arredondo, Alberto 1945 *Cuba, tierra indefensa* (La Habana: Editorial Lex).
- Ascu, Aracelio 1950 *En defensa del autenticismo* (La Habana).
- Asociación Nacional de Hacendados de Cuba 1934 El tratado de reciprocidad de 1934. La Habana, 1934.
- Banfaic 1953 *Cuba, un país en desarrollo* (La Habana).
- Cabus, José D. 1944 *Batista, pensamiento y acción* (La Habana).
- Caiñas Ramírez, Enrique 1938 *Exégesis auténtica* (Oriente).
- Castro, Fidel 1953 *La historia me absolverá. Discurso en los aniversarios del Moncada, 1959-1971*.
- 1968 Discurso en el Centenario de la Demajagua (La Habana).
- CENSO de 1943. La Habana, 1945; Censo de población, viviendas y electoral, La Habana, 1953.
- Cepero Bonilla, Raúl 1958 *Política azucarera (1952-1958)* (México).
- Consejo Nacional de Economía 1953 El programa económico de Cuba (La Habana).
- Espinosa García, Manuel 1971 *La política económica de los Estados Unidos hacia América Latina entre 1945 y 1961* (La Habana).
- Foreign Policy Association 1935 *Problemas de la nueva Cuba* (Nueva York).
- Freeman Smith, Robert 1965 *Estados Unidos y Cuba (negocios y diplomacia, 1917-1960)* (Buenos Aires).
- Friedlaender, H. E. 1944 *Historia económica de Cuba* (La Habana: Editorial Jesús Montero).
- Grau San Martín, Ramón 1947 *La revolución constructiva (discursos)* (La Habana).
- 1936 *La revolución cubana ante América* (México).
- Guerra, Ramiro 1970 *Azúcar y población en las Antillas* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Guevara, Ernesto Che 1970 *Obras (1957-1967)* (La Habana: Casa de las Américas).
- Hernández Corujo, Enrique 1960 *Historia constitucional de Cuba* (La Habana).
- Huberman Y Sweezy 1961 *Cuba, anatomía de una revolución* (La Habana).
- Jenks, Leland, H. 1959 *Nuestra colonia de Cuba* (Buenos Aires).
- Kuchilán, Mario 1970 *Fabulario* (La Habana: Ediciones Huracán-Instituto del Libro).
- Lenin, V. I. 1960 *Obras escogidas* (3 vols.) (Moscú: Editorial Progreso).

- Le Riverend, Julio 1966 *La república, dependencia y revolución* (La Habana: Editora Universitaria).
- López Fresquet, Rufo 1953 *El año económico de 1952-1953* (La Habana).
- Lorenzo, Raúl 1955 *El empleo en Cuba: azúcar, desarrollo, comercio exterior, finanzas públicas* (La Habana).
- Martí, José 1972 *Antología* (La Habana).
- Marx, Carlos 1962 *El Capital* (3 vols.) (La Habana: Editorial Nacional de Cuba).
- MINFAR 1967 *Historia de Cuba* (La Habana: Dirección Política del MINFAR).
- NACIONES UNIDAS, CEPAL 1958 *Estudio económico de América Latina* (México).
- 1963 *El desarrollo económico de América Latina en la posguerra* (Nueva York).
- OLAS 1968 "La economía de Cuba", en *América Latina: economía e intervención* (La Habana).
- Pazos Y Roque, Felipe 1941 *El presente económico de Cuba: la banca* (La Habana).
- Pereda, Diego de 1943 *El nuevo pensamiento político de Cuba* (La Habana).
- Pichardo, Hortensia 1973 *Documentos para la historia de Cuba, Tomo II* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales-Instituto del Libro).
- Pino Santos, Oscar 1964 *Historia de Cuba: aspectos fundamentales* (La Habana).
- 1960 *El imperialismo norteamericano en la economía cubana* (La Habana).
- 1959 *La estructura económica de Cuba y la Reforma Agraria* (La Habana).
- Riera, Mario 1955 *Cuba política 1899-1955* (La Habana: Imprenta Modelo).
- Roca, Blas 1961 *Los fundamentos del socialismo en Cuba* (La Habana).
- Roig De Leuchsenring, Emilio 1950 *Males y vicios de Cuba republicana; sus causas y sus remedios* (La Habana).
- Secretaría De Gobernación 1937 *Líneas básicas del programa del Plan Trienal* (La Habana).
- Silvia, Arnaldo 1971 *Cuba y el mercado mundial azucarero* (La Habana).

- Tellería, Evelio 1973 *Los congresos obreros en Cuba* (La Habana).
 Torras, Pelegrín 1964 “La política imperialista de Estados Unidos hacia Cuba”, en *Revista Comercio Exterior*, N° 2, La Habana.
 Varios Autores 1952 *Historia de la Nación cubana*, Tomos IX y X (La Habana).
 -----1956 *La actual situación económica de Cuba y sus perspectivas* (La Habana).
 Wallich, Henry C. 1953 *Problemas monetarios de una economía de exportación: la experiencia cubana (1914-1947)* (La Habana).

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA SOBRE EL NACIONALISMO BURGUÉS POPULISTA LATINOAMERICANO

- Aguilar, Alfonso y otros 1974 *El milagro mexicano* (México).
 Aguirre, Gamio, H. 1962 *La liquidación histórica del APRA y del colonialismo neoliberal* (Lima, Perú).
 Angelt, Alan 1962 “Populism and Political Change: the Colombian case”, en *Sociological Review Monograph*, N° 11.
 Amader V., Tomás 1978 *Gran capital y militarización en América Latina*.
 Arismendi, Rodney 1962 *Problemas de una revolución continental* (Montevideo).
 Arrubla, Mario 1970 “Esquema histórico de las formas de dependencia”, en *Pensamiento Crítico*, N° 36, La Habana.
 Bambirra, Vania 1971 *Hacia una tipología de la dependencia* (Santiago de Chile).
 -----, 1974 *El capitalismo dependiente latinoamericano* (México).
 Basuto, Jorge 1969 “Populismo y movilización de masas en México durante el régimen cardenista”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 4.
 Cardoso, Fernando H. y Enzo Faletto 1969 *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México).
 Ceceña, José Luis 1970 *México en la órbita imperial* (México).
 Ciria, Alberto 1971 *Perón y el justicialismo* (Buenos Aires).
 Córdova, Arnaldo 1972 *La formación del poder político en México* (México).
 Cueva, Agustín 1977 *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (México).
 Di Tella, Torcuato 1970 “Populismo y reformismo en América Latina”, en VÉLIZ, CLAUDIO, *Obstáculos para la transformación de América Latina* (México).

- Do Santos, Theotonio y otros 1969 *La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencias en América Latina* (México).
- Erickson, Kenneth 1973 "Populismo y control político de la clase trabajadora en Brasil" (versión mecanografiada).
- García Antonio 1968 "Reflexiones sobre los cambios políticos en América Latina, las clases medias y el sistema de poder", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 3 (México).
- Germani, Geno 1962 *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas* (Buenos Aires).
- González, Pablo 1965 *La democracia en México* (México).
- Gracierena, Jorge 1967 *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina* (Buenos Aires).
- Halperin, Tulio 1970 *Historia contemporánea de América Latina* (Buenos Aires).
- Hauser, P. M. 1967 *La urbanización en América Latina* (Buenos Aires).
- Herrera, Felipe 1967 *Nacionalismo latinoamericano* (Santiago de Chile).
- Ianni, Octavio 1968 *O colapso de populismo no Brasil* (Río de Janeiro, Brasil).
- Ionescu y Gellner 1970 *Populismo* (Buenos Aires).
- Kantor, Harry 1954 *El movimiento aprista peruano* (Buenos Aires).
- Kaplan, Marcos 1969 *Formación del Estado nacional en América Latina* (Santiago de Chile).
- Marini, Ruy M. 1969 *Subdesarrollo y revolución* (México).
- 1966 "La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil", en *Cuadernos Americanos*, N° 146 (México).
- 1974 *Dialéctica de la dependencia* (México).
- Mella, Julio A. ¿Qué es el APRA? (La Habana).
- NACIONES UNIDAS, CEPAL 1958 *Estudios económicos de América Latina* (México).
- 1963 *El desarrollo económico de América Latina en la posguerra* (Nueva York).
- Prieto, Alberto *La burguesía contemporánea en América Latina* (La Habana), inédito.
- Quijano, Aníbal y F. C Weffor 1973 *Clases sociales y desarrollo social (contribución al estudio del populismo)* (Costa Rica: ECUCD).
- Quijano, Aníbal 1968 "Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina", en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 3 (México).

VARIOS AUTORES

Germani, Di Tella E Ianni 1973 *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (México).

-----1975 *Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas Latinoamericanos* (La Habana).

Weffort, F. C. 1965 “Estado y masas en el Brasil”, en *Revista Mexicana de Sociología*, N° 1 (México).

-----1967 “Le populisme”, en *Les Temps Modernes*, N° 257 (París).

-----1968 “El populismo en la política brasileña”, en *Brasil Hoy* (México).

OTRAS FUENTES

En relación con la temática central del estudio, se seleccionaron y evaluaron las informaciones, reportajes, artículos periodísticos y documentos de figuras e instituciones publicadas en los años que se indican en las siguientes revistas y periódicos:

REVISTAS

Carteles (desde 1934 hasta 1940).

Bohemia (desde 1939 hasta 1956).

PERIÓDICOS

Diario de la Marina (años 1934, 1940, 1944, 1948 y 1952).

El País (años 1934, 1935 y 1936).

Información (año 1952).

Hoy (años 1944, 1948 y 1952)

Ernesto *Che* Guevara

EL SOCIALISMO Y EL HOMBRE EN CUBA*

ESTIMADO COMPAÑERO:

Acabo estas notas en viaje por el África, animado del deseo de cumplir, aunque tardíamente, mi promesa. Quisiera hacerlo tratando el tema del título. Creo que pudiera ser interesante para los lectores uruguayos.

Es común escuchar de boca de los voceros capitalistas, como un argumento en la lucha ideológica contra el socialismo, la afirmación de que este sistema social o el período de construcción del socialismo al que estamos nosotros abocados, se caracteriza por la abolición del individuo en aras del Estado. No pretenderé refutar esta afirmación sobre una base meramente teórica, sino establecer los hechos tal cual se viven en Cuba y agregar comentarios de índole general. Primero esbozaré a grandes rasgos la historia de nuestra lucha revolucionaria antes y después de la toma del poder.

Como es sabido, la fecha precisa en que se iniciaron las acciones revolucionarias que culminaron el primero de enero de 1959, fue el 26 de julio de 1953. Un grupo de hombres dirigidos por Fidel Castro atacó la madrugada de ese día el cuartel Moncada, en la provincia de Oriente. El ataque fue un fracaso, el fracaso se transformó en desastre

* Ernesto *Che* Guevara 2007 *El socialismo y el hombre en Cuba* (Bogotá: Editorial Ocean Sur), pp. 1-33.

y los sobrevivientes fueron a parar a la cárcel, para reiniciar, luego de ser amnistiados, la lucha revolucionaria.

Durante este proceso, en el cual solamente existían gérmenes de socialismo, el hombre era un factor fundamental. En él se confiaba, individualizado, específico, con nombre y apellido, y de su capacidad de acción dependía el triunfo o el fracaso del hecho encomendado.

Llegó la etapa de la lucha guerrillera. Esta se desarrolló en dos ambientes distintos: el pueblo, masa todavía dormida a quien había que movilizar, y su vanguardia, la guerrilla, motor impulsor del movimiento, generador de conciencia revolucionaria y de entusiasmo combativo. Fue esta vanguardia el agente catalizador, el que creó las condiciones subjetivas necesarias para la victoria. También en ella, en el marco del proceso de proletarización de nuestro pensamiento, de la revolución que se operaba en nuestros hábitos, en nuestras mentes, el individuo fue el factor fundamental. Cada uno de los combatientes de la Sierra Maestra que alcanzara algún grado superior en las fuerzas revolucionarias, tiene una historia de hechos notables en su haber. En base a estos lograba sus grados.

Fue la primera época heroica en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En nuestro trabajo de educación revolucionaria volvemos a menudo sobre este tema aleccionador. En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba al hombre del futuro.

En otras oportunidades de nuestra historia se repitió el hecho de la entrega total a la causa revolucionaria. Durante la Crisis de Octubre o en los días del ciclón Flora, vimos actos de valor y sacrificio excepcionales realizados por todo un pueblo. Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica, es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico.

En enero de 1959 se estableció el Gobierno Revolucionario con la participación en él de varios miembros de la burguesía entreguista. La presencia del Ejército Rebelde constituía la garantía del poder, como factor fundamental de fuerza.

Se produjeron enseguida contradicciones serias, resueltas, en primera instancia, en febrero del '59, cuando Fidel Castro asumió la jefatura del Gobierno con el cargo de Primer Ministro. Culminaba el proceso en julio del mismo año, al renunciar el presidente Urrutia ante la presión de las masas.

Aparecía en la historia de la Revolución Cubana, ahora con caracteres nítidos, un personaje que se repetirá sistemáticamente: la masa.

Este ente multifacético no es, como se pretende, la suma de elementos de la misma categoría (reducidos a la misma categoría, además, por el sistema impuesto), que actúa como un manso rebaño. Es verdad

que sigue sin vacilar a sus dirigentes, fundamentalmente a Fidel Castro, pero el grado en que él ha ganado esa confianza responde precisamente a la interpretación cabal de los deseos del pueblo, de sus aspiraciones, y a la lucha sincera por el cumplimiento de las promesas hechas.

La masa participó en la Reforma Agraria y en el difícil empeño de la administración de las empresas estatales; pasó por la experiencia heroica de Playa Girón; se forjó en la lucha contra las distintas bandas de bandidos armadas por la CIA; vivió una de las definiciones más importantes de los tiempos modernos en la Crisis de Octubre y sigue hoy trabajando en la construcción del socialismo.

Vistas las cosas desde un punto de vista superficial, pudiera parecer que tienen razón aquellos que hablan de la supeditación del individuo al Estado; la masa realiza con entusiasmo y disciplina sin igual las tareas que el gobierno fija, ya sean de índole económica, cultural, de defensa, deportiva, etcétera. La iniciativa parte en general de Fidel o del alto mando de la Revolución y es explicada al pueblo que la toma como suya. Otras veces, experiencias locales se toman por el Partido y el Gobierno para hacerlas generales, siguiendo el mismo procedimiento.

Sin embargo, el Estado se equivoca a veces. Cuando una de esas equivocaciones se produce, se nota una disminución del entusiasmo colectivo por efectos de una disminución cuantitativa de cada uno de los elementos que la forman, y el trabajo se paraliza hasta quedar reducido a magnitudes insignificantes; es el instante de rectificar. Así sucedió en marzo de 1962 ante la política sectaria impuesta al Partido por Aníbal Escalante.

Es evidente que el mecanismo no basta para asegurar una sujeción de medidas sensatas y que falta una conexión más estructurada con la masa. Debemos mejorarlo durante el curso de los próximos años, pero, en el caso de las iniciativas surgidas en los estratos superiores del Gobierno utilizamos por ahora el método casi intuitivo de auscultar las reacciones generales frente a los problemas planteados.

Maestro en ello es Fidel, cuyo particular modo de integración con el pueblo sólo puede apreciarse viéndolo actuar. En las grandes concentraciones públicas se observa algo así como el diálogo de dos diapasones cuyas vibraciones provocan otras nuevas en el interlocutor. Fidel y la masa comienzan a vibrar en un diálogo de intensidad creciente hasta alcanzar el clímax en un final abrupto, coronado por nuestro grito de lucha y de victoria.

Lo difícil de entender para quien no viva la experiencia de la Revolución es esa estrecha unidad dialéctica existente entre el individuo y la masa, donde ambos se interrelacionan y, a su vez la masa, como conjunto de individuos, se interrelaciona con los dirigentes.

En el capitalismo se pueden ver algunos fenómenos de este tipo cuando aparecen políticos capaces de lograr la movilización popular,

pero si no se trata de un auténtico movimiento social, en cuyo caso no es plenamente lícito hablar de capitalismo, el movimiento vivirá lo que la vida de quien lo impulse o hasta el fin de las ilusiones populares, impuesto por el rigor de la sociedad capitalista. En esta, el hombre está dirigido por un frío ordenamiento que, habitualmente, escapa al dominio de su comprensión. El ejemplar humano, enajenado, tiene un invisible cordón umbilical que le liga a la sociedad en su conjunto: la ley del valor. Ella actúa en todos los aspectos de su vida, va modelando su camino y su destino.

Las leyes del capitalismo, invisibles para el común de las gentes y ciegas, actúan sobre el individuo sin que este se percate. Sólo ve la amplitud de un horizonte que aparece infinito. Así lo presenta la vida capitalista que pretende extraer del caso Rockefeller —verídico o no— una lección sobre las posibilidades de éxito. La miseria que es necesario acumular para que surja un ejemplo así y la suma de ruindades que conlleva una fortuna de esa magnitud no aparecen en el cuadro y no siempre es posible a las fuerzas populares aclarar estos conceptos (cabría aquí la disquisición sobre cómo en los países imperialistas los obreros van perdiendo su espíritu internacional de clase al influjo de una cierta complicidad en la explotación de los países dependientes y cómo este hecho, al mismo tiempo, lima el espíritu de lucha de las masas en el propio país, pero ese es un tema que sale de la intención de estas notas).

De todos modos, se muestra el camino con escollos que, aparentemente, un individuo con las cualidades necesarias puede superar para llegar a la meta. El premio se avizora en la lejanía; el camino es solitario. Además, es una carrera de lobos: solamente se puede llegar sobre el fracaso de otros.

Intentaré, ahora, definir al individuo, actor de ese extraño y apasionante drama que es la construcción del socialismo, en su doble existencia de ser único y miembro de la comunidad.

Creo que lo más sencillo es reconocer su cualidad de no hecho, de producto no acabado. Las taras del pasado se trasladan al presente en la conciencia individual y hay que hacer un trabajo continuo para erradicarlas.

El proceso es doble, por una lado actúa la sociedad con su educación directa e indirecta, por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación.

La nueva sociedad en formación tiene que competir muy duramente con el pasado. Esto se hace sentir no sólo en la conciencia individual, en la que pesan los residuos de una educación sistemáticamente orientada al aislamiento del individuo, sino también por el carácter mismo de este período de transición con persistencia de las relaciones mercantiles. La mercancía es la célula económica de la sociedad capi-

talista; mientras exista, sus efectos se harán sentir en la organización de la producción y, por ende, en la conciencia.

En el esquema de Marx se concebía el período de transición como resultado de la transformación explosiva del sistema capitalista destrozado por sus contradicciones; en la realidad posterior se ha visto cómo se desgajan del árbol imperialista algunos países que constituyen las ramas débiles, fenómeno previsto por Lenin. En éstos, el capitalismo se ha desarrollado lo suficiente como para hacer sentir sus efectos, de un modo u otro, sobre el pueblo, pero no son sus propias contradicciones las que, agotadas todas las posibilidades, hacen saltar el sistema. La lucha de liberación contra un opresor externo, la miseria provocada por accidentes extraños, como la guerra, cuyas consecuencias hacen recaer las clases privilegiadas sobre los explotados, los movimientos de liberación destinados a derrocar regímenes neocoloniales, son los factores habituales de desencadenamiento. La acción consciente hace el resto.

En estos países no se ha producido todavía una educación completa para el trabajo social y la riqueza dista de estar al alcance de las masas mediante el simple proceso de apropiación. El subdesarrollo por un lado y la habitual fuga de capitales hacia países “civilizados” por otro, hacen imposible un cambio rápido y sin sacrificios. Resta un gran tramo a recorrer en la construcción de la base económica y la tentación de seguir los caminos trillados del interés material, como palanca impulsora de un desarrollo acelerado, es muy grande.

Se corre el peligro de que los árboles impidan ver el bosque. Persiguiendo la quimera de realizar el socialismo con la ayuda de las armas melladas que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, la rentabilidad, el interés material individual como palanca, etcétera), se puede llegar a un callejón sin salida. Y se arriba allí tras recorrer una larga distancia en la que los caminos se entrecruzan muchas veces y es difícil percibir el momento en que se equivocó la ruta. Entretanto, la base económica adaptada ha hecho su trabajo de zapa sobre el desarrollo de la conciencia. Para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer al hombre nuevo.

De allí que sea tan importante elegir correctamente el instrumento de movilización de las masas. Ese instrumento debe ser de índole moral, fundamentalmente, sin olvidar una correcta utilización del estímulo material, sobre todo de naturaleza social.

Como ya dije, en momentos de peligro extremo es fácil potenciar los estímulos morales; para mantener su vigencia, es necesario el desarrollo de una conciencia en la que los valores adquieran categorías nuevas. La sociedad en su conjunto debe convertirse en una gigantesca escuela.

Las grandes líneas del fenómeno son similares al proceso de formación de la conciencia capitalista en su primera época. El capitalismo recurre a la fuerza, pero, además, educa a la gente en el sistema. La propaganda directa se realiza por los encargados de explicar la ineluctabilidad de un régimen de clase, ya sea de origen divino o por imposición de la naturaleza como ente mecánico. Esto aplaca a las masas que se ven oprimidas por un mal contra el cual no es posible la lucha.

A continuación viene la esperanza, y en esto se diferencia de los anteriores regímenes de casta que no daban salida posible.

Para algunos continuará vigente todavía la fórmula de casta: el premio a los obedientes consiste en el arribo, después de la muerte, a otros mundos maravillosos donde los buenos son premiados, con lo que sigue la vieja tradición. Para otros, la innovación: la separación en clases es fatal, pero los individuos pueden salir de aquella a la que pertenecen mediante el trabajo, la iniciativa, etcétera. Este proceso, y el de autoeducación para el triunfo, deben ser profundamente hipócritas: es la demostración interesada de que una mentira es verdad.

En nuestro caso, la educación directa adquiere una importancia mucho mayor. La explicación es convincente porque es verdadera; no necesita de subterfugios. Se ejerce a través del aparato educativo del Estado en función de la cultura general, técnica e ideológica, por medio de organismos tales como el Ministerio de Educación y el aparato de divulgación del Partido. La educación prende en las masas y la nueva actitud preconizada tiende a convertirse en hábito; la masa la va haciendo suya y presiona a quienes no se han educado todavía. Esta es la forma indirecta de educar a las masas, tan poderosa como aquella otra.

Pero el proceso es consciente; el individuo recibe continuamente el impacto del nuevo poder social y percibe que no está completamente adecuado a él. Bajo el influjo de la presión que supone la educación indirecta, trata de acomodarse a una situación que siente justa y cuya propia falta de desarrollo le ha impedido hacerlo hasta ahora. Se autoeduca.

En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas.

Descontando aquellos cuya falta de educación los hace tender al camino solitario, a la autosatisfacción de sus ambiciones, los hay que dentro de este nuevo panorama de marcha conjunta, tienen tendencia a caminar aislados de la masa que acompañan. Lo importante es que los hombres van adquiriendo cada día más conciencia de la necesidad de su incorporación a la sociedad y, al mismo tiempo, de su importancia como motores de la misma.

Ya no marchan completamente solos, por veredas extraviadas, hacia lejanos anhelos. Siguen a su vanguardia, constituida por el Partido, por los obreros de avanzada, por los hombres de avanzada que caminan ligados a las masas y en estrecha comunión con ellas. Las vanguardias tienen su vista puesta en el futuro y en su recompensa, pero ésta no se vislumbra como algo individual; el premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas: la sociedad del hombre comunista.

El camino es largo y lleno de dificultades. A veces, por extraviar la ruta, hay que retroceder; otras, por caminar demasiado aprisa, nos separamos de las masas; en ocasiones por hacerlo lentamente, sentimos el aliento cercano de los que nos pisan los talones. En nuestra ambición de revolucionarios tratamos de caminar tan aprisa como sea posible, abriendo caminos, pero sabemos que tenemos que nutrirnos de la masa y que ésta sólo podrá avanzar más rápido si la alentamos con nuestro ejemplo.

A pesar de la importancia dada a los estímulos morales, el hecho de que exista la división en dos grupos principales (excluyendo, claro está, a la fracción minoritaria de los que no participan, por una razón u otra, en la construcción del socialismo), indica la relativa falta de desarrollo de la conciencia social. El grupo de vanguardia es ideológicamente más avanzado que la masa; ésta conoce los valores nuevos, pero insuficientemente. Mientras en los primeros se produce un cambio cualitativo que les permite ir al sacrificio en su función de avanzada, los segundos sólo ven a medias y deben ser sometidos a estímulos y presiones de cierta intensidad; es la dictadura del proletariado ejerciéndose no sólo sobre la clase derrotada, sino también, individualmente, sobre la clase vencedora.

Todo esto entraña, para su éxito total, la necesidad de una serie de mecanismos, las instituciones revolucionarias. En la imagen de las multitudes marchando hacia el futuro, encaja el concepto de institucionalización como el de un conjunto armónico de canales, escalones, represas, aparatos bien aceitados que permitan esa marcha, que permitan la selección natural de los destinados a caminar en la vanguardia y que adjudiquen el premio y el castigo a los que cumplen o atentan contra la sociedad en construcción.

Esta institucionalidad de la Revolución todavía no se ha logrado. Buscamos algo nuevo que permita la perfecta identificación entre el Gobierno y la comunidad en su conjunto, ajustada a las condiciones peculiares de la construcción del socialismo y huyendo al máximo de los lugares comunes de la democracia burguesa, trasplantados a la sociedad en formación (como las cámaras legislativas, por ejemplo). Se han hecho algunas experiencias dedicadas a crear paulatinamente

la institucionalización de la Revolución, pero sin demasiada prisa. El freno mayor que hemos tenido ha sido el miedo a que cualquier aspecto formal nos separe de las masas y del individuo, nos haga perder de vista la última y más importante ambición revolucionaria que es ver al hombre liberado de su enajenación.

No obstante la carencia de instituciones, lo que debe superarse gradualmente, ahora las masas hacen la historia como el conjunto consciente de individuos que luchan por una misma causa. El hombre, en el socialismo, a pesar de su aparente estandarización, es más completo; a pesar de la falta de mecanismo perfecto para ello, su posibilidad de expresarse y hacerse sentir en el aparato social es infinitamente mayor.

Todavía es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección y producción y ligarla a la idea de la necesidad técnica e ideológica, de manera que sienta cómo estos procesos son estrechamente interdependientes y sus avances son paralelos. Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana, rotas las cadenas de la enajenación.

Esto se traducirá concretamente en la reapropiación de su naturaleza a través del trabajo liberado y la expresión de su propia condición humana a través de la cultura y el arte.

Para que se desarrolle en la primera, el trabajo debe adquirir una condición nueva; la mercancía-hombre cesa de existir y se instala un sistema que otorga una cuota por el cumplimiento del deber social. Los medios de producción pertenecen a la sociedad y la máquina es sólo la trinchera donde se cumple el deber. El hombre comienza a liberar su pensamiento del hecho enojoso que suponía la necesidad de satisfacer sus necesidades animales mediante el trabajo. Empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del objeto creado, del trabajo realizado. Esto ya no entraña dejar una parte de su ser en forma de fuerza de trabajo vendida, que no le pertenece más, sino que significa una emanación de sí mismo, un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento de su deber social.

Hacemos todo lo posible por darle al trabajo esta nueva categoría de deber social y unirlo al desarrollo de la técnica, por un lado, lo que dará condiciones para una mayor libertad, y al trabajo voluntario por otro, basados en la apreciación marxista de que el hombre realmente alcanza su plena condición humana cuando produce sin la compulsión de la necesidad física de venderse como mercancía.

Claro que todavía hay aspectos coactivos en el trabajo, aun cuando sea voluntario; el hombre no ha transformado toda la coerción que lo rodea en reflejo condicionado de naturaleza social y todavía produce, en muchos casos, bajo la presión del medio (Fidel la llama

“compulsión moral”). Todavía le falta lograr la completa recreación espiritual ante su propia obra, sin la presión directa del medio social, pero ligado a él por los nuevos hábitos. Esto será el comunismo.

El cambio no se produce automáticamente en la conciencia, como no se produce tampoco en la economía. Las variaciones son lentas y no son rítmicas; hay períodos de aceleración, otros pausados e incluso, de retroceso.

Debemos considerar, además, como apuntáramos antes, que no estamos frente al período de transición puro, tal como lo viera Marx en la Crítica del Programa de Gotha, sino a una nueva fase no prevista por él; primer período de transición del comunismo o de la construcción del socialismo. Este transcurre en medio de violentas luchas de clase y con elementos de capitalismo en su seno que oscurecen la comprensión cabal de su esencia.

Si a esto se agrega el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista e impedido el tratamiento sistemático del período, cuya economía política no se ha desarrollado, debemos convenir en que todavía estamos en pañales y es preciso dedicarse a investigar todas las características primordiales del mismo antes de elaborar una teoría económica y política de mayor alcance.

La teoría que resulte dará indefectiblemente preeminencia a los dos pilares de la construcción: la formación del hombre nuevo y el desarrollo de la técnica. En ambos aspectos nos falta mucho por hacer, pero es menos excusable el atraso en cuanto a la concepción de la técnica como base fundamental, ya que aquí no se trata de avanzar a ciegas sino de seguir durante un buen tramo el camino abierto por los países más adelantados del mundo. Por ello Fidel machaca con tanta insistencia sobre la necesidad de la formación tecnológica y científica de todo nuestro pueblo y más aún, de su vanguardia.

En el campo de las ideas que conducen a actividades no productivas, es más fácil ver la división entre necesidad material y espiritual. Desde hace mucho tiempo el hombre trata de liberarse de la enajenación mediante la cultura y el arte. Muere diariamente las ocho y más horas en que actúa como mercancía para resucitar en su creación espiritual. Pero este remedio porta los gérmenes de la misma enfermedad: es un ser solitario el que busca comunión con la naturaleza. Defiende su individualidad oprimida por el medio y reacciona ante las ideas estéticas como un ser único cuya aspiración es permanecer inmaculado.

Se trata sólo de un intento de fuga. La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aun cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquina-

ria y sólo los talentos excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados.

Se inventa la investigación artística a la que se da como definitiva de la libertad, pero esta “investigación” tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia.

Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible.

Cuando la Revolución tomó el poder se produjo el éxodo de los domesticados totales; los demás, revolucionarios o no, vieron un camino nuevo. La investigación artística cobró nuevo impulso. Sin embargo, las rutas estaban más o menos trazadas y el sentido del concepto fuga se escondió tras la palabra libertad. En los propios revolucionarios se mantuvo muchas veces esta actitud, reflejo del idealismo burgués en la conciencia.

En países que pasaron por un proceso similar se pretendió combatir estas tendencias con un dogmatismo exagerado. La cultura general se convirtió casi en un tabú y se proclamó *súmmum* de la aspiración cultural una representación formalmente exacta de la naturaleza, convirtiéndose ésta, luego, en una representación mecánica de la realidad social que se quería hacer ver; la sociedad ideal, casi sin conflictos ni contradicciones, que se buscaba crear.

El socialismo es joven y tiene errores. Los revolucionarios carecemos, muchas veces, de los conocimientos y la audacia intelectual necesarios para encarar la tarea del desarrollo de un hombre nuevo por métodos distintos a los convencionales y los métodos convencionales sufren de la influencia de la sociedad que los creó (otra vez se plantea el tema de la relación entre forma y contenido). La desorientación es grande y los problemas de la construcción material nos absorben. No hay artistas de gran autoridad que, a su vez, tengan gran autoridad revolucionaria. Los hombres del Partido deben tomar esa tarea entre las manos y buscar el logro del objetivo principal: educar al pueblo.

Se busca entonces la simplificación, lo que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios. Se anula la auténtica investigación artística y se reduce el problema de la cultura general a una apropiación del presente socialista y del pasado muerto (por tanto, no peligroso). Así nace el realismo socialista sobre las bases del arte del siglo pasado.

Pero el arte realista del siglo XIX, también es de clase, más puramente capitalista, quizás, que este arte decadente del siglo XX, donde se transparenta la angustia del hombre enajenado. El capitalismo en

cultura ha dado todo de sí y no queda de él sino el anuncio de un cadáver maloliente; en arte, su decadencia de hoy. Pero, ¿por qué pretender buscar en las formas congeladas del realismo socialista la única receta válida? No se puede oponer al realismo socialista “la libertad”, porque ésta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva; pero no se pretenda condenar a todas las formas de arte posteriores a la primera mitad del siglo XIX desde el trono pontificio del realismo a ultranza, pues se caería en un error proudhoniano de retorno al pasado, poniéndole camisa de fuerza a la expresión artística del hombre que nace y se construye hoy.

Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico-cultural que permita la investigación y desbroce la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención estatal.

En nuestro país, el error del mecanicismo realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y moribundo. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente éste es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo-leninismo, a la causa de la humanidad.

La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX; no es un error demasiado grave, pero debemos superarlo, so pena de abrir un ancho cauce al revisionismo.

Las grandes multitudes se van desarrollando, las nuevas ideas van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad, las posibilidades materiales de desarrollo integral de absolutamente todos sus miembros, hacen mucho más fructífera la labor. El presente es de lucha; el futuro es nuestro.

Resumiendo, la culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas concepciones vendrán libres del pecado original. Las probabilidades de que surjan artistas excepcionales serán tanto mayores cuanto más se haya ensanchado el campo de la cultura y la posibilidad de expresión. Nuestra tarea consiste en impedir que la generación actual, dislocada por sus conflictos, se pervierta y pervierta a las nuevas. No debemos crear asalariados dóciles al pensamiento oficial ni becarios que vivan al ampa-

ro del presupuesto, ejerciendo una libertad entre comillas. Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo. Es un proceso que requiere tiempo.

En nuestra sociedad, juegan un gran papel la juventud y el Partido. Particularmente importante es la primera, por ser la arcilla maleable con que se puede construir al hombre nuevo sin ninguna de las taras anteriores.

Ella recibe un trato acorde con nuestras tradiciones. Su educación es cada vez más completa y no olvidamos su integración al trabajo desde los primeros instantes. Nuestros becarios hacen trabajo físico en sus vacaciones o simultáneamente con el estudio. El trabajo es un premio en ciertos casos, un instrumento de educación, en otros, jamás un castigo. Una nueva generación nace.

El Partido es una organización de vanguardia. Los mejores trabajadores son propuestos por sus compañeros para integrarlo. Este es minoritario pero de gran autoridad por la calidad de sus cuadros. Nuestra aspiración es que el Partido sea de masas, pero cuando las masas hayan alcanzado el nivel de desarrollo de la vanguardia, es decir, cuando estén educados para el comunismo. Y a esa educación va encaminado el trabajo. El Partido es el ejemplo vivo; sus cuadros deben dictar cátedras de laboriosidad y sacrificio, deben llevar, con su acción, a las masas, al fin de la tarea revolucionaria, lo que entraña años de duro bregar contra las dificultades de la construcción, los enemigos de clase, las lacras del pasado, el imperialismo...

Quisiera explicar ahora el papel que juega la personalidad, el hombre como individuo dirigente de las masas que hacen la historia. Es nuestra experiencia, no una receta.

Fidel dio a la Revolución el impulso en los primeros años, la dirección, la tónica siempre, pero hay un buen grupo de revolucionarios que se desarrollan en el mismo sentido que el dirigente máximo y una gran masa que sigue a sus dirigentes porque les tiene fe; y les tiene fe porque ellos han sabido interpretar sus anhelos.

No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año pueda ir alguien a pasearse en la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior pueden comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad. El individuo de nuestro país sabe que la época gloriosa que le toca vivir es de sacrificio; conoce el sacrificio. Los primeros lo conocieron en la Sierra Maestra y dondequiera que se luchó; después lo hemos conocido en toda Cuba. Cuba es la vanguardia de América y debe hacer sacrificios porque ocupa el lugar de avanzada, porque indica a las masas de América Latina el camino de la libertad plena.

Dentro del país, los dirigentes tienen que cumplir su papel de vanguardia; y, hay que decirlo con toda sinceridad, en una revolución verdadera, a la que se le da todo, de la cual no se espera ninguna retribución material, la tarea del revolucionario de vanguardia es a la vez magnífica y angustiosa.

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos, no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de Revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

El revolucionario, motor ideológico de la Revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial. Si su afán de revolucionario se embota cuando las tareas más apremiantes se ven realizadas a escala local y se olvida el internacionalismo proletario, la revolución que dirige deja de ser una fuerza impulsora y se sume en una cómoda modorra, aprovechada por nuestros enemigos irreconciliables, el imperialismo, que gana terreno. El internacionalismo proletario es un deber pero también es una necesidad revolucionaria. Así educamos a nuestro pueblo.

Claro que hay peligros presentes en las actuales circunstancias. No sólo el del dogmatismo, no sólo el de congelar las relaciones con las masas en medio de la gran carrera; también existe el peligro de las debilidades en que se puede caer. Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de los niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción.

En nuestro caso hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario.

Así vamos marchando. A la cabeza de la inmensa columna —no nos avergüenza ni nos intimida el decirlo— va Fidel, después, los mejores cuadros del Partido, e inmediatamente, tan cerca que se siente su enorme fuerza, va el pueblo en su conjunto; sólida armazón de individualidades que caminan hacia un fin común; individuos que han alcanzado la conciencia de lo que es necesario hacer; hombres que luchan por salir del reino de la necesidad y entrar al de la libertad.

Esa inmensa muchedumbre se ordena; su orden responde a la conciencia de la necesidad del mismo; ya no es fuerza dispersa, divisible en miles de fracciones disparadas al espacio como fragmentos de granada, tratando de alcanzar por cualquier medio, en lucha reñida con sus iguales, una posición, algo que permita apoyo frente al futuro incierto.

Sabemos que hay sacrificios delante nuestro y que debemos pagar un precio por el hecho heroico de constituir una vanguardia como nación. Nosotros, dirigentes, sabemos que tenemos que pagar un precio por tener derecho a decir que estamos a la cabeza del pueblo que está a la cabeza de América. Todos y cada uno de nosotros paga puntualmente su cuota de sacrificio, conscientes de recibir el premio en la satisfacción del deber cumplido, conscientes de avanzar con todos hacia el hombre nuevo que se vislumbra en el horizonte.

Permítame intentar unas conclusiones:

Nosotros, socialistas, somos más libres porque somos más plenos; somos más plenos por ser más libres.

El esqueleto de nuestra libertad completa está formado, falta la sustancia proteica y el ropaje; los crearemos.

Nuestra libertad y su sostén cotidiano tienen color de sangre y están henchidos de sacrificio.

Nuestro sacrificio es consciente; cuota para pagar la libertad que construimos.

El camino es largo y desconocido en parte; conocemos nuestras limitaciones. Haremos el hombre del siglo XXI: nosotros mismos.

Nos forjaremos en la acción cotidiana creando un hombre nuevo con una nueva técnica.

La personalidad juega el papel de movilización y dirección en cuanto que encarna las más altas virtudes y aspiraciones del pueblo y no se separa de la ruta.

Quien abre el camino es el grupo de vanguardia, los mejores entre los buenos, el Partido.

La arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud: en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos la bandera.

Si esta carta balbuceante aclara algo, ha cumplido el objetivo con que la mando.

Reciba nuestro saludo ritual, como un apretón de manos o un “Ave María Purísima”. Patria o muerte.

Aurelio Alonso Tejada

LA SOCIEDAD CUBANA EN LOS AÑOS NOVENTA Y LOS RETOS DEL COMIENZO DEL NUEVO SIGLO*¹

SE NOS PLANTEA SIEMPRE, para la comprensión adecuada de la realidad cubana a lo largo de las cuatro décadas que dan cuenta del sistema vigente, un problema de enfoque. Nos ayudaría comenzar por una pregunta: ¿Cómo analizar la realidad cubana de los años noventa? ¿Domina en este período una lógica de inmovilismo o una lógica de cambio?

Existen al menos dos lecturas posibles: una, desde la perspectiva neoliberal, y la otra, frente a la perspectiva neoliberal. Si se toman como patrón los modelos al uso de liberalización económica (privatización, reducción a ultranza del gasto público, extensión irrestricta de la lógica de mercado) y de democratización neoliberal (electoralismo, multipartidismo, y alternancia política dentro de un contexto de pérdida de soberanía funcional), validados por el orden vigente y predominantes en América Latina en los últimos veinte años, y en las transiciones europeas orientales recientes, la tentación inmediata al referirse a Cuba sería hablar de inmovilismo.

* Aurelio Alonso Tejada 2009 "La sociedad cubana en los años noventa y los retos del comienzo del un nuevo siglo", tomado de Aurelio Alonso Tejada, *El laberinto tras la caída del muro* (Buenos Aires: Ruth Casa Editorial-CLACSO), pp. 309-329.

1 Ponencia presentada en la Universidad de Eichstätt, Alemania, octubre de 2002.

Pero el problema que no debemos pasar por alto radica en otras preguntas complementarias e imprescindibles: ¿Ha demostrado ser ese el patrón deseable de cambio para los regímenes socioeconómicos que transitaron en el siglo XX por la experiencia fallida del socialismo real? ¿Ha constituido en la práctica el modelo de dependencia neoliberal un paradigma para el desarrollo en los países periféricos (particularmente de América Latina y el Caribe, que hacen el entorno espacial cubano)? ¿Responde de algún modo a un desarrollo normal de las economías nacionales, de sus intereses, del bienestar de la población? ¿Es que cambio social o transición se han convertido en conceptos atados al curso neoliberal y no hay otras variables posibles? ¿No valdría la pena retener los logros de justicia social que fueron obtenidos en las décadas precedentes de la experiencia socialista cubana? ¿Es imposible transitar por un patrón en el cual se retenga el nivel de soberanía funcional y dignidad nacional alcanzado, y se restablezcan niveles de equidad y suficiencia en un proyecto de desarrollo social? Si no nos planteamos la cuestión desde la perspectiva a que nos asoma esta problemática es muy difícil entender las dinámicas de los años noventa en Cuba, década en la cual, según palabras de Fernando Martínez, cada año ha sido distinto del otro.

La crisis del socialismo cubano no es exclusivamente externa al proyecto y a la experiencia del país, es parte de la crisis estructural del socialismo, pero se da de manera distinta en Cuba que en el centro socialista europeo,² del cual constituyó el espacio periférico más occidental. Para Cuba el problema estructural se presenta dentro de lo que he caracterizado como crisis de inserción a partir de la desconexión y ante el desafío de encontrar una articulación independiente al orden internacional.³

No es posible olvidar que la independencia constituye una aspiración esencial de la identidad nacional cubana, forjada en el siglo XIX en el escenario de la más cruenta y dilatada contienda anticolonial de la región, y en pugna con una impronta de anexión que la naciente potencia del norte levantó desde temprano en su historia, y que logró acomodar en su esquema de dominación sobre la república postcolonial por cerca de seis décadas. El pueblo de Cuba vino a sentir realizado su ideal de independencia sólo a partir de la victoria de la Revolución de 1959, a cuya culminación se sumó masivamente, y abortó, con la paralización consciente del país, el intento golpista del 1º de enero.

2 Uso con toda intención el concepto de centro socialista para el bloque europeo con vistas a denotar la relación de subordinación periférica que se generó con estos países, que aun siendo cualitativamente diferente no escapa a la tipificación de la dependencia.

3 Utilizo el concepto de “crisis de inserción” desde mi ensayo “La economía cubana: los desafíos de un ajuste sin desocialización”.

Faltaba conocer en la experiencia histórica cubana otra forma de dependencia, no vinculada en este caso a las inversiones de capital, a la propiedad sobre los medios de producción, a la explotación y al andamiaje político concebido para ampararla y consolidarla. Sujeta, sin embargo, al techo tecnológico, a la media de eficiencia, a las necesidades y posibilidades comerciales y al modelo de acumulación del bloque del Este. E igualmente al sistema de dirección y planificación económica, a la configuración de su institucionalidad política, a sus concepciones y al tipo de regimentación ideológica oficializado allí.

Comencemos por tratar de figurarnos de qué mundo hablamos ahora, de qué orden internacional estamos forzados a aceptar como espacio de inserción. El cese del bipolarismo nortecéntrico se ha traducido en la reducción del mundo al señoreo del capital transnacional. Lo primero que hay que reconocer como globalizado es el capital. En la pirámide del poder el 20% más rico de la humanidad cuenta con el 82% de los ingresos, el 81% del comercio mundial, el 94% de los préstamos comerciales, el 80% del ahorro interno y el 80% de la inversión mundial. Al 20% más pobre corresponde hoy solamente el 1,4% de los ingresos.⁴ De manera que el verdadero reto para Cuba no es exactamente el de articularse en un orden democrático, como suele decirse, sino en un mercado asimétrico regido por una lógica ajena a la justicia social, y de hacerlo precisamente sin arriesgar la centralidad de la justicia social en el proyecto.

PERFIL DE LA CRISIS CUBANA

Al abordar la crisis vivida por el sistema cubano en la década de los noventa conviene tomar en cuenta tres escenarios: 1) el escenario económico, que nos aporta la expresión más definida del origen de la crisis y de su desenvolvimiento; 2) el escenario social, en el cual se incorporan nuevas manifestaciones de desajuste, de desorganización social, que se superponen a otras precedentes y definen las condiciones de vida de la población; 3) el escenario político: las reformas institucionales, la disminución del consenso relativo, la incidencia en el nivel de gobernabilidad. Todo ello tocado por el fantasma de la incertidumbre.

La caída que enmarca la crisis económica, social y política del socialismo cubano abarca principalmente la primera mitad de la década, y podemos caracterizarla en forma resumida con los elementos siguientes:

4 La graficación, clásica ya, realizada por el PNUD, de los porcentajes de ingresos diferenciados según quintiles, la cual muestra una copa de champagne cuyo tope se ensancha y cuya base se estrecha.

1. Los signos de agotamiento del modelo de acumulación extensiva, basado en el alto consumo energético, la baja eficiencia empresarial, la improductividad subsidiada, aparecieron muy pronto a pesar del comercio preferencial y las facilidades crediticias de que disfrutaba Cuba dentro del CAME.⁵ En términos de indicadores la economía cubana, que tuvo que afrontar el estancamiento desde 1986 —después del corte de los créditos en moneda convertible a mediano y largo plazo— experimentó una aguda caída a partir de 1990: en solo cuatro años el producto interno bruto acumuló un descenso de cerca del 38%,⁶ y la capacidad importadora del país se vio reducida en un 75%; el 65% tuvo que dedicarse al aseguramiento energético mínimo indispensable y a la importación de alimentos (aun cuando la cifra bruta dedicada a la compra de alimentos en 1992 fue la mitad de la de 1989). Se puede caracterizar en rigor como el período más crítico vivido por el proyecto socialista cubano en el plano de la subsistencia. Y la magnitud de los retos y de los riesgos se puede calcular en correspondencia.
2. La agudización del desequilibrio macroeconómico se hizo sentir en la caída de la eficiencia de las inversiones de 53 a 2 centavos por peso, la absorción ineficiente del crecimiento de la población económicamente activa, el exceso de liquidez interna generado por el sensible desnivel entre el incremento de la oferta de mercancías y servicios y el de los ingresos de la población (dado que nunca se aplicó una política de *shock*, y se mantuvo el régimen de empleo subsidiado —aun así el desempleo se elevó a más del 7%—),⁷ el valor del peso cubano con relación al dólar en el mercado informal interno bajó a casi 160.
3. La demanda comercial desde Rusia se fue reduciendo rápidamente a la mínima expresión, y la de los restantes socios del CAME desapareció. La planta industrial levantada en las últi-

5 Puede seguirse este análisis en Pedro Monreal y Julio Carranza: “Los retos del desarrollo en Cuba: realidades, mitos y conceptos”, publicado en Manuel Monereo, Miguel Riera y Juan Valdés, *Cuba construyendo futuro*, El Viejo Topo, Barcelona, 2000.

6 El cálculo del porcentaje de la caída del PIB oscila entre el 36,5% y el 41%, entre los estimados oficiales (que no ha sido uno solo) y los no oficiales. En cualquier caso es una caída rotunda.

7 Estimados oficiales publicados en *Cuba en cifras 1998*, Oficina Nacional de Estadísticas, La Habana, 1999.

mas décadas se hizo rápidamente obsoleta, al ritmo de la obsolescencia de la tecnología del CAME, en tanto se hacía imposible la reposición de equipamiento; la adquisición de materias primas e insumos cayeron a la mínima expresión y se hicieron precarios los recursos para costear un reemplazo con tecnologías de Occidente. La economía no solo vivió la caída que reflejan las cifras, sino que se descubrió sumergida en lo arcaico.

4. Las condiciones materiales de vida de la población se vieron dramáticamente afectadas. Se contrajo la canasta familiar, el consumo de calorías por habitante se redujo de 3.000 a 1.900 y el de proteínas de 80 a 50 gr,⁸ se implantaron cortes sistemáticos de electricidad, el transporte público y otros servicios se vieron drásticamente limitados por la falta de reposición de equipos y piezas de repuesto, la construcción de viviendas sufrió una severa caída, la infraestructura de los servicios de salud se deterioró sensiblemente⁹ por la reducción en la producción de medicamentos y por las dificultades para la sustitución de equipos médicos, y se resintió el mantenimiento de todos los servicios públicos.
5. Finalmente (por resumir y no porque todo esté ya expuesto aquí), además del deterioro material, la crisis del socialismo implica un efecto cultural (en el sentido más riguroso del término, el de toda la espiritualidad humana) del cual Cuba tampoco puede escapar: crisis sobre todo de paradigma, de incertidumbre, de poder prever o no poder prever el futuro (en el plano existencial como en el político), de no saber con certeza si continuaríamos viviendo en una sociedad capaz de plantearse metas y de orientarse hacia ellas, de cumplirlas o incumplirlas, y de rectificar rumbos.

8 Fidel Castro dio a conocer esta reducción en una entrevista concedida a Federico Mayor Zaragoza publicada en Cuba en el diario *Granma*, de donde cito. En octubre del propio año 2000 se publicaron estimados más precisos de la caída del consumo medio por años en la *Investigación sobre Desarrollo Humano y Equidad en Cuba 1999*, elaborada en cooperación por el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial (CIEM) y el PNUD.

9 En la investigación citada se reconoce que la epidemia de neuropatía sufrida a comienzos de la década se debe en buena medida a la situación de malnutrición, así como disminución del peso promedio al nacer y los problemas en el parto.

CERCO Y RESISTENCIA

La hostilidad de la política de Estados Unidos hacia Cuba se recrudeció (afirmarlo no es un recurso retórico ni el saldo de un conteo de incidentes, basta la constatación del estrechamiento efectivo del cerco con la legislación de 1992 y de 1996, conocidas como Torricelli y Helms-Burton respectivamente),¹⁰ orientada a forzar la asfixia económica. Y junto con esta, la desestabilización política del sistema cubano (que efectivamente experimentó en 1994 el momento de mayor tensión durante la “crisis de los balseros”, y que afrontó incluso un día de intensos disturbios en la capital, los cuales fueron disipados de un modo *sui generis*, sin represión).¹¹

Siempre habrá que reconocer que desde Cuba puede resultar lo más fácil culpar al bloqueo de todos los reveses socioeconómicos, tanto como desde el exterior (y en general desde las posiciones adversas al proyecto socialista, adentro y afuera) se interpreta que las autoridades cubanas se escudan en el bloqueo para disimular la ineficiencia del sistema, los desaciertos de la administración y, de conjunto, las causas internas de las dificultades.

La verdad no debe estar en los extremos. No me canso de repetir que casi nunca lo está. Pero es indiscutible que la fuerza de tales presiones externas, sostenidas por tanto tiempo, han acumulado costos elevadísimos, aun si sólo fuera por el despropósito de tener que comprar y vender y buscar créditos del otro lado del Atlántico cuando el mercado natural de Cuba está a 90 millas. Que además tiene efectos inhibitorios en contrapartes comerciales e inversionistas potenciales. Y que también ha frustrado acciones y aun estrategias que en condiciones normales hubieran llevado a resultados exitosos. Hace incluso difícil contabilizar los errores internos. Definitivamente no se puede afirmar que el bloqueo haya sido en el saldo de estos cuarenta años un factor secundario.

10 Lo nuevo en la Ley Torricelli radica en la prohibición de comerciar con Cuba a las subsidiarias de firmas estadounidenses en el extranjero, implanta una cuarentena de seis meses para atracar en puertos estadounidenses a barcos mercantes que hayan embarcado o desembarcado mercancías en puertos cubanos, decreta cortes de ayuda, preferencias, etc. a países que comercien con Cuba. Helms-Burton introduce procesos judiciales contra personas jurídicas y naturales extranjeras que negocien con firmas cubanas que hayan sido propiedad de ciudadanos norteamericanos (incluida, por supuesto, la inmigración cubana), y transfiere las facultades institucionales de todo lo que concierna al embargo de la Administración al Congreso. Como se ve se trata de una ingeniería de perpetuación e internacionalización del bloqueo, a despecho de que en la Asamblea General de las Naciones Unidas sólo Estados Unidos e Israel se siguen pronunciado por esta política contra el voto de 157 países.

11 De Kronstadt (1921) a Tien An Men (1991) no recuerdo revuelta dentro de un régimen socialista que se solucionara sin acciones represivas.

La fortaleza principal del proceso cubano radica, a mi juicio, en que el proyecto socialista se levanta sobre una armazón nacionalista de raíz popular. No se trata solo del carisma del liderazgo del '59, sino del arraigo de los fundadores del marxismo cubano en el ideal martiano, el cual resume una tradición independentista en confrontación, de lucha de ideas. Historia contradictoria debatida entre independencia y anexión —a la cual hice ya referencia— que se extiende por todo el siglo XIX desde Varela hasta Martí, y choca con la frustración nacional de 1898.¹² El gran suceso cultural de la Revolución victoriosa tantos años después fue el del pueblo redescubriéndose como nación.

La capacidad del sistema para retener la estabilidad política, resistir y actuar en las condiciones más adversas radica precisamente aquí, y no en una concepción unitaria a ultranza. La valorización política de la unidad no tiene en el caso cubano un origen burocrático, cerrado en el unipartidismo; su principal razón de ser se vincula a la Nación, y si el unipartidismo le vale, será en tanto resulte funcional a la Nación. Para esta ideología cubana, en la cual el aporte marxista se ha movido entre la variante convencional ortodoxizada y posiciones en debate legítimo con ella, no se ajusta bien la frase del Manifiesto Comunista: “los proletarios no tienen Patria”. No se trata de confundir Patria y socialismo, sino que la defensa del socialismo se ha podido formular —como ha señalado Cintio Vitier— como la defensa de la independencia, de la soberanía y de la Patria, proyecto en el que se “acumulan todos los esfuerzos fallidos anteriores” y que asimila el acierto y el error, el éxito y el revés¹³. Que expresa además las potencialidades que dan crédito a una alternativa cubana.

El liderazgo carismático ha jugado y juega, sin duda, un papel importante, pero lo ha podido jugar combinado y asentado en este nacionalismo. Andreas Pickel lo destaca como la más fuerte diferencia entre el socialismo cubano de hoy y el esteuropeo de los años ochenta.¹⁴ Se percibe fácilmente que después de las convulsiones de los noventa Marx está menos a la vista (o lo está cada vez más en la medida que le corresponde) y Martí (que nunca faltó) refuerza y consolida su presencia. En esta identidad nacional descansa el sistema político, el cual, a pesar del desgaste de consenso que se pueda o se quiera atribuir, se muestra muy distante de padecer una situación de ingobernabilidad.

12 Véanse principalmente los ensayos de Cintio Vitier recogidos en *Resistencia y Libertad* (Ediciones UNION, La Habana, 1999), y de Fernando Martínez en su libro *En el horno de los noventa* (Ediciones Barbarroja, Buenos Aires, 1999). Una lúcida mirada desde afuera la podemos encontrar en el artículo de Andreas Pickel: “Is Cuba Different? Regime Stability, Social Change, and the Problem of Reform Strategy”.

13 Acudo aquí a los términos usados por Cintio Vitier, *op. cit.*

14 Andreas Pickel, *op. cit.*

DE CARA A LA CRISIS

Las medidas para enfrentar la crisis no incluyeron en el caso cubano políticas de shock que pudiesen haber dado lugar al desamparo de la población. Y no estoy obviando el shock mismo de la crisis. Esto significa a la vez una apreciable virtud social y una difícil complicación económica. El inventario de las medidas económicas e institucionales adoptadas es extenso, y hay que comenzar por decir que estas suponen, de conjunto, un proceso moderado y regulado de descentralización y liberalización.

Las transiciones no se definen solamente a partir de las utopías que las informan sino también del punto del cual arrancan: para lograr un socialismo viable saliendo de los proyectos centralistas fracasados se requiere de reformas que provean eficiencia económica, no sólo en el seno de la empresa estatal sino en el sistema en su conjunto. Reformas que, en consecuencia, descentralicen y liberalicen. De manera análoga que, en sentido inverso, para ganar justicia social desde el régimen de dependencia neoliberal se necesita frenar el dominio de la lógica del capital, y recuperar un control que la liberalización y la descentralización han desarmado.

En Cuba el escenario del derrumbe, llamado en el vocabulario político oficial “período especial”, ha sido tan dinámico que permite ya periodizaciones. Por ejemplo, Juan Valdés Paz habla de sobrevivencia de 1989 a 1993; de recuperación desde 1994; y se plantea para una fecha posterior a 2000 (presumiblemente cuando los niveles de 1989 se hayan vuelto a alcanzar y se haya consolidado un curso económico coherente), el reinicio de una fase de desarrollo.¹⁵

Enumero esquemáticamente a continuación las principales medidas de reforma adoptadas en la década del noventa (económicas, políticas y sociales), por etapas:¹⁶

- a. 1989-1993, período del shock de desconexión: 1) apertura al capital extranjero, 2) estrategia prioritaria de desarrollo turístico y de las industrias médicas, 3) programa alimentario, 4) medidas de emergencia en el control central de los recursos, 5) acuerdos del IV Congreso PCC, 6) reforma constitucional de 1992;

15 Véase Juan Valdés Paz, *Un examen de los cambios en curso y su impacto en la sociedad cubana de los noventa*, en proceso de edición.

16 Me atengo aquí a la clasificación realizada por Angela Ferriol en “La reforma económica en Cuba en los noventa”, Instituto Nacional de Investigaciones Económicas (INIE), La Habana, 1998.

- b. 1993-1995, período de reformas estructurales y contención de la caída: 1) despenalización de la tenencia y libre circulación del dólar, 2) rehabilitación de la iniciativa privada a partir del trabajo por cuenta propia, 3) desestatización de la producción agraria en UBPC (Unidad Básica de Producción Cooperativa) y economía familiar, 4) creación de redes de mercados minoristas, 5) eliminación de gratuidades, 6) movimiento de fundaciones y de estilos de asociación no gubernamental;
- c. después de 1995, período de reanimación económica: 1) legislación tributaria, 2) reestructuración del sistema bancario, 3) resolución económica del V Congreso PCC, 4) programa de perfeccionamiento empresarial para el sector estatal de la economía.

No las desgloso puesto que mi único interés aquí es el de dejar situado al lector en el mapa de las reformas, que requiera quizás de afinamientos para constituir realmente un mapa de reformas y contrarreformas. No es posible hacerlo con los datos que tenemos, aunque merece marcarse el espacio de un análisis que todavía es incompleto.

Resumo ahora dos apreciaciones globales: 1) La fase de caída y puesta en marcha de las reformas cubre la primera mitad de los noventa, y la de ponderación de resultados, reajustes y recuperación caracteriza a la segunda mitad; 2) Los efectos sociales de las reformas se superponen a los efectos sociales de la caída, de modo que si por una parte la caída da lugar al empobrecimiento de las condiciones de vida de la población, las medidas reformadoras, estructurales y coyunturales, que introducen eficiencia y llevan a la recuperación económica y social, obligan a abandonar cualquier traza de propósitos igualitarios y a reorientarse en la búsqueda de un patrón de equidad.

IGUALDAD Y EQUIDAD

A pesar de que el proceso de reformas aplicado para la introducción de elementos de mercado en la economía interna ha sido moderado y puede juzgarse aún de insuficiente¹⁷, ha dado lugar a que la proporción de la distribución entre el 20% de la población con mayores ingresos y el 20% de menores ingresos, que llegó a ser de cuatro a uno (y cubierta en su casi totalidad por ingresos salariales), se encuentre hoy sumamen-

17 El problema de calificar la insuficiencia de la incorporación de mecanismos de mercado radica en el punto crítico que marca la frontera de la erosión de la opción socialista. Punto variable y difícil de precisar. Si hoy podemos hablar de insuficiencia se debe más al ralentí prevaeciente después de 1995, y a los retrocesos visibles en las proyecciones gubernamentales incluso hacia esferas de la economía interna jurídicamente legitimadas.

te dislocada (y con un peso específico mucho mayor de los ingresos extrasalariales)¹⁸. Considero que el incremento de desigualdades constituye el principal costo social que ha sido inevitable afrontar en aras de la recuperación, y que está en la base tanto de las deformaciones a corregir como de una nueva estructura distributiva a perfeccionar. La refracción no es inquietante aún, 1) porque no escapa a las posibilidades de control; y 2) porque merece recordarse que estas proporciones a nivel mundial eran de 60 a 1 en 1990 y de 75 a 1 en 1999, y la tendencia de la lógica capitalista sigue siendo a acentuar la distancia.

La estructura del empleo ha comenzado a cambiar: en 1981 el 91,8% de la fuerza de trabajo empleada pertenecía a entidades estatales, y en 1998 este indicador se había reducido al 75%,¹⁹ o por debajo del 70% según otros estimados. La búsqueda de eficiencia en el sector estatal indica que esta tendencia debe mantenerse. Por otra parte, el incremento de las fuentes informales de ingresos y la incidencia en este de la libre circulación de la divisa, hacen más complejo y presionante el universo de la circulación extrasalarial.

Los niveles de igualdad social que se habían alcanzado han sido desarticulados por los procesos en curso. Las asimetrías en los ingresos se han acentuado además con las medidas de rectificación salarial, al comenzar a aplicarse por los sectores en los cuales la desincentivación presentaba una mayor incidencia social. Hoy un policía o un empleado de recogida de basura puede ganar el doble de salario (sin tomar en cuenta las entradas informales) que un profesor universitario o un cirujano.

Se entiende que en el plano de los ingresos salariales nos hallamos ante una dislocación coyuntural, que debe subsanarse con el completamiento progresivo de una reforma integral de salarios. Y lo que es fundamental, en el caso cubano no se puede desconocer que la asimetría de los ingresos no se basa en relaciones de explotación. A reserva de que las relaciones que se generan en la economía sumergida inciden con fuerza apreciable en la norma de distribución formal, e incluyen una vasta gama de irregularidades.

El nuevo escenario económico cubano ha generado, de todas maneras, junto a distorsiones evidentemente coyunturales, una situación en la cual un grado de desigualdad social aún mayor se muestra inevitable y más adecuado a las condiciones de desarrollo económico y de un modelo de incentivación más eficaz. Y considero que este aspecto habrá que aceptarlo como irreversible. En estas condiciones las estra-

18 Véase Mayra Espina, "Transición y dinámica de los procesos socioestructurales", en Manuel Monereo, Miguel Riera y Juan Valdés, *op. cit.*

19 Cuba en cifras 1998, Oficina Nacional de Estadísticas, agosto de 1999.

teguas se orientan más bien a preservar el nivel de socialización, ahora con un manejo constructivo de las diferencias. En sentido negativo el igualitarismo ha servido también en la experiencia histórica para encubrir la heterogeneidad, las diferencias y la individualidad.

No se deben confundir, en consecuencia, patrones de “igualdad”, que tienen un valor relativo, de manera puntual y en condiciones específicas, con patrones de “equidad distributiva” (igualdad de posibilidades) insertados en un modelo de “equidad general” (basado en la justicia social).

El mantenimiento, incluso a través de la crisis, del acceso gratuito a la salud, a la educación, a diversos servicios sociales, costosos a veces (servicios funerarios, matrimoniales y otros), y a la producción cultural, implican para la población que no se pierdan los canales básicos de ascenso social. Sin embargo, tan importantes como estas en el plano de las necesidades básicas (cuyo índice de satisfacción o insatisfacción también son determinantes de las condiciones de pobreza) son las de vivienda y alimentación, más fuertemente afectadas por la crisis.

Quedaría el problema de cómo hacer que las tendencias de desigualamiento respondan al principio que premie la entrega al todo social. Para llegar a lograrlo —igual que para no perder soberanía funcional— no cabe duda que constituye un elemento indispensable retener la capacidad del Estado de conducir la economía y de cumplir prioridades, basado en la regulación, la planificación y la preservación del sector socialista (empresas estatales y mixtas) en las áreas determinantes del sistema económico.

EL TEMA DE LOS RETOS

Hablar de retos implica a la vez complejidades e imprecisiones, porque el reto se define mirando al futuro, y el futuro carga de incertidumbre al discurso. Sin embargo, la mirada retrospectiva nos permite, cuando el tiempo ha pasado, confirmar la identidad del reto, además del resultado. Saber cuál fue efectivamente el reto, si se salió con éxito de él y cómo. El “cómo” es importante porque el éxito relativo con que se sale del reto suele ser distinto al esperado. Por el resultado conocemos incluso a veces cuál era verdaderamente el reto. Y volvemos a rectificar. Estimo que es así porque el reto no sólo expresa una intencionalidad, una voluntad, una orientación de la acción, aunque el elemento subjetivo sea esencial. Pero el reto se explica a partir del choque de esta subjetividad con el mundo real, con las condicionantes históricas, coyunturales y estructurales, y con la voluntad y la intencionalidad ajena, que rodea a la nuestra. Todo lo cual forma un contexto problemático, que reclama solución.

Cuba ha vivido en los últimos años, y seguramente seguirá viviendo en los venideros, los efectos de intensas dinámicas de cambio económico y social. Tan intensas que los retos que dominan el panorama del siglo que ha comenzado ya difieren en cierta medida de los que informaron la agenda de la última década del siglo XX.

LA REINSERCIÓN

En primer lugar debo recordar —a modo de resumen— que el escenario en el cual la economía cubana se adentra en los años noventa es sobre todo un escenario de desconexión en lo referente al orden internacional. Desde el corte de los créditos financieros en 1986, y seguidamente, sin tregua, con la desintegración del sistema socialista a partir de 1990. Y en el plano interno de brusco desplome económico y contracción dramática de las condiciones de vida ya expuestas.

De manera que el primer reto (simultáneo en el plano temporal, primero por su peso condicionante) es el de la reinsertión. Reinsertión sin que las presiones del bloqueo norteamericano hayan disminuido, pero además, reinsertión en un orden económico adverso al proyecto cubano, dominado por el capital transnacional y sus instituciones, en un mercado asimétrico regido por una lógica ajena a la justicia social. Este es, como reto, el que prevalece como una constante, que lejos de simplificarse ha sido complejizado en los últimos 20 años por obra y gracia de la transfiguración de la dependencia bajo el totalitarismo de la dominación financiera mundial.

LOS RETOS DE LOS AÑOS NOVENTA

En el plano interno, en el cual la crisis económica acentúa el significado del corto plazo (cuya presión amenaza constantemente con el *fatum* del final), los retos de los noventa estuvieron centrados en 1) garantizar la subsistencia, la resistencia y la estabilidad; 2) generar coordenadas de flexibilización y espacios de debate; y 3) renovar desde la perspectiva generacional el consenso que ha dado sentido al proyecto nacional.

Reto de subsistencia, en sentido literal, para una población que tuvo que afrontar de manera repentina toda la crudeza de la contracción (presiones en la alimentación, la vivienda, el vestido y el calzado, el fluido eléctrico, el transporte público, los medicamentos, etc.); también reto de subsistencia de estructuras, instituciones, ordenamiento societal, que la crisis ponía a prueba; reto de subsistencia para el proyecto social en su conjunto, ante el cual se mantuvo vigente el dilema mayor durante la primera mitad de la década. Reto de subsistencia, finalmente, de los logros esenciales de justicia social acumulados en los años precedentes: la posibilidad de salvarlos devino un dilema definitorio.

Reto igualmente de resistencia, porque subsistir significaba hacerlo bajo la presión reforzada de un cerco en busca de la liquidación total, y también porque las últimas cuatro décadas han forjado una cultura de resistencia en la identidad cubana, tan excepcional que no sólo responde por su soberanía funcional, sino por el terreno de la estabilidad. Y aún más, de las libertades mismas, de las logradas y de las que el sistema se muestre capaz de edificar.

Otro reto: las coordenadas de flexibilización, económicas (significativamente con las reformas de 1993 y 1994) e institucionales (comenzando con los debates partidarios y constitucionales de principio de la década) condujeron a detener la caída, dar un nuevo equilibrio relativo a la economía interna, e iniciar un complicado proceso de recuperación en la segunda mitad de los noventa. La apertura de espacios, como la flexibilización, no ha sido irrestricta, por fortuna —ni siquiera creo que sea, por desgracia, toda la necesaria—, pero sugiere que los patrones de homogeneización son suplantados, arduamente, por el espectro de la diversidad. Se hace además indicativa de una aspiración popular de participación. Nos hallamos ante un reto que se proyecta esencialmente sobre el horizonte del siglo.

El consenso en torno al proyecto no se puede medir en términos estrictamente cuantitativos. La confluencia generacional ha cambiado y la coyuntura impone nuevos modelos de comunicación que socialicen, en consonancia con las exigencias y con los actores sociales, el agrupamiento en torno al proyecto nacional. Ha tenido lugar un cambio en la relación entre el individuo y la colectividad, que no podemos tabular exclusivamente en sentido ético (o sea, como fortalecimiento del individualismo). Los niveles de austeridad que imponen las condiciones de existencia bajo el “período especial” presionan objetivamente un repliegue hacia lo individual para dar respuesta a la problemática material cotidiana de la subsistencia y la reproducción de la vida familiar. Esto no puede pasarse por alto.

También en este caso la pregunta nos pone ante una disyuntiva. ¿Sería la opción sensata poner todo el empeño en recuperar la respuesta socializada estatal (que, por otra parte, nunca pudo llegar a satisfacer todas las necesidades básicas)? ¿O tendría el diseño a que nos aproximemos que reconocer más la diversidad y la iniciativa individual en todas las esferas? Buscar una lógica distributiva que, como señala Mayra Espina, “incluya simultáneamente principios igualitarios (para bienes básicos) y de acceso diferenciado al consumo material y espiritual”.²⁰

20 *Ibidem.*

LOS RETOS DEL COMIENZO DE UN NUEVO SIGLO

Se hace evidente que los retos que se plantean a la economía cubana en el nuevo siglo descansan sobre los precedentes, donde hunden sus raíces, y allí comienzan a diferenciarse en sí mismos. Presentaría como el primer gran reto el de lograr la eficiencia, la medida justa del alcance, y la competitividad de la empresa socialista.

El mito neoliberal de la ineficiencia de la empresa estatal cuenta con ejemplos a su favor pero igualmente con desmentidos teóricos e históricos. Lo único que de entrada resta eficiencia a la empresa estatal (capitalista o socialista) radica en los resortes extraeconómicos que le permiten acomodarse a los riesgos: contar de antemano —por simple que pueda parecer— con que el subsidio estatal impedirá la quiebra. Este polémico privilegio que puede propiciar incluso corrupción y clientelismo.

En todo caso, no es un secreto que a los experimentos socialistas del siglo XX les faltó alcanzar un patrón diferenciado de eficiencia empresarial, y cuando se acercaron a la eficiencia lo hicieron adoptando patrones capitalistas. Hablo de eficiencia empresarial por considerarla el punto de partida para la eficiencia de la economía en su conjunto (tendría que ser un principio para una economía que pretende centrarse en un vasto sector estatal). Qué tan complejo y dilatado puede ser este propósito es otra discusión; que el reto de la eficiencia está ya en la agenda es de lo que se trata.

Asociada a la regularización de la eficiencia de la empresa estatal, considero que se encuentra la cuestión de definir qué debe ser en realidad administrado centralmente por el Estado y dónde serían más funcionales otras modalidades de explotación. De las conocidas o de las que se pueda inventar. ¿Cómo aceptar que se confunda la inercia de la imaginación con la vana idea de que todo está inventado, precisamente en un mundo de incertidumbres que clama por creatividad? En el trabajo citado Espina habla de un “modelo intersectorial complementario de propiedad”.²¹

Cuando, a partir de la experiencia cubana, pienso en la transición desde un esquema socialista en bancarrota hacia uno viable, tampoco veo en el horizonte la absolutización de la empresa estatal sino su preponderancia en un sistema complejo. Pienso en una economía que asegure que el Estado socialista no arriesgue perder el control, ni el papel de inversionista principal en la sociedad (dos cosas muy distintas pero muy vinculadas), en los sectores clave de la misma.

21 *Ibidem.*

Pero pienso también en una economía que, desde este supuesto, avance en articular una multiplicidad de formas de explotación de los recursos que complemente criterios de rentabilidad y de beneficio social. En la medida en que la economía estatal logre competitividad, dejará de ser un peligro para el objetivo socialista la ampliación en términos deseables del mercado y de la iniciativa privada en el proyecto socioeconómico. Con “deseables” quiero decir sobre todo “beneficiando al sistema con sus mecanismos sin subordinarlo a ellos”. Y aquí radica a mi modo de ver un segundo gran reto para la economía cubana en los años que abren el nuevo siglo.

La sociedad cubana de hoy no se parece en muchas cosas a la de los años sesenta. Como resultado de la sostenida política educativa de la Revolución el capital profesional con que cuenta el país es impresionante. Aun durante estos difíciles años las dinámicas de educación fueron preservadas en lo esencial. Baste con observar que incluso a lo largo de la década crítica el número de profesionales en el sector de la salud se duplicó (de 30.000 a 60.000);²² y el número total de universitarios se mantuvo creciendo.

El problema consiste en el desfase existente entre este caudal y la capacidad de aprovechamiento del mismo por parte del sistema. Ya desde principios de los años ochenta se hacía evidente que las promociones universitarias sobrepasaban las demandas de fuerza de trabajo especializada en varias esferas. La descapitalización ocasionada por el derrumbe socialista acentuó esta tendencia. Por otra parte la recalcificación exigida por el turismo, el principal sector emergente en la economía cubana, supone un aprovechamiento deficitario de las capacidades que el sistema produce regularmente. Los estudios realizados sobre esta situación por economistas cubanos hace pensar que es este probablemente el capital más sólido con que cuenta hoy nuestra economía,²³ y que constituye un verdadero reto hallar los resortes de un giro cualitativo en materia de su utilización.

Existe la tendencia a culpar a la caída económica y a la desconexión de todos los efectos nocivos para la población cubana, pero el problema es más complejo. A los efectos de la crisis se suman los efectos de las medidas económicas adoptadas para remontar la crisis: en páginas anteriores diferenciaba el empobrecimiento como efecto de la caída, del incremento en las desigualdades como efecto de las reformas y de la introducción del mercado. Las transformaciones que

22 Véase “Investigación sobre desarrollo humano y equidad en Cuba 1999”, *op. cit.*

23 Véase Pedro Monreal, conferencia pronunciada en el Simposio Exhortación Apostólica *Ecclesia in America*, implicaciones antropológicas, económicas y sociales en Cuba, convocado por la Archidiócesis de La Habana, 1 al 3 de diciembre de 1999.

conduzcan a una economía estatal eficiente y que amplíen a un nivel deseable los espacios de mercado no van por sí mismas a corregir las irregularidades ni a propiciar la reducción de desigualdades.

En consecuencia, la búsqueda de un patrón de equidad distributiva que asimile la diversidad y la complejidad que se han incorporado en los últimos años, es un cuarto reto capital para la economía cubana a principios del nuevo siglo. Descuidar este propósito significaría abrir el camino a la liquidación; pero retornar a viejos esquemas implicaría el estancamiento del sistema. Aquí nos situamos tal vez en el punto de confrontación del reto social y el económico. En la actualidad, a pesar de que el proceso de recuperación se muestra exitoso, el estimado de un porcentaje de la población en niveles de pobreza²⁴ (y una franja de marginalidad que ha sido reconocida pero no cuantificada) a que se llegó en la primera mitad de los años noventa no ha sido revertido.

No se trata aquí solamente de un problema cuantitativo, de restablecer proporciones, de impedir que se sigan ensanchando brechas, de reducir el porcentaje de pobres. Se trata también de lo que Carlos Marx consideró como principio distributivo básico del socialismo: “a cada cual según su trabajo”, cuya vigencia merece vindicación práctica. Y no sólo para el trabajo en el sector estatal, sino para el sistema en su totalidad y su heterogeneidad. Muchos son los factores (el principal, las remesas familiares, pero no el único) que conducen a que no coincidan frecuentemente el que entrega más al bien común y el que más recibe.

Quedaría por enunciar el reto del perfeccionamiento progresivo de la institucionalidad civil y política para elevar consecuentemente la participación democrática. Es evidente que las instituciones políticas existentes admiten niveles de representatividad y de participación superiores a los que se aplican. La Reforma Constitucional de 1992 ampara niveles de transformación que no han sido implementados.²⁵ No se trata de transitar de un sistema a otro preestablecido, sino de canalizar la carga crítica y el potencial de innovación social

24 Véase la “Investigación sobre desarrollo humano y equidad en Cuba 1999”, *op. cit.* Estos porcentajes crecerían si se les concentrara en las necesidades insatisfechas de alimentación y vivienda. Son moderados por el peso que representan la satisfacción en salud y educación.

25 Los artículos 14, 15 y 23 de la Ley N° 37 de 1992 (Ley de Reforma Constitucional Cubana) consignan la extensión de la propiedad socialista para los medios fundamentales de producción (término añadido a la formulación precedente), suprime el carácter irreversible que se otorgaba al sector socialista, y legitima la existencia de “empresas mixtas, sociedades económicas y asociaciones que se constituyan conforme a la ley”. Véanse al respecto los trabajos de Hugo Azcuay sobre la Constitución Cubana, compilados y publicados póstumamente por su viuda y colaboradora Nelia Aguado López en *Papeles de la FIM*, N° 14, 2ª época, Madrid, 2000.

que se está generando de manera continua en beneficio de una construcción democrática que será insuficiente en tanto se mantenga sujeta al verticalismo centralista.

El hecho riguroso (aunque parezca un juicio trivial, nada explicativo, como los misterios de la fe) es que no podrá existir socialismo sin democracia, que la democracia no es reductible a elecciones, pluripartidismo y alternancia, y que no solamente el funcionamiento sino la estructura de la institucionalidad política tiene que formarse del sistema social y serle orgánica. Que este será a la larga el reto definitivo para el éxito de una sociedad de justicia y equidad, expresiva de un orden superior al dominante en la actualidad a escala mundial.²⁶

26 Un tratamiento más detallado del punto de partida de esta apreciación puede encontrarse en "L'Etat et la démocratie a Cuba", *Alternative Sud*, Vol. II, N° 2, Centre Tricontinental, Louvain-La-Neuve, 1995.

Jesús Arboleya

LA REVOLUCIÓN DEL FUTURO*

LA REVOLUCIÓN CUBANA cumple cuarenta y cinco años de existencia. Una mirada al acontecer histórico de la segunda mitad del siglo XX advierte un carácter insólito en el acontecimiento. Son escasos los procesos políticos que han sobrevivido a contrapelo de los intereses norteamericanos y ninguno ha tenido que enfrentar una oposición más sostenida y abarcadora. Convendría explicarse las causas de esta capacidad de resistencia para entender su trascendencia.

A pesar de que el triunfo revolucionario en Cuba coincide con la ola de movimientos anticoloniales que ocurren una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial y se integra orgánicamente a ellos en el contexto de las luchas políticas del Tercer Mundo, la Revolución cubana tiene otra naturaleza y son otras sus implicaciones, ya que no se contrapone a un régimen de dominación en bancarrota, como sucedía en estos casos, sino que enfrenta al modelo hegemónico que entonces pretendía extenderse al resto del mundo.

Dicho en otras palabras, es el temprano desarrollo del modelo neocolonial en Cuba y su dependencia respecto a Estados Unidos lo que determina la naturaleza de la revolución y justifica la generalización de su

* Jesús Arboleya Cervera 2005 “La Revolución del futuro”, tomado de *Pensar a Contracorriente I* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales), pp. 1-23.

experiencia, en la medida en que este modelo avanza en su aplicación hacia otros países. Ello la convierte en la primera revolución antineocolonialista de la historia, una condición que determina su especificidad y la ubica como en un problema integral y permanente para la política estadounidense. Por antojo de la historia, el fenómeno revolucionario cubano deviene laboratorio social de la revolución posible en las condiciones que impone el neoimperialismo norteamericano.¹

Según planteara Lenin, la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898 constituyó la primera guerra imperialista de los tiempos modernos. Ella frustró los ideales independentistas cubanos e inauguró el neocolonialismo como un nuevo tipo de dominación. A impedir que esto ocurriera se remonta la prédica martiana de la revolución. Fracasó debido a la muerte del líder y a la insuficiente cohesión de las fuerzas independentistas más radicales, pero su pensamiento se convirtió en rector de las luchas revolucionarias posteriores y la posición frente a Estados Unidos estableció la línea de demarcación del debate político nacional por más de un siglo.

A la intervención de las tropas norteamericanas siguió la independencia restringida por la injerencia política y el control económico de Estados Unidos. Uno tras otro, se sucedieron los gobiernos subordinados a los intereses estadounidenses a lo largo del período republicano. Más o menos venales o más o menos represivos, la corrupción y la represión serán las constantes del sistema político republicano hasta la implantación de la dictadura batistiana en 1952.

La dictadura, antes que la revolución, dismanteló los mecanismos de gobernabilidad de la “democracia representativa” en Cuba. Pero muy pocos abogaban por su reconstrucción. Percibido como el aborto del movimiento independentista y del proceso revolucionario de 1930, el esquema de la democracia representativa gozaba de escasa credibilidad en Cuba y resultó fácilmente descartado por el discurso revolucionario una vez que se alcanza el triunfo. Condicionada por la propia historia del país, la propuesta revolucionaria no podía ser otra que el dismantelamiento del sistema neocolonial. Ello originó una contradicción insalvable con Estados Unidos, ya que vino a reflejar tanto las debilidades históricas del modelo, como la posibilidad y la manera de enfrentarlo con éxito.

1 Escuché el concepto de *revolución antineocolonial* en una conferencia que el compañero Jorge Serguera impartió en la Fundación Fernando Ortiz hace unos años. Desconozco si él u otros autores lo han desarrollado con posterioridad, de cualquier manera me resultó muy ilustrativo para explicar las particularidades de la Revolución cubana.

La Revolución cubana ocurre en el preciso momento que la vida política norteamericana se centraba en el debate respecto a la necesidad de remodelar su entonces emergente sistema hegemónico. Este debate no solo respondía a la necesidad de ajustar la política exterior a los requerimientos impuestos por su ascenso a primera potencia mundial, sino que, al mismo tiempo, estaba relacionado con los problemas domésticos resultantes de la militarización del país. Un fenómeno que condiciona el diseño del modelo y establece las pautas para su relación con el resto del mundo.

En 1960, la industria militar representaba el 10% del producto bruto nacional y empleaba al 10% de los trabajadores. Los contratos del Pentágono con particulares superaban la cifra de negocios de la industria automovilística, 100 grandes consorcios acaparaban estos pedidos y 10 de ellos controlaban el 30% de las solicitudes. Dado que la venta de armas al exterior no sobrepasaba el 4% del valor del presupuesto de defensa, el gobierno, y por su vía el pueblo norteamericano, devino el comprador por excelencia de las armas que producía su propia industria.²

Así, en una especie de aplicación militarista de la teoría keynesiana, los gastos de defensa sustituyeron a las inversiones públicas como el principal impulsor de la economía y el desarrollo científico y tecnológico, cuyos resultados pasaron a formar parte del patrimonio de las grandes empresas productoras de armas. De esta manera, aumentó el grado de privatización de las utilidades resultantes de la política oficial y el Estado militarista se convirtió en el verdadero regulador de la economía del país. A través de él se articula el consenso de la clase dirigente norteamericana, se ejerce su poder sobre la sociedad y se aplica el dominio de Estados Unidos sobre el resto del mundo.

Al no estar condicionada a un espacio geográfico determinado, la industria militar se extiende por todo el país y es una de las causas de la emigración interna que acontece en la segunda mitad del siglo XX. Ello influye de manera directa en la política doméstica: se transforma el padrón electoral de ciertas regiones, se articulan nuevas alianzas y el lobby de los grandes productores de armas adquiere una influencia decisiva en la toma de decisiones de las instituciones norteamericanas. Al final, el capital militarista interviene o se fusiona con otras ramas de la economía —energía, acero, aviación, química, biotecnología, comunicaciones, computación y exploración espacial; hasta alimentos, cosméticos y servicios sanitarios— y sirve a la am-

2 Claude Julien 1970 *El imperio norteamericano* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales), p. 269.

pliación de los grandes conglomerados y las empresas transnacionales norteamericanas. Tal y como advirtió Eisenhower, se consolida un complejo militar-industrial que establece los intereses más generales de la nación y determina las carreras de los políticos de turno.

Contrario a cierta lógica hegemónica, interesada en la estabilidad de un orden que la beneficie, la política norteamericana tiene que fundarse en la fabricación de un clima de temor e inseguridad porque así lo requiere la militarización del país. Como el mercado de las armas es la guerra, la existencia de un enemigo constituye un requisito constante del diseño hegemónico. El comunismo aparece entonces como una fuerza fantasmagórica que pretende la dominación del mundo y a la Unión Soviética se le achacan pretensiones expansionistas, cuando, en realidad, más que extenderse, la Unión Soviética pretendió crear un cordón geopolítico de seguridad que terminó por convertirla en una potencia opresora de sus vecinos y limitó su capacidad de liderazgo del movimiento revolucionario mundial.

Aunque la existencia del campo socialista constituía un freno a la hegemonía norteamericana, el verdadero objetivo de la guerra fría fue militarizar un conflicto esencialmente político e ideológico, y que esto sirviera de pretexto para la carrera armamentista. Su consecuencia fue la subordinación de la economía mundial a las exigencias de la producción de armamentos y la entronización de un criterio intervencionista en la política exterior de Estados Unidos que se vincula con la supuesta seguridad del país. El problema consistía en dotar a este intervencionismo de una cultura capaz de proveer un mayor nivel de “calidad” al sistema, mediante la fabricación de una imagen más atractiva de Estados Unidos.

El intento de combinar militarización e intervencionismo, con la aparente promoción de la democracia y la libertad en el mundo, se consolidó como estrategia de la política exterior norteamericana cuando John F. Kennedy asumió la presidencia de ese país. Se trataba del más joven de cuantos hubiesen ocupado el cargo, el primero nacido en el siglo, el único católico, el único de origen irlandés. Decía representar a la generación encargada de fijar “nuevas fronteras” al poderío norteamericano. Si Monroe había establecido el dominio estadounidense dentro de los confines americanos, Kennedy trató de extenderlo hasta el infinito, ni el Cosmos quedó fuera de sus sueños expansionistas. Contrario a lo que muchos afirman, Kennedy no fue un enemigo del complejo militar-industrial, más bien contribuyó como pocos a la política que servía a estos intereses. Si bien no tuvo tiempo para implementar todos sus planes y estos enfrentaron la resistencia de los sectores conservadores, en buena medida sirvieron de base teórica para el perfeccionamiento del modelo.

En su momento, el principal aporte de Kennedy a la estrategia de dominación de Estados Unidos fue convertir a los países del Tercer Mundo en el centro de la guerra fría y ubicar los procesos de liberación y reformas nacionales dentro de este contexto, argumentando la necesidad de una política que tuviera en cuenta las particularidades de esta situación y propusiera soluciones novedosas para el reto que ello constituía. Esta propuesta se denominó “estrategia de respuesta flexible”, la cual consistía en aumentar la capacidad de Estados Unidos para actuar en cualquier circunstancia y en varios escenarios al unísono.

En resumen, prepararse para los cambios implícitos en el proceso de descolonización que siguió al fin de la guerra. Estos cambios, a la vez que resultaban favorables para la expansión del capital norteamericano, en tanto significaban el desmantelamiento de los viejos imperios europeos y la apertura de los antiguos mercados coloniales, se combinaban con un clima estratégicamente inseguro, en la medida en que los movimientos de liberación nacional y los nuevos gobiernos resultantes de sus luchas adoptaron una neutralidad que preocupaba a Estados Unidos o se inclinaban al socialismo.

Para enfrentar esta realidad surgió la teoría de la “construcción de naciones” —*nation-building*—, encaminada a contrarrestar las opciones revolucionarias y mantener o incorporar a los países del Tercer Mundo dentro de la órbita norteamericana. La contrainsurgencia aparece entonces como el medio ideal para alcanzar este fin. La aplicación de sus métodos permitió superar las limitaciones que imponía el uso del arma atómica y evitar las complicaciones políticas resultantes de la intervención armada en gran escala. El uso de grupos militares y paramilitares nativos, el desarrollo de “fuerzas especiales” norteamericanas para intervenir de manera abierta o encubierta en conflictos de carácter local y las “guerras sucias” organizadas por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), fueron asumidas como doctrina oficial de la política estadounidense hacia el Tercer Mundo.

Fue una estrategia pensada a partir de la Revolución cubana y su consecuencia más inmediata fue convertir el poderío militar en un recurso más disponible y atractivo para la consecución de los objetivos norteamericanos. No obstante, para Kennedy, la aplicación de estos métodos debía estar acompañada de una construcción ideológica que sustentara sus avances en nombre de la civilización. Una nueva cruzada redentora, que ahora contaría con los recursos extraordinarios de las novedosas tecnologías de la comunicación, debía servir para recomponer la imagen del imperio. A Kennedy le preocupaba la opinión pública y ello condicionaría su política hacia el Tercer Mundo. En particular hacia Cuba y su influencia en el entorno latinoamericano.

Su propuesta consistió en avanzar hacia una “revolución de las clases medias” que transformara el orden tradicional de la región. Con este fin, en marzo de 1961, anunció la puesta en marcha de la Alianza para el Progreso. Según sus propias palabras, constituía el proyecto más ambicioso y abarcador que jamás se hubiera planteado Estados Unidos para el área. En realidad lo era, toda vez que no solo buscaba desplazar del poder a la oligarquía tradicional —ahora un obstáculo para sus reformas—, sino producir una “nueva clase” integrada orgánicamente al nuevo modelo hegemónico.³

Esta idea se adelantaba tres décadas a la implantación del neoliberalismo en América Latina, pero fracasó debido a la incapacidad del sistema para superar las contradicciones que generó el proyecto. Enfrentada tanto con la oligarquía tradicional —aliada a un sector de los grupos monopólicos norteamericanos que trasladaron este conflicto al plano interno de la sociedad estadounidense—, como con las fuerzas revolucionarias, la Alianza para el Progreso terminó amargamente con la generalización de dictaduras en la región y los sectores populares tuvieron que sufrir la represión más brutal que recuerda la historia del continente.

La Revolución cubana representaba la opción más radical y se convirtió en la inspiración de las fuerzas que se planteaban la toma del poder político mediante la lucha armada. En términos prácticos, los revolucionarios cubanos colaboraron de muchas maneras con este empeño; y el país devino el principal promotor de un movimiento revolucionario mundial que actuó, en buena medida, al margen del campo socialista e, incluso, contra el criterio de sus gobernantes y los grupos políticos que le eran afines. Acusada por Estados Unidos como un “satélite” de los soviéticos, la Revolución cubana resultaba en realidad un cometa capaz de encender el mundo.

Aunque su alianza con el campo socialista constituyó una necesidad práctica que contribuyó de manera decisiva a la supervivencia de la revolución en los primeros momentos; y los revolucionarios cubanos la asumieron voluntariamente con un criterio clasista y un compromiso estratégico que formaba parte de las concepciones ideológicas propias de la revolución. A partir de la Crisis de Octubre —originada en parte por el interés cubano de aportar ventajas al equilibrio nuclear entre los bloques hegemónicos— quedó claro que el enfrentamiento a una invasión armada por parte de Estados Unidos dependería básicamente de los propios cubanos.

3 El término *oligarquía* ha sido utilizado con diversas acepciones en la literatura especializada, yo lo utilizo en su significado más común, el que describe a un número reducido de individuos o familias que controlan el poder político como resultado de su posición económica.

La voluntad de morir en el empeño y hacer pagar un alto precio por el intento constituyeron un disuasivo a la agresión. De todas formas, la asimetría de las fuerzas ha sido tal, las facilidades tácticas tan evidentes, la agresividad norteamericana ha resultado tan consistente, que siempre surge la pregunta de por qué Estados Unidos no se ha decidido a invadir a Cuba. Desde el punto de vista coyuntural, quizá sean muchas las respuestas: las primeras indecisiones de Eisenhower, el temor de Kennedy a desprestigiar la credibilidad de su modelo hegemónico, las complicaciones resultantes del fracaso en Vietnam, las exigencias de la “detente” preconizada por Nixon, el cambio de concepción de la política de Carter o la existencia de otras prioridades y nuevas dificultades durante los gobiernos que siguen, en particular los de Reagan y George W. Bush, los cuales incluyeron —o incluyen— esta posibilidad entre sus objetivos. Sin embargo, la constante estratégica ha sido que, frente a esta opción, todos toparon con el dilema planteado por el prestigio de la Revolución cubana; en otras palabras: con su legitimidad.

Esta legitimidad viene dada por una política que se corresponde con la naturaleza clasista de la revolución y su sentido nacionalista, entendido como la independencia y la soberanía del país, sin menoscabo de los intereses legítimos de otros. Ha sido una revolución proletaria, de los desposeídos, el tipo de revolución popular posible en un país del Tercer Mundo. A la unidad de estos sectores alrededor de un proyecto nacional contribuyó la madurez del sistema neocolonial en Cuba, generador por sí mismo de una tremenda polarización social y un grado de dependencia externa bien definido, incluso humillante para los cubanos. Ello facilitó la efectividad del mensaje antiimperialista, avalado por la radicalidad de los cambios y la implantación de un sistema mucho más equitativo de la distribución de la riqueza del país.

Los beneficios materiales, el romanticismo implícito en la epopeya y un nuevo sentido de la dignidad, sirvieron de sostén a la mística subjetiva que generó el triunfo revolucionario. La mayoría de la población asumió la revolución como un proyecto de vida y enfrentó las vicisitudes provocadas por las agresiones y los errores propios con la integridad y la fe resultantes del sentido heroico de la resistencia. La integración de las fuerzas revolucionarias, que culmina en la formación del Partido Comunista, fue la consecuencia de un proceso clasista que condujo a la unidad nacional y que se articuló sobre la base del enfrentamiento con Estados Unidos. Ello ocultó, o inhibió, cualquier otra discrepancia.

Algunos plantean una supuesta falta de concatenación entre las condiciones económicas del país y la radicalidad que asume el proce-

so revolucionario cubano de 1959. Esto ha servido para cuestionar la necesidad de las medidas revolucionarias y reducirlas al voluntarismo de sus dirigentes, en particular de Fidel Castro, a quien se le achaca un enfermizo afán de poder. Si este fuera el caso, la lógica debió haber sido hacer lo contrario, ya que está demostrado que enfrentarse a la hegemonía norteamericana no es la fórmula más sabia para que un gobernante se mantenga en su puesto. No obstante, más allá de esta intención política, el argumento referido a la relación entre situación económica y revolución tiene otros valores que merecen ser analizados.

Es cierto que, en la década del cincuenta, Cuba se ubicaba entre los países con mejores índices económicos de la región. Era la segunda en el ingreso per cápita; la primera en televisores, teléfonos y automóviles por habitante; la tercera en consumo alimenticio y la cuarta en personas alfabetizadas. Era también donde más Cadillacs por persona se vendían. Sin embargo, de acuerdo con los patrones norteamericanos —punto de referencia real de la economía cubana de entonces— el ingreso por habitante resultaba un tercio del de Mississippi, el estado más pobre de la Unión en aquellos momentos. Además, se necesitaba más dinero para vivir en Cuba que en cualquier parte de Estados Unidos. Según las estadísticas de la época, La Habana constituía la cuarta ciudad más cara del mundo —después de Caracas, Ankara y Manila—, también era una de las más corruptas debido, entre otras cosas, a la incidencia de la mafia norteamericana en la vida económica y política del país.

Aunque en la capital habitaba apenas el 10% de la población, aquí se concentraba el 80% de las construcciones, el 70% del consumo eléctrico, el 62% de los salarios e ingresos, el 73% de los teléfonos y el 60% de los automóviles. El censo de 1953 indicaba que el 68,5% de los campesinos vivía en bohíos con techo de guano de palma y piso de tierra, el 85% no disponía de agua corriente y el 54% no poseía ningún tipo de servicios sanitarios. Cuatro años después, la Agrupación Católica Universitaria —una de las organizaciones más conservadoras del país— agregaba que el ingreso promedio diario de los trabajadores agrícolas apenas alcanzaba los 25 centavos, su alimentación básica era arroz y viandas, solo un 11% de las familias consumía leche, el 4% carne y el 2% huevos. El 14% padecía o había padecido tuberculosis, el 36% tenía parásitos y el 44% no sabía leer ni escribir.⁴

4 Los datos han sido tomados de Francisco López Segrera: *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510-1959)* 1972 (La Habana: Casa de las Américas), pp. 370-375; Jorge Ibarra Cuesta: *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales* 1995 (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales), p. 69 y tablas anexas; Agrupación Católica

Aun cuando eran insultantes las desigualdades generadas por este injusto sistema de la distribución de la riqueza nacional, y esto fue un factor que influyó en el desenlace revolucionario, evidentemente la revolución no fue resultado directo de un entorno de pobreza absoluta. Ello no constituye una rareza histórica, el pauperismo de ciertos pueblos y comunidades puede generar revueltas, en algunos casos muy violentas y destructivas. Pero para que cuaje una revolución —entendida como cambios estructurales básicos de un régimen determinado— se requiere de cierto grado de desarrollo, de la capacidad para comprender la realidad y escoger alternativas, en definitiva, de una cultura política. Las revoluciones, por muy primitivas que parezcan, constituyen un acto consciente de las masas. Lo que los revolucionarios cubanos han denominado las “condiciones subjetivas” de la revolución.

El mérito histórico de Fidel Castro consistió en encarnar estos anhelos y convertirlos en voluntad política. La emergencia del líder revolucionario hay que entenderla a la luz de la realidad del momento, de las tradiciones políticas del país y del entorno internacional en que se desenvuelve la Revolución cubana. En un mundo sumido en el caos como resultado de las extraordinarias transformaciones que se vivían en la posguerra, el buen gobierno se identificaba más con la aparición del líder que con la confianza en las instituciones. Mucho más en Cuba, debido a las frustraciones resultantes del proceso anticolonial y la instauración de la República. Frente a la ausencia de otras alternativas, el pueblo cubano también andaba en la búsqueda de un líder que cuajó en la figura de Fidel Castro. Al frente de un movimiento heterogéneo y escasamente organizado, fue el factor que impulsó la insurrección y articuló la cohesión indispensable para la resistencia. Esta es la razón por la cual su asesinato devino una prioridad de los planes norteamericanos desde los primeros momentos.

Basada en el respaldo del pueblo, la revolución derrota al ejército, verdadero sostén del régimen, y arrasa con el poder establecido. El Congreso de la República, resultado de la farsa electoral de 1954, e intrínsecamente ilegal por su dependencia de la dictadura, desaparece con la caída del régimen. Por la misma razón, la mayor parte de los partidos políticos se disuelven en esta coyuntura. Otros pocos continúan existiendo, aunque su influencia en los acontecimientos resulta prácticamente nula debido al desgaste de su credibilidad y las exigencias de la nueva dinámica política. En la medida en que el proceso se radicaliza se produce la integración de los órganos de

Universitaria: “¿Por qué Reforma Agraria?” y Louis A. Pérez Jr: *Cuba: Between Reform and Revolution* 1995 (Oxford-New York: Oxford University Press), pp. 295-308.

prensa y los servicios informativos nacionales, los cuales pasan al control del gobierno revolucionario.

Aunque la Revolución cubana no puede ser catalogada como una revolución agraria, ya que su alcance nunca se limitó al reclamo campesino por la posesión de la tierra, la transformación del campo cubano constituyó un ingrediente fundamental de su programa político, en tanto la propiedad agraria constituía el sostén económico de la oligarquía nacional y del sistema neocolonial en su conjunto. Transformar esta realidad no solo significaba un requerimiento para avanzar en las mejoras sociales planteadas por la revolución, sino un cambio radical en la estructura de poder imperante en el país. Es por ello que la Reforma Agraria no se limitaba a la distribución de las tierras baldías —aunque estas alcanzaban casi 30% del total de la tierra disponible—, sino que su objetivo primario fue la proscripción de los latifundios.

La Reforma Agraria definió el carácter antineocolonial de la revolución antes de que se pensara en el socialismo como una opción inmediata o existieran contactos oficiales con la Unión Soviética. Como ha ocurrido al inicio de todas las revoluciones, lo más claro para los revolucionarios cubanos era lo que debía terminar y lo más claro para sus enemigos lo que debía conservarse a toda costa. Ello aceleró el conflicto inevitable, Estados Unidos aplicó medidas punitivas como respuesta a la Reforma Agraria y a ella siguió la nacionalización del resto de las propiedades norteamericanas y de la oligarquía nacional. En pocos años se completó el proceso de estatización de la economía.

Diversos analistas consideran que de este proceso emergió un Estado hipertrofiado, copia de las estructuras establecidas en la Unión Soviética y el resto del campo socialista. En parte es cierto, toda vez que no existía otra referencia y el esquema adoptado en esos países había propiciado, hasta esos momentos, un desarrollo impresionante en el nivel de vida de sus poblaciones. Pero cualquiera que haya sido esta influencia, la implantación del socialismo de estado en Cuba respondía a la realidad del momento. Tanto al convencimiento teórico de que constituía la opción más revolucionaria, como a la inexistencia de otras alternativas prácticas para resolver el tremendo desajuste administrativo que provocó el desenlace revolucionario.

Era, además, la manera más efectiva de vincular los esfuerzos de toda la nación a las necesidades de la defensa, convertida en la prioridad del país debido a las agresiones de Estados Unidos. Desde los primeros momentos, cientos de miles de cubanos pasaron a formar parte de las fuerzas armadas y millones más se integraron a las milicias populares. Fueron estas tropas, escasamente entrenadas y

mal armadas, las que destruyeron las bandas contrarrevolucionarias, vencieron la invasión norteamericana en Playa Girón y asumieron el peligro de un ataque nuclear durante la Crisis de Octubre de 1962. En buena medida, el consenso político se expresó mediante el acceso del pueblo a las armas y su participación en la vigilancia del país.

Para enfrentar las acciones terroristas, en 1960 fueron creados los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), a través de los cuales se organizó la vigilancia popular en todo el territorio nacional. De hecho, buena parte de la sociedad civil cubana se reorganizó a partir de las necesidades de la seguridad del país y las tareas revolucionarias, lo que constituyó un aporte cubano a la construcción del sistema participativo que requería la revolución en esa etapa. Por eso el Che, con la ruda sinceridad que lo caracterizaba, decía a los entonces jóvenes oficiales del Departamento de Seguridad del Estado que simplemente constituían un mal necesario.⁵ Enfrentaba así la tendencia a sobreestimar el papel de estos órganos, un criterio presente entre revolucionarios impresionados por la mística de su labor, pero más explotado por la propaganda contrarrevolucionaria para desvirtuar el carácter popular del enfrentamiento y enfatizar una pretendida naturaleza represiva. En realidad, fue la vigilancia popular la que tornó imposible la actuación de los grupos contrarrevolucionarios dentro del país y la que impuso límites a los planes norteamericanos.

Aunque el surgimiento de los grupos contrarrevolucionarios se correspondió con las contradicciones lógicas que generó el propio fenómeno revolucionario, esta dinámica estuvo determinada por la intervención de Estados Unidos y consistió en el reagrupamiento de las clases desplazadas del poder en Cuba. Más que apoyar, la CIA “inventó” a la mayoría de las primeras organizaciones contrarrevolucionarias. La cantera fundamental fueron los antiguos partidos políticos—incluyendo a los batistianos— y las organizaciones laicas vinculadas a la Iglesia Católica, una institución que aportó al movimiento contrarrevolucionario la influencia de su ideología y su capacidad de convocatoria dentro de ciertos estratos de la población. En todos los casos, fueron grupos representativos de la oligarquía nacional, la cual se integró a la contrarrevolución en una proporción inusitada. Puede afirmarse que por primera vez en la historia cubana, esta clase libró su propia guerra, con escasa participación de otros sectores, lo cual no impidió la amplitud y virulencia de sus acciones, debido al

5 Ernesto Che Guevara: “Discurso ante los miembros del Departamento de Seguridad del Estado, 18 de mayo de 1962”, en *América Latina, despertar de un continente* (Melbourne: Ocean Press, 2003), p. 406.

extraordinario apoyo que recibieron del gobierno norteamericano.⁶ La oligarquía cubana funcionaba como la aristocracia de los grupos más privilegiados del país. Aunque desde su origen estuvo vinculada con el neocolonialismo, tenía sus raíces en los grupos comerciales y financieros españoles que sobrevivieron la etapa colonial y en el sector antinacionalista —muchas veces anexionista— de la clase terrateniente criolla. Su integración orgánica con los intereses norteamericanos en Cuba se expresaba mediante inversiones conjuntas y relaciones personales que incluían, en algunos casos, el vínculo familiar. Muchos vivían buena parte del tiempo en Estados Unidos y sus hijos estudiaban en ese país. A este grupo podría agregarse un segmento de la burguesía industrial y comercial, así como los grupos que se enriquecían mediante el desfaldo del tesoro público y el crimen organizado. Se calcula que la llamada “clase alta” cubana estaba integrada por apenas quince mil personas.

La ostentación en la forma de vida de esta clase llegó en ocasiones a niveles ridículos. Las páginas sociales de los diarios cubanos reportaban cada día la “presentación en sociedad” y los matrimonios de las “bellísimas” jóvenes de la oligarquía cubana, sus “apuestos” pretendientes y “distinguidas” familias, describían la tela y el modelo de sus exclusivos vestidos y relataban festines comparables con banquetes romanos. Los clubes sociales y los colegios reservados a estas personas aplicaban la más estricta segregación, estableciendo barreras económicas, raciales y de origen social difíciles de salvar, incluso para los nuevos ricos. Se cuenta la anécdota de que el propio Fulgencio Batista tuvo que utilizar a sus testaferros para que lo admitieran en el Havana Biltmore Yacht and Country Club debido a su condición de mulato.

Por ser considerado un sector parasitario del país, el discurso antioligárquico de la revolución encuentra favorable acogida en el resto de la sociedad cubana. La expropiación de su riqueza es entendida como un acto de justicia largamente anhelado y constituye, además, una fuente de capital indispensable para la propuesta igualitaria que legitima al proceso revolucionario. Derrotada física y moralmente

6 Son bastante conocidas las estadísticas de la composición de la brigada invasora que corroboran esta afirmación. Estaba integrada —según consta en las actas del juicio que se les celebró en Cuba— por 100 latifundistas, 24 grandes propietarios, 67 casatenientes, 112 grandes comerciantes, 179 acomodados y 35 magnates industriales, cuyas propiedades ascendían a 25.556 caballerías de tierra, 9.666 edificios de apartamentos y casas, 70 industrias, 10 centrales azucareros, 3 bancos comerciales, 5 minas y 12 cabarets. En *Historia de una agresión 1977* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales), p. 289.

por la revolución, la restauración del antiguo poder oligárquico no tiene otra opción que la intervención norteamericana. En eso, a la larga, se resume el proyecto contrarrevolucionario.

El plan original de Estados Unidos consistía en la creación de un frente contrarrevolucionario interno que, dirigido y abastecido desde el exterior, fuera capaz de derrocar a la revolución. Sin embargo, a los pocos meses de su ejecución, la CIA percibe que el respaldo popular al gobierno revolucionario torna imposible la creación de este frente interno y modifica los planes a favor de una invasión desde el exterior. Aunque cuando Kennedy asume el poder vuelve a la idea de promover revueltas internas que justifiquen la intervención norteamericana y exige la inclusión de elementos más liberales en el frente contrarrevolucionario, los deseos del Presidente no se corresponden con la realidad cubana y ello conduce al fracaso de la invasión a Bahía de Cochinos.

Kennedy repite este error conceptual en la planificación de la llamada “Operación Mangosta”, un plan subversivo integral que aún constituye el diseño que rige la política de Estados Unidos hacia Cuba. La promoción de grupos contrarrevolucionarios en el país y en el exterior, los planes de asesinato de Fidel Castro y otros líderes revolucionarios, el bloqueo económico, el aislamiento internacional de Cuba, las particularidades de la política migratoria respecto a los cubanos y la propaganda internacional contra la revolución tienen su origen en este plan. Su fracaso, una y otra vez, ha estado determinado por la incapacidad para generar un movimiento opositor dentro de Cuba que legitime estas acciones y justifique, en última instancia, la invasión del país. El fracaso de la Operación Mangosta determinó que los polos políticos cubanos quedaran definidos por el estrecho de la Florida.

A la altura de 1965, cuando resultan destruidas las últimas bandas contrarrevolucionarias que operaban en el centro de Cuba, la contrarrevolución desaparece prácticamente del escenario nacional. Concentrada en el exterior, sobre todo en Miami, además de la realización de eventuales ataques piratas contra las costas y embarcaciones cubanas y la ejecución de sangrientos actos terroristas en muchos países, estos grupos tendrán como prioridad el control de la comunidad de inmigrantes cubanos, ya que de ello depende su base política y social. Así evolucionan hacia la conformación del actual lobby cubanoamericano. Una evolución que transforma la naturaleza de la contrarrevolución en la medida en que la integra orgánicamente a la vida política norteamericana, pero que no cambia su composición clasista, toda vez que continúa actuando bajo la dirección y la inspiración ideológica de la antigua oligarquía cu-

vana, clase que logra reproducir su condición dominante sobre el resto del conjunto de los emigrados.

El cuento de que la oligarquía lo perdió todo como resultado de la revolución y que a costa de su ingenio y laboriosidad logró recuperarse desde la condición de humildes inmigrantes, constituye uno de los grandes mitos de la historia de la emigración cubana. En 1950, el capital privado de origen cubano depositado en Estados Unidos ya ascendía a más de 260 millones de dólares y, solo en el estado de la Florida, las inversiones de cubanos en bienes raíces alcanzaban los 100 millones de dólares. Según datos del Departamento de Comercio de Estados Unidos, las compras netas de valores y títulos estadounidenses por parte de cubanos reportaron más de 195 millones de dólares entre 1950 y 1955 y ese mismo departamento calculaba que en los siguientes cinco años de esa década se fugaron hacia ese país otros 130 millones. Estas cifras no incluyen el capital que emigró de manera ilícita como resultado de las operaciones de la mafia y de la estampida de la cúpula batistiana, la cual prácticamente vació las arcas de la nación.⁷

Avalados por esta capacidad económica y sus vínculos históricos con los grupos de poder estadounidenses, estos primeros emigrados asumen la dirección del movimiento contrarrevolucionario y resultan favorecidos por las inversiones de capital y las facilidades provenientes de la guerra contra Cuba. Han sido, en definitiva, los grandes beneficiarios de la función contrarrevolucionaria que el gobierno norteamericano asignó a la emigración cubana, una condición que relaciona privilegios con la continua reproducción de la beligerancia, y los que devienen clase dirigente del enclave cubanoamericano en la medida en que este toma cuerpo. De esta manera, se reproduce en la comunidad de inmigrantes cubanos la estructura social existente en Cuba antes de la revolución y tiene lugar el hecho insólito de la integración casi absoluta de la antigua oligarquía cubana a la sociedad norteamericana.

El papel dirigente de la antigua oligarquía cubana en el movimiento contrarrevolucionario determinó la naturaleza política de la contrarrevolución cubana, reprodujo su carácter antinacional y condicionó una estrategia restaurativa ajena a los intereses populares. Por lo demás, la emigración de familias enteras debilitó sensiblemente los vínculos afectivos de este grupo con el resto de los cubanos y su contacto cotidiano con el país, lo que unido al proceso de integración a la sociedad norteamericana, transformó su propia condición nacional.

7 Jorge Ibarra Cuesta: *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales*, op. cit., p. 87.

La legitimidad de la revolución se ha visto favorecida por la pérdida de legitimidad de su oposición en el exterior, en la medida en que la emigración cubana ha pasado a formar parte de la sociedad norteamericana. No se trata de una experiencia exclusiva de los inmigrantes cubanos, sino que responde a fenómenos relacionados con la composición multiétnica de la nacionalidad estadounidense, donde el proceso de integración de los individuos pasa por su pertenencia a un grupo étnico previamente aceptado por el conjunto social. Los cubanoamericanos continúan siendo cubanos desde el punto de vista étnico porque la sociedad norteamericana —como gustaba decir a Lourdes Casal— es como una sopa china donde todo está junto pero no mezclado, mas han dejado de serlo en su condición ciudadana, entendida como el sentido de pertenencia y fidelidad al país donde viven. Simplemente —contrarrevolucionarios o no— los cubanoamericanos son norteamericanos de origen cubano, igual que los mexicanoamericanos, los italoamericanos o los norteamericanos de origen anglosajón.

Dadas las facilidades que recibieron para su asentamiento, este proceso de integración de los inmigrantes cubanos transitó a una velocidad inusitada, y sus consecuencias ya resultaban apreciables en la década de los setenta. En esta coyuntura, ello fue un factor que debilitó la voluntad contrarrevolucionaria y condujo a que los grupos terroristas aumentaran el nivel de violencia en el seno de la comunidad, con el fin de mantener la cohesión y frenar las tendencias que abogaban por el restablecimiento de los contactos con Cuba.

Se trató de un proceso corto pero intenso, muy relacionado con la situación interna de ambos países y los nuevos rumbos que asumió la política exterior de Estados Unidos a partir de la victoria de Jimmy Carter. Su estrategia —contenida en las tesis de la Comisión Trilateral— consistía en superar la “crisis de la democracia” mediante un nuevo enfoque, el cual buscaba reconstruir la cooperación de los países capitalistas desarrollados para el manejo compartido de los problemas globales, aceptar el reto de la “coexistencia pacífica” con el bloque socialista y disminuir los focos de tensión regionales. En lo referido a América Latina, se distinguían los casos de Panamá, Chile, Nicaragua y, claro está, Cuba, con la cual —aunque no se restablecieron relaciones diplomáticas oficiales— se creó un mecanismo de comunicación bilateral mediante la apertura de las llamadas “secciones de intereses”.

Por la parte cubana se aprovechó el momento para liberar a miles de presos políticos, se restablecieron los contactos con la emigración cubana y, en general, se creó un entorno que favoreció significativamente el mejoramiento de las relaciones entre los dos países.

No obstante, ya para finales del mandato de Carter el deterioro de estos avances resultaba apreciable. En parte fue el resultado de los conflictos que generaba el internacionalismo cubano, pero, sobre todo, fue el reflejo de la explotación del tema de Cuba con fines electorales, como resultado del vuelco hacia la derecha generado por la ofensiva neoconservadora que culminó con la victoria de Ronald Reagan en las elecciones de 1980.

Para Cuba, el triste final del período cartiano fue la llamada crisis migratoria del Mariel. El propio Carter pagó el precio de la demagogia encaminada a alentar la emigración indiscriminada de cubanos, junto con la toma de los rehenes en Irán y las persistentes dificultades económicas internas, el arribo masivo de estos inmigrantes a las costas de la Florida inhabilitó las posibilidades de reelección del presidente. También tuvo en Cuba profundas repercusiones políticas, toda vez que sacó a flote contradicciones subyacentes en el seno de la sociedad y dieron forma a un tipo de emigración distinta a la anterior, tanto en su condición clasista, como en la experiencia de vida de los sujetos envueltos y sus relaciones con el resto del país. La emigración del Mariel, definida injustamente por ambos bandos como “antisociales” y “escorias”, fue resultado tanto de las medidas desestabilizadoras emprendidas por Estados Unidos, como de las debilidades del esquema político que había adoptado la revolución en ese período.

A principios de la década del setenta, la Revolución cubana había emprendido lo que se llamó el “proceso de institucionalización”. Este consistía en reorganizar el Estado revolucionario, superar la improvisación de los primeros años y adecuar el sistema a las necesidades de integración económica con el campo socialista. Los resultados de este proceso fueron desiguales y, a veces, contradictorios. Avanzó la economía, mejoraron los servicios, aumentó el bienestar material y se disfrutó de un nivel de estabilidad y confianza que sirvieron de respiro a las tensiones vividas hasta entonces. Al mismo tiempo, se importaron muchas de las incongruencias del sistema remunerativo y administrativo del antiguo campo socialista, se abandonaron valores y métodos propios de la Revolución cubana, se generalizó la burocratización y el dogmatismo, se limitó el debate público y la mediocridad y el oportunismo impusieron su regla en muchos aspectos de la vida. El “modelo soviético” de socialismo devino paradigma irreprochable para muchos y de manera velada, pero consistente, algunos renegaron de los “idealismos” relacionados con el apoyo al movimiento revolucionario en América Latina.

Sin embargo, mientras esto ocurre, el país se involucra en operaciones internacionalistas de mayor envergadura. Cientos de miles de cubanos participan en las guerras de Angola y Etiopía, y la solida-

ridad cubana resulta decisiva en la liberación de Namibia y en el fin del *apartheid* en Sudáfrica. La influencia de la Revolución cubana se compara con la de las grandes potencias y se beneficia con el triunfo de los sandinistas en Nicaragua, la propagación del movimiento guerrillero en Centroamérica y el derrocamiento del Sha en Irán. Cuba asume la presidencia del Movimiento de Países No Alineados y las ideas revolucionarias muestran un apreciable progreso, el cual se interrumpe cuando los soviéticos cometen el error histórico de invadir a Afganistán y ello facilita la consolidación de las fuerzas de extrema derecha dentro y fuera de Estados Unidos.

Bajo un aparente monolitismo —real en buena medida para lo referido a la defensa frente a la agresión externa—, el pueblo cubano vivía bajo la influencia de dos tendencias distintas en lo referido a los objetivos del socialismo y los instrumentos ideológicos y organizativos utilizables para su construcción y desarrollo. En ocasiones, estas tendencias se identificaban con dirigentes e instituciones, pero en la mayor parte de los casos simplemente vivían mezcladas en el ideario y la conducta popular, coexistiendo en una dinámica ideológica muy compleja. Paradójicamente, este eclecticismo resultó la tabla de salvación del socialismo cubano, ya que fue un freno para la universalización de posiciones que resultaron letales para el sistema en Europa del Este y en la propia Unión Soviética.⁸

En 1986, Fidel Castro criticó públicamente estas desviaciones y la revolución emprendió el llamado “proceso de rectificación de errores y tendencias negativas”. Ello consistía en una revisión a fondo del sistema socialista cubano, pero resultó interrumpido en su dirección original por la crisis que provocó el desmoronamiento del campo socialista europeo. Denominada en Cuba —no sin cierto eufemismo— como “período especial”, esta crisis inauguró una nueva etapa para el proceso revolucionario cubano y puso a prueba, como ningún otro momento, la capacidad de la revolución para sobrevivir prácticamente aislada y en conflicto activo con el orden mundial vigente.

A los problemas heredados de la antigua condición neocolonial, ahora se sumaban los errores de la propia experiencia socialista y las dificultades que a escala planetaria, y en particular para Cuba, provocaba el poder unipolar alcanzado por Estados Unidos. El sueño kennedyano de un imperio global se había hecho realidad, nadie ser-

8 Diversos investigadores cubanos han abordado el estudio de este período y en diversos foros se ha discutido al respecto. A los efectos de este trabajo, resultó muy útil volver a revisar los artículos de Fernando Martínez Heredia recopilados en el libro *Corrimiento hacia el rojo* 2001 (La Habana: Editorial Letras Cubanas). En particular “Izquierda y marxismo en Cuba”, tomado de *Temas* N° 3, La Habana, octubre-diciembre de 1995.

vía ahora de contrapeso a la hegemonía norteamericana. Se declaró el fin de la historia y el mundo aparentaba no tener otra opción que la de respetar los designios norteamericanos.

De nuevo Cuba aparece como la gran excepción. Su situación no es comparable a la de los países socialistas asiáticos que sobreviven en un contexto geopolítico diferente. Brusca e inesperadamente ha desaparecido el sistema de relaciones que servía de base a su economía, así como el entorno principal de su inserción en la política internacional. Más importante aún, a los ojos de la mayoría de las personas se desprestigia el socialismo como alternativa del capitalismo y resultan validados los presupuestos de la guerra fría, provocando un tremendo desaliento en el movimiento progresista internacional y la euforia de las fuerzas contrarrevolucionarias en todo el mundo.

El país enfrenta entonces la crisis económica más profunda de su historia. Los niveles de consumo y los recursos materiales descienden dramáticamente, se interrumpen los planes de desarrollo y la población vive un período brutal de escasez. La mayor parte del día no hay electricidad y muchos duermen a la intemperie para escapar del calor sofocante, se inventan platos con la corteza de la toronja e infusiones y ensaladas con plantas silvestres que pocos animales consumen, se hacen planes oficiales para la llamada “opción cero” —que significa nada— y se prevé la instalación de ollas públicas en las esquinas para brindar comida a la población en caso necesario. Prácticamente desaparece el transporte público y la gente camina o monta bicicleta para llegar al trabajo. Científicos, médicos, profesores y artistas prestigiosos se suman al maratón cotidiano.

No existe otra convocatoria posible que no sea el llamado a la resistencia, casi por la resistencia misma. La cohesión se sostiene a partir de la confianza en la revolución y la desconfianza que inspira la contrarrevolución. Ante la destrucción de presupuestos que se consideraban inalterables y el desbarajuste del sistema institucional —sobre todo en el área productiva—, la figura de Fidel Castro se consolida como el principal asidero de las esperanzas populares. De todas formas, la incertidumbre dispara los niveles de religiosidad, especialmente de las religiones sincréticas cubanas, toda vez que sus santos ofrecen soluciones y están obligados a cumplir con sus compromisos.

Las tensiones migratorias aumentan. Los Estados Unidos alientan la emigración ilegal como otro factor de desestabilización y sus guardacostas recogen a los “balseros” a pocas millas de la costa. Se producen incidentes por el secuestro de embarcaciones comerciales y víctimas en varios enfrentamientos. El gobierno cubano decide permitir la salida por mar de aquellos que lo deseen; y la crisis que genera la avalancha de emigrantes conduce a los

acuerdos migratorios de 1994. Aunque las violaciones por la parte norteamericana han sido frecuentes y el problema de la emigración ilegal no ha sido resuelto, estos acuerdos todavía constituyen una excepción en las relaciones entre ambos países.

Pocos imaginaron que Cuba sería capaz de superar esta crisis. Incluso buena parte de la izquierda internacional previó un entierro anticipado de la Revolución cubana. Ni qué decir de Estados Unidos, el cual creyó que bastaba con un “empujoncito” y convirtió en ley extraterritorial las medidas tendentes a recrudecer el bloqueo, impedir las inversiones de terceros y promover la contrarrevolución dentro y fuera del país.

En Miami se desempolvaban los planes restauradores de la vieja oligarquía cubana y la euforia contrarrevolucionaria revivió infinidad de grupos ya agónicos, que reclamaban su pedazo en el pastel. Muchos gobernantes se apresuraron a recibir delegaciones miamenses en calidad de “futuros gobernantes de Cuba” y se hizo costumbre que cualquier personalidad que llegara a la isla visitara a los disidentes como salvoconducto para el porvenir. Un periodista del *Miami Herald* ganó un premio Pulitzer por un libro donde se aventuraban los “últimos días de Fidel Castro”.

Aunque superada en sus consecuencias más asfixiantes, la crisis aún se manifiesta en ciertos aspectos de la economía nacional y dejó secuelas ideológicas todavía presentes en el sistema socialista cubano. Los niveles de equidad antes existentes —a veces doctrinalmente excesivos y ocasionalmente ya violentados por métodos extraeconómicos— resultan alterados por razones que no siempre están relacionadas con el aporte social de las personas. La incapacidad del salario para satisfacer a plenitud la canasta familiar —a pesar del subsidio estatal a las necesidades básicas— ha tenido consecuencias éticas mediante la justificación a escala social de ciertos niveles de corrupción, también demerita la importancia del esfuerzo y la preparación personal como factores de éxito y facilita la extensión de ciertas formas delictivas y conductas denigrantes, las cuales —si bien son comunes en otros países y muchas veces resultan exageradas por la prensa internacional— en el caso cubano son justamente inaceptables para el modelo de sociedad que preconiza la revolución. Más importante aún, expectativas económicas legítimas de muchos jóvenes, por lo general profesionales educados por el propio sistema, no siempre encuentran satisfacción dentro del mercado laboral, lo cual desvaloriza profesiones indispensables, trastoca valores y estimula la emigración de personas altamente calificadas.

A pesar de estos inconvenientes, la superación de la crisis al nivel actual constituye un hecho solo explicable a partir de la cohesión

creada por la revolución y las virtudes del sistema socialista. Hubo escasez, pero no hambruna; desempleo sin enajenación; tensiones, pero no revueltas; y, mucho menos, represión generalizada, como hubiese sido normal en el resto del mundo. El sistema de salud se mantuvo en los peores momentos y las escuelas continuaron funcionando aunque fuese con papel y lápices “recuperados”. Aunque ignorado en muchos casos por los intelectuales “bienpensantes” de la izquierda —como gusta llamarlos Alfonso Sastre—, la repercusión de tal desenlace ha sido debidamente comprendido por el imperialismo. La moraleja es que se puede vivir en otro mundo.

De hecho, la Revolución cubana existe prácticamente enajenada de los mecanismos reguladores de la economía internacional. No tiene acceso a los organismos financieros ni a préstamos o créditos estatales significativos, las inversiones extranjeras son escasas debido a las presiones de Estados Unidos, su mercado natural y buena parte del resto del mercado internacional le está vedado por las condiciones del bloqueo, el cual también la obliga a comprar más caro que los demás. Ni siquiera puede utilizar el dólar en sus transacciones comerciales.

La economía cubana se abrió a la inversión extranjera sin recurrir a las privatizaciones desenfrenadas, y muchas veces recibió el capital que la globalización neoliberal desplazó de sus países respectivos. Paradójicamente, el interés por el mercado cubano creció incluso en Estados Unidos, hasta convertir a los empresarios norteamericanos en importantes opositores al mantenimiento del bloqueo económico. El turismo llegó a ser la principal industria de la nación, a pesar —o gracias— a la propaganda desatada contra el “infierno comunista”. Se alcanzó autosuficiencia energética —al menos para la generación de electricidad—, los resultados de la industria biogenética son reconocidos mundialmente y se realizó una transformación integral de la agricultura, convirtiendo en cooperativas a la mayoría de las granjas estatales y abriendo el mercado agropecuario a las leyes de la oferta y la demanda.

A pesar de la cantidad de recursos puestos a su disposición y la enorme difusión de sus actividades en el exterior, ni siquiera en las condiciones generadas por la crisis la contrarrevolución ha logrado tener un avance significativo en el entorno cubano. Su protagonismo en Estados Unidos depende más de los manejos electorales domésticos que de su impacto real en Cuba y, en última instancia, lo que se discute es la voluntad intervencionista norteamericana y no la capacidad de estas fuerzas para derrocar por sí mismas a la revolución.

De este esfuerzo se ha beneficiado la llamada “disidencia interna”, grupos que viven al amparo de la propaganda internacional y que, en la mayoría de los casos, sirven de manera directa a los

planes norteamericanos. Ello los enajena del debate político nacional, no exento de contradicciones y discrepancias, pero resultantes de un fenómeno distinto, ubicado de manera lógica dentro del propio proceso revolucionario.

De cualquier manera, ha sido tal el fracaso de esta política que ya el gobierno de Estados Unidos refiere el conflicto hacia el futuro y las esperanzas de destruir la revolución se proyectan hacia la “Cuba post-Castro”. Se parte del supuesto de que la ausencia del líder romperá la cohesión del pueblo y debilitará su capacidad de resistencia. En otras palabras, sin Fidel Castro, la revolución perderá su legitimidad y resultará más vulnerable frente a los planes de Estados Unidos. De esta postura, en apariencia resultado del pragmatismo norteamericano, se infiere que nadie idolatra más al líder cubano que sus propios enemigos. Como ocurrió con el Che, corren el riesgo de pagar por ello el precio histórico de la trascendencia multiplicada de su imagen, deificada para siempre en el ideario popular.

Esta proyección futurista de la contrarrevolución deja establecida la vigencia de la Revolución cubana como un proceso antineocolonialista que no ha concluido. Su supervivencia no está dada por decreto, dependerá de la sabiduría de los futuros revolucionarios cubanos para adecuar sus metas e instituciones a las exigencias de las nuevas coyunturas, mantener el consenso popular alrededor del proyecto revolucionario y estimular la voluntad de defenderlo a toda costa, incluso frente a la siempre latente intervención armada. Si ha sido la legitimidad el freno al belicismo norteamericano, ella dependerá de avanzar cualitativamente en el desarrollo del país, no en un sentido consumista, sino en la creación de las condiciones materiales y espirituales que permitan una mejor realización del ser humano y posibilite retribuir a los individuos como corresponde, según su aporte a la sociedad, premisa conceptual del socialismo.

También dependerá de la solidaridad internacional y del avance de las fuerzas revolucionarias en el mundo. El enfrentamiento con Estados Unidos condiciona la “revolución necesaria” en términos prácticos y también su sentido estratégico. La globalización neoliberal y la “guerra contra el terrorismo” —más peligrosa que la guerra fría, porque no tiene fin ni fronteras que la restrinjan— están ahora enfocados exclusivamente contra el Tercer Mundo y constituyen dos procesos orgánicamente integrados a las necesidades del capital transnacional norteamericano y su proyección cada vez más militarista.

A pesar de que este sistema de dominación genera contradicciones que, a la larga, resultarán insalvables, nada indica que la “revolución mundial” esté a la vuelta de la esquina. Lo más probable es que los cambios transiten un proceso largo y doloroso, con avances y

retrocesos, a partir de un movimiento amorfo y desarticulado que se exprese mediante la rebelión de pueblos y comunidades muy diversas, poniendo poco a poco en crisis los mecanismos de gobernabilidad establecidos y dando forma a una “nueva izquierda”, que asuma la toma del poder político desde una perspectiva revolucionaria y popular.

Aún así, la Revolución cubana no ha perdido su condición de modelo para la revolución del futuro. Los métodos que adopten otras revoluciones para alcanzar el poder y reorganizar el país serán tan diversos como sus condiciones específicas, pero su naturaleza anti-neocolonial —ahora un factor común a todos como resultado de la propia globalización del imperio— determinará iguales objetivos y serán muy similares las tareas básicas a realizar con vistas a controlar el patrimonio nacional, distribuir con más equidad los recursos del país, satisfacer las necesidades básicas de la mayoría, enriquecer el acervo cultural de sus pueblos, garantizar la soberanía de la nación y construir el consenso popular que requiere el proyecto revolucionario.

De la misma manera tendrán que enfrentar la oposición sin tregua de sus adversarios, ahora fortalecidos por la consolidación de la hegemonía norteamericana. Como siempre ocurre, el carácter violento o pacífico de estos acontecimientos no dependerá de los revolucionarios, sino del poder establecido y la reacción contrarrevolucionaria. Nadie puede asegurar que, frente al eventual desplome de los “gobiernos democráticos”, el imperialismo no recurra de nuevo a las dictaduras para salvar al sistema. En realidad las teorías contrainsurgentes están tan vivas como antes, solo que ahora, además, utilizan armas inteligentes.

En este contexto, la Revolución cubana constituye la única evidencia viva de que el proyecto revolucionario es posible y que, aun siendo todavía una excepción, no es un caso excepcional, como apuntara el Che. Tiene que ver con la proyección de un pensamiento que no se limita a la crítica de lo existente, sino que se plantea la toma del poder político para transformar la realidad. Ello conlleva la voluntad de pagar el precio que exige el intento y asumir los excesos y desaciertos implícitos en su realización práctica. En resumen, entender la revolución con la radicalidad que imponen las exigencias del triunfo.

Todavía, cuarenta y cinco años después que los entonces jóvenes guerrilleros bajaran de las montañas, y en el mundo se pusieran de moda sus barbas y sus melenas en señal de rebeldía, en la Revolución cubana se refleja el dilema que enfrenta el futuro de la humanidad. Por lo menos es el dilema de este mundo nuestro, que no es el tercero, sino el único otro que existe.

Ideología, cultura e identidad

.cu

Isabel Monal

LA HUELLA Y LA FRAGUA: EL MARXISMO, CUBA Y EL FIN DE SIGLO*

EN EL OCASO DEL SIGLO que se cierra el marxismo se enfrenta a dos desafíos monumentales. El primero, inesperado, es el de su existir mismo, y el segundo, de exigencia permanente, el de desarrollarse creadoramente.¹ Claro que ambos retos están íntimamente imbricados: sin la segunda condición difícilmente pueda producirse la primera. Sin embargo, el asalto contra el marxismo es hoy —particularmente después del colapso del socialismo en Europa del Este— de tal envergadura que su existencia ha llegado a estar en juego, y ello incluso con independencia de su capacidad para autorregenerarse. Imprevisible giro de los acontecimientos si se tiene en cuenta que el

* Isabel Monal 1995 “La huella y la fragua: el marxismo, Cuba y el fin de siglo”, tomado de *Temas*, N° 3, julio-septiembre, La Habana, pp. 5-15.

1 El presente artículo se inscribe en un proceso exploratorio sobre el marxismo, su crisis y vigencia en el marco de los problemas de fin de siglo, iniciado en 1992 con el texto publicado por la revista *Dialektik*, editada en Hamburgo, y continuado con los textos preparados para *Contracorriente* (Véase Isabel Monal, “Complejización de la concepción materialista de la historia en Marx”, *Contracorriente*, La Habana, 1(1), julio-septiembre, 1995, pp. 41-50) y para una intervención en el taller sobre el Paradigma Socialista organizado por el Instituto de Filosofía. Entre las próximas estaciones estaría una reflexión sobre la problemática de las ambiguas y contradictorias relaciones entre ciencia y utopía dentro del marxismo.

siglo XX ha sido, en gran medida, el siglo de Carlos Marx, cuya visión crítica-analítica y anticipadora hizo de su teoría —para seguir la conocida expresión de Sartre— la filosofía “irrebasable” (*indépassable*) de nuestra época. Una cuestión de fondo que se plantea es si las insuficiencias y errores cometidos a lo largo de la historia real del movimiento revolucionario y del socialismo bastan para explicar y justificar la profunda crisis que afecta al marxismo, al punto de poner en tela de juicio su pertinencia —amenazada en cierta medida inclusive en Cuba— o si, como ha ocurrido otras veces en la historia, la formidable ola de derechización planetaria da también cuenta de este retroceso, el cual, si no logra dismantelar totalmente al marxismo, intenta al menos desarmarlo.²

Claro que la crisis actual del marxismo es inseparable de su historia y del peso de su propia tradición. La vigencia del marxismo se presenta como una cuestión íntimamente ligada al proceso que va desde sus orígenes y ulterior desarrollo hasta los más recientes avatares del movimiento revolucionario. El estado actual resulta, pues, inseparable de la huella que ha dejado su movida historia, donde no escasea la regeneración de retos inéditos. Es precisamente esa historia compleja, plena de paradojas y de alzas y bajas la que, en sus desplazamientos recientes, ha creado un puntal justificativo fundamental para el sostenimiento de las posiciones que ignoran o, más directamente, se oponen al marxismo.

En rigor, no obstante, la historia real del marxismo es de continuo contrapunto entre tendencias diversas y, a veces, contrapuestas. Los modos reformistas y los escolásticos parecen definir el contorno de su evolución; cada uno de ellos, en sus expresiones diversas y matizadas, ha encontrado, a su vez, motivaciones y justificaciones en la existencia y pujanza del otro. Como se sabe, el dominio en el plano de las ideas de uno o de otro ha sido muy variable tanto en el tiempo como en las localizaciones geográficas. Lamentablemente, pocas veces se ha contado con análisis serios y bien documentados de las raíces y resultados de las hegemonías oscilantes. El stalinismo, cabe recordar, exageró el peligro de las manifestaciones reformistas e idealizantes para tratar de arrancar de raíz cualquier “veleidad” que no se aviniera en sus más mínimos detalles al sistema cerrado y fijo en que había convertido al

2 No puede dejar de constatararse la triste ironía que significa la posición asumida por Derrida en su reciente libro sobre el marxismo (véase Jacques Derrida, *Spectres de Marx*, París, Editions Galilée, 1993), mientras que en nuestra isla de luz proliferan las tendencias excluyentes. No es que el destacado filósofo francés se haya convertido al marxismo, sino que es la comprensión lúcida de que Marx no ha muerto (existe una versión abreviada del texto de Derrida en *New Left Review*, (205), marzo-junio, 1994, pp. 31-58).

marxismo. Y el estereotipo y vulgarización que de ello resultó (entre otros defectos) ha servido también para lanzar estocadas más o menos profundas, y a veces poco rigurosas, a tesis y paneles fundamentales del marxismo; muchas de las formulaciones neoidealistas no se inhibieron, en esa tarea, de elaborar adulteraciones en contraposición con los elementos documentales disponibles, como fue el caso, por citar un ejemplo, de la corriente antiengelsiana promovida por ciertas variantes muy extendidas en las décadas del sesenta y del setenta —sin excluir a Cuba— del llamado “marxismo occidental” y uno de cuyos promotores fue Lucio Colletti, cuando todavía se consideraba marxista. La manera abusivamente simplista con que en ocasiones se ha llevado a cabo la batalla contra el marxismo vulgar y escolástico no ha podido brindar la base sólida que la renovación del marxismo demandaba, ya que el camino abierto por tales simplificaciones concluyó a menudo en recaídas neoidealistas y reduccionistas de nuevo tipo. En realidad, es difícil imaginar que la ingente tarea que hoy enfrentamos pueda realizarse desde tales posiciones, reduccionistas también a su manera, las cuales tampoco han podido liberarse de las interpretaciones y juicios esquemáticos sobre la compleja trayectoria del marxismo. Por razones igualmente difíciles de explicar, existe la tendencia que identifica unívocamente el marxismo vulgar con el dogmatismo. Ciertamente este fenómeno ha constituido un hecho real y dominante en la historia del marxismo y del leninismo que ninguna visión verídica del problema puede negar. De lo que se trata más bien es de tener presente que, desde el punto de vista de la historia de las ideas, ninguna corriente de pensamiento está apriorísticamente al abrigo de la dogmatización; una deformación, por lo demás, que depende de la confluencia de un conjunto de circunstancias que no son solo teóricas. El hegemonismo dogmatizante del neoliberalismo actual, que algunos han bautizado con lucidez como “pensamiento único”, está ahí para recordarlo; y las formas neoidealistas, voluntaristas y reformistas del marxismo no son tampoco una excepción. En el fondo de casi toda tendencia dogmatizante encontramos, al menos, un triple error de origen: la tendencia reduccionista y simplificadora de la teoría a pesar de la complejidad y riqueza de la realidad, la confianza excesiva en el propio saber y la entronización de autoridades (inclusive ilegítimas) absolutas. La confección de dogmas y simplismos parece ser pues un peligro en constante acecho que no solo puede venir de la tradición (en cualquiera de sus variantes), sino que puede acechar dentro del propio proceso de renovación y desembocar en nuevas formas afirmativas. El simplismo parece también estar relacionado con la falta de sistematicidad y la frecuencia con que se buscan las soluciones en las negaciones en bloque y en los virajes oportunistas a las modas intelectuales.

El marxismo es hoy él y su historia. Y esto es así debido al peso que esta historia tiene en su crisis y vigencia, en su *estatus* actual y en sus posibilidades de renovación. Desgraciadamente su historia se conoce poco y en ocasiones casi nada. Si a ello se agrega el también insuficiente conocimiento de los clásicos y la renuncia a releerlos a la luz de cien años de experiencia, entonces puede resultar que la “superación” de las insuficiencias y de los errores históricos concretos constituya una tarea preñada de recaídas. Esta deficiencia que es casi planetaria, en Cuba anonada por su extensión inesperada e injustificable. Este desconocimiento histórico se siente estimulado, fuera de los marcos académicos, por la inexplicable tendencia a relegar el peso de la historia que ocurre fuera de nuestras fronteras y con la que el país interactúa ininterrumpidamente. El manejo adecuado y riguroso de la historia del marxismo (en su proyección nacional, regional y universal) es decisivo en el trabajo serio de renovación y fragua, esencial en el proceso de necesarias recuperaciones y urgentes desarrollos. Esta historia debe, si es bien utilizada, confirmar la conveniencia y validez de proceder tomando en cuenta la historicidad del conocimiento y con ello preservarse contra las certezas excesivas y las perennidades injustificadas. Esa historia muestra también, entre otras muchas cosas, a dónde puede conducir el intento por encerrar la dinámica social en los moldes rígidos de un socialismo inexplicablemente estático y definitivo en las formas específicas de un momento histórico determinado.

En otro orden de cosas, es difícil imaginar mediante qué lógica cognoscitiva pudo el marxismo ser aprovechado para sustentar una tal concepción del socialismo en absoluta y flagrante contradicción con las divisas más elementales de la concepción elaborada por Marx y Engels. Si una archiconocida afirmación insistía en el papel de la contradicción en el movimiento, ¿por qué debía entonces el socialismo temer a la saludable existencia de un cierto nivel de contradicciones inherentes a toda sociedad, lo que constituye un elemento clave de la dinámica progresiva? ¿A partir de qué argumentación creíble debía el socialismo ser una sociedad con escasa o ninguna dinámica, donde por un supuesto estado de casi beatífica perfección estaba al abrigo de recibir modificaciones de envergadura? La estereotipia y el dogma de la práctica estaban justificados, entonces, por un estado similar de la teoría.

Claro que no se puede dejar de notar la repercusión que en este sentido tienen los éxitos reales o imaginados de una teoría y de una práctica social y política; sin duda estos éxitos tienden a reforzar la idea de absolutos y perennidades; lo contrario también produce ese resultado a la inversa. Esta lógica de los acontecimientos ayuda a explicar, en parte, el auge de que gozaron el marxismo y el leninismo en las décadas del sesenta y parte del setenta, llegando inclusive a convertirse

en una moda política e intelectual. El fin de siglo asiste al fenómeno inverso, producido en gran medida por el doble efecto del colapso del socialismo europeo y del fracaso de su renovación, donde predominó una óptica socialdemócrata que encontró sustento en el rechazo al marxismo escolástico dominante. Como he señalado en un texto anterior,³ es la conjunción de ambos procesos (fracaso del socialismo real y de su renovación) y no solo del primero, como de modo simplista se acostumbra a señalar, lo que produjo el descalabro. Solo una visión ingenua puede dejar escapar el significado ideológico de esa ausencia casi absoluta del segundo conjunto de errores en los análisis; igualmente, se echa de menos el sentido clasista de la mayoría de esos movimientos de reformas, cuyos antecedentes socialdemócratas ya estaban presentes desde años atrás en la vida política de los países socialistas europeos, no solo entre amplios sectores de la población, sino también entre los políticos (burócratas o no), académicos e intelectuales.⁴ Este descalabro ha sido decisivo en el auge del nuevo absoluto no-marxista o antimarxista, idealizante y neoliberal; claro que no todo no-marxismo es neoliberal, pero no por ello deja de significar una inversión de signo también eternizante de negación del marxismo y del leninismo.

Las crestas revolucionarias crean sus absolutos y las reaccionarias también. Claro que no se puede dejar de observar que nunca antes las fuerzas revolucionarias habían asistido a una ola de semejantes proporciones planetarias. Sin duda el mismo fenómeno de creciente internacionalización e interdependencia ha resultado determinante en ese alcance. Pocos puntales quedan todavía en pie, aunque inclusive a ellos haya llegado, como en el caso de Cuba, la ola desmanteladora del marxismo. Junto con los ciclos de ascensos y descensos, no puede dejar de señalarse que, tal y como lo señaló Rosa Luxemburgo a principios de este siglo, los momentos de auge también tienen sus centros geopolíticos cambiantes de estímulo y referencia. Algunos de estos polos políticos fueron Francia y luego Alemania, como ella misma indicó; obviamente la fuerza del éxito del Octubre leninista ubicó ese centro por décadas en la URSS. Ahora la historia es más compleja, pero Cuba es sin duda hoy una de esas referencias geopolíticas. La tarea en el plano práctico y teórico es inmensa y una condiciona a la otra. No obstante, visto el *estatus* del marxismo y del leninismo

3 Véase Isabel Monal, "Auf dem Weg zu einer Weltgesellschaft?", *Dialektik*, (3), 1993, pp. 9-16.

4 Un argumento frecuente en el debate era precisamente considerar a la presente época como aquella de la socialdemocracia. A ello se unía la insistencia en que la perestroika no corría peligro desde la derecha y que el único enemigo a abatir era la sociedad autoritaria y burocrática dominante.

en el país, con su tremenda impronta en la filosofía y en las ciencias sociales, cabe preguntarse si sabremos estar a la altura del desafío histórico. Hay que plantearse seriamente si es posible tamaña hazaña si se sigue renunciando al marxismo, y si se puede realizar esa tarea desde los voluntarismos o desde algunas de las variantes empiristas de la sociología contemporánea; o, dicho en otras palabras, si todo ello es posible aceptando la tesis de que el materialismo histórico, y la teoría de la revolución a él unida, ha caducado definitivamente. ¿Puede acaso cuajar ese estímulo geocéntrico y lograr la amplitud y profundidad que el mundo necesita si el mismo se circunscribe a una práctica concreta sin el quehacer concomitante de la teoría? Son estas, claro está, cuestiones de sentido y dimensiones distintas, pero todas pertinentes.

No parece tampoco ser casual el hecho de que la profunda crisis del marxismo y del socialismo haya puesto en el orden del día político y teórico el regreso a diversas formas de referencia y fundamentación neoutopistas, cuya pujanza es de tal envergadura que casi se puede hablar de un *boom* de la noción, similar a la que gozaron las diferentes tendencias y escuelas del utopismo a mediados del siglo XIX. Este retorno, lleno de matices muy diversos, resulta bastante complejo y no se puede mencionar sin recordar, a su vez, los excesos del reclamo sobre el carácter científico del marxismo. Excesos que llevaron a los esfuerzos de renovación operados desde posiciones estructuralistas, a los extremos inauditos de una historia sin sujeto, como ocurrió con algunos seguidores de Althusser en Latinoamérica. La crítica al rupturismo althusseriano no debe, sin embargo, ocultar el servicio rendido por el filósofo francés a la preservación del marxismo como ciencia. Las concepciones científicas (dentro o fuera del marxismo vulgar) estuvieron en gran medida en la base de la confianza absolutizante que argumentaba que puesto que la historia estaba de nuestra parte, nada ni nadie podría echar hacia atrás la rueda del devenir. Aquella confianza del metafisismo científico en su frecuente interpretación de los errores como simples accidentes de un grandioso proyecto de evolución que se impondría impetuosamente sin que la actuación de los hombres tuviera mucho que ver con ello, desembocaba, de hecho, en una forma *sui generis* de desarmar al marxismo. Faltaba, entre otras cosas, la conciencia de los propios límites de la ciencia y de su carácter histórico y de los límites impuestos también por el grado todavía bastante incipiente de científicidad de la nueva concepción fundada por Marx y Engels; conciencia que ellos mismos tuvieron y que los condujo a rectificaciones frecuentes o a abstenciones notables como lo fue su escasa o casi nula anticipación de las características de la sociedad socialista. Observar las tendencias reales de la sociedad, indicaba entonces Engels con fuerza, una vez tomado el poder por la

clase obrera y destruida la maquinaria del estado burgués. El consejo de Engels implicaba también el reconocimiento de aquellos límites cognoscitivos y la negativa a caer en fórmulas utópicas o voluntaristas del “deber ser”. Toda esta historia muestra los peligros de no reducir sabiamente las pretensiones científicas al nivel y seguridad (relativa) del conocimiento alcanzado; algo muy lejos, en verdad, del grado logrado por otras ciencias como las de la naturaleza. Ello reflejaba asimismo una incompreensión del carácter reciente e incipiente de esa científicidad en el terreno de lo social y en la que un número significativo de los postulados de Marx y Engels no rebasaban el nivel de las hipótesis y, a veces, ni siquiera el de la opinión fundamentada. Pero el retorno al utopismo como “solución” a la crisis del marxismo o a la de sus excesos científicistas no es una salida a la cuestión planteada y, por el contrario, retrotrae la teoría a formas superadas por Marx, a la vez que renuncia a la comprensión de fondo y concluye desarmando al marxismo de sus aportes fundamentales.

El marxismo, la teoría revolucionaria por excelencia de nuestra época, trastocado de esa manera en *marxismo desarmado*, no es ciertamente el instrumento más afectivo para las luchas de las izquierdas. Existe, ciertamente, una manera marxista de superar este tipo de pretensiones científicas abusivas que radica fuera del retorno a las formas premarxistas y, en consecuencia, matizadas en ocasiones de voluntarismo. Y la aceptación acrítica de los utopismos, con su frecuente fundamentación ética, conduciría a errores probablemente más serios que los reclamos excesivos de la científicidad; lo que no es igual, obviamente, al reconocimiento de la importancia de los valores morales en la sociedad y de su función movilizadora de las comunidades y grupos sociales. En relación con toda esta problemática quizás resulte saludable la relectura de Labriola; de la tradición labriolista hay mucho que recuperar, y la menos importante de ellas no es precisamente la visión y defensa del marxismo como ciencia (sin las modificaciones rupturistas posteriores).

La búsqueda de una correcta y fructífera relación del marxismo con las diferentes tendencias de la sociología contemporánea se presenta como un elemento de referencia clave de su renovación. La ambigua y contradictoria relación que históricamente ha mantenido el marxismo con la sociología del siglo XX repercute inevitablemente en esta problemática. Este es un nexo en el que ciertamente no caben formulaciones generalizantes y abstractas, sino que ellas obligan, como pocas, a un análisis concreto y en detalle que no atañe al presente trabajo. Sí corresponde, no obstante, dejar sentado que en este caso también las posibilidades del desarme del marxismo, y en general de cualquier teoría social explicativa totalizadora, no es

una banalidad que autorice una desatención. La impronta más reciente de las concepciones sociales posmodernistas o de las ciencias políticas empiristas no hacen más que multiplicar los asaltos eventuales. No obstante, lo que interesa al objetivo del presente texto (que no constituye un análisis específico de estas cuestiones) es destacar la importancia y urgencia de establecer, desde una óptica marxista, las conexiones entre esas ramas del saber y el materialismo histórico; una tarea que las oscilaciones polares sobre esta relación aún no han permitido que cuajen. Inicialmente estuvo el conocido rechazo de la sociología y de sus contribuciones por parte del marxismo escolástico. En lugar de adentrarse en un análisis profundo que explorara la conveniencia y utilidad de formas de articulación, se produjo, en cambio, un rechazo simplista y primitivista, ignorante además del valor de las investigaciones y de los estudios empíricos que forman parte del aval sociológico. Los ensayos de sociología crítica, influidos por el marxismo, han brindado, por cierto, alentadores ejemplos del interesante campo ya abierto. Contrariamente, las tendencias a sociologizar el marxismo, o a cualquier teoría social totalizadora que se mueva en los niveles de una teoría general de la sociedad, se sitúan en las antípodas de ese otro esfuerzo. Los problemas metodológicos y conceptuales que permitan ir elaborando una constante interacción entre los diversos niveles de generalización desde la micro y la macro sociología hasta las generalizaciones más abarcadoras —en particular las del marxismo— han sido lamentablemente poco desarrollados como cuerpo conceptual específico. Sin duda es el propio marxismo el que más puede beneficiarse de este tipo de empresa, la cual tiene probablemente más perspectivas de alcanzar logros estables si se lleva a cabo por los propios marxistas; y para ello, no es ocioso insistir, un escaso conocimiento del marxismo que se haya marginado de la rica producción de los últimos años —incluyendo muchos textos de los clásicos desconocidos hasta épocas muy recientes—, no está en condiciones de promover esta impostergable línea de desarrollo. Claro que el discurso teórico es sumamente complejo y arranca al estudioso de la cómoda tranquilidad del discurso empírico solo más invulnerable en apariencia. Ningún tipo de nexo posible debe, pues, implicar una reducción del ámbito o la dimensión de la teoría, cuyo menosprecio finaliza paradójicamente rebajando la científicidad.

Cabe lamentar cómo en Cuba el apremio de los problemas concretos ejerce, desde los órganos de dirección intermedia, una presión que tiende a interesarse y a promover solamente las investigaciones aplicadas en detrimento de los problemas más de fondo, obstaculizando, con ello, el papel que Cuba puede y debe jugar en esta gran reflexión internacional.

Por otra parte, es el marxismo igualmente el que está en mejores condiciones para encarar, desde sus posiciones, la elaboración conceptual de los nexos entre sociología, ciencias políticas, economía, historia y filosofía. Los problemas de fin de siglo apremian, por su lado, la necesidad de un tal ejercicio diseñado más allá de la interdisciplinariedad, pero incluyéndola. En el siglo pasado era todavía posible imaginar un trabajo de proyección renacentista (aunque con insuficiencias) en las ciencias de la sociedad, como lo hicieron Marx y Engels; pero cien años de desarrollo y crecimiento gnoseológico hacen tal empeño imposible; el “hombre del renacimiento” de las ciencias sociales ya no puede sobrevivir.

Pero el fin del “renacimiento” en las ciencias sociales también repercute en las tareas del político. El trabajo conjunto de políticos y especialistas se hace inaplazable en este fin de siglo y contribuye a acrecentar, además, la vigencia y utilidad del marxismo. El mismo conllevaría la imbricación de funciones que no son opuestas sino complementarias, y realizables por el objetivo y la dirección del movimiento comunes, así como también por un diálogo no asimétrico que comprenda la necesidad de la teoría y la interacción con la práctica política. No es cuestión, por tanto, de un matrimonio de conveniencia antagónico. La realización seria y permanente del diálogo no debe bastar, sino que el mismo debe convertirse en objeto de reflexión y estudio para arribar a conceptualizaciones que permitan fraguar esta nueva dimensión del avance del conocimiento. Tener siempre presente, asimismo, que la relación de las ciencias sociales y la filosofía con la acción política no es equiparable ni similar a las que se establecen con las ciencias naturales; son relaciones con funciones y dimensiones diferentes porque las de las disciplinas sociales tienen que ver con la dirección misma de los acontecimientos y poseen con el nivel político un alto grado de interpenetrabilidad.

Una manera algo más sutil, pero evidente, de reducir la vigencia del marxismo se manifiesta en la creciente supresión del aparato conceptual del marxismo en la terminología en uso. Toda una batería de conceptos claves tales como “relaciones de producción”, “conciencia de clase”, “modo de producción”, “formación económico-social”, etc. tienden a desaparecer de los textos. El uso de una terminología menos “ideologizante”, más alejada de la idea de praxis revolucionaria, intencionalmente aséptica y neutra tiende a desalojar al aparato marxista. En el fondo se le da una estocada profunda, quizá sin buscarlo, a la teoría de la revolución —el alma misma del marxismo— y a la dimensión de crítica social de sus análisis. En consecuencia, la emancipación social, fruto de la nueva sociedad, es reemplazada por expresiones más vacías como “proyectos” sin denominaciones específicas, o

simplemente utopizantes como “esperanza”, “sueños”, etc. No se trata, por supuesto, en este caso, del lenguaje mediado de la comunicación y la movilización, sino de la terminología de una rama o disciplina del saber. Y menos aún se trataría de un inmovilismo de la terminología científica, sino más bien de los abandonos apriorísticos y de las incorporaciones acrílicas, sino también de un insuficiente análisis científico que condujera erróneamente a la desaparición de conceptos esenciales. De ese abandono puede resultar un lenguaje mellado que se retrotrae a la renuncia de “cambiar al mundo” por una supuesta asepsia científicista que solo “interpreta” el mundo. Es posible en muchos casos prever no el abandono o sustitución de una terminología sino su ampliación complementaria; es el caso mismo de “proyecto” en ciertas circunstancias, de “asimétrico”, o el de la llamada “socialización” del conocimiento; esta última puede ser complementaria de la de “conciencia de clase” pero no puede, en rigor, sustituirla; la conciencia de clase implica alguna forma o grado de socialización del conocimiento, pero la socialización no cubre el concepto de conciencia de clase, que va más allá y tiene otra dimensión. Por ello lo que pudiera ser un enriquecimiento teórico puede convertirse en neutralidad científicista si sustituye al tradicional concepto marxista tan esencial en la teoría de la revolución (incluyendo la construcción del socialismo).

Concomitantemente se ha producido en Cuba un proceso de desocialización del marxismo y del leninismo (al que no son ajenos los medios masivos de comunicación), ya por la desaparición referencial al mismo como por la supresión de su terminología. Los últimos años se han caracterizado precisamente por el avance de este proceso cuya gravedad parece innecesario resaltar aquí. Nada justifica, en realidad, que la necesaria inserción del país en el mercado internacional conlleve a una dudosa “inserción” en la producción ideológica.

Para vencer escollos y superar la crisis parece saludable apoyarse, y superar a la vez en un mismo gesto, la propia tradición marxista. Se trata del llamado, tantas veces repetido, al marxismo creador. Un marxismo que aporte elementos originales, pero que no confunda originalidad con originalismo a ultranza; este último desemboca en el callejón de la *fetichización epistemológica*, es decir, una forma de enajenación del proceso cognoscitivo. A la originalidad se llega después de un penoso y tenso proceso de gestación; es un resultado, no un punto de partida teleológico y apriorístico.

Cuando la originalidad se identifica con un aporte fundamental al conocimiento, como en el caso de algunos de los descubrimientos de Marx, las cuestiones epistemológicas ligadas a ese proceso científico pueden llegar a interesar, como en el marxismo, a la teoría misma que se ha elaborado. Fue Engels el que tuvo el mérito de compren-

der el alcance de estas cuestiones e integrarla a la nueva concepción como parte de su filosofía. Una de estas dimensiones concierne a los aspectos fundacionales de una nueva teoría, sus relaciones con los antecedentes y el elemento novedoso de creatividad que aporta. Aquí esa sensibilidad epistemológica de Engels (destacada oportunamente por Althusser) puede constituir una referencia inicial, por sus lúcidos análisis, sobre la contribución y originalidad de Marx; ella apunta —como he hecho observar en otro texto— hacia la idea de la superación (*Aufhebung*) y del salto que explora la unidad dialéctica de la continuidad y la discontinuidad. Si esto es correcto, entonces no habría cabida ni para una concepción rupturista (Bachelard, Althusser, Khun, Feyerabend) ni continuista del conocimiento (los empiristas neopositivistas y muchos marxistas vulgares).

Uno de los terrenos en los que, al parecer, la tradición marxista ha sido poco creadora y original concierne precisamente a la dimensión cosmovisiva del marxismo y a los avatares posteriores del materialismo dialéctico. Puede resultar infructuoso empeñarse en demostrar, como lo hizo la tendencia antiengelsiana, que el marxismo no comporta una *Weltanschauung*; esta vocación cosmovisiva recorre en realidad la obra de los fundadores, pero se halla, sobre todo, en la obra del autor del *Anti-Dühring*. Pocos temas dentro del marxismo han sido tan manipulados como este por las posiciones polares. El uso que el marxismo vulgar hizo de esta problemática y la consecuente dogmatización primaria de los análisis y conclusiones de los clásicos —que constituían más bien búsquedas exploratorias—, ha dejado una huella difícil de superar. Si Marx y Engels hubieran estado más seguros de los resultados (no de la proyección) de esta línea de su trabajo no los hubieran dejado engavetados como ocurrió con la *Dialéctica de la naturaleza* (y no solo porque quedó inacabada). En los antiguos países socialistas se llevaron a cabo algunos trabajos interesantes sobre la *Dialéctica de la naturaleza* como objeto de estudio, pero quizás sufrían de un exceso de celo por demostrar la veracidad ahistórica de los planteamientos de Engels, sin tener en cuenta que el primero que hubiera virado todo al revés, si el avance de las ciencias individuales así lo aconsejaban, hubiera sido él mismo. El hecho cierto es que la penuria en esta zona oscura del marxismo ha ido quedando como el campo abandonado por todos en significativo contraste con algunas corrientes anglosajonas actuales del pensamiento que parecen haber comprendido mejor que los marxistas que el hombre no puede renunciar a priori a la comprensión abarcadora del mundo natural. La pobreza del marxismo vulgar; unida a la defección de los “renovadores” formaban un contrincante de poca talla frente a los excelentes trabajos que legaron (a la filosofía y a la epistemología de las ciencias) las diversas posiciones de los neopositivistas

y de las tendencias analíticas en general. De desarrollarse una línea de trabajo en este sentido está claro que habría que partir, aunque muy cautelosamente, del *modus operandi* de los clásicos en estos asuntos, sin olvidar a Marx. Los textos de este al respecto, dispersos en la correspondencia, pero sobre todo contenidos en sus cuadernos de apuntes, no están todavía en su integralidad al alcance de los especialistas, pero las primicias que llegan a través de los que han tenido acceso a algunos de ellos anuncian —al menos para mí— una inquietante complicación del problema.⁵ Sin duda, la relación entre una *Weltanschauung* y las ciencias de la naturaleza se presenta como más problemática que otras relaciones, y no sería sorprendente si los estudios concluyeran que las concepciones de los fundadores sobre estas cuestiones forman parte del arsenal que menos ha resistido la prueba del tiempo, producto de los enormes adelantos de las ciencias naturales. Lo importante en este caso radica específicamente en la autenticidad de un desarrollo marxista y leninista en este sentido.

La cuestión de la relación entre las ciencias de la naturaleza y el marxismo no es más que uno de los aspectos problemáticos de la cosmovisión. Lo que busca poner sobre el tapete el presente texto es la conveniencia de esta línea de trabajo independientemente de las contradictorias conclusiones a las que se pueda llegar. Porque lo que está en juego, en el fondo, es la existencia de una *Weltanschauung* en Marx y Engels, sus características y contenido, para de ahí adentrarse en la pertinencia actual de este empeño. Por el objetivo del presente trabajo lo que me interesa resaltar es que esa cosmovisión era de intención dinámica y abierta, algo distinto de la filosofía anterior. La incompreensión de que se trataba de una cosmovisión de nuevo tipo (al igual que su materialismo) desvió la ruta de escolásticos y “renovadores”. Entre estos últimos (en algunos de los cuales hubo auténticos esfuerzos renovadores en otro orden de cosas) alcanzó aceptación la idea del “fin de la filosofía”, que en rigor antecedió, pues, a nuestra contemporánea del “fin de la historia”. Claro que por “fin” de la filosofía se entendía todo un complejo conceptual, pero su intención fundamental era no solo negar la existencia de una *Weltanschauung* en el marxismo (¡otra vez la ineptitud de Engels, y de Lenin, claro está!), sino la validez de esta dentro de una concepción que suponía rechazarla por su propia naturaleza. Esta tendencia se inscribía, por lo demás, dentro de una corriente más amplia que iba más allá del marxismo y que veía ese fin como el fin natural de una rama del saber que no tenía objeto de

5 Ver el incisivo y documentado artículo del filósofo marxista alemán Hans Jörg Sandkühler, “La signification épistémologique des sciences de la nature dans l’oeuvre de Marx”, *Actuel Marx*, (9), Primer Semestre, 1991, pp. 160-77.

estudio ni campo específico de operatividad. Por supuesto que el *Anti-Dühring* tuvo también la lectura que todos recordamos que hacía de Engels el enterrador de la filosofía. Quizás haya que agradecerle a una buena parte de la filosofía idealista burguesa de este siglo no haberle hecho caso a los enterradores marxistas y no-marxistas de la filosofía contribuyendo en parte (con ello) a que todavía esté viva aunque, como Penélope, haya que tejerla otra vez desde la óptica marxista.

Si Marx y Engels dedicaron tanto tiempo (en particular el último) a estos menesteres es porque lo consideraron esencial para los objetivos que se habían propuesto. Ahí radica la clave del asunto. Y hay que preguntarse por qué era tan necesario que una concepción que se proponía transformar el mundo requería una *Weltanschauung*. Ellos mismos, y Lenin, dieron algunas pistas, y Gramsci, por su parte, no dudó en precisar —a pesar de algunas de sus opiniones sobre aspectos específicos— que una concepción del mundo era un hecho político. Y no estaría de más agregar que un rechazo es también un hecho político.

No obstante, independientemente de los resultados a los que se pueda llegar, hay que resaltar la importancia que le dieron los fundadores a la obra de Darwin. Del trabajo del autor de *El origen de las especies* ellos extrajeron el valor que la teoría de la evolución tenía para la nueva concepción en su dimensión cosmovisiva. No solo la sociedad tenía una historia sino también la naturaleza; ello permitió retomar una añeja problemática del Marx de los *Manuscritos* de 1844 sobre la historicidad en un sentido abarcador y de la relación entre sociedad y naturaleza, ahora fuera, claro está, del antropologismo abstracto de los *Manuscritos*. Pero en un sentido general, fue más bien Engels el que con más pertinencia y ponderación parece haber analizado el trabajo de Darwin. El libro de Darwin reavivó también el interés por la temática de la relación entre el hombre y la naturaleza e impulsó a ambos amigos a subrayar la tesis del hombre en la naturaleza y como parte de ella. Es en esa dimensión que se replantea entonces la cuestión antropológica y donde se encuentran los atisbos de inquietudes ecológicas. Había, pues, múltiples razones que explicarían el constante interés de Marx y Engels por las ciencias de la naturaleza como parte del trabajo que llevaban a cabo.

En el proceso de conformación de una *Weltanschauung* de nuevo tipo, los fundadores del socialismo científico se apoyaron constantemente, como en el resto de su obra, en los resultados de las otras ramas del saber incluyendo la filosofía. Su idea de una concepción del mundo abierta y dinámica no significaba, sin embargo, la elaboración de un sistema ecléctico o incoherente y, menos aún, la construcción de un *collage*. Este intercambio con otras maneras de pensar se mantuvo durante todas sus vidas, inclusive cuando la nueva concepción estaba

ya conformada. Ello influyó en los ajustes constantes y las modificaciones necesarias a la luz de los avances del conocimiento, sin que importara de dónde venían estos. La relación del marxismo con otras formas del saber y del pensar, incluso de la filosofía, es una cuestión de la mayor importancia que debe empeñar una reflexión permanente, de una mayor actualidad, más aún si se tiene en cuenta que ya han pasado cien años. A estas alturas de la historia sería ridículo recordar que hay que caminar con los nuevos tiempos; la cuestión, por tanto, no radica ahí, sino en cómo hacerlo. Y la apropiación acrítica de las nuevas ideas y concepciones parecen tener poco que ver con marchar junto al tiempo. El asunto consistiría en evitar tanto la aceptación acrítica como el rechazo a priori. La forma misma en que Marx y Engels incorporaron los descubrimientos de Morgan y de Darwin constituye una lúcida indicación; se trataba de una forma marxista de asimilar aquellas contribuciones. En ningún momento se hicieron evolucionistas (ambos científicos anglosajones lo eran), y se escandalizaron con el darwinismo social. En lugar de hacer tambalear su teoría revolucionaria se sirvieron de ellos para enriquecerla y perfeccionarla, y lo que de ella era inexacto (por ejemplo, la historia es la historia de las luchas de clases) fue sencillamente modificado por otra tesis más en correspondencia con los nuevos conocimientos adquiridos.

A partir de esta imprescindible apertura, la historia del marxismo no deja de ser prolija en los intentos por “completarlo” o por reorientarlo. El asunto es sumamente complejo porque frecuentemente existe una legítima intención de perfeccionamiento. No queda, pues, más remedio que correr ciertos riesgos. No obstante hay casos que son más evidentes. Y uno de los más conocidos fue el caso de Bernstein a principios del siglo actual; el cual es oportuno recordar, por una parte, porque constituyó un ejemplo de completar el marxismo a partir de un filósofo (Kant) conocidísimo de Marx; y, por tanto, nada podía justificar aquel intento que traía como resultado la completa reorientación de la concepción; y, por otra parte, porque aquel debate conducía a la cuestión del “ser” y del “deber ser” que algunos tipos de neoutopismo contemporáneo están resucitando de la vieja tradición kantiana.

La relación con Hegel es una arista sumamente escabrosa. Mucha tinta ha corrido sobre este tema y todavía mucha más correrá. Aquí la situación es completamente distinta porque no parece justificable negar la ascendencia significativa de Hegel en la evolución de los clásicos. Pero habría que repensar cuánta desvirtuación ha traído el énfasis excesivo en la influencia de Hegel. En particular, llaman la atención los sanos intentos por enfrentarse a la interpretación vulgar del marxismo, con el fin de renovarlo, a partir precisamente de esas posiciones. Porque esfuerzos del tipo de Illienkov produjeron, junto a reflexiones

muy lúcidas, una reorientación de hecho hegelianizante del marxismo, reforzada por aquella obsesión de algunos de sus seguidores por demostrar a toda costa la negación de la negación en ciertos procesos de la naturaleza. En alguna medida los clásicos mismos tienen alguna responsabilidad en el equívoco respecto a Hegel, porque las pistas que dejaron fueron algo ambiguas y contradictorias. A ello se agregó una lectura muy particular de los *Cuadernos filosóficos* de Lenin y de su famosa frase sobre la lógica dejada por Marx en *El Capital*.⁶

No hay que olvidar, por otra parte, que las otras ramas del saber, y en primer lugar las propias ciencias, no transitan por veredas lineales; ellas también se modifican continuamente y sus resultados apuntan en ocasiones hacia direcciones diversas. Por todo ello, el enriquecimiento y renovación del marxismo y del leninismo no puede conducir a construir un marxismo “camaleón” e inconsistente, producto, a veces, de superficialidades y precipitaciones. Al encomiable interés por estar al día, bien podría darle alcance el interés por estar también al día en el propio marxismo. Y no puede menos que llamar la atención cuán poca inquietud despierta este interés asimétrico.

La reciente conmemoración del centenario de Mariátegui hizo despertar un oportuno interés por su obra. El, junto con Mella, encabezó una línea de desarrollo del marxismo y del leninismo a partir de nuestras propias realidades, ese viejo reclamo martiano. Algunos quieren ver el carácter creador del marxismo mariateguiano en sus asimilaciones (reales o supuestas) de formas de pensamiento alejadas o contrarias al marxismo. Pero no hay que pensar que en Mariátegui no se dieron también ambigüedades; y el reconocimiento de su alta estatura no puede constituirse en plataforma para una interesada sacralización que justamente le negamos a Marx y a Engels. Parte de sus contribuciones fundamentales se encauzaron por aquella vía demandada por Martí y bosquejada en su manifestación inicial por Lenin desde la primigenia Tercera Internacional.

El Amauta avanzó en esa orientación y la profundizó cuando planteó que en los países que hoy llamamos del Tercer Mundo el marxismo tenía que saber abrazarse con la tradición nacional. Es ese rico legado, cultivado también por Mella y Rubén, el que recibe la Revo-

6 Este asunto no puede ser tratado aquí con la profundidad que exige. Existe un trabajo de Timpanaro que llama la atención de los errores de interpretación sobre los *Cuadernos*. Aunque sigo pensando que el rumbo tomado por Illienkov no era el correcto, algunos estudios de la última década sobre el tema me han hecho dudar de algunas de mis apreciaciones sobre las relaciones de Marx con Hegel (me refiero más específicamente al artículo de Catherine Colliot-Thélène “La logique du concret: idéalisme et matérialisme”, en *Étudier Marx*, París, Editions du CNRS, 1985, pp. 11-29; y al número dedicado a Hegel por la revista *Philosophie Politique*, (5), 1994).

lución cubana. La esencia de esta proyección conduce a la idea de que este nexo constituye una dimensión insoslayable del marxismo creador. No se trata ni de una superficialidad oportunista ni de un eclecticismo amorfo, sino de una compleja y madura reflexión que evite ambos peligros. Habría, pues, que desarrollar este esfuerzo en el sentido de una *articulación*.⁷

Esta problemática está íntimamente relacionada con la cuestión de lo nacional y de la nacionalidad. Y ese conjunto, al igual que todo lo que pertenece al campo del pensamiento —llegue o no como legado—, corre el riesgo de ser aceptado acríticamente. La aceptación como válida de la tradición nacional (o de una parte de ella) para ser articulada con los avances del saber universal, y en primer lugar del marxismo y del leninismo, no implica ignorar que no todo en esa tradición puede gozar de vigencia, más aún si se tiene presente que no todo en ella merece aprobación, como es el caso evidente del anexionismo. En consecuencia, una aceptación abstracta o en bloque, ni aun de los pensadores más lúcidos, cabe en una tal articulación. Esta articulación, propuesta como tipo de nexo, camina de la mano con el entendimiento insoslayable de la historicidad que reconoce la acción de una dinámica inherente a todo proceso social incluyendo el devenir de las ideas, contraria, pues, a la noción de perennidad.

No hay que caminar acríticamente con los nuevos tiempos, pero sin duda es inevitable caminar con ellos. Y en este andar hay que tratar de identificar y comprender los nuevos signos de este fin de siglo de crisis del marxismo. Un hecho esencial marca el momento actual, y es el de la internacionalización de las relaciones sociales —en su sentido amplio— y humanas en general, con la paulatina conformación de un sistema-mundo. Una consecuencia de este proceso es el impacto determinante de las relaciones internacionales en el resto de los procesos sociales. Una gran cantidad de objetos de estudio que se podían analizar en gran medida sin exceder mucho sus propias fronteras ahora se hacen incomprensibles sin la incorporación de esta nueva dimensión, lo que a su vez complejiza enormemente el trabajo del analista social.⁸ En esta dimensión entra de lleno la cultura y la

7 En el taller que tuvo lugar en noviembre del pasado año en Las Villas sobre pensamiento cubano, ya planteamos esta idea como resultado de un proceso de análisis anterior (los textos de las ponencias e intervenciones están en proceso de impresión).

8 Entre los muchos errores de fondo de Gorbachov uno de los fundamentales fue el de interpretar —pese a su lenguaje marxizante— la nueva situación internacional y sus tendencias de manera sustancialmente errónea. Independientemente de muchos juicios atinados, el líder de la entonces URSS interpretó que se marchaba hacia una “civilización” única de comprensión y cooperación y minimizó el peso de ciertas contradicciones existentes como la de los antagonismos entre los grupos de países.

propuesta del diálogo de las culturas. Pero a ello habría que agregar una propuesta de *diálogo entre las sociedades civiles*, un concepto inédito que se orienta en otra dirección complementaria.

El peso de las relaciones internacionales es un elemento más para comprender cuánto se aleja la tendencia “sociologizante” del movimiento real. El materialismo histórico por su *dimensión interdisciplinaria* está, una vez más, en mejores condiciones para enfrentar la tarea de análisis teórico y conceptualización interdisciplinaria que parece estar en el orden del día. Pero lo contrario no deja también de ser cierto; no se puede ser marxista en este fin de siglo sin incorporar coherentemente esta dimensión en la renovación del marxismo y del leninismo como concepción. No es cuestión, obviamente, de una visión marxista de las relaciones internacionales; esta línea es ya añeja y no dejará de seguir desarrollándose. Se trata de algo más profundo que debe permear una gran parte de la teoría misma y modificarla, es el problema de su inserción en los análisis abarcadores. Claro que la dimensión de las relaciones internacionales estaba en la obra de los clásicos y de los grandes pensadores de los dos últimos siglos; en definitiva desde Hobbes se encuentran ya las bases de las teorizaciones modernas sobre las relaciones internacionales. Pero su impacto y la repercusión de su imprevista alcance ahora esta nueva fuerza cualitativa con su fragilización de los límites de los Estados-naciones, no solo en términos de su soberanía, sino también del propio devenir social. Así cada día se hace más ilusorio e irrealista pensar lo nacional (socio-económico y político) sin el enjambre de las *mundializaciones múltiples* que van conformando el sistema-mundo caracterizado por un orden mundial específico, él también dinámico, una de cuyas diferencias con los que lo antecedieron (*sucesión de órdenes mundiales*) significa un salto, producto de una aceleración del proceso de interdependencia después del colapso del socialismo europeo. Esta interdependencia se ha hecho, no obstante, asimétrica con el advenimiento del unipolarismo relativo (relativo en el sentido que opera con alianzas hegemónicas). La nueva fuerza de la vieja hegemonía, hoy más libre de ataduras que antes, está poniendo a prueba la supervivencia de las soberanías de los Estados-naciones. Otra consecuencia del hegemonismo en el debate internacional de las ideas ha sido el haber logrado sepultar la rica reflexión sobre el derecho de los pueblos de las décadas del setenta y ochenta (en particular en el

Descubrir la repercusión (implícitamente positiva) del nuevo nivel de civilización, ya en formación, sobre los valores universales, era una de las guías de la “nueva” interpretación. Muy significativo resultó, en ese sentido, su discurso pronunciado en La Sorbona en julio de 1989, el cual inexplicablemente no concitó la atención que demandaba, dadas las inquietantes tesis en él expresadas (existe una versión francesa, editada por el *Bureau Soviétique d'Information à Paris*, nouvelle série, (273), 1989).

sistema de las Naciones Unidas) en favor de la absolutización de los también importantes derechos humanos. Una de las puntas de lanza de esta cruzada reaccionaria está constituida por las instituciones de Bretton Woods con su dogmatismo teórico-práctico (parte integrante del pensamiento único) y el poder de imponerlo. La imprescindible defensa de las soberanías no puede, sin embargo, ignorar la fragilización de esta antigua institución (Estado-nación). La exigencia de una reflexión profunda y madura del conjunto de estas cuestiones no puede realizarse desde una óptica irrealista. No es seguro que la vieja argumentación y conceptualización desarrollada en el presente siglo, pero cuya fundamentación primigenia se encuentra en el pensamiento de los siglos XVIII y XIX, pueda rendir todavía plenamente los mismos servicios. Si se agrega, además, el hecho de que existe un intento por violentar artificialmente la progresión de interdependencia asimétrica, con el fin de acelerar el proceso de debilitamiento de los Estados-naciones, entonces la necesidad de refundar la soberanía sobre nuevas bases, superando dialécticamente la tradición, parece incuestionable.

En el mundo complejo de fin de siglo la existencia de paradojas y tendencias contradictorias parecen marcar sus rutas. Ellas son varias y dan la impresión de multiplicarse a ojos vista. Las paradojas, y en particular las paradojas en las ciencias sociales, no son hechos simplemente para constatar. Ello constituye una primera identificación del conocimiento. Son en parte una cuestión del conocer, pero reflejan con frecuencia la presencia de tendencias contradictorias en el devenir social. El insuficiente conocimiento o comprensión de la realidad puede dar la falsa imagen de paradoja real, cuando en realidad se trata de que las ciencias o las diferentes ramas del saber no han descubierto la razón acertada de los acontecimientos que permitan eliminar la paradoja mediante una interpretación profunda que explique las tendencias contradictorias. El caso actual de los nacionalismos y etnicismos exacerbados en medio de la ola internacionalizadora o globalizadora caen dentro de esa categoría posiblemente. Pero si las paradojas no son solo un problema cognoscitivo, entonces la dimensión puede ser otra. Este podría ser el caso, por poner un ejemplo, de la fuerte corriente universal que tiende a acrecentar el papel de los tecnócratas en la sociedad, mientras se llega a un hito de la larga lucha de más de dos siglos por la conformación de la democracia moderna. Cómo conjugar, visto en su dinámica, esa función social del tecnócrata que acrecienta su poder por necesidad del desarrollo, es decir, en virtud de su saber y de su peso en las decisiones, y el esfuerzo por expandir plenamente la democracia social y participativa. Es sin duda una cuestión intranquilizante, que lo será cada vez más a medida que las fuerzas contradictorias de ambas continúen progresando.

Resultado precisamente del proceso creciente de internacionalización y del nuevo *estatus* cualitativo de las interacciones planetarias se insinúa con cierta nitidez la inquietante paradoja de una evolución que tiende, a muy largo plazo, a un progresivo proceso de homogeneización cultural y espiritual. Los gustos se inclinan a mundializarse y, con ello, también a la uniformidad del entretenimiento y del disfrute espiritual en general. No se trata solo de la mundialización de las formas culturales promovidas por el *marketing* capitalista. El presente planteamiento lo incluye, pero va más allá, porque el impacto de las comunicaciones, entre otras cosas, refuerza esta tendencia que en este fin de siglo se orienta en sentido más concretamente capitalista por su contenido; es, pues, una constatación de tendencia más allá de su contenido (capitalista) específico. En el horizonte a distancia es posible entonces vislumbrar la alarmante perspectiva de una vida espiritual uniforme, plana, sin variedad ni riqueza múltiples. No se plantea que la diversidad dejaría de existir; sino que ella sería esencialmente la misma para todos, es decir, una diversidad única o *diversidad homogénea*. Y si el socialismo, y más aún el comunismo, es la sociedad de la emancipación del hombre, esa emancipación no es comprensible dentro de un tal marco de unificación espiritual, sino su contrario. A esa otra sociedad, que espiritualmente sería la antítesis del socialismo y del comunismo parece conveniente denominarla como *sociedad aburrida*.

Si esta identificación de tendencias es correcta, ninguna otra concepción del mundo —y aquí habría que subrayar la dimensión cosmovisiva del marxismo— estaría mejor preparada que el propio marxismo y el leninismo para servir de fundamento (pero obviamente enriquecida con los nuevos saberes) al análisis correspondiente que no solo interprete, sino que sepa extraer las posibilidades mismas de reorientar tal designio. No se trata obviamente de una propuesta voluntarista, sino que se parte de la idea, ya señalada por los clásicos, de los desarrollos históricos posibles a partir de una situación socioeconómica y cultural determinada. No es una conclusión hacia la pasividad resignada, sino hacia la anticipación movilizadora.

Fernando Martínez Heredia

NOTAS SOBRE SOCIEDAD Y CULTURA DESDE LA CUBA ACTUAL*¹

I

Después de medio milenio de historia escrita y con ciudades, podemos constatar que Cuba ha recorrido un camino muy intenso y en algunos sentidos asombroso. Durante la mayor parte de ese largo intervalo ha sido afectada por la forma fundamental de mundialización del capitalismo, que es el colonialismo y el neocolonialismo. En el curso de sus sucesivas integraciones al sistema internacional, las formaciones económicas registraron etapas de dinamismos extraordinarios, a los cuales debió el país muchos de sus rasgos principales, aunque los sistemas económicos resultantes de aquellas integraciones subordinadas explotaron muy duramente a las fuerzas de trabajo, exigieron sistemas sociales opresivos y no fueron capaces de asegurar autorreproducciones económicas suficientes. El interés económico y las etapas del capitalismo en los países centrales del sistema, y las relaciones

* Fernando Martínez Heredia 2001 “Notas sobre sociedad y cultura en la Cuba actual”, tomado de Fernando Martínez Heredia, *El corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Editorial Letras Cubanas), pp. 45-66.

1 “Notas sobre sociedad y cultura desde la Cuba actual”. *Política & Trabalho*. Revista de Ciências Sociais N° 16, Programa de Pós-graduação em Sociologia, Universidade Federal de Paraíba, Brasil, set. 2000.

entre las potencias, han afectado siempre a Cuba, y nos han influido mucho sus modos de vida, su pensamiento, sus culturas.

Otra característica de la historia cubana —a diferencia de numerosas sociedades— es la intensidad y la sucesión de cuatro revoluciones, formas extremas de la actuación social en busca de cambios significativos, en un período históricamente breve. Esas revoluciones tuvieron como vehículo principal acciones populares colectivas muy intensas y abarcadoras, y como resultado profundos cambios en los individuos, las relaciones sociales y las instituciones.

No puedo tener en cuenta en estas notas a ese ámbito tan abarcador que acabo apenas de esbozar, y que es, sin embargo, tan atinente a mi tema. Todos aquellos rasgos, más la paulatina sedimentación de atributos culturales propios y asimilados de condensaciones, mezclas y subordinaciones de formas culturales en su interior —ese *melting pot* que es general en la formación de las naciones—, configuran las acumulaciones culturales que contiene Cuba, esenciales a la hora de inquirir por o de valorar a los eventos y los procesos de la coyuntura.

La cuarta revolución comenzó como una insurrección contra un gobierno ilegítimo, y triunfó hace 40 años. Ha sido el principal hecho cultural de la segunda mitad del siglo en Cuba.

Ella implicó los cambios sociales súbitos más trascendentales desde los que en el siglo XVI iniciaron aquella historia escrita. No voy a repetir aquí los análisis y valoraciones que he hecho en numerosos textos acerca de esos cambios, y en general acerca del proceso de la revolución y de la situación actual, sus nexos con la historia cubana, y sobre el contenido y la historia de las ideas en el período. En esos trabajos también he tenido en cuenta los enfrentamientos y relaciones internacionales: las actuaciones de los Estados Unidos y algunos países de América Latina, las ideas y las luchas populares en esta región, los regímenes establecidos en la URSS y otros países en nombre del socialismo y los movimientos comunistas en el mundo, los países de capitalismo desarrollado y las fuerzas e ideas diversas que existen.

Sólo quiero apuntar aquí tres cuestiones que son constantes en mis hipótesis de investigación y en mis ensayos sobre el tema, porque las necesito como contextos intelectuales de la reflexión. Primera: califico a la revolución de *socialista de liberación nacional*, porque sólo pudo triunfar y desarrollarse combinando íntimamente la lucha de clases anticapitalista y la de liberación nacional. Esto afectó el contenido de lo nacional en Cuba, y le dio determinadas características a su tipo de socialismo (Martínez Heredia, 1991; 1995). Segunda: no utilizo los conceptos de “construcción del socialismo”, “socialismo pleno”, etc., porque no creo en su capacidad ni fertilidad para la comprensión de los procesos reales. Para los regímenes fundados en poderes anti-

capitalistas y proyectos comunistas trabajo con conceptos como el de *transición socialista*, que se refiere a lo que son y a lo que deben ser esas sociedades basadas en una intencionalidad y en las que resultan indispensables determinados cambios culturales (Martínez Heredia, 1990). Tercera: “el problema de las relaciones entre el poder y el proyecto es el más trascendente para todo el que intenta llevar la realización práctica de la revolución contra el capitalismo hasta sus últimas consecuencias” (Martínez Heredia, 1989; 1990; 1997; 1997a).

Hablo desde una coyuntura, como sucede siempre. A inicios de 1999 situaba así la nuestra en la época contemporánea: “El mundo cambiaba cuando sucedió la Revolución cubana, aunque sólo adquirió ese sentido para nosotros como pueblo cuando hicimos aquí el gran cambio revolucionario. Si hay una expresión breve para decirlo es ‘los 60’. Ahora se percibe, se dice o se piensa que el mundo cambia otra vez, pero sin que casi nadie se alegre. Claro que todo el mundo —o casi— está viviendo los cambios y se dispone a vivirlos, pero las actitudes se parecen mucho a la resignación o al más estrecho pragmatismo. El mundo de estos cambios no parece hecho de la materia que luego abuelos orgullosos les contarán a nietos admirados. Yo los vivo, nosotros los vivimos, desde el mar de experiencias y la gran cultura política de los cubanos, desde el inmenso cambio cultural que sucedió en Cuba. Poder decir ‘nosotros’ es un logro maravilloso en el mundo actual, en que la cultura que se promueve es la de la indiferencia ante la suerte de los demás, la cultura de la fragmentación, del miedo y de la resignación.

Frente al gran capitalismo mundial somos ‘nosotros’. Pero no somos ciegos ni sordos; no lo soy. Ahora mismo, en nuestro país, en nuestras casas, en nuestras mentes y sentimientos, estamos envueltos en una descomunal pugna de valores. La cultura socialista, la de la solidaridad entre las gentes y el poder redistribuidor justiciero de las riquezas sociales se bate muy arduamente en todos los terrenos. Audacias y prudencias, aciertos y errores, mezquindades y heroísmos, trabajos y afanes de lucro, orgullos y desconsuelos, suceden todos en un país que tiene más posibilidades de salir adelante como sociedad justa en busca de felicidad que la mayoría de los países del mundo. Pero a la vez suceden cerca del borde de un oscuro remolino.” (Martínez Heredia, 1999: 29-30).

La cultura plasmada en la Cuba contemporánea es el teatro principal de la intensa pugna de valores en curso, que influirá, quizás de manera decisiva, en el tipo de sociedad que emergerá de las duras tareas actuales de la sobrevivencia y la reestructuración de las relaciones económicas. Hoy se levantan otra vez las grandes preguntas en torno a la identidad nacional y sus rasgos principales, a las identidades de grupos de la sociedad, su relación con la identidad nacional

y con las instituciones; se pregunta otra vez qué es la nación, y qué ha sido en los proyectos históricos. En realidad, todas las preguntas atañen al futuro, lo que evidencia tanto la vitalidad de la cultura cubana como la inquietud, incluso las angustias, del presente. Con el propósito de contribuir muy modestamente a un debate imprescindible, limitaré esta vez mis notas a una breve aproximación a tres cuestiones, caracterizadas por las tensiones entre antiguos predomios y nuevas situaciones: el paso de la homogeneidad a los avances de la heterogeneidad; el paso de la politización a la profesionalización; y el crecimiento de la religiosidad.

II

Las revoluciones son instancias de unificación social, y la cubana lo fue en un grado altísimo. La causa principal estuvo en la gran efectividad lograda en su ataque radical a los sistemas de explotación, marginación, subordinación y humillación que existían en Cuba. La expropiación general de los capitalistas y la pérdida del respeto a la propiedad privada, la desposesión radical de otros elementos de control económico, político e ideológico que sufrieron los antiguos dominantes, eliminaron gran parte de las diferencias sociales, atenuaron otras y ocultaron a las demás. El igualitarismo no es —como se ha pretendido en tiempos recientes— un defecto de la política de esa época: es una de las expresiones ideológicas de la formidable igualdad de oportunidades experimentada en la práctica por la mayoría de los cubanos, que llegó a convertirse en un rasgo cultural que ha persistido hasta hoy. Entre otras expresiones espirituales básicas de la sistematización de las prácticas de la Revolución en este campo están la pacificación de la existencia de las personas y las familias, y la valoración social de cada individuo por los méritos aceptados socialmente, méritos que llegaron a ser en su mayoría de corte socialista. Se alcanzó un gran peso de la actividad social y política a la escala de las comunidades territoriales y laborales, como ámbitos del ejercicio cívico y de la fraternidad humana. Las divisiones y dominaciones de clases y de otros grupos humanos retrocedieron tanto —aunque en grados diferentes— que la representación de unificación de la sociedad fue sumamente compartida.

En un proceso tan fuerte y abarcador no se tienen muy en cuenta las permanencias —que caracterizan, junto a los cambios, a todas las revoluciones—, si ellas se adaptan a las nuevas condiciones. Al analizar desde hoy este primer problema de la homogeneidad alcanzada y los avances recientes de la heterogeneidad, es necesario pasar balance a la existencia y las consecuencias de una historia interna de estos 40 años, tan poco tenida en cuenta o francamente olvidada. Distinguir,

entre las tareas del proceso, las civilizatorias y las liberadoras, ² y las complejas relaciones que se dan entre ambas; analizar los rasgos esenciales de las etapas sucesivas de la revolución en el poder; los alcances y los límites del proceso transformador. Registrar entonces los logros y avances, pero también las detenciones, las deformaciones y los retrocesos respecto al proyecto, sufridos en el curso de esas cuatro décadas, y la emergencia de intereses particulares y de poder de nuevos grupos dentro de la sociedad. Es básico tener en cuenta para todo lo anterior las relaciones y condicionamientos internacionales de Cuba. Y recordar que cuando se precipitó la crisis de los años noventa, la sociedad resultante de la revolución ya tenía fijados caracteres favorables y negativos respecto a su proyecto socialista.

En los años noventa se han abierto paso fuertes diferenciaciones sociales, relativas sobre todo al ingreso y al acceso a consumos. El pleno empleo que rigió durante 30 años, casi todo estatal, implicaba relaciones salariales para la gran mayoría de la población laboral, con una dispersión de ingreso pequeña;³ hoy el ingreso y el consumo provienen de un complejo de actividades estatales, privadas o cooperativas —o combinaciones de ellas—, donde la retribución y el estatus se han diversificado bastante. La población económicamente activa confronta situaciones muy diferentes. Unos han visto descender su capacidad adquisitiva y nivel de vida pero mantienen su prestigio social, otros pueden recibir altos ingresos por productos o por servicios que prestan, pero no tienen un alto prestigio social; en medio hay toda una gama de situaciones. Hay capacidades personales, empleos y hasta vínculos familiares que han cambiado de significación respecto al ingreso, mientras otros se mantienen, o cambiaron sus modos de operar. La variable regional, e incluso local, pesa mucho también en las diversidades. Dos monedas y una economía mixta, grandes replanteos de las oportunidades, los tipos de actividad, las relaciones y otras circunstancias, crean y despliegan nuevas constelaciones sociales. Los mecanismos de redistribución de la riqueza son hoy menos indirectos que en las tres décadas anteriores.

2 Las primeras tienden a satisfacer necesidades como vestido y alimentación, salud, empleo, vivienda, educación, Estado de derecho, etc. Las segundas atañen a cambios profundos de las gentes, sus relaciones entre sí y con las cosas, dirigidos contra todas las dominaciones y a favor de la formación de individuos más plenos y más solidarios, organizados para que la sociedad sea cada vez más libre y más socialista. La división es difícil y los intersejos entre ambos tipos de tareas son muy fuertes.

3 La revolución transformó la distribución del ingreso: en 1953, el 40% más pobre recibía el 6,5%, en 1986 recibía el 26%; el 10% más rico, en 1953 recibía el 38,8%, en 1986 el 20,1%. El PIB per cápita cubano creció el 3,1% anual entre 1960-85; en el resto de América Latina creció el 1,8% en el mismo período (Zimbalist y Brundenius, 1989: cap. X, tablas 10.2 y 10.6).

Pero frente a esas realidades el sistema vigente mantiene el dominio en variables fundamentales: a) un enorme sector económico estatal que funciona efectivamente como tal, y un control firme y una gran capacidad negociadora en el resto de la economía; b) la excepcional política social que ha sido uno de los rasgos definitorios del socialismo cubano y que está en la base de su sistema político; y c) su entidad como poder soberano y como polo moral y político de las esperanzas de una mayoría que no quiere que desaparezca el tipo de sociedad en que ha vivido. Varios éxitos principales marcan su saldo positivo. Superó la crisis de la primera mitad de los noventa, sin permitir el desplome del orden y las instituciones, ni la ruptura de la paz social ni la política: este es un gran logro.

La economía se recupera lentamente y realiza su reinserción en circuitos internacionales. Mantiene firmemente la soberanía nacional y su capacidad como interlocutor del principal adversario de esa soberanía, los Estados Unidos. El poder político maneja con aptitud las transiciones, los elementos diversos y las tendencias implicadas; es hoy la bisagra de la situación. Todos esos éxitos han sido posibles por —y están íntimamente ligados a— la capacidad del sistema de regir, darle cauce y alentar la resistencia del pueblo [...] el principal fenómeno político masivo de los años noventa es el predominio de la cohesión, la disciplina y la actividad social en apoyo a la manera de vivir que ha regido más de tres décadas. Esto es, lo decisivo para la política ha sido ese comportamiento social, y no tanto las actividades políticas mismas. La mayoría de la población expresa así, desde su conducta social, tanto su apoyo a que continúen predominando relaciones socialistas, como los rasgos actuales de sus representaciones del socialismo. La identificación política expresa con el proyecto socialista no es una actitud tan generalizada como esa actuación social (Martínez Heredia, 1999 a). La disociación de los factores sociales — que hubiera tenido funestas consecuencias— pudo ser evitada, aun en momentos tan duros como el verano de 1994. En la actualidad la integración social es referida a la unidad nacional y la justicia social, aunque el discurso invoca mucho más a la primera. Se ha hecho obvia la gran diversidad social que caracteriza a todas las comunidades nacionales, que había sido muy amortiguada por la gran revolución social y bien articulada durante décadas por realidades eficaces y por un proyecto trascendente. Numerosas especificidades han aparecido o se han multiplicado, en medio de los problemas cotidianos y para preocupación de algunos. Las distintas actividades económicas, las religiones, las razas, los niveles educacionales, las fraternidades, con su diversidad de intereses, de consumos, de juicios y de preferencias, tejen un cuadro heterogéneo de los cubanos, y ocupan espacios en un

medio que antes estaba muy institucionalizado, en tipos y vehículos de actividad orientados políticamente. Los resultados de mediciones y valoraciones de esas especificidades, y de su interiorización por los individuos y los grupos sociales, quizás sean incipientes y parciales, pero sin dudas ese es uno de los procesos básicos en la sociedad cubana actual, y está en tensión y contradicciones con otros aspectos del universo espiritual de los cubanos.

Llegamos así a una segunda cuestión en estas breves notas: la disminución de la politización de la vida. Decía que el comportamiento social de la mayoría, de cohesión y apoyo activo a la forma de sociedad en que ha vivido, ha sido decisivo para la política. Por lo demás, aumenta progresivamente la proporción de las actividades de los cubanos que no encuentran su sentido en lo político. La actividad “profesional” —los oficios, dedicaciones, carreras, técnicas, habilidades— se convierte en el centro del interés y las relaciones, de las expresiones y representaciones de una gran parte de la población. Dos procesos coexistieron en una etapa prolongada: las vivencias y la memoria aproximaban o incluso reunían lo público y lo privado, de modos que me permito llamar legítimos; se pretendió una politización muy formalizada y normativa, invasiva de demasiados campos de la vida de las personas y la sociedad, y el discurso tenaz que la expresaba se fue vaciando. Lo usual hoy es la distancia respecto a aquel discurso, y la distancia entre lo público y lo privado (Martínez Heredia, 1995 a; 1999 b). El alejamiento de lo político crece, en una población que tiene una alta cultura política.

En su lugar, los investigadores sociales constatan que el ámbito familiar es el preferido a numerosos efectos individuales, seguido por el de los amigos cercanos (Arés, 1998; Centro de Investigación de la Cultura Juan Marinello, 1998; Hernández y Romero, 1999; Alejandro y Socarrás, 1999).⁴ Durante una larga etapa los proyectos personales fueron de alcances dilatados, y tenían relaciones bastante fuertes con los proyectos de la sociedad. Hoy se aprecia un notable recorte temporal de los proyectos, que muchas veces en realidad son sólo estrategias de sobrevivencia o de ubicación más ventajosa, y también se advierte una lejanía entre los proyectos individuales y los que se considerarían de mayor alcance social. La alta escolarización y los niveles profesionales, que fueron tan apreciados durante décadas por las familias e individuos, y estuvieron tan articulados a lo social, han perdido peso en el interés y las expectativas de muchos. El auge de la atención a lo privado coincide con un aumento del peso de la sensibilidad, los pensamientos y las conductas de tipo tradicional. En 1994

4 Además de entrevistas realizadas por el autor.

señalé que una ola conservadora se extendía entre nosotros;⁵ hoy no me parece posible variar esa afirmación.

Sin embargo, no se trata de una carrera de lobos. Elementos principales de la cultura predominante en Cuba operan en contra, o por lo menos no favorecen esa actitud que está tan extendida en la esfera privada y la vida cotidiana de otras sociedades. Desde el inicio de la revolución y durante un período muy prolongado, tanto el impacto libertario como el del poder fueron muy opuestos al egoísmo, el individualismo y el afán de lucro, con los cambios consecuentes en la sociedad y en las representaciones sociales que apunté al inicio de este acápite. A pesar de los aspectos negativos procedentes de los límites que el proceso no pudo traspasar y de las deficiencias propias que fue desarrollando, el saldo del proceso que siguió ha sido favorable a convertir en costumbres los vínculos de solidaridad. Otras representaciones e ideas más antiguas o profundas que participaron en la creación de la comunidad nacional y en sus correcciones y avances posteriores contenían tendencias igualitarias y solidarias;⁶ ellas fueron asumidas, exacerbadas y exaltadas sin descanso por la revolución, y han servido para fortalecer sus prácticas simbólicas y la idea de socialismo. Otros componentes populares de la cultura nacional, que no han sido expresa o suficientemente atendidos ni resignificados en estos cuarenta años, concurren o pudieran converger, sin embargo, a favor de tendencias anticapitalistas. Paso a la tercera cuestión. Sin disminuir la importancia que tiene la creencia en trascendencias en la formación del sentido común de la mayoría de las personas, es indudable que la política ha sido la concreción ideal en forma de conciencia social más usual en Cuba desde hace algo más de un siglo. En Cuba, la historia de las relaciones entre religión y dominación social y colonial —dos formas de dominación que es vital no confundir ni reducir a una sola, aunque aparezcan juntas—, está atravesada por tres factores: el enorme peso demográfico en el siglo XIX de las etnias africanas, por la entrada masiva de esclavos, y la importancia del componente de ese origen en la formación de una etnia cubana, hasta hoy; el racismo

5 “...una reacción del campo espiritual que amenaza envolver a la producción cultural y a la vida cotidiana” (Martínez Heredia, 1995 b).

6 No es posible comprender a Cuba si el análisis olvida que este “país socialista” tiene su historia. Isla caribeña de importancia estratégica, una gran expansión económica basada en intensa explotación esclavista mercantil, colonialismo y racismo, formó un pueblo oprimido en el siglo XIX, que combatió a muerte por la libertad —personal, social y ciudadana—, y creó instituciones y representaciones políticas muy modernas desde hace más de un siglo. Su enérgico nacionalismo —y esta es otra diferencia con los de Europa— es de raíz muy popular; refiere sus prácticas simbólicas a guerras revolucionarias e incluye una fuerte aversión al poder de los Estados Unidos.

antinegro moderno como una necesidad de la dominación, desarrollado en el siglo XIX; el deterioro del catolicismo, ideología y forma cultural religiosa dominante en la colonia criollo-hispana de los siglos XVI-XVIII, durante la gran expansión que siguió, y sobre todo por su extranjerización y reducción a ideología de los “españoles de Cuba”, y a ser su Iglesia institución un brazo del colonialismo.

En el cuadro resultante, se estableció la influencia en la sociedad de la religiosidad, devociones y religiones de origen africano, a pesar de la opresión ejercida sobre sus portadores originarios y la gran y duradera discriminación posterior. Ellas, las devociones católicas y el espiritismo han sido las formas principales de religiosidad popular. La preeminencia de lo político conllevó también un violento rechazo a las instituciones e ideas eclesiásticas —y a las ideologías de base o influencia religiosa—, asociado a las luchas e ideales nacionalistas y de justicia social. La forja de una conciencia nacional hacia fines del siglo XIX, la Revolución del '95 y el nuevo Estado republicano impusieron un laicismo bastante radical. La cultura determinada que se fijó como “cultura nacional” no tenía buenas razones para estimar a la Iglesia Católica, pero aún menos a las religiones de origen africano. La fe, la religiosidad y las religiones tienen en el período 1899-1958 una historia mucho más compleja que lo que podría sintetizar aquí —incluida la implantación de iglesias cristianas “protestantes”—, pero en lo concerniente a sus relaciones con lo político y con la mayoría de las instituciones sociales, lo general fue que enfrentaran un riguroso laicismo. La Revolución del '30 y la reformulación de la hegemonía burguesa neocolonial que le siguió mantuvieron la más nítida separación entre política y religión.

La cuarta revolución asumió y reforzó ese rasgo, primero por el malhadado enfrentamiento eclesiástico a la liberación cubana en los años sesenta, los más candentes de acción y concientización masivas, funesto error que quizás era inevitable. Y también por la confluencia en la revolución de dos ideologías promotoras de la secularización extrema: el radicalismo de tradición occidental y la vertiente soviética del marxismo. La imposición del llamado ateísmo científico en la segunda etapa del proceso iniciado en 1959 —la que comenzó en los primeros años setenta— constituyó un grave error ideológico y una dolorosa experiencia práctica para muchos creyentes; la religión era vista como un rasgo oscurantista en feliz trance de desaparición. Por otra parte, el sentido que asumían los cambios prácticos en la vida de las mayorías y el inmenso prestigio del conocimiento como instancia iluminadora de la vida, aportados a la sociedad por la obra de la revolución, erosionaron mucho el suelo de las creencias religiosas y aumentaron sensiblemente la presión social irreligiosa.

Con aquella historia previa tan influyente y circunstancias sociales de tanto peso, la irreligiosidad tuvo en la Cuba de esa etapa un éxito enorme, cuando en muchos lugares de Occidente el largo proceso de secularización estaba perdiendo fuerza, o incluso revirtiéndose. La influencia de la Revolución sandinista de 1979, y sobre todo el proceso político llamado “de rectificación de errores”, iniciado por la dirección del país en 1985-86, abrieron paso a cambios positivos en la política hacia los creyentes religiosos, institucionalizados por el IV Congreso del Partido Comunista (1991) y por la reforma constitucional de 1992 (Gómez Treto, 1987; Alonso, 1994).⁷

Es difícil relacionar los hechos expuestos con el notable y sostenido crecimiento de la religiosidad y las religiones en la Cuba de la última década. ¿Cómo entenderlo, con una historia como la cubana, un triunfo tan completo como el que tuvo la ideología revolucionaria y el gigantesco proceso educacional de los jóvenes desde posiciones ateístas que sucedió en las décadas recientes? ¿Qué necesidades espirituales está expresando el gran boom de la religiosidad? Hoy son creyentes muchos miles de jóvenes que no tuvieron experiencias religiosas cuando eran niños. Todas las religiones han crecido, tanto que ya son habituales los grandes grupos de personas en los lugares de culto y el uso de una parte del tiempo de no trabajo en ceremonias, reuniones o lecturas de contenido religioso; numerosas palabras de ese ámbito resultan ahora corrientes en el habla común. En general este hecho novedoso es vivido socialmente con naturalidad, y ya va siendo aceptado en líneas generales por los poderes públicos. Las instituciones religiosas, que son muy diversas, reaccionan o actúan como pueden frente a un hecho para el cual no estaban preparadas, aceptando o no las consecuencias, variando en sus liturgias, su organización o el orden en que veían las cosas, actuando en terrenos que les eran insospechados. Hoy se hacen visibles muchas veces los aspectos no religiosos de esas instituciones.

Frente a la perplejidad o el entusiasmo de unos, el dejar pasar de otros y algunos avances de los conocimientos sociales, la fe religiosa y la pertenencia a religiones están ocupando un espacio significativo en la cultura cubana.⁸ ¿Tenderá ese hecho a la permanencia? A los

7 Para esa historia ver, entre otros: *Documento final del Encuentro Nacional Eclesial Cubano*. Tipografía Don Bosco, Roma, 1986; y *La voz de la Iglesia en Cuba (100 documentos episcopales)*. Obra Nacional de la Buena Prensa, México DF, 1995.

8 En los últimos años se ha publicado un número creciente de estudios de asunto religioso. Sólo para ilustrar el hecho cito a la revista de pensamiento socioteológico *Caminos*, del Centro Martín L. King de La Habana, con catorce números publicados; y a *Temas* N° 4, de oct./dic. 1995.

efectos de estas notas apunto sólo algunas de sus relaciones con lo dicho hasta aquí, desde el estado en que se encuentran mis análisis. Ante todo, el hecho religioso en la Cuba actual es un indicador vigoroso de la diversidad social; a la vez que se incorpora al avance de lo heterogéneo, hasta ahora no parece respetar las líneas de diferenciación social tendidas por el ingreso y el consumo. Sin duda, el auge religioso actual forma parte de la disminución de la politización de la vida. La fe religiosa brinda un espacio privilegiado a lo personal, y entre las instituciones sociales reivindica fuertemente a la familia. El converso reciente vive con pasión sus experiencias y se siente miembro de una comunidad de creyentes, en la cual intercambia afectos y busca apoyo; él puede ver cómo crece una nueva entidad que es más que cada uno de sus miembros. Ante las necesidades de sentido común de una época de desgarramientos y de transiciones, ¿llegará a ser la religión entre nosotros uno de los discursos públicos de lo privado? ¿Encontrará fuerza en el predominio que posee del material “espontáneo”, diferente a la concientización? Las religiones brindan a sus adeptos, además, un proyecto trascendente —algo tan necesario a las personas y los grupos—, que es muy diferente a las prácticas cotidianas y no parece relacionado con ellas.

Los fenómenos religiosos actuales no permanecen ajenos a la descomunal pugna de valores en curso que mencioné arriba. Las tradiciones intelectuales religiosas incluyen aproximaciones diversas, e incluso contradictorias, a los temas más agudos de esa pugna de valores; este elemento le presta singular interés a las posiciones posibles desde la religiosidad. Aunque el discurso religioso se expresa por lo general al margen de las prácticas políticas, es inevitable relacionar con lo político al hecho religioso cubano actual y sus implicaciones. La religiosidad, las religiones, ¿formarán parte de la ola conservadora a la que me refería, o podrán participar en una formulación renovada del proyecto socialista cubano? ¿Están marcadas por un inevitable peso ideológico conservador, o pueden ayudar a mantener la conversión en costumbres de los vínculos de solidaridad?

Lo cierto es que la religiosidad y sus prácticas se ven influidas por un gran número de factores y de tensiones. La historia reciente —y la ignorancia del proceso histórico— pueden facilitar la impresión de que las prácticas y los ideales religiosos son respuestas o resistencias al mundo “oficial”, que sería ateo, autoritario, o por lo menos la opción que el religioso no escoge. El dinero y las crecientes relaciones promotoras del individualismo, el egoísmo y el afán de lucro, son rechazables por la moral religiosa; pero existe una acumulación cultural religiosa —con sus variantes— que contiene ambigüedades y campo para vivir las dicotomías entre el “hombre económico”, “el mundo” o

“el siglo”, por un lado, y la persona religiosa practicante por otro, de modo funcional a la hegemonía capitalista. En sentido contrario, las tradiciones religiosas contienen condenas al poder de los ricos, a la opresión y a la vida regida por el interés mezquino y el lucro, que han inspirado rebeldías y tienen formulaciones morales y teológicas.⁹

El problema planteado arriba es demasiado serio para aludirlo de pasada, y me parece que todavía no se ha desplegado suficientemente. Me limito entonces a agregar la mención de tres signos que estimo positivos: el auge de las religiones de origen africano ataca a uno de los elementos que componen la cultura cubana: el racismo, que influye todavía a pesar de los inmensos avances integradores de las revoluciones. En segundo lugar, el Papa fue muy bien recibido, pero enseguida fue olvidado, y su visita era también un test acerca de las posibilidades de perturbar al régimen desde la religión. Tercero, en determinados medios “protestantes” se hacen esfuerzos serios por participar, desde sus prácticas, su ética y su eclesiología, en la defensa de la sociedad solidaria que ha existido y en la necesidad de reformularla a la altura de los problemas actuales; esa actitud intenta superar la vieja relación protestante Iglesia-Estado.

III

El esfuerzo hegemónico principal del gran capitalismo actual está puesto en una guerra cultural mundial. Su objetivo es que todos aceptemos que la única manera posible de vida cotidiana es la que obedece las reglas del capitalismo, y que estas reglas constituyen el deber ser de la vida ciudadana. Sólo de ahí en adelante es que las diversidades son admitidas, y hasta estimuladas en ciertos casos, para controlarlas y manipularlas. No lo hace por capricho o simple maldad. En su fase actual, el capitalismo no puede evitar, por su naturaleza, excluir de sus procesos a gran parte de la población del mundo. No es la economía a secas la que no puede satisfacer ni siquiera de manera elemental a miles de millones de personas, ni puede evitar agredir gravemente al medio en que vivimos: es la economía capitalista dominante. Sin reformas que redistribuyan algo el ingreso, amplíen ciertas capas medias y brinden bases sociales al sistema, la lucha burguesa por mantener la hegemonía en un mundo de parias y de iniquidades escandalosas tiene a la cultura por teatro principal. El gran capitalismo transnacio-

9 América Latina es el sitio de origen y el campo privilegiado de desarrollo de la Teología de la Liberación, aporte intelectual extraordinario a una renovación religiosa que cuenta con innumerables referentes prácticos en movimientos sociales de la región. La influencia en Cuba de esta renovación es indudable, pero por diversas razones ha estado reducida a círculos exiguos.

nal y parasitario centraliza el poder y las decisiones a un grado nunca visto, vacía de sentido a la política mientras exige el imperio de la democracia formal, y ejerce controles casi totalitarios sobre la información y la formación de opinión pública; pretende imponer en suma un sistema de homogeneización cultural omnipresente, que provea todos los consumos espirituales y desmonte todo potencial de protesta. “Neoliberalismo” o “globalización” son palabras de un lenguaje que limita el pensamiento a debates secundarios o confusionistas respecto a lo esencial del sistema; este propone hoy, en lugar de las antiguas promesas, una cultura del miedo, la indiferencia, la fragmentación y la resignación (Martínez Heredia 1997 a; 1997 b; 1998).

Cuba también está inmersa en esa batalla mundial, con graves debilidades pero con muchas cartas a su favor para defender la manera de vivir socialista desde la lucha cultural. Son reales los avances del conservatismo en nuestro país, del apoliticismo y de relaciones y representaciones ajenas al socialismo. Pero nada está decidido, estamos en medio de una confrontación. Ante todo, es necesario derrotar la sugerencia de aceptar la generalización de relaciones y representaciones capitalistas como un fenómeno de origen externo, que nos es ajeno e inevitable. E impedir los avances de formas nacionales de hacer “naturales” las diferencias sociales y las jerarquizaciones a partir del poder del dinero. El fin de ambos procesos sería —aunque no se tenga conciencia de ello— dar lugar a una transición al tipo de capitalismo que le correspondería a Cuba. Ellos no son tan fuertes en la actualidad, porque el sistema vigente mantiene su poder en las variables fundamentales que describí arriba, y porque el fatalismo y el poder del dinero carecen de legitimidad política, y hasta ahora carecen también de legitimidad social.

Pero se está arriesgando en la actualidad la disociación de lo cubano y el socialismo. No será positivo aferrarse a una nación sin apellidos, porque ese tipo de nación resulta siempre a la postre un dominio burgués. Pienso que la diversidad social no es nuestra debilidad sino una fuente potencial de renovación de todos los aspectos de la vida social, si logramos darle sentido socialista a sus actividades, ideales y organizaciones. Salir adelante implicará resolver exigencias clave en todos los campos de la vida social. Y habrá que cumplir, entre otros requisitos, los de no considerar como algo dado lo que en realidad es un gran escenario en movimiento, abandonar cierto número de certezas para reidentificar desde los valores hasta las instituciones, y sobre todo para recrear y crear, que a menos no se puede aspirar si se quiere ser pragmático en la lucha anticapitalista.

BIBLIOGRAFÍA

- Alejandro, Marta y Elena Socarrás 1999 *Subjetividad y vida cotidiana en el barrio de Los Ángeles*. Inédito.
- Alonso, Aurelio 1994 "Iglesia Católica y política en Cuba en los noventa". *Cuadernos de Nuestra América* N° 11, jul/dic, pp. 53-70.
- Ares, Patricia 1998 "Familia, ética y valores en la realidad cubana actual". *Temas* N° 15, jul/sep, pp. 57-64.
- Centro De Investigación de la Cultura Cubana Juan Marinello 1998 *La población, actor de participación en el desarrollo cultural: un estudio en la provincia de Villaclara* (La Habana).
- Dilla, Haroldo (comp.) 1996 *La participación en Cuba y los retos del futuro* (La Habana: Centro de Estudios sobre América).
- Gramsci, Antonio 1975 *Quaderni del carcere*. Edizione critica dell'Instituto Gramsci, 4 tomos (Turín: Einaudi).
- Gómez Treto, Raúl 1987 *La Iglesia Católica durante la construcción del socialismo en Cuba* (San José, Costa Rica: DEI).
- Hernández, Carmen Nora y María Isabel Romero 1999 *Vida cotidiana y subjetividad en el barrio de Pogolotti*. Inédito.
- Kirk, John H. 1989 *Between God and the Party: Religion and Politics in Revolutionary Cuba* (Gainesville, Florida, Gainesville University Press).
- Lambie, George 1997 *Cuban Local Government: Democracy Through Participation, or Political Control?* (Leicester, UK: Montfort University).
- Martin, Consuelo; Perera, Maricela y Díaz, Maiky 1996 "La vida cotidiana en Cuba. Una mirada psicosocial". *Temas* N° 7, jul/sep, pp. 92-98.
- Martínez Heredia, Fernando 1988 *Desafíos del socialismo cubano* (México DF: Mestiza/La Habana: Centro de Estudios sobre América).
- _____ 1989 *Che, el socialismo y el comunismo* (La Habana: Casa de las Américas).
- _____ 1990 "Transición socialista y cultura: problemas actuales". *Casa de las Américas* N° 178, ene/feb.
- _____ 1991 "Cuba: problemas de la liberación, el socialismo, la democracia". *Cuadernos de Nuestra América* N° 17, jul/dic, pp. 124-148.
- _____ 1993 "Desconexión, reinserción y socialismo en Cuba". *Cuadernos de Nuestra América* N° 20, ene/jun, pp. 46-64.
- _____ 1995 "Nación y sociedad en Cuba". *Contracorriente* N° 2, La Habana, oct/dic, pp. 25-33.

- _____ 1995 a “Izquierda y marxismo en Cuba”. *Temas* N° 3, oct/dic, pp. 16-27.
- _____ 1995 b “Historia y marxismo”. *La Gaceta de Cuba* N° 4, jul/agosto.
- _____ 1997 “El Che Guevara: los sesenta y los noventa”. *Ko'eyú latinoamericano* N° 76, Caracas, mayo.
- _____ 1997 a “Anticapitalismo y problemas de la hegemonía”, en Martínez Heredia, F. *En el horno de los '90* (Buenos Aires, Ediciones Barbarroja), pp. 160-166.
- _____ 1997 b “Cultura y política en América Latina”, en *En el horno de los 90*, pp. 8-15.
- _____ (1998). «¿Manifiestos? ¿comunistas?». En *En el horno de los '90*, pp. 167-170.
- _____ 1999 “Significado cultural de la revolución”, en AA.VV. *Cultura y Revolución. A cuarenta años de 1959* (La Habana: Casa de las Américas), pp. 29-36.
- _____ 1999 a “Sociedad, transición y socialismo en Cuba”, en Martínez Heredia, F. (coord.), *Democracia emergente en el Caribe* (México DF: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM), en prensa.
- _____ 1999 b “A los jóvenes no les gusta el teque”. Inédito.
- Rodríguez Lauzurique, Rosa T. y Matilde Molina 1998 “Juventud y valores, ¿crisis, desorientación, cambio?”. *Temas* N° 15, jul/set, pp. 65-73.
- Vega-Centeno B., Imelda 1991 “Aprismo popular”. *Cultura, religión y política* (Lima: CISEPA-PUCP/Tarea).
- Zimbalist, Andrew y Claes Brundenius 1989 *The Cuban Economy* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press).

Ambrosio Fornet

EL QUINQUENIO GRIS: REVISITANDO EL TÉRMINO*¹

1

Parecía que la pesadilla era cosa de un remoto pasado, pero lo cierto es que cuando despertamos el dinosaurio todavía estaba allí. No hemos sabido —y tal vez nunca sabremos— si el disparate mediático respondía a una insidiosa operación de rescate, a una caprichosa expresión de amiguismo o a una simple muestra de irresponsabilidad. No importa. Visto desde la perspectiva de hoy —de la reacción en cadena que provocó, uno de cuyos eslabones es este ciclo que estamos iniciando— era un acto suicida. Lanzaba un reto sin tener la menor idea del nivel de coherencia que había alcanzado el adversario, ni de la solidez de una política cultural que se ha afianzado como un fenómeno irreversible a través de una práctica que ya dura tres décadas. Ganada limpiamente esta batalla —no me atrevo a decir la guerra,

* Ambrosio Fornet 2007 “El quinquenio gris: revisitando el término”, tomado de *Casa de las Américas*, N° 246, enero-marzo, La Habana, pp. 3-16.

1 Conferencia leída el 30 de enero de 2007 en la Casa de las Américas durante la sesión inaugural del ciclo *La política cultural del periodo revolucionario: Memoria y reflexión*, organizado por el Centro Teórico Cultural Criterios, dirigido por Desiderio Navarro. Muchas de las ideas expuestas aquí ya lo habían sido antes, en charlas y entrevistas (versión revisada por el autor).

porque el *pavonato* no es tanto la expresión de una táctica política como una visión del mundo basada en el recelo y la mediocridad—, podemos abrir camino a la reflexión diciéndonos, simplemente, que lo que pasa conviene. La prueba de que así es la tenemos en la decisión del Ministerio de Cultura de apoyar esta iniciativa de Desiderio, coincidente con la de Abel [Prieto], en cuanto a ir llenando el vacío de información y de análisis que hasta ahora ha prevalecido sobre el tema de la política cultural —digo, *anticultural*— de la primera mitad de los años setenta.

Por increíble que pueda parecer, la persona que dirigió el programa Impronta dedicado a [Luis] Pavón [Tamayo] —cuyo libreto había sido escrito por una compañera—, nos aseguró que *no sabía* quién era el personaje, o más exactamente que no sabía cuál era la “impronta” que este había dejado en la cultura cubana durante su gestión como presidente del Consejo Nacional de Cultura (CNC). Tampoco lo sabría después, porque sobre eso se tendió un cauteloso manto de silencio en el programa. No convenía exagerar mencionando la soga en casa del ahorcado. Pues bien, aún no habíamos salido de nuestro estupor cuando una vocecita empezó a martillar nuestros oídos: “¿Y por qué *increíble*? ¿Por qué *tenía* la joven directora que *saber*? ¿Acaso ustedes, los *viejos* que vivieron y sufrieron aquella etapa, han escrito algún libro o folleto, han publicado alguna serie de artículos, han dado algún ciclo de charlas sobre el tema?”. En los últimos años la denuncia de los atropellos individuales, de la perversa exhibición de los prejuicios, del cinismo de las explicaciones ha sido hecha por las víctimas en entrevistas, artículos, discursos de aceptación de premios, pero el análisis del fenómeno fue siendo postergado como lo han sido otras cosas que merecían discutirse, y por el mismo motivo: para no poner en peligro la unidad. Junto con la validez histórica de nuestro proyecto de nación, la unidad es lo único, en efecto, que garantiza nuestra superioridad sobre enemigos y adversarios. Pero así como no debemos olvidar que en una plaza permanentemente sitiada, como lo es nuestro país, insistir sobre discrepancias y desacuerdos equivale a “darle armas al enemigo”..., tampoco conviene olvidar que los pactos de silencio suelen ser sumamente riesgosos, porque crean un clima de inmovilidad, un simulacro de unanimidad que nos impide medir la magnitud real de los peligros y la integridad de nuestras filas, en las que a menudo se cuelan locuaces oportunistas. Ya sabemos a dónde condujeron esos simulacros y maniobras en Europa y especialmente en la URSS, y en este último caso, creo yo, porque hasta los propios militantes —entre ellos no pocos héroes del trabajo y descendientes de héroes de la guerra—

habían sido definitivamente desmovilizados por el burocratismo y la rutina. Sin ser especialista en la materia, me atrevo a responder la insondable pregunta: “¿Por qué no salieron los obreros, y en especial los militantes comunistas, a defender el socialismo en la URSS?”. Muy sencillo: “Porque no recibieron instrucciones de arriba”. Necesitamos mantenernos firmes en nuestras trincheras —las que, por supuesto, no son los mejores lugares para ejercitar la democracia—, pero eso no quiere decir que podamos darnos el lujo de abandonar la práctica de la crítica y la autocrítica, el único ejercicio que puede librarnos del triunfalismo y preservarnos del deterioro ideológico.

2

No quisiera cansarlos con divagaciones y criterios que muchos de ustedes comparten y que pudieran alejarnos de nuestro tema. Este —como sugiere el título de mi charla, propuesto por Desiderio— apunta a los motivos y la praxis del Quinquenio Gris. Inventé la etiqueta por razones metodológicas, tratando de aislar y describir ese período por lo que me parecía su rasgo dominante y por el contraste que ofrecía con la etapa anterior, caracterizada por su colorido y su dinámica interna (aunque no exenta, como veremos, de frustraciones y sobresaltos).

Pero antes de entrar en materia me gustaría dejar aclarados un par de puntos. En primer lugar, desde *dónde* hablo, es decir desde qué experiencia vital, desde qué posición ideológica y política se proyectan mis opiniones y valoraciones sobre el tema, y en general sobre los problemas de la cultura, con énfasis especial en la literatura —la narrativa—, que es el único campo que conozco por experiencia propia. Me adelanto a hablar así porque temo decir algo que le resulte incomprensible o extraño a algunos de los jóvenes presentes.

Vengo, como es obvio, de un mundo que marcó mi posición con respecto a muchos de esos problemas: el mundo de la Cuba prerrevolucionaria, de la república *aquella*. Desde muy joven quise escribir. No me atrevería a decir que quise *ser escritor* porque este era un oficio sin perfil laboral que podía atraer sobre uno la sospecha o el escarnio. “Yo no le decía a nadie que quería ser escritor” —le confesaba José Soler Puig a un amigo—, porque la gente se reía y hasta pensaban que eso era de maricas”. Y Virgilio Piñera, en un mensaje público que le dirigió a Fidel en marzo de 1959:

[...] Nosotros, los escritores cubanos, somos “la última carta de la baraja”, es decir, nada significamos en lo económico, lo social y hasta en el campo mismo de las letras. Queremos cooperar hombro con hombro con la Revolución, mas para ello es preciso que se nos saque del estado miserable en que nos debatimos.

Como ven, el nivel de autoestima del gremio estaba por el suelo. Tal vez la sátira a los escritores vanidosos o jactanciosos divirtiera a sus cofrades en los corrillos de Madrid o París, pero aquí eran cuentos de extraterrestres, puesto que el escritor literalmente no existía fuera del círculo de sus amigos más íntimos y de los cuatro gatos que leían *Orígenes* (gatos afortunados, por cierto). Todavía me parece un milagro que dos años después del mensaje de Virgilio ya estuviera yo editando *Las aventuras de Tom Sawyer* y testimonios de niños serranos en el Ministerio de Educación, bajo la dirección de Hermínio Almendros, y muy pronto también a Proust, Joyce y Kafka en la Editorial Nacional, bajo la dirección de Alejo Carpentier. Desde esta perspectiva se nos hacía evidente que empezaba a consolidarse una alianza entre las vanguardias políticas y artísticas. La Revolución —la posibilidad real de *cambiar la vida*— se nos aparecía como la expresión política de las aspiraciones artísticas de la vanguardia. De modo que cuando empezó a asomar la oreja peluda de la homofobia y luego, enmascarada, la del realismo socialista, nos sentimos bastante confundidos. ¿Qué tenía que ver un fenómeno tan profundo, que realmente había cambiado la vida de millones de personas, que había alfabetizado a los analfabetos y alimentado a los hambrientos, que no dejaba a un solo niño sin escuela, que prometía barrer con la discriminación racial y el machismo, que ponía en las librerías, al precio de cincuenta centavos o un peso, toda la literatura universal, desde Homero hasta Rulfo, desde *Memorias póstumas de Brás Cubas* hasta *El reino de este mundo...*, qué tenía que ver un hecho de esas dimensiones con mis preferencias sexuales o con la peregrina imagen de un artista virtuoso y viril, siempre dispuesto a cantar las glorias patrias? Nosotros —los jóvenes que nos creíamos herederos y representantes de la vanguardia en el terreno artístico y literario— no podíamos comulgar con esa visión..., serio problema, puesto que en los círculos dogmáticos venía cobrando fuerza la idea de que las discrepancias *estéticas* ocultaban discrepancias *políticas*. Por lo demás, uno no podía desconocer que al asumir nuevas responsabilidades descubría también sus propias carencias y deficiencias. Si de pronto tenía la posibilidad de dirigirse a millones de lectores potenciales, era imposible dejar de preguntarse: ¿y ahora, cómo escribir o, en el caso del editor, qué publicar? ¿Lo “que entiende todo el mundo, que es lo que entienden los funcionarios”, como decía irónicamente el Che? ¿Lo que le “gusta” al pueblo, dejándolo así estancado en su más bajo nivel, o lo que me gusta a mí, para que el pueblo vaya refinando sus gustos y un buen día llegue a ser tan culto como yo? Populismo, paternalismo, elitismo, alta cultura, cultura popular, cultura de

masas o para las masas..., dilemas y fantasmas ideológicos, en fin, que empezaban a atravesarse en nuestro camino, casi siempre cogiéndonos desprevenidos... Lo que quiero decir es que han de tener ustedes un poco de paciencia, porque es imposible hablar del Quinquenio Gris sin referirse a los orígenes de ciertos conflictos que se incubaron en la década del sesenta. Sólo me referiré a aquellos que, como los mencionados, nos tocan más de cerca; otros, como el de la *microfracción*, por ejemplo, desbordan los límites de nuestro asunto (aunque no dejan de estar relacionados con él, porque el *sectarismo* fue un mal generalizado entre los cuadros intelectuales y políticos más directamente ligados al campo de la ideología)

El realismo socialista —la literatura como pedagogía y hagiografía, orientada metodológicamente hacia la creación de “héroes positivos” y la estratégica ausencia de conflictos antagónicos “en el seno del pueblo”— producía en nosotros, mis amigos pequeñoburgueses y yo, la misma reacción de quien se encuentra una mosca en el vaso de leche. Entre los narradores cubanos nadie, que yo recuerde, había aceptado la invitación, pero la recién creada Imprenta Nacional editaba profusamente novelas soviéticas (algunas respetables, por cierto, como las de Sholajov y aquellas de Alexandr Bek —*La carretera de Volokolamsk* y *Los hombres de Panfilov*, en realidad dos partes de la misma epopeya— que acompañaron a tantos milicianos en las frecuentes movilizaciones de aquellos tiempos). En todo caso yo, como joven intelectual sin más ideología política que la fidelista (solía decir por entonces que me había hecho marxista *por televisión*, es decir, oyendo a Fidel), ya tenía dos cosas absolutamente claras: ¿volver al pasado?, de *ninguna* manera; ¿admitir como horizonte cultural un manual de Konstantinov y una estética normativa?, de *ninguna* manera.

Pero no quisiera caer en lo mismo que criticamos, y sé que cuando se trata de defender *nuestra* verdad, *nuestro* punto de vista, somos ser tan categóricos y dogmáticos como el adversario. El realismo socialista no era “intrínsecamente perverso”; lo intrínsecamente perverso fue la *imposición* de esa fórmula en la URSS, donde lo que pudo haber sido una escuela, una corriente literaria y artística más, se convirtió de pronto en doctrina *oficial*, de obligatorio cumplimiento. De las distintas funciones que desempeñan o pueden desempeñar la literatura y el arte —la estética, la recreativa, la informativa, la didáctica...—, los comisarios trasladaron esta última al primer plano, en detrimento de las otras; lo que el pueblo y en particular la clase obrera necesitaban no era simplemente *leer* —abrirse a nuevos horizontes de expectativas— sino *educarse*, asimilar a través de la lectura las normas y valores de la nueva sociedad. Este admirable propósito

—admirable en teoría, y tanto más cuanto que sus bases se remontan a la Ilustración— no tenía en cuenta que “si el arte educa” —y me permito citar a Gramsci por enésima vez— “lo hace en cuanto arte y no en cuanto arte educativo, porque si es arte *educativo* deja de ser arte y un arte que se niegue a sí mismo no puede educar a nadie”. Nosotros ni sospechábamos siquiera que la herencia del marxismo escolástico fuera tan fuerte en nuestro medio, o al menos entre algunos intelectuales procedentes del Partido Socialista Popular (PSP), pero una de nuestras más brillantes y respetadas ensayistas, Mirta Aguirre, escribía en octubre de 1963:

Hoy, en manos del materialismo dialéctico, el arte puede y debe ser exorcismo: forma de conocimiento que contribuya a barrer de la mente de los hombres las sombras caliginosas de la ignorancia, instrumento precioso para la sustitución de la concepción religiosa del mundo por su concepción científica, y apresurador recurso marxista de la derrota del idealismo filosófico.

Uno se sentía tentado a preguntar: *¿todo eso* puede y debe ser el arte? O bien, con cierto desenfado: *¿eso es todo* lo que debe y puede ser el arte? De haberlo hecho, uno no habría tardado en descubrir que nuestro desconcierto tenía un turbio origen de clase, porque lo que realmente ocurría era que ciertas ideas estaban “en precario y camino a la desaparición”, y ciertos intelectuales y artistas, “en vez de dedicarse a extirpar de sí mismos los vestigios ideológicos de la sociedad derrumbada”, se empeñaban en justificarlos.

En realidad, lo que nosotros veíamos era que bajo ese rígido y precario modelo de orientación artística se difuminaba la línea divisoria entre arte, pedagogía, propaganda y publicidad. Lo curioso es que el capitalismo producía toneladas de publicidad y propaganda sin mencionarlas siquiera, enmascaradas hábilmente bajo las etiquetas de la información y el “entretenimiento”; pero el socialismo era joven e inexperto; en la famosa polémica que en diciembre de 1963 sostuvieron Blas Roca y Alfredo Guevara en torno a la exhibición de varias películas (*La dolce vita* de Fellini, *Accatone* de Pasolini, *El ángel exterminador* de Buñuel y *Alias Gardelito* de Lautaro Murúa), Guevara se refirió a la columna periodística de Blas Roca —hombre muy respetable, por otros conceptos— como [u]na columna que aborda tan superficialmente los problemas de la cultura, y del arte cinematográfico en particular, reduciendo su significación, por no decir su función, a la de ilustradores de la obra revolucionaria, vista por demás en su más inmediata perspectiva.

Huelga aclarar —porque en política, como decía Martí, lo real es lo que no se ve— que estas disputas estéticas formaban parte de

una lucha por el poder cultural, por el control de ciertas zonas de influencia. Esto se hizo evidente en 1961 con la polémica en torno a *PM* y el posterior cierre de *Lunes de Revolución*, medida esta última que condujo a la creación de *La Gaceta de Cuba*, publicación literaria de la UNEAC que aún existe. La de *PM* resultó ser una polémica histórica porque dio origen a *Palabras a los intelectuales*, el discurso de Fidel que por fortuna ha servido desde entonces —salvo durante el dramático interregno del pavonato— como principio rector de nuestra política cultural. *PM* era un modesto ensayo de *free-cinema*, un documenta-lito de Sabá Cabrera Infante y Orlando Jiménez Leal que había pasado sin pena ni gloria por la televisión en un programa patrocinado por *Lunes de Revolución*, es decir, por Carlos Franqui y Guillermo Cabrera Infante. Los dos —Franqui y Guillermo— tenían una gran virtud, una visión moderna y dinámica del arte, la literatura y el periodismo, como lo demuestran el periódico *Revolución* y su suplemento literario, *Lunes...*; pero ambos tenían también un gran defecto, dadas las circunstancias: eran anticomunistas viscerales, que odiaban todo lo que oliera a Unión Soviética y PSP. El ICAIC se había negado a exhibir *PM* en las salas de cine, lo que desató la polémica. Uno diría que en algún momento tanto la dirigencia del ICAIC como la intelectualidad del PSP elevaron a la máxima dirección del gobierno estas dramáticas preguntas: ¿Quiénes son los que van a hacer cine en Cuba?

¿Quiénes son los que van a representar institucionalmente a nuestros escritores y artistas? Las respuestas se caían de la mata.

Pero algo se nos había ido de las manos, porque en la segunda mitad de la década pasaron cosas que tendrían consecuencias funestas para el normal desarrollo de la cultura revolucionaria: el establecimiento de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), por ejemplo —que duraron tres años y dejaron unas cuantas cicatrices—, y el rechazo institucional de dos libros premiados en el concurso literario de la UNEAC (*Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat, y *Fuera del juego*, de Heberto Padilla), para no hablar de anécdotas pasajeras, aunque sintomáticas, como el clima de hostilidad que suscitó, entre algunos funcionarios, la aparición de *Paradiso* (1966), de Lezama, debido a su supuesta exaltación del homoerotismo (llegó a decirse que el volumen había sido mandado a recoger de algunas librerías). La desafortunada iniciativa de las UMAP, la idea de que tanto los jóvenes homosexuales como los religiosos —sobre todo los Testigos de Jehová, que rechazaban por convicción el uso de las armas— hicieran su servicio militar en unidades de trabajo, no en unidades de combate, se emparentaba a todas luces con la visión machista de aquellos padres burgueses que mandaban a sus hijos más díscolos o timoratos a escuelas militares para que “se

hicieran hombres”. Recuerdo haberle dicho a un amigo, cuando me preguntó sobre la discriminación a los homosexuales en Cuba, que esa actitud no tenía que ver con la Revolución, que nos llegaba de antaño, por la doble vía de la moral judeo-cristiana y la ignorancia, pero que tal vez el clima emocional de la plaza sitiada —que incluía la constante exaltación de las virtudes viriles—, así como la obsesión por *enderezar* tantas cosas torcidas de la vieja sociedad, nos llevaron a querer *enderezar* o *restaurar* también a los homosexuales, quienes no por casualidad eran descritos desde siempre con eufemismos como *invertidos* o *partidos*.

Rechazo totalmente la idea, porque me parece cínica e inexacta, de que ese ingenuo o estúpido voluntarismo tuviera algo que ver con la aspiración a forjar un “hombre nuevo” —uno de los más caros anhelos del hombre, anterior al cristianismo, inclusive— tal como fue enunciada en nuestro medio por el Che y como repetíamos nosotros aludiendo al *homo homini lupus*, de Plauto —tan citado por Marx—, cuando hablábamos de una sociedad donde el hombre no fuera lobo del hombre, sino su hermano. Ahora bien, estoy convencido de que el grado enfermizo que alcanzó la homofobia, como política institucional, durante el Quinquenio Gris, es un tema que atañe no tanto a los sociólogos como a los psicoanalistas y los sacerdotes, es decir, a aquellos profesionales capaces de asomarse sin temor a “los oscuros abismos del alma humana”. Tampoco estaría de más reflexionar sobre los métodos represivos o “disciplinarios” inventados por la burguesía y tan bien estudiados por Foucault en algún capítulo de *Vigilar y castigar*.

4

Los libros de Padilla y Arrufat premiados en el concurso de la UNEAC se publicaron con un prólogo en el que la institución dejaba constancia de su desacuerdo: eran obras que servían “a nuestros enemigos”, pero que ahora iban a servir para *otros* fines, uno de los cuales era “plantear abiertamente la lucha ideológica”. Fue entonces —entre noviembre y diciembre de 1968— cuando aparecieron en la revista *Verde Olivo* cinco artículos cuya autoría se atribuye a Luis Pavón Tamayo, conjetura por lo demás indemostrable porque el autor utilizó un seudónimo —el tristemente célebre Leopoldo Ávila— que hasta ahora no ha sido reivindicado por nadie. El primer artículo exponía la conducta de Guillermo Cabrera Infante, que hacía apenas unos meses, en la revista *Primera Plana* de Buenos Aires, se había declarado enemigo acérrimo de la Revolución... después de servirla abnegadamente durante años como Agregado Cultural en Bruselas. Los dos artículos que le siguieron estaban agresivamente dedicados

a Padilla y a Arrufat y los dos últimos, a problemas del mundillo intelectual, entre ellos el nivel de “despolitización” que, a juicio de Ávila, padecían nuestros narradores y críticos.

No habré de extenderme sobre el tenso clima que prevaleció en aquellos meses, porque ya un grupo de colegas —tanto cubanos (Retamar, Desnoes y yo) como latinoamericanos (Roque Dalton, René Depestre y Carlos María Gutiérrez)—, expusimos nuestras ideas sobre el asunto en una especie de mesa redonda que sostuvimos en mayo de 1969 y que fue publicada, primero, en la revista *Casa de las Américas*, y después en México, por Siglo XXI, bajo el previsible título de *El intelectual y la sociedad*.

El torneo ideológico anunciado por Ávila se insinuaba en ocasionales escaramuzas, pero había ido adquiriendo gradualmente un carácter cada vez más internacional debido en parte a los ataques a la Revolución que habían hecho en Europa varios intelectuales —Dumont, Karol, Enzesberger...— y en parte a que uno de los jurados que premió a Padilla —el crítico inglés J. M. Cohen— decidió participar a su manera en el debate. A ello se sumaba la aparición en París de la revista *Mundo Nuevo*, dirigida por el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal; muy pronto su compatriota Ángel Rama —ateniéndose a informaciones procedentes del *New York Times*— denunció la publicación como una “fachada cultural de la CIA”. En opinión de los especialistas, la finalidad última de *Mundo Nuevo* era disputarle a *Casa de las Américas* su poder de convocatoria y socavar la imagen del escritor o artista “comprometido” que la Revolución Cubana venía proponiendo como modelo para los intelectuales de nuestra América.

Fue ese modelo, por cierto, el que nos sirvió de razón o pretexto para la famosa *Carta a Neruda* que a fines de 1966 hicimos circular por todos los rincones del continente, y fue también el que prevaleció un año más tarde en el Seminario Preparatorio del Congreso Cultural de La Habana, donde se puso de manifiesto que gran parte de nuestra intelectualidad estaba elaborando, desde posiciones martianas y marxistas, un pensamiento descolonizador, más ligado a nuestra realidad y a los problemas del Tercer Mundo que a las corrientes ideológicas eurocéntricas de ambos lados del Atlántico. La revista *Pensamiento Crítico* y el excelente catálogo de publicaciones de ciencias sociales que ya exhibía el recién creado Instituto del Libro desempeñaron también un importante papel en este atrevido proceso que solíamos llamar “de concientización” o de “descolonización cultural”, y al que, por cierto, ninguno de los famosos *manuales* recién importados de la URSS podía aportar nada.

El Congreso Cultural de La Habana se celebró en enero de 1968 con la participación de centenares de intelectuales y artistas de todo el mundo, en un clima de optimismo revolucionario que objetivamente, sin embargo, quedaba reducido a su mínima expresión por el hecho de que apenas tres meses antes el Che había muerto en Bolivia, con lo que se frustraba al nacer el gran proyecto de emancipación continental que comenzó a gestarse en 1959. Entretanto, el prestigio internacional de la cultura cubana había crecido gracias al profesionalismo y la creatividad de artistas y escritores, de un lado, y al trabajo de cohesión y divulgación realizado por la Casa de las Américas y el ICAIC, del otro; ahí estaban, pujantes, el cine, el ballet, el diseño gráfico, el teatro, la música (con la naciente Nueva Trova), la danza (tanto folclórica como moderna) y la literatura (esta última con dos modalidades emergentes: la novela-testimonio y la Narrativa de la Violencia, a las que se sumaría en 1971 la novela policíaca). Observando semejante panorama cualquiera podía haber dicho, en alusión al diagnóstico de Ávila: “Si todo esto es producto de una intelectualidad *despolitizada*, que venga Dios y lo vea”.

5

Quisiera poder dar aquí por concluido el esquema general de la prehistoria —visto desde la perspectiva más o menos justa, más o menos distorsionada de un participante que, como es natural, tiende a arriar la brasa a su sardina—, pero me temo que el rodeo aún no haya terminado. Todavía hay factores, digámoslo así, objetivos y subjetivos, nacionales e internacionales que deben tenerse en cuenta para poder ir al grano después. Así que les pido, por favor, un poco más de paciencia.

Lo que ocurrió con *Fuera del juego* después de su publicación lo vemos ya como los prolegómenos del “caso Padilla”. Este siguió haciendo una vida más o menos normal e inclusive dio un recital en la UNEAC con los poemas de un libro en preparación que llevaría el sugestivo título de *Provocaciones* —no sean mal pensados, aludía a una observación de Arnold Hauser en el sentido de que las obras de arte son eso, justamente, desafiantes invitaciones al diálogo. En diciembre de 1968 Padilla sostuvo una escaramuza con Cabrera Infante en la que, al rechazar su apoyo, lo acusaba de ser un “contrarrevolucionario que intenta crearle una situación difícil al que no ha tomado su mismo camino” [...].¹⁵ Por un problema de carácter, Padilla no podía mantenerse mucho tiempo en un segundo plano; aprovechó una encuesta de *El Caimán Barbudo* para atacar a los editores porque se interesaban en *Pasión de Urbino*, la recién publicada novela de Lisandro Otero, mientras

“ninguneaban” *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante. A cada rato oíamos decir que estaba muy activo como consultor espontáneo de diplomáticos y periodistas extranjeros de tránsito por La Habana, a los que instruía sobre los temas más disímiles: el destino del socialismo, de la revolución mundial, de la joven poesía cubana... Y un buen día de abril de 1971 nos llegaron rumores lamentables, que luego se confirmaron como hechos: que había estado preso —por tres semanas, según unos, por cinco según otros— y que iba a hacer unas declaraciones públicas en la UNEAC. Estas resultaron ser un patético *mea culpa* y un atropellado inventario de inculpaciones a amigos y conocidos, tanto ausentes como presentes. Conociendo a Padilla como lo conocíamos, sabiendo que su larga experiencia del socialismo “real” —primero como representante comercial en Praga, después como editor en Moscú— lo había convertido en un escéptico incurable, hasta el punto de que aun bajo el sol tropical se sentía asediado por los fantasmas del estalinismo, cuesta trabajo creer que su declaración —que tanto recordaba las penosas “confesiones” de los procesos de Moscú— no estuviera concebida como un mensaje cifrado, destinado a sus colegas de todas partes del mundo. Sea como fuere, lo cierto es que el mensaje —la profecía autocumplida— *llegó* a su destino. Pero ya días antes, al conocerse en Europa la noticia del arresto, se había puesto en marcha el mecanismo que de este lado del Atlántico conduciría al Congreso de Educación y Cultura.

6

En efecto, el 9 de abril de 1971 había aparecido en un diario de París —*Le Monde*— una carta abierta que varios intelectuales europeos y latinoamericanos dirigían a Fidel para expresarle su alarma por el arresto, el que veían como un posible rebrote del sectarismo en la Isla. Fue como meterse en la jaula del león sin tomar las debidas precauciones. No me extrañaría que haya sido esa carta —y el hecho insólito de que entre los firmantes apareciera Carlos Franqui, ahora celoso fiscal de la Revolución— lo que precipitó la decisión de convertir el anunciado Congreso Nacional de Educación en Congreso de Educación y Cultura. Este se efectuó en salones del hotel Habana Libre entre el 23 y el 30 de abril. En su discurso de clausura, Fidel acusaría de arrogantes y prepotentes a aquellos “liberales burgueses”, instrumentos del colonialismo cultural, que intervenían en nuestros asuntos internos sin tener la menor idea de lo que eran nuestros verdaderos problemas: la necesidad de defendernos del imperialismo, la obligación de atender y abastecer a millones de niños en las escuelas... “Hay que estar locos de remate, adormecidos hasta el infini-

to” —dijo—, “marginados de la realidad del mundo” para creer “que los problemas de este país pueden ser los problemas de dos o tres ovejas descarriadas...”, o que alguien, desde París, Londres o Roma, podía erigirse en juez para dictarnos normativas. Por lo pronto, intelectuales de ese tipo nunca volverían aquí como jurados de nuestros concursos literarios, ni como colaboradores de nuestras revistas... . Vista desde la óptica actual, la reacción puede parecernos desmesurada, aunque consecuente con toda una política de afirmación de la identidad y la soberanía nacionales; en todo caso, lo cierto es que la situación en su conjunto marcó un punto de ruptura o enfriamiento entre la Revolución y numerosos intelectuales europeos y latinoamericanos que hasta entonces se consideraban amigos y compañeros de viaje. Sigue siendo de consulta obligada, como manifiesto revolucionario del momento —que, por cierto, lo trascendió para llegar a convertirse en manifiesto cultural del Tercer Mundo—, el ensayo de Retamar *Calibán*, una desafiante impugnación de la ideología neocolonial escrita a sólo dos meses de clausurado el Congreso.

El país atravesaba entonces un período de tensiones acumuladas, entre las que sobresalían la muerte del Che, la intervención soviética en Checoslovaquia —que el gobierno cubano aprobó, aunque con mucha reticencia—, la llamada Ofensiva Revolucionaria de 1968 —un proceso tal vez prematuro, tal vez incluso innecesario de expropiación de los pequeños comercios y negocios privados—, y la frustrada zafra de 1970 o Zafra de los Diez Millones, que pese a ser “la más grande de nuestra historia”, como proclamaron los periódicos, dejó al país exhausto. Sometida al bloque económico imperialista, necesitada de un mercado estable para sus productos —el azúcar, en especial—, Cuba tuvo que definir radicalmente sus alianzas. Hubo un acercamiento mayor a la Unión Soviética y a los países socialistas europeos. En 1972 el país ingresaría al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), lo que vincularía estructuralmente nuestra economía a la del campo socialista.

7

Del Congreso de Educación y Cultura emergió, con Luis Pavón Tamayo a la cabeza, un CNC transformado, ninguno de cuyos dirigentes, hasta donde recuerdo, había tenido relaciones orgánicas con la vanguardia. Los nexos de continuidad habían sido cuidadosamente rotos o reducidos al mínimo. A juzgar por sus acciones, el pavonato fue eso, justamente: un intento de disputarles el poder, o mejor dicho de *despojar* del poder a aquellos grupos que hasta entonces habían impuesto su predominio en el campo de la cultura y que por lo visto no eran, salvo excepciones, “políticamente confiables”.

Únicamente se salvaron —aunque con facultades bastante reducidas— los que pertenecían a instituciones autónomas encabezadas por figuras prestigiosas, como los casos ya citados de la Casa de las Américas y el ICAIC. Ya hemos dicho que en este tipo de conflictos no sólo se dirimen discrepancias estéticas o fobias personales sino también —y tal vez sobre todo— cuestiones de poder, el control de los mecanismos y la hegemonía de los discursos. Basta echar una ojeada a la situación de las editoriales, los teatros, las revistas, las galerías, los espacios, en fin, de promoción y difusión de la cultura artística y literaria en los años sesenta para percatarse de que el dominio de los más importantes lo ejercían, directa o indirectamente, los grupos que considerábamos de vanguardia. Un funcionario obtuso podía opinar lo que quisiera de Farralunque o del Teatro del absurdo, pero *Paradiso* y *La cantante calva* estaban ahí, al alcance de la mano; podía rechazar el *pop* o *La muerte de un burócrata*, pero Raúl Martínez y Titón [T. Gutiérrez Alea] seguían ahí, enfrascados en nuevos proyectos. Entre diciembre de 1970 y enero de 1971, para celebrar el cumpleaños de Lezama —su sexagésimo aniversario— apareció una larga entrevista tanto en *Cuba Internacional* como en *Bohemia*, todo un *dossier* de homenaje en *La Gaceta de Cuba* y el volumen de sus poesías completas (hasta la fecha) publicado por el Instituto del Libro en su colección Letras Cubanas.

Es decir, había tensiones y desencuentros, pero las cosas no eran tan sencillas: lo que las editoriales y revistas publicaban, lo que las galerías exhibían, lo que los teatros estrenaban, lo que filmaba el ICAIC servían para mostrar *quiénes* eran (éramos) los que movían los hilos de la “industria cultural”, hasta dónde resultaba ser hegemónico nuestro discurso, pese al rechazo y las sospechas que el mismo suscitaba entre aquellos ideólogos profesionales a quienes solíamos llamar piadosamente Guardianes de la Doctrina (encabezados por un alto funcionario del Partido que, según rumores, era el padrino político de Pavón).

Si tuviera que resumir en dos palabras lo ocurrido, diría que en 1971 se quebró, en detrimento nuestro, el relativo equilibrio que nos había favorecido hasta entonces y, con él, el consenso en que se había basado la política cultural. Era una clara situación de *antes* y *después*: a una etapa en la que todo se consultaba y discutía —aunque no siempre se llegara a acuerdos entre las partes— siguió la de los ucases: una política cultural imponiéndose por decreto y otra complementaria, de exclusiones y marginaciones, convirtiendo el campo intelectual en un páramo (por lo menos para los portadores del virus del diversionismo ideológico y para los jóvenes proclives a la extravagancia, es decir, aficionados a las melenas, los Beatles y los pantalones ajustados, así como a los Evangelios y los escapularios).

8

Todos éramos culpables, en efecto, pero algunos eran más culpables que otros, como pudo verse en el caso de los homosexuales. Sobre ellos no pesaban únicamente sospechas de tipo político, sino también certidumbres *científicas*, salidas tal vez de algún manual positivista de finales del siglo XIX o de algún precepto de la Revolución Cultural china: la homosexualidad era una enfermedad contagiosa, una especie de lepra incubada en el seno de las sociedades clasistas, cuya propagación había que tratar de impedir evitando el contacto —no sólo físico, sino inclusive espiritual— del apestado con los sectores más vulnerables (los jóvenes en este caso). Por increíble que hoy pueda parecernos —en efecto, el sueño de la razón engendra monstruos—, no es descabellado pensar que ese fue el fundamento, llamémosle *teórico*, que sirvió en 1971-72 para establecer los “parámetros” aplicados en los sectores laborales de *alto riesgo*, como lo eran el magisterio y, sobre todo, el teatro, las artes escénicas en general. Se había llegado a la conclusión de que la simple *influencia* del maestro, el actor o el bailarín sobre el alumno o el espectador adolescente podía resultar riesgosa, lo que explica que en una comisión del Congreso de Educación y Cultura, al abordar el tema de la influencia del medio social sobre la educación, se dictaminara que no era “permisible que por medio de la calidad artística reconocidos homosexuales ganen un prestigio que influye en la formación de nuestra juventud”. Más aún:

Los medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales que pretenden convertir el esnobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales en expresiones del arte revolucionario [...].

En los centros dedicados a la docencia o el teatro, los trabajadores que no respondieran a las exigencias o “parámetros” que los calificaran como individuos *confiables* —es decir, revolucionarios y heterosexuales— serían reubicados en otros centros de trabajo. El proceso de *depuración* o “parametración” se haría bajo la estricta vigilancia de un improvisado comisario conocido desde entonces en nuestro medio como “Torquesada” (quien no hace mucho tiempo, por cierto, apareció en otro programa de televisión, aunque no en calidad de homenajead). Les complacerá saber que aunque en aquella época aún no existían en nuestro medio Marielas capaces de hablar del fenómeno con rigor y sensatez, sí existían como es lógico tribunales dispuestos a hacer cumplir la ley. A través de sus respectivos sindicatos y amparados por la ley de Justicia Laboral, los *parametrados* llevaron

sus apelaciones hasta el Tribunal Supremo y este dictaminó —caso his tórico y sin precedentes— que la “parametración” era una medida *inconstitucional* y que los reclamantes debían ser indemnizados.

No tengo que añadir que a los prejuicios sobre la conducta sexual se sumaban los prejuicios sobre la condición intelectual misma, especialmente porque muchos miembros de la “ciudad letrada” sólo concebían su misión social en calidad de jueces, como “conciencias críticas” de la sociedad. Ya sabemos que desde los tiempos más remotos, la escritura y las actividades ligadas a ella responden a condicionamientos propios de las sociedades divididas en clases y castas, y que por tanto hay que hacer lo posible —empezando por la alfabetización— para reducir al mínimo las desigualdades resultantes; pero pretender que esas desigualdades puedan suprimirse de un plumazo, y más aún, que las funciones que desempeñan los trabajadores intelectuales y los manuales sean intercambiables, hace pensar en demagogias o disparates. Recuerdo que un periodista que por aquella época visitaba los cañaverales del país exhortó a los trabajadores exclamando, con sincero o fingido entusiasmo: “¡Escriban ustedes, macheteros!”. Yo hubiera dado cualquier cosa por ver la cara de los aludidos e imaginar una posible respuesta: “¡Y tú ven a cortar caña, descarado!”, porque los trabajadores manuales también tienen prejuicios, que suelen salir a flote en cuanto advierten signos de demagogia o duplicidad moral. De la vieja sociedad heredamos, unos y otros, la noción de que la mayoría de los intelectuales y artistas —por lo menos los que no ejercen actividades realmente lucrativas— son una suerte de “parásitos”. Que un centro rector de cultura contribuyera a reforzar ese prejuicio era una imperdonable muestra de fariseísmo e incapacidad. En todo caso, el CNC tenía muy claro que había que arrinconar a los “viejos” —incluidos los que por entonces apenas teníamos cuarenta años..., pero que por lo mismo ya estábamos *contaminados*— para entregarles el poder cultural a los jóvenes con el fin de que lo ejercieran por conducto de cuadros experimentados y políticamente confiables. Muy pronto se estableció a todo lo largo del país una red de “talleres literarios” encargados de formar a los nuevos escritores y se dio un frenético impulso al Movimiento de Aficionados. Era lo que los guajiros, aludiendo a un proceso de maduración artificial muy utilizado en nuestros campos —por lo menos en mi época—, llamaban “madurar con carburo”. Había prisa y el relevo no podía fallar.

9

Creo que al fin —¡al fin!— estamos en condiciones de abordar el tema sugerido por Desiderio como punto de partida para el debate. La montaña ya puede parir su ratón.

En la avalancha de *e-mails* que fueron llegando en estos días había uno del narrador oriental José M. Fernández Pequeño —hoy residente en Santo Domingo— que me ayuda a precisar un dato importante: ¿cuándo comencé a utilizar la denominación Quinquenio Gris para designar ese fenómeno que llamamos también el pavonato? “Creo haber estado presente en un momento definitorio para la cristalización de la etiqueta Quinquenio Gris”, dice Pequeño, evocando el Encuentro de Narrativa que se celebró en Santiago de Cuba en noviembre de 1980 (y con cuyos materiales, por cierto, preparé un folleto titulado *Pronóstico de los ochenta*). En opinión de Pequeño, se trataba de conjurar la memoria de aquel “período nefasto”, todavía tan cercano, para poder “seguir adelante y crecer como personas y como escritores. Había que trazar una línea divisoria, y en ese sentido creo que sirvió el nombre”.

Recuerdo que yo lo iba soltando aquí y allá, al paso, en reuniones y encuentros de la UNEAC y del recién creado Ministerio de Cultura, y recuerdo también que producía reacciones diversas, de aceptación o rechazo, según la procedencia laboral de mis interlocutores. Pero la primera vez que utilicé el término *por escrito* fue en 1987, en un texto de crítica literaria publicado en la revista *Casa de las Américas*. Decía allí, en discretas notas al pie: “Las tendencias burocráticas en el campo de la cultura que se manifestaron en el Quinquenio Gris [...] —observen que no preciso el sentido del término, como si lo diera por sabido— “frenaron, pero no impidieron, el desarrollo posterior de las distintas corrientes literarias”. Y más adelante: “El Quinquenio Gris, con su énfasis en lo didáctico, favoreció el desarrollo de la novela policíaca y la literatura para niños y adolescentes”.

Eran elementos que objetivamente, a mi juicio, contribuían a darle su grisura a la etapa, porque lo “burocrático” y el “énfasis en lo didáctico” situaban la creación literaria en una posición subordinada, ancilar, donde apenas había espacio para la experimentación, el juego, la introspección y las búsquedas formales.

Pero aquí debo abrir un paréntesis para no pecar, como el adversario, de dogmático y esquemático. Apoyado por algunas cátedras universitarias, el CNC había deslizado al oído de los jóvenes escritores la maligna sospecha de que el realismo socialista era la estética de la Revolución, una estética que no osaba decir su nombre, entre otras cosas porque nunca fue adoptada oficialmente en ninguna instancia del Partido o el gobierno.

Y como no todos eran jóvenes y no todo estaba bajo el control del

CNC y sus catecúmenos, el Quinquenio Gris, como espacio temporal, fue también la época de publicación o gestación de algunas obras maestras de nuestra novelística, como *Concierto barroco* de Carpentier y *El pan dormido* de Soler Puig. Sería un hijo de este último, por cierto —Rafael, lamentablemente fallecido en un accidente—, el que anunciaría con dos libros de cuentos, a caballo entre una etapa y otra, que algo nuevo estaba ocurriendo en la narrativa cubana. Y ya al final de la década algunos jóvenes —cito un comentario mío de esos años— “actualizaron el discurso” de nuestra narrativa reinsertándolo en la línea de desarrollo de la narrativa latinoamericana, con lo que prepararon el camino para que las obras de los ochenta nacieran marcadas “por ese afán renovador, tanto a nivel discursivo como temático”.²⁶ Es decir, ya por entonces habían empezado a evaporarse los deletéreos efectos de aquella estética normativa que con tanta diligencia promovieran talleres y cátedras universitarias. Me atrevo a decir que en 1975 el pavonato, como proyecto de política cultural, estaba agonizante. Pero si es cierto, como creo, que lo más característico de esa etapa es el binomio dogmatismo/mediocridad, la merma de poder no podía significar su total desaparición, porque mediocres y dogmáticos existen dondequiera y suelen convertirse en diligentes aliados de esos cadáveres políticos que aún después de muertos ganan batallas.

No tengo reparos en pedirles disculpas a tantos compañeros que, habiendo sufrido en carne propia los abusos del pavonato —el más cruel de los cuales fue sin duda su muerte civil como profesionales, a veces por períodos prolongados—, consideran que el término Quinquenio Gris no es sólo eufemístico sino incluso ofensivo, porque minimiza la dimensión de los agravios y por tanto atenúa la responsabilidad de los culpables. La mayoría de esos compañeros —no todos “parametrados”, por cierto, algunos simplemente “castigados” por sus *desviaciones* ideológicas, las que se corregían trabajando duro en la agricultura o en una fábrica— proponen la alternativa de Decenio Negro.

Respeto su opinión, pero yo me refería a otra cosa: a la atmósfera cultural que he venido describiendo, en la que además se programó el entusiasmo revolucionario y lo que había sido búsqueda y pasión se convirtió en metas a cumplir. Si los indicadores cambian, es lógico que las fronteras cronológicas y las pigmentaciones cambien también. Si en lugar de definir el pavonato por su mediocridad lo defino por su malignidad, tendría que verlo como un fenómeno peligroso y grotesco, porque no hay nada más temible que un dogmático metido a redentor y nada más ridículo que un ignorante dictando cátedra. Hay hechos del período —incluso de *finales* del período— que pueden considerarse crímenes de lesa cultura y hasta de lesa patriotismo, como lo fue el veto que en 1974 se le impuso a la publicación en

Cuba de *Ese sol del mundo moral*, de Cintio Vitier, un ensayo mariano y fidelista que explica como pocos por qué la inmensa mayoría de los cubanos se enorgullecen de serlo. Como buenos Guardianes de la Doctrina, los censores advirtieron de inmediato que no era una visión *marxista* de la historia de Cuba. Así que apareció primero en México que aquí; de hecho, aquí demoró veinte años en publicarse, no sé si por inercias dogmáticas o por simple desidia editorial.

10

Quizás nunca se haya escuchado en nuestro medio un suspiro de alivio tan unánime como el que se produjo ante las pantallas de los televisores la tarde del 30 de noviembre de 1976 cuando, durante la sesión de clausura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, se anunció que iba a crearse un Ministerio de Cultura y que el ministro sería Armando Hart. Creo que Hart ni siquiera esperó a tomar posesión del cargo para empezar a reunirse con la gente. Viejos y jóvenes. Militantes y no militantes. No preguntó si a uno le gustaban los Matamoros o los Beatles, si apreciaba más la pintura realista que la abstracta, si prefería la fresa al chocolate o viceversa; preguntó si uno estaba dispuesto a trabajar. Tuve la impresión de que rápidamente se restablecía la confianza perdida y que el consenso se hacía posible de nuevo. Recuerdo que comentaba con mi amigo Agustín Pi —el legendario Doctor Pi— lo sorprendente que resultaba ese repentino cambio de atmósfera, y cuando supuse que iba a hablarme de la impecable trayectoria revolucionaria de Hart o de sus méritos intelectuales, lo oí decir —con un vocabulario que ya en esa época había caído en desuso—: “Es que Hart es una persona decente”. Creo que fue en ese preciso momento cuando tuve la absoluta certeza de que el dichoso Quinquenio era en efecto un quinquenio y acababa de terminar. No es que desaparecieran definitivamente las tensiones, esos conflictos de opinión o de intereses que nunca dejan de aflorar en una cultura viva —recuerdo que todavía en 1990 nos enfrascamos en uno de ellos—, sino que las relaciones fueron siempre de respeto mutuo y de auténtico interés por el normal desarrollo de nuestra cultura.

Les agradezco su atención y su paciencia. Espero que mis divagaciones hayan servido al menos para ofrecer a los más jóvenes una información y una perspectiva de las que seguramente carecían. Reconozco que la información es todavía muy panorámica y el punto de vista muy limitado, pero aquí sólo me propuse —ateniéndome a la sugerencia de Desiderio— proporcionar el marco de un debate posible. Repito que a mi juicio nuestra cultura —hoy tanto o más que nunca— es una cosa viva. Por razones de edad suelo evocar con frecuencia el pasado, pero es un ejercicio que detesto cuando amenaza

con hacerse obsesivo. A veces, hablando ante públicos extranjeros sobre nuestro movimiento literario, encuentro personas —hombres por lo general— que insisten en preguntarme únicamente sobre hechos ocurridos hace treinta o cuarenta años, como si después del “caso Padilla” o la salida de Arenas por Mariel no hubiera ocurrido nada en nuestro medio. A ese tipo de curiosos los llamo Filósofos del Tiempo Detenido o Egiptólogos de la Revolución Cubana. Pero al evocar el Quinquenio Gris siento que estamos metidos de cabeza en algo que no sólo atañe al presente sino que nos proyecta con fuerza al futuro, aunque sólo sea por aquello que dijo Santayana de que “quienes no conocen la historia están condenados a repetirla”. Ese peligro es, justamente, lo que estamos tratando de conjurar aquí.

La Habana, 30 de enero de 2007.

Carolina de la Torre

CONCIENCIA DE MISMIIDAD: IDENTIDAD Y CULTURA CUBANA*

LA IDENTIDAD NACIONAL o la conciencia de *mismidad* de los pueblos es objeto de estudio de las más diversas disciplinas. La historia, la sociología, las ciencias políticas y la psicología son algunas de ellas. Dentro del contexto de la psicología son muchas las especialidades y las formas de aproximación al fenómeno. Los psicólogos nos interesamos por la identidad nacional a la luz de los actuales acontecimientos en especialidades como personalidad, etnopsicología, etnopsicoanálisis, antropología psicológica, psicología cultural, psicología transcultural, psicología política y social, psicología comunitaria y de las minorías, psicología del desarrollo y otras aproximaciones. A su vez, en cada una de ellas es posible que se produzcan los más diversos referentes teóricos para abordar el fenómeno. Así, por sólo citar algunos ejemplos, vemos que en la propia psicología social la identidad nacional se aborda desde las concepciones de las teorías psicoanalíticas, fenomenológicas (como formación del sí mismo individual y social), interaccionistas u otras. Es más, en los trabajos teóricos e investigaciones prácticas sobre el tema, la vía para llegar al estudio de la identidad nacional puede remontarse a

* Carolina de la Torre 1995 "Conciencia de mismidad: identidad y cultura cubana", tomado de *Temas*, N° 2, abril-junio, La Habana, pp. 111-115.

los viajeros de la antigüedad que se enfrentaron a las diferencias entre los pueblos, a las crónicas de conquistadores y conquistados, a las ideas sociológicas y políticas modernas, al pensamiento político y social de la región o a la psicología individual y social.

No es fácil, por tanto, pensar teóricamente en el tema. Entre el afán de ser abarcadores, sistemáticos, dialécticos, y el temor de ser dogmáticos o eclécticos corremos el peligro de paralizarnos. Y no quiero paralizarme: asumo ya la perfección del resultado en favor de la importancia que tiene pensar en nuestra identidad en términos de lo que queremos decir cuando empleamos este concepto, de la idea concebida sobre los componentes de la identidad, su desarrollo, importancia esencial y funcional en el momento actual.

¿De qué hablamos cuando nos referimos a la identidad nacional? Se ha debatido bastante, al menos entre los psicólogos, acerca de si la identidad nacional tiene que ver con las características “objetivas” de un pueblo, destacándose, valga el trabalenguas, las características “objetivas” de su subjetividad (algunos investigadores creen poder detectarlas imparcialmente con un buen número de observadores o encuestadores bien entrenados) o con la manera en la cual los pueblos “subjetivaban” su ser (auto imagen). Lo cierto es, y esto ha sido muy claramente planteado por los psicólogos sociales latinoamericanos, que la identidad nacional tiene que ver con ambas cosas. Es posible pensar en rasgos y costumbres compartidos por las personas de un mismo pueblo, aunque no sean percibidos, evaluados, comparados, afectivamente vivenciados e incorporados, en tanto representaciones, como elementos reguladores del comportamiento individual y social.

Cuando hablamos de identidad nacional nos referimos al ser nacional y a su imagen, porque el ser de un pueblo y su núcleo distintivo o mismidad no permanecen ocultos para quienes en sus singularidades reciben, construyen y transmiten los elementos que nos permiten compartir subjetivamente un mismo espacio sociopsicológico de pertenencia. Por el contrario, las representaciones compartidas en torno a las tradiciones, historia, raíces comunes, formas de vida, motivaciones, creencias, valores, costumbres, actitudes, rasgos y otras características de un pueblo son, precisamente, las que permiten decir que un pueblo tiene una identidad.

Tratándose de identidad no todo es subjetividad pero, por muy fuertes, estables o difundidas que sean las características compartidas por un pueblo no se puede hablar de identidad si no existe la apropiación subjetiva de estas.

Los grupos humanos, incluso cuando han sido artificial o forzadamente creados, tienden a desarrollar elementos comunes y a

conformar identidades sociales; lo cual quiere decir que sus miembros, con mayor o menor conciencia y elaboración, incluyen en su autoconcepto representaciones relativas y derivadas de su pertenencia al grupo, que los integrantes se reconocen a sí mismos como miembros de una determinada entidad social y esta identificación se incorpora al sistema de las otras identificaciones sociales, que de manera única e irrepetible conforman entre otras cosas su identidad personal. Así, cuando se habla de la identidad social (familiar, comunitaria, étnica, nacional...) no basta mencionar elementos comunes o el hecho de que los miembros los hayan concientizado. Tiene que existir conciencia de la comunidad en sí misma y de su continuidad. Es más, los miembros de un grupo con identidad no sólo deben compartir representaciones en torno al hecho de conformar una entidad con rasgos comunes, deben tener conciencia de ser un grupo con características diferentes a las de otros grupos.

El hecho de hablar de representaciones compartidas no significa que todos sean conscientes de los elementos que sustentan nuestra conciencia de identidad. Al tener una identidad nacional, los pueblos poseen conciencia de su *mismidad* aunque las personas que compartan estas representaciones no sean conscientes de todos los "argumentos" que les permiten sentirse como partes de un mismo conglomerado humano. Por otro lado, el nivel de reconocimiento, elaboración y reflexión personal en torno a esto puede ser muy variado, en dependencia de las más diversas características personales, circunstanciales (presencia de otros grupos nacionales o étnicos por ejemplo), históricas, entre otras.

Puede suceder que los individuos y los grupos vivan sin detenerse a pensar o profundizar en su identidad, y aunque tengan conciencia de quiénes son y a qué pertenecen no operen con un *awareness* de esta, hasta tanto determinadas circunstancias los obliguen a percatarse de su *mismidad* y a pensar, sentir y actuar en concordancia con, o en defensa de ella. Mi experiencia con emigrados, como miembro de un país acosado históricamente por un enemigo externo, en el trabajo de asesoría psicológica y como investigadora en contacto con cientos de cubanos de todas las edades, me ha corroborado la importancia de este presupuesto planteado vivencial y teóricamente por los estudiosos del tema, desde Freud y James, pasando por los trascendentales trabajos (a pesar de lo criticados) de Erikson, hasta los más actuales y minuciosos ensayos que el espacio y el tiempo no me permiten referir con la profundidad que quisiera. Esto nos obliga a pensar que la formación de la identidad puede (y debe) recibir influencias sociales que afecten desde lo personal hasta lo grupal en el sentido de ayudar a crear circunstancias favorecedo-

ras de una exploración, apropiación creativa e identificación consigo mismo y con los grupos de pertenencia.

Hasta aquí parecería que la identidad existe de manera exclusiva o predominante como representación social o sistema cognitivo que sirve a los individuos que la comparten como elemento de categorización y orientación. Pero no es así; ni siquiera es posible hablar de identidad si no se consideran sus componentes afectivos y de actitudes. Una fuerte y positiva identidad nacional (o cualquier otro tipo de identidad social) presupone sentimientos de pertenencia, satisfacción y orgullo de esta pertenencia, compromiso y participación en las prácticas sociales y culturales propias. Una persona puede categorizarse a sí misma como parte de un pueblo, pero no tener sentimientos y afectos vinculados a esta inclusión. Puede tener sentimientos, pero negativos (vergüenza de su origen, poca autoestima, etc.). Por último, puede tener representaciones y afectos, pero no poseer actitudes y formas de vida integradas a las de su pueblo (compartir lengua, religión, ideología, costumbres, relaciones personales, etc.).

Tratando de conocer todas esas dimensiones de la identidad, hay quienes se han acercado al estudio de los pueblos mediante la exploración de sus valores, sus motivaciones o sus desempeños en unos y otros *tests* psicológicos. Hay quienes han estudiado diferentes expresiones de fenómenos relevantes para las teorías que sustentan. Hay quienes acumulan datos históricos, sociológicos, económicos, demográficos, y sobre la base de ellos logran caracterizar a grupos étnicos, nacionales o de otro tipo. Se suelen comparar los resultados encontrados en unos pueblos con los hallados en otros, así como producir literatura científica que sirve, entre otras cosas, para divulgar nociones y sistemas cognoscitivos que se interiorizan por las masas y se incorporan como representaciones sociales de su identidad. Hay, por último, quienes creen que los científicos (o los intelectuales, ideólogos y políticos) tienen posibilidades mayores de conocer la verdadera identidad de un pueblo, dejando para esos sujetos la opción de decir cómo “creen” que son.

Esas aproximaciones ayudan; el problema está en olvidar que la identidad no es algo que espera a ser descubierto por los investigadores, ni tampoco algo que para unos y otros pueblos puede ser medido sobre la base de iguales parámetros. Podemos, por ejemplo, investigar los componentes edípicos de la personalidad del cubano, podemos descubrir determinadas características compartidas, podemos incluso encontrar que las personas se percatan de ellas, y podemos concluir que el fenómeno detectado es parte de nuestra identidad. Pero esto no basta; ni siquiera es siempre necesario. Faltaría

saber si los cubanos cuando piensan en sí mismos, como pueblo que comparte una serie de características comunes y diferentes a las de otros, reconocen como propios y distintivos sus problemas edípicos. Faltaría saber cómo y dónde ubican los cubanos su identidad, qué moviliza sus afectos y actitudes hacia lo nacional. Así, para los cubanos, considerarnos afables, solidarios, alegres o sexualmente fogosos puede ser tan importante como para los costarricenses considerarse pacifistas. Ni la medida objetiva de ciertos rasgos, ni la comparación de parámetros establecidos (y a veces muy poco significativos como elementos de comunidad, continuidad, diferencia con los otros, etc.) nos garantiza el camino de acceso al núcleo de la identidad, a la conciencia de *la mismidad*.

En verdad, desde el primer momento del nacimiento empezamos a construir nuestra identidad social y personal (que como han planteado diversos psicólogos es social porque como aquella se construye socialmente). En este proceso complejo e ininterrumpido de búsqueda de *la mismidad*, unidad e integridad está presente, en aparente contradicción, un permanente trabajo de identificación con valores, creencias, actitudes, costumbres y auto imágenes que se ofrecen desde afuera y desde antes al sujeto. En esta época invadida por los medios de comunicación, la construcción social de la identidad es tan manipulada y confusa, que con razón ha dicho Lévi- Strauss que las crisis de identidad son el nuevo mal del siglo. En fin, que la identidad en gran parte se recibe, se adquiere o, si se quiere de otra manera, se hereda. Y esto es una de las responsabilidades mayores que una sociedad tiene con respecto a las nuevas generaciones. Pero la identidad no es una cosa que se da hecha y mucho menos que se recibe de manera pasiva y uniforme (en diferentes lugares, clases, momentos, coyunturas históricas y sociales, o por parte de diferentes sujetos). Las identidades personales y grupales obedecen a diferentes influencias de la cultura sobre los sujetos, pero la cultura está en las personas como también las subjetividades son resultados culturales o como plantea un famoso y actual psicólogo “cultural” norteamericano cuando dice que los mundos intencionales y las personas intencionales se fabrican continuamente unos a los otros. Pero no se imponen identidades. Una identidad impuesta es una falsa identidad, un estereotipo endeble y vulnerable que fácilmente se puede desmoronar como nos acaba de demostrar la historia más reciente.

La identidad se recibe, se transforma, se enriquece, se recrea y hasta se abandona o se pierde. Por eso nadie puede decir por decreto, ni por consideraciones teóricas, ni por convicciones ideológicas, ni por conveniencias coyunturales o históricas cuál es la identidad

de un pueblo. Los pueblos (o las comunidades, las minorías, las familias, los individuos) son moldeados por su sociedad sólo hasta el límite en que los mensajes pasan por su subjetividad activa y creativa, que es donde se plasma de modo concreto y real la identidad. No existe ninguna identidad social si no existe como espacio sociopsicológico de pertenencia, como conciencia y sentimientos compartidos de *mismidad* en cada uno de los sujetos considerados pertenecientes a ella. No existe fuerza en esa identidad si esta no es caracterizada con claridad por sus miembros, si no está asociada a vivencias y búsquedas personales, si no entraña afectos y compromisos. La identidad está siempre recreándose, enriqueciéndose por influencias que pueden venir incluso de lo que como referente externo constituye el otro frente al cual se dibuja.

Los cubanos en el exterior, por ejemplo, reciben las más diversas influencias de la cultura en la cual se insertan, pero cuando están empeñados en mantener la identidad, interiorizan estas influencias sólo hasta el límite en que amenazan romper la esencia que da continuidad a su *mismidad*. En este instante la identidad se hace más consciente, se elabora e incluso, si eso la protege, se “congela” mediante un atrincheramiento en las cosas iguales que se conservan y aglutinan frente a las diferencias que acotan. Y, como si fuese poco, cuando las adquisiciones comunes empiezan a ser poca defensa, las pérdidas comunes se empiezan a elaborar también. Y es bueno que la identidad mayor, la de la patria que nos agrupa a todos, apoye estas defensas, porque existe el peligro de que con el paso del tiempo (es una ley) a las nuevas generaciones les sea más fácil aculturizarse que congelarse, o que al subgrupo (cubanoamericanos, cubanos de Miami, Venezuela, México...) le resulte cada vez más protectora, cercana, operante y significativa la identidad del subgrupo, al extremo de desatarse del grupo mayor que en su origen le dio sentido.

Poco a poco nos acercamos al problema de la armonía y de la homogeneidad. Identidad supone relativa igualdad, continuidad (que permite precisamente el reconocimiento a pesar del paso del tiempo y de la diversidad de miembros) y diferencias con el otro. Pero la identidad no es sinónimo de armonía. No por la presencia dialéctica de contrarios en lo externo de la identidad (igualdad entre los connacionales y diferencia con los otros, continuidad esencial frente a la discontinuidad circunstancial), sino por la presencia de la contradicción interna. Hacia adentro no todo es armonía, hacia afuera no todo es contradicción, lo que desde cierto contexto es armonía, desde otro es contradicción. La contradicción hacia el interno de la identidad es la salvación contra el estancamiento y la muerte de una identidad social.

Al sobrevalorar la homogeneidad interna o la diferencia con el otro, se olvida que las identidades sociales son muy relativas y que los límites de un grupo comunitario, étnico o nacional funcionan como diferencia frente al otro a cierto nivel, pasando a desempeñar un papel muy secundario cuando una identidad social más abarcadora los incluye sobre la base de fronteras diferentes. Los venezolanos pueden considerarse muy diferentes a los colombianos, incluso hostiles, hasta cuando ellos, nosotros y el resto de los latinoamericanos empezamos a pensar como tales y a considerarnos muy diferentes a los norteamericanos. En este caso, identidades nacionales quedan integradas a una identidad supranacional.

Muchos ejemplos podrían analizarse para ilustrar esta relatividad, y podría abundarse sobre el peligro que representa, para la conciencia de *mismidad* de una identidad social, el establecimiento de criterios o límites que no abarquen a todos los miembros, la presencia de fuertes contradicciones entre subidentidades, la emergencia de subidentidades que funcionalmente empiecen a ser para sus miembros más importantes que la identidad más abarcadora, la confusión en relación con los modelos o patrones aceptados (crisis de valores, conflictos de motivos, doble moral, actitudes antagónicas o disonantes), así como la presencia de un “otro” que, más que punto de contraste, se instaure como modelo a imitar, como constatación frustrante de lo propio subvalorado o como juez que no solo sanciona, sino fabrica autoconciencia subestimada. La historia de los países subdesarrollados está llena de ejemplos. También la literatura latinoamericana nos invita a esta permanente reflexión: Martí vs. Sarmiento, y muchas otras producciones, nos alertan frente al abismo marcado por la política, la clase y la conciencia de independencia.

Por otro lado, del mismo modo que la identidad nacional representa un elemento de unión y cohesión frente a la agresión externa (de otro país, de la cultura dominante frente a la cultura de las minorías, la cultura norteamericana frente a la cultura de los cubanos en los Estados Unidos por ejemplo), constituye una defensa frente a la desintegración causada por amenazas internas. En este sentido la identidad se puede convertir en elemento revolucionario en favor de la soberanía, el desarrollo y la cohesión nacional. Pero si la defensa de la identidad ahoga las confrontaciones internas (internas a la nacionalidad, no al territorio), entonces no solo se convierte en una posición reaccionaria, sino que, a la larga, produce una incubación de contradicciones y resentimientos que en determinado momento provocan la desintegración que supuestamente se quería evitar. Reivindicaciones sexuales (el derecho a la homo, bi o transexualidad),

generacionales, étnicas, regionales, de clase, políticas, religiosas, si son mal tratadas, pueden ser muy amenazantes para la identidad nacional o para el bienestar que esta identidad debe proporcionar a quienes en ellas se inscriben. Un ejemplo es el personaje de Diego en el film *Fresa y chocolate*.

La propia existencia de una identidad nacional, y su papel escamoteador de las reivindicaciones sociales de la población autóctona en los países latinoamericanos, ha sido tema de estudios y debates. Pretender que un indio del lago Titicaca se sienta más peruano que hermano del boliviano del otro lado del lago es tan equivocado —si no se toma en cuenta la significación que esto pueda tener para él— como lo fue para una parte del movimiento obrero internacional el apoyo al nacionalismo imperialista.

Desde hace unos años estoy tratando de acercarme como psicóloga al problema de la identidad del cubano, de su psicología, considerada en su dimensión de rasgos estables y transitorios. He encontrado que, a diferencia de otros pueblos latinoamericanos, el cubano tiene una alta autoestima en comparación con los norteamericanos, y que la identidad del cubano es fuerte y claramente delineada, apoyada en representaciones y afectos muy consolidados, y acompañada de orgullo y compromiso con lo nacional. He encontrado que, como diría Maritza Montero, los cubanos comparten rasgos, representaciones y significaciones que los hacen sentir unidos; y un inconsciente deseo de proteger la imagen nacional cuando otros se refieren a nuestros rasgos negativos actuales.

Se usa el verbo “ser” para hablar de lo estable, continuo, interiorizado y característico; y el verbo “estar” para hablar de lo negativo, lo que se considera transitorio. Así, *somos* “humanos”, “alegres” o “extrovertidos”; pero *estamos* “irritados” o “agresivos”. Cuando se habla de “lo bueno”, parece haber un énfasis en lo propiamente construido; mientras que “lo malo” alude a causas externas y actuales (la “situación”). “Lo malo” no se siente como propio —en contraste con el machismo o la mala educación, que sí se asumen como formas de *ser*.

He encontrado también, en estos años difíciles, nuevas categorizaciones, como son las de “negociantes”, “interesados” (los que se relacionan con extranjeros por interés material, prostitución de nuestra más esencial virtud), “gente con doble moral” o “pasivos”, o con sentimientos de escaso compromiso. Estas imágenes enfatizan la pobreza espiritual y el deterioro que las circunstancias actuales producen en la subjetividad, el temor a expresar lo que se pregunta, las respuestas y proyecciones aparentemente deseadas pero esquemáticas y poco elaboradas, así como confusiones en los límites y etiquetamientos de la identidad.

Nuestros niños, como todos los niños, reflejan la identidad por su capacidad de categorizarse a sí mismos como cubanos, y reproducir los referentes que los medios, los adultos cercanos y todo su entorno escolar y familiar les suministran. Solo en la adolescencia se produce, gracias al desarrollo intelectual, la adquisición de vivencias propias y la construcción de una identidad personal, la posibilidad de lograr una identidad nacional, en un proceso de interiorización personalizada y armónica. Cuando, por ejemplo, los adolescentes de la enseñanza secundaria básica reproducen acríticamente y sin elaboración, como los escolares primarios, las representaciones que les suministra el entorno, se presenta un problema de identidad. La bandera, el escudo o la Plaza de la Revolución no son en ellos un índice de pensamiento simbólico —sino los objetos concretos que les sirven de referentes, a falta de otros valores, motivos, símbolos elaborados o creencias.

Es útil pensar colectivamente, y desde el ángulo de diversas disciplinas, en estos problemas, por el bien de la nación y de cada uno de sus individuos, donde quiera que estén. Kurt Lewin, un famoso fenomenólogo de la psicología, decía que las personas necesitamos un sentido firme de identificación grupal para lograr y mantener un sentimiento de bienestar personal. Otros como Nuttin o Fromm creen que la pertenencia es una necesidad básica del ser humano. Algunos, desde el etnopsicoanálisis, afirman que la conciencia de ser parte de una historia es un medio de defensa contra la manipulación que nos priva de la posibilidad de diseñar nuestras vidas. En general, la necesidad de entender la significación de uno en su medio, la claridad en torno a los valores y conceptos del mundo que nos rodea, la necesidad de que la identidad no sea sólo rótulo sino exploración, vivencia personal y compromiso, así como la necesidad de una honesta introspección, son factores indiscutibles.

La conciencia de *mismidad* es el resultado más genuino y colectivo de nuestra cultura, su núcleo y fuerza, el alma de nuestra nación que deja huellas en todo lo que hacemos. Estudiar las formas de enriquecerla, transmitirla, protegerla y convenirla en parte importante de la identidad de cada quien, es el reto más grande que se presenta a la cultura cubana.

Sociedad civil y economía política

.cu

Dra. María del Carmen Barcia

DE LA REESTRUCTURACIÓN A LA CRISIS: LA SOCIEDAD CUBANA A FINALES DEL SIGLO XIX*

ESTUDIAR LA SOCIEDAD CUBANA en los años finales del siglo XIX constituye un reto tentador. El panorama económico, político, social y cultural de esos años resulta sumamente complejo y no ha sido suficientemente investigado. Los historiadores cubanos han sido pródigos en estudios políticos y militares de la etapa comprendida entre 1868 y 1898; absortos en la intención de dar la relevancia debida a un acontecimiento tan trascendente como fue la lucha por lograr la independencia política de la Isla, han soslayado el estudio de otras cuestiones imprescindibles para establecer el adecuado balance en la interpretación de una sociedad que transitaba hacia un nuevo estadio de su desarrollo.

Por similar razón la historiografía cubana ha tendido a establecer sus periodizaciones a partir de acontecimientos políticos significativos, razón por la cual las etapas históricas se han delimitado a partir de los conflictos bélicos que, por lo general, no se corresponden con momentos capaces de ilustrar y definir diferentes estadios del desarrollo de la sociedad cubana. Uno de ellos es, precisamente, el que se inicia a finales de los años ochenta y culmina en la tercera década del siglo XX.

* María del Carmen Barcia 1999 "De la reestructuración a la crisis: la sociedad cubana a finales del siglo XIX", tomado de *Historia Contemporánea*, N° 19, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 129-153.

El año 1898 se ha insertado, en este contexto, de una forma paradigmática. Una pregunta, difícil de responder, debe preceder el análisis de lo ocurrido en ese año: ¿En qué medida los acontecimientos que en él se produjeron tuvieron una significación trascendente para la sociedad cubana o fueron simplemente sucesos políticos que no cambiaron en lo fundamental el proceso que se venía produciendo? Esta pregunta sólo encontrará respuesta en la medida en que se analice la historia profunda de la sociedad cubana durante los años que precedieron y también sucedieron a esos acontecimientos.

Razones de tiempo, de espacio, y también de coyuntura histórica, enmarcaron este trabajo en las dos últimas décadas del siglo XIX; esto implica dejar abierta una etapa del desarrollo económico y social de Cuba que no culmina hasta los años treinta del siglo XX, pero permite establecer el diseño que caracterizó su devenir, no sólo durante esos años sino durante todo el período.

En esta etapa finisecular la sociedad cubana transitaba de la tradición a la modernidad, dejaba atrás la producción sobre la base de hombres física y jurídicamente esclavizados; modernizaba sus instalaciones fabriles; introducía el telégrafo, el teléfono, la luz eléctrica; incrementaba las publicaciones que reflejaban la opinión pública; y creaba formas asociativas que protegían los intereses de individuos, sectores y grupos, pero todos estos cambios se producían en un país colonizado que luchaba por obtener su independencia.

Los trascendentes cambios que se efectuaron en la esfera económica en esos veinte años, pudieron ser definidos, de manera general y también genérica, como aquellos en que se produjo la conformación orgánica del capitalismo en Cuba. Concluida la esclavitud, las principales industrias del país tendieron a desarrollarse aceleradamente; tanto en el azúcar, como en el tabaco se produjeron procesos que concentraron el capital y centralizaron, de maneras diversas, la producción. De una u otra forma debe destacarse que el proceso de desarrollo económico que se producía en esos años resultó apresado por relaciones políticas coloniales que dificultaron su cabal realización, estas se caracterizaron por utilizar las políticas presupuestales y arancelarias como instrumentos de supeditación económica. Los rubros de Deuda, y Guerra y Marina constituían el 74,1% del presupuesto de gastos de 1890 a 1895, en tanto el de fomento apenas llegaba al 3,4%¹. Las rentas de aduanas eran destinadas a cubrir los intereses del empréstito contratado con el Banco Hispano Colonial.²

1 Instituto de Historia de Cuba. *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales 1868-1898*. Editora Política, La Habana, 1996, Anexo 28, p. 566.

2 *Ibidem*, pp. 188-189 y 226.

La inviabilidad de las reformas en la esfera política caracterizó la etapa finisecular. Cabe destacar que este inmovilismo, señalado por Arsenio Martínez Campos en 1878³ como causa del estallido revolucionario del '68, no respondía a intereses estratégicos del Estado español, sino a acciones coyunturales del grupo de poder peninsular que se enriquecía, esencialmente, a partir de sus inversiones en la deuda pública y en el negocio de la guerra y enarbolaba, para defender sus intereses particulares, la bandera de la integridad española.

En agosto de 1895, cuando los cubanos habían reanudado la lucha armada, el diario *La Discusión* expresaba la situación que se vivía con claridad meridiana:

“[...] Existen los derechos del individuo, pero la Colonia no tiene la libre disposición de sus intereses. Se publican periódicos. Se pronuncian discursos. Se forman asociaciones, pero los presupuestos no se hacen aquí. Los aranceles se elaboran en Madrid y no para servir al productor y al consumidor de Cuba, sino a los exportadores de la madre patria. ¿De qué sirve la libertad de hablar sin el derecho de ejecutar?”.⁴

Aunque en ese artículo se hacía referencia a la coartación económica, y por supuesto, sutilmente, a la dependencia política en que se encontraba la Isla, también se reconocían, sin embargo, los cambios que se habían producido en la esfera de la sociedad civil. Estos resultaron trascendentes, tanto para la sociedad cubana finisecular como para su posterior desenvolvimiento.

LA SOCIEDAD CIVIL ANTES DE LA GUERRA GRANDE

Desde el año 1837 Cuba y Puerto Rico habían sido separadas de las Cortes Españolas. Esta decisión representaba la ratificación de su condición colonial. Ambas islas debían ser administradas, a partir de ese momento, por “Leyes Especiales” que supuestamente tendrían en cuenta la particular situación de sus territorios. Estas, sin embargo, nunca se escribieron, razón por la cual sus ciudadanos eran gobernados arbitrariamente, al leal saber y entender de los Capitanes Generales de turno, que respondían a las diversas circunstancias políticas en que se veía envuelta la metrópolis española.

Esta cuestión repercutió en la estructuración de la sociedad civil de Cuba que, desde esa fecha, debió conformarse coyunturalmente.

3 Este asunto es tratado por Martínez Campos en carta dirigida a Antonio Cánovas del Castillo el 19 de marzo de 1878, puede ser consultada en Estevez y Romero, Luis. *Desde el Zanjón hasta Baire*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, tomo I, p. 30.

4 “El dinero de Cuba”, *La Discusión*, La Habana, 15 de agosto de 1895, en Archivo Nacional de Cuba, *Fondo Asuntos Políticos*, legajo 281, N° 2.

Tanto la creación o formalización de corporaciones económicas — grandes o pequeñas—, como la fundación de sociedades culturales, gremiales o étnicas, se producía como respuesta a situaciones específicas a las cuales se les daba una solución puntual.

La primera asociación de los hacendados, por ejemplo, fue la llamada *Junta Delegada* que se conformó en 1873 cuando recrudecieron las presiones abolicionistas que amenazaban directamente sus intereses económicos. Sólo existía una sociedad regional española, la de *Naturales de Cataluña*. El Casino Español no fue fundado sino hasta 1869 y respondió a motivos estrictamente políticos relacionados con el estallido de la contienda revolucionaria. Representaba los intereses del sector más reaccionario de los integristas de la Isla quienes, necesitados de mecanismos aglutinadores capaces de permitirles el incremento de sus presiones sobre el poder político, se cohesionaron de esta forma para acelerar y formalizar sus acciones.

Las sociedades culturales agrupaban, por lo general, a las élites criollas y no eran muy numerosas. Entre ellas se destacaban los liceos artísticos y las sociedades filarmónicas. Muy sobresalientes por las actividades que desarrollaban eran los Liceos de La Habana, Matanzas y Guanabacoa. Estos espacios eran utilizados para divulgar situaciones e inquietudes políticas y eran portadores de cierta movilidad social, pues en los mismos participaban, con frecuencia, intelectuales o grupos progresistas de las capas medias.

Los negros y mestizos se aglutinaban desde épocas tempranas en cofradías y en *cabildos de nación*. Estos fueron creados por disposición gubernamental con la intención de separar a los africanos de las diversas etnias, y minimizar, con esta división, su acción social. Teóricamente, la entrada a los *cabildos* estaba vetada para los negros criollos. Por otra parte estos habían sido confinados a los suburbios de las ciudades desde finales del siglo XVIII. Cabe destacar que en la práctica ninguna de las disposiciones que se tomaron contra ellos lograron frenar su accionar cotidiano.

Una muestra evidente de que la fragmentación de la sociedad civil no propiciaba el agrupamiento de los diversos grupos sociales fue la forma alternativa que utilizaron los independentistas cubanos que, recogiendo experiencias anteriores, fundaron la masonería irregular del *Gran Oriente de Cuba y las Antillas*. Esta aglutinación facilitó las acciones conspirativas en Bayamo, Holguín, las Tunas, Manzanillo y otros lugares de la región centro-oriental del país.⁵

5 Para una información detallada sobre el GOCA, debe consultarse el libro *Antonio Maceo, las ideas que sostienen el arma*, de Eduardo Torres Cuevas, publicado por la Editorial de Ciencias Sociales en 1895. Esta información ocupa las páginas 85 a 93.

UN PARÉNTESIS DEMOGRÁFICO: LAS BASES DEL REAGRUPAMIENTO SOCIAL FINISECULAR

La población de Cuba se había conformado a partir de dos grandes corrientes demográficas: la española y la africana. A partir de los años sesenta del siglo XIX, la primera se incrementó apreciablemente. Aunque no existen datos estadísticos que permitan cuantificarla, pues en los censos coloniales toda la población blanca se reflejaba como española, cabe destacar que en esos años su tasa geométrica de crecimiento era del 3,73, cifra inalcanzable a partir de un crecimiento natural.

Entre 1882 y 1899, fechas para las que existen datos estadísticos, el saldo inmigratorio de españoles a Cuba fue de 91.033 individuos, más del 80% de los cuales residían en el occidente del país.⁶ La mayor parte de estos individuos eran braceros que acudían a la Isla para trabajar en las plantaciones azucareras, cabe destacar que la esclavitud fue abolida en el año 1886. Esta inmigración tenía un carácter estacional, y se imbricaba con el inicio y el fin de la zafra. Por lo general estos inmigrantes permanecían en Cuba de noviembre a mayo y llegaban a las fincas a través de *ganchos* o contratistas, ganaban, aproximadamente, 20 pesos oro. Los dueños de ingenios consideraban que su número era, aproximadamente, de 10.000 individuos al año⁷.

De 1890 a 1894 el promedio de entrada anual de españoles a Cuba fue superior a los 20.000 individuos, cifra superior a la entrada media de los esclavos procedentes de África durante el auge de la trata negra. Cabe destacar que ésta inmigración disminuyó tras el estallido de la Guerra de Independencia de 1895, pero después de 1899 alcanzó y superó las cifras de los años noventa.⁸

Entre 1862 y 1899 la población cubana creció un 16% pero el sector dedicado al comercio y transporte, y la industria lo hizo en un 79%.⁹ La ampliación del mercado consumidor a partir del incremento de la inmigración peninsular y de la abolición de la esclavitud produjo un incremento de las tiendas mixtas, y las bodegas constituyeron un atractivo para los españoles que pretendían pasar del duro trabajo en las plantaciones a ese tipo de actividad.¹⁰

6 Palazón, Salvador: *Los Españoles en América Latina*. CEDEAL, Madrid, 1995, p. 40.

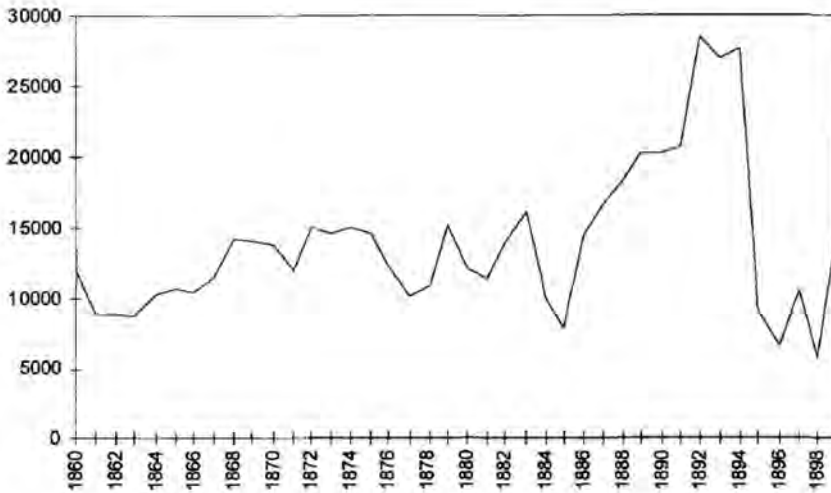
7 "Comunicación del 5 de agosto de 1898". *Actas del Círculo de Hacendados*. Tomo V, N° 272, en Biblioteca del Ministerio de la Industria Azucarera de Cuba (MINAZ).

8 Yañez, César. *La construcción de las series anuales de la emigración española a América, 1860-1930*. Papers de Demografia. Centre d'Etudis Demogràfics, Universitat Autònoma de Barcelona. 1988. Apéndice IV.

9 Piqueras, José Antonio. "Sociedad civil, política y dominio colonial en Cuba (1878-1895)", *Studia Historica. Historia Contemporánea*, Vol. 15, 1997, p. 102.

10 *Ibidem*, pág. 101.

Inmigración española a Cuba. 1860-1899



Paralelamente, entre 1880 y 1887, más de 230.000 esclavos pasaron a integrar sectores diversos de las capas libres, tanto urbanas como rurales.¹¹ La transformación de la mano de obra servil en libre significó, para los antiguos dueños, un gasto mayor, razón por la cual buscaron todo tipo de formas y de métodos capaces de depreciar la fuerza de trabajo, en ese contexto desempeñó un importante rol el incremento de la inmigración peninsular. En 1887 el 32,9% de la población cubana era conceptualizada como “de color”, esta cifra se elevaba al 33,1% en 1899.

En las áreas rurales los antiguos esclavos trabajaban como braceiros, precaristas o peones, especie de proletariado rural intensamente explotado. El carácter estacional de la industria azucarera y la diferencia de los jornales entre las diversas regiones del país, hacía que se trasladaran, frecuentemente, de una provincia a otra, buscando mejores salarios durante la zafra y cualquier tipo de trabajo adicional mientras duraba el “tiempo muerto”.

11 Los datos sobre el número de esclavos existentes en los años ochenta son dubitativos, según el Censo de 1877 ese año habían 199.094. Pero según el Capitán General de la Isla en 1882 su número era de 204.941, cifra que se incrementaba a 231.699 de añadirse 26.758 cuya posesión era reclamada por sus dueños. Estos últimos datos pueden localizarse en “Resumen general de individuos que hasta la fecha arroja el padrón general de esclavos, hoy patrocinados, divididos por antiguas jurisdicciones”.

Durante la zafra, la jornada laboral se extendía de 12 a 15 horas, se pagaba en efectivo a fin de mes, pero los anticipos se hacían en vales o fichas acuñados por los propietarios de ingenios y que sólo servían para comprar en las tiendas de estos enclaves.

El bracero estaba obligado a vivir separado de su familia y a renunciar a todo tipo de actividad que restase tiempo a su trabajo en el ingenio. Esto resultaba particularmente grave tanto para los cubanos —blancos negros o mestizos— como para los inmigrantes españoles, obligados por las circunstancias particulares en que se desenvolvían, a vivir permanentemente separados de sus mujeres e hijos, y constituyó la base de un fenómeno que aún permanece sin ser estudiado: la matrifocalidad familiar en esos sectores.

Junto a los braceros, esas “masas nómadas que en la disipación y sin porvenir, suelen inquietar la sociedad”,¹² y los precaristas, el cultivo de la caña de azúcar era también desarrollado por los pequeños campesinos, fuesen estos propietarios o arrendatarios. Por lo general se les designaba con el término “colonos” pues desenvolvían sus labores en las colonias cañeras. Pero este concepto resulta metodológicamente confuso, pues se aplicaba tanto a los propietarios pequeños como a los medianos e inclusive a los dueños de grandes extensiones de tierra que constituían una burguesía agraria.

Los dueños de ingenios centrales trataban de sacar los mayores beneficios del trabajo de los colonos. El precio de la caña variaba según la región y podía ser pagado en dinero o en azúcar. Los contratos eran muy onerosos, precisaban poco las obligaciones del dueño, pero condicionaban hasta en los más mínimos detalles las de los colonos; si éste no cumplía sus deberes, el dueño de la finca podía incautarse de sus tierras y de las mejoras que hubiese realizado en las mismas. Por esta razón, los propietarios de las fábricas de azúcar centrales procuraban que los contratos se estableciesen sobre la base de plazos de arrendamientos cortos. En 1899, los dueños y arrendatarios negros y mestizos, por lo general pequeños propietarios rurales, sólo disponían del 11% de las tierras cultivables.

El proletariado urbano estaba muy limitado numéricamente por la escasa industrialización y se vinculaba, fundamentalmente, a las fábricas de tabaco. Apenas constituía el 1,50% de la población. Muchos tabaqueros habían emigrado a Cayo Hueso primero y a Tampa, después, por motivos económicos. El *lock out* de las fábricas de tabaco de 1892 había incrementado ese éxodo. El 34,74% de los tabaqueros eran negros y mestizos, pero también trabajaban en ese sector muchos inmigrantes españoles.

12 *El Ingenio*, La Habana, 10 de noviembre de 1878, p. 4.

La gran masa de trabajadores urbanos del país eran artesanos o se ocupaban en el sector de los servicios. De 1862 a 1899 el número de artesanos se duplicó, constituyendo a finales del siglo el 9,6% de la población. El 56,6% de estos trabajadores eran negros y mestizos libres, pero algunos oficios eran desempeñados, mayoritariamente, por españoles. Cabe destacar que, a partir de los años noventa las capas “de color”, en cuyas manos habían estado la mayor parte de los trabajos manuales, fueron desplazadas de estos por la creciente inmigración española.

Las capas medias urbanas tuvieron un peso importante durante esta etapa, estaban integradas esencialmente por los empleados, los intelectuales y los funcionarios. Los miembros de los dos primeros grupos se encontraban, por lo general, al servicio de los dos grupos de presión más importantes, cuestión que se manifestaba en las campañas políticas cuando oficiaban como clientelas políticas de los partidos Liberal o Conservador. No obstante algunos intelectuales negros y mestizos —por lo general periodistas—, sostuvieron posiciones progresistas y desempeñaron un activo papel en contra de la discriminación racial. Hubo otros, sin embargo, que integraron los Casinos Españoles de Color y respaldaron las posiciones más oficialistas. Tanto en Cuba como en la emigración hubo intelectuales cubanos que defendieron los intereses nacionales en forma destacada, ejemplo de ello fueron José Martí, Manuel Sanguily y Juan Gualberto Gómez, entre muchos otros.

Los establecimientos comerciales grandes, medianos y pequeños, eran propiedad, por lo general, de peninsulares. Las diversas capas de esta burguesía comercial constituyeron un baluarte del integrismo.

Escasa era la importancia de la burguesía manufacturera, dueña de pequeñas fábricas de velas, jabones e inclusive tabaco, cuya producción se destinaba esencialmente al mercado interno.

Si bien durante la segunda mitad del siglo XIX la burguesía comercial importadora estaba integrada, mayoritariamente, por ciudadanos españoles; tanto la burguesía productora, que controlaba la esfera de la exportación, como la burguesía agraria, estaban formadas por españoles y por cubanos. El primer sector tenía en sus manos las fábricas de azúcar más modernas, era dueña de las mayores manufacturas de tabaco, controlaba los ferrocarriles, el transporte marítimo, los almacenes, las cajas de préstamo y tenía fuertes inversiones en las compañías exportadoras; el segundo circunscribía sus acciones a la esfera agraria.

Los funcionarios, al igual que la pequeña burguesía comercial, estaban estrechamente vinculados a los intereses más intransigentes, retrógrados y conservadores representados por el gobierno colonial.

IMAGEN DEL REAGRUPAMIENTO DE LA SOCIEDAD CIVIL

A partir de 1878 y muy especialmente durante los años ochenta, tras la aplicación a Cuba, primero provisional y luego de manera permanente de la Constitución de la Restauración Española,¹³ promulgada para la Península en 1876, la sociedad cubana se vio envuelta en un considerable afán organizativo. Se emitieron circulares, decretos, Reales Ordenes y leyes que pretendían crear un clima de distensión y dar una apariencia democratizadora al conceder a la Isla algunas libertades que posibilitaban un nivel de consentimiento social capaz de establecer un nivel mínimo de estabilidad. La sociedad civil era concebida desde el Estado metropolitano, pero permitirá ciertas expresiones de conflicto social y, aunque estas presuponían un nivel tácito de sujeción, también resultaron portadoras de códigos transgresores¹⁴.

En ese contexto fueron aplicadas a Cuba, con algunas especificidades, las leyes de reuniones, educación, imprenta y asociaciones.

Entre julio y agosto de 1878 se crearon, por primera vez, partidos políticos en la Isla¹⁵ aunque, a diferencia de la Península —las desigualdades serían frecuentes—, sólo tenían derecho al voto aquellos ciudadanos que pagasen, como mínimo, 25 pesos por contribución territorial, cuota que a partir de 1890 se redujo a 5 pesos. Se exceptuaba de dicha disposición a los empleados públicos que eran, por lo general, españoles; de esta forma se favorecía la elección de los diputados conservadores. Inicialmente se fundaron en la Isla cuatro partidos políticos, tres liberales y uno conservador, pero en poco tiempo quedaron reducidos a dos, el Partido Liberal, que a partir de 1881 fue conocido como Liberal Autonomista, y el Partido Unión Constitucional. Sus programas sociales y económicos presentaban grandes similitudes, pues en definitiva respondían a los intereses de sectores de una misma clase social; pero en el plano político diferenciaban sus

13 Según Real Decreto del 15 de julio de 1878, se aplicaron a la colonia, transitoriamente, las leyes Provincial y Municipal de la Península que respondían a la Constitución de la Restauración, aprobada en 1876. Por Real Decreto del 7 de abril de 1881 se hizo extensiva a Cuba y a Puerto Rico la Constitución española de 1876. Esta se publicó en *La Gaceta* de La Habana el 1º de mayo. No obstante su Artículo 89, que proponía leyes especiales para las Antillas, amparaba múltiples diferencias.

14 Para lo relacionado con sociedad civil resulta enriquecedor el trabajo de José L. Acanda "La idea de sociedad civil y la interpretación del comunismo como proyecto moral", en *Revista Ara*, N° 2, Consejo Nacional de Iglesias, La Habana, 1997, pp. 3-25.

15 El 16 de agosto de 1878, día en que se fundaba el partido conservador llamado Unión Constitucional, el general Arsenio Martínez Campos emitió una Circular dirigida a los inspectores de provincias y pedáneos del distrito, en la cual se autorizaba el derecho de reunión y vida política en general de los partidos, la libertad de discusión y el consentimiento para que los periódicos debatieran e hiciesen propaganda de ideas legales.

intereses, participando el primero del criterio de que el desarrollo de la Isla requería de la autonomía de la metrópoli, en tanto el segundo consideraba que debía conservarse la integridad nacional sobre la base de que Cuba continuase siendo colonia española.

Los grupos de poder pro-peninsular ejercieron sus presiones sobre el gobierno español durante la etapa previa al estallido de la Independencia, razón por la cual las reformas políticas solicitadas por los cubanos nunca fueron admitidas. Las discusiones en este plano se incrementaron, pues afectaban apreciablemente la esfera económica, los debates en torno a los aranceles y el presupuesto se hicieron asunto cotidiano sin que se encontrase una salida aceptable para los intereses de la burguesía insular. En 1893 surgió, integrado por la disidencia del Partido Unión Constitucional y la derecha del Partido Liberal Autonomista, una nueva agrupación política que se denominó Partido Reformista, éste esperaba tener un apoyo en el gobierno de Antonio Maura, pero todas sus posiciones se debilitaron cuando el plan propuesto por éste político, que permitía cierta autonomía, no fue aprobado. En su lugar se admitió la fórmula Romero-Abarzuza, aún más conservadora. Esta se autorizó después del estallido revolucionario de 1895, cuando los cubanos, convencidos de que las reformas no serían aprobadas, habían acudido, nuevamente, a la solución más radical.

A partir de 1878 las disposiciones relacionadas con la Educación y la de Imprenta tuvieron una importancia relevante. Las primeras permitían, teóricamente, el acceso de los negros y mestizos a todos los niveles educacionales, incluyendo el universitario. En ese contexto se promulgó una circular dedicada especialmente a la instrucción de los niños “de color”, en ella se consignaba la necesidad de que la educación fuese gratuita y se recomendaba que las escuelas fuesen mixtas. También se abría a los negros y mestizos las puertas de la universidad y de las escuelas de Artes y Oficios¹⁶.

Por otra disposición se autorizaba su libre asistencia a los lugares públicos.¹⁷ Esto no significó que los negros y mestizos fuesen fácilmente aceptados en todas las escuelas o simplemente en lugares de acceso al público como coches, ómnibus, restaurantes, teatros, etc.

16 La Circular se promulgó el 20 de noviembre de 1878, y el 1º de diciembre fue difundida para que las autoridades locales se viesen obligadas a velar por su cumplimiento.

17 El 3 de junio de 1885 se promulgó una circular que autorizaba la libre entrada y circulación de los negros en los parques públicos y en los establecimientos que prestasen servicios retribuidos a la población. Las autoridades civiles y sus agentes debían velar porque esto se cumpliera. Esta Circular fue ratificada por la del 18 de noviembre de 1887.

En el Teatro Tacón, por ejemplo, sólo tenían acceso al “paraíso”.¹⁸ Esta situación se reflejaba frecuentemente en la prensa “de color”, sobre todo en *La Igualdad* y en *La Fraternidad*. El incumplimiento de estas disposiciones hizo crisis en 1894, cuando el Capitán General Callejas, presionado por el *Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color*, se vio obligado a promulgar nuevas disposiciones. Desde luego que estas tampoco lograron solucionar la discriminación que sufrían los negros y mestizos como secuela de la esclavitud.

A partir de las posibilidades que daban tanto la Ley de Reuniones como la de Imprenta, la esfera de la opinión pública alcanzó una movilidad de la cual no había disfrutado antes. La segunda abolía, supuestamente, la censura previa, pero en la práctica los censores tenían acceso a las publicaciones dos horas antes de que estas se vendiesen. No obstante, con anterioridad a agosto de 1895, la crítica social se ejercía sin cortapisas.

Desde luego que la prensa se destacaba como un mecanismo conformador de la opinión pública, pero a la vez era un vehículo capaz de transmitir las inquietudes sociales de la población. En esta última dirección resultaba un medio eficaz por el cual las decisiones gubernamentales, o de las altas esferas, podían ser impugnadas a través de un discurso crítico. Los comentarios desfavorables sobre el Capitán General Emilio Callejas fueron frecuentes en la prensa conservadora, en tanto la liberal se permitía sugerir que los repentinos fallecimientos de los Generales Salamanca primero, y Rodríguez Arias después, no habían sido casuales, haciendo referencia al envenenamiento de ambos.¹⁹ En mayo de 1895 la prensa publicaba el retrato de José Martí, que había muerto en Dos Ríos, y se reproducía, en algunos casos con tintes encomiásticos, su biografía. Pero a partir de agosto de ese año, cuando las acciones bélicas de los cubanos resultaron muy exitosas, comenzó a ejercerse la censura para las cuestiones políticas. En uno u otro sentido los años 1897 y 1898 fueron especialmente sintomáticos, se observaba una crítica constante de la cotidianeidad, en tanto las cuestiones relacionadas con la guerra resultaban silenciadas o sólo se reflejaban a partir de informes oficiales.

Amparados por la Ley de Imprenta, cada partido político tenía su órgano de prensa, *El Triunfo* primero, y *El País* después, pertenecían a los liberales, mientras que *La Unión Constitucional* era de los conservadores. También contaban con ellos los trabajadores, algunos de sus periódicos respondían a sectores muy numerosos

18 Peris Mencheta, F. *De Madrid a Panamá*. Artes Gráficas Soler, Valencia, 1993, p. 100.

19 Barcia, María del Carmen. *Elites y grupos de presión en Cuba, 1878-1898*, Editorial de Ciencias Sociales (en prensa).

como el de los dependientes, por ejemplo, que disponían de *El Comercio*. Los negros y mestizos contaron con prensa liberal, como *La Fraternidad*, *La Igualdad* y *La Nueva Era*, pero también estaban representados en la prensa conservadora, muestra de ello fueron *El Mandinga*, *Ojo con el Hombre*, *La Unión* o *La España*. Eva Canel, literata y periodista asturiana, editaba en los años noventa un periódico de similar corte, bajo el título de *La Cotorra*.

Algunas mujeres “de color” se reunieron para editar en La Habana, entre 1888 y 1889, la revista *Minerva*, que tenía corresponsales en todo el territorio insular, e inclusive en algunas ciudades norteamericanas donde se había asentado un buen grupo de emigrantes cubanos como Nueva York, Cayo Hueso y Tampa.

Un grupo marginal, el de las prostitutas, logró publicar a finales de los años ochenta el periódico *La Cebolla*, que atacaba duramente a las autoridades municipales.

También en este contexto social y político se promulgó la Ley de Asociaciones.²⁰ A partir de ese momento la sociedad civil se multiplicó y surgieron grupos de intereses de todo tipo, desde corporaciones económicas destinadas a salvaguardar e incrementar los bienes adquiridos, asociaciones deportivas, artísticas, políticas o profesionales, hasta sociedades de socorros mutuos encargadas de proteger a los individuos de menores recursos. Españoles, extranjeros y cubanos; blancos, negros y chinos; espiritistas, católicos, masones y descreídos, se agrupaban para relacionarse y también, desde luego, defender sus intereses.²¹

La Ley de Asociaciones fue especialmente importante, e independientemente de las limitaciones que realmente existieron en la sociedad cubana finisecular, debe destacarse que el reagrupamiento político, económico y social, se produjo en un *lapsus* relativamente y que sus resultados inmediatos fueron el desarrollo de una sociedad civil cualitativamente diferente, en la cual proliferaron los espacios abiertos y cerrados, privados y públicos.

20 Por el Artículo 13 de la Constitución “todo español tenía derecho a asociarse para los fines de la vida humana”, por esa razón surgieron, desde el año 1878, múltiples sociedades y corporaciones, no obstante, la Ley de Asociaciones no se promulgó hasta el 13 de junio de 1888.

21 Aunque la Ley de Asociaciones excluía las asociaciones católicas, las mercantiles o comerciales que se regían por las disposiciones del derecho civil y mercantil y se inscribían en el Registro Mercantil, y las instituciones o corporaciones que se regían por leyes especiales; en el Registro de Asociaciones de La Habana aparecen inscritas agrupaciones católicas, una Compañía de Seguros (El Iris) y la Compañía Comercial de Zaldo.

LA IMAGEN DEL REAGRUPAMIENTO

Una visión general de la sociedad civil cubana durante los últimos veinte años del siglo XIX puede evidenciar las particularidades que tuvo el reagrupamiento finisecular, ejemplo de ello pueden ser las 317 inscripciones que contiene el Registro de Asociaciones de La Habana en el período comprendido entre 1880 y 1899. La mayor parte de éstas se inscribieron entre 1888 y 1893, llama la atención que en 1895, a pesar del inicio de la guerra, fueron inscritas 26 sociedades, lo que manifiesta la actividad de la sociedad urbana en ese año, el declive se produce en 1896 cuando la ciudad habanera tiene una etapa crítica y no se recupera hasta 1899, durante la intervención norteamericana.

Sociedades inscritas en La Habana. 1880-1899



Fuente: Archivo Nacional de Cuba. Fondo Registro de Asociaciones, 1878-1899.

En 1878 se fundó el *Círculo de Hacendados*, reducto de la burguesía agraria, se fortaleció la *Junta General de Comercio de La Habana* y se creó el *Centro Agrícola e industrial* que aglutinaba a todos los que participaban de la producción tabacalera: vegueros, operarios, almacenistas y fabricantes.

A partir de los años ochenta las corporaciones sectoriales proliferaron, la *Junta General de Comercio* se transformó en *Cámara de Comercio, Industria y Navegación*,²² ésta superó por su poder económico al *Círculo de Hacendados* y lo desplazó del lugar privilegiado que hasta entonces había ocupado, la mayor parte de los centros

²² Las Cámaras de Comercio fueron creadas en Ultramar por R.D. del 19 de noviembre de 1886, pero la existencia real de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Cuba data del 23 de marzo de 1888.

portuarios de la Isla tuvieron sus propias Cámaras de Comercio, la de Santiago de Cuba fue presidida por una figura muy activa y controvertida, Laureano Rodríguez.

En 1880 apareció el *Gremio de Fabricantes de Tabaco* y cuatro años después se constituyó la *Unión de Fabricantes* de dicha rama. En 1890 se fundó la *Liga de Comerciantes Importadores de La Habana* y en 1896 se creó la *Asociación de Cigarreros*.

Era común que los representantes más connotados de la burguesía insular, a partir de sus múltiples intereses, estuviesen asociados a más de una corporación económica y también resultaba frecuente que los presidentes de éstas se encontrasen al frente de importantes asociaciones culturales, políticas y sociales. Ejemplo de ello fue José Eugenio Moré, quien presidió paralelamente, hasta su fallecimiento, el *Círculo de Hacendados* y el *Partido Unión Constitucional*. Este proceder se mantuvo hasta fines del siglo, en 1893 Ramón de Herrera, conde la Mortera, dirigía paralelamente al *Partido Reformista*, a la *Cámara de Comercio* y al *Casino Español*.

Esta práctica de dirigir diversos grupos de interés era una forma de controlar a sus integrantes y se extendió a diversos sectores, por ejemplo al *Cuerpo de Voluntarios* y a la *Asociación de Dependientes* que de una forma u otra constituían las clientelas políticas de los grupos económicamente dominantes.

Las clases trabajadoras, por su parte, asumieron el reto integrador de los nuevos tiempos y se unieron para la defensa de sus intereses sectoriales. Entre 1878 y 1884 se constituyeron en La Habana 29 gremios, 8 de los cuales eran de tabaqueros, para 1899 ya existían 65 organizaciones de éste tipo. En 1879 apareció la *Junta Central de Artesanos* controlada por los anarquistas que a partir de 1892 se denominó *Junta Central de Trabajadores*. Estos también fundaron el *Círculo de Trabajadores de La Habana* con el objetivo de posibilitar la superación cultural de los obreros y artesanos a partir de la creación de escuelas y bibliotecas populares y de la organización de otras actividades culturales. En medio de la compleja situación social y económica que se produjo a fines de los años ochenta surgieron la *Alianza Obrera* (anarquista) y la *Unión Obrera* (reformista). Esta división, en lugar de fortalecer los intereses de los trabajadores, contribuyó a debilitarlos.

Una parte apreciable del proletariado organizado era español; esto probablemente influyó en que sus integrantes no validaran la opción independentista hasta 1892. Fue precisamente en el Congreso efectuado ese año cuando sus integrantes rebasaron las posiciones de abstención y neutralidad que hasta ese momento habían sostenido con respecto a la cuestión colonial, y acordaron “no oponerse a la libertad colectiva de un pueblo, aunque ésta sólo fuese la

libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo".²³ A partir de ese momento se recrudeció la represión contra ellos y tanto la *Junta Central* como el *Círculo* fueron clausurados. En 1893 se fundó la *Sociedad General de Trabajadores* que se limitó a dar respuesta a cuestiones focales.

Como una muestra del nivel organizativo alcanzado por el proletariado urbano, debe destacarse el apreciable relieve alcanzado por la protesta de los trabajadores organizados en diferentes gremios, que se evidenció en el período de 1890 a 1892, durante el cual se produjeron 46 huelgas.²⁴

Como puede observarse en el gráfico que se adjunta, la creación en La Habana durante este período de sociedades benéficas, mutualistas, gremiales, profesionales, recreativas o destinadas a propiciar la instrucción de las capas populares fue apreciable. La mayor parte de estas tenían un marcado carácter regional o racial y estaban integradas, por lo general, por individuos pertenecientes a las capas medias. Esta situación fue propiciada por necesidades sociales muy perentorias que encontraban en ellas una vía para encauzar las inquietudes de importantes sectores de la población, entre ellas se destacaban la intención de la creciente inmigración española y de los negros y mestizos a encontrar vías para su ascenso social.

Cabe recordar que tanto el *Casino Español de La Habana*, fundado en 1869, como sus similares, que aparecieron con posterioridad en otras ciudades de la Isla, se habían organizado por motivos políticos coyunturales, por esta causa perdieron espacio y capacidad de convocatoria al terminar la Guerra de los Diez Años. No obstante, en 1890 existían 58 casinos a lo largo de la Isla sin contar los "de color"²⁵, que permitían al gobierno colonial manipular a sectores puntuales de las capas negras y mestizas.

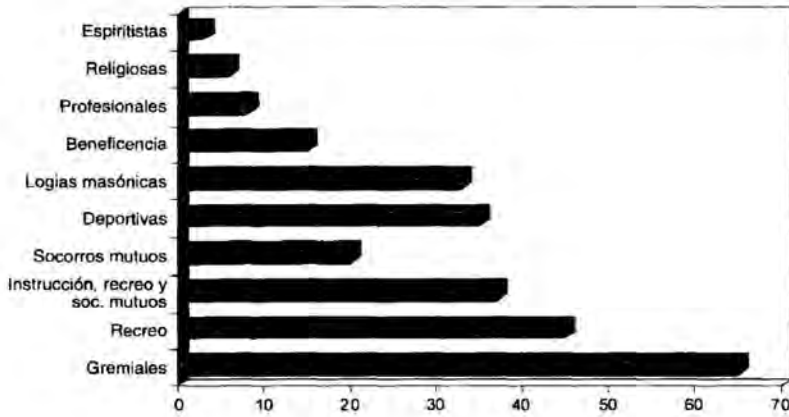
De 1878 a 1894, se mantuvieron como espacios destinados a realizar actividades recreativas y no volvieron a recuperar sus objetivos fundacionales hasta que estalló la nueva guerra. A partir de ese momento reasumieron su carácter de centros políticos de los elementos más intransigentes y reaccionarios.

23 Barcia, María del Carmen. "El reagrupamiento social y político. Sus proyecciones, 1878-1925", en Instituto de Historia de Cuba, *Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868-1898*. Editora Política, La Habana, 1996, p. 253.

24 Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba. *El Movimiento Obrero Cubano. Documentos y Artículos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, tomo I, p. 89-90.

25 *Casino Español, Memoria que la Junta Directiva presenta a los señores socios el día 3 de agosto de 1890*, La Habana, 1890, pp. IX y X.

Tipos de sociedades inscritas en La Habana. 1878-1899



Fuente: Archivo Nacional de Cuba. Fondo Registro de Asociaciones, 1878-1899.

Cabe destacar que los conservadores trataron de manipular las diferencias raciales para procurarse una clientela negra y mestiza, con este propósito crearon, en las principales ciudades, Casinos Españoles “de color” y patrocinaron órganos de prensa como *El Ciudadano* que, acosado por la prensa progresista, se transformó en *El Hijo del Pueblo*; *La Unión*, *Ojo con el Hombre*, *La América Española*, *El Heraldo*, *La Lealtad* y *La España*.

Cabe destacar que, según relatos de la época, estos casinos no se caracterizaban por presencia, sus locales eran descritos como destartalados, sucios, con escaso mobiliario, en sus paredes aparecían colgados retratos de los Capitanes Generales de la Isla que les habían dado alguna protección.²⁶ Otras fuentes sin embargo señalan que el Casino Español “de color” de La Habana aspiró a ser considerado como el “Centro Oficial de la Raza” y sus integrantes “debían pagar 50 pesos en billetes para pertenecer al mismo”²⁷.

Sin embargo, todos ellos defendían los intereses de la Metrópoli y aglutinaban a un pequeño sector cuyos integrantes fueron siempre una sumisa clientela del más reaccionario integrismo, por lo cual eran definidos, despectivamente, por los negros y mestizos progresistas como “palaciegos” o “austriantes”. Las principales figuras de este

26 *Op. cit.* 18, p. 238.

27 Archivo Histórico de Madrid. *Fondo Ultramar*. Gobierno, leg. 4815.

grupo fueron Rodolfo Hernández de Trava y Blanco de Lagardère²⁸ —que fundó, por órdenes del Gobierno, los Casinos Españoles “de color” de Santiago de las Vegas, de San Antonio de los Baños y del resto del país; Casimiro Bernabeau y Fuentes²⁹ —que fundó el Casino Español “de color” de La Habana—, y Manuel García de Alburquerque³⁰. Estos individuos reclamaban, al igual que todos los negros y mestizos, sus derechos ciudadanos, pero concebían que estos podían realizarse bajo el amparo de la metrópolis, según ellos España debía darles la ciudadanía como pues de esta forma aseguraría para siempre la integridad de su territorio³¹.

La Ley de Asociaciones, también favoreció la situación cualitativamente diferente que se manifestó a partir de los años ochenta. En ese contexto, tanto los inmigrantes españoles cuya entrada a la Isla se había incrementado apreciablemente por esos años, como los negros y mestizos que habían dejado atrás la esclavitud —sobre todo los artesanos, los pequeños comerciantes y los asalariados, que desenvolvían sus actividades en el marco urbano—, comprendían la necesidad de agruparse en sociedades que les permitiesen asegurar sus aspiraciones a obtener cierta ayuda ante la enfermedad y la muerte; un nivel de educación capaz de garantizarles cierta movilidad social y consecuentemente un modo de vida menos precario, cabe destacar que en 1887 el 64,9% de la población blanca era analfabeta y el 1,8% sabía leer pero no escribir. La situación era más dramática entre los individuos “de color”, pues el 87,8% eran analfabetos y el 1,6% solo podía leer.

También aspiraban, desde luego, a poder utilizar su escaso tiempo libre con sanas formas de distracción y recreo. Tanto las sociedades de negros y mestizos, como los centros regionales españoles y los

28 Era nieto del negrero Pedro Blanco, nació en Barcelona, era graduado en Derecho y en Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, tenía el título de vizconde de Illescas. A los 14 años participó en la conspiración a favor de Alfonso XII, razón por la cual fue expatriado a Cuba en 1872 o 1873. Escribió en *La Voz de Cuba* y en *El Ciudadano, La Unión y El Mandinga*, en Morúa Delgado, Martín. *Dos apuntes. Biografía de dos langostas que parecen hombres*. New York, Imprenta de Hallet y Breen, 1882. Este artículo puede consultarse en el Archivo Nacional de Cuba, *Fondo Donativos y Remisiones*, leg. 363, N° 4.

29 Casimiro Bernabeau era sastre y pertenecía al cuerpo de Bomberos de La Habana, del cual era sargento. Tras ponerse al servicio de Martínez Campos, formó parte de la comisión que quintaba los hombres para ir a la guerra, compró licores y 10.000 tabacos para obsequiar a los soldados españoles que llegaban a la Isla. Por esta razón se le otorgó el cargo de Alférez (los negros y mestizos no podían pasar de sargentos). Más tarde Blanco Erenas, por sus servicios, lo ascendió a comandante. *Ibidem*.

30 Además de periodista era maestro. Risquet, Juan. *Rectificaciones. La cuestión político-social en la Isla de Cuba*, La Habana, Tip. América, 1900, pp. 99-100.

31 Archivo Histórico Nacional de Madrid, *Fondo Ultramar*, leg. 4815.

gremios obreros llenaron estas simples pretensiones y constituyeron el mayor número de sociedades del período.

Por estas causas proliferaron, tanto entre los inmigrantes españoles como en las capas negras y mestizas, las entidades de “socorros mutuos” y de “instrucción y recreo”. Las sociedades regionales españolas, con mayores recursos económicos, lograban cumplimentar los requerimientos educacionales, culturales, recreativos y a la vez protegían a sus asociados o a sus familiares más cercanos ante la enfermedad o la muerte. Las más importantes fueron el *Centro Gallego*,³² que se estableció en 1879; el *Centro Catalán*, que se fundó en 1884³³; el *Centro Asturiano*, que se creó en 1886³⁴ y el *Centro Canario* que surgió al año siguiente. Pero casi todas las regiones españolas tuvieron sus sociedades en la Isla, entre ellas deben mencionarse la *Andaluza*, la *Montañesa*,³⁵ la *Vasco-Navarra*, la *Burgalesa* y la *Balear*. Otras sociedades como *La Colla de Saint Mus*³⁶, *Aires da Miña Terra*, el orfeón *Ecos de Galicia* y la *Sociedad Coral Asturiana*, tuvieron un carácter esencialmente cultural.

También los criollos trataban de mantener su presencia en este tipo de agrupaciones, ejemplo de ello fue *La Caridad del Cerro*, revitalizada como sociedad de instrucción y recreo en 1892 bajo la presidencia del marqués de Esteban.³⁷ En ella predominaban los cubanos acomodados e ilustrados.

32 En 1876 había surgido la sociedad de Naturales de Galicia que precedió al Centro.

33 Estuvo precedida por la sociedad de Naturales de Cataluña, fundada en 1840. Cabe destacar que los catalanes habían logrado, desde fines del siglo XVIII, un apreciable poder económico, no sólo en La Habana sino en otras importantes ciudades como Santiago de Cuba, Cienfuegos y Matanzas.

34 En 1887 radicaba en un edificio ubicado frente al Parque Central, que también acogió, hasta 1890, al Casino Español. En 1914 su directiva adquirió la manzana enmarcada por las calles San Rafael, Zulueta, Monserrate y San José, pero los edificios en ella enclavados, a excepción del Teatro Campoamor, fueron destruidos en 1918 por un terrible incendio. Su nueva sede fue inaugurada el 20 de noviembre de 1927. En 1895 comenzó a edificarse la Quinta Covadonga. Tenía una delegación en Tampa, Florida, en esa ciudad poseía un sanatorio para la atención de los socios.

35 El Centro Montañés se fundó en 1910, pero la Sociedad existía desde fines del siglo XIX, lo mismo ocurrió con el Centro Castellano, fundado en 1909. Los salones sociales del primero estaban ubicados en Prado 110, contaba con biblioteca y con una academia de música. El segundo radicaba en Egidio 2, en el Palacio de Villalba, contaba con el sanatorio Santa Teresa de Jesús, conocido como La Castellana y era propietario del Colegio Cervantes.

36 Tenía su propio casino muy original cuyo salón representaba el infierno, con endriagos, trasgos, brujas, monstruos y reptiles, en los pabellones había espejos que reproducían la figura deformada, también contaba con un pequeño teatro y un jardín con una cascada que imitaba, en pequeña escala, a la del Parque de Barcelona. *Op. cit.* 18, p. 230.

37 *El Fígaro*, La Habana, 10 de julio de 1892, N° 24, pág. 7.

Una de las sociedades sectoriales más importantes de los peninsulares fue la *Asociación de Dependientes del Comercio* de La Habana, que se fundó en 1880. Tanto los dependientes —empleados de comercios— como los detallistas —pequeños comerciantes—, constituían un grupo muy numeroso. Los primeros eran expoliados por los grandes comerciantes, trabajaban día y noche y vivían en condiciones precarias, una sociedad de beneficencia y recreo capaz de protegerlos ante las eventualidades de la vida cotidiana —muertes, enfermedades o accidentes—, de proporcionarles la posibilidad de adquirir conocimientos que les permitiesen acceder a mejores trabajos y de brindarles algún tipo de diversión era para ellos una opción muy atractiva.

La directiva de la sociedad alquiló por dos años el local que había pertenecido al *Ateneo de la Habana*, ubicado en Prado 85 y, el 18 de diciembre de 1881, fundaba el *Ateneo del Comercio*; 153 asociados se matricularon para recibir clases de gramática, aritmética, teneduría de libros e inglés. Este centro cambió su nombre, el 15 de enero de 1882, por el de *Centro de la Asociación de Dependientes del Comercio*.³⁸

Para su época el Centro era una institución de avanzada. En el mismo se ofrecían clases de inglés, francés, taquigrafía, gramática, aritmética elemental y mercantil. Sus miembros recibían atención médica en la casa de salud *La Purísima Concepción*, que contaba con un cuerpo de facultativos capacitados y con excelentes edificios que habían sido contruidos con las “donaciones” de los poderosos comerciantes que lo dirigían y “apadrinaban”. Todos los asociados eran vacunados gratuitamente contra la viruela y sus familiares disponían de auxilios en caso de enfermedad o muerte.

El Centro de Dependientes tuvo, como órganos de prensa a *El Progreso Mercantil* primero y *El Progreso Comercial e Industrial*, después.

Aunque menos poderosas en el plano económico, las sociedades de pardos y morenos fueron muy numerosas, en 1887 llegaban a 139.³⁹ Existieron tanto en las ciudades más importantes como en los pueblos más pequeños. Desempeñaron un rol trascendente en el desarrollo de los negros y mestizos al luchar contra todas las manifestaciones de discriminación racial. Muchas de ellas eran antiguos cabildos que, según lo dispuesto por la Real Orden de octubre de 1880, fueron suprimidos como tales y debieron adoptar nuevas formas organizativas.⁴⁰ Aquellos que no se transformaron en sociedades

38 *Ibidem*.

39 “Directorio General de las Sociedades de la Raza de Color”, en *La Fraternidad*, La Habana, 30 de mayo de 1887.

40 Voto particular de Nicolás Azcárate por supresión de los cabildos, en Archivo Nacional de Cuba, Fondo *Consejo de Administración*, legajo 58, N° 6105.

mutuales debieron apartarse de la vida civil, aunque en muchos casos adoptaron la nueva imagen y mantuvieron su antiguo contenido. Fueron muy perseguidos por las autoridades⁴¹.

En algunas ocasiones los antiguos cabildos, que por lo general no deseaban mezclarse con otras etnias ni admitir negros criollos, solicitaban autorización para bailar “al estilo de su país”.⁴² El gobierno de la Isla concedía estos pequeños favores y utilizaba a los negros africanos para dividir. Los integrantes de los cabildos no constituían una clientela propiamente dicha, pero fueron utilizados por algunos Capitanes Generales como Polavieja, por ejemplo, para su propaganda política. Tal vez fue por esa razón, entre otras, que Juan Gualberto Gómez consideraba que este tipo de institución no debía continuar existiendo, ya que separaba a la raza negra del resto de la sociedad.

Otras sociedades de pardos y morenos surgieron a partir de la Ley de Asociaciones. Tras ellas se aprecia la gran importancia que tuvo el sector de los llamados libres “de color”. Cabe destacar, sin embargo, que múltiples discrepancias las dividían, entre ellas las diferencias entre negros y mestizos. Muchos mulatos —medio blancos, medio negros— deseaban tener sus sociedades particulares, algunas se limitaban a acoger “solamente pardos”,⁴³ otras “pardos escogidos”,⁴⁴ otras aclaraban que su integración era de “pardos libres de ambos sexos”.⁴⁵ No se quedaban atrás los negros, una organización se proclamaba “sociedad más joven y de morenos”.⁴⁶

Desde luego que también existían sociedades donde blancos, negros, mulatos y asiáticos eran recibidos por igual. Esto ocurría generalmente en las integradas por los elementos más pobres,⁴⁷ o en asociaciones

41 “Siguen los atropellos”, *La Fraternidad*, La Habana, 3 de junio de 1889.

42 El 7 de octubre de 1889 los cabildos Congos Reales, Arará Dajonié, Arará Magino, Congos Montomá, Mindamba, Masinga, Luango Mubanque, Mambala, Búngamo y Minas Popó pedían permiso para bailar los domingos al estilo de su país.

43 *Reglamento de la Sociedad de Socorros Mutuos Nuestra Señora de la Asunción*, Archivo Nacional de Cuba, *Fondo Gobierno General*, legajo 97, N° 4466.

44 “Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color”, *La Fraternidad*, La Habana, 11 de abril de 1888.

45 *Sociedad de Socorros Mutuos Nuestra Señora de las Mercedes. Reglamento [...]*, La Habana, 1873.

46 “Correspondencia desde Santiago de Cuba”, *La Fraternidad*, La Habana, 11 de noviembre de 1887.

47 En el artículo “Manzanillo”, publicado en *La Fraternidad* el 30 de abril de 1888 se hace referencia a una sociedad que “admite a todo el que de buena voluntad quiera ingresar en ella”.

gremiales como el Centro de Cocheros que en 1880 sostenía un colegio de niñas de diferentes razas, de ellas 21 eran pardas y 7 morenas.⁴⁸

Inicialmente las sociedades de instrucción y recreo sólo admitían mujeres en calidad de hijas o esposas y no como asociadas, por esta razón fue promovida la creación de sociedades que excluían a los hombres como por ejemplo *Nuestra Señora del Carmen*⁴⁹ o *La Caridad*.⁵⁰

A partir de 1886, al abolirse la esclavitud, surgió un movimiento llamado a unificar las sociedades negras. Inicialmente éste tuvo como primer objetivo la organización de una manifestación de gratitud por el beneficio recibido.

Para ello organizaron una gran manifestación cívica con la que debieron cooperar moral y materialmente todos los centros de instrucción y recreo, cofradías, sociedades de socorros mutuos, cabildos de africanos y toda organización perteneciente a la "Raza"⁵¹.

El 2 de junio de 1887 trece sociedades se unieron para formar el *Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color*, éste quedó registrado oficialmente el 20 de septiembre de 1888⁵². Cuatro años más tarde aglutinaba a 70 sociedades y era dirigido por el eminente intelectual negro Juan Gualberto Gómez.⁵³

Podría preguntarse si en su nueva etapa, es decir bajo la dirección de Gómez, el *Directorio* continuaba siendo solamente un grupo de interés o había modificado su táctica a fin de ayudar a la independencia de Cuba.⁵⁴ Esta entidad controlaba a la mayor parte de las

48 *Memoria que la Junta Directiva de la Sociedad de Socorros Mutuos e Instrucción y Recreo Centro de Cocheros presenta a sus asociados el 1º de enero de 1890*, La Habana, 1890.

49 *Sociedad de Socorros Mutuos Nuestra Señora del Carmen, Reglamento de [...]*, Santa Clara, 1881, p. 1.

50 Reglamento de la Sociedad de Socorros Mutuos La Caridad, Archivo Nacional de Cuba, *Fondo Consejo de Administración*, legajo 97, N° 4424.

51 Carta dirigida a Juan Gualberto Gómez por la Sociedad de Instrucción y Recreo La Caridad, el 24 de diciembre de 1886. Archivo Nacional de Cuba, *Fondo Adquisiciones*, Caja 54, N° 4089.

52 Archivo Nacional de Cuba, *Fondo 54*, Leg. 428, Exp. 13.454.

53 Para profundizar en el Directorio y sus estrategias puede consultarse el libro de Oílda Hevia Lanier *El Directorio Central de las sociedades negras de Cuba, 1886-1894*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996; y el artículo de Raquel Mendieta "Agitación política y reivindicación socio-racial: El Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color de Cuba", en *Cultura, lucha de clases y conflicto racial, 1878-1895*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1989.

54 Se ha especulado mucho sobre las intenciones de Juan Gualberto con respecto a utilizar al Directorio para difundir ideas y acciones separatistas. Esto no ha podido ser probado, no obstante citamos un fragmento de una carta de su secretario y compañero José de León Quesada, fechada el 25 de julio de 1898: "Por esta época se proyectó la fundación de un Directorio para la mayor inteligencia y organización de

sociedades negras y mestizas y aunque no tenía grandes recursos económicos ni tampoco la posibilidad de desarrollar tácticas *lobbyistas*, sí podía utilizar a sus asociados para presionar al gobierno colonial y obtener, al menos legalmente, la igualdad social y jurídica; cuestión que se manifestó durante el gobierno del general Callejas, Capitán General de la Isla que respaldó las demandas formuladas por el *Directorio* para defender los derechos de los negros, y sobre esta base intentó manipularlos como clientela política.

Los periódicos más importantes dirigidos por los negros se inscribían en las vertientes liberal o radical. Dos de ellos —*La Fraternidad* y *La Igualdad*— fueron dirigidos por Juan Gualberto Gómez y representaron a las sociedades negras en general y al Directorio en particular, otros como *El Pueblo* y *La Nueva Era* respondían a las posiciones de Morúa Delgado quien, tras su regreso a Cuba en 1890, abandonó la opción separatista y se inscribió en la corriente autonomista. Morúa y Francisco Giralt, ligado al *Directorio* en su primera etapa, se opusieron a éste por sus divergencias personales con Juan Gualberto.

Algunas sociedades de pardos y morenos tuvieron sus propios órganos de prensa, ese fue el caso de *La Armonía*, dirigida por Rafael Serra. Los negros y mestizos también dispusieron de prensa propia en las provincias, ejemplo de ello fueron *La Voz de la Razón* en Matanzas y *La Democracia* en Cienfuegos.

La mujer negra luchó por tener su propia prensa para defender sus intereses particulares; en esa dirección se destacó la revista *Minerva*. Estaba dirigida por Miguel Gualba, miembro de la directiva del Directorio, pero era redactada por un grupo de mujeres entre las que se destacaba Ursula Coimbra de Valverde⁵⁵ quien, bajo el pseudónimo de Onatina, escribía buena parte de los trabajos que se publicaban en ésta. Otra de sus colaboradoras, Lucrecia González Consuegra, tuvo su propio periódico, *La Armonía*, en Santi Spíritus.

Tanto estos periódicos como el *Directorio* y las sociedades de pardos y morenos, propalaban y defendían el modo de vida y los intereses de las capas medias negras y mestizas. Se interesaban por la educación, a la que consideraban el medio idóneo para superar al negro y permitirle la movilidad social a la que éste aspiraba, y criticaban

fuerzas por iniciativa del consecuente cubano Juan Gualberto Gómez para los fines que se propusiera, o sea burlar la acción y suspicacia del gobierno y estrechara todas las relaciones del país cubano". "En virtud de órdenes del gran Martí seguimos la propaganda y organización por los pueblos de las provincias de La Habana, Matanzas, Pinar del Río y Santa Clara, acompañando en casi todas esas excursiones políticas a Gómez [...]. En Archivo Nacional de Cuba, Fondo 95, Leg. 2266, N° 21.

55 Era profesora de piano, de francés y de instrucción elemental.

costumbres y prácticas arraigadas entre los negros y mestizos más humildes, como los bailes y ceremonias africanos, que consideraban una forma de atraso. Por esa razón censuraban a los cabildos y se oponían a los ñáñigos. Esta cuestión debe destacarse pues por lo general se supone que todos los negros se mantenían apegados a sus tradiciones y era la sociedad blanca la que los rechazaba.⁵⁶ Con frecuencia la prensa negra recogía criterios al respecto:

[...] los ñáñigos recorrieron las calles con el mayor cinismo [...] los criollos, los negros nacidos en Cuba, que jamás han visto al africano, se entregaban [...] a hacer alardes con sus ridículas contorsiones del más recrudescido salvajismo.⁵⁷

Consideraban que las costumbres de los Cabildos representaban atraso e incultura:

[...] ninguna razón legal justifica hoy que se consienta a los mismos seguir verificando sus bailes o tangos [...] con menoscabo de nuestra cultura y en perjuicio del reposo del vecindario [...].⁵⁸

Trataban de imitar las actividades de las élites blancas y de reflejarlas, de igual forma que éstas, en sus periódicos:

A pesar de la lluvia, comenzaron a acudir, con carruajes de plazas, las señoritas y las señoras de bon ton y los elegantes jóvenes.⁵⁹

El salón principal de “El Arte”, recargado de potentes luces, decorado con sencillez y gusto amueblado con notoria variedad, dejaba ver entre las ondulaciones de costosas cortinas el interior de los departamentos.⁶⁰

El 14 de diciembre de 1893, el *Directorio* logró que el Capitán General de la Isla reconociera y respaldara los derechos sociales de los negros y mestizos que, formalmente, estaban vigentes desde hacía catorce años. Emilio Callejas visitó varias provincias, en todas ellas fue acogido por la población “de color” con grandes muestras de gratitud, era el primer funcionario español que recibía tal apoyo y supo

56 En este contexto debe ubicarse la proyección que se da a Fernando Ortiz por haber iniciado el estudio y el rescate de dichas tradiciones.

57 “Unión Fraternal”, *La Fraternidad*, La Habana, 20 de enero de 1888.

58 “Sobre los cabildos africanos”, *La Fraternidad*, La Habana, 29 de septiembre 1889.

59 “La velada del Centro de Cocheros”, en *La Fraternidad*, La Habana, 23 de septiembre de 1889.

60 *La Fraternidad*, febrero de 1889 (no se precisan otros datos por el deterioro del periódico).

utilizarlo adecuadamente. Aunque las prácticas discriminatorias no desaparecieron, el *Directorio* consideró cumplidos sus objetivos, razón por la cual se autodisolvió en 1894.

La sociedad civil finisecular organizó, a partir de la legislación promulgada por el Estado y la apertura que ella significaba con respecto al pasado, formas asociativas capaces de defender intereses diversos, en ella ocuparon un papel destacado las asociaciones colectivas. Esta tendencia se mantendrá pero, paralelamente a ella, en los primeros años del siglo XX se desarrollará una propensión a favorecer los intereses privados, entonces surgirán múltiples asociaciones de vecinos, o de padres, destinadas a velar por el sostenimiento de su entorno y de la familia.

Cabe destacar la importancia que la organización de la sociedad cubana tuvo ante momentos de crisis, como los de la guerra primero y la presencia norteamericana después. Algunos informes del Gobierno Interventor hacen referencia al papel jugado por las estructuras sociales y familiares, sumamente solidarias, durante la terrible crisis motivada por la reconcentración de los campesinos en las áreas urbanas y les atribuyen un papel trascendente en la rápida recuperación de la sociedad. Posiblemente ellas hayan contribuido a desarrollar algunas características que ya forman parte de la identidad del cubano.

Mayra Paula Espina Prieto

LA POLÍTICA SOCIAL EN CUBA: NUEVA REFORMA ECONÓMICA*¹

I. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA POLÍTICA SOCIAL CUBANA EN LA TRANSICIÓN SOCIALISTA

Partiendo de dos elementos básicos de la definición de las políticas públicas: el enfoque (noción que alude al ámbito de la conceptualización, al normativo y de los objetos y problemas sobre los cuales dichas políticas deberían actuar) y el estilo (referido al campo de la aplicación, a los actores y técnicas de intervención sobre el cambio social), puede decirse que la política social de la experiencia socialista cubana se ha caracterizado por tener como racionalidad organizadora el enfoque integrador y el estilo universalizador, que colocan el ensanchamiento progresivo de los montos y alcances de la redistribución como parámetro rector.

En la estrategia de desarrollo social seguida por la transición socialista cubana, la equidad se ha concretado como la integración de tres principios básicos: el de igualdad absoluta (expresa la exigencia ético-jurídica de completar un espacio de derechos universales básicos inaliena-

* Mayra Paula Espina Prieto 2012 "La política social en Cuba: Nueva reforma económica", tomado de *Revista Ciencias Sociales*, N° Especial 135-136 (I-II), Universidad de Costa Rica, San José, pp. 227-236.

1 Agencia Suiza para la Cooperación y el Desarrollo (COSUDE) y Universidad de La Habana, Cuba.

bles y oportunidades reales para que todos los ciudadanos puedan desarrollar sus capacidades sin exclusión alguna), el de solidaridad (incluye la atención preferencial diferenciada a las desventajas y necesidades especiales de individuos y grupos sociales particulares, por motivo de discapacidad, ancianidad o desventajas de naturaleza socioeconómico históricas) y el de igualdad relativa o proporcional (acepta la presencia de desigualdades legítimas, asociadas al monto, la calidad y la utilidad de aportes laborales o servicios de otro tipo, individuales y colectivos).

A ello se añade la consideración de la equidad como propuesta de norma distributiva y redistributiva. El propósito de este tipo de abordaje es el de la aplicación de criterios de equidad histórica concretos con el fin de establecer un sistema de prioridades básicas para la política social. Tales criterios, por su naturaleza histórica y cambiante como la de toda sociedad, deben ser sistemáticamente actualizados y socialmente consensuados.

La intención es que estos elementos no sean tomados como efectos subordinados de la política económica, sino que ellos constituyan, por sí mismos, dimensiones sustantivas de una estrategia de desarrollo. En esta lógica, el alivio de la pobreza y la atención a las desventajas forman parte de una política más amplia de desarrollo social y de un manejo universalista, más que focalizado.

La política sociolaboral, especialmente en el sentido de pleno empleo, ha jugado un rol central en términos de integración social y de acceso al bienestar para las amplias mayorías. El acceso al trabajo se ha considerado dentro de las necesidades básicas a satisfacer por responsabilidad estatal. En los años 2000, la tasa de actividad económica se mantuvo por encima del 70% y la de desocupación no rebasó el 2% (Oficina Nacional de Estadísticas, 2010: 160).

El gasto social, desde el inicio de la experiencia socialista en la década del sesenta, se caracteriza por una alta prioridad macroeconómica de la esfera social. Aún en la década del noventa, en condiciones de crisis y de reforma económica, la proporción del gasto público social con relación al PIB se mantuvo por encima del 20% (Oficina Nacional de Estadísticas, 2010: 131-140):

Gasto público social sobre el PIB

Años	Porcentaje
1990-1991	28,4
1994-1995	31,9
1998-1999	41,6
1999-2000	34,3
2001-2008	≥ 35

Fuente: Oficina Nacional de Estadísticas, 2010.

En términos de manejo de las dimensiones sociales del desarrollo y de la promoción de equidad en una sociedad periférica, puede decirse que la experiencia cubana muestra que la universalización de los derechos sociales de ciudadanía, a través de una amplia intervención estatal y de su regulación en todas las esferas y de servicios homogenizados para toda la sociedad, es una fórmula eficiente para proveer rápidamente integración social a las más amplias mayorías, aun en condiciones de poco crecimiento económico. Un cálculo de la pobreza para 1984 se estimó en un 6,3%, proporción relativamente baja para una sociedad de recursos limitados como la cubana.

Sin embargo, esta fórmula presenta limitaciones que se asocian al hiperestatalismo, al exceso de centralización de las políticas, al homogenismo distributivo y a la baja presencia de instrumentos afirmativos, que han tendido a reproducir en el tiempo inequidades anteriores. La situación de crisis y reforma de los años noventa configuró una tendencia al ensanchamiento de las desigualdades sociales, entre cuyos rasgos más fuertes aparecen los siguientes (Espina, 2008: 135-139):

A) DIFERENCIACIÓN DE LOS INGRESOS Y DEL ACCESO AL CONSUMO

El coeficiente Gini, calculado para finales de los noventa, se elevó a 0,38, superando el 0,24 de los ochenta, lo que ilustra una tendencia a la concentración de ingresos que interrumpe la lógica desconcentradora anterior (Ferriol, 2004: 128). Importantes áreas de necesidades básicas (al menos el 50% de los requerimientos alimentarios, el vestuario, productos de aseo, materiales para reparación y equipamiento de la vivienda) solo encuentran una parte de sus satisfactores en el mercado de precios libres, de CUC o en el negro, lo que junto a la caída de la capacidad adquisitiva del salario real de los trabajadores asociada a la crisis y no recuperada aún, junto al incremento de los precios al consumidor, han reconstituido a los ingresos y al mercado como elementos de alta fuerza diferenciadora.

B) INSUFICIENCIA DE LOS INGRESOS SALARIALES PARA CUBRIR LAS NECESIDADES BÁSICAS (DETERIORO DEL TRABAJO COMO MEDIO DE SATISFACCIÓN DE DICHAS NECESIDADES)

La crisis significó un grave deterioro del salario real y hacia finales de los años noventa, se aplicaron medidas para el incremento de las pensiones y de los salarios de los trabajadores estatales en ocupaciones seleccionadas (maestros y profesores, policías, científicos, personal de salud, entre otros). Hacia el año 2005, el salario medio mensual de los trabajadores ascendió a 330 pesos, superando los 203 pesos de 1996 o su monto de 284 pesos en 2004 (Oficina Nacional de Estadísticas, 2010: 162). El salario mínimo quedó fijado en 225 pesos, las pensiones mínimas ascendieron de

65 a 164 pesos y las prestaciones de la asistencia social pasaron de 62 a 122 pesos, en virtud de la Resolución 28 de 2006 del Ministerio de Trabajo.

Pero tales incrementos en los salarios y en las pensiones se ven limitados por los altos precios de muchos productos esenciales para la satisfacción de las necesidades básicas. Para 1998, se calculó una canasta básica de alimentos que alcanzó un valor de 156 pesos *per cápita*, demostrándose que al menos el 23,75% de dicha población recibía ingresos salariales por debajo de la canasta calculada (Nerey, 2000: 57).

Otro estudio realizado en 2006, en el que además de los alimentos se incluyeron en la canasta otros bienes y servicios indispensables para el desarrollo de los seres humanos (como ropa y calzado, productos de aseo personal e higiene del hogar, servicios básicos) corrobora que el monto de los ingresos salariales de la población continúa siendo deficitario para la cobertura de esta canasta o está muy cercano a ese límite (García y Anaya, 2006: 22). Este estudio muestra que el *per cápita* mensual para la adquisición de la canasta oscilaba entre 312,50 y 330,54 pesos, mientras que el salario mínimo no rebasaba los 225 pesos mensuales y el salario medio mensual, en ese año, se situaba en 387 pesos. Aunque la situación de los ingresos es cambiante, hasta hoy no se ha mejorado la relación entre salarios y canasta básica.

C) REEMERGENCIA DE SITUACIONES DE POBREZA

Atendiendo a la pobreza de ingresos y necesidades básicas insatisfechas, la población urbana bajo esta condición pasó a ser el 20% de la población urbana hacia el año 2000 (Ferriol, 2004: 132), lo que indica la estructuración de mecanismos distributivos excluyentes, que a diferencia de los años ochenta, aparecen desde el nivel de la satisfacción de necesidades básicas.

D) FORTALECIMIENTO DE BRECHAS DE EQUIDAD RELACIONADAS CON EL GÉNERO Y VINCULADAS AL TRABAJO

Los estudios de género muestran, a pesar de los avances, la persistencia de la reproducción de desventajas para la mujer que se concentran en los siguientes elementos:

- *Sobre representación de mujeres en los grupos de menores ingresos y en la franja de pobreza.* La preferencia por las mujeres en el patrón de constitución de la pobreza en el país, se asocia a la maternidad temprana, la jefatura de hogar femenina y la condición de madre soltera, circunstancias combinadas con el abandono de estudios y la ausencia de condiciones para trabajar y generar ingresos suficientes (Espina, 2008: 194). *Subrepresentación de mujeres en cargos de dirección.* Disminución del peso de

- las mujeres a medida que se asciende en el nivel de jerarquía de la dirección; distribución asimétrica del poder en la dirección de los procesos productivos, esfera donde se advierte casi una exclusión de las mujeres en la dirección (Echevarría, 2004: 15).
- *Subrepresentación de mujeres en la actividad turística.* Donde solo el 36,6% de la fuerza de trabajo es femenina, en su mayoría concentrada en ocupaciones de menor calificación y no directivas (Álvarez, 2000: 31).
 - *Subrepresentación de mujeres en el sector de propiedad no estatal.* Desde los años noventa y hasta la actualidad, las mujeres no rebasan el 25% de los trabajadores autoempleados, las microempresas, cooperativas, empresas de capital mixto (nacional estatal y extranjero), espacios económicos donde los ingresos son en promedio superiores al sector estatal (Oficina Nacional de Estadísticas, 2010: 161).
 - *Diferencias de ingresos entre mujeres y hombres, a favor de estos últimos.* Las mujeres del sector estatal perciben salarios que representan entre un 80 y un 85% de los salarios de los hombres, lo que se relaciona con que ellas tienen un alto peso en las categorías ocupacionales de ser vicios y administrativas (85% y 55%, respectivamente) en las que se concentran plazas de menor remuneración y tienen menor presencia en actividades estatales caracterizadas por altos ingresos (Pérez, 2004: 55).
 - *Mayor carga de horas de trabajo en el hogar* (más de 34 horas como promedio semanal en labores fundamentales, mientras los hombres emplean alrededor de 12 horas y básicamente en labores de apoyo). Reproducción del patrón tradicional de los roles de género (las alternativas desplegadas por las mujeres, ante la crisis, están más asociadas al ámbito doméstico, mientras que los hombres orientan sus acciones fuera del hogar). Casi exclusividad femenina en el rol de cuidadoras de niños, enfermos y personas de la tercera edad (Departamento de Estudios sobre Familia, 2001: 76).

E) BRECHA DE EQUIDAD RACIALIZADA

A partir de los datos del censo de 2002 (ONE, 2006) puede comprobarse: la sobrerrepresentación de personas no blancas en la población desocupada, su subrepresentación en cargos de dirección, de oficinas, profesionales, científicos e intelectuales, así como, entre los trabajadores autoempleados, cuyos ingresos suelen ser superiores a los de ocupaciones equivalentes en el sector estatal y entre aquellos que culminan estudios superiores; mientras que están sobrerrepresentados en empleos de la construcción y la industria.

F) PATRÓN SELECTIVO DE MOVILIDAD SOCIAL

Estudios recientes de movilidad social han mostrado que el sector de los servicios (turísticos, gastronómicos y técnicos), las actividades directivas y técnicas, la economía emergente y el sector no estatal de la economía (cuentapropismo, pequeña burguesía urbana, la empresa mixta y el capital extranjero) se han configurado como los espacios receptores más importantes. El sector estatal, la industria y las ocupaciones obreras, son los principales emisores. La estrechez y selectividad de los canales de movilidad social ascendente tienden a reproducir y fortalecer brechas de equidad de género, raza y origen social, así como su expresión territorialmente diferenciada. La combinación de factores como la calificación, los activos familiares, tangibles e intangibles, las remesas, las redes y conexiones sociales (que puedan proveer de información oportuna, conexiones, recomendaciones y privilegios) es relevante para experimentar movilidad ascendente.

II. EL NUEVO MOMENTO DE REFORMA EN CUBA: CAMBIOS EN LA POLÍTICA SOCIAL

El VI Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en abril de 2011, aprobó una plataforma de cambios, oficialmente denominada “proceso de actualización del modelo económico cubano”, lo cual implica la apertura de una nueva etapa de reforma que se orienta al tránsito hacia un nuevo patrón de desarrollo, cuyos vectores básicos serían (Partido Comunista de Cuba, 2011: 4-34):

- Socialismo multiactoral.
- Cambio en la estructura económica productiva: mayor peso de la sustitución de exportaciones, tercerización. Municipalización (creación de un tributo territorial que las empresas pagarán a los Consejos de Administración Municipal, donde operan sus establecimientos, con el fin de contribuir al desarrollo de la localidad.
- Desarrollo de proyectos locales, especialmente en producción de alimentos; orientados al autoabastecimiento municipal bajo el principio de autosustentabilidad financiera); creación de zonas especiales de desarrollo que permitan incrementar el desarrollo local; flexibilización del modelo de gestión de la industria local; desarrollo de ofertas turísticas atractivas como parte de la iniciativa municipal de los territorios y fuente de ingresos en divisas; aseguramiento de los programas de vivienda a nivel municipal, a partir de materiales existentes en cada lugar y tecnologías disponibles. Descentralización empresarial y territorial. Política social universal-focalizada hacia las des-

ventajas. Conservará su estilo universalizador y sus instrumentos de gratuidad e igualdad en áreas que se consideran básicas (educación, salud, cultura y deporte). Experimentará un tránsito hacia un mayor peso de la focalización hacia grupos vulnerables y de los criterios de eficiencia en el uso de los recursos y de compatibilización con las posibilidades económicas. Configuración de un mercado laboral.

La orientación hacia una economía multiactoral supone que se diversificarán los sujetos económicos no estatales (micro y pequeñas empresas privadas, cooperativas), se reforzará la articulación y la complementación entre ellos, se ampliará el papel del mercado en la distribución de bienes y servicios, así como en el acceso al bienestar y con esto el rol de los ingresos personales y familiares en dicho acceso.

En este sentido, es necesario considerar que la política social será también objeto de reforma y aun cuando de acuerdo con los lineamientos, conserve su estilo universalizador y sus instrumentos de gratuidad e igualdad en áreas que se consideran básicas (educación, salud, cultura y deporte).

Dentro del conjunto de lineamientos y medidas que forman parte de la actual estrategia de cambio, un grupo relativamente amplio tiene vínculos directos o indirectos con la modificación de la política laboral y con la tendencia hacia la formación de un mercado de trabajo, espacio que hasta hoy no funcionaba como tal o donde el peso del mercado en el acceso laboral era muy bajo, dada la intervención directa y centralmente reglamentada de la política estatal. En ese grupo aparecen las siguientes líneas de cambio:

CAMBIOS RELACIONADOS CON LA POLÍTICA DE EMPLEO-INGRESOS

Reconocimiento y estímulo a las empresas de capital mixto, cooperativas, usufructuarios, arrendadores, trabajadores por cuenta propia y otras formas de gestión económica.

Posibilidad de creación de cooperativas de segundo grado (unión de varias cooperativas de mutuo acuerdo).

- Continuar propiciando la participación del capital extranjero.
- Adoptar nuevo modelo de gestión, adecuado a la mayor presencia de formas productivas no estatales y utilización más efectiva de las relaciones monetario-mercantiles en la producción agroindustrial. Independizar las cooperativas de la intermediación de empresas estatales. Desarrollar la actividad no estatal de alojamiento, gastronomía y otros servicios como oferta turística complementaria a la estatal.

- Adopción de formas no estatales de gestión en las labores de mantenimiento y conservación del fondo habitacional. Apertura de mayores espacios para las actividades no estatales en la industria local.
- Creación de fondos empresariales para la estimulación a los trabajadores a partir de las utilidades.
- Ingresos de los trabajadores vinculados a resultados finales.
- Independencia empresarial para la constitución de las plantillas de cargo.
- Acceso a créditos personales para la compra de bienes y servicios.
- Fortalecer el papel del salario en la sociedad.
- Política inversionista orientada prioritariamente al empleo productivo.
- Incrementar y consolidar los ingresos por concepto de exportaciones de bienes y servicios.
- Priorización del desarrollo industrial para la exportación y el mercado interno de insumos.
- Priorizar incrementos salariales a los puestos de trabajo que generen ingresos en divisas o produzcan a horro de la s mismas.
- Modificar la estructura del empleo: reducir el empleo estatal y ampliar el trabajo por cuenta propia y en el sector no estatal en general.
- Formación de fuerza de trabajo calificada en correspondencia con las demandas de la matrícula en las diferentes carreras deberá estar en correspondencia con las demandas del desarrollo de la economía y la sociedad.

CAMBIOS EN EL PRESUPUESTO Y LOS GASTOS SOCIALES

Los gastos en la esfera social se enmarcarán en las posibilidades reales de recursos financieros que se generan en la economía del país.

- Establecer relaciones más efectivas entre el consumo por ingresos provenientes del trabajo y los fondos sociales de consumo. Adecuar la expansión de los servicios sociales al dinamismo de los sectores productivos de bienes y servicios.
- Sistema tributario como elemento redistribuidor del ingreso.
- Continuar preservando las conquistas en salud, educación, cultura, deporte, recreación, seguridad y asistencia social. Reducir gastos excesivos.
- Disminuir la participación relativa del presupuesto del Estado en el financiamiento de la seguridad social y seguir extendiendo la contribución de los trabajadores del sector estatal y la aplicación de regímenes especiales de contribución en el sector no estatal.

- Eliminar gratuidades indebidas y subsidios personales excesivos, estableciendo compensaciones a las personas necesitadas. Eliminar la libreta de abastecimiento. Seguridad social y focalización hacia las vulnerabilidades: perfeccionar vías de protección a población vulnerable y garantizar que la asistencia social la reciban las personas que realmente la necesitan.

Puede observarse que un importante conjunto de lineamientos supone la modificación de las proporciones entre los grupos de la estructura de la propiedad sobre los medios de producción, de las fuentes de ingresos y del empleo, y de la importancia del rol de los distintos sectores de propiedad en la economía, con lo que se alterará sustantivamente la de los aportes principales de las investigaciones precedentes es mostrar que los activos necesarios para aprovechar las nuevas oportunidades de empleo (conocimientos, capital, bienes para generar actividades mercantiles, información, conexiones que permitan acceder a los nuevos espacios económicos creados, etc.) no están distribuidos de forma equitativa entre todos los grupos sociales.

Sin embargo, la estrategia de cambio contenida en los citados lineamientos, no prevé, al menos por el momento, acciones afirmativas para atender estas desventajas y proveer de activos o de capacidades para incrementarlos, a los grupos carentes de ellos, a través de la capacitación, la asesoría jurídica, el apoyo financiero, la información, entre otras opciones posibles. Por ello es de esperar, entre los efectos principales de las medidas de cambio, la dinamización de corrientes de movilidad social ascendente y descendente, al crear nuevas oportunidades que podrán ser aprovechadas en mayor o menor proporción en dependencia del conjunto de activos tangibles e intangibles de los que se disponga. Entre los efectos esperables se pueden situar:

1. *Diversificación de las fuentes de ingreso y empleo*

Hasta hoy, aunque en mucha menor proporción que en los '80, el sector estatal de la economía ha sido el mayor empleador del país. Se prevé que en un plazo relativamente breve, este sector se descargue de alrededor de un millón de trabajadores, que deberán ser absorbidos por el cooperativismo, el trabajo por cuenta propia, la actividad agrícola usufructuaria, nuevas empresas mixtas, entre otras.

2. *Ampliación de la franja de pobreza*

Al menos en un primer momento, es de esperar que grupos poblacionales que saldrán del empleo estatal o perderán la protección de la asistencia social y que tienen baja capacidad para

generar sus propios ingresos, por carencia del mercado en la satisfacción de necesidades básicas, experimenten un proceso de empobrecimiento.

3. *Ensanchamiento de brechas de equidad precedentes*

De género, raza, territoriales, generacionales, debido a la repetición de un patrón de movilidad selectivo basado en activos familiares y personales.

4. *Marginalización social*

Investigaciones recientes mostraron la tendencia a la creación de asentamientos espontáneos, asociados a las carencias de vivienda, de empleo adecuado y a la migración desde territorios de menor grado de desarrollo hacia otros con mayores oportunidades económicas, donde las poblaciones viven en condiciones muy precarias y formalmente fuera de los beneficios que ofrecen las coberturas universales de algunos servicios públicos esenciales y de los espacios de participación local-comunitaria establecidos, cuya distribución corre a cuenta de las estructuras de gobierno, sectoriales, territoriales y de la residencia legal. Estos procesos de marginalización espacial podrían debilitarse en la nueva etapa, si los avances esperados en las políticas de desarrollo local y en la construcción de viviendas frenan las migraciones internas; o podrían fortalecerse si la brecha territorial estimula los movimientos hacia centros de mayores oportunidades.

5. *Activación de microescenarios, microprácticas y estrategias familiares de sobrevivencia y ampliación de los ingresos*

De la estrategia planificada de reforma, concebida “desde arriba” (los lineamientos) se infiere un mayor protagonismo de los microescenarios, especialmente por los nuevos roles que se conceden a los gobiernos municipales, a los proyectos de desarrollo local y a las empresas. Ello generará necesariamente una activación formal de los microespacios, que se planificadas centralmente, que son aquellas que se generan “desde abajo”, como parte de la adaptación creativa desde el espacio familiar y comunitario a las circunstancias de cambio. En el período de reforma precedente (años '90), este resultó uno de los escenarios más cambiantes y activos y es previsible que suceda ahora lo mismo, junto a una ampliación de la franja de empleo informal y, dentro de este, de sus ámbitos precarios.

III. CONSIDERACIONES FINALES

Observando en conjunto la experiencia de la política social cubana de los últimos 50 años, resaltan al menos como elementos de buenas prácticas:

- Una consideración del ser humano y de sus necesidades básicas amplia e integral, esto es, que no las restringe a la alimentación y a los ser vicios básicos, sino que incluye en estas relevantes elementos de la espiritualidad y la cultura. La primacía de la equidad sobre el eficientismo.
- Universalización radical, expresada en servicios de cobertura total a partir de la demanda real.
- Permanencia y estabilidad de las estrategias en el tiempo.
- Responsabilidad del Estado.
- Elevado peso de la inversión en elementos de desarrollo (salud y educación). Amplio perfil de la asistencia social. Integración a partir del empleo. Colocación de las estrategias de alivio a la pobreza dentro de estrategias más amplias de desarrollo social, con menor peso del asistencialismo.

Entre las limitaciones que deberían quedar como lecciones aprendidas, los estudios sobre el tema señalan: débil sustentabilidad económica de la política social, débil retorno de la inversión social hacia la economía (reflejado en un bajo efecto de la elevación de la instrucción y la calificación sobre los niveles de productividad y la innovación tecnológica), baja articulación entre los resultados del trabajo y el acceso al bienestar, predominio de las estrategias sectoriales que obstaculizan la concepción integradora del desarrollo social, excesivo énfasis en el consumo social estatalmente normado en detrimento de la esfera familiar autónoma de elección de satisfactores de necesidades, absolutización del estatalismo y excesivo centralismo, baja posibilidad de participación en la toma de decisiones de los actores locales (gubernamentales y no gubernamentales), fallas de focalización y poco uso de políticas de acción afirmativa, lo cual tiene como efecto la reproducción de desventajas de grupos históricamente preteridos, que no pueden aprovechar en paridad las condiciones favorables generales creadas (por ejemplo negros, mujeres, ancianos, comunidades en territorios de mayor retraso relativo), priorización desbalanceada de dimensiones del desarrollo social, lo que genera déficits acumulados en áreas relevantes asociadas a la situación familiar (fundamentalmente en lo relacionado con el acceso a una vivienda y un hábitat familiar adecuados y empleos con ingresos suficientes) (Espina, 2008: 142).

Un examen de las directrices de la nueva reforma evidencia que esta posee potencialidades para superar las limitaciones señaladas a

la política social, especialmente a través de la descentralización territorial y empresarial, el énfasis en el desarrollo local y la diversificación de fuentes de empleo e ingresos, todo en un contexto que conserva las políticas universales básicas. Es de esperar que ello permita una mejor expresión y atención a las diversidades. Pero también se pone de manifiesto que esta plataforma de cambio es portadora de potencialidades para el deterioro de la equidad, asociadas al ensanchamiento del rol del mercado en la distribución de bienes y servicios, en circunstancias en que una franja significativa de la población, concentrada en grupos sociales específicos, no alcanza estándares de ingresos y calidad de vida básicos. Al menos en el corto plazo, los impactos que pueden preverse, especialmente en el mundo del trabajo, serán muy contradictorios y ambivalentes.

El escenario que prevalezca dependerá de la presencia de políticas intencionadas de equidad social, las cuales no aparecen claramente expresadas en los documentos actuales, lo que coloca en un primer plano el ámbito de la política social. Es necesario que la reforma reconsidere y ponga mayor énfasis en una política de equidad que tenga entre sus ejes centrales la dimensión empleo-ingresos. En esta dirección, algunas propuestas a analizar serían:

- Instalar sistemas de información sobre posibilidades de empleo, asistencia social y servicios a nivel municipal, de amplia visibilidad y fácil acceso.
- Asumir la concepción del territorio como factor de desarrollo. En esta concepción juega un papel esencial la identificación de los actores socioeconómicos locales, en tanto agentes del cambio, como requisito metodológico indispensable en el diseño de programas de desarrollo o acciones autotransformativas a escala local. Se trataría de activar los territorios, no solo en el sentido económico previsto en los lineamientos, sino también como escenario de políticas sociales y en la potenciación de la innovación y la instalación de una capacidad perdurable de autogestión y autoorganización participativa de las sociedades locales. Sistematizar en el diseño de políticas la realización de diagnósticos previos basados en el estado de la equidad a nivel nacional, provincial, municipal y comunitario; asimismo, la inclusión de acciones directas de afirmación para los grupos en desventaja.
- Ampliación de los contenidos y límites de la participación en la construcción de la agenda social, priorizando sus elementos de cogestión, formulación estratégica y control popular del proceso y sus resultados.

- Producir cambios en el sistema de seguridad social. Además de los previstos en los lineamientos, establecer un fondo opcional de pensiones contributivas y ampliar el tiempo de amparo y las compensaciones o apoyos para emprendimientos productivos para los trabajadores que queden fuera del empleo estatal.
- Otorgar un trato mienta especial a la mujer madre jefa de hogar en esta situación.
- Sistematizar la evaluación periódica de los resultados de las políticas sociales, incorporando entre los indicadores básicos sus impactos sobre la equidad social, la situación del empleo, particularmente de la mujer y de los grupos en desventaja en general.
- Otorgar créditos preferenciales a grupos en desventaja para el desarrollo de emprendimientos productivos, individuales, familiares y en cooperativas. Promover el establecimiento de sistemas laborales más flexibles (trabajo a media jornada o solo algunos días a la semana, horario abierto, trabajo a domicilio) para las mujeres jóvenes con hijos pequeños y a cargo de personas dependientes como discapacitados y adultos mayores. Hacer extensivo este régimen a hombres que asuman el rol de cuidadores.
- Ampliación de los servicios para la tercera edad. Generar políticas de proximidad con instituciones multiuso que atiendan necesidades de cuidado, médicas, de tiempo libre, etc. de los ancianos en su entorno. Estos servicios pueden ser coordinados por el Estado, pero suministrados por actores diversos.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS Y CAPÍTULOS DE LIBROS

- Álvarez, Mayda 2000 "Mujer y poder en Cuba". *Cuba construyendo futuro*. Monereo, M. et al. (coord.), Revista *El Viejo Topo* (España).
- Echevarría, Dayma 2004 "Mujer, empleo y dirección en Cuba: algo más que estadísticas", en *15 años del Centro de Estudios de la Economía Cubana* (Cuba: Editorial Félix Varela).
- Espina, Mayra 2008 *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana* (Buenos Aires: CLACSO).
- Ferriol, Ángela 2004 "Política social y desarrollo. Una aproximación global", en *Política social y reformas estructurales: Cuba a principios del siglo XXI*. Álvarez, E. y Mattar, J. (coords.) (México: CEPAL-INIEPNUD).
- Oficina Nacional de Estadísticas (CUBA). *Censo de Población y Viviendas*. Cuba: Ministerio de Economía y Planificación, 2006.

Oficina Nacional de Estadísticas (CUBA). *Anuario Estadístico de Cuba 2009* (Cuba: Ministerio de Economía y Planificación, 2010).

Partido Comunista de Cuba 2011 *Lineamientos económicos y de la política social* (Cuba: Editora Política).

Pérez, Victoria 2004 "Impacto del período especial en la vida cotidiana de la mujer cubana en los años noventa". *Crisis, cambios económicos y subjetividad de las cubanas*. Colectivo de autores (Cuba: Editorial Félix Varela).

ARTÍCULOS EN REVISTAS

Espina, Mayra. "Viejas y nuevas desigualdades en Cuba. Ambivalencias y perspectivas de la reestratificación social". *Nueva Sociedad* 216. Buenos Aires, julio-agosto 2008, pp. 133-149.

TEXTOS INÉDITOS

Departamento de Estudios sobre Familia 2001 "Familia y cambios socioeconómicos a las puertas del nuevo milenio". *Informe de Investigación* (La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas).

García, Anicia y Anaya, Betsy 2006 "Política social en Cuba, nuevo enfoque y programas recientes". *Ponencia* presentada en el Seminario del Centro de Estudios de la Economía Cubana (La Habana).

Nerey, Boris 2000 "El modelo de desarrollo y estado de bienestar en Cuba" (Tesis de Maestría en Sociología, Universidad de La Habana).

María Isabel Domínguez

JUVENTUD E INVESTIGACIONES SOCIALES EN CUBA*¹

LOS ESTUDIOS SOBRE JUVENTUD EN CUBA

Los estudios sobre juventud han constituido una de las áreas de tratamiento más sistemático y estructurado por parte de las Ciencias Sociales en Cuba en las últimas cuatro décadas, en correspondencia con elementos tales como el alto peso que ha tenido este grupo social en la estructura demográfica de la población que, en períodos como la década del ochenta, constituyó más de la tercera parte del total y, unido a la niñez, representaron más del 50% de la población, así como su significativo papel en los procesos sociales más importantes que han tenido lugar en la historia del país y la prioridad que le ha brindado la política social en áreas esenciales como salud, educación y empleo.

* María Isabel Domínguez 2006 “Juventud e investigaciones sociales en Cuba”, tomado de *Temas sociológicos*, N° 11, Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, Santiago de Chile, pp. 241-266.

1 María Isabel Domínguez García es Licenciada en Sociología, Doctora en Ciencias Sociológicas, Profesora Titular, Investigadora Titular. Especialidad de trabajo: Sociología. Entidad: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). Cargo: Jefa del Grupo de Estudios sobre la Juventud. Académica Titular de la Academia de Ciencias de Cuba.

Sin embargo, antes de 1959 (triumfo de la Revolución), no puede hablarse de investigaciones sobre la juventud, entendiéndolas como estudios de distintas disciplinas científicas, tal como ocurrió con la mayor parte de los temas sociales. El lapso 1959-1968 fue un período de formación de profesionales y organización de las bases para dar inicio paulatino a la investigación social en el país; pero, en el tema de la juventud, hubo un tratamiento amplio en el pensamiento político que señaló importantes bases para formulaciones teóricas posteriores.

Según una periodización hecha por la autora (Domínguez, 1995) —y actualizada para esta ocasión— es posible identificar tres etapas en el desarrollo de las investigaciones sociales sobre juventud:

1. 1969-1985:

Surgieron los dispositivos institucionales para abordar la temática y tuvieron lugar los primeros estudios. Su rasgo fundamental fue la dispersión, concentrados muchas veces en temas muy específicos o en universos demasiado pequeños y localizados, con fuerte predominio del empirismo y muy pocos esfuerzos por desarrollar una concepción teórica. Hubo una cierta identificación entre juventud y estudiantes, los que constituyeron el centro de casi todos los análisis efectuados.

En los años finales de esa etapa, es decir entre 1981 y 1985, se dieron los primeros pasos para eliminar la dispersión existente, a partir de la constitución de “Problemas de Investigación” que reagrupaban los esfuerzos en torno a aspectos importantes de la problemática juvenil. Muchas de estas investigaciones trabajaron con muestras nacionales y trataron de brindar una imagen menos local y circunscrita, aunque mantuvieron el énfasis en el grupo de los estudiantes.

En esa etapa, predominaron los enfoques psicológicos y psicopedagógicos en la investigación y, en esas áreas, se obtuvieron algunos avances, pero otras disciplinas apenas estuvieron presentes.

El rasgo principal del período fue el de realizar un elevado número de estudios empíricos centrados en la conducta y en rasgos de la conciencia de los jóvenes, generalmente orientados hacia el grupo de estudiantes, pero con poca atención sobre la acción de las instituciones socializadoras, con un patrón metodológico basado en las encuestas, que condujeron poco a la reflexión teórica y a las interpretaciones globales. Su valor fundamental fue el papel que jugó en la acumulación de información y en la preparación de profesionales.

2. 1986-1994:

Esta etapa se caracterizó por la organización de Programas Nacionales de Investigación sobre la Formación de la Juventud, con el propósito de coordinar esfuerzos para integrar los distintos estudios en un proyecto más amplio, a la vez que contribuyó a una priorización de la temática dentro de las investigaciones sociales.

El primer programa se desarrolló entre 1986 y 1990 y su principal objetivo estuvo dirigido a completar un diagnóstico de la juventud lo más amplio posible y en dos direcciones fundamentales:

- Una caracterización de su estructura social en términos socio-clasistas y generacionales que profundizara en cada uno de los grupos que la conformaban, tanto en sus características estructurales como en rasgos de su subjetividad.
- Una caracterización del proceso de socialización que estudiara la influencia de cada una de las instituciones socializadoras fundamentales.

El segundo programa (1991-1994) se planteó como objetivos superar la tendencia al carácter descriptivo de las investigaciones, con un mayor énfasis en las funciones interpretativas y de pronóstico. Igualmente, se recomendó incrementar la utilización de métodos y técnicas cualitativas en la recopilación y análisis de la información, diseñar y desarrollar métodos y técnicas de cambio y desarrollar la reflexión teórica sistemática sobre el papel de la juventud y la formación de valores en la sociedad cubana contemporánea. Estos objetivos generales se irían concretando en líneas que dieran respuesta a las demandas más inmediatas que planteaba la situación económica y social del país y que ejercían su efecto sobre la juventud².

Esta segunda etapa significó un acopio de conocimientos importantes en el plano teórico y metodológico; en el de la evaluación de la experiencia internacional; en el de la situación concreta de la juventud cubana y sus instituciones socializadoras y en el de las vías para la introducción de los resultados a la práctica social. Se abarcó el universo juvenil en su conjunto, tomando en cuenta su diversidad interna y se estudió en comparación con otras generaciones.

2 Recordar que la primera mitad de los años '90 fue la etapa más crítica de la crisis económica que sufrió el país como resultado de la pérdida de sus vínculos con el campo socialista de Europa Oriental después de la caída del Muro de Berlín y por el recrudescimiento del bloqueo de Estados Unidos. Fue la etapa conocida en Cuba como "Período Especial".

3. 1995 A LA ACTUALIDAD:

Esta última etapa se ha caracterizado por dos tendencias fundamentales:

- Conservación de la prioridad del tema dentro de las líneas estratégicas para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el país³.
- A pesar de esa prioridad, se aprecia cierto retorno a la dispersión de los estudios, pues el hecho de no existir un mecanismo que los nucleee, como fue el caso de los Programas, hace que los esfuerzos de las distintas instituciones no logren integrarse plenamente, aun cuando la madurez y estabilidad en el tiempo de dichas instituciones y grupos de trabajo favorecen la continuidad de la investigación y su utilización.

En el momento actual, se dan pasos entre distintas instituciones de Ciencias Sociales del país para articular esos esfuerzos dispersos a través de la creación de una red nacional sobre juventud y la elaboración de una base de datos que permita conocer qué se está haciendo sobre el tema, así como repensar las líneas de interés en los estudios sobre este grupo social y su colocación en la agenda de prioridades nacionales, territoriales y de instituciones de investigación. Ello podría dar lugar a una nueva etapa en la evolución de las investigaciones sobre juventud en Cuba.

A continuación, haré referencia a una de las principales investigaciones sobre juventud realizadas en la última etapa y referida al tema de su integración social (Domínguez, Cristóbal y Domínguez, 2000, 2002, 2004, 2005).

LA INTEGRACIÓN SOCIAL DE LA JUVENTUD CUBANA A PARTIR DE LOS AÑOS '90. UN ESTUDIO

El escenario de los años '90 para la sociedad cubana se caracterizó por la profunda crisis económica que afectó al país y por importantes cambios resultantes de la estrategia de enfrentamiento seguida para salir de ella, basada en la difícil combinación de elevar la eficiencia económica con la menor afectación de los niveles de justicia social alcanzados.

La convergencia de todo este conjunto de factores produjo diversos efectos sociales que han tenido una influencia más directa o más

3 Por ejemplo, está indicada entre las prioridades que identifica la Resolución 132 del Ministerio de Ciencias, Tecnología y Medio Ambiente que norma las líneas estratégicas para las Ciencias Sociales, a la vez que se encuentra entre las líneas principales a las que ha convocado el Programa Nacional Científico-Técnico (PNCT) "Sociedad Cubana".

mediatizada sobre la juventud, sin olvidar que ello está condicionado, en gran medida, por las condiciones de partida; en particular el nivel de integración social previo y el grado de preparación que tenía la población para enfrentar una situación de crisis.

Es necesario apuntar que, cuando hablamos de la juventud en Cuba, nos estamos refiriendo al segmento de población entre 14 y 30 años, un sector que —a pesar de la considerable reducción de sus efectivos en más de 300.000 personas en la década del '90 como resultado de la transición demográfica que tiene lugar en el país, lo que representó un decrecimiento del 10% del grupo juvenil— aún representa el 24,8% del total de la población (ONE, 2005: 211).

En estas condiciones de partida, confluyeron elementos favorables y desfavorables. El más positivo ha sido, sin duda, el fuerte consenso en torno a valores básicos como la igualdad y la justicia, que ha mantenido a la mayoría integrada al proyecto social y la capacidad creativa y de resistencia que forma parte de la identidad del cubano⁴.

Entre los principales elementos negativos, habría que mencionar la disminución de la participación y el desarrollo de una conciencia igualitarista, que provocó un disparo de las expectativas de los diferentes grupos sociales no asentados en la actividad laboral, resultante del debilitamiento del valor del trabajo, así como insuficiencias en la socialización juvenil con impactos en otras áreas de los valores (Domínguez, 1996: 34).

Hay que partir por considerar que la magnitud de la caída económica que se produjo durante esos años implicó una drástica reducción de los niveles de vida de la población cubana, lo que ha significado una considerable afectación para los distintos grupos. Digamos, por ejemplo, que en solo tres años (entre 1989 y 1992), el consumo per cápita de los hogares se redujo un 18,5% (ONE, 1997).

Pero también es necesario reconocer que una de las dimensiones principales de la estrategia de reajuste seguida se encaminó a repartir la crisis con equidad, es decir, evitar la toma de medidas puramente económicas que tuvieran un fuerte costo para algunos grupos en particular, como podría haber sido la racionalización laboral indiscriminada o mercantilizar los servicios sociales básicos, a la vez que se hicieron esfuerzos por compensar aquellos sectores más afectados a través de un reforzamiento de la seguridad social.

4 Esos rasgos fueron identificados en diferentes investigaciones realizadas en momentos previos y durante los años más intensos de la crisis económica, tales como "Las Generaciones en la Sociedad Cubana Actual" (Domínguez, Ferrer y Valdés, 1990); "Efectos del Período Especial sobre la Juventud" (Domínguez y Ferrer, 1993); "Las Identidades. Una Mirada desde la Psicología" (De la Torre, 2001), entre otras.

Por ejemplo, si se compara la proporción de ocupados dentro del total de personas en edad laboral en 1996 con la proporción de 1987, en los años más agudos de la crisis se produjo una reducción de apenas un 5% a pesar del crecimiento de ese segmento de la población en más de 650.000 personas (CEE, 1987; ONE, 1997). De igual forma, se reportó un crecimiento de los gastos en seguridad y asistencia social del 40% entre 1990 y 1996, los cuales subieron del 17% al 24% del total de gastos del presupuesto (en la actividad no empresarial) (ONE, 1997).

Quiere decir que, aun en los peores momentos, se trató de conservar un nivel de justicia social que evitara el aplastamiento de ningún grupo.

Sin embargo, la naturaleza de la crisis y el tipo de salida que se fue configurando como posible en las circunstancias internas e internacionales en que esta ha tenido lugar, produjo inevitablemente un conjunto de efectos, algunos de carácter estructural, que tuvieron implicaciones para los niveles de integración social, en particular del grupo juvenil.

Elementos tales como la presencia de capital extranjero, el incremento de la actividad turística, el crecimiento de la actividad laboral por cuenta propia, la desestatalización de parte de la producción agropecuaria, la dualización de la moneda y la flexibilización de las regulaciones migratorias, fueron las acciones más significativas que dejaron sentir sus impactos. No es la intención hacer aquí el análisis de dichos cambios en sí mismos, sino hacer referencia a evaluaciones hechas desde las Ciencias Sociales de algunos de sus efectos sobre la juventud. En este trabajo, concentraremos la atención en dos cuestiones básicas: acceso a la educación y al empleo, como factores esenciales para el logro de la integración social.

Por ejemplo, la diversificación de las formas de propiedad con la apertura al capital extranjero, la creación de las UBPC (Unidades Básicas de Producción Cooperativa) y de otras formas de trabajo cooperativo, y el crecimiento del cuentapropismo, tuvieron importantes repercusiones sobre las condiciones de trabajo y de vida de sectores importantes y comenzaron a provocar un proceso de recomposición de la estructura de clases de la sociedad en el que, sin duda alguna, el componente generacional tuvo una particular relevancia. Ello dio lugar a distintos procesos con fuerte incidencia para la juventud tales como cambios en la estructura de ocupaciones en el sector formal de la economía, incremento de la subocupación, de los trabajadores por cuenta propia, de la desocupación y de la desvinculación del estudio y el trabajo, es decir, grupos de jóvenes que no se encontraban estudiando ni trabajando, pero que no podían considerarse desocupados porque no estaban buscando trabajo.

Aunque este fenómeno ya había tenido momentos altos en la segunda mitad de los años '80, al arribar a la edad laboral los nacidos durante la explosión demográfica de los años '60 (Domínguez, Ferrer y Valdés, 1990a), en el período de la crisis, las dificultades con la disponibilidad de empleos, sobre todo para los nuevos arribantes al mercado de trabajo, así como la insatisfacción con gran parte de las opciones existentes, el desequilibrio financiero que aquejó al país y la aparición de vías alternativas de obtención de ingresos no asociados al trabajo formal, incluido el nivel alcanzado por la economía sumergida, redujeron el interés de la juventud por alcanzar un empleo estable y elevaron la magnitud de los grupos de desvinculados.

Ya desde los primeros años (1991) se apreció la reducción de las tasas de actividad económica en las mujeres y la juventud (Ferriol, 1998). “[...] esta última condición [la inactividad] absorbió el 60,4% del crecimiento de los recursos laborales disponibles, por lo que solo poco más de un tercio de los arribantes fue a parar al mercado de trabajo” (Nicolau, 1999).

A su vez, según estudios realizados a mitad de la pasada década, el 79% de una muestra representativa de jóvenes desvinculados laboralmente expresó tener quien los mantuviera y el 71% no encontraba estímulo económico para trabajar (CESJ, 1995).

Esta situación comenzó a mostrar cierta reversión a partir de 1996, momento en que la desocupación alcanzó cifras entre 6 y 7%⁵, de los cuales el 60% eran jóvenes, con mayor proporción de mujeres, calificación media o media superior y procedencia urbana (Valdés, 1997).

Estos procesos se dieron en estrecha relación con la esfera educativa, la que tuvo oscilaciones a lo largo del período y permitió el reforzamiento de algunas tendencias que ya se apuntaban desde etapas anteriores. Esta ha sido un área de análisis de gran relevancia y a la que la investigación social le ha dado un fuerte seguimiento por casi dos décadas de estudios, lo que ha permitido un monitoreo sistemático de la composición del estudiantado universitario y, por tanto, sus implicaciones para la estructura de clases de la sociedad (Domínguez, 2004).

Entre esas tendencias, se destaca la fuerte feminización de la enseñanza superior. A fines de los años '80, las muchachas constituían el 43% de estudiantes universitarios del país, pero en la segunda mitad de los años '90 e inicios de la actual década, llegaron a representar más del 60% del total (CEE, 1987; ONE, 2001). Ello evidenció los cambios producidos en los roles sociales de la mujer y los espacios de inserción social de que disponen. Pero, a su vez, alertó en el sentido de evitar si-

5 Para esa fecha en América Latina en su conjunto se estimaba un 7,7% de desempleo urbano, pero una elevada proporción de países superaba esa cifra (CEPAL, 1997).

tuaciones que provocaran desventajas para algún grupo; en este caso, afectaciones para el ingreso en las universidades de los jóvenes varones.

Ello es solo una muestra de algunos efectos de interés para la juventud que se produjeron en el ámbito educacional, esfera altamente priorizada en las expectativas juveniles y que sufrió cierta desvalorización a lo largo de los años '90. No es posible dejar de considerar que la educación a lo largo de tres décadas sirvió como canal real de integración social a sectores socioclasistas y grupos raciales diversos y, en particular, actuó como factor dinamizador para la integración social de la mujer. Al finalizar la década del ochenta, las niñas y mujeres constituían el 50,2% de la matrícula total del país en los distintos niveles de enseñanza y el 57% en el nivel superior (ONE, 1997).

La aspiración de estudios universitarios para la juventud se había hecho extensiva a toda la sociedad con independencia de la extracción social, el género, el color de la piel o la zona de residencia, pues se había afianzado, en la psicología social, como el mecanismo por excelencia de movilidad ascendente, tanto por su garantía para alcanzar un mayor nivel de vida como por constituirse en vía de realización personal y estatus social.

Si revisamos los resultados de la investigación realizada con una muestra nacional de personas pertenecientes a distintas generaciones y diferentes grupos sociales en la segunda mitad de los '80⁶, se aprecia que las aspiraciones de superación tenían un peso considerable que las hacía situarse en el primer lugar para el universo juvenil como conjunto y, aunque las diferencias entre los cinco grupos estudiados (clase obrera, trabajadores intelectuales, campesinos, estudiantes y desvinculados del estudio y el trabajo) fueron muy significativas, revela que, aun en aquellos grupos que ya se habían alejado de la actividad de estudio (ya fuera por haber concluido el nivel superior, como es el caso de los profesionales, o porque la actividad laboral no les exigía un mayor nivel de preparación, como es el caso de los campesinos) cerca de la décima parte mantenía ese tipo de deseos.

Otros indicadores también aportaron elementos acerca del peso del estudio en la vida de la juventud. En este caso, como origen de sus principales satisfacciones o preocupaciones, a la vez que la centralidad de la educación quedaba reforzada por la visión de la no-existencia de dificultades considerables para acceder a esta esfera (Domínguez, Ferrer y Valdés, 1990).

6 Ese estudio sobre las generaciones en la sociedad cubana de ese momento, perteneciente al Programa Nacional sobre la Formación de la Juventud, abarcó a una muestra de 1.687 jóvenes en seis provincias del país (Ciudad de La Habana, La Habana, Cienfuegos, Camagüey, Santiago de Cuba y Guantánamo) (Domínguez, Ferrer y Valdés, 1990).

De manera que, aun cuando se hizo un gran esfuerzo por minimizar los impactos de la crisis y el reajuste sobre el área educacional y se logró conservar la cobertura educativa en la enseñanza primaria y secundaria a pesar de la menor disponibilidad de recursos, se produjeron efectos objetivos o estructurales, cuyas tendencias más marcadas fueron las modificaciones de la estructura interna de la enseñanza media superior con la reducción de la enseñanza preuniversitaria, la ampliación de la enseñanza politécnica, sobre todo la agropecuaria y la potenciación de los preuniversitarios vocacionales como vías de acceso a las universidades. En el mismo sentido, se redujo la matrícula general en la enseñanza superior y, en particular, en algunas especialidades. Todos estos procesos contribuyeron a modificar la composición del estudiantado universitario, concentrándolo en hijos de profesionales, del sexo femenino y con escasa representación de jóvenes negros y mestizos.

Ello, a su vez, estuvo acompañado de efectos subjetivos en la percepción social del papel de la educación, una vez que esta dejó de ser el canal de movilidad social por excelencia al perder su espacio como principal vía de acceso a un mayor nivel de vida y, por tanto, esencial mecanismo favorecedor de estatus social, frente al surgimiento de otras vías de acceso a mayores niveles de ingreso (empleo en el sector emergente, trabajo por cuenta propia, remesas del extranjero, actividades ilícitas, etc.), aun cuando ese proceso no se dio de manera uniforme sino con variaciones a lo largo de la década y con notables diferencias entre grupos sociales.

El incremento de la heterogeneidad estructural y de la diferenciación que de ella se deriva ha producido una diferenciación en el área subjetiva, en particular en cuanto a percepciones sociales, expectativas y valores, aunque pudo constatarse que la educación y el trabajo se encontraban entre las cuatro esferas básicas en las que se concentraban prioritariamente las aspiraciones, satisfacciones y preocupaciones de la juventud (familia, superación, trabajo y condiciones materiales de vida) (Domínguez, Cristóbal y Domínguez, 2002)⁷.

7 La investigación a la que se hace referencia es un estudio cualitativo que abarcó una muestra de 436 jóvenes distribuidos en la región occidental y oriental del país en las provincias Ciudad de La Habana, Pinar del Río y Granma, pertenecientes a diferentes grupos sociales. Desde el punto de vista socio-ocupacional, se incluyeron obreros, profesionales y dirigentes de los distintos espacios (estatal tradicional, estatal reanimado y mixto); campesinos (privados y cooperativistas); trabajadores por cuenta propia; estudiantes de distintos niveles de enseñanza (preuniversitaria, politécnica y universitaria) y desvinculados del estudio y el trabajo. Se tomó en cuenta la distribución por sexos y por color de la piel.

Se apreció también el predominio de una visión optimista acerca del logro de la mayor parte de las aspiraciones, lo que se atribuía principalmente al esfuerzo propio y la voluntad personal, conjuntamente con la existencia de condiciones sociales que lo favorecían. Sin embargo, aunque alcanzó mayor peso esta visión optimista, no puede obviarse el hecho de que, para una proporción de la juventud, se expresó cierto escepticismo en lo referente a la satisfacción de determinados tipos de aspiraciones sobre todo referidas al mejoramiento de condiciones materiales de vida individual.

Fue significativo el alto valor que se le atribuyó a la capacidad de la juventud cubana para enfrentar problemas y resolverlos, trabajar y esforzarse, como principal rasgo de su identidad como grupo generacional. Aquí se enumeraron cuestiones tales como el interés por aprender, por estudiar, por lograr un objetivo, por prosperar, la capacidad para enfrentar problemas, el tener muchas ideas, ser ágiles, activos, dinámicos, preparados, perseverantes, trabajadores, luchadores, abnegados, emprendedores, firmes, cumplidores, responsables, creativos y con voluntad.

El estudio constató cierta heterogeneidad de percepciones de la juventud en relación con el mundo adulto y también en relación con los distintos segmentos etarios que conforman la propia juventud. Conviven percepciones de predominio de diferencias y de semejanzas generacionales aunque las primeras superaron un tanto a las segundas. Sin embargo, la percepción de diferencias tampoco fue homogénea, pues se destacaron tres posiciones clave: una valoración comparativa que consideró que esa juventud tenía rasgos más positivos que los adultos; una segunda que, en la misma comparación, atribuyó las características más positivas a los adultos y una tercera que, sin hacer una evaluación ni colocar un signo, reconoció diferencias entre ambos, condicionados por los contextos.

De particular relevancia para la subjetividad juvenil resultó el hecho de que la juventud apreció, al interior de ella misma, mayores diferencias que similitudes, asociadas a factores sociales, culturales, valóricos y comportamentales, económicos y políticos, a pesar de que un segmento considerable apuntó la presencia de rasgos comunes asociados a las características de la edad que propicia gustos, intereses, aspiraciones y experiencias afines.

Ello explica por qué no se encontró una mayor identificación entre los miembros de los distintos subgrupos etarios considerados jóvenes, especialmente la distancia entre el segmento de 25 a 30 años y el resto, que cuestiona la validez —ya puesta en duda desde finales

de los años '80⁸ (Domínguez, 1991)— de considerar al grupo juvenil dentro de límites tan extensos, diferencias que se han potenciado fuertemente si se tiene en cuenta el distinto significado de vivir los años '90 —como etapa de crisis económica y reajuste— en la infancia o en las distintas etapas de la propia juventud.

Asimismo, la lectura general de la subjetividad juvenil identificó cierta diferenciación según la pertenencia a distintos grupos sociales. Sin lugar a dudas, el grupo socioclasista y el territorio fueron, en ese orden, los dos factores decisivos de distinción, aunque el sexo y el grupo de edad (sobre todo entre el mayor y el resto, como ya se apuntó) marcaron importantes diferencias.

A pesar del nivel de heterogeneidad que mostraron los resultados de la investigación, fue posible encontrar puntos de engarce que hacen que la subjetividad de la mayor parte de los grupos que componen la juventud —con sus matices y diferencias internas— no resultara contradictoria con las principales metas de integración social de la sociedad cubana, aunque esa relación no se da de una manera lineal.

LA INTEGRACIÓN SOCIAL DE LA JUVENTUD CUBANA EN LA PRIMERA DÉCADA DEL SIGLO XXI. LA ATENCIÓN DE LA POLÍTICA SOCIAL

La constatación y concientización de los cambios que se han operado en la estructura social cubana, particularmente en la estructura sociodemográfica, acompañados del crecimiento de las desigualdades sociales como resultado de los efectos que generaron más de una década de crisis económica y de reajustes en el modelo socioeconómico, indican nuevos retos a la política social.

Ello se inscribe en los propósitos planteados a partir del año 2000 de potenciar el desarrollo humano. Para esto, se han definido nuevas metas sociales a pesar de las dificultades económicas, lo que ha implicado la formulación de objetivos estratégicos y políticas sociales concretas y mensurables, encaminadas a elevar la calidad de vida de la población y abrir nuevos espacios a grupos sociales específicos entre los que se encuentra con máxima prioridad la juventud. Para ello, se hace necesario “elevar la calidad de los servicios, brindar servicios más personalizados e incrementar su eficiencia” (INIE, 2005: 9).

8 En Cuba se consideran jóvenes las personas entre 14 y 30 años y a ellas van dirigidas las políticas sociales hacia la juventud. Sin embargo, desde fines de los años ochenta, las investigaciones han constatado importantes diferencias en el subgrupo de mayor edad (25-30 años) que lo acercan más al grupo adulto, lo que sugiere una concentración de los procesos típicamente juveniles en el segmento que reconoce la ONU como juventud, es decir 14-25 años.

Las principales prioridades quedan recogidas en un conjunto de Programas, de los cuales existen en la actualidad más de cien que forman parte de lo que se ha dado en llamar la “Batalla de Ideas” por la formación de una cultura general integral en la población y un mejoramiento de la calidad de vida.

En el caso de los programas sociales dirigidos a la juventud, se tomó en cuenta la presencia considerable de segmentos de jóvenes desocupados y desvinculados de las actividades educativas y laborales, de manera que se han creado diferentes opciones que permitan su incorporación a diferentes posibilidades de estudio y trabajo.

Dichos programas tienen entre sus objetivos recuperar el valor de la educación, brindar opciones para la continuidad de estudios que permitan una formación no solo técnica sino cultural integral y reinsertarlos en labores socialmente útiles. Permiten una formación emergente a través de cursos de formación profesional intensivos que los preparan para su incorporación al trabajo y para la continuidad de estudios superiores. Estos programas, a pesar de su corto tiempo de existencia, han comenzado a revertir algunas de las tendencias que predominaron en el decenio anterior y han reducido significativamente la desocupación y desvinculación juvenil.

Solo en el año 2002 se crearon 158.000 nuevos empleos principalmente en actividades vinculadas a la agricultura urbana y servicios básicos a la población como maestros primarios, profesores de computación, trabajadores sociales, enfermeros y operadores de salas de video. La tasa de desocupación para esa fecha se había reducido a la mitad con una cifra de 3,3% (CEPAL, 2003). A inicios del año 2006, la cifra de desocupados se había reducido a menos del 2%, lo que coloca a Cuba en condiciones de pleno empleo (Castro, 2006: 7).

En este propósito, ha incidido la consideración del estudio como empleo. Para ello, en el año 2001 se crearon los cursos de superación integral para jóvenes de entre 18 y 29 años desvinculados del estudio y el trabajo, con remuneración y con posibilidades de continuar estudios en la educación superior. En los dos primeros cursos, ya habían egresado más de cien mil jóvenes y, de ellos, la tercera parte había ingresado en la educación superior (Castro, 2003).

Este plan se ha acompañado con la ampliación de la enseñanza superior a todas las localidades del país, a partir de la creación de Sedes Universitarias Municipales que facilitan la concurrencia a las aulas con planes de estudio especialmente habilitados para una atención directa al estudiante. Este programa ha permitido que, en solo cinco años, la matrícula de nivel superior haya crecido más de dos veces y media para alcanzar en el curso 2005-2006 un total de 510.000 estudiantes universitarios (Castro, 2006: 7), la mayor cifra alcanzada

en la historia del país y que todos los graduados de bachilleres puedan acceder al nivel terciario de educación.

Aunque no es posible con los datos disponibles calcular con precisión la tasa de matrícula universitaria que esta cifra representa porque las edades de estos estudiantes no necesariamente se corresponden con las edades en que habitualmente se realizan estos estudios, se estima que debe oscilar entre el 25%-30%, lo cual coloca a Cuba entre los países de más alta tasa de América Latina y cerca del modelo de acceso universal al nivel terciario.

La creación de las sedes universitarias municipales, además de permitir ampliar la matrícula, han contribuido a modificar la composición social del estudiantado universitario, lo que amplía las oportunidades educativas a sectores más amplios de la sociedad, en particular jóvenes procedentes de grupos sociales con menores ventajas y evita el peligro de elitización de los profesionales. Por ejemplo, en el curso 2004-2005, mientras que en los cursos regulares diurnos el 79% eran hijos de profesionales y el 63% blancos, en las sedes municipales, el 77% eran hijos de obreros y el 51% negros y mestizos (Gómez, 2004).

Estos programas de Educación y Empleo para la etapa juvenil están acompañados de otros que crean las bases desde edades más tempranas, en niveles educativos previos, así como la potenciación de las acciones a través de mecanismos extraescolares. Por solo citar algunas de las acciones que están teniendo lugar, se pueden mencionar:

- Atención a los niños y adolescentes en educación primaria y secundaria a través de la reducción a 20 y 15 alumnos por aula respectivamente.
- Formación masiva de maestros emergentes de enseñanza primaria y profesores integrales de secundaria básica. Cambio en la concepción docente de la secundaria básica con el paso de profesores por asignaturas a profesores integrales.
- Reparación, ampliación y construcción de nuevas escuelas que mejore la infraestructura constructiva de la educación.
- Cambios en los programas de estudio con la introducción de la computación y programas audiovisuales en todos los niveles de enseñanza y garantía de su soporte tecnológico a través de la dotación a todas las escuelas de televisores, videos y computadoras.
- Creación de dos nuevos canales televisivos de corte educativo e introducción de programas como "Universidad para Todos" para la impartición de cursos especializados de diferentes materias, incluyendo idiomas extranjeros. Estos nuevos canales llegan ya a todas las provincias del país y abarcan al 87,9% de la población (Castro, 2006: 7).

- Ampliación del programa de los Joven Club de Computación y Electrónica a todas las localidades para contribuir a proporcionar una cultura informática a la comunidad con prioridad para niños y jóvenes. Existen ya alrededor de 600 instalaciones y se han graduado más de 800.000 personas (Granma, 2005).

CONSIDERACIONES FINALES

Los años noventa, con su peculiar evolución para la sociedad cubana, han tenido impactos para la integración social de la actual generación joven. La misma se caracteriza por una mayor heterogeneidad estructural que las precedentes, a partir de cierta recomposición de la estructura socioclasista de la sociedad y del fortalecimiento de algunas diferencias territoriales asociadas al ritmo de recuperación económica y la presencia del sector emergente. De ello también se deriva el crecimiento de la heterogeneidad en el área subjetiva, en particular en cuanto a percepciones sociales, expectativas y valores, lo que se expresa en un amplio abanico de intereses y en una diversidad mayor que tiene sus efectos en la conformación de identidades, todo lo cual también impacta en los procesos de integración social.

Los efectos diferenciadores de algunas de las medidas del reordenamiento económico, el incremento de la heterogeneidad de experiencias vitales acumuladas y la concentración de un segmento de la juventud en la búsqueda de salidas individuales que los aleja de la participación en soluciones colectivas, crean distancias al interior del grupo juvenil, limitando la conformación de esa identidad generacional ampliamente compartida.

Tampoco es posible desconocer las influencias más universales de la época, signada por la creciente interacción tecnológica y directamente humana, que imponen cambios y marcan la fisonomía de la actual generación joven con rasgos comunes más allá de fronteras nacionales. Estos procesos provocan efectos contrapuestos pues tienden, simultáneamente, a acentuar la fragmentación y a potenciar la integración al interior de la generación, lo que a su vez tiene impactos interesantes en la dinámica de las relaciones intergeneracionales.

De allí que uno de los actuales retos de las políticas de juventud se oriente a la búsqueda de espacios reales de integración social acordes a las nuevas condiciones económicas y culturales —nacionales e internacionales— en las que se desenvuelven como generación y, para ello, la contribución de las investigaciones sociales resulta clave.

De los estudios realizados, se han ido derivando numerosas recomendaciones en la medida de su desarrollo, muchas de las cuales ya están siendo implementadas, principalmente en los Programas So-

ciales que se ejecutan actualmente. A ello se han añadido nuevas propuestas entre las que se encuentran:

- Utilización de los resultados sobre la subjetividad de la juventud para el diseño de su proceso de socialización en instituciones sociales tales como la escuela y los medios de comunicación.
- Consideración de las percepciones de la juventud en el diseño y evaluación de las políticas sociales a ella dirigidas.
- Seguimiento al desarrollo de estos procesos a partir del monitoreo sistemático a la evolución de un conjunto de indicadores sobre la integración social de la juventud.

A nuestro modo de ver, los objetivos clave que tienen las Ciencias Sociales cubanas en la actualidad, en relación con el tema juventud, son fundamentalmente dos:

- Caracterizar y evaluar qué efectos tienen, sobre los distintos grupos de la juventud, las transformaciones económicas y sociales que se llevan a cabo en el país, entendiendo su significado a la luz de la evolución histórica de dichos procesos.
- Proponer qué estrategias sociales deben desarrollarse para lograr la integración social de la juventud, que le permita actuar en las nuevas circunstancias con eficiencia social y satisfacción individual.

La complejidad de un empeño de tal naturaleza exige un esfuerzo colectivo a partir de una interpretación desde la óptica de diferentes disciplinas y la aplicación de un enfoque diferenciado para aquellos grupos que constituyen o constituirán actores sociales centrales en dichos procesos. Ello exige superar la actual dispersión de nuestros estudios y lograr una interconexión más efectiva.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Rodolfo 2004 Intervención del Viceministro del Ministerio de Educación Superior en el taller “Universalización de la universidad”. La Habana, *Periódico Granma*, 27 de marzo.
- Castro, Fidel 2003 Discurso pronunciado en el acto de inauguración del curso escolar 2003-2004. La Habana, *Periódico Granma*, 9 de septiembre.
- _____ 2006 Discurso pronunciado con motivo del 1º de Mayo. Suplemento Especial del *Periódico Granma*, La Habana.

- CEE Comité Estatal de Estadísticas 1987 *Anuario estadístico de Cuba* (La Habana).
- CEPAL 1997 Panorama social de América Latina 1996, Santiago de Chile.
- _____ Panorama social de América Latina 1999-2000, en <<http://www.eclac.cl>>.
- _____ 2003 Cuba: Evolución económica durante 2002 y perspectivas para 2003 (LC/MEX/L.566), 24 de julio.
- CESJ Centro de Estudios sobre la Juventud (1995). “Estudio sobre los desvinculados laborales”, Informe de investigación (La Habana).
- Domínguez, María Isabel 1991 “Propuesta de reajustes de los rangos de edades de las organizaciones políticas y estudiantiles”. Informe de investigación (La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas-CIPS).
- _____ 1995 “Las investigaciones sobre juventud en Cuba”, *Revista Temas*, Vol. 1, La Habana.
- _____ 1996 “La formación de valores en la Cuba de los años noventa: Un enfoque social”, *La formación de valores en las nuevas generaciones* (comp.) (La Habana: Editorial Ciencias Sociales).
- _____ 2004 “Higher Education in Cuba: Democratization and the Role of Women”. *The Challenges of Public Higher Education in the Hispanic Caribbean*. M. J. Canino and S. Torres-Saillant (eds.) (Princeton: Markus Wiener Publishers), pp. 103-122.
- _____ 2005 “Cuban Youth: Aspirations, Social Perceptions and Identity”. *Changes in Cuban Society since the Nineties*. Tulchin, J.; Bobea, L.; Espina, M y Hernández, R. (eds.) (Washington D.C.: Woodrow Wilson International Center for Scholars), pp. 155-167.
- _____ y María Elena Ferrer 1993 “Efectos del período especial sobre la juventud”. Informe de investigación (La Habana: CIPS).
- _____ 1996 *Jóvenes cubanos: Expectativas en los '90* (La Habana: Edit. Ciencias Sociales).
- _____ María Elena Ferrer y María Victoria Valdés 1990 “Las generaciones en la sociedad cubana actual”. Informe de investigación (La Habana: CIPS).
- _____ 1990a “Características generacionales de los estudiantes y los desvinculados del estudio y el trabajo”. Informe de investigación (La Habana: CIPS).

- _____ Desirée Cristóbal y Deysi Domínguez 2000 “La integración y desintegración social de la juventud cubana a finales de siglo. Procesos objetivos y subjetividad juvenil”. Informe de investigación (La Habana: CIPS).
- _____ 2002 “Subjetividad e integración social de la juventud cubana”. Informe de investigación (La Habana: CIPS).
- _____ 2003 “Tendencias de integración social de la juventud en ciudad de La Habana”. Informe de investigación, La Habana.
- _____ 2004 “Subjetividad e identidad de la juventud en la capital”. Informe de investigación (La Habana: CIPS).
- Ferriol, Ángela 1998 *El empleo en Cuba (1980-1996)* (La Habana: Edit. Ciencias Sociales).
- Fuentes, Mara 2000 “Subjetividad y realidad social. Un modelo psicosocial para su estudio”, en *Revista cubana de psicología* 3, Vol. 17, La Habana, pp. 281-287.
- Gómez Cabezas, Enrique 2004 “Trabajo social a escala local. Objetivos, vías y métodos”. Ponencia presentada al primer encuentro Cuba-China de ciencias sociales, La Habana.
- Granma* (periódico) “Más de 800.000 graduados en Joven Club de Computación”, 1º de agosto de 2005, La Habana.
- INIE Instituto Nacional de Investigaciones Económicas 2005 *Millennium Development Goals. Cuba: First Report*, La Habana.
- Maluf, Norma Alejandra (Marcia) 2000 “Participación e Identidad en el Consumo. Falsos Dilemas sobre lo juvenil”. Ponencia presentada en Reunión del Grupo de Trabajo sobre Juventud de CLACSO, San José de Costa Rica.
- Martín Barbero, Jesús 2000 “Jóvenes: Comunicación e Identidad”. Ponencia presentada a la Conferencia Iberoamericana de Ministros de Cultura. Ciudad de Panamá, septiembre 2000. Cumbres OEI-Cultura-Conferencia 2000, en <<http://www.oei.es>>.
- Medina Carrasco, Gabriel 2000 “La vida se vive en todos lados. La apropiación juvenil de los espacios institucionales”, en *Aproximación a la Diversidad Juvenil*, Gabriel Medina Carrasco (comp.) (México: El Colegio de México), pp. 79-115.
- Nicolau, José Luis 1999 “La Problemática del Empleo. Del Diagnóstico a los Servicios de Empleo”. Informe de Investigación (La Habana: CIPS).
- ONE Oficina Nacional de Estadísticas 1997 *Anuario Estadístico de Cuba 1996*, La Habana.
- _____ 2001 *Anuario Estadístico de Cuba 2000*, La Habana.

- _____ 2005 Censo de Población y Viviendas. Cuba 2002. Informe Nacional, La Habana.
- Soares, Camilo 2000 “Aspects of Youth, Transition and the End of Certainties”, en *International Social Science Journal* 164 (París: UNESCO), pp. 209-218.
- Torre, Carolina de la 1995 “Conciencia de Mismidad: Identidad y Cultura Cubana”, en *Revista Temas* Vol. 2, pp. 111-115, La Habana.
- _____ 2001 *Las Identidades. Una Mirada desde la Psicología* (La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”).
- Valdés, Salvador 1997 “Economía y Empleo deben Marchar Juntos” (entrevista al Ministro del Trabajo), *Periódico Granma*, 3 de enero, La Habana.

Norma Vasallo Barrueta

SUBJETIVIDAD FEMENINA Y CAMBIO SOCIAL EN CUBA*¹

INTRODUCCIÓN

El año 1959 significó para las mujeres cubanas el inicio de un proceso gradual, pero sostenido, de grandes transformaciones sociales, aquello que el movimiento feminista se propuso después de tomar conciencia de que el derecho al voto por sí solo no produciría las transformaciones necesarias en la vida de las mujeres². En Cuba, a diferencia de otros países, este proceso surge no como consecuencia directa de luchas feministas, sino como consecuencia de un movimiento de grandes transformaciones sociales, eje central del Proyecto social de la revolución cubana en cuyo marco ideológico quedaba clara la lucha contra todas las formas de discriminación y desigualdad entre las personas, no importaba su condición de clase, etnia o sexo. El

* Norma Vasallo Barrueta 2012 “Subjetividad femenina y cambio social en Cuba”, tomado de Magdalena Valdivieso *et al.* (coordinado por Alba Carosio), *Feminismo y cambio social en América Latina y el Caribe* (Buenos Aires: CLACSO), pp. 57-74.

1 Profesora e investigadora de la Universidad de La Habana, presidenta de la Cátedra de la Mujer, coordinadora del Comité académico del Programa de Maestría en estudios de género, miembro del Consejo Universitario de Posgrado de la Universidad de La Habana.

2 Véase Valcárcel (1997).

transformar la condición de subordinación a la que estaba relegada la mujer y el llevarla fuera del espacio doméstico al que estaba confinada históricamente, convirtiéndola no sólo en objeto de las transformaciones sociales, sino también en sujeto de ellas mismas, fue un importante objetivo del Proyecto social de la revolución cubana, para lo cual se promulgaron un conjunto de leyes y políticas, así como se han desarrollado diferentes programas a lo largo de estos 50 años. Todas estas transformaciones jurídicas y políticas se han expresado en el desarrollo concreto alcanzado por las mujeres en diferentes esferas de la vida social y esta transformación se expresó también a nivel subjetivo; pero como sabemos cada persona recibe la diversidad de influencias sociales mediatizada por la cultura, por tanto una misma realidad social es recibida e influye en cada persona, de forma variada; la respuesta consecuente y su influencia en la subjetividad individual y en la construcción de lo social resulta también variada.

Siguiendo esta reflexión, aunque variado en las cubanas que hemos vivido después de la Revolución, se han producido cambios subjetivos; pero no en igual medida o al mismo ritmo que las transformaciones objetivas, porque las condiciones jurídicas y políticas que refrendan la igualdad entre las personas, en particular entre mujeres y hombres, es una condición necesaria pero no suficiente para el ejercicio de la plena igualdad de derechos por parte de las mujeres. Trascendiendo la realidad política y jurídica; pero marcándola con su impronta, está la cultura construida colectivamente a través de sucesivas transformaciones y también sedimentaciones del saber humano, en un proceso histórico y en Cuba, aún vivimos en una cultura patriarcal. Las transformaciones que trajo consigo el triunfo revolucionario, y que se expresan claramente en el discurso jurídico y político y la situación económica de la mujer, no influyen directamente en la subjetividad de todas las personas; sino que resultan mediatizadas por la influencia de la cultura patriarcal, que en forma de tradiciones, costumbres, normas y valores, transmite fundamentalmente la familia y en particular la propia mujer como madre, en su función educativa a las nuevas generaciones marcando las nuevas subjetividades, como también son transmitidas por los diferentes agentes de socialización como la escuela, la comunidad, los grupos de amigos, los medios de comunicación como los más significativos. La profundidad de los cambios operados en la realidad jurídica y política en Cuba en estos 50 años no guarda una relación lineal con los que se han producido en la subjetividad de varias generaciones de cubanas y cubanos. Sin dudas, parece ser que grandes transformaciones sociales requieren de más de cuatro generaciones para que se aprecie su consecuente reflejo en la cultura, la subjetividad social e individual y en la modelación de los proyectos personales de vida.

LAS MUJERES Y SU SUBJETIVIDAD

La subjetividad se construye y modifica en su interacción con el contexto en el que se vive, la condición histórica de cada persona deja su impronta en ella. La relación entre subjetividad, identidad y condición histórica del sujeto, sustentan la identidad de género, que se construye en la interacción con los otros, en su actividad vincular con todo lo que le rodea y en su accionar sobre sí misma. Identidades asignadas y experiencias vividas son aspectos esenciales en la comprensión de la identidad genérica. Contexto histórico y condición histórica de la persona son parte de la cultura en su sentido más amplio y la expresión que en ella tenga la cultura patriarcal, así que cultura y contexto socioeconómico son aspectos fundamentales a considerar en el estudio del desarrollo y transformación de las subjetividades. La relación cultura/conducta individual es compleja; la cultura funciona como exigencias sociales a los miembros de la sociedad. Ahora bien, esta exigencia social llega a las personas mediatizada por los diferentes grupos humanos en los cuales se inserta a lo largo de toda su vida (familia, escuela, organizaciones, centros de trabajo, comunidad, y otros) y que son portadores de sus particularidades culturales que lo identifican como grupo y lo hacen diferente a otros permitiéndoles una relativa independencia de la sociedad. Esto, unido a las diferentes condiciones de partida, contribuye a explicar los diferentes desarrollos que logran alcanzar los grupos humanos aun cuando viven en similares condiciones socioeconómicas.

Cuando valoramos como elemento fundamental en la formación de la identidad de género la condición histórica del sujeto, estamos reconociendo la diversidad de circunstancias, experiencias y vivencias que se pueden dar en la persona a lo largo de su vida y la multiplicidad de relaciones que puede establecer, de mayor o menor implicación personal para la misma; lo cual nos lleva al reconocimiento de la variedad de elementos que pueden estar presentes y reflejarse en la identidad del sujeto y también por supuesto la diversidad de identidades que dentro de un mismo sexo podemos encontrar y que se expresa en su conducta en relación con los otros y consigo mismo. De lo anterior la importancia que concedemos al *contexto* en la formación de las identidades.

GÉNERO E IDENTIDADES: SUBJETIVIDAD DE CUBANAS EN DIFERENTES CONTEXTOS SOCIALES

Algunos estudios han mostrado cambios en la identidad tradicional de género de una generación a otra de las cubanas²; así las mujeres nacidas en los años treinta se representan el rol de ama de casa-madre-esposa de una manera acrítica y sienten satisfacción con su desempeño; las nacidas en los cincuenta se vieron entre dos fuerzas que no

siempre actuaban en la misma dirección: por una parte salir al mundo público, estudiar y trabajar como una convocatoria a las jóvenes de la naciente revolución y por la otra prepararse para ser ama de casa, madre y esposa con el mismo rigor de sus madres, como una exigencia de la cultura patriarcal que les llegaba en el proceso de socialización fundamentalmente de parte de su familia. Esta es la generación conflictuada, la que no pudo vivir con clara conciencia un cambio radical en su condición, de ahí que las que siguieron con más determinación el camino tradicional del hogar se sientan hoy frustradas en lo personal por no haber alcanzado su realización personal y las que se orientaron más al mundo público se llenaron de culpas por no ser las buenas esposas y madres que, les decían sus madres y sus abuelas, debían ser. Esta segunda generación de mujeres es la generación que protagonizó la ruptura con el modelo tradicional de mujer, desde el contexto de los cambios sociales que se operan y la demanda de su participación como sujeto de esos cambios, unas lo logran y otras no. Las mujeres nacidas en los setenta son portadoras de mayores cambios. Cuba no estuvo ajena a la revolución sexual de los sesenta, que tuvo su expresión en las concepciones sobre la sexualidad y las relaciones de pareja y en la conducta de las madres y padres de esta generación, lo cual impactó en diferente medida según la educación que recibieron. Su familia no les exigió responsabilidad para la realización de tareas domésticas en la casa como parte de su preparación para su vida futura, y esto fue así para que ocuparan el máximo de tiempo en su superación educacional. Para ellas la relación de pareja es importante, pero el matrimonio no aparece bien delimitado como proyecto personal de vida; no se asocia al matrimonio la realización de tareas domésticas por parte de la mujer, sino compartidas, como obligación de ambos, al igual que la función educadora de los hijos, tradicionalmente adjudicada a la mujer, pero en la práctica en la familia no sucede así como clara expresión de que los hombres no han cambiado a nivel subjetivo como sí lo han hecho las mujeres y este es un obstáculo importante para la continuidad del avance de las cubanas. La realización profesional ocupa un lugar más central en el proyecto personal de vida de esta generación, en comparación con la anterior. No se refieren necesidades que puedan encontrar su satisfacción en la maternidad, por lo que ésta no constituye un objetivo importante en la actualidad. Este es uno de los elementos más importante de ruptura de la identidad de género que se da en esta generación en comparación con sus madres, aunque se observan todavía elementos de continuidad. Coexisten junto a lo nuevo incorporado en el proceso de cambio social en el que se ha participado, lo tradicional transmitido por la familia en la educación de las hijas, reforzado y controlado por la cultura,

que no se modifica al mismo ritmo que los cambios objetivos. Esta es una generación que comienza a ser portadora de los cambios subjetivos derivados de las transformaciones objetivas que han beneficiado a la mujer; pero que aún no puede desprenderse de lo que constituye una de las mayores barreras percibidas para su autorrealización plena como ser humano: el rol protagónico en la vida doméstica.

CUBA, LAS CUBANAS Y LA CRISIS DE LOS AÑOS NOVENTA

A finales de la década del ochenta se produce la caída del campo socialista, como consecuencia la desaparición de la URSS y el recrudecimiento del bloqueo de Estados Unidos. El país se vio limitado en los recursos necesarios para garantizar la producción en múltiples renglones de la economía. Como consecuencia, cesaron en su actividad algunos centros productivos con la afectación correspondiente al empleo, disminuyó la ocupación estatal civil en 490.700 puestos. En Cuba el 48,4% de las mujeres en edad laboral trabajaban, y ellas constituían el 42,3% de la fuerza de trabajo del sector estatal civil, cifra que se había incrementado desde 1985 (37,5%) y 1993 (40,6%). ¿Cómo afectó la reducción del empleo a la mujer cubana? En cifras absolutas en el período 1990-2000 las mujeres redujeron su participación en el empleo en número de 38.500, cifra inferior a los hombres que fue de 68.0003. Esto fue posible porque la mujer tiene una situación privilegiada en la estructura ocupacional, ellas constituían el 64% de la fuerza de trabajo calificado del país. La presencia mayoritaria de la mujer en la fuerza de trabajo calificado ha sido el resultado acumulativo del ascendente acceso a la educación. Por ejemplo, en 1995 las mujeres constituían el 59% de los graduados de la educación superior y su matrícula actual es el 59,6% del total. El nivel cultural promedio de la población cubana es noveno grado, y la mujer no se encuentra en situación de desventaja al respecto. Su preparación y calificación y su creciente incorporación a la actividad laboral hacen que el impacto sobre ellas de la crisis económica no sea similar al del resto de América Latina, es decir, no son ellas las más afectadas con el desempleo. En la búsqueda de alternativas económicas que compensaran la disminución del salario real que ingresaba a la familia, algunas mujeres se incorporaron al trabajo por cuenta propia, ellas fueron el 26% del total de esa fuerza de trabajo, la mayor parte de ellas antes eran amas de casa (71,8%), otras pensionadas, según un estudio que realizamos en la Cátedra de la Mujer de la Universidad de La Habana. En Cuba el trabajo por cuenta propia produce, y produce en la actualidad, mayores ingresos económicos personales que otras actividades que exigen mayor calificación, y tiene en consecuencia un reconocimiento social superior al que puede derivarse de la complejidad de su proceso, de

ahí que las mujeres que realizan estas actividades no se encuentran devaluadas en comparación con los hombres, y al aportar más ingresos económicos a sus familias que el resto de los miembros se redimensiona su lugar en ellas, tanto social como subjetivamente, pasando a un lugar más privilegiado, de mayor reconocimiento.

IMPACTO DE LA CRISIS DE LOS NOVENTA EN LA SUBJETIVIDAD DE LAS CUBANAS

La situación económica que caracterizó la realidad cubana de los noventa trajo aparejada la aparición o el incremento de algunos males sociales como la prostitución, la violencia en sus múltiples manifestaciones y la actividad delictiva en sentido general en un breve estudio con mujeres que habían nacido en la década del ochenta, es decir eran niñas o adolescentes cuando se vivió el llamado Periodo espacial, la etapa más profunda de la crisis, no se apreciaron importantes cambios en el nivel subjetivo, aunque sí se apreció la búsqueda de diferentes alternativas para enfrentar la crisis; por ejemplo se produjo una movilidad del sector tradicional al emergente de la economía, buscando mejores condiciones económicas, las mujeres no fueron una excepción. En aquel momento vieron el cambio de un trabajo más calificado a uno menos calificado, pero mejor remunerado, como algo transitorio, “hasta que la crisis pase”. La percepción de su realidad variaba según estuvieran insertas en uno u otro de los dos sectores y, consecuentemente, estuvieran más o menos satisfechas sus necesidades fundamentales, de ahí que percibieran algunas diferencias en las áreas de afectación: la alimentación y el transporte en ambos sectores, la salud como tercero en el tradicional y la recreación como tercero para el emergente. A pesar de la crisis, la inmensa mayoría de las mujeres estudiadas entonces señalaban que podían desempeñar cualquier función en la sociedad, haciendo depender esto sólo del desarrollo de sus capacidades. Esta respuesta es resultado de un desarrollo que a nivel de su subjetividad, había ya alcanzado la mujer cubana, proceso que se ha desarrollado como consecuencia de su ilimitado acceso a la educación, la vida laboral y profesional, que no se había afectado por la crisis, al menos hasta ese momento.

Ellas reconocen claramente el papel protagónico importante de las cubanas en nuestra sociedad actual; pero acompañado de dos importantes problemas:

- Las contradicciones derivadas de la vida cotidiana actual, sobre todo por el peso que en ella tiene la gestión de la mujer.
- La contradicción con el hombre, derivada de los elementos de la cultura patriarcal que sobreviven en nuestra sociedad, y que

imponen a la mujer la necesidad de superarse y de demostrar que puede hacer lo mismo que el hombre si se prepara para ello, lo que implica un mayor esfuerzo en todo lo que hace. Las jóvenes siguen percibiendo que el éxito personal se asocia a la figura masculina, no obstante aspiran a él y sienten que están en condiciones de conseguirlo.

Pese a caracterizarlas el tránsito en los contenidos de su identidad y de tener conciencia de las dificultades y contradicciones a las que se enfrentan las mujeres sólo por su condición de género; se reconocen en capacidad de lograr las cosas que se propongan en su vida, a partir de identificar la racionalidad de las mismas. Esto apunta hacia el desarrollo de una alta autoestima que las hace sujetos de sus propias transformaciones. Perciben a sus contemporáneas como portadoras de un alto sentido de libertad, de fuerza para enfrentar los problemas, de capacidad para trabajar, las consideran creativas, voluntariosas y alegres. Esta percepción que pasa por la subjetividad de cada una de ellas es el resultado de sus experiencias personales y de la de las mujeres con las que se han relacionado en el contexto socioeconómico de la Cuba de los noventa donde la vida cotidiana se endureció profundamente.

En este mismo contexto, otros estudios sobre la situación de mujeres dentro del ámbito familiar (tanto en familias bi como mono parentales) donde ellas eran las máximas responsables de su funcionamiento afectivo y económico hablan del “acentuado patrón de *matrifocalidad*” (Zabala, 2010) refiriéndose a la sobreexigencia de tareas en las jornadas de trabajo de estas mujeres, marcadamente intenso, aun cuando no tuvieran vínculos laborales formales. La crisis afectó de manera especial a las mujeres por su condición de máximas responsables de las tareas domésticas, en consecuencia de la sobrevivencia familiar y propia en ese orden. “Entre las familias estudiadas, la desventaja relativa de las familias monoparentales encabezadas por mujeres, es el resultado de un patrón establecido de dependencia económica de la mujer [...]” (Zabala, 2010: 161). Este patrón de dependencia hace referencia a lo que se denomina ideología patriarcal que prevalece y se reproduce dentro de las familias y que contribuye a sobrevalorar el aporte masculino en detrimento de las mujeres a través de su invisibilización y, en este sentido, identificar como estrategia de vida la relación de pareja, el establecimiento de la familia (hijos) como lazos de permanencia, el apoyo y la guía de una figura masculina.

La ideología patriarcal está presente aun en las familias cubanas con formas diferenciales de expresiones más o menos abiertas, más o menos intensas.

En otros trabajos (Vasallo, 1998) se plantea que aunque la crisis económica no es portadora de aspectos positivos para la vida de las mujeres, el hecho de que se reconozcan en ellas el desarrollo de estas cualidades o su puesta a prueba durante este período, indica la permanencia de los cambios subjetivos que se han operado en las mujeres y que no se podía hablar como tendencia de subjetividades desestructuradas.

LA ACTUAL CRISIS ECONÓMICA

[Ya se reconoce que la actual] crisis es ya la más profunda desde la ocurrida en los años treinta y probablemente pueda hablarse ya de una depresión en curso, que sería la etapa más cruda de ella y estaría caracterizada no sólo por el desplome de valores financieros, sino por la paralización del crédito, la caída del comercio mundial, el descenso de la producción industrial, la merma en las ventas y el aumento alarmante del desempleo
(Martínez, 2009).

Más allá de las causas mediatas o inmediatas de esta crisis para una mirada de género, lo importante es partir de que los efectos son diferentes entre los grupos sociales y entre mujeres y hombres, porque no se encuentran en similares condiciones de partida al inicio de la crisis.

¿CÓMO AFECTA LA CRISIS ACTUAL A LAS MUJERES?

Uno de los efectos más vistos tiene que ver con los cambios en el mercado de trabajo y aunque no siempre, ni en todo momento son las mujeres las más afectadas con la pérdida del empleo, no se comporta igual en los países desarrollados y los en vías de desarrollo; sin embargo lo que sí aumenta es la precarización del empleo de las mujeres. Se produce una mayor incorporación de mujeres al empleo para compensar la pérdida de ingresos en la familia, pero con menos remuneración salarial y en los empleos informales, sin los beneficios de protección y seguridad social.

Al respecto Alicia Bárcena en un reporte de la CEPAL señala:

Desempleo con pobreza. el aumento del desempleo vendrá acompañado por un aumento del empleo en el sector informal, como alternativa de sobrevivencia. Hay un fuerte vínculo entre informalidad y pobreza: en 2006, el 33,2% de los trabajadores informales eran pobres (15,9% entre los formales). La región no cuenta con sistemas solventes de seguro de desem-

pleo. El mayor desempleo reducirá los aportes a los sistemas contributivos de salud. Las políticas fiscales anticíclicas (rebajas de impuestos, mayor gasto en infraestructura y vivienda, apoyo a sectores productivos) dejan menos espacio para un gasto social anticíclico (Bárcena, 2010).

Lo que sin dudas significa un proceso de mayor autonomía para las mujeres, al recibir un salario por su trabajo, se acompaña de una mayor desigualdad, no sólo en la distribución de roles sino en los beneficios que recibe, produciéndose una mayor segregación social, constituyéndose en un proceso contradictorio donde las más afectadas son las mujeres. Este es un claro ejemplo de los procesos que producen nuevas formas de género, aunque contribuyan a eliminar la reproducción de otras. Se reconoce que la falta de oportunidades laborales, la informalidad y el desempleo serán más altos entre las mujeres e implicará ausencia de protección e ingresos inestables. Esto quiere decir que tanto en la crisis de los ochenta como en la actual las mujeres sufren afectaciones similares. Pero no es sólo la afectación al mercado laboral sino al total de horas que hombres y mujeres trabajan de forma remunerada o no. Las mujeres continúan siendo las máximas responsables de las tareas domésticas y de la actividad de cuidado adjudicadas a ellas por la cultura patriarcal, y que dejan de hacer instituciones sostenidas por la seguridad social ahora reducida. Todo esto se expresa en una mayor intensidad de trabajo a cuenta de su descanso, su recreación y finalmente de su salud. Es importante también las posibilidades de acceder a lo necesario para sobrevivir; el aumento del precio de los alimentos observado tiende a generar un aumento en la pobreza y una mayor presencia femenina en este sector, el más vulnerable ante la crisis y todos los cambios que ella trae aparejados.

Si partimos de las consecuencias ya descritas, que para las mujeres en el mundo ha tenido la crisis económica, visto desde un análisis de género, las mismas pueden resumirse en:

- Reducción del empleo.
- Mayor incorporación al empleo informal.
- Menor gasto social, del que resultan más necesitadas las mujeres por su condición de cuidadoras o de sector poblacional más empobrecido.
- Mayor intensidad de trabajo a cuenta de su descanso.

CUBA, LA CRISIS ECONÓMICA Y LAS CUBANAS

El investigador cubano Osvaldo Martínez (2010) ha señalado que “la crisis económica global que se abate sobre el mundo no es una crisis de la economía cubana, pero nuestro país no puede evitar el impacto

de ella sobre nuestra realidad”. El descenso del precio de productos de exportación como el níquel, el tabaco, el ron, la disminución del turismo, son efectos de la crisis global que afectan la economía cubana con sus correspondientes consecuencias para la población, y en particular las mujeres, a pesar del sistema de seguridad y asistencia social con que cuenta el país, que trata de proteger a los más vulnerables, sin dudas vivimos restricciones financieras derivadas de la crisis. Como parte de la política del gobierno para enfrentar la crisis, las secuelas de los huracanes que afectaron la isla en el año 2008 y en general toda la problemática económica del país, se diseñaron un conjunto de medidas entre las que se encuentran (Casto, 2009):

- Privilegiar el fomento de las actividades que aseguran ingresos y disminuyen importaciones.
- Incrementar la producción de alimentos con el objetivo de reducir, paulatinamente, la dependencia existente del mercado exterior; para lo cual se liberarán las fuerzas productivas de restricciones para su desarrollo.
- Continuar el proceso de entrega de tierras en usufructo (el 54% de la tierra ociosa ya fue entregada).
- Reducir el número de alumnos internos en escuelas en el campo, lo que significa un ahorro de 139 millones en el presupuesto de educación.

Otras medidas se relacionan con:

- Reducción de las plantillas considerablemente abultadas en el sector estatal.
- Modificaciones al tratamiento laboral y salarial a los trabajadores disponibles e *interrumpidos* de un grupo de organismos de la administración central del Estado.
- Ampliar el ejercicio del trabajo por cuenta propia y su utilización como una alternativa más de empleo de los trabajadores excedentes. Para esto se eliminan las prohibiciones vigentes para el otorgamiento de nuevas licencias y la comercialización de algunas producciones, flexibilizando la contratación de fuerza de trabajo.
- Aplicación de un régimen tributario para el trabajo por cuenta propia que garantice que los incorporados a esta actividad con tribuyan a la seguridad social, abonen impuestos sobre los ingresos personales y las ventas; y aquellos que contraten trabajadores paguen el tributo por la utilización de la fuerza de trabajo.

Las primeras cuatro medidas buscan mejorar la situación económica del país y las condiciones de vida de la población, ahorrando en lo que no afecta la vida cotidiana de las personas y ofreciendo una alternativa de empleo a través de la tenencia de la tierra, lo que trae aparejado una estimulación a la producción a partir de la iniciativa individual. Esto también está relacionado con la medida de ampliación del trabajo por cuenta propia. Las modificaciones al tratamiento laboral y salarial a los trabajadores disponibles e *interruptos*, así como la aplicación de un régimen tributario que propicie una mayor contribución a la seguridad social, son medidas encaminadas a reducir gastos por una parte y recaudar fondos que permitan mantener los niveles de seguridad y asistencia social a quienes lo necesiten. La reducción de las plantillas considerablemente abultadas en el sector estatal, es una necesidad para una mayor eficiencia laboral y para la reducción de gastos improductivos. Aunque necesarias todas estas medidas, una mirada de género se impone para prever los efectos diferenciales sobre mujeres y hombres, y para anticipar medidas equitativas que al menos no profundicen la brecha de género que aún puede estar presente en las diferentes esferas de la vida en nuestra sociedad.

¿QUÉ HA PASADO CON LAS CUBANAS? VEAMOS ALGUNOS EJEMPLOS

Se está produciendo una discreta reducción del empleo. Las mujeres son el 42,7% de la fuerza de trabajo dentro del sector estatal civil y, dentro de éste, son el 80,8% de los trabajadores administrativos, categoría que debe sufrir los mayores efectos de la referida reducción. Una de las alternativas para compensar esto es el estímulo a la incorporación al trabajo por cuenta propia sobre todo en actividades agrícolas, pero en este sector la presencia femenina es escasa, sólo el 17,4% debido entre otras razones a que esta actividad es considerada tradicionalmente masculina tanto por las mujeres como por los hombres de zonas rurales. En el año 2007, en un estudio que realicé en la UBPC Ignacio Agramante de Camagüey, constaté que no existían diferencias entre hombres y mujeres en cuanto al nivel educacional; pero sí en las posibilidades de empleo que percibían, por un predominio tanto en ellas como en ellos de una creencia de que “hay trabajos para hombres y trabajos para mujeres”, siendo estos últimos en el medio rural más escasos. Lo anterior indica que, lo que podamos hacer por un cambio en la conciencia de mujeres y hombres para garantizar en este espacio una alternativa al mantenimiento de la autonomía alcanzada por las cubanas, constituye un desafío. En Cuba el sector de trabajo por cuenta propia, que ha sido de mayores ingresos económicos, no siempre, ni en su totalidad verificable; consecuentemente ha sido un ámbito

eminentemente masculino, resulta este también un desafío para las cubanas, ¿cómo lograr que más mujeres accedan a este tipo de empleo como alternativa a la reducción de los mismos? Al iniciarse estos cambios la presencia femenina era del 23,1% y desde octubre de 2010 hasta junio de 2011, de las nuevas licencias otorgadas para este tipo de actividad, el 27% correspondía a mujeres y a actividades relacionadas con los roles reproductivos de las mujeres como elaboración de alimentos y actividades de peluquería, cuidados, etcétera (Más, 2010). Asimismo siguen tributando a esta actividad amas de casa y pensionadas y, en menor medida, mujeres provenientes del mundo laboral público cuyas actividades se han reducido.

Sin dudas, trabajar en el cambio de la subjetividad hacia una conciencia de género, que permita a la mujer visualizarse en el desempeño de otros roles, tradicionalmente masculinos y en condiciones de tomar decisiones al respecto, es otro desafío que debemos enfrentar si queremos que deje de ser femenino el perfil de la población más vulnerable en Cuba. Al respecto Mayra Espina plantea:

Diferentes estudios cuantitativos y cualitativos, permiten ilustrar una preferencia por las mujeres en el patrón de constitución de la pobreza en el país, que se asocia, preferentemente, a la maternidad temprana, la jefatura de hogar femenina y la condición de madre soltera, circunstancias combinadas con el abandono de estudios y la ausencia de condiciones para trabajar y generar ingresos suficientes (2010: 211).

Las madres y abuelas tendrán que asumir las tareas de cuidado a los adolescentes que ya pasaron de las escuelas internas a las externas de la ciudad. La presión por garantizar la alimentación y su elaboración será una carga adicional a la ya pesada carga que resisten las mujeres. Se constituye en otro desafío para las cubanas el contrarrestar la mayor intensidad de trabajo que las medidas derivadas de la crisis traerán aparejadas y que redundarán en una reducción del tiempo de descanso y de recreación. El sistema de seguridad social, aunque afectado por el impacto de la crisis, garantiza la protección a todos los ciudadanos en aspectos relacionados con sus derechos fundamentales como alimentación, salud y educación. No obstante, dentro de la población cubana son las mujeres las que más requieren de esta ayuda, las ancianas, las madres solteras, las jefas de hogar con hijos o que tienen a su cuidado familiares con necesidades especiales. Estas mujeres no sólo son las que menos recursos tienen, sino también las que se encuentran en peores condiciones para emplearse formalmente. El 30 de septiembre de 2010 se promulgó el decreto ley N° 278 referido al Régimen especial de seguridad social para quienes laboran

por cuenta propia. Esto constituye un avance en cuanto a política de seguridad social para este sector; en tanto sobre la base de la contribución permite la protección de las mujeres de este sector ante todas las contingencias previstas para las del sector estatal, esto es maternidad, jubilación, invalidez total y viudez.

En sentido general coincide con la afirmación del Dr. Osvald Martínez cuando afirma:

En Cuba, contamos con nuestro avanzado sistema de seguridad y asistencia social, con una cohesión social interna superior a otros países y en especial, con un sistema político y un gobierno que dedica todo su esfuerzo a reducir el impacto de la crisis económica y hacer que éste sea compartido en términos de equidad social y de protección a los más vulnerables (citado en Fariñas, 2011).

En abril del año 2011, en el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba, se aprobaron los “lineamientos de la Política económica y social del Partido y la revolución”. En ellos se confirman las medidas que desde 2009 venían anunciándose, aunque sin expresar magnitudes como el caso de la reducción del empleo. Se mantiene el reto de conservar el lugar que han alcanzado las cubanas en nuestra sociedad y por supuesto que no se produzca un estancamiento. La Federación de Mujeres cubanas en la actualidad, como en la crisis de los noventa, se anticipa a estos efectos y ya se prepara para organizar las medidas que den respuesta a los desafíos que presenta, para las cubanas, la actual crisis. En el discurso de clausura del Quinto Período ordinario de sesiones de la VII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, Raúl Castro expresó refiriéndose al proceso de reducción de empleos:

La estricta observancia del principio de idoneidad demostrada a la hora de determinar quién merece el mejor derecho de ocupar una plaza, debe contribuir a evitar cualquier manifestación de favoritismo, así como de discriminación de género o de otro tipo, las cuales deben enfrentarse con toda firmeza (Castro, 2010).

Se evidencia una clara voluntad política de evitar cualquier forma de discriminación de género en un proceso que fácilmente puede desarrollarlo a partir de los estereotipos que sobre los roles de mujeres y hombres se encuentran aun presentes en la subjetividad de nuestra sociedad.

¿CÓMO SE REPRESENTAN LA CRISIS LAS CUBANAS?

En la actualidad las cubanas se representan la crisis como falta de dinero y con ello incapacidad para adquirir productos, en primer lugar alimentos; pero señalan también afectaciones al transporte, la salud

y la educación. Estas ideas no son ajenas a otras relacionadas con la existencia de una crisis mundial o a que el país se encuentra en un “estancamiento económico” y con “problemas financieros”. No hay claridad en la percepción de la influencia de la crisis actual, a diferencia de la de los años noventa, como si de una sola se tratara. La representación social que las cubanas entrevistadas tienen de la actual crisis económica, responde a las vivencias personales de su vida cotidiana y sobre todo lo que significó la crisis de los años noventa, así se centran más en la incapacidad para satisfacer sus necesidades fundamentales. Relacionan, como una de las causas de la crisis, el bloqueo de los Estados Unidos contra Cuba y sus consecuencias en el comercio y la producción, aunque se refieren también a las causas y las características de la actual crisis mundial, denotando un solapamiento en las mismas que hace pensar en una percepción de continuidad desde los noventa hasta ahora, de hecho algunas expresiones dicen: “En Cuba siempre ha habido crisis económica. Ha habido años más difíciles que otros, pero siempre ha existido”; “Creo que en este momento estamos ante una crisis, aunque de modo general siempre hemos estado ante una crisis”. La percepción de continuidad de la crisis sobre todo de los años noventa a la actualidad tiene que ver con el hecho de que, al iniciarse esta última, Cuba no se había recuperado de la de los noventa; y a nivel de la economía familiar esto es mucho más evidente.

¿QUÉ ESTRATEGIAS HAN DESARROLLADO PARA ENFRENTAR LA CRISIS?

Una de las estrategias de enfrentamiento ha sido el empleo, pero para amas de casa que no querían hacerlo, o para jubiladas que no contaban con este compromiso a esa edad, significa una fuerte carga, aunque imprescindible para su sobrevivencia. Se refieren a otra estrategia reconocida como “organizar más las tareas”, es decir, a flexibilizar toda su jornada, extendiéndola en el tiempo e intensificándola, lo que se reconoce como uno de los aspectos en los que se apoyan las medidas económicas que se toman en los diferentes países para paliar la crisis. Las estrategias dependen del lugar de la mujer en la familia, en términos de los roles que desempeñan y esto, a su vez, se relaciona con la percepción que se tiene de la crisis.

¿CÓMO PERCIBEN EL IMPACTO DE LA CRISIS SOBRE SUS FAMILIAS Y SOBRE ELLAS MISMAS?

Sienten que la crisis afecta a sus familias en la medida en que disminuye la capacidad de resolver todas sus necesidades. Es decir, la disminución de oferta de productos y el incremento de los precios de otros, redundan en mayor dificultad para satisfacer sus demandas

fundamentales; “la familia es como el país”, dice una entrevistada, son muchos los renglones que necesita atender; alimentación, calzado, ropa, artículos para la higiene, que requieren todos los miembros de la familia; medicamentos, sobre todo para los mayores y su abastecimiento no es sistemático; por otra parte están los artículos para la escuela de los niños. La percepción de cómo las afecta a ellas como mujeres está relacionada con la sobreexigencia cultural sobre las mujeres, como máximas responsables de la vida doméstica. El rol asignado de ama de casa-madre-esposa, tradicionalmente atribuido a las mujeres, se convierte en mediador subjetivo de la crisis, poniéndolas en condiciones más difíciles que al resto de los miembros de la familia. En este sentido reconocen que ahora tienen “más preocupaciones y deben planificarse mejor”. Esto desde el punto de vista económico, es decir, deben administrar el mismo dinero que ahora les rinde menos. En este sentido una de ellas señala: “Creo que en lo que más nos hemos sentido la crisis es en el abastecimiento de comida, pues en el mercado no hay el mismo abastecimiento que antes y los precios están bastante altos”. Otra expresión que utilizaron es “ahora tenemos que inventar más”. Inventar es la manera en que se refieren al proceso creativo de búsqueda de alternativas para las necesidades cotidianas, como alimentar a la familia en ausencia de productos acostumbrados en sus respectivos hábitos alimenticios, como por ejemplo el arroz; o también para vestir y calzar a los hijos ya que con el crecimiento, crecen sus necesidades. Los niños reciben el uniforme escolar de forma subsidiada, pero no todos los cursos; hacer que les sirva cada año se convierte en una verdadera actividad creativa. Resulta interesante como aparecen valoraciones acerca de cómo la situación económica actual impacta también su vida laboral, bien por limitaciones materiales para desempeñar adecuadamente su actividad, o por posibles afectaciones a su jornada laboral derivadas de problemas para transportarse. Estas preocupaciones son expresión del desarrollo de estas mujeres que han incorporado a su identidad otros roles no reconocidos como tradicionalmente femeninos, como el de ser trabajadora (en este caso remunerada). Una de ellas nos dice “aquellas que tenemos un buen trabajo, debemos ocuparnos de desempeñar adecuadamente nuestras tareas”. Se refiere a la carencia de algunos insumos para la realización de su actividad laboral. El ámbito del trabajo remunerado no es sólo el medio para obtener dinero, es un espacio donde se expresa su compromiso y su responsabilidad social. Encontramos también otras mujeres que no tienen conciencia de un mayor impacto de la crisis sobre ellas y esto tiene que ver con la “naturalidad” con que *vivencian* la desigual distribución de las tareas domésticas, aún en condiciones de sobreexigencia de la realidad actual.

¿CUÁLES SON LAS AFECTACIONES SOCIALES QUE PERCIBEN LAS CUBANAS COMO CONSECUENCIA DE LA CRISIS?

A esta pregunta responden, nuevamente, a partir de lo *vivenciado* en su cotidiano más cercano; de ahí que las referencias mayores sean las relacionadas con las dificultades para adquirir artículos de primera necesidad como alimentos, ropas y calzado y las dificultades con el transporte a partir de su disminución por la reducción del combustible. Sin embargo muchas hacen referencia a las afectaciones que perciben en los servicios médicos, ya sea por falta de medicamentos, dificultades con equipos para diagnóstico u otros materiales indispensables para un mejor servicio. Otros aspectos referidos tienen que ver con la disminución del empleo en muchos organismos, la insuficiente recreación para los jóvenes y el aumento de los precios de los productos. “La gente se ha vuelto más luchadora debido a sus propias necesidades”, nos dice una habanera refiriéndose a cambios sociales derivados de la crisis; pero “luchar” en Cuba tiene una acepción en la que se incluye cualquier tipo de actividad, muchas veces ilícita, a través de la cual algunas personas buscan una alternativa a las dificultades económicas. Esta puede ser prestación de servicios, comercio subterráneo, desvío de recursos, entre otras. “Tengo que luchar más para comprar lo que necesito para vivir” nos dijo otra entrevistada; es importante tener en cuenta que lo que necesitan para vivir también difiere de unas mujeres a otras, según sean las necesidades que ya están satisfechas, porque las necesidades se desarrollan y siempre nos falta algo, por eso no todas hablan de las mismas como las más apremiantes, pero la insatisfacción de cualquiera genera malestar en quien tiene esa percepción. Otro impacto social al que se refieren es el relacionado con el incremento de personas con dos trabajos como alternativa a la reducción de la capacidad adquisitiva de la familia. “Mira, por ejemplo (dice una entrevistada) mi esposo es una persona retirada, tiene 65 años y sin embargo trabaja como custodio para poder ayudar con los gastos de la casa porque si no, no nos alcanzaría para comprar las cosas necesarias, sobre todo comida”. Hay consenso en considerar que se han producido transformaciones en el nivel social como consecuencia de la crisis, pero cuáles son estas transformaciones, varía en la percepción de las mujeres, según sea su condición de partida en términos de necesidades satisfechas y por satisfacer.

¿CÓMO PERCIBEN LA POSIBILIDAD DE CAMBIO EN LA SITUACIÓN ECONÓMICA ACTUAL?

Las que no ven posibilidades de un cambio favorable están influenciadas por la experiencia anterior; así explican que, cuando parecía que la situación económica estaba mejorando definitivamente

después de los peores años del periodo social, vuelve a sentirse un cambio en sentido negativo. Ahora les cuesta confiar en que se producirá una transformación favorable.

Las que perciben un cambio favorable son aquellas mujeres que realizan una actividad laboral que les gusta, para la que se han preparado y con la cual se sienten comprometidas.

La percepción de un futuro mediano mejor o igual está representada, en la misma proporción, en el grupo de mujeres que se estudió. Su cambio dependerá de las diferentes experiencias que cada una de ellas tenga en la continuidad de este proceso que no será breve, y como decimos en Cuba no será fácil.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Sin dudas, ante la actual coyuntura de cambios económicos y su reflejo en lo social, puedan presentarse impactos en la condición de la mujer y las relaciones de género, y el *desafío más importante desde el punto de vista subjetivo* tiene que ver con la necesidad de hacer cambios en mujeres y hombres que hagan posible mantener los niveles de participación de las mujeres en la vida económica y política del país para lograr mantener su avance, pero ahora en nuevos espacios, donde la presencia femenina ha estado menos presente. Esto permitiría anticiparse a los posibles impactos negativos.

BIBLIOGRAFÍA

- Bárceñas, Alicia 2010 “Análisis de la crisis económica y financiera desde la perspectiva de género: impacto sobre la pobreza y el trabajo de las mujeres”, Conferencia análisis de la crisis económica y financiera desde la perspectiva de género: entendiendo su impacto sobre la pobreza y el trabajo de las mujeres (México: CEPAL).
- Castro, Raúl 2009 “Discurso pronunciado en la clausura del Cuarto Período ordinario de sesiones de la Asamblea Nacional del Poder Popular”, La Habana, 20 de diciembre.
- Castro, Raúl 2010 “Discurso pronunciado en el Quinto Período ordinario de sesiones de la VII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular”, La Habana, 2 de agosto.
- Espina, Mayra 2010 *Desarrollo, desigualdad y políticas sociales. Acercamiento desde una perspectiva compleja* (La Habana: Acuario/Centro Félix Varela).
- Fariñas, Gilda 2011 “Garantía de seguridad” en *Revista Mujeres* (La Habana: Editorial de la Mujer), N° 3.

- Martínez, Osvaldo 2009 “Crisis económica global: ¿hasta cuándo? ¿hasta dónde?” en *El Economista de Cuba* (La Habana: Asociación nacional de economistas y contadores de Cuba) en <<http://www.eleconomista.cubaweb.cu/2009/nro358/crisis-global.html>> acceso 8 de marzo de 2011.
- Más, Sara 2010 “Abriendo caminos por cuenta propia” en *Revista Mujeres* (La Habana: Editorial de la Mujer), N° 3.
- Oficina Nacional de Estadísticas 2010 *Mujeres cubanas. Estadísticas y realidades 1958-2008* (La Habana: One).
- Valcárcel, Amelia 1997 *La política de las mujeres* (Madrid: Cátedra Vasallo, Norma 1998 “Reestructuración económica y cambio social, su impacto en la mujer cubana” en *Las mujeres del Caribe en el umbral del 2000* (Madrid: Dirección General de la Mujer, Comunidad de Madrid).
- Vasallo, Norma 2005 “Género e identidades en tránsito. Cubanas en diferentes contextos sociales” en *Revista Informes Psicológicos* (Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana).
- Zabala, María del Carmen 2010 *Familia y Pobreza en Cuba. Estudio de casos* (La Habana: Acuario).

Pedro Pablo Rodríguez

RAZA Y COLOR: EL DILEMA CUBANO*¹

LOS LLAMADOS ESTUDIOS DE RAZA han florecido durante los últimos años, y hoy se dispone de una amplia bibliografía sobre el asunto, especialmente en Estados Unidos. Aunque crecientemente se han ido extendiendo al examen de otros grupos étnicos y culturales, buena parte de esos textos en el país vecino se ha preocupado por los negros, no solo por constituir estos el sector que sufrió el drama terrible de la esclavitud, junto a las desigualdades y los prejuicios racistas, sino —sobre todo— por el impacto que causó en las ciencias sociales el auge de la lucha de los negros de Estados Unidos por sus derechos civiles y la igualdad social desde fines de los años cincuenta y, en particular,

* Pedro Pablo Rodríguez 2014 “Raza y color: el dilema cubano”, tomado de *América sin nombre*, N° 19, Alicante, pp. 113-120.

1 Historiador y periodista cubano. Investigador titular del Centro de Estudios Martianos. Director de la edición crítica de las *Obras Completas de José Martí*. Profesor de la Universidad de La Habana. Académico de Mérito de la Academia de Ciencias de Cuba. Premio Nacional de Historia (2010). Premio Nacional de Ciencias Sociales. (2009). Premio Félix Varela de la Sociedad Económica de Amigos del País (2009). Publicaciones selectas: *Nación e independencia económica* (2012). *Pensar, prever, servir: el ideario de José Martí* (2012). *Ensayos de mi mundo* (2012). *De las dos Américas: aproximaciones al pensamiento Martiano* (2002). *Uno en alma e intento: identidad y unidad latinoamericana en José Martí* (1995). *La Primera Invasión* (1987).

durante los años sesenta y setenta. Así, en este como en otros casos, las ciencias sociales han intentado atrapar las razones de determinados problemas sociales en plena maduración o explosión para de ese modo contribuir a su solución o encauzamiento por determinadas vías.

Particularmente en los estudios literarios, la antropología, la sociología, más recientemente los llamados estudios culturales, y con cierta evidencia ya en la historiografía, la trilogía clase, raza y género se ha adueñado de buena parte del discurso imperante, hasta el extremo de que a veces parece algo fuera de moda no moverse en un análisis desde esa triple perspectiva.

No es esta la ocasión para un debate teórico sobre el asunto. Simplemente lo que quiero es constatar, por un lado, la pertinencia para las disciplinas sociales de esta trilogía y, por otro, la pertinencia también desde la óptica particular de la sociedad cubana, desde cuyos orígenes al inicio del proceso colonizador estuvo presente el negro.

A continuación ofrezco algunas ideas y ejemplos para abrir al entendimiento de que el negro en Cuba no puede ser asumido por las ciencias sociales solamente desde la perspectiva de raza que he referido antes, sino que el asunto es más abarcador y posee notables singularidades en la Isla, al punto que es uno de los elementos básicos, definitorios, inexcusables a la hora de examinar la sociedad cubana, tanto histórica como cultural y sociológicamente, tanto en el pasado como en el presente y seguramente en el futuro. Por eso es imprescindible también ubicar tal examen en la perspectiva nacional, dada la importancia enorme que la formación de la nación ha tenido en la definición de la sociedad cubana, sobre todo durante los siglos XIX y XX.

Si partimos del criterio de que la cultura y la nación cubanas contemporáneas son realidades socio-históricas esencialmente mestizadas, queda claro que entender lo negro (más que al negro) es parte inexcusable para discernir hasta nuestras raíces, nuestra fisonomía cultural y hasta nuestro destino. Pero ahí justamente está el primer asunto en el que hay que detenerse si se aspira al rigor del conocimiento y no a la publicidad turística o al análisis simplista que explica el mestizaje como una mera suma porcentual de elementos étnicos y culturales. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de lo negro y del negro? A primera vista parece muy claro, pero cuando se considera la historia insular se comprende que ciertas precisiones son hartamente necesarias.

Recordemos que a la Isla llegaron los negros curros de Sevilla y otros lugares al comienzo de la dominación española, y que muchos de sus modos de vida —por cierto, tan similares en muchos casos a los de los curros blancos— se fueron haciendo característicos de algunos barrios habaneros, al extremo de que me atrevería a afirmar que están hoy en la base de ciertas formas de sociabilidad del cubano urbano del occidente de Cuba.

Por otra parte, consideremos también que desde fines del siglo XVI hubo una progresiva entrada de esclavos de África, muy importantes ya entonces y en las dos centurias siguientes en las construcciones militares y en la vida rural. Quién sabe quizás si hasta los primeros africanos ya venían en las carabelas de Colón. Pero lo cierto es que durante unos trescientos años —cifra nada despreciable— mediante un lento crecimiento vegetativo, sin entrada en cantidades sustanciales ni sistematizado por proyecto colonizador o de poblamiento alguno, la colonia insular —francamente escasa de mujeres españolas— vivió un mestizaje sexual, étnico y cultural sistemático que lleva a estimar, inclusive, que buena parte de las oligarquías rurales que se fueron formando regionalmente no eran de blancos puros —como lo exigirían posteriormente las obligadas muestras de pureza racial— sino de mestizos entre blancos, indios y negros.

Lo primero entonces que se ha de reconocer es que el negro fue componente del proceso formador del pueblo cubano desde sus mismos comienzos, y que su presencia está desde las bases históricas de la conformación de una sociedad mestiza en términos culturales, cuyos componentes derivados de los pueblos originarios tienden, por cierto, a olvidársenos sistemáticamente. Este escurrimiento respecto a los primeros pobladores de Cuba se asienta en el criterio de que ellos fueron prontamente exterminados por los crímenes, los trabajos forzados y las enfermedades traídas por los conquistadores. ¿A dónde, pues, han ido a parar los pueblos de indios de Guanabacoa y de El Cobre, de larga y significativa historia en la vida colonial? Probablemente se trata de una verdadera patología psicosocial basada en la intención de desconocer el fortísimo mestizaje de la población insular durante los dos primeros siglos coloniales. Debe estudiarse más el tema, sin pasar por alto que el bohío, el tabaco, la yuca, la hamaca, la jutía —por solo citar algunos casos— son componentes de nuestro lenguaje, de nuestra identidad y de nuestra cultura.

Pensar que la colonia arrancó como una sociedad blanca de matriz hispana es un curioso falseamiento de fuerte arraigo en la memoria cubana. Claro que ello se explica en buena medida por la pertenencia insular al imperio español, pero es muy probable que también responda a la infección veloz y totalizadora de la esclavitud generalizada desde mediados del siglo XVIII, que nos hace asociar al esclavo africano especialmente con el cañaveral y el ingenio. Hay que acabar de entender lo que llegaría a ser considerado cubano como un complicado y contradictorio proceso histórico-social de múltiples mestizajes, del cual participó siempre el negro. Está claro que la entrada masiva de millones de esclavos africanos durante más de cien años —inmigración forzada que superó con creces a la que venía de

la metrópoli— impuso ciertos sellos que han caracterizado al país incluso hasta nuestros días, especialmente en las expresiones del racismo y las discriminaciones por el fenotipo, señaladamente por lo más visible: el color de la piel.

En el *Espejo de paciencia*, Salvador Golomón pudo ser el héroe porque ello era permisible en su tiempo histórico y porque el autor del texto no era un noble de Castilla sino un canario. En la sociedad bayamesa, por entonces de las más dinámicas, con una oligarquía local que se insertaba en el mercado mundial exportando cueros y alimentos mediante el contrabando, el negro esclavo podía ser ensalzado al dar muerte al pirata francés. Golomón era el defensor de aquella cultura que se mestizaba, frente al extranjero que había roto el pacto con la oligarquía de la tierra al cambiar su condición de mercader contrabandista por el de secuestrador de la autoridad católica, por la que pedía un valioso rescate. Golomón, a pesar de ser negro y esclavo, aunque fuera llamado etíope —por cierto, uno de los pocos estados africanos reconocido con esa condición por los europeos— podía ser apreciado, sin embargo, como español y católico frente al francés protestante. De algún modo aquel era también un hombre de la tierra, un criollo en ciernes, cuya condición de esclavo le deprimía socialmente, pero no le hacía un paria impedido de actuar en la sociedad de los libres. En aquella sociedad en que la esclavitud gozaba de cierto patriarcalismo, el negro, aun en el caso de que no fuera libre, podía llegar a insertarse en ella y ser hasta aclamado como héroe.

Cuánta distancia de Golomón respecto a Cecilia Valdés, que parecía blanca pero era mulata, y para quien la sociedad blanca que ya se autocalificaba de cubana solo le permitía moverse en los márgenes. Cecilia es una heroína literaria y todo un mito de las letras cubanas, mas no es la heroína de su tiempo, que la empujaba al fracaso en sus aspiraciones de ascenso social por más que intentase ocultar y negar su ascendencia negra. Su tez tan clara no la salva de su condición de hija ilegítima de abuela negra y de madre mulata y pobre, y por eso le fue imposible cumplir su enfermiza aspiración de ascenso social hacia el mundo de los blancos libres, mucho menos al más cerrado de los poderosos propietarios.

Personalidades históricas como José Antonio Aponte y Plácido pagaron con sus vidas sus pretensiones de ser héroes de su tiempo, tanto en el campo de la política como en el intelectual. Ambos eran peligrosos: uno por conspirar contra el dominio colonial y por abolicionista; el otro, por demostrar que las personas de color podían ser talentosas. Ambos, más allá de sí mismos, eran un vivo mentís rotundo de la inferioridad cultural y mental del negro, puntal ideológico justificativo hasta en términos éticos de la servidumbre.

Se trata de que ya entrado el siglo XIX la esclavitud generalizada —no se olvide que no era extraño que un esclavo comprase esclavos y que en el cañaveral el contramayoral casi siempre fue un esclavo— pervertía las conciencias y las prácticas sociales hasta límites insospechados con anterioridad por la colonia. Mientras esta fuera una fabulosa fábrica de riquezas para plantadores y comerciantes negreros y prestamistas, sostenida a mediados de aquella centuria por las labores de cuatrocientos mil o más esclavos, y a la que se subordinaban todas las clases y estamentos del país, sería casi imposible el reconocimiento de un héroe negro.

La esclavitud fue, sin duda, un verdadero trauma para la sociedad colonial cuyas consecuencias aún se hacen sentir en diversos aspectos de la vida cubana. Lo más escandaloso de aquella infamante institución fue que convirtió a millones de personas en meras propiedades de otros seres humanos, quienes podían disponer de aquellos a plenitud. Fue, pues, una negación de la más elemental condición humana para quienes la sufrieron en carne propia, les degradó tal condición a los extremos más horribles e introdujo en los esclavos una marcada tendencia inferiorizante, que todavía hoy se hace sentir entre algunas personas y en los prejuicios sociales.

La esclavitud, como en el resto de América, fue aportada por el sistema colonial desde sus inicios. La sociedad insular fue incluida en los procesos mundiales de la modernidad capitalista con semejante institución en su seno, la cual fue alcanzando una significación cada vez más decisiva en su devenir. La esclavitud moderna, a diferencia de épocas históricas anteriores, se caracteriza por el color de la piel del esclavo. Aunque esta forma de explotación del trabajo se extendió por todo el mundo, su contingente mayor en términos numéricos provino del África subsahariana y se dirigió esencialmente hacia nuestro continente. Por eso desde el siglo XVI la esclavitud se asocia con el negro. Mas fue la sociedad plantacionista la que, sin duda, fijó las rígidas fronteras de todo tipo entre negros y blancos, al generalizar esa servidumbre en las raíces del sistema productivo y en todos los ámbitos de la vida cotidiana, obligada por el hecho de que era el África negra subsahariana la fuente que la abastecía de esclavos.

Pero aún en el país de 1790 a 1868, como no fue una plantación en sentido absoluto, se hace difícil hablar de los negros en una sola acepción. En primer término, lo único que homogenizaba a un nigeriano, proveniente de una cultura agrícola desarrollada, organizada en Estado y con refinadas expresiones artísticas, con un nómada de lo que los europeos llamaron Congo y Angola, era justamente el color de su piel y su triste condición de esclavo. Es hora ya de dejar de hablar de negros y hasta de africanos esclavos, para hacerlo de nigerianos,

dahomeyanos o congos, o —mejor— de yorubas, bantúes, etc. Desde el mismo principio de la esclavitud en Cuba, fueron etnias, pueblos, culturas muy diferentes las que llegaron de África, con aportaciones nunca similares al proceso de mestizaje que iba formando lo cubano, como tampoco puede pasarse por alto que a menudo había oposiciones y enfrentamientos entre esos pueblos en su tierra natal, los que, desde luego, fueron trasladados a la Isla.

Por otro lado, el sistema esclavista generó y se sostuvo, entre otros factores, sobre diferenciaciones altamente significativas entre los esclavos. ¿Acaso fueron lo mismo para nuestra historia y nuestra cultura los esclavos traídos de África a la fuerza y esclavos de los cafetales o los de la casa en la ciudad, quienes en su mayoría aprendían la lengua del amo, hasta se hacían de un oficio y en no pocos casos se compraba su libertad? ¿Fueron similares los aportes a aquella sociedad con rasgos de identidad propia del esclavo del ingenio, entremezclado con los de otras etnias y pueblos, separado física y espiritualmente de la sociedad insular y condenado a una desaparición física relativamente rápida, que el esclavo urbano o de servicio, en sistemático contacto con los demás estratos y clases libres de la sociedad, con muchísima mayor facilidad para crear una familia y tener hijos, que ya eran considerados esclavos criollos? ¿Eran considerados como iguales, aunque fueran todos jurídicamente esclavos, los nacidos en Cuba con los venidos de África? ¿No era el criollo más admitido por la sociedad hegemónica blanca y no se le concedían mayores facilidades para insertarse a ella, incluso para alcanzar la libertad, aunque fuera en una posición subordinada, dado el color negro de su piel? ¿Pueden considerarse semejantes las condiciones de los negros y las de los mulatos? ¿No eran estos diferentes, en tanto y cuanto podían presumir, y así lo hacían con harta frecuencia, de portar algunos rasgos heredados de su parte blanca? ¿Ese carácter de mayor o menor blanqueamiento y su propia condición de criollo no elevaba al mulato en algún sentido sobre el negro, particularmente sobre el africano? ¿La propia legislación colonial no prestigiaba y establecía como un ascenso el blanqueamiento, es decir, la manera en que se iban efectuando los cruces —como si se tratara de razas de animales, con los que solían ser comparados hasta por las ciencias de entonces— hasta llegar a ser blanco, el ideal que se promovía y al que se aspiraba por muchos de los de color, como se decía entonces, para incluir a negros y mulatos?

Hay que aprender a ver y a entender esas diferencias y contradicciones si se quiere entender al negro en Cuba y a la propia Isla. No fue un proceso en un solo sentido, aunque a veces los esquemas y los estereotipos induzcan a entenderlo de esa manera; aunque se comprenda que, sin embargo, todas esas diferenciaciones se unían en

la apreciación dominante de la inferioridad social y hasta mental de la gente de color, justamente por eso que los juntaba por encima de sus diferencias: por su color de piel y por otros de sus rasgos físicos.

El análisis contemporáneo no puede desentenderse de que las diferenciaciones fueron elementos creados por el propio sistema de la esclavitud, y que si se incorporan al estudio se enriquece la comprensión en muchos más matices, a pesar de que estos fueran manipulados por lo sectores sociales hegemónicos para sostener su dominio y dividir entre sí a la gente de color, aunque no siempre hayan sido previstos desde el comienzo de ese espantoso sistema expoliador.

Hay un elemento aún más importante: no puede dejar de considerarse que inclusive en las décadas terribles del auge brutal de la esclavitud, cuando Cuba se africanizaba, al decir de pensadores y políticos de aquellos tiempos, hubo siempre una numerosa población libre negra y mulata, que no decrecía, sino todo lo contrario, aunque no aumentaba al ritmo con que la trata cubría la voracidad del trópico.

Fue esa población libre de color la que mantuvo sus milicias de pardos y morenos, que tan gloriosamente combatieron en el territorio continental cuando la Corona española apoyó a los patriotas de las Trece Colonias; que fue ella la que hegemonizó las más disímiles profesiones y oficios en el Occidente esclavista porque muchos criollos blancos pobres encontraban inferiorizantes los trabajos manuales; que fue ella el sector numéricamente significativo entre el campesinado de la región oriental donde se formó una especie de pequeña burguesía agraria propietaria de cantidades apreciables de fincas y de tierras, la cual recibió, además, el aporte nada desdeñable de hombres libres de color venidos desde el Saint Domingue francés, el Santo Domingo español, la Luisiana y la Tierra Firme colombiana y venezolana según se iban liberando de la dominación colonial esos territorios.

Se va haciendo ya necesidad imperiosa asumir el estudio de la cultura popular cubana en aquella época desde la comprensión de cuánto entregó aquel sector a ese mestizaje que la caracteriza en todos los órdenes, e inclusive habría que estudiar cómo algunos aspectos de la llamada “alta cultura” fueron influidos por tal sector de la población libre, dado que no fue raro que el ejercicio del magisterio estuviera frecuentemente en sus manos.

Bastan estas interrogantes y sugerencias para hacernos pensar que en la historia cubana, y particularmente durante la fase plantacionista, la “raza” fue creación y pretexto para cohonestar la esclavitud, pero que por detrás y por encima de ese agrupamiento, bajo el denominador común de negros, o de gente de color, o de pardos y morenos, hay que considerar diversas etnias y culturas africanas, diversa condición entre el esclavo de la plantación y el urbano, y el doméstico y el

de servicios; la distinción jurídica y social entre siervos y libres, y entre estos últimos, la diversidad entre trabajadores, artesanos, pequeños propietarios, comerciantes y campesinos, y entre la población de color libre en las dos grandes regiones al menos, Oriente y Occidente, más la creciente existencia de la variada gama de los mulatos, criollos y cubanos, muy a menudo libres. ¿Cabe, pues, en sentido histórico-cultural estricto, manejar un término tan englobador como el de negro?

Para continuar con las preguntas y pasando ahora al otro lado: ¿es posible concebir la formación y desarrollo de la identidad y la cultura cubana al margen de los negros, de esa gente “de color”? Aún nos queda demasiado por conocer de ese proceso en su formación en la base de la pirámide social, y de sus interrelaciones con el resto de ella. Ese entramado complejo, difuso, contradictorio, que no pudo seguir un camino recto y único, porque hasta 1868 en líneas generales no se realizó a conciencia ni a voluntad siquiera de la clase dominante blanca ni de sus ideólogos y políticos. Es hora de que aprendamos a leer, a entender, a conocer más de la historia, las ideas y el imaginario de la gente sin historia, como escribió Juan Pérez de la Riva.

Hay que ir más allá de la descripción de los alzamientos de esclavos como meras explosiones ante la crueldad esclavista. Claro que tales horrores fueron con toda seguridad la chispa que encendió la mayoría de tales estallidos; pero, ¿acaso no eran también expresión de una rebeldía fermentada y fermentadora para todos los oprimidos por la degradante esclavitud y sus consecuencias? ¿Y cómo valorar, por otra parte, las relaciones de intercambio comercial, de servicios, así como de protección mutua que se prestaron entre sí frecuentemente los palenques y los campesinos de las cercanías más allá del color de su piel? ¿Puede hablarse de identidad cubana en rigor, sin considerar la conspiración abolicionista e independentista del moreno libre Nicolás Morales, en Bayamo, a finales del siglo XVIII, o la de José Antonio Aponte, en La Habana, jefe de una potencia abakuá, a cuya ejecutoria libertadora se unieron blancos, algunos hasta jóvenes idealistas de la clase alta?

La esclavitud, ya se sabe, impidió que la sacarocracia y su intelectualidad fueran independentistas. La sociedad esclavista convirtió a sus críticos, cuanto menos, en locos, y cuanto más, en enemigos. José Antonio Saco, blanco, culto, brillante, siempre reformista y nunca independentista fue expulsado de su patria por atacar la trata esclavista: era peligroso para el grupo que detentaba el poder real. A este le importaba poco que “el ilustre bayamés” pensara la identidad cubana como algo exclusivo de los blancos y que compartiera su propia postura racista cuando quería alejar a los negros y blanquear el país: la trata era parte inseparable de la esclavitud por ser su fuente esencial.

El capitán general, Miguel Tacón, ejecutor de la medida contra Saco, diría años después que su decisión había sido impulsada por aquella camarilla. Las ideas de este intelectual eran un riesgo para la institución esclavista y el profundo sistema de divisiones dominadoras que ella establecía para su sostén, aceptación y reproducción.

Por consiguiente, y con más razón, el negro, y el mulato por extensión, se convierten en un peligro durante la época de la hegemonía plantadora, esclavista: el libre, porque era un modelo para el esclavo, porque se consideraba cubano y hacía patente sus capacidades humanas; el cimarrón, por rebelde; el esclavo doméstico, por su convivencia con los amos; el esclavo del ingenio, porque sin él no había sistema productivo ni ganancias. Por tanto, el miedo al negro, como se dijo desde entonces, paralizó la aspiración a la independencia e impidió el éxito de los reformistas y, mucho peor, tendió a levantar una barrera racial, en la que el negro quedaba del lado negativo: la hegemonía lo calificaba de vago, cruel, bárbaro, primitivo, salvaje, idólatra, animista, lascivo, bruto, atrevido, irrespetuoso, grosero, apestoso, maleducado, etc. Y siempre se le atribuía estar dispuesto a destruir a la Cuba blanca: a violar a sus mujeres, a incendiar las propiedades, a erradicar la cultura letrada.

La esclavitud englobó como negros al esclavo urbano y también al doméstico, no importa donde nació, cuál lengua hablaba, cuál religión practicaba, qué costumbres tenía. La esclavitud minimizó al mestizo, al mulato, y cuando era obvio que su piel no era negra creó el eufemismo de gente de color para separarlo del blanco y a la vez para atraparlo en el deseo de serlo. La esclavitud disminuyó social y culturalmente al libre de color, por ser de color, le quiso arrebatar su orgullo de criollo y cubano por varias generaciones, lo convirtió en persona peligrosa y le quitó muchos de sus derechos civiles. La esclavitud, aún más, introdujo al culí chino en condiciones de vida similares a las del negro y lo sometió a los mismos esquemas racistas y discriminatorios. Todo eso creó la falsedad del negro como unidad social para así justificar el racismo y la discriminación luego de terminada la esclavitud, y mantener esas patologías sociales que aún se advierten entre nosotros. Hablar del negro como categoría social, insisto, solo es explicable por las perspectivas y las lógicas racistas. La cultura cubana en todos los planos, no únicamente en lo artístico y literario, es mestiza —por cierto, como casi todas las culturas— luego la identidad nacional también lo es. En rigor, la psicología social cubana es tan blanca como negra, o, si se quiere, tan española como africana, en el entendido de que hace mucho tiempo que no es estrictamente española ni africana, sino justamente cubana porque ya no se manifiesta por los moldes que caracterizan a aquellas, si es que pudiera hablarse así.

Entonces, no queda más remedio que hacerse una batería de preguntas que ponen en solfa muchos mitos acerca de la identidad cubana.

¿Cuán españoles somos si los conquistadores e inmigrantes no se consideraban españoles? ¿Cuán españoles somos si buena parte de los inmigrantes eran canarios, incorporados a la Corona mediante conquista en fecha cercana a la llegada de Colón a América? ¿Cómo asimilar bajo el término de negros a culturas tan diferentes como las de la actual Nigeria, las de los numerosos países del África occidental, o de las regiones llamadas Congo en la época de la trata? Bajo el concepto de negros llegaron personas esclavas portadoras de diversas lenguas, religiones y costumbres; de culturas nómadas recolectoras, rurales agrícolas y urbanas mercantiles y artesanales; de sociedades con organizaciones primarias o de Estados fuertes y extensos territorialmente. Todos sufrieron por igual la deculturación consciente del explotador sistema esclavista. Así, pues, desde nuestras raíces múltiples tras la conquista, ¿cuán hispanocubanos o afrocubanos somos?

Se explica, por tanto, por qué considero que la manifestación plena de la identidad nacional —para la que, sin dudas, la plantación esclavista fue una retranca en todos sentidos— exigía, en las condiciones continentales y mundiales de entonces, el cese del colonialismo y el paso al Estado-nación junto con el fin de la esclavitud: en Cuba se fue extendiendo la conciencia, entre quienes se consideraban patriotas, que la abolición era un acto de dignidad humana, por encima inclusive de la significación económica de la esclavitud.

Pero ese proceso cultural y de identidad hacia la nación fue multirracial, o, mejor, tan mestizado en la cabeza, los sentimientos y la voluntad de quienes se iban considerando cubanos como el que iba ocurriendo en la piel de muchos. Por eso la Revolución de 1968 dio paso incontenible a la nacionalidad para todos, a pesar de que en más de una ocasión y de que en más de una de sus personalidades quisiesen limitar en algún sentido la presencia o la relevancia de la gente de color.

Bastante se ha estudiado lo que muchos historiadores han llamado la radicalización de aquella revolución, justamente a partir de sus posturas ante la esclavitud. Sabemos cómo las dirigencias revolucionarias de Camagüey primero, y de la República en Armas luego, dictaminaron la abolición, y cómo la Constitución de Guáimaro declaró iguales a todos los cubanos. Quizás se requiera profundizar más en el conjunto histórico que fue impulsando los debates en torno al asunto y a las decisiones tomadas. Hay que examinar más a fondo los liderazgos regionales civiles y militares de los patriotas, en un país que aprendía a ser nación con aquella guerra de liberación. Tras los liderazgos regionales sabemos bien que había intereses, a veces en pugna.

Hay que estudiar más al liderazgo militar, no solo porque fue decisivo en aquellas condiciones bélicas y en más de uno de los momentos capitales de la revolución, sino porque su desarrollo fue mucho más democrático que el de los órganos de gobierno. La presidencia y la Cámara siempre estuvieron en manos casi absolutas de los terratenientes y sus ideólogos; el Ejército, sin embargo, propició el ascenso de personas de las clases más humildes. Es cierto que el campesino mulato relativamente acomodado Antonio Maceo derrochó más heroicidad, talento y espíritu patriótico que muchos otros jefes blancos, pero llegó a mayor general durante la primera contienda, a pesar de todos los prejuicios raciales. Y no fue caso de excepción: numerosos hombres “de color”, muchos pertenecientes a esa especie de pequeña burguesía agraria de la que también salió Maceo, fueron oficiales y jefes, todavía de manera más notable durante la Guerra de 1895, cuando hubo negros y mulatos en los mandos del Ejército Libertador desde Oriente hasta Occidente.

Se ha de comprender mejor los procesos formadores de esos liderazgos militares —de indudable alcance político— individual y colectivamente, para atrapar mejor el cambio de conciencia que se iba produciendo, y las verdaderas ideas que movían a los patriotas. Como hay que tratar de entender el imaginario del soldado, de la tropa libertadora. Son frecuentes los testimonios, tanto del bando mambí como del colonialista, que indican que buena parte —a veces se dice que hasta la mayoría— de los soldados eran de color en ambas contiendas.

¿Qué pensaban, qué querían, por qué luchaban aquellos hombres y mujeres, muchos de ellos antiguos esclavos? Gracias a Miguel Barnet tenemos el testimonio del cimarrón Esteban Montejo, quien fue un héroe sin siquiera imaginarlo. Hay que aprender a buscar en las fuentes escritas escasamente rastreadas como en los diarios de soldados y clases que se conservan en archivos y en manos particulares. Hay que elucidar en la memoria histórica traspasada a los hijos y a los nietos. Hay que buscar su palabra allí donde no la pudieron escribir, porque muchos ni sabían hacerlo: en las documentaciones de sus jefes, en las de sus enemigos del Ejército español, en las de los periodistas y observadores que pasaron por los campamentos mambises. Hay que buscar sus impulsos y sus querencias en los documentos menos tradicionales como, por ejemplo, las imágenes fotográficas: la posición de los retratados muestra categorías sociales; la presencia numerosa de negros en los grupos de mambises, así como las ropas que aquellos visten, las armas que portan y si montan cabalgadura nos puede decir mucho de aquella realidad. Hay que revisar los archivos de los centros de veteranos que se constituyeron en casi todas las localidades cubanas.

Entonces empezaremos a acumular nuevos saberes y a explicarnos algunas maravillas que ahora nos sorprenden. ¿Cómo la tropa de José Maceo vibró de entusiasmo con la palabra de José Martí, a quien nunca antes habían visto, y lo aclamó presidente? Y también es necesaria la pregunta desde otro ángulo: ¿por qué un joven blanco de familia rica insistía en ser escogido para integrar la escolta o el Estado Mayor de Antonio Maceo durante la Guerra de Independencia, a sabiendas de que aquella posición era de las más riesgosas dada la proverbial intrepidez de aquel jefe?

Es evidente, y parece que nadie lo discute, que entre 1868 y 1898, y sobre todo después del 24 de febrero de 1895, se debilitaron los prejuicios raciales y las barreras para los cubanos negros dentro del movimiento patriótico. Hay que hurgar más aún en ese proceso, estudiar los proyectos de república, las ofertas que el movimiento patriótico hacía y los deseos de aquellos cubanos negros, entre los que aún eran apreciables los africanos, entre los que hubo esclavos que alcanzaron su libertad entonces, entre los que hubo trabajadores, artesanos y campesinos.

Y no veamos la historia de una sola parte. Recuérdese que cuando Máximo Gómez invadió la comarca de Guantánamo en 1871 los indios de Yateras y los esclavos de muchos cafetales tomaron las armas para defender las posesiones de sus amos. Y que algunos intelectuales negros argumentaron desde sus periódicos durante los años ochenta del siglo XIX, que sería el colonialismo español el que garantizaría los derechos civiles del negro. Todo parece indicar que fueron grupos minoritarios, pero ello nos muestra, como siempre en la historia, que es mejor hablar de tendencia y no de absolutos y que la dominación abarca también la mente, las representaciones, las aspiraciones y los deseos y sentimientos de los dominados, muchos de los cuales pueden llegar hasta a defender el sistema que los domina.

Ello ocurre no por espontaneidad, sino por la propia dominación. Al esclavo, al negro, a la persona de color se le trata de inculcar que su situación es la que debe ser, bien por razones naturales o divinas, bien porque las ciencias (la biología, la antropología, la sociología, la psicología, la historia) explican la superioridad del blanco, ya mental, ya organizacional, ya histórica, ya civilizatoria. Más aún cuando en la Cuba de mediados del siglo XIX, ante el encarecimiento del esclavo africano, los amos cuidaron más de su salud, y en las plantaciones más de uno buscó incentivarlo con el permiso de que cultivara un conuco y se apropiara de sus cultivos, y hasta de que se casara y pudiera llegar a comprar la libertad de su hijo.

El análisis del negro y el mulato en Cuba, en cualquiera de sus diversas facetas, ha de desprejuiciarse del racismo: del explícito, del

implícito, del inconsciente. Los reclamos y debates que se han estimulado en los últimos años, como expresión de los hábitos arraigados en la psicología social y en el inconsciente; más los desequilibrios y reajustes de la sociedad cubana tras los años noventa del siglo pasado, que han provocado el aumento de las diferencias sociales y el resurgimientos del racismo y la discriminación asociada que buscan sibilinamente justificarse por esas condiciones.

El estudioso debe evitar, a mi juicio, dejarse ganar por la conmiseración ante la injustificable maldad de la esclavitud y sus secuelas y ser llevado por sus simpatías a posturas acríticas ante acontecimientos y personas. ¿Cómo explicar y juzgar desde esos términos el movimiento reivindicador, por ejemplo, ya en la república, de los Independientes de Color? ¿Basta con señalar ese inobjetable propósito de equidad social para justificar todos y cada uno de los actos de aquel movimiento y de sus principales dirigentes?

¿Se puede separar el analista de las condiciones de un país bajo la amenaza permanente de una intervención de Estados Unidos, cuyo derecho se reconocía en la propia Constitución cubana de 1902 con la Enmienda Platt? ¿Por qué no se revisan las opiniones de los patriotas dignos, muchos de ellos negros, que se opusieron a la protesta armada y que también condenaron la atroz matanza ejecutada por el ejército y ordenada por el gobierno? Al igual que el historiador actual se cuestiona y somete a juicio riguroso los actos de los fundadores de 1968, por ejemplo, sin que ello implique disminuir esa condición de fundadores, lo mismo ha de hacerse con cualquier otra personalidad histórica o hecho.

El pasado, sobre todo los largos procesos históricos, han de estar sometidos siempre al rigor analítico, precisamente por sus caracteres contradictorios, contrapuestos, disímiles, variados. Desde luego, hay un elemental imperativo ético que ha de guiar al estudioso en estos temas de raza y color: rechazo sin concesiones al racismo y la discriminación, y a sus causas históricas y sociales, como la esclavitud. Y, por ello mismo, se ha de aguzar la mirada para escapar de las trampas que nos tienden el saber cotidiano, las mentalidades establecidas, lo que resulta natural porque ha sido impuesto por las relaciones sociales de dominación, inclusive a su propia crítica. Seguramente, así se contribuirá mejor a esa construcción sistemática de la nación, la identidad y la cultura cubanas.

Juan Triana Cordoví

CUBA: ¿DE LA “ACTUALIZACIÓN” DEL MODELO ECONÓMICO AL DESARROLLO?*

EN ESTE ARTÍCULO SE EXAMINAN las transformaciones producidas en los últimos años en Cuba y conocidas como “actualización del modelo de funcionamiento económico y social”. Son muchos los interrogantes que ese proceso plantea a la sociedad cubana por su carácter *sui generis*. El trabajo intenta explicar la lógica de esas transformaciones, propone una periodización de los cambios y establece las diferencias entre la primera etapa, comenzada en 1990, y esta última, que arranca en el verano de 2007. Adelanta, además, algunas ideas sobre la relación entre desarrollo económico y construcción del socialismo en Cuba.

UN POCO DE HISTORIA: LA TRANSFORMACIÓN NO COMENZÓ EN 2007

No es la primera vez que Cuba enfrenta un proceso de transformaciones. En realidad, el proceso iniciado desde el verano de 2007 tiene su precedente en los cambios que el país se vio obligado a introducir a raíz

* Juan Triana Cordoví 2012 “Cuba. ¿De la ‘actualización’ del modelo económico al desarrollo?”, tomado de *Nueva Sociedad*, N° 242, noviembre-diciembre, Buenos Aires, pp. 82-91.

de la crisis vivida a finales de los años ochenta y principios de los noventa, luego de la caída del bloque socialista. De hecho, el actual proceso debe verse como continuación y ruptura de aquel otro, en el cual el país no tuvo otra alternativa que cambiar para sobrevivir y tratar de reinserarse en la economía mundial con las reglas de juego de esa economía.

Vista desde esa perspectiva, la actual sería la tercera etapa de la transformación. La primera etapa, iniciada en los noventa, abarca hasta entrada la primera década del siglo XXI; la segunda está asociada al inicio de la Batalla de Ideas y el reforzamiento de los vínculos económicos con Venezuela, mientras que la tercera fase —la actual— está directamente asociada al periodo de la presidencia de Raúl Castro. Se trata, en todo caso, de un proceso no lineal.

Si se atiende a la forma de regulación de la economía, la primera fase de reformas podría ser definida como un avance hacia la descentralización y el inicio de la apertura a formas económicas no estatales (asociaciones con capital extranjero, compañías comerciales extranjeras operando en la economía nacional y, fundamentalmente, el relanzamiento del trabajo por cuenta propia); el segundo momento está asociado a la vuelta a formas de manejo de la economía altamente centralizada (cuenta única, reducción de las asociaciones con capital extranjero, fuerte control sobre el sector cuentapropista), mientras que la etapa actual consiste nuevamente en un regreso a formas descentralizadas.

Desde la perspectiva del comportamiento económico, la primera de las etapas es una combinación de crisis y crecimiento, con transformaciones estructurales importantes a partir del surgimiento y la consolidación de nuevos sectores económicos y la reactivación de otros (turismo, biotecnología, níquel, telecomunicaciones y extracción de petróleo) en los cuales los cambios regulatorios propiciaron espacios de eficiencia y crecimiento y se lograron nuevos encadenamientos productivos, a partir de los sectores generadores de divisas que fueron convenientemente aprovechados por una parte de las empresas estatales. La economía recupera en parte su capacidad de crecimiento y se produce una relativa mejora del consumo individual.

La segunda etapa, también desde la perspectiva económica, fue la más dinámica en términos de tasas de crecimiento, a partir de inversiones masivas en el sector de la educación, la salud y, posteriormente, en la transformación del sector energético. Al mismo tiempo, conllevó la ruptura de algunas de las cadenas productivas creadas, la descapitalización de una parte significativa del sector industrial cubano (no solo la industria azucarera) y el rompimiento de la disciplina monetaria en torno de la relación dólar-peso cubano convertible, lo que llevó en 2008 a enfrentar una crisis de pagos con un impacto altamente negativo en el desempeño de la economía en los años posteriores. Significó tam-

bién la recomposición de las relaciones económicas internacionales con fuerte sesgo hacia dos países, Venezuela y China, lo que de una u otra forma recuerda la vulnerabilidad de la dependencia unilateral ya vivida por Cuba en años anteriores a 1990. Una característica importante de esta segunda etapa de reformas es la desvinculación de los buenos resultados macroeconómicos en términos de crecimiento respecto del mejoramiento del nivel de vida de la población, medido en capacidad adquisitiva e incremento del consumo individual.

La actual etapa de la transformación se ha caracterizado, hasta el momento, por tasas relativamente bajas de crecimiento junto con la recomposición de las cuentas externas del país.

A diferencia de la primera fase de transformaciones, cuando la desaparición de los apoyos internacionales provenientes del campo socialista no dejó otra alternativa, la actual coyuntura tiene en las restricciones internas su principal detonante. “Desatar los nudos que entorpecen el desarrollo de las fuerzas productivas” es una de las frases más repetidas en la actualidad. Surge del convencimiento de que consolidar el socialismo en Cuba solo es posible sobre la base de elevar sustancialmente la productividad y la eficiencia de la economía en su conjunto, y del convencimiento de que el Estado debe concentrarse en lo que es decisivo para conservar y consolidar el socialismo. Pero también existe la convicción de que el socialismo que Cuba conoció y se empeñó en llevar adelante hasta finales de los noventa, y que después fuera nuevamente “rescatado”, es inviable, no solo desde el punto de vista económico sino también social y político.

Otra diferencia esencial entre la etapa actual y el periodo que siguió a la caída del bloque socialista está asociada al cambio de presupuestos ideopolíticos que sustentan las reformas económicas. Mientras que entre 1990 y 1999 se aceptaron las formas no estatales como un “mal necesario” que podría ser eliminado cuando la situación mejorara (algo que pareció ocurrir en el periodo 2001-2007), hoy, desde la más alta dirección del Partido Comunista de Cuba (PCC) y desde el Estado se busca legitimar, no solo en el ámbito legal sino también en el comportamiento cotidiano, esas diferentes formas de propiedad, y en consecuencia se establece una política para su fomento¹ y un marco legal, aun imperfecto e incompleto, que le da apoyo y establece límites relativamente claros.

1 Una de las polémicas más agudas tanto en la teoría como en la ideología está asociada a las diferentes posiciones respecto de estos tipos socioeconómicos no estatales. Lo provechoso de esa polémica es su carácter abierto y franco. Lo otro que resulta interesante es que desde el Estado y desde el Partido, si bien se han reconocido las formas cooperativas como más afines al propósito de las transformaciones, se impulsa la diversificación de los actores, con un pragmatismo nunca antes visto en la conducción de la economía.

LA TERCERA ETAPA DE TRANSFORMACIONES: DE LOS PARCHES A UNA NUEVA CONCEPCIÓN DEL DESARROLLO Y EL SOCIALISMO

En esta tercera etapa de transformaciones que comienza en 2007 pueden distinguirse al menos cuatro grandes momentos: el primero de ellos abarca desde el verano de 2007 hasta la divulgación y discusión de los “Lineamientos de la Política Económica y Social”; el segundo tiene por eje el propio proceso de discusión del documento original y su aprobación por el VI Congreso del PCC; el tercero comienza con la aplicación de los Lineamientos para ir “actualizando” el modelo económico-social, y el cuarto se inicia con la declaración pública de los más altos niveles del Partido y del gobierno en que se manifiesta la convicción de que no solo se trata de sobrevivir (arreglar lo que ha estado mal y modernizar el funcionamiento del modelo), sino que se requiere una concepción integral sobre el futuro del país. Es decir, una concepción del desarrollo futuro que integre a la vez el propósito de consolidar el socialismo con el de lograr una inserción exitosa de Cuba en la economía mundial y eliminar las fallas estructurales y funcionales del proceso experimentado hasta la actualidad.

En la primera etapa se aprecia un grupo de medidas de las que buena parte está concentrada en reforzar y mejorar la institucionalidad y eliminar restricciones que entorpecían la vida cotidiana de los ciudadanos cubanos:

- Fortalecimiento de la institucionalidad, incluyendo la reorganización del Estado y el gobierno;
- Énfasis en el concepto de que el plan de la economía debe ajustarse a los recursos disponibles;
- Prioridad del crecimiento, la diversificación de exportaciones y la sustitución de importaciones, diseñando programas y medidas especiales para apoyarlos, entre los que se destacan los esquemas cerrados de financiamiento, que permiten hacer uso de las divisas de forma descentralizada;
- Revisión y reorientación de la política inversionista para darle mayor integralidad, evitar inmovilización de recursos y otras ineficiencias. En correspondencia con ello, se impulsó:

La redistribución de los créditos externos disponibles hacia los objetivos que a corto plazo tuvieran mayor efecto en la balanza de pagos;

- La reprogramación de los pagos de la deuda externa;
- Una serie de transformaciones estructurales y en el funcionamiento del sector agropecuario que incluyó la emisión del Decreto Ley 259, que establece la entrega de tierras estatales

ociosas en usufructo, con el objetivo de elevar la producción de alimentos y reducir su importación;

- Impulso de medidas adicionales para el ahorro de portadores energéticos, incluyendo las vinculadas a aspectos organizativos, tales como la reorganización del transporte de cargas;
- Inicio de un importante grupo de inversiones industriales de carácter estratégico en cuanto al desarrollo futuro del país;
- Experimentos como sustitución de comedores y transportes obreros por otras modalidades y arrendamiento de barberías, peluquerías y taxis a empleados, con el objetivo de aligerar la carga al Estado en algunos servicios².

El proceso de elaboración y discusión de los Lineamientos fue a la vez un alto en el camino de las transformaciones emprendidas desde 2007, que permitió ordenar las ideas fundamentales y resultó en un diagnóstico de lo realizado hasta 2010 y de las necesidades de transformación de la economía nacional. Los Lineamientos han sido también la hoja de ruta de las reformas por realizar y, luego de su discusión entre la población y su aprobación por el VI Congreso del PCC y la Asamblea Nacional, constituyen una plataforma que expresa un consenso social y político (los límites máximos permisibles) para esta etapa del proceso.

Pueden distinguirse tres líneas de acción fundamentales en el propósito de "actualizar el modelo de funcionamiento económico cubano":

- *Transformaciones en la estructura y en la gestión de la propiedad que conducen a disminuir la presencia del Estado en la economía.* En este marco se aprobó la entrega de tierra estatal a usufructuarios privados de forma gratuita por diez años (en estos momentos se estudia extender ese tiempo a 20 años y más). La ampliación del sector del trabajo por cuenta propia, el fomento de cooperativas en sectores no agrícolas y el posible arriendo a privados de instalaciones y locales que prestan diferentes tipos de servicios, desde cafeterías hasta barberías, constituyen parte de esos cambios. Mientras que la concesión de mayores libertades de decisión a las empresas estatales completaría ese primer propósito, este último aspecto resulta hasta ahora el más demorado de todos.

² VI Congreso del PCC: "Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución. Aprobado el 18 de abril de 2011. 'Año 53 de la Revolución'", p. 8, <www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2011/05/folleto-lineamientos-vi-cong.pdf>.

- *Reestructuración y modernización del aparato estatal.* Esto incluye la reestructuración (y supresión) de ministerios y la creación de instituciones y normas que permitan manejar la economía mediante instrumentos de regulación indirecta, con el fin de darles a las empresas estatales que permanezcan como tales mayor independencia económica.
- *Eradicación de prohibiciones que limitaban las oportunidades de la población.* Se aprobó recientemente una ley que creó un mercado privado de automóviles y otra que creó un mercado privado de viviendas, lo que, junto con transformaciones en las normas migratorias, debe contribuir a la mejora de la situación de la población y, de una u otra forma, permitirá también una cierta expansión de la economía por la vía de la inversión privada nacional.

La aplicación de los Lineamientos ha conducido a una recomposición de la estructura de la propiedad y también de la sociedad e introdujo cambios sustanciales en la magnitud y presencia del Estado, a la vez que consolida la idea de la diversidad de actores en la economía y en la sociedad. Luego de un año de aplicación de los Lineamientos, en la primera sesión de la Asamblea Nacional del Poder Popular se anunciaron nuevas medidas que dan continuidad al propósito de “modernizar” la economía cubana. Entre las nuevas medidas aprobadas pero aún no aplicadas se encuentran:

- Políticas para encaminar el reordenamiento macroeconómico en las esferas crediticia, de precios mayoristas y minoristas, así como la política fiscal, en cuyo caso se ha avanzado hasta la promulgación en el Parlamento de la nueva Ley Tributaria; también se han estudiado los principios fundamentales de la nueva política monetaria;
- Políticas para la creación experimental de cooperativas en actividades no agropecuarias; se prevé la elaboración de una Ley General de Cooperativas luego de transcurrido un plazo prudencial de estos experimentos;
- Autorización de arrendamiento en los establecimientos de servicios gastronómicos que no superen los cinco trabajadores, de modo similar a lo efectuado en su momento con otros servicios personales como barberías, peluquerías, tiendas de reparación de calzado, etc. Como rasgo fundamental, los inmuebles serán propiedad del Estado (patrimonio cedido hasta diez años) y se diferencian las funciones de posesión y gestión: estatal la

primera, cooperativa la segunda. Se estudian cambios en la ley impositiva para facilitar las labores de reparación y mantenimiento que los futuros cooperativistas tendrán que realizar.

Al mismo tiempo, se ha seleccionado un grupo de empresas estatales para la realización de experimentos dirigidos a dotarlas de suficiente autonomía y amplias facultades en su gestión económica y financiera y se ha establecido un nuevo sistema de relaciones entre las empresas y el Estado. Ello se impulsa a través de una serie de ideas básicas:

- Creación de un nuevo sistema de relaciones entre las empresas, las organizaciones superiores de dirección empresarial (OSDE) y los ministerios;
- Concepción de un sistema de planificación empresarial diferente, para el cual los directivos de este nivel tendrán mayores facultades;
- Flexibilización de los objetos sociales y la posibilidad de aprobar precios, teniendo en cuenta los referentes internacionales y los costos de producción;
- Autorización para utilizar la depreciación y una parte de las utilidades obtenidas.

Todas las operaciones de estas empresas se realizarán en pesos cubanos. Un asunto no hecho público aún es la tasa de cambio con la cual estas empresas realizarán sus operaciones de exportación e importación y los pagos a otras empresas que operan en pesos convertibles, así como para el cumplimiento de sus obligaciones financieras con la banca nacional y los suministradores nacionales y foráneos. Paralelamente, se ha elaborado un anteproyecto de Código del Trabajo con el objetivo de ajustar a las nuevas condiciones los derechos y deberes de los trabajadores, teniendo en cuenta la sostenida incorporación de fuerza laboral a las formas no estatales de gestión. Se avanza, además, en la creación de dos nuevos ministerios: el de Energía y Minas, y el de Industrias. Estos tendrán grupos empresariales que cumplirán con el precepto de que el ministerio atiende y controla pero no dirige, para dar así otro paso hacia la separación de las funciones estatales de las empresariales. Para ello se avanza en nuevas normativas, en diferentes fases de aplicación:

En marzo se aprobaron 17 nuevas medidas (que no han sido publicadas en la prensa) para eliminar restricciones en el funcionamiento y la gestión de las unidades básicas de producción cooperativa (conocidas como UBPC), las cuales se harán extensivas a las Cooperativas de Producción Agropecuaria (CPA) y de Crédito y Servicios

(CCS), de modo que todas las formas de propiedad existentes en el campo cubano actúen en igualdad de condiciones.

Se encuentra en etapa de implantación la política para la comercialización de productos agropecuarios en las provincias de La Habana, Artemisa y Mayabeque, con el objetivo de facilitar el acceso directo al mercado de las diferentes formas productivas (cooperativas, campesinos privados, etc.). Entre las medidas en preparación, se anunciaron las siguientes: a) elaboración de las bases del programa de desarrollo económico y social del país a largo plazo; b) elaboración y aprobación de la Proyección Estratégica de Implementación de los Lineamientos para el periodo 2012-2015, con su correspondiente cronograma de aplicación integral y paulatina; c) aumento de los oficios en la modalidad de trabajadores por cuenta propia, flexibilizando prohibiciones y eliminando contravenciones obsoletas (siempre que no atenten contra el orden); d) actualización del Decreto Ley 259 sobre la entrega de tierras ociosas en usufructo. Se emitirá una nueva normativa en esta materia que, entre otros asuntos, ampliará hasta 67,10 hectáreas (5 caballerías) la entrega de tierras a usufructuarios que estén vinculados a granjas estatales, UBPC o CPA; autorizará la construcción de viviendas permanentes en calidad de bienhechurías y asegurará la continuidad del derecho de usufructo a familiares o personas que trabajan la tierra. Según datos oficiales, en los dos últimos años se han entregado tierras a 150.000 nuevos agricultores usufructuarios hasta un total de 1,5 millones de ha, y de ellas más del 70% están ya en producción.

Los cambios que comenzarán a introducirse en el funcionamiento de las empresas estatales serán decisivos en la futura marcha de este proceso. No es la primera vez que se intenta en Cuba “modernizar el funcionamiento de la empresa estatal”; sin embargo, ese propósito siempre ha sido frenado no solo por falta de claridad teórica acerca del papel del Estado como representante de la propiedad de todo el pueblo, sino también por la inercia misma de reproducir hacia futuro unas formas de organización que no respondían a las necesidades reales de la economía nacional ya desde los años ochenta.

SOCIALISMO Y DESARROLLO

El otro ejercicio decisivo de esta última etapa se vincula a la relación desarrollo-socialismo. Mientras que desde la interpretación teórica predominante en Cuba el socialismo ha sido identificado como condición sin la cual es imposible el desarrollo —lo que en definitiva se tradujo en aceptar mecánicamente que construyendo el socialismo se alcanzaba en forma automática el desarrollo—, la práctica demostró ya desde finales de los años ochenta que tal interpretación no era sostenible. Hoy es posible afirmar que la experiencia cubana de los años

que van desde la década de 1960 hasta finales de los años ochenta demostró que el desarrollo supone crecer, pero no de cualquier forma, ni a cualquier tasa ni en cualquier sector. Por ejemplo, parece que fomentar el crecimiento en aquellos sectores que son los que lideran la dinámica de la economía mundial o están estrechamente relacionados con aquellas tendencias líderes facilita el esfuerzo y contribuye a alcanzar la meta del desarrollo. El desarrollo presupone también cambios en la estructura económica, pero no cualquier cambio, sino el desplazamiento hacia ramas y sectores de mayor productividad y, a la vez, el desplazamiento dentro de las mismas ramas hacia mayores niveles de productividad. Entonces, pensando en esa futura agenda para el desarrollo desde la perspectiva de la economía, habrá que incorporar con personalidad propia al menos cuatro dimensiones a ese modelo de transformación:

- El esfuerzo normativo que garantice a la transformación del país (regulación e institucionalidad) transparencia en los procesos y control social sobre ellos;
- La identificación *ex ante* de las fuentes de acumulación y la definición de políticas económicas coherentes con ellas;
- La definición de los motores del crecimiento económico;
- Los gestores del desarrollo, su lugar y papel; en otras palabras: ¿quiénes serán los agentes innovadores?; ¿Se debe seguir descansando únicamente en el Estado como agente innovador o se debe reconocer el espacio del empresario estatal y/o privado en ese proceso?

De la posibilidad de estructurar esas estrategias hacia el desarrollo³, de la capacidad de las instituciones para transformar las realidades existentes y asimilar las nuevas realidades y ponerlas a tono con los propósitos de desarrollo dependerán en mucho el éxito de esta nueva etapa que el país está viviendo y la perdurabilidad de la “actualización del modelo de funcionamiento económico”.

3 Sin duda, los Lineamientos aprobados constituyen una premisa indispensable en ese propósito, pero no agotan el tema, más bien abren la puerta a otro debate: el de la estrategia de desarrollo.

**Cuba ante
el mundo**

.cu

Raúl Roa

CUBA ANTE LA SITUACIÓN INTERNACIONAL*

LA REPRESENTACIÓN DEL GOBIERNO Revolucionario de Cuba levanta, una vez más, su voz independiente, antiimperialista y socialista en la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Durante siete años el imperio más poderoso, rapaz y agresivo de nuestro tiempo ha tratado de estrangular esa voz, sin escatimar los medios y recursos por innobles que fuesen. No faltan cómplices y encubridores del criminal empeño que, traicionando sus propios pueblos, se contraen, en suma, a repetir el disco que, según las circunstancias, graban contra Cuba el Departamento de Estado, el Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia norteamericana.

Siete años después de la alborada revolucionaria que transformó su vida y su destino, Cuba sigue allá y está aquí, sin haber retrocedido un milímetro en la vía socialista de desarrollo que libremente escogió, sin haberle fallado jamás a la causa revolucionaria de los pueblos, sin renunciar a uno solo de los principios que inspira su política exterior.

Cúmpleme saludar, a nombre de Cuba, la elección del señor Amintore Fanfani, Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, a la presiden-

* Raúl Roa 1966 "Cuba ante la situación internacional", tomado de *Escaramuzas en las vísperas y otros engendros* (Santa Clara: Editora Universitaria-Universidad Central de Las Villas), pp. 381-395.

cia de esta Asamblea General, donde contará con el apoyo de nuestra delegación para el ejercicio de las funciones que le han sido encomendadas. Es justo, asimismo, que expresemos nuestro reconocimiento a los empeños del señor Alex Quaison-Sackey,¹ Ministro de Relaciones Exteriores de Ghana, en el desempeño del cargo que dignamente ostentó. Y aprovechando también esta ocasión queremos saludar, muy especialmente, al señor Thant, Secretario General de las Naciones Unidas.

No son pocos los obstáculos que encontrarán los dirigentes de la Organización de las Naciones Unidas en el cumplimiento de sus funciones, como también fueron grandes las dificultades a que debieron enfrentarse sus antecesores. Los hechos ponen cada día más de manifiesto cuáles son los orígenes de esas dificultades y obstáculos.

Durante los últimos años, la política exterior de los gobiernos norteamericanos se ha revelado, cada vez con mayor fuerza, en ostensible contradicción con los principios y aspiraciones que dieron vida a la Organización de las Naciones Unidas. Ya hoy no son solamente las palabras o las simples interpretaciones de los hechos; es la evidencia misma la que muestra ese antagonismo de manera abierta y declarada.

Ejemplos ilustrativos de lo que estamos diciendo son la intervención militar en Santo Domingo, el bombardeo a las ciudades y pueblos de la República Democrática de Vietnam, las declaraciones del presidente de Estados Unidos y de la Cámara de Representantes de ese país postulando su derecho a intervenir unilateralmente en cualquier nación de América Latina.

Nadie puede llamarse a engaño. Ya no hay argumentos para defender la política exterior norteamericana. Los propios imperialistas la proclaman en abierta contradicción con los principios de la Carta y ponen en serias dificultades a la Organización para preservar la paz y la seguridad internacionales.

Es necesario responsabilizar a los culpables, garantizar el respeto a la libre determinación, la independencia y la soberanía de los pueblos, promover el desarrollo sin servidumbres ni interferencias de los países emergentes del atraso colonial, abolir el carácter de intercambio desigual que prima en las relaciones comerciales entre algunas naciones desarrolladas y las subdesarrolladas y sentar las bases de una coexistencia pacífica entre todos los Estados, grandes y pequeños, con diferentes sistemas sociales. Y todo esto es preciso hacerlo, al mismo tiempo que denunciar a los culpables de que las Naciones Unidas no puedan alcanzar el logro de esos objetivos.

1 Retiro lo dicho. Pocas veces simulado alguno anidó tamaña suma de bellaquería, cimismo, deslealtad y abnegación. Diríase que lo engendró Tshombe y lo parió Kasabuvu.

Abundante y variado es el repertorio de temas sometidos a la consideración de la Asamblea. No cabe siquiera detenerse sumariamente en cada uno de ellos. Su tratamiento exhaustivo corresponde, por lo demás, a las distintas Comisiones a que han sido asignados. En el debate general lo que importa, en rigor, es fijar la posición de cada Estado ante los problemas que inciden en el sesgo, el desarrollo y las perspectivas de la situación internacional, preñada de asechanzas, tensiones y conflictos. Fijaremos la de Cuba con el lenguaje nítido, firme y preciso de sus anteriores comparecencias.

El tema de la paz y la guerra domina, señeramente, esta Asamblea. Las renovadas apelaciones a la paz que hemos oído —culminantes en el mensaje del Papa Paulo VI— son signo inequívoco de la gravedad de la situación internacional.

Pero esas apelaciones no son nuevas en este recinto. Cada año sus ecos se multiplican, fundiéndose con los subsiguientes. Se explica. Los únicos interesados en azotar de nuevo a la humanidad con el terrible flagelo de la guerra son los traficantes de armamentos y los beneficiarios de la que denominó el Primer Ministro de Cuba, comandante Fidel Castro, en su histórica intervención en esta Asamblea, “filosofía del despojo”.

La paz es un anhelo que alientan los pueblos desde que tuvieron conciencia de que su papel en las guerras de conquista era de carne de cañón. En nuestra época, los enemigos de la paz siguen siendo, en esencia, los mismos de antes: los que explotan el trabajo de los pueblos, saquean sus riquezas, impiden su independencia o avasallan su soberanía para acrecentar su imperio político, sus privilegios económicos y su hegemonía sobre la cultura, la ciencia y la técnica. Son los que invaden e intervienen cínicamente en el Congo para adueñarse de sus recursos naturales, libran una guerra abyecta contra el pueblo vietnamita en la parte sur de su patria arbitrariamente dividida y agreden brutalmente a la República Democrática de Vietnam que ejerce jurisdicción plena en su parte norte, suministran armas y dinero para impedir la emancipación de los pueblos sojuzgados y oprimidos de Angola, Mozambique y la llamada Guinea portuguesa, bombardean indiscriminadamente a Laos, amenazan la independencia de Camboya, menoscaban la soberanía de Chipre, opónense a la restitución de los derechos legítimos de la República Popular China en las Naciones Unidas, organizan invasiones indirectas o directas, individuales o colectivas contra Cuba, se niegan a evacuar las bases militares impuestas a los países pequeños, maniobran para proporcionarles armas nucleares a los revanchistas germanooccidentales, desembarcan sus marinos en Santo Domingo para coartar la libre determinación del pueblo dominicano, manejan la Organización de Estados Americanos

como un Ministerio de Colonias, apoyan la política del *apartheid*, realizan cuantas actividades criminales estiman necesario para sostener el sistema sicolonial en América Latina, África y Asia y brechan la independencia de los pueblos emancipados de esos continentes con los métodos ora sutiles, ya zafios, del neocolonialismo, forma peculiar de expresión de la última etapa del imperialismo. Son los que, en síntesis, oprimen y atacan a los pueblos en desarrollo. Los enemigos jurados de la paz, en nuestra época, son pues los imperialistas.

Aunque oportunas y justas, no bastan las apelaciones a la paz. La paz no es una merced de los dioses, ni mucho menos, una gracia de los imperialistas. Mientras el imperialismo exista, el espectro de la guerra penderá, como hongo mortífero, sobre la humanidad: imperialismo y guerra son consustanciales. Si los imperialistas son los enemigos jurados de la paz, y ésta se quiere de veras, no hay otra alternativa que la acción concertada de los pueblos y gobiernos de los países socialistas, de los países no alineados y de los países amantes de la paz, para “cortarle las manos al imperialismo en cualquier parte donde estén perpetrando sus fechorías”. Es cierto que la correlación de fuerzas en el mundo ha cambiado desfavorablemente para los imperialistas y, cuando menos, y por reflejo, les obstaculiza sus rejuegos y presiones en el seno de la Organización, otrora inexorablemente sometida a los dictados de su mayoría mecánica. No es menos cierto, sin embargo, que el único que entienden los imperialistas es el lenguaje de los hechos.

Mellarle las uñas al imperialismo es la forma más efectiva de ir creando las condiciones para la consolidación de la paz en el actual periodo de transición. Disponemos de ejemplos sobremanaera elocuentes. Cada derrota que inflige el pueblo vietnamita al imperialismo yanqui y a sus cómplices es un paso efectivo hacia la paz. Cada pueblo que se emancipa de la coyunda imperialista es un paso efectivo hacia la paz. Cada base militar extranjera evacuada es un paso efectivo hacia la paz. El paso más efectivo que se ha dado en América hacia la paz fue la fulminante derrota en Playa Girón de la brigada mercenaria del imperialismo yanqui. En la misma medida en que se les sustrae terreno usurpado al imperialismo y se le debilitan sus posiciones de fuerza, se adelanta en el camino de la paz. El imperialismo sólo respeta a quien se hace respetar. El fruto de tal respeto es la paz con dignidad. La conquista de esa paz comporta desde luego serios riesgos, pero es la única paz valedera y perdurable.

Si la paz y la seguridad internacionales están hoy gravemente comprometidas, es por obra de la política de intervención del gobierno de Estados Unidos en los asuntos internos de otros países. Los focos de tensión y los conflictos originados por esa política constituyen propiamente la antesala de tensiones y conflictos de mayor enverga-

dura y alcance. La guerra escalonada que libra el imperialismo yanqui contra el heroico y abnegado pueblo de Vietnam es susceptible de desembocar en una contienda de dimensiones universales.

Esta guerra trasluce, por un lado, el carácter agresivo y sanginario del imperialismo y, por el otro, la determinación irreductible del pueblo vietnamita a resistir a los agresores hasta la última gota de sangre de sus hombres, mujeres y niños. Miles de infantes de Marina y de soldados norteamericanos hollan hoy el suelo de Vietnam del Sur en un desesperado esfuerzo del imperialismo para reducir la voluntad indomable de los patriotas. El ejército invasor ha apelado criminalmente a la gasolina gelatinada y a los gases tóxicos; remedando las hordas nazis, asesina, tortura, saquea y viola mujeres con bárbaro refocilo. Los bombardeos a las ciudades, aldeas y campos de la República Democrática de Vietnam se suceden en oleadas. No se respetan hospitales, ni escuelas, ni fábricas, ni hogares. Pero si la resistencia popular en el sur se ha centuplicado y tres cuartas partes del territorio permanecen en manos de los patriotas, la República Democrática de Vietnam, con la valiosa cooperación de los países socialistas y la solidaridad de todos los pueblos del mundo, aumenta, día a día, su poder defensivo y tiende a convertirse en un cementerio de aviones yanquis.

Desde esta tribuna, Cuba saluda al valeroso pueblo vietnamita y le renueva su solidaridad y su ayuda.

El gobierno de Estados Unidos ha violado la ley internacional, la Carta de las Naciones Unidas y los Acuerdos de Ginebra de 1954, que garantizaban la independencia, la neutralidad y la restauración de la unidad artificialmente quebrantada en Vietnam. Bien es sabido que en virtud de esos acuerdos ya hoy debiera haber un solo Estado en el territorio vietnamita. Ni geográfica, ni política, ni histórica, ni culturalmente hay dos Vietnam: hay un solo Vietnam. El gobierno de Estados Unidos con su poderío militar ha creado esta situación de hecho, que violenta los acuerdos estipulados, las normas de las Naciones Unidas y la decisión del pueblo vietnamita. Y, asimismo, pone en peligro la paz del mundo cuando bombardea a la República Democrática de Vietnam.

Todos los Estados que defienden el derecho de autodeterminación de los pueblos y el principio de soberanía nacional están en el deber moral de condenar al agresor del pueblo y de la nación vietnamitas. Y, a la par, exigir la retirada de las fuerzas armadas de Estados Unidos y sus aliados de Vietnam del Sur, reclamar la suspensión de los bombardeos aéreos a la República Democrática de Vietnam y demandar el estricto cumplimiento de los Acuerdos de Ginebra de 1954.

Cuba cumple, una vez más, este deber. Y Cuba apoya, además, los cuatro puntos formulados por la República Democrática de Vietnam y las declaraciones del 6 de abril de 1965 del Frente Nacional de Libera-

ción de Vietnam del Sur. El Gobierno Revolucionario de Cuba entiende que en el escenario de esta asamblea deben plantearse esos problemas y que la Organización de las Naciones Unidas puede contribuir al restablecimiento de la paz y la seguridad en el Sudeste de Asia, si pone todo su peso en favor de las legítimas demandas de la República Democrática de Vietnam y del Frente de Liberación de Vietnam del Sur.

Pero su acción no debe ceñirse sólo a eso. Es ya inaplazable e ineludible que la Organización adopte medidas encaminadas a impedir la intervención, de cualquier índole, de un Estado o grupo de Estados en los asuntos internos de otro, ya sea en el ámbito mundial o en el regional. La delegación cubana le prestará todo su calor y concurso a la Declaración propuesta por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas sobre la materia. Su adopción por la Asamblea se traduciría, a todas luces, en un paso efectivo hacia la paz.

Los principales focos de tensiones y conflictos en África radican en el Congo (Leopoldville), en las colonias portuguesas, en Rhodesia del Sur, Basutolandia, Swazilandia, África del Sur, Adén y Omán. Mientras perduren estos dramáticos exponentes del colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo, la paz y la seguridad estarán amenazadas.

El Congo (Leopoldville), que apenas si pudo saborear las primicias de la independencia, es hoy un país intervenido y explotado por algunas potencias europeas codiciosas de los tesoros de su subsuelo, en connivencia con el imperialismo yanqui, que es el mayor accionista de la cenagosa empresa. La destitución de Tshombe por Kasabuvu no altera un ápice la naturaleza de la situación. Es una estratagema imperialista que se venía madurando desde hace tiempo.

Millares de congoleños han sido asesinados por los mercenarios y los aventureros al servicio del imperialismo, entre los cuales figuran contrarrevolucionarios cubanos. La lucha por la reconquista de la patria y la expulsión de los invasores cobra cada día ritmo más intenso y la luz de la victoria final refulge ya en el horizonte. El recuerdo de Patricio Lumumba tremola, como un estandarte, al frente de los patriotas congoleños.

La delegación cubana les rinde homenaje y les reitera la solidaridad del Gobierno y del pueblo de Cuba.

La política del *apartheid*, impuesta por una minoría de colonos blancos en África del Sur, es una de las expresiones más abominables del colonialismo. En diversas ocasiones, las Naciones Unidas la han denunciado y condenado severamente; pero los racistas de África del Sur se han burlado hasta ahora de la Carta de las Naciones Unidas y de la repulsa de la opinión pública internacional. La delegación de Cuba, país en que la revolución socialista liquidó todo vestigio de discriminación racial, tiende su mano fraternal a los hombres y mujeres negros que padecen y luchan por sus derechos en África del Sur.

La delegación cubana apoya la oposición del pueblo de Rhodesia del Sur a todo traspaso de soberanía o usurpación del poder y comparte el repudio de los Estados africanos a toda declaración unilateral de independencia por la minoría blanca que oprime y explota a la mayoría negra del país.

La delegación cubana aboga, finalmente, por la inmediata concesión de la independencia a los pueblos y países coloniales de África, Asia y Oceanía y respalda la posición de los Estados árabes en el patético caso de Palestina.

Es necesario recalcar que los temas referentes a supuestas violaciones de los derechos humanos en el Tibet y a la reunificación imperialista de Corea son típicas expresiones de la Guerra Fría, tan deleznable moralmente como carentes de sentido.

Suelen deplorar algunas delegaciones la exigua atención que se presta en los debates de la Asamblea General a los remanentes y modalidades del colonialismo en América Latina. Pero lo más significativo es que quienes así se manifiestan suelen también olvidar que, además de colonias europeas, existen dependencias coloniales de Estados Unidos en el hemisferio occidental, y pretenden, también, pasar por alto las nuevas formas de colonialismo que el imperialismo yanqui ha establecido en este continente.

Está el caso específico de Puerto Rico, que exhibe todos los atributos de una nación cuajada, y cuyo pueblo ha expresado a toda hora su inquebrantable determinación de ser dueño de su propio destino y, sin embargo, permanece como dependencia colonial norteamericana. Puerto Rico no quiso seguir siendo colonia de España; no quiere seguir siendo colonia de Estados Unidos bajo la denominación eufemística de "Estado Libre Asociado". No es la voz de Estados Unidos y la de sus gobernantes por control remoto su voz genuina. Pero careciendo de representación propia en las Naciones Unidas, la voz de Cuba, hermanada a su historia y a sus aspiraciones, es la voz de Puerto Rico. No ha de olvidarse que José Martí, al organizar la guerra de independencia de Cuba en 1895, planteó que era no sólo para liberar a nuestro país, sino también a la isla hermana. Estamos unidos por la historia y, por eso, para la delegación cubana constituye un deber hablar aquí en nombre de ese pueblo.

Reclamamos el reconocimiento por la Asamblea del derecho y la razón que asisten al pueblo de Puerto Rico de constituir un Estado libre, independiente y soberano. Interpretando su legítima aspiración y haciéndose eco del clamor de las organizaciones independentistas de la isla irredenta, la delegación cubana solicitó, de la Comisión Especial de Descolonización, acorde con el Comunicado Final de la Segunda Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de Países No Ali-

neados, la inclusión del caso de Puerto Rico en su temario. Pedimos ahora el apoyo de sus componentes, a fin de que el heroico pueblo antillano perciba el aliento de la solidaridad de los demás pueblos del mundo y no se vea solo en su lucha por la independencia que tantos otros pueblos han obtenido en los últimos tiempos, como Gambia, Singapur e Islas Maldivas, que hoy saludamos.

En América Latina, la política imperialista está determinada por el triunfo de la Revolución Cubana y lo que ella significa para los pueblos del hemisferio. El triunfo de la Revolución Cubana, su consolidación posterior y el desarrollo del movimiento revolucionario en el continente han evidenciado cada día más que ya no basta con las medidas políticas, económicas y seudolegales para el logro de los objetivos imperialistas.

El gobierno norteamericano antes se encubría con el ropaje de la Organización de Estados Americanos y con los medios seudolegales, políticos y económicos de que disponía para ejercer su influencia y poderío sobre los pueblos oprimidos de América. En los últimos veinte años, bastaron esos medios para garantizar la hegemonía de su política en el continente. La Organización de Estados Americanos, que perdió su carácter regional al excluir a Cuba, ha entrado en crisis definitiva. Y ya todo el mundo reconoce que se trata de una mera dependencia yanqui.

Los imperialistas pretendieron enfrentarse al incremento de las fuerzas populares y revolucionarias con la llamada "Alianza para el Progreso". El Gobierno Revolucionario de Cuba anunció, desde el primer momento, su rotundo fracaso. Ya hoy ese fracaso es reconocido por los propios imperialistas. Los únicos engañados fueron sus patrocinadores y algunos gobiernos títeres.

Por otro lado, el gobierno de Estados Unidos desarrolló una política de amenazas, agresiones militares y bloqueo económico a nuestro país. Esa política, una y otra vez, ha venido fracasando. La Revolución cubana es hoy más fuerte que nunca. Sus victorias políticas, económicas y culturales y, sobre todo, la irradiación de su ejemplo se hacen sentir cada vez más en este continente.

La prueba palmaria de ese crecimiento está en que el imperialismo ha tenido que apelar a la intromisión directa, por medio de sus fuerzas armadas, en los asuntos internos de los Estados de América Latina para tratar de imponer su política.

El caso de Santo Domingo está a la vista de todos. Durante largas semanas, la situación dominicana ocupó la atención del Consejo de Seguridad y la opinión pública internacional. Actualmente, las fuerzas armadas norteamericanas permanecen en el territorio de ese país.

Como en décadas anteriores, los Estados Unidos tuvieron que llevar allí los *marines* para hacer prevalecer sus puntos de vista. Durante treinta años, pregonaron que esos tiempos no volverían y, sin embar-

go, esos tiempos son los actuales. El pueblo dominicano sabe hoy que esos tiempos sólo terminarán con la liquidación del imperialismo.

La última palabra la dirá, la está diciendo ya, el pueblo dominicano. Ha salido de la experiencia con una clara conciencia de sus derechos y de su pujanza. En su duelo con el poder imperial que profanó su suelo e ignoró su voluntad, cubriéndose de fango y sangre una vez más, el pueblo dominicano no estará solo ni indefenso. Le han acompañado y le acompañarán todos los pueblos del mundo.

El movimiento revolucionario ha ido creciendo en otros países del continente. En Venezuela, Guatemala, Colombia y Perú se desarrolla hoy la lucha guerrillera. Brasil está convulsionado por una tremenda crisis económica que agudiza las desigualdades sociales. Las condiciones para la explosión revolucionaria están creadas en ese país de América del Sur.

Frente a estos hechos, la política norteamericana —cogida en una encrucijada— no ha tenido otra salida que entrar en pugna con algunos de sus propios pronunciamientos.

La Cámara de Representantes de Estados Unidos acaba de proclamar el supuesto derecho de ese país de intervenir en cualquier nación del continente cuando haya peligro de una revolución socialista. Varios Parlamentos latinoamericanos han protestado por esta declaración, en la que se demuestra la torpeza y el cinismo con que actúan muchos dirigentes norteamericanos.

En difícil situación han colocado los gobernantes norteamericanos a algunos gobiernos de América Latina. El Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba pronunció al respecto palabras puntualizadoras, al afirmar:

“Cuando los representantes de los monopolios lanzaron esa bofetada en el rostro de todas las Repúblicas de América emitiendo la declaración de no independencia, unos cuantos, y podría decirse mejor muchos, se han sonrojado de vergüenza; muchos se han escandalizado cuando Estados Unidos declara su derecho a intervenir unilateralmente.

“Bueno es recordarle los acuerdos que tomaron contra Cuba. Bueno es recordarles la complicidad con las fechorías que contra nuestra patria tramó el imperialismo. Entonces nosotros fuimos los únicos que nos levantamos decididos a morir y dijimos que defendíamos no sólo el derecho de Cuba, sino que defendíamos la independencia de los demás pueblos de América Latina.

“Los que siembran vientos recogen tempestades, y los que sembraron intervencionismo contra Cuba, rompimiento colectivo contra Cuba, bloqueo contra Cuba, están recogiendo tempestades de intervencionismo y de amenazas contra ellos mismos. Y se asombran y se llenan de pánico, y se reún-

nen los Parlamentos, y los partidos burgueses dan el grito en el cielo. Ahí tienen los frutos de la complicidad con los imperialistas. Ahí tienen lo que es el imperialismo.

“Y así cada día que pasa los pueblos verán más nítidamente quien tiene la razón, quienes en estos años históricos defendieron la verdadera independencia, la verdadera libertad, la verdadera soberanía. Y la defendió con su sangre, la defendió frente al imperialismo y a todos sus cómplices. Los propios imperialistas los están enseñando.”

Estas palabras de nuestro Primer Ministro son aleccionadoras para aquellos que sembraron tempestades, que sembraron intervencionismo y que alentaron al imperialismo.

En estas condiciones, generadas por la decisión unilateral, provocadora y vejaminosa del gobierno de Estados Unidos, el único territorio libre de América es Cuba. Sólo en Cuba no podrá el imperialismo yanqui alegar el peligro de una revolución comunista para invadirla o avasallarla. En Cuba ya el poder revolucionario está establecido de manera definitiva e irreversible.

Hoy resuenan, con más fuerza que nunca, las palabras del Comandante Ernesto Guevara en las Naciones Unidas, cuando en su memorable comparecencia en la Asamblea General anterior, aseveró:

“Cuba, Señores Delegados, libre y soberana, sin cadenas que la aten a nadie, sin inversiones extranjeras en su territorio, sin procónsules que orienten su política, puede hablar con la frente alta en esta Asamblea y demostrar la justeza de la frase con que la bautizaran: Territorio Libre de América.”

Ninguna Delegación que se respete a sí misma, o que respete a la representación que encarna podrá dejar de reconocer que todos estos hechos confirman la tesis del Gobierno Revolucionario de Cuba y muestran, de manera indiscutible, la ilegalidad internacional con que está operando el Gobierno de Estados Unidos.

¿Qué podrán hacer las Naciones Unidas? Oponerse a esta política norteamericana, enfrentarse a ella valientemente, es la única forma en que las Naciones Unidas pueden desempeñar un papel en el mundo actual.

Otra cosa será subordinarse o cruzarse de brazos frente a los que pisotean los principios que le infundieron vida. Cuba —y sabemos que muchos países más— no se cruzará de brazos frente a los violadores de la ley internacional. La esperanza que hoy tienen los pueblos en las Naciones Unidas está puesta en la autoridad que deben ejercer los países defensores del principio de autodeterminación de los Estados. La unidad y autoridad que lleguen a desarrollar las naciones independientes y los gobiernos defensores de ese principio, será la garantía

más efectiva de que la Organización de las Naciones Unidas pueda desempeñar su papel. Esta es la única política destinada a triunfar y a hacer retroceder a los imperialistas en sus agresiones criminales.

La prueba más contundente de que el talón de Aquiles del imperialismo es la decisión irrevocable de los pueblos de encarar sus amenazas y agresiones, la aportan los siete millones de cubanos que construyen hoy una nueva sociedad a noventa millas de un enemigo implacable.

Pero si ya los imperialistas lo comprobaron en Cuba, lo están comprobando de nuevo en Vietnam, en el Congo, en Mozambique, en Angola, en la Guinea llamada portuguesa, en Omán, como también lo habían comprobado en Argelia, y lo comprobarían, sin duda, donde quiera que los pueblos se yergan contra su dominación en la América Latina, África y Asia. La lucha por la liberación nacional, que tiene ya promisorios despuntes en América Latina, es la Ilíada de los tiempos nuevos en proceso de floración. Algún día, si antes no se ha ejecutado cabalmente la Declaración sobre la concesión de independencia a los países y pueblos coloniales, la Organización de las Naciones Unidas tendrá que rendir tributo a quienes estén reivindicando, con su coraje, abnegación y decoro, la letra en parte muerta de sus principios y propósitos.

¿Qué harán los pueblos del mundo frente a las agresiones imperialistas? Lo que están haciendo ya: acciones guerrilleras, luchas obreras, campesinas y estudiantiles, incremento del movimiento popular, manifestaciones de protesta, huelgas, paros, revoluciones.

Nadie se equivoque: Asia, África y América Latina estén en ebullición. El imperialismo yanqui es impotente para detener el proceso inevitable de su liberación.

La estrategia imperialista en América Latina, África y Asia exige la solidaridad más estrecha y la unidad de acción de los pueblos de los tres continentes en el desarrollo de su lucha por la liberación nacional, dentro y fuera de las Naciones Unidas. Una fase superior de la coordinación de los métodos, formas y objetivos de esa lucha será, incuestionablemente, la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina, que inaugurará sus sesiones en la ciudad de La Habana, capital de Cuba, el 3 de enero del año venidero. La Conferencia Tricontinental constituirá, asimismo, el punto de partida de una acción conjunta más amplia, profunda y activa contra el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo, que acelerará su agonía. El incremento de la lucha revolucionaria en estos tres continentes, con el apoyo de todas las fuerzas progresistas, entrañará, sin duda, un paso decisivo en la historia de los pueblos oprimidos del mundo.

El problema de la seguridad europea sigue dependiendo de la firma de un tratado de paz con Alemania y del reconocimiento de la existencia objetiva de dos Estados alemanes independientes: la República

Democrática Alemana y la República Federal Alemana, organizados en sistemas sociales distintos y con objetivos políticos contrapuestos. Socialista y amante de la paz, aquella; capitalista y heredera del belicismo nazi, en directa alianza con el imperialismo yanqui, ésta. La política revanchista de la República Federal Alemana y su declarada voluntad de participar en la fuerza multilateral nuclear de la OTAN, no sólo pone en peligro la seguridad europea, sino también la paz mundial.

La delegación cubana propone la admisión de la República Democrática Alemana como Estado miembro de las Naciones Unidas, a la cual tiene pleno derecho.

El problema del desarme general y completo sigue estancado y el Comité de los 18 a la deriva. Como firmante del acuerdo adoptado en la Segunda Conferencia de Jefes de Estado o Gobierno de Países No Alineados, Cuba apoya la convocatoria de una Conferencia Mundial de Desarme, que incluya a todos los países y pueblos y, particularmente, a la República Popular China. Sin la participación de ésta en la discusión de los problemas relacionados con la paz y la seguridad internacionales, resulta irreal todo intento en esa dirección.

Nos parece insoslayable, por otra parte, la inmediata restitución de los derechos legítimos de la República Popular China en las Naciones Unidas y la consiguiente expulsión de los ventrilocuos del imperialismo yanqui que usurpan sus escaños.

Cuba es partidaria del desarme general y completo, de la prohibición de todas las pruebas atómicas, de la destrucción total de todas las armas nucleares y termonucleares, del establecimiento de zonas desnuclearizadas en Europa central y África y de todas las medidas capaces de disminuir la tirantez internacional, entre ellas el respeto a la integridad territorial de las naciones, la detención de las agresiones imperialistas y la abrogación de todas las bases militares extranjeras.

Cuba no ha participado, en cambio, ni puede participar, en el proyecto de desnuclearización de América Latina. Lo considera una iniciativa loable, pero incompleta. La única potencia nuclear del hemisferio es Estados Unidos. De allí que, al ser presentada esa iniciativa en el XVII periodo de sesiones de la Asamblea General, la Delegación cubana propusiera que se incluyese en el proyecto de resolución a Estados Unidos y a sus bases militares en Panamá y Puerto Rico y, además, la retirada de la Base Naval de Guantánamo de nuestro territorio. La única manera efectiva y justa de que la desnuclearización de América Latina no deje a sus pueblos inermes a merced de su tradicional agresor es la desnuclearización simultánea de la única potencia nuclear en esta parte del mundo.

En tanto el gobierno de Estados Unidos se atribuya el privilegio de conservar y emplear sus armas nucleares y termonucleares, Cuba se

reserva el derecho de plantear condiciones previas que garanticen su seguridad y de adquirir el tipo de armas que necesite para su defensa.

Si antes de la invasión armada de la República Dominicana sobrababan motivos y razones para asumir esa actitud, ¿cómo no reafirmarla después de ese acto predatorio del Gobierno de Estados Unidos y de la reciente declaración intervencionista de la Cámara de Representantes norteamericana?

Los temas sobre desarrollo económico, comercio internacional y asistencia técnica forman uno de los más nutridos acápites de la agenda. Una de las cuestiones más serias promovidas por el colonialismo es el retraso y la deformación de la economía de los países en desarrollo. El abismo entre estos países y los países desarrollados se ha ido ahondando cada vez más.

La Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, efectuada en Ginebra el pasado año, tenía entre sus objetivos centrales el de adoptar acuerdos y medidas dirigidos a salvar progresivamente ese abismo. Es obligado reconocer que las esperanzas depositadas en dicha Conferencia casi se han desvanecido. Hasta ahora sus iniciativas y resoluciones no han traspuesto la esfera gaseosa de las buenas intenciones. La reunión de la Junta de Comercio y Desarrollo, celebrada recientemente en Ginebra, resultó un fiasco completo.

Hay algo más inquietante todavía. Las relaciones de intercambio entre los países en desarrollo y los países capitalistas desarrollados son cada día más desfavorables para aquellos. Pero los pueblos en desarrollo han comprendido ya que las claves profundas de su libertad política y del mejoramiento de sus condiciones de vida dependen del ejercicio efectivo de su soberanía sobre los recursos naturales, del desarrollo independiente de su economía, de la cooperación internacional sin condiciones y de la libertad de comercio, en provecho mutuo y sin discriminaciones. Es obvia su estrecha vinculación con la lucha por la extinción de los residuos y las ataduras del colonialismo.

Esta es, delineada en sus aspectos cardinales, la posición de Cuba ante los problemas que afectan el presente y el futuro del mundo.

La edificación de la sociedad socialista en nuestro país prosigue su marcha con ritmo veloz. Cuba conmemorará, con el Año Nuevo, un nuevo año de su triunfo total y definitivo sobre los intereses, privilegios y fuerzas que subyugaban su albedrío político, deformaban su personalidad nacional y sofocaban su desarrollo económico. Los enemigos de la libre determinación, la independencia, la soberanía y el progreso del pueblo cubano no han desistido en su vano propósito de restaurar la vieja sociedad, basada en la explotación del hombre por el hombre.

El imperialismo persiste en su propósito de derrotar la Revolución cubana. Persisten la subversión, planeada desde su territorio; el

hostigamiento, la conjura, la provocación y el bloqueo económico, que el pueblo cubano ha vencido con sus propias fuerzas y la ayuda fraternal de los países socialistas. Persisten en sus arrogantes pretensiones de violar nuestro espacio aéreo y naval a su arbitrio y mantienen una base militar en contra de la libre voluntad de nuestro pueblo.

Todos estos hechos han sido reiteradamente denunciados por el Gobierno Revolucionario de Cuba y no cejaremos en nuestra exigencia de que los derechos soberanos de nuestro pueblo sean respetados. Frente a esa política imperialista, Cuba sostiene relaciones diplomáticas y amistosas con todos los gobiernos que respetan el principio de autodeterminación de los pueblos y mantiene la decisión irreversible de conservar su independencia y construir la sociedad socialista y comunista.

Cuba no agredirá a nadie; pero sépase, también, que si es agredida directa o indirectamente, individual o colectivamente, sabrá defender su integridad con todo el heroísmo y la dignidad de que es capaz.

Nuestra divisa, allá y aquí, sigue siendo la misma que resonó por primera vez en este recinto durante el memorable debate sobre la invasión imperialista cobardemente rendida en Playa Girón: ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

Carlos Rafael Rodríguez

FUNDAMENTOS ESTRATÉGICOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE CUBA *

LA POLÍTICA INTERNACIONAL del Estado cubano se fundamenta en la concepción marxista que relaciona el desarrollo histórico con la lucha de clases. Esa lucha de clases actúa, según las tesis que aceptamos, tanto a nivel local —en el seno de las sociedades nacionales— como en la esfera internacional. A partir de 1917, y en medida creciente —al ampliarse el círculo de los países socialistas— la lucha de clases a nivel mundial se expresa en la contradicción histórica esencial, que marca nuestra época, y opone al capitalismo y al socialismo como sistemas antagónicos.

Nuestra concepción marxista de la historia contiene también otra premisa: la marcha histórica de las sociedades contemporáneas, es decir, el proceso del capitalismo en su fase imperialista y la contraposición entre los sistemas capitalistas y socialistas *conduce* al mundo hacia el socialismo.

Cuando se afirma esto, se incurre con frecuencia en el error de confundir esta *conducción* con una marcha fatal, mecánica e inexorable. En realidad, no se trata de que el mundo *tiene que* desembocar de todos

* Carlos Rafael Rodríguez 1981 “Fundamentos estratégicos de la política exterior de Cuba”, tomado de *Cuba Socialista*, Revista Trimestral editada por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, N° 1, Diciembre, La Habana, pp. 10-33.

modos en el socialismo, pase lo que pase y suceda lo que suceda, como resultado de un encadenamiento sucesivo de la historia que resultaría independiente de la acción voluntaria de los hombres. Tal interpretación mecánica y lineal del progreso es ajena al marxismo. Lo que supone nuestra teoría materialista es que el capitalismo imperialista crea, de una parte, las condiciones *objetivas* que hacen *posible y necesario* el tránsito hacia el socialismo como consecuencia de la crisis general del sistema capitalista y, de otra parte, además, esa misma crisis —operando a través de la lucha de clases— crea, a su vez, las condiciones *subjetivas* para la acción de los hombres (clases y grupos sociales) dirigida a la derrota del capitalismo a escala mundial y a la instauración del socialismo como sistema predominante que lo sustituirá.

Para que esa *posibilidad* se convierta en *realidad*, debe tener lugar una acción consciente de las clases sociales revolucionarias, tanto en términos nacionales como a escala mundial.¹

Tal es el punto de partida de nuestras posiciones internacionales. El I Congreso del Partido Comunista de Cuba, en su Plataforma Programática y en su Tesis “Sobre política internacional”, dejó claramente establecido como objetivo esencial de la Revolución Cubana en este ámbito el de contribuir a la causa del socialismo. Quedó categóricamente afirmada la decisión de subordinar, en el desenvolvimiento de nuestra política exterior, “los intereses de Cuba a los intereses generales de la lucha por el socialismo y el comunismo, de la liberación nacional, la derrota del imperialismo y la eliminación del colonialismo, el neocolonialismo y toda forma de explotación y discriminación de los pueblos y los hombres”.² Ese compromiso exige una lucha simultánea por la paz, objetivo que, en las condiciones contemporáneas, es inseparable de la lucha por el socialismo y el comunismo.

La premisa fundamental estratégica de nuestra política exterior, es decir, que la historia se orienta hacia el socialismo, pero que quie-

1 Claro está que esa “acción consciente” está a su vez condicionada por factores económicos y sociales. En ese sentido, la voluntad de las clases sociales y sus integrantes al ejercer esa “acción consciente” tiene que ver muy poco con el supuesto “libre albedrío” de que se ufanan los filósofos individualistas. Como señalara Marx desde sus primeros escritos, y en especial en el prólogo a *Contribución a la crítica de la economía política*, no es la conciencia social del hombre la que determina su existencia social, sino al revés, es aquella existencia social la que determina su conciencia. De allí que los factores objetivos de la existencia social contemporánea que favorecen el trayecto al socialismo influyen, positivamente, en el impulso a la acción de las clases sociales revolucionarias para la realización de las tareas que permitirán la derrota del imperialismo y el surgimiento del socialismo a nivel mundial.

2 *Plataforma Programática del Partido Comunista de Cuba*. Editado por el Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1976, p. 103.

nes aspiran al socialismo tendrán que ayudar a que esa orientación se realice, supone pues una lucha frontal y permanente contra el imperialismo y sus diversas formas de manifestación.

Debe significarse, asimismo, que esa lucha es irreversible. La concepción marxista de la historia que sostenemos, entraña aceptar la tesis de que para pasar del capitalismo al socialismo debe producirse una *ruptura revolucionaria*. En los últimos años, los pensadores burgueses sostienen con gran entusiasmo la idea —que algunos “marxistas en retirada” se apresuran a acoger— de que lo que se producirá en el curso de la historia próxima es una especie de “convergencia” entre los dos sistemas, de modo que el capitalismo “se socialice” y el socialismo “se capitalice”.

Sería irreal, antihistórico, no admitir que numerosos elementos de la sociedad capitalista pasarán a la sociedad socialista futura. En su *Crítica del Programa de Gotha*, Marx admitió, con clarividencia, las condiciones inexorables de esa transferencia y señaló cómo, durante el período de transición, cuando ya el capitalismo habría desaparecido pero el comunismo aún no existiría en su forma definitiva, el sistema de distribución prevaleciente en esa etapa que él llamó socialista, tendría todavía un sello claramente burgués. Además, es evidente que en la medida en que la crisis del capitalismo se acentúe y crezcan el número y la fortaleza de los países socialistas, se va haciendo cada vez más posible el tránsito pacífico del capitalismo al socialismo, la transformación del uno en el otro.

Pero lo que es necesario subrayar es que la *ruptura revolucionaria* tendrá que existir, aun en los casos excepcionales en que se llegue al socialismo por la vía pacífica e incluso por la parlamentaria. Esa *ruptura* se expresa en la transformación de la propiedad burguesa individual —que cada día asume formas más “colectivas” de *trusts*, monopolios o transnacionales— en propiedad social, del pueblo, como antecedente necesario de la distribución socialista inicial y de la ulterior distribución comunista.

El hecho de que la contradicción entre el socialismo y el capitalismo sea ineluctable, no significa que tenga que dirimirse necesariamente a través de un conflicto armado. Los marxista-leninistas siempre hemos rechazado la idea de un conflicto mundial como vía hacia el socialismo. De allí que la contribución a la victoria del socialismo la consideremos los comunistas cubanos perfectamente compatible —y, aun más, podríamos decir que *necesariamente compatible*— con la coexistencia pacífica.

Es por ello que, como advertimos, la lucha por la paz —en sus muy diversas manifestaciones— sea un elemento esencial de los objetivos estratégicos de nuestra política internacional.

Pero, al mismo tiempo, no entendemos esa coexistencia pacífica como un compromiso conciliador que lleve al inmovilismo. La coexistencia pacífica entre los dos sistemas antagónicos entraña, *supone*, no solo la continuidad de la lucha ideológica, sino el mantenimiento de la lucha de clases, tanto local como mundial. La pretensión de los imperialistas norteamericanos de que se acepte su idea de una coexistencia pacífica entre ellos y la Unión Soviética como un acuerdo que conduzca a un reparto de “esferas de influencia” o como un compromiso que obligue a los pueblos que combaten por la independencia nacional y por el socialismo a mitigar y hasta paralizar su lucha, es totalmente inaceptable. Tales luchas —que tienen al imperialismo como el enemigo principal— no solo continuarán, sino que han de ser cada día más intensas.

Y aquí se inserta otra de las premisas estratégicas de la política exterior de la Revolución Cubana: el internacionalismo.

Cuba tiene el deber de ejercer, y ejercerá siempre, el internacionalismo proletario, revolucionario. Es uno de sus modos esenciales de contribuir a la victoria histórica del socialismo sobre el capitalismo. No es un mero acto de identificación y simpatía. Se trata también de un deber vinculado a toda nuestra concepción estratégica.

El “imperialismo” es, pues, nuestro enemigo histórico. Pero, ¿qué entendemos por “imperialismo”? Desde luego que nos referimos al sistema en su conjunto. No se trata de vencer solo a los imperialistas norteamericanos, dejando incólume al imperialismo en el resto del mundo. Sin embargo, una consideración estratégica adecuada nos obliga a precisar cuál es el verdadero enemigo a vencer.

Y lo primero que nos enseña el leninismo es que, aunque el imperialismo es un *sistema*, ese sistema no constituye un todo único, homogéneo, sino un conjunto no solo heterogéneo sino íntimamente contradictorio.

Desde el punto de vista teórico, el problema quedó magistralmente definido por Lenin desde los días previos a la Revolución de Octubre.

Ya en 1915, al escribir el prólogo a la obra de Bujarin *La economía mundial y el imperialismo*, Lenin refutó la idea —mantenida antes por Kautsky y que se apreciara también en el texto bujariniano— de que el proceso económico mundial conducía, a través de la concentración capitalista, al surgimiento de un “superimperialismo” o “ultraimperialismo”, en el cual se unificaría el interés de los distintos sectores del imperialismo en un todo único, uniforme y no contradictorio.

“Si llamamos ultraimperialismo —decía Lenin— a la unión internacional de los imperialismos nacionales (o con mayor exactitud, a los que actúan dentro del marco de los distintos Estados), unión que ‘podría’ eliminar los conflictos demasiado desagradables, alarmantes e inquietantes para el pequeño burgués, como por ejemplo las guerras, las conmociones políticas, etc. [...] ¿No habría posibilidad de evadimos de

los ‘incisivos’ problemas que nos plantea la época del imperialismo que advino en Europa y soñar que esa época quizá pasará pronto, y que tras ella es concebible esperar una época de ‘ultraimperialismo’, relativamente ‘pacífica’, que no exija una táctica ‘incisiva’?”³

Lenin rechazaba la posibilidad de tal “ultraimperialismo”. “En forma abstracta —decía— semejante fase es concebible. Solo que en la práctica eso significa convertirse en un oportunista, que niega las candentes tareas de la actualidad en aras de ensueños de futuras tareas no candentes.”⁴

Y añadía: “el desarrollo marcha en tales circunstancias, con tal ritmo, con tales contradicciones, conflictos y conmociones —no solo económicas, sino también políticas, nacionales, etc., etc.—, que inexorablemente, *antes* de que se llegue a un único *trust* mundial, o a la unión mundial ‘ultraimperialista’ de los capitales financieros nacionales, será inevitable que estalle el imperialismo y el capitalismo se convierta en su contrario”.⁵

Pocos años más tarde, al escribir su magistral ensayo *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Lenin volvió a este tema.

Señalaba la expresión de Kautsky: “¿No puede la política imperialista actual ser desalojada por otra nueva, ultraimperialista, que en vez de la lucha de los capitales financieros nacionales entre sí colocase la explotación común de todo el mundo por el capital financiero unido en escala internacional?”⁶ “[Esa] teoría ‘marxista’ de Kautsky —decía Lenin— no da más de sí.”⁷

Lenin se refería a fenómenos concretos: la explotación de India, de Indochina y de China por varias potencias imperialistas como Inglaterra, Francia, Japón, Estados Unidos, etc.

“Supongamos —decía Lenin— que todas las potencias imperialistas constituyen una alianza para el reparto ‘pacífico’ de dichos países asiáticos: será una alianza del ‘capital financiero unido internacionalmente’.”⁸ Se preguntaba Lenin: “es concebible [...] admitir que, presuponiendo el mantenimiento del capitalismo [...], dichas alianzas no sean efímeras, que excluyan los rozamientos, los conflictos y la lucha en todas las formas imaginables?”⁹

3 V. I. Lenin. Prólogo para el artículo de N. Bujarin “La economía mundial y el imperialismo”. *Obras completas*. Editora Política, La Habana, 1963, t. XXII, p. 112.

4 *Ibidem*, p. 113.

5 *Ibidem*, p. 114.

6 K. Kautsky: Revista *Neues Zeit*, 30 de abril de 1915, p. 144. Citado por V. I. Lenin: “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *op. cit.*, t. XXII, pp. 308-309.

7 V. I. Lenin. “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, *op. cit.*, t. XXII, p. 309.

8 *Ibidem*, p. 310.

9 *Ibidem*.

Lenin pasaba a examinar el hecho de que el fundamento para el reparto de la esfera de influencia, de los intereses, las colonias, etc., era “la *fuerza* de quienes participan en el reparto, la fuerza económica general, financiera, militar, etc.”¹⁰ y añadía que esa fuerza no se modifica de un modo idéntico, debido al desarrollo desigual del capitalismo. “Hace medio siglo —decía— Alemania era una absoluta insignificancia comparando su fuerza capitalista con la de Inglaterra de aquel entonces; lo mismo se puede decir del Japón, si se le compara con Rusia.”¹¹ Llegaba a la conclusión de que dentro de una veintena de años la correlación de fuerzas entre las potencias imperialistas cambiaría y, por ello, “las alianzas ‘interimperialistas’ o ‘ultraimperialistas’ en el mundo real capitalista [...] no pueden ser, inevitablemente, más que ‘treguas’ entre las guerras”.¹²

Se trata, evidentemente, de algo más que un simple esclarecimiento teórico. Para los comunistas soviéticos, encabezados por Lenin, constituyó un elemento esencial en la estrategia y la táctica para la defensa de su incipiente revolución. Lenin empezó a aplicarlo en los días mismos en que se debatía la conveniencia de suscribir el Pacto de Brest-Litovsk. Recordemos que la esencia política de la posición de Lenin en ese momento histórico consistió en postular que, puesto que no era posible esperar entonces la insurrección del proletariado europeo en países más avanzados, como Alemania, insurrección a la que Lenin había considerado que debería subordinarse el destino mismo de la joven revolución rusa, lo más importante era la conservación de esta como centro del futuro desarrollo revolucionario mundial.

[...] Nuestra tarea —decía Lenin—, puesto que estamos solos, radica en sostener la revolución, conservarla como baluarte del socialismo, por débil y reducido que este sea, mientras la revolución va madurando en otros países, hasta que se agreguen al nuestro otros destacamentos”.¹³

La base para esta defensa del proceso revolucionario débil y maltratado que defendían los bolcheviques, la encontraba Lenin tanto en la posible mínima resistencia armada de sus heroicos pero impreparados ejércitos como en “la prosecución de la contienda que tiene lugar entre los imperialistas”.¹⁴ A los que lo acusaban de rehuir el combate, de retroceder, y echaban mano de consignas abstractas relativas a la “dignidad” de la revolución, Lenin les replicaba “[...] el deber ineludi-

10 *Ibidem.*

11 *Ibidem.*

12 *Ibidem*, pp. 310-311.

13 V. I. Lenin. “Informe sobre las tareas inmediatas del poder soviético”, *op. cit.*, t. XXVII, p. 283.

14 *Ibidem*, p. 284.

ble de los socialistas triunfantes en un solo país (y especialmente si es un país atrasado) consiste en no aceptar el combate con los gigantes del imperialismo, en tratar de rehuir el combate, de esperar que la contienda entre los imperialistas debilite a estos *más aún*, acerque más aún la revolución en otros países”.¹⁵

La idea de que había que aprovechar las contradicciones interimperialistas está presente en todos los trabajos de Lenin en aquel período.

Al expresar la situación internacional ante el VI Congreso Extraordinario de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos, Cosacos y Soldados Rojos de Rusia, en noviembre de 1918, Lenin decía: “[...] si conseguimos mantenemos en pie durante un año después de la Revolución de Octubre, lo debemos a que el imperialismo internacional estaba dividido en dos grupos de rapaces: los anglo-franco-norteamericanos y los alemanes, empeñados entre sí en una contienda a vida o muerte, lo que les impedía ocuparse de nosotros”.¹⁶

En noviembre de 1919 —un año después—, ante el II Congreso de toda Rusia de las Organizaciones Comunistas de los Pueblos de Oriente, Lenin decía que la paz de Versalles había desatado la lucha entre los que él llamaba “tiburones imperialistas”. Y añadía: “La lucha interna entre esos tiburones se desarrolla con tanta rapidez que podemos sentirnos jubilosos, pues sabemos que la paz de Versalles es solo una victoria aparente de los exultantes imperialistas y que supone, en realidad, la bancarrota de todo el mundo imperialista [...]”.¹⁷

Señalaba Lenin que, según la prensa, “[...] en Francia se observa un odio sin precedente hacia los norteamericanos porque estos se niegan a ratificar el Tratado de Paz de Versalles. “Inglaterra y Francia han vencido, pero están empeñadas hasta la camisa con Norteamérica, la cual ha decidido que, por muy vencedores que se consideren los franceses y los ingleses, ella ha de llevarse la nata y percibir, con creces, los intereses de su ayuda durante la guerra [...]”¹⁸.

En febrero de 1920, Lenin, estudiando la situación en el Extremo Oriente, señalaba cómo “[...] entre el Japón y Norteamérica, potencias formalmente aliadas, se advierte con creciente nitidez una rivalidad, una

15 V. I. Lenin. “Acerca del infantilismo ‘izquierdista’ y del espíritu pequeñoburgués”. *Obras escogidas* (12 t.). Editorial Progreso, Moscú, 1977, t. VIII, p. 144.

16 V. I. Lenin. “Discurso sobre la situación internacional. 8 de noviembre”. VI Congreso Extraordinario de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos, Cosacos y Soldados Rojos de Rusia. *Obras completas, op. cit.*, t. XXVIII, p. 149.

17 V. I. Lenin. “Informe en el II Congreso de toda Rusia de las Organizaciones Comunistas de los Pueblos de Oriente. 22 de noviembre de 1919”. *Obras escogidas* (12 t.), *op. cit.*, t. X, p. 212.

18 *Ibidem*.

hostilidad que no les permite desplegar con todo empuje sus fuerzas contra la República Soviética”.¹⁹ Días después, hablando en el IX Congreso del Partido Comunista Bolchevique de Rusia, Lenin formulaba esta conclusión genial: “Si, en resumidas cuentas, pensamos en la causa de nuestro triunfo, en la causa de que pudiéramos y debiéramos triunfar, veremos que ello se debe únicamente a que todos nuestros enemigos [...] resultaron estar divididos; su trabazón interna, en el fondo, los dividía, los arrojaba a los unos contra los otros, y la propiedad capitalista los disgregaba, haciendo que de aliados se convirtieran en fieras salvajes”²⁰.

Sería interminable la lista de ejemplos en que la maestría estratégica y táctica de Lenin iba dirigida a utilizar las contradicciones inevitables que se producen dentro del sistema imperialista en beneficio de la supervivencia del nuevo Estado socialista.

Desde sus inicios mismos, la Revolución Cubana, bajo la conducción del compañero Fidel Castro y el grupo de revolucionarios que se reunía en torno suyo, y más tarde dirigida por un partido comunista que tiene a Fidel como guía principal, se ha basado al desarrollar su política exterior en los mismos fundamentos estratégicos esgrimidos por Lenin.

Dentro de la más estricta fidelidad de principios, sin hacer concesiones incompatibles con aquellos, la Revolución Cubana supo diferenciar siempre las posiciones respecto a ella de las diversas grandes potencias capitalistas y de los varios países capitalistas de desarrollo medio.

Los capitalistas son capitalistas, y nunca dejarán de serlo. Lo sabemos demasiado bien. Pero los intereses y las posiciones de los distintos sectores del capitalismo internacional, como lo presumía Lenin hace seis décadas, siguen no siendo idénticos. Podrían encontrarse numerosas explicaciones al hecho de que Franco —cuya posición ideológica era tan opuesta a la de Fidel Castro y la Revolución Cubana— mantuvo siempre una posición de respeto hacia esta —que no eliminaba el distanciamiento ideológico— y defendió la permanencia de la colaboración económica y los vínculos diplomáticos con Cuba, a pesar de las numerosas, intensas y desembozadas presiones del imperialismo norteamericano.

La posición similar del General De Gaulle era mucho más comprensible y se inscribía en sus contradicciones políticas y económicas con los gobernantes de Estados Unidos, que surgieron ya desde los mismos días iniciales de la lucha contra el nazismo y el fascismo.

19 V. I. Lenin. “Informe sobre la labor del CEC de toda Rusia y del Consejo de Comisarios del Pueblo presentado en la primera sesión del CEC de toda Rusia de la séptima legislatura. 2 de febrero de 1920”. *Obras escogidas* (12 t.), *op. cit.*, t. X, p. 342.

20 V. I. Lenin. “Informe del Comité Central. 29 de marzo”. IX Congreso del PC (b) de Rusia. *Obras escogidas* (12 t.), *op. cit.*, t. X, p. 441.

Partiendo de esa actitud de España y Francia, a Cuba le resultó menos insuperable convencer a otros capitalistas más recalcitrantes del Reino Unido, Alemania Federal o Italia para incorporarlos a unas relaciones que, aunque difíciles y frecuentemente interrumpidas, nos permitieron, junto a la actitud política de México y la apertura de Canadá, motivada también por contradicciones no solo económicas sino asimismo políticas, impedir que el bloqueo norteamericano contra Cuba alcanzara la generalidad que se había propuesto obtener en los marcos del sistema imperialista.

Claro está que la premisa mayor para poder lograr esa ruptura estuvo en el hecho de que la colaboración económica de la Unión Soviética y los países del área socialista quebraban en lo fundamental el aislamiento a que pretendían someternos los norteamericanos. Dotados del necesario realismo político para comprender la futilidad de la ofensiva económica yanqui, sus aliados de occidente no lo secundaron. Podría decirse lo mismo con respecto a Japón, para el cual el suministro estable y a precio adecuado del azúcar se combinaba con la posibilidad de llevar sus ventas a Cuba a niveles nunca antes sospechados por los exportadores japoneses.

Todo esto nos ha enseñado que, si bien luchamos contra el “imperialismo” en su conjunto, no debemos ni tenemos por qué enfrentar simultáneamente a todos los imperialistas ni tratar por igual a todos los gobiernos de signo capitalista.

Esa premisa de nuestro repertorio estratégico resulta de enorme importancia en las actuales condiciones internacionales.

De nuevo nuestro principal enemigo, el imperialismo de Estados Unidos, nos amenaza en todos los terrenos: militar, económico y político.

Para lograrlo, pretende convencer a sus aliados de la necesidad de brindarle apoyo moral, político y práctico en esa campaña de aniquilamiento contra Cuba. Lo dice Reagan, lo sostienen diariamente Haig y otros personeros como Bush, Meese y Allen, y se encargan de propagarlo sistemáticamente, en todos los países, viajeros oficiales del Departamento de Estado y de los equipos auxiliares que visitan Europa, Japón y América Latina o África con el cometido específico de “explicar” la actitud agresiva y amenazadora de Reagan y su gobierno contra Cuba, justificándola con las más mendaces acusaciones, cuyo análisis escapa a la órbita de este artículo.

Una actitud mecánica nos llevaría a considerar que, puesto que se mantienen en vinculación estrecha con Estados Unidos, los diez países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), los integrantes de la alianza militar que es la OTAN, los que firmaron el Tratado de Río de Janeiro, deben seguir todos los pasos de

Washington contra Cuba. Olvidaríamos al pensar así que la OCDE, la Comunidad Económica Europea y el propio Tratado del Atlántico del Norte no eliminan, ni mucho menos, las contradicciones que subsisten entre sus signatarios y, por eso mismo, se hace posible y necesario diferenciar sus actitudes, aprovechar sus diferencias. Si no lo hiciéramos, incurriríamos en un extremismo político de adolescentes.

No debemos fijarnos tan solo en las diferentes posiciones que esos países ocupan con respecto a Cuba y a la política cubana. La contradicción es mucho más amplia y más profunda.

La política de Reagan no logra conquistar a sus principales aliados occidentales —con la excepción de la señora Thatcher, que es ideológicamente afín al nuevo presidente yanqui, e incluso lo supera en ciertas manifestaciones de neoconservadurismo alienante— para su política de armamentismo y riesgosa nuclearización, de la cual es solo una parte su frenético antagonismo hacia Cuba.

Si analizamos minuciosamente los problemas fundamentales de nuestros días, encontraremos que casi ninguno de los enfoques de Reagan y su grupo encuentran coincidencia completa entre la mayoría de los países de la OTAN y de la OCDE. Así ocurre con el intento de llevar adelante la fabricación de la bomba de neutrones y emplazarla en Europa. Lo mismo con su pretensión de iniciar la instalación de 572 misiles nucleares en Europa sin discutir previamente con la Unión Soviética respecto al posible equilibrio de fuerzas en el escenario europeo. Las incitaciones de Reagan a que los países de la OTAN eleven considerablemente sus presupuestos de guerra no ha sido del todo escuchada.

Se podría suponer que lo que ocurre es una contraposición entre la sensatez europea y la insensatez de Reagan y su grupo. Esto es cierto. Pero más allá de esas circunstancias existen hechos de mayor profundidad.

Es cierto que las contradicciones interimperialistas, a partir de la terminación de la Segunda Guerra Mundial, no han alcanzado la intensidad que determinó su escisión, por la vía de dos guerras mundiales, en 1914 y en 1939. La transnacionalización es hoy mayor que entonces. Después de la Segunda Guerra Mundial se supo que durante ella las fuerzas económicas dominantes de los Estados Unidos —que tenían un papel decisivo en la conducción militar de los acontecimientos— evitaron por todos los medios lesionar con los ataques aéreos y terrestres de los aliados europeos los centros productores alemanes en los cuales existía una considerable participación yanqui. Se comprobó, asimismo, que tanto en Europa como en Japón los socios locales de los grandes *trusts* norteamericanos habían continuado reservando fielmente los beneficios que correspondían a las empresas asociadas yan-

quis como resultado de los éxitos económicos de alemanes y nipones, obtenidos las más de las veces mediante fabulosas ventas de equipos militares a sus respectivos países, armas con las cuales se mataba a los norteamericanos y a sus aliados.

Ese signo de transnacionalización ha aumentado en los últimos cuarenta años. Pero, como lo previó Lenin, ello no impide que las contradicciones continúen y se ensanchen.

Claude Julien, en su respuesta a Servan-Schreiber, y otros muchos después que él, han descrito la penetración del capitalismo norteamericano en los sectores de vanguardia de la economía europea. Eso ha originado en Europa —como también en Canadá— una resistencia económica de carácter antinorteamericano, que podemos considerar como “nacional”, por mucho que dudemos de la posibilidad del capital monopolista para expresar sentimientos e intereses de la nación.

Otro elemento de controversia es el destino de las antiguas posesiones coloniales y de los territorios neocolonizados. El estudio de las inversiones norteamericanas en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial nos demuestra hasta qué punto los Estados Unidos aprovecharon su transitoria superioridad tecnológica y la capacidad financiera que les habían propiciado las enormes ganancias obtenidas durante una guerra en que los otros se destruían mientras EE.UU. vendía y cobraba, para penetrar en los mercados asiáticos, africanos y del Oriente Medio, sin contar con el afianzamiento de su predominio en América Latina, extendiéndolo hasta las regiones del cono sur que antes eran coto fundamental de sus rivales europeos.

La victoria económica yanqui no ha sido total porque tanto los viejos sectores imperialistas de Europa como los japoneses han aprovechado sus vínculos políticos, los unos en África y el Oriente Medio o el sur asiático, y los otros en Asia oriental y suroriental, para conservar muchas de sus posiciones privilegiadas y a partir de ellas iniciar la reconquista de sus viejas plazas.

El análisis minucioso de esos choques económicos continuos no es el propósito de este artículo, que los toma por conocidos y demostrados. La contienda se manifiesta en el terreno del comercio exterior, en las finanzas y dentro del sistema monetario capitalista. Es muy sabido, por ejemplo, que los Estados Unidos echan a un lado sus invocaciones a la “libertad de comercio”, a la que acudieron al terminar la Segunda Guerra Mundial porque su predominio tecnológico les permitía exportar entonces mercancías mejores y más baratas que sus competidores, y emplean ahora formas diversas de proteccionismo —amenazando con ir más lejos en ese terreno— para evitar que sus “amigos” japoneses les inunden el mercado con su producción automotriz y electrónica.

Sin ir más lejos, el modo de manejar la crisis económica norteamericana por el presidente Reagan les ha traído un choque frontal no disimulado con Francia y la RFA, y menos público pero no menos real, con el propio Japón.²¹

La política de contención del flujo monetario y de altos intereses al dinero que practica Reagan con el apoyo de la Reserva Federal y la bendición de la “Escuela de Chicago”, origina grandes daños inmediatos a las economías de Francia y de la RFA. Mientras escribíamos este artículo se han producido decisiones en ambos países, que reflejan una defensa contra la política económica norteamericana y a la vez expresan dos modos diferentes y contrapuestos de afrontar la crisis. Nos referimos a la devaluación del 3% del franco francés y la opuesta reevaluación del marco alemán. Cuando el encuentro en la cumbre capitalista de Montreal se anunció, se esperaba que la controversia entre los europeos y Reagan sería amarga y violenta. Un cálculo poco afortunado de cómo manejar la situación determinó que el escándalo no surgiera en la reunión de Canadá, pero el fracaso de Mitterrand y de Schmidt por conducir a Reagan a posiciones económicas y políticas más razonables, les demostró lo inoperante de tratar de poner sordina a sus contradicciones al debatir en público. Las medidas monetarias que acaban de adoptar esos países y la renuencia de Schmidt a aumentar sus gastos armamentistas más allá de un límite que, aunque peligroso, es mucho más modesto que lo que Reagan reclamaba, expresan la controversia que se desarrolla en el subsuelo de las relaciones entre Europa y Estados Unidos. Lo mismo podría decirse de Japón.

En el terreno político-militar, la diferencia de situaciones —y por tanto de objetivos y de métodos para encontrar la solución— es cada vez mayor entre los Estados Unidos y sus aliados de Occidente y de Asia.

Se trata, en primer término, de evitar “Euroshima”, la inmoliación nuclear de Europa. Los dirigentes europeos ven con preocupación creciente que la “sombrija nuclear” norteamericana con que Europa se sintió protegida de las “amenazas”, que según algunos de ellos surgían o podían surgir de la Unión Soviética, se va convirtiendo en un mito, mientras que lo que emerge como realidad amenazante es el intento norteamericano de inmolar a Europa en un encuentro nuclear provocado contra la URSS, mientras Estados Unidos se mantiene fuera del incendio atómico como espectador privilegiado y beneficiario. El empeño de instalar a todo trance los misiles atómicos en territorio europeo y de fabricar la bomba de neutrones para destinarla a aquel escenario local no tiene otro propósito. Y por ello

21 La señora Thatcher, que va por el mismo sendero de Reagan, no grita, pero gritan sin embargo los laboristas británicos y los principales productores del Reino Unido.

Europa se resiste a ser la víctima de ese juego siniestro y llama a efectuar discusiones con sus vecinos soviéticos antes de dar los pasos definitivos hacia el nuevo armamento nuclear.

Lo mismo ocurre con los japoneses. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial le ha demostrado al pueblo japonés, y también a sus dirigentes incluyendo los muy poderosos sectores económicos, que Japón no tiene nada que ganar y sí mucho que perder si se empeña en ser una potencia militarista y agresiva. Los japoneses han logrado en los últimos cuarenta años de paz ponerse a la cabeza del mundo occidental en organización industrial, inventiva tecnológica y eficacia productiva. Para realizar sus objetivos económicos no necesitan pues, como les pareció necesario después de la Primera Guerra Mundial, acompañar sus mercancías con acorazados y ejércitos de ocupación, sino que prefieren continuar por el camino de las victorias económicas. Los imperialistas norteamericanos, por el contrario, se esfuerzan en meterlos otra vez por el camino de la militarización y los urgen para que den los primeros pasos en esa dirección, aceptando el papel de gendarme en los océanos inmediatos para convertirse más tarde de nuevo en una gran potencia aliada que servirá de complemento y de contrapeso a la China de los maoístas, cuya errónea —o, por mejor decir, traidora— política internacional aprovechan tanto los sectores de Washington.

La poca disposición japonesa a verse comprometidos de esa forma se puso de relieve hace poco cuando, durante la visita del primer ministro Suzuki a EE.UU., la delegación japonesa publicó un comunicado de prensa en el cual se mencionaba la “alianza” con Estados Unidos. La connotación militar de esa palabra provocó tal revuelo público en Japón que el ministro de Relaciones Exteriores, Itoh, tuvo que renunciar para apaciguar el escándalo.

No se trata de que los principales países europeos y el Japón abandonen la alianza básica con el imperialismo norteamericano y que dejen de ser representantes del imperialismo. Esto sería imposible mientras las fuerzas del capital financiero monopolista continúen teniendo en todos esos países la influencia decisiva que todavía conservan. Pero si debemos registrar en nuestro análisis y utilizar en nuestra estrategia las condiciones contradictorias en que se realiza hoy esa alianza básica.

Pero no es solo eso. Sería un mecanicismo en la utilización de la certera teoría marxista sobre el Estado, el suponer que la naturaleza capitalista de un Estado caracteriza ya de una sola vez todas sus proyecciones políticas y que no tienen importancia alguna las capas sociales que en un momento determinado gobiernan y las tendencias políticas que ocupan el poder.

Adoptar aquel punto de vista significaría negar la posibilidad práctica —y, por tanto, teórica— de que fuerzas progresistas, e incluso representantes del proletariado, accedan al poder cuando todavía no ha cambiado la naturaleza capitalista del Estado mismo.

Bastaría acudir a la rica y exacta descripción que Carlos Marx hizo de los estados europeos de su tiempo, en trabajos como *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* o *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, para comprender cuántas alternativas pueden presentarse al dominio puro y exclusivo de la burguesía en un Estado contemporáneo. No podemos olvidar, por ello, la presencia en los gobiernos de algunos países imperialistas y capitalistas desarrollados de Europa de gobernantes socialdemócratas. Es cierto que Marx dijo que el gobierno de un Estado capitalista era apenas un “Poder Ejecutivo delegado de la burguesía”. Pero Marx analizó también muchos fenómenos que Lenin desarrolló en su análisis sobre el Estado. La presencia socialdemócrata en un gobierno no es por sí misma garantía de una política que abandone los objetivos imperialistas que persisten en la estructura de la sociedad; pero, sin duda, al gobernar, los socialdemócratas, que deben sus victorias políticas sobre todo a la clase obrera y a sectores de la juventud pequeñoburguesa, no pueden dejar de tomar en cuenta aspiraciones y puntos de vista que corresponden a esas clases y capas sociales.

Este hecho se pone de manifiesto en la RFA, en la cual el gobierno socialdemócrata registra las controversias continuas entre las tendencias de Schmidt y de Willy Brandt y también los resultados de las luchas callejeras y parlamentarias de los jóvenes socialistas (los “jusos”). Pero donde se reflejan con más claridad las alternativas políticas que puede ofrecernos un gobierno en un Estado todavía predominantemente burgués y con gran influencia del capital monopolista es en la Francia del gobierno de Mitterrand. Ese gobierno tiene una presencia comunista que, si no lo define, por lo menos condiciona su carácter. Su programa económico interno contiene claros elementos de contradicción con el dominio del capital monopolista. Aunque su programa de nacionalizaciones no es lo suficientemente amplio como para eliminar definitivamente el dominio de los grandes monopolios de la economía francesa, sin dudas la Ley de Nacionalización que se discute es muy distinta a las “nacionalizaciones” practicadas por los laboristas ingleses después de la Segunda Guerra Mundial. Estas últimas iban encaminadas a salvar el capitalismo inglés, al sustraer de su responsabilidad ramas de producción irrentables o difícilmente rentables —como las minas, el transporte, etc.—, asumiendo el Estado nacionalizador las pérdidas de esas ramas, mientras que facilitaban sus materias primas y sus servicios al resto del importante capitalismo

superviviente a precios baratos, de modo de contribuir a su rentabilidad. Las nacionalizaciones francesas son —en cambio— un intento del Estado por asumir el control económico del conjunto de la producción para encaminarla por una vía de transformación social. Sus limitaciones no eliminan, sin embargo, la importancia del esfuerzo y su carácter de primer paso que el pueblo francés podría decidir continuar en el futuro vigorizando la alianza de la izquierda y proyectándose en un sentido más profundamente revolucionario.

Todos estos factores están presentes en la política internacional. La Francia de Mitterrand no puede tener y no tendrá hacia África una posición idéntica a la Francia de Giscard. Buscará sin dudas los mejores acomodos para las inversiones francesas y para las exportaciones de su producción, ya sean estatales o privadas. No lo dudamos. Pero el modo de “ejercer” la política será distinto, y empiece a verse ya en los enfoques hacia Sudáfrica y Namibia, en la actitud en el problema del Sahara occidental y en otros muchos aspectos de la vida internacional en sus relaciones africanas.

No es menos ostensible la diferencia entre el enfoque francés y el norteamericano en lo que respecta a Centroamérica. Si el silencio de Francia en Ottawa, al discutirse los problemas económicos, fue un error táctico, el modo en que la dirección francesa ha proclamado su desavenencia con los norteamericanos en el caso de El Salvador es muy ostensible. La declaración de México y Francia reconociendo la representatividad del FDR y del FMPLN es un acto progresista en la política internacional, que no hubiera podido tener un gobierno como el de Giscard.

Todo esto confirma la importancia de nuestra concepción estratégica en el desarrollo de la política exterior de Cuba, al no igualar bajo un mismo signo y no combatir partiendo de una misma premisa a todos los gobiernos capitalistas en estados que, de un modo u otro, son todavía parte integrante del sistema imperialista en su conjunto. El análisis detenido que se hizo en los informes del Comité Central al I y el II congresos, demuestran que Cuba se basa en una apreciación fluida y diferenciadora de las diversas políticas de los estados capitalistas. Parte de la consideración —irrefutable— de que Cuba desea tener relaciones normales con todos los países de la comunidad internacional, incluyendo entre ellos a los propios Estados Unidos.²² Y a partir de esa concepción general, Cuba trabaja por impulsar sus relaciones también con los países capitalistas desarrollados, para utilizar todas las posibilidades económicas y tecnológicas que estos pueden brindarle en la esfera bilateral o multilateral. Con ello, nos

22 Las bases para que pueda existir esa colaboración normal entre EE.UU. y Cuba son bien conocidas y no es necesario reiterarlas aquí.

ayudamos en el esfuerzo de romper el bloqueo yanqui. Tratamos, naturalmente, de que estas relaciones sean equitativas y mutuamente beneficiosas; pero comprendemos que la equidad y el beneficio mutuo no serán completos mientras persista en las relaciones internacionales el predominio imperialista.

No hay que decir que la política internacional que se deriva de esta concepción estratégica es una política no solo independiente sino además *propia*. Con esto queremos significar que, aunque Cuba está dispuesta a subordinar siempre sus intereses nacionales a los intereses del socialismo como aspiración universal, ello no significa ni puede significar subordinar nuestra política internacional diaria, con sus objetivos propios y sus propios intereses, a la política de otros estados socialistas. La confusión entre ambos supuestos, que son parecidos pero sin embargo distintos, es lo que determina que la mayor parte de nuestros enemigos pierda su tiempo entregándose a propagar la idea de que Cuba imita y sigue a la Unión Soviética en sus proyecciones internacionales. Es cierto que existe y seguirá existiendo una gran coincidencia entre la política exterior soviética y la cubana. Lo mismo podría decirse de la política exterior cubana y la vietnamita, o la búlgara, o la de la RDA. Ello se deriva de la condición común de estados socialistas y del hecho, determinado por aquella condición, de que persigamos idénticos objetivos históricos. Pero la disimilitud de situaciones en que se encuentran la URSS y Cuba conduce necesariamente a modos diferentes de enfocar las relaciones de ambos países con los países integrantes del sistema capitalista mundial.

De este modo, la aplicación de una estrategia diferenciada, como la que pedía Lenin, será para la Unión Soviética un poco distinta que para Cuba, aunque ambos países socialistas partamos del mismo enfoque teórico y de presupuestos idénticos.

En la elaboración y desarrollo de la política exterior cubana, no podemos olvidar nunca estas concepciones estratégicas matrices. Partimos de nuestro rumbo esencial hacia el socialismo. Nos basamos en el papel que la lucha por la paz y por la independencia nacional tiene en relación con ese objetivo. Utilizamos las contradicciones permanentes e irresolubles entre los centros principales del imperialismo mundial y comprendemos la evolución de la historia, que sitúa en el gobierno de estados de naturaleza imperialista a fuerzas que se proponen introducir cambios sustanciales en la sociedad de sus países.

Mirar así, con esa matización y esa precisión histórica, el campo de acción internacional en que nos movemos, es un principio básico e indeclinable para realizar una acertada política exterior en el rumbo que nos han trazado los dos congresos del Partido Comunista de Cuba.

Julio Le Riverend

EL HISTORICISMO MARTIANO EN LA IDEA DEL EQUILIBRIO DEL MUNDO*¹

EN LA CUANTIOSA OBRA DE MARTÍ, plena de conceptos nuevos, de expresiones inusitadas, de atisbos geniales sobre graves cuestiones, a veces sustanciados con un trazo luminoso, hay rasgos de síntesis, inadvertidos en la lectura primera. A partir de un momento dado ellos son reiterados, matizados y retenidos por su inescapable jerarquía dentro del pensamiento histórico-social deducido y elaborado de su varia experiencia. En ocasiones, una idea brota para integrarse con las líneas fundamentales de su acción revolucionaria estratégica, siempre a través de un proceso de sucesivas formulaciones en las cuales asoman, para quedar, elementos no contemplados o solamente implícitos en su origen.

Una de las indagaciones necesarias para la comprensión cabal de esa dinámica, en la cual aparecen contraponiéndose de modo dialéctico —en sentido lógico e histórico— conceptos y comprobaciones, consistiría en precisar los momentos de irrupción de esas líneas e ideas y

* Julio Le Riverend 2012 “El historicismo martiano en la idea del equilibrio del mundo”, tomado de Julio le Riverend, *José Martí. Pensamiento y acción* (La Habana: Centro de Estudios Martianos), pp. 123-152.

1 Publicado en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, N° 2, 1979.

proceder a su análisis, así sea, como en el caso de estas páginas, una simple aproximación, por el rastreo de vínculos sucesivos con los contextos —condiciones y circunstancias— en que la fórmula martiana se movía como parte de toda la gestión liberadora. Apuntamos aquí un paralelismo, sincronismo más bien, entre la biografía de sus ideas básicas y la biografía total de su acción. Por la riqueza de ambas podemos asegurar, desde ahora, que la producción y el crecimiento de sus conceptos —a veces, reducidos al empleo de una o dos palabras en determinado lugar y no en otro— es cosa de laboriosa aprehensión. La palabra, aún más si es una frase, no posee en Martí una exclusiva o frecuente función de color o descriptiva sino de contenido, de conocimiento. A veces la palabra usual no le basta para la sustancia e inventa o desentierra o traduce el vocablo de fuerza expresiva. A modo de ejemplo así nacen los adjetivos *lamerricos*² y *ultraaguilistas*³ para designar a los servidores de la plutocracia y de los imperialistas; o *bibliógenos*⁴, para calificar a los repetidores ineficaces de sabidurías aprendidas; o *gobérñvoros* y *burómanos*⁵ para motejar el carácter parasitario de la gente aficionada al botín de empleos administrativos.

Es obvio que un estudio tal debería realizarse para todas y cada una de sus ideas, conceptos y, eventualmente, vocablos básicos, matrices de su acción. Pongamos por caso la fórmula de la autenticidad político-social: no imitar o calcar “modelos”: insertar lo universal en el tronco propio. Aparece temprano, en su *Carta a Macal* (1877), para volver una y otra vez, refinada, ceñida y fortalecida a lo largo de su batalla sin tregua por la liberación. Pareció surgir de su precoz experiencia latinoamericana, se incorporó a su pensamiento continental y desembocó en el programa de la Revolución Cubana como un elemento principal de rechazo a los proyectos anexionistas e imperialistas.⁶

2 José Martí: “La excomunión del Padre McGlynn”, Nueva York, 20 de julio de 1887, *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, t. 11, p. 244 [en lo sucesivo, *op. cit.* (*N. de la E.*)].

3 J. M. “A Gabriel de Zéndegui”, Nueva York, 21 de octubre [1882], *op. cit.*, t. 20, p. 303; *Obras completas. Edición crítica*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, t. 17, p. 350 [en lo sucesivo *OCEC* (*N. de la E.*)].

4 J. M. “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891; *Nuestra América*, *op. cit.*, t. 6, p. 19; *Nuestra América*. Edición crítica, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, 5ª ed., Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, p. 11.

5 J. M. “Un día en Nueva York”, 7 de octubre de 1888, *op. cit.*, t. 12, p. 73.

6 J. M. “Carta a Joaquín Macal”, 11 de abril de 1877, *op. cit.*, t. 7, p. 97; *OCEC*, t. 5 p. 83. En 1893, glosando las ideas de Bolívar, diría: “La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando: ¡ni de Rousseau ni de Washington viene [...] sino de sí misma!” (Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893, *op. cit.*, t. 8, p. 244).

De pareja importancia, y con muy directas derivaciones en la génesis y desarrollo del movimiento revolucionario de 1895, es el de la *unidad revolucionaria*; derivado de su reflexión y análisis de la revolución cubana de 1868, se depura en el movimiento de 1879-1880 y reaparece con fuerza y forma superior en 1888-1889 cuando ya su acción práctica le revela el ineludible carácter instrumental del concepto y la necesidad de mantenerlo vivo por glosa o reiteración simple y por aplicación en todos y cada uno de los momentos de la etapa final (1889-1895) de su magna empresa.

Para reafirmar la necesidad de un ejercicio tal mencionemos una de sus tesis más sostenidas y de profunda categoría histórica, aún hoy día. Se trata de la *unidad entre la guerra y la paz*, a la luz de la relación entre la revolución liberadora y la república democrática futura, todo ello conciliado en virtud de su recíproca dependencia.⁷

No podría emprenderse un laboreo tan complejo, sin tener en cuenta que a ese nacer de ideas corresponde el morir de otras tantas que sepultadas o relegadas a una función simbólica, le sirven cada vez menos para la acción, y lejos de ayudarlo a comprender su mundo histórico con la misión que se asigna en él, le entorpecen. Obvio es que una investigación de esa categoría no está al alcance de un hombre o de algunos, indefensos, puede afirmarse sin exageración, ante el torrente de sus ideas en relampagueante renuevo. Se requeriría todo un equipo. Como invitación preliminar a un proyecto semejante vayan estas notas sobre el equilibrio del mundo, idea que surge y permanece en el pensamiento de Martí durante los años en que arriba a la cima de su acción revolucionaria.

¿CUÁNDO Y CÓMO APARECE EL CONCEPTO?

Martí aborda la idea del equilibrio del mundo en 1889, esto es, en el punto de partida de su tercera y ascendente etapa revolucionaria, esta vez como líder y organizador de crédito y prestigio sumos. Recordemos que en el año 1888 escribe a Juan Arnao y a Máximo Gómez las imprecisas cartas en que llama a “organizar la guerra que se aproxima”.

7 “A prepararnos para la paz, en medio de la guerra, sin debilitar la guerra: a esto ha ido” (J. M., “Proclamas. El Comité Revolucionario Cubano de Nueva York”, *op. cit.*, t. 1, pp. 150-157, *OCEC*, t. 6, pp. 171-179). Lo precisaría por última vez en sus testimonios finales, horas antes de morir (“Carta a Manuel Mercado”, campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895, *op. cit.*, t. 4, pp. 167-170; *Epistolario*, compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, 1993, t. 5, pp. 250-252) [En lo sucesivo, los textos que remiten a esta edición serán representados con la inicial *E (N. de la E.)*]. También es un resultado de su reflexión sobre la revolución de 1868.

En la formación general de sus conocimientos e ideaciones políticas este del equilibrio se nos presenta como un concepto algo tardío; no lo es y, por el contrario, nace a punto, en la raíz de la definitiva expresión de su programa revolucionario. Puede suponerse que esa idea venía gestándose a través de una reflexión latinoamericanista, pues de años precedentes son muchos los artículos en que revela su conocimiento de las ambiciones imperialistas, entonces a la búsqueda de tierras nuestras donde emplear sus dineros en exceso y verter la producción ya sobrante de sus fábricas.⁸ Había seguido paso a paso las campañas públicas oficiales para la anexión de Canadá o la de México, Santo Domingo, Haití o de países centroamericanos. En carta a Serafín Bello el 16 de noviembre de 1889⁹ afirma que para Estados Unidos ha llegado “la hora de sacar a la plaza su agresión latente”. Frase que es como un testimonio del nacimiento del imperialismo en acción sojuzgadora; porque los intereses yanquis comprendían que no podían apoderarse de Canadá o de México, lanzaban su ambición sobre las Antillas.

Su mirada vigilante descubría los peligros de expansión que acechaban a Cuba y Puerto Rico. Ya había dicho, además, que para los fines de dominación no había diferencia alguna entre los partidos que alternaban en el gobierno de Estados Unidos, con lo cual penetraba un poco más en la búsqueda de los mecanismos ocultos del fenómeno que contemplaba.¹⁰ Si el impulso de apoderamiento de tierras y riquezas ajenas no se debía a programa de partido específico alguno o a la voluntad de un grupo político sino que se manifestaba como carácter común de los gobernantes, entonces solo podría tener raíces más allá de personas, grupos banderizos y voluntades electorales. Por otro lado, tampoco era cosa de malignidad del pueblo norteamericano, ya que en más de una ocasión explica que lo crían para el lucro y la dominación.

8 J. M. “Noticias de los Estados Unidos”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de septiembre de 1881, *op. cit.*, t. 9, p. 34; *OCEC*, t. 9, p. 26 y “El tratado comercial entre los Estados Unidos y México”, *La América*, Nueva York, marzo de 1883, *op. cit.*, t. 7, p. 20; *OCEC*, t. 18, p. 14.

9 J. M. “Carta a Serafín Bello”, Nueva York, 16 de noviembre de 1889, *op. cit.*, t. 1, p. 255; *E*, t. 2, p. 160. En “El general Grant”, *La Nación*, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1855, *op. cit.*, t. 13, p. 81; *OCEC*, t. 22, p. 153, había subrayado que Grant “miraba con ansia al Norte inglés; al Sur mexicano; al Este español; y solo por el mar y la lejanía no miraba con ansia igual al Oeste asiático”. Adviértase la fórmula: “con ansia igual”.

10 J. M. “En los Estados Unidos”, *La Nación*, Buenos Aires, 28 de febrero de 1889, *op. cit.*, p. 12, p. 135. En 1883 había dicho que demócratas y republicanos eran lo mismo, pues decidían siempre los “productores poderosos” (“Cartas de Martí”, *La Nación*, Buenos Aires, 31 de marzo de 1883, *op. cit.*, t. 9, p. 358; *OCEC*, t. 17, p. 48). Poco después afirmaba que los representantes eran “siervos de las empresas colosales y opulentas” (“En comercio, proteger es destruir”, *La América*, Nueva York, marzo de 1883, *op. cit.*, t. 9, p. 382; *OCEC*, t. 18, p. 18).

Tanto la Conferencia llamada Panamericana como la Monetaria le aportaron muy expresas razones para situar el fenómeno; imperia- lista en otras profundidades sociales. Profundidades que no ignoraba, aunque las conocía solo de modo parcelado, cuando nos dice que el Senado es de los millonarios, de los propietarios de ferrocarriles y de bancos, lo que le lleva a cuestionar las elecciones, pues si la masa de los electores no es igualmente propietaria hay algo que desvirtúa el proceso de votación, para entregar ese órgano a la plutocracia. En enero de 1889 ha dicho que los ricos también tienen puesta su mano en la prensa; aun antes lo había dicho de las iglesias. Limitémonos a señalar aquí cómo, por uno y otro flanco del análisis social-político, define el carácter clasista del gobierno norteamericano. Y ello nos bastará para apreciar que su concepto del equilibrio del mundo no es, ni podría ser, una conclusión solitaria e inconexa.¹¹ No olvidemos su dicho de 1883: “Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso”.¹² Este tema, solo esbozado aquí, podría ser objeto de otro estudio apenas comenzado, sobre lo profundo de su pensamiento antiimperialista.

No es por azar que la formulación de la idea del equilibrio del mundo coincida con la Conferencia de 1889. Los magnos artículos que escribió entonces revelan la claridad de su pensamiento. Veía él la agresión generalizada y el desafío que el expansionismo yanqui lanzaba a la comunidad de los países desarrollados.¹³ Subrayemos y no perdamos de vista este último: la lucha entre los colonialistas, ahora que los intereses yanquis se sienten del tamaño y fuerza de las potencias predominantes tradicionales. En una de las crónicas sobre ese Congreso, fechada el 2 de noviembre de 1889, señala que esa reunión permitirá saber quiénes defienden “la independencia de la América española, donde está el equilibrio del mundo”.¹⁴

11 Bastaría señalar que numerosos juicios de Martí se encuentran reiterados en obras de nuestros días como, por ejemplo, *The Politics*, por Matthew Josephson, en la que se evidencia la inspiración marxista. El énfasis de Martí en su denuncia de la política de Blaine concuerda con lo que dice ese interesante historiógrafo norteamericano: el agresivo Secretario de Estado, después de 1880, “parecía más y más el portavoz, amigo y profeta de una recién llegada y todopoderosa clase: los capitanes de industria”.

12 J. M. “El tratado comercial entre los Estados Unidos y México”, *op. cit.*, t. 7, p. 22; *OCEC*, t. 18, p. 16.

13 No una vez, sino varias, expresa su idea de que la ambición imperialista se encamina a un enfrentamiento global con Europa. Véase lo citado en la n. 121 y también una frase de 1889, en “Congreso Internacional de Washington”. II, *La Nación*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1889, *op. cit.*, t. 6, p. 57.

14 *Ibidem*, pp. 62-63.

El día 19 de diciembre en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana a la cual asisten los delegados a dicha conferencia, dijo: “¿Y preferiría [la América Latina] a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobos ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo [...] o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible?”¹⁵ Digamos que si bien la crónica estaba escrita un mes antes, la fórmula del discurso es de superior importancia, por matizada y explícita y apropiada al público que le escuchaba. Desde luego, es la continuidad de la visión bolivariana¹⁶ avizorada por el Libertador, en tanto y en cuanto se precisa la misión y destino de la América Latina. También la expresa a manera de contradicción del “otro mundo” —de lobos y sacristanes— cuya “riqueza temible”, por riqueza y por riesgosa, no se necesita ni debe ambicionarse. Hay una vinculación entre nivelar “apetitos y odios” y lo de ganar “riqueza temible”, que a nuestro entender supera la fórmula genial del Libertador de Sudamérica, pues no en vano había transcurrido más de medio siglo al cabo del cual se planteaba, a diferencia de 1815-1825, una contradicción entre el desarrollo independiente y una nueva dominación económica. Hay más: Martí, a diferencia de Bolívar, silenciaba toda unión con la Europa democrática frente al imperialismo. Diría en 1891: “La unión, con el mundo, y no con una parte de él”.¹⁷ Obvio es que la marcha objetiva del mundo requería introducir nuevos contenidos en la concepción de Bolívar, guardando lo esencial de su dimensión, o sea, la conexión específica de la independencia latinoamericana con la correlación de fuerzas en escala global. Véase lo que dice respecto de la invasión napoleónica a México,¹⁸ dando a entender que era otro aspecto de

15 J. M. “Discurso pronunciado en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana” el 19 de diciembre de 1889, *op. cit.*, t. 6, p. 139.

16 *Obras completas de Simón Bolívar*, ed. Vicente Lecuna, t. 1, p. 137; t. 3, p. 871; carta a Wellesley, 1815.

17 J. M. “La conferencia monetaria de las repúblicas de América”, *La Revista Ilustrada*, Nueva York, mayo de 1891, *op. cit.*, t. 6, p. 160; y añadía “no con una parte de él, contra otra”, como si el equilibrio logrado por la liberación lo garantizara todo, aunque se refería particularmente a no alinearse con Estados Unidos en la batalla que aspiraba a librar contra Europa por el dominio del mundo (J. M., “Congreso Internacional de Washington”. II, t. 6, p. 57). Lo dice más claramente en 1894: (J. M., “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución y el deber de Cuba en América”, *Patria*, Nueva York, 17 de abril de 1894, *op. cit.*, t. 3, p. 142).

18 De paso aclara en un artículo sobre el Congreso de 1889: “al francés, traído acaso por el deseo de levantarle valla al poder sajón en el equilibrio descompuesto del mundo, cuando el francés de México, le amenazaba por el sur”. [J. M. “Congreso Internacional de Washington” (II), t. 6, p. 62. La cursiva es nuestra, (*N. del A.*)].

la lucha entre grandes potencias. La América Latina deberá alzarse contra los odios y los apetitos. Si Martí ha dicho que Estados Unidos intenta desplazar el comercio inglés,¹⁹ tampoco puede sentirse satisfecho en andar de brazo del británico que está a su textual decir con “un tacón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos”.²⁰ La coherencia de su pensamiento en esos años, en cuanto atañe a la “segunda y definitiva independencia” de nuestros países destaca la necesidad de una alianza interlatinoamericana con exclusión de cualquier otra coalición.

Así aparece de modo bien articulado esta tesis de equilibrio, que en 1889 servía, además, como de resonancia a una ruidosa contienda internacional, la de Samoa, donde se enfrentaban desde 1878 Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. Incidentes diplomáticos, guerras episódicas en aquel rincón del Pacífico, declaraciones amenazadoras y alardes de buques de guerra, durante más de una década habían terminado con un “buen” acuerdo de división del archipiélago entre los contendientes, aunque para Martí “por la supremacía en Samoa contendrían los Estados Unidos”,²¹ si fuera necesario. Y no era la única vez que mencionaba el conflicto. En el asunto —que no se le escapaba— estaban las dos caras del problema: el desafío yanqui y el reparto del botín entre los “apetitos y odios del mundo”.

LA PAZ Y LA JUSTICIA UNIVERSALES

Una segunda formulación aparece en 1892. El matiz es cubano y latinoamericano. En un documento dirigido a los presidentes de Cuerpos de Consejo del Partido Revolucionario Cubano (Cayo Hueso, Tampa, Nueva York), explica que la organización “da poder expreso para contribuir, con la independencia de los últimos pueblos esclavos de América [...] al equilibrio y crédito necesarios a la paz y justicia universales, de las naciones de la lengua castellana en

Sobre la libertad y la independencia implicadas en el equilibrio bolivariano puede apreciarse lo dicho por Francisco Cuevas Cancino, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas*, 1955, t. 1; aunque hemos de preferir siempre una interpretación que sitúe ese equilibrio en lo exterior y no en lo interior de América Latina. Acosta Saignes, en su magnífica obra *Acción y Utopía del hombre de las dificultades*, La Habana, 1977, p. 380, reproduce un claro pensamiento de Bolívar que relaciona “el equilibrio del mundo” con “la reunión de toda la América meridional bajo un mismo cuerpo de nación”.

19 J. M. “Crónica norteamericana”, *La Nación*, Buenos Aires, 7 de febrero de 1889, *op. cit.*, t. 12, p. 115.

20 J. M. “De Nueva York”, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1889, *op. cit.*, t. 12, p. 240.

21 *Ibidem*, p. 239.

América”.²² Si el nivelar es cosa de dimensión universal, este “contribuir” se refiere al destino de Cuba y Puerto Rico, una vez lograda su independencia, en el seno de la comunidad latinoamericana. Hay pues para Martí una doble necesidad de equilibrio. En otras palabras, el equilibrio universal requiere ineludiblemente una acción de las naciones y los pueblos latinoamericanos, encaminada a la igualdad de condiciones (libertad, independencia de todos ellos). Como hemos dicho, el concepto es abordado desde otro horizonte; y se enriquece, porque ese aporte de nuestros países tiene que ser, debe ser, la independencia de dos de sus pueblos estratégicamente decisivos. Frente a la amenaza, la unidad en la liberación.

En este momento, la evolución de las relaciones entre Estados Unidos y los países del continente se va definiendo. Recordemos que “la agresión latente” a punto de manifestarse en los hechos en el año 1889, unos tres años después —o sea en el mismo 1892— cobra certitud en la República “que se declara ya agresiva, y nos comprende, como puesto de defensa necesaria en su plan de agresión”.²³ La paz y la justicia universales de las repúblicas hermanas no dependen solamente del curso de su desarrollo particular y de la independencia de todas ellas, sino también de la presencia de “apetitos y odios”, sobre todo de Estados Unidos, que intenta dominarlas, fomenta entre ellas celos, recelos y conflictos, tema este del cual aparecen atisbos datados de 1875 desde México; y se encuentra más definido en la década de los años ochenta a lo largo de numerosos artículos y crónicas, especialmente las relativas a la Conferencia de 1889, desde luego, aún más lo hallamos años después. Como una de las primeras manifestaciones de esta preocupación recordemos su comentario sobre la disputa entre Estados Unidos y Gran Bretaña acerca de la neutralidad del futuro Canal de Panamá: “¡Dolorosa cuestión, preñada, ay! —y no para los españoles— de amenazas!”.²⁴

En suma, el equilibrio constituye un objetivo de la América Latina para no caer víctima de los “apetitos y odios”, entonces en presencia contradictoria a lo largo y ancho de nuestras tierras. No concierne a la estabilidad interna de la comunidad latinoamericana, elemento que tampoco se hallaba en Bolívar, puesto que uno y otro partían de la idea de la unidad. La inestabilidad implicada en el concepto de

22 J. M. “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Cayo Hueso, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, *op. cit.*, t. 1, p. 439; *E*, t. 3, pp. 87-88.

23 J. M. “El remedio anexionista”, *Patria*, Nueva York, 2 de julio de 1892, *op. cit.*, t. 2, p. 50.

24 J. M. “España”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de diciembre de 1881, *op. cit.*, t. 14, p. 257; *OCEC*, t. 10, p. 181.

equilibrio no proviene de nuestros países sino del exterior. Como es sabido, lo que se deba a causas internas ocupa la atención de Martí en numerosas de sus páginas; por consiguiente, no lo desconoce ni lo oculta. Ciertamente en su antológico recuento histórico-socio-lógico titulado *Nuestra América*, él explica con fina y real penetración los caracteres y raíces de los problemas políticos, sociales y culturales engendrados por la tenaz supervivencia de las oligarquías coloniales. Pudiera ilustrarnos sobre el sentido interno continental del equilibrio y la paz y justicia universales, el discurso de 1889 ya citado. Allí pone, como otras tantas maneras de negar la misión niveladora de la América Latina, las siguientes desdichas propias de la historia de nuestros países desde 1825: “desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia”.²⁵

La América Latina, una, integrada, fundamenta el equilibrio continental y mundial en el sentido martiano. Bien mirado, el concepto en la sucesiva formulación que hallamos hasta 1892, se aproxima a una contemplación actual, sin que debamos atribuir a Martí aunque fuese de soslayo, una visión como la nuestra. El “desmigajarse”, “el desintegrarse” y el “enfrentarse por celos de vecindad” apuntan diáfananamente a fenómenos de esencial origen de clase e imperialista frente a los cuales el movimiento revolucionario plantea el desarrollo propio e independiente, la unidad del pueblo, la unión de los países en haz solidario y la paz y respeto mutuo. Todo ello resuena en lo que podría ser hoy la búsqueda de un equilibrio real, basado en la instauración y vigencia eficiente de la igualdad de los países y Estados en todos los aspectos de la actividad y existencia social interna e internacional, sobre todo en la verdadera autodeterminación. Esta exégesis tiene en cuenta, obvio es, la división entre los países, promovida por la agresión norteamericana dominadora, definida por Martí desde 1889 y aun antes; acerca de lo cual no es preciso recordar aquí cuántas veces y con qué fuerza, escribió entre los años 1876 y 1890. De no menor gravedad era la lucha interna del viejo colonialismo contra el progreso o entre las élites (oligarquía y burguesía) afrancesadas o britanizantes, entre las cuales destaca como ejemplo cubano a los anexionistas y a los autonomistas, con sus prolongados suspiros por el modelo canadiense de autonomía; o también el enfrentamiento de los hombres naturales, o sea, la “masa mestiza, hábil y conmovedora del país” y la gente amonedada que haría su oficio de celestina cuando viera la oportunidad de entregar la tierra al extranjero mejor postor en la salvaguardia de sus caudales.

25 J. M. “Discurso pronunciado en la verada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana” el 19 de diciembre de 1889, *op. cit.*, t. 6, p. 139.

Todas esas características, elaboradas durante años, se condensan en su pasmosa síntesis de “Nuestra América”,²⁶ y plantean, con lujo de frases y adjetivos incidentales precisos —que no debemos reproducir aquí— un análisis de clase, de pugna social, al nivel de su tiempo y lenguaje. No hay duda alguna de ello. Y, en consecuencia, apuntan hacia las flaquezas de la América Latina que vinculan la suerte de ella con las ambiciones imperialistas.

Entre la historia absurda que sobrevive desde el siglo XVI a la futura historia en que eventualmente se superpondrá, si no lo detienen, el absurdo imperialista, las repúblicas y naciones de la América Latina tendrán un camino único: andar entre sí y con el mundo en el goce de su liberación real por la senda de una autenticidad que no puede existir sin igualdad e independencia.

LA REVOLUCIÓN CUBANA EN EL EQUILIBRIO DEL MUNDO

Hubo, y a ella llegamos, una tercera elaboración del concepto. Aquí se revela a modo de desarrollo táctico, la importancia que atribuye Martí a su fórmula de inserción de la América Latina en el devenir del mundo, a diferencia de todo el pasado que la sumió en una parte del mundo y amenaza en el porvenir ahogarla en las fauces de otra parte ahora crecida para la dominación. En su artículo sobre el tercer año del PRC²⁷ glosa la idea del equilibrio en tres ocasiones. Véase cómo, según hemos dicho, hay momentos de irrupción ideológica reveladora. En 1889 aparece la primera versión de esta fórmula estratégica. En esta que calificamos de tercera etapa, final por cierto, pues falta menos de un año para el comienzo de la guerra necesaria, añade un elemento hasta entonces más bien implícito y ahora de ineludible manifestación, aunque hubo en nuez ese pensamiento desde 1875.²⁸

Se trata nada menos que del engarce y coherencia de la liberación de Cuba y Puerto Rico con la misión equilibradora de la América Latina. Y al fijar de qué modo ve el entronque histórico inmediato de lo particular y lo general del problema confiere a la revolución que organiza y configura ideológicamente un marco universal. A su manera y en su tiempo, Martí no ignora la correlación de fuerzas, la

26 J. M. “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891; *op. cit.*, t. 6, pp. 15-22; *Nuestra América*. Edición crítica, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, 5ª ed., Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2010, pp. 7-16.

27 J. M. “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución y el deber de Cuba en América”, *op. cit.*, t. 3, pp. 139-143.

28 J. M. “México”, *op. cit.*, t. 19, p. 21. Refiriéndose a México dice que sus vecinos crecen para la codicia y a sus puertas se ha de “librar la batalla del mundo”.

tiene en cuenta y la explica deduciendo de ella, en forma limpia, que debemos asimilar la significación de un acontecimiento aparentemente limitado o secundario. Lo genuino del pensamiento martiano, en este caso, es la capacidad de revelar el sentido trascendente de lo que ocurría en su ámbito colonial y que precisamente los colonialistas de Estados Unidos y Europa desposeían de valor alguno. Bien poco y desnaturalizado, se decía entonces de la resistencia de todos los pueblos agredidos en África, Asia y Oceanía. Todavía hoy, con peores características, la información circula, principalmente, contra los países dominados o dominables o liberados.

En el artículo mencionado dice: “antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo”.²⁹

No se extravía Martí en el análisis. Entre la crisis de 1893 percibida como empuje decisivo hacia la insurrección y el cerco imperialista que se cierra y define —recordemos la Ley Mac-Kinley de 1890 y el Tratado de Reciprocidad de 1893—, considera inexcusable la acción.

Subrayemos el adverbio “aún” que deja un margen de futuro muy reducido para la oportunidad histórica de tener jardín propio florecido y cumplir el destino nivelador de “apetitos y odios”. Pero, y ello no es cosa de poca entidad, debe hacerse *antes* de que se ahonde la distancia (desproporción) entre el desarrollo de Estados Unidos y el de nuestros países. Y valga, aunque sea al paso, sugerir que en este párrafo Martí ve esa desigualdad como un proceso de creciente dimensión, lo contempla con verdadera profundidad histórica. En nuestro tiempo se habla mucho de eso, de los desniveles en desarrollo característicos de la concentración de la riqueza en algunas pocas transnacionales que funcionan como garantía de que el proceso de explotación imperialista irá acentuándose más y más. Desde luego, los golpes crecientes del socialismo en expansión representan el freno que Martí demandaba en su coyuntura histórica, si bien continúa vigente la necesidad de unión inmediata contra el imperialismo.

Se dirá que vamos más allá de su pensamiento. No es válida la observación. Tómese sin prejuicio el comentario y se verá que, en verdad Martí comprueba entonces, porque se trata del surgimiento del imperialismo, de modo incipiente y a la altura de su sabiduría y expresión, fenómenos que la historia de tres cuartos de siglo ha comprobado. Y lo hizo sin conocer la obra de Marx, pero armado con un pensamiento his-

29 J. M. “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”, *op. cit.*, t. 3, p. 139.

tórico en el cual la actividad política dio vida por la vía del “idealismo práctico” a elementos dialécticos de indudable importancia y peso.³⁰

No ha sido ociosa sino muy pertinente la glosa de Fernández Retamar, que sugiere la aproximación, sin confundirlos, de los conceptos martianos a la actual connotación ambigua si se quiere, pero de progresiva inteligencia e inteligibilidad y eficacia del llamado Tercer Mundo.

Pero si esos elementos, para nosotros claros y precisos, explican su insistencia en la acción —se trata del año 1893, recuérdese— hay otros más en ese párrafo que llaman a una observación adicional.

Se trata, en primer término, de que la desproporción del desarrollo advertida en “la sección más poderosa de la América” ha de convertir en “teatro de la codicia universal” a la América Latina. También en este punto la historia le daría la razón. Prefigura la lucha antiimperialista, ya que él logró analizar de modo excepcional para su época y circunstancias la naturaleza e implicaciones del capitalismo monopolista. Aparte de que la política norteamericana no ocultaba su expansionismo como desafío a las potencias colonizadoras tradicionales.

Además, no podía faltar una vuelta a la idea del equilibrio (“el fiel del mundo”) que es fórmula más directa de expresar aquello de la nivelación de “apetitos y odios” que, por concesión quizás a sus oyentes de 1889, empleó después de escrita su crónica final sobre la Conferencia donde, por cierto, está la versión sin rodeos del concepto del equilibrio del mundo. Martí no era, en cosas de tan significativa importancia dentro del cuadro general de sus ideas y programa, hombre que determinaba fórmulas o las matizaba, por olvido de lo que hubiera dicho o por lograr frase más rotunda o más bella. Aseguramos, como lo hizo Gabriela Mistral, que en sus textos las palabras no están situadas sin concierto o sin jerarquía ni figuran ajenas a toda función de conocimiento o de comunicación.³¹

En 1894, además de un concepto incidental nuevo como el de “cruce del mundo” que sustituye con profunda connotación la consagrada expresión “llave del Nuevo Mundo, antemural de las Indias

30 No excluye sino incluye forzosamente, digamos por la vía de la praxis, los elementos materialistas del pensamiento martiano, a nuestro modo de ver, fortalecidos en los componentes dialécticos de la que él denominó filosofía de relación. Viene a punto recordar que Medardo Vitier en su obra principal, *Las ideas en Cuba*, La Habana, 1938, t. 2, p. 75, dice justamente, en réplica a las imágenes peyorativas del pensamiento martiano: “Y hay todavía gente —no enterada, claro está— que conciben a Martí como un iluso, distante de la realidad. Es el más falso de los juicios que sobre él puedan formarse”. Esta fortaleza de su pensamiento está constituida a nuestro ver por esos elementos materialistas salidos de una praxis que lo acercaba a “la realidad”.

31 La gran chilena dijo que Martí conservaba “bajo la floración el hueso del pensamiento”.

Occidentales” —donde se implica una consideración geopolítica de Cuba— la referencia al “fiel del mundo” responde adecuadamente a los hechos que jalonan la estrategia norteamericana para apoderarse del istmo (Canal de Nicaragua, Canal de Panamá, en manos europeas entonces, bahía de Samaná, en Santo Domingo). Si el “fiel”, como es evidente, constituye el punto de equilibrio, en ese lugar geográfico exacto se hallan Cuba y Puerto Rico.

LA GARANTÍA DEL EQUILIBRIO

Más adelante, en el artículo citado, al volver sobre el tema, cuya valoración debe tener en cuenta que se trata de un momento de recuento de la acción para proseguirla en tensión final (abril de 1894), sus ideas adquieren una coherencia total e integración vigorosa.

Dice él:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana— y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ella abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.³²

Solamente la independencia de las Antillas puede garantizar el equilibrio necesario. De ser esclavas, servirían de apoyo a la “república imperial” para desafiar al “mundo celoso y superior”. Véase como en germen la idea de la carta a Mercado del 18 de mayo de 1895: los Estados Unidos caerían con esa fuerza más sobre el continente latinoamericano. Esta idea del “pontón” apareció en un artículo antianexionista de 1892, unida también a la de la capacidad de los cubanos para impedir que tal sea la función subalterna de su patria en el futuro.³³

32 J. M. “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América”, *op. cit.*, t. 3, p. 142. De 1892 (“Carácter”, *Patria*, 30 de julio de 1892, *op. cit.*, t. 2, p. 76) es un texto en que habla de enfrentar “la codicia ajena ante las naciones vigilantes [...] equilibrar el desdén histórico”.

33 J. M. “El remedio anexionista”, *Patria*, 2 de julio de 1892, *op. cit.*, t. 2, pp. 49-50. En 1893 (“Otro Cuerpo de Consejo”, *Patria*, Nueva York, 19 de agosto de 1893, *op. cit.*, t. 2, p. 373) se refiere a “los vecinos de habla inglesa [que] codician la clave de las Antillas para cerrar en ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo este peso por el Sur” [La cursiva es nuestra (N. del A.)].

¿Cómo excusarnos de recordar las palabras del ilustre precursor del socialismo en Chile, Francisco Bilbao? Decía él, en 1865:

Los Estados Des-Unidos de la América del Sur empiezan a divisar el humo del campamento de los Estados Unidos. Ya empezamos a seguir los pasos del coloso [...] cada año más impetuoso y más audaz, ese coloso juvenil que cree en su imperio como Roma creyó en el suyo, infatuado ya con la serie de sus felicidades, avanza como marea creciente que suspende sus aguas para descargarse en catarata sobre el Sur.³⁴

Es la misma metáfora del “caer con esa fuerza más”, pues Bilbao daba especial atención como Martí, refiriéndose a Cuba, al avance norteamericano por América Central y el Istmo. Para el gran pensador chileno, allí está el punto de desequilibrio porque era el “pontón estratégico” para asaltar a la América del Sur. O sea, que la amenaza norteamericana a fines del siglo requiere la posesión de las Antillas, algo que muchos no consideraban necesario en los años 1850-1860.

Y vaya esta simple referencia para sugerir cuán fuerte era la continuidad del pensamiento bolivariano en las nuevas, apenas esbozadas, condiciones históricas de la segunda mitad del siglo. Aún más para advertir cómo Martí integrándose a ella, la renueva, enriquece y supera. Algún día, especialmente en cuanto a Bilbao y otros latinoamericanos que andaban en la senda de la unidad continental contra las ambiciones norteamericanas, habrá que contrastar y comparar textos para que se vea un estilo político y a la par literario en desarrollo desde 1850-1860, lo cual se corresponde con el inicio de la Reforma democrático-burguesa encabezada por el benemérito indio Benito Juárez.

Volviendo al centro de nuestro tema, hay algo más: a la par de la idea sobre la misión equilibradora de América, la independencia de los países garantizaría igualmente “el honor de la gran república del Norte”. Por desdicha ella es “feudal ya” y en vez de proseguir su desarrollo interno proyecta conquistar países pequeños, de escaso poder material. Esto de renunciar al desarrollo interno para salir de bandido por el mundo nos recuerda los comentarios de Lenin sobre la falsedad del concepto de “capitales excedentes” como fundamento del imperialismo. El pensamiento de Martí viene bien definido, aunque su envoltura verbal parezca indicar solamente un puro y simple entendimiento entre las dos secciones adversas del continente.

34 Francisco Bilbao. “Iniciativa de la América. Idea de un congreso federal de las Repúblicas”, Unión y Confederación de los Pueblos Hispanoamericanos, Panamá, Ediciones de la revista *Tareas*, 1976 (1ª edición, Santiago de Chile, 1862), p. 283.

Veamos al respecto su dicho:

Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos islas las que vamos a libertar ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizado de América y el mundo coaligado contra su ambición!³⁵

Si Estados Unidos por la evolución malsana de su sistema económico ha perdido aquella autonomía que necesitaba para realizar una política internacional justa, de principios, lo único posible para salvarlo —ya que no puede hacerlo por sí mismo— es oponerle naciones y pueblos libres, conscientes de su independencia y capaces de ganarla por sí. En aquella encrucijada de la historia, lanzarse a la cabeza de un pueblo en pos de la independencia era la mejor manera de impedir los proyectos imperialistas. Y si debe haber coherencia entre la acción —el quehacer— y la idea —la concepción— este ejemplo de Martí es elocuente.

En consecuencia, ese texto de Martí no expresa, como parecería a primera vista, una superficial invocación de paz y amistad futuras puesto que hay un hecho político sustancial —la independencia— previo a toda nueva relación entre las “secciones adversas” del continente; la “amistad” en este caso no podría sino equivaler a la soberanía plena y mutuo respeto entre ellas.

Hemos dicho que en las ideas de Martí hay como una anunciación de las luchas interimperialistas. En el texto comentado podrían originarse dudas sobre esta vertiente poco estudiada de su concepción de las relaciones internacionales.

¿Por qué hablaría del mundo “celoso y superior” que se aprestaba a enfrentar las apetencias yanquis? Lo de “celoso” está claro, pues se trataba de rivalidades internacionales —ya había hablado de “odios” y “apetitos”—, pero lo de “superior” no se explica, a menos que consideremos, a la ligera, que él se alinea con Europa Occidental. Sería trasponer los límites que él mismo nos traza (“con el mundo, y no con una parte de él, contra otra”). En otro momento anterior había dicho: “Que continuamos la revolución para obtener la independencia y libertad de Cuba y Puerto Rico, sin tratos peligrosos con los pueblos

35 J. M. “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la revolución y el deber de Cuba en América”, *op. cit.*, t. 3, pp. 142-143.

de composición diversa, en América o Europa, de quien no pueda vernos una ayuda desinteresada”.³⁶

Tampoco debemos olvidar que por muchos párrafos de sus obras corren expresiones de repudio al colonialismo europeo. Refiriéndose a la agresión colonialista de Gran Bretaña en Egipto y a su corolario, la lucha con Francia, escribió en 1881 un artículo totalmente anticolonialista que subraya los “pingües beneficios” que reporta esa dominación a “los grandes banqueros de Inglaterra”.³⁷ Más tarde, volvería a la cuestión refiriéndose al pretexto que “unos ambiciosos que saben latín” tienen para “robar su tierra a unos africanos que saben árabe”, todo bajo la especiosa idea de la civilización, “nombre vulgar” del Estado de los europeos que sirve para justificar el apoderamiento del suelo ajeno pertenecientes a “la barbarie”, nombre que dan los ladrones a los dueños de las tierras ambicionadas.

Y como de pasada, obsérvese qué tratamiento da, como lo hizo anteriormente ciñéndose a nuestra América, a la oposición entre civilización y barbarie, conceptos que la sabiduría latinoamericana, extranjera o simiesca, tomaba de modelos más o menos lejanos en el norte del continente o allende el Atlántico.

Prosiguiendo el análisis del mundo “superior” a que se refería Martí, justo es decir que él no veía al conjunto de la sociedad y la cultura norteamericanas como auténticamente superiores, por más que ensalzase a Emerson, a Whitman, a Twain, a todos los creadores que aún en medio de la forja de un orden viciado por la codicia y la violencia, tenían a su juicio un mensaje excepcional. Conforme a su diagnóstico eran superiores las cualidades del hombre natural latinoamericano, detenido en la espera de su autodefinición, o las de las culturas europeas, que los latinoamericanos gustaban de imitar sin asimilar lo útil de ellas (recordemos su llamado a la búsqueda de la autenticidad) o repudiaban solo para exaltar el “modelo” norteamericano.

A nuestro parecer, en aquel párrafo la visión de Martí enfoca la cuestión según el diferente papel de las fuerzas que amenazan a la América Latina. Ni Francia, ni Gran Bretaña entraban entonces, como Estados Unidos, a tambor batiente en la América Latina; aquella, después de la intervención en México, había renunciado a ese género de aventuras, y preferiría hacerlo en África porque seguía pesando la vieja pugna por la hegemonía continental y allí se enfrentaba con Gran Bretaña y el Imperio Alemán, mientras la otra —poco dispues-

36 J. M. “Recomendaciones”, *Patria*, Nueva York, 3 de septiembre de 1892, *op. cit.*, t. 2, p. 155.

37 J. M. “La revuelta en Egipto. Interesante problema”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 10 de octubre de 1881, *op. cit.*, t. 14, p. 116; *OCEC*, t. 10, p. 72.

ta a dejar abandonadas sus posiciones europeas— se veía forzada, a cambio de una neutralidad oportunista, si no ambigua, a pactar con el expansionismo norteamericano. Ninguna de esas dos potencias más lejanas constituía para Martí, con precisión del momento, el enemigo principal de Cuba, de las Antillas, de la América Latina.

De modo muy objetivo veía Martí el papel de Europa en la lucha de Estados Unidos contra las restantes potencias. Cuando habla del mundo “coligado” contra la nueva ambición deja entrever —por razón de celos, de intereses— un ocasional aliado europeo occidental de la América Latina. O quizás habría sin dudas que profundizar la exégesis, y pensamos que en este camino se hallarían elementos significativos, la América Latina independiente, con las Antillas, constituirían una suerte de tercera fuerza equilibradora de su mundo, pues a eso apunta lo del “conflicto innecesario” en escala global.

CIMA Y RESUMEN

Fue el *Manifiesto de Montecristi* (1895) el marco oportuno para que las ideas acerca de las relaciones internacionales en sus derivaciones sobre la necesaria independencia antillana se resumiera, adquiriendo la dimensión doctrinal y programática más alta posible. Así decía: “La guerra de independencia de Cuba, nudo del núcleo de islas donde va de cruzarse en pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno q. el heroísmo juicioso de las Ant. presta a la paz y firmeza de las naciones de América, y el equilibrio aún inseguro del mundo”.³⁸ Dos observaciones subrayan el carácter funcional, de fondo y de sustancia, de las palabras empleadas por Martí en ese texto. La firmeza de las naciones americanas va unida al trato justo; lo firme en política internacional exige e implica la justicia. Y el equilibrio del mundo es aún vacilante. Ese adverbio lo sitúa siempre —lo hemos dicho— en frases decisivas que implican la idea de proceso, de acontecimientos avizorados o previstos, analizados en sus perspectivas múltiples o cuando menos alternativas.

Volvía Martí a una fórmula general, precisa, clara, que hablaba por sí, sin intercalar matices ni deducir corolarios para la acción definitiva ya emprendida, aunque estos fuesen necesarios en los días de agitación o de debate público, de formación política, de convencimiento y de organización. El documento dice al mundo lo que es la revolución cubana y cuál altura de medios y fines alcanza. Advierte a quienes podrían contemplar el conflicto como uno más entre los numerosos

38 J. M. *Manifiesto de Montecristi*, op. cit., t. 4, pp. 100-101; *Manifiesto de Montecristi*, edición facsimilar, presentación de Oscar Loyola Vega y estudio valorativo de Ibrahim Hidalgo Paz, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2011, p. 176.

estallidos coloniales, a modo de los que ocurrían entonces en la desesperada lucha de los pueblos asiáticos y africanos, que esa insurrección trasciende las fronteras inmediatas y las propias fuerzas enfrentadas; va más allá de las condiciones en que se genera la decisión libertadora para proyectarse hacia el futuro de la América Latina y del mundo.

No es preciso indicar que en el Manifiesto hay, además, una referencia a lo que en el futuro habrá de explicar la Revolución sobre las causas de idea e intereses que para el adelanto y servicio de la humanidad tiene la nueva guerra. Consciente, no hay que sustanciarlo, de su finalidad antiimperialista, Martí transmitía su certero mensaje de modo inteligente a quienes por historia, afinidad y similaridad debían compartirlo. Apenas redactado ese documento ejemplar, aquel mismo día, el 25 de marzo de 1895, en su carta de despedida al egregio Federico Henríquez y Carvajal, declara: “Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo”.³⁹

De otro género es el manifiesto del 2 de mayo destinado a publicarse en el *New York Herald*, donde sus ideas aparecen en glosa apropiada a lo que —quizás— concibió, ante todo como una campaña destinada a destruir la propaganda maliciosa contra la naturaleza de la guerra y el carácter entero de los cubanos. Rebate las falacias anexionistas y racistas, invoca la explotación colonial; es, en suma, cuidadosamente táctico. Con todo, hay momentos como el que sigue, en el cual esboza la idea de un deber hacia el mundo: “Los cubanos reconocen el deber urgente que les imponen para con el mundo su posición geográfica y la hora presente de la gestación universal; y aunque los observadores pueriles o la vanidad de los soberbios lo ignoren, son plenamente capaces, por el vigor de su inteligencia y el ímpetu de su brazo, para cumplirlo; y quieren cumplirlo”.⁴⁰

Porque ya mediaba la insurrección realizadora, la carta a Manuel Mercado, escrita el 18 de mayo de 1895, e inconclusa, a pocas horas antes de morir en el combate de Dos Ríos, sería la explicación necesaria ofrecida en el Manifiesto: todo lo que había hecho y lo que haría, sería para eso, para impedir que los imperialistas, ganadas las Antillas, cayeran “con esa fuerza más” sobre el resto del continente.

39 J. M. “Carta a Federico Henríquez y Carvajal”, Montecristi, 25 de marzo de 1895, *op. cit.*, t. 4, p. 111; *E*, t. 5, 118.

40 J. M. “Carta al New York Herald”, 2 de mayo de 1895, *op. cit.*, t. 4, p. 153; *E*, t. 5, p. 206. En 1893 (“¡Vengo a darte Patria!”), *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1893, *op. cit.*, t. 2, p. 257) venían expresadas estas ideas de los deberes que imponen “la geografía, la vecindad temible y el problema del continente y de la época”.

ALGUNOS COMENTARIOS FINALES

Sin duda, Martí nos ha dejado un testimonio inapreciable sobre esa manera suya de adicionar ideas, conceptos y matices a la obra de todos los días. No podemos pasarlo por alto pues, en este caso, lo biográfico viene sustentado en una prodigiosa serie de comprobaciones. Lo íntimo, característico de su obra, al justo decir de Marinello, la conciencia de sí mismo queda numerosamente expresada en sus escritos. Allá por 1882, cuando *La Nación* de Buenos Aires rechaza como excesivos algunos de sus juicios sobre la sociedad norteamericana, él se explica en términos de singular comprensión de su personalidad.⁴¹

Considera como suyos algunos “males”. En primer término, “no poder concebir nada en retazos” y, en consecuencia, hace “los artículos de diario como si fueran libros”. Se siente, y lo aprueban hasta la saciedad sus crónicas, impelido a rehuir toda limitación a lo concreto, parcial o parcelado; hay en su obra una inexcusable vocación de examen total de los problemas. Lo cual, tratándose de prosa al correr de los días, le fuerza a “querer cargar de esencia los pequeños moldes”, trasmutándoles en verdaderos libros, apretados, resumidos, de páginas, párrafos, frases, palabras, de lectura y consideración forzosa. Hoy, algunos dirían que sus colaboraciones periódicas son verdaderos ensayos, con olvido, quizás, de que estos son obras enteras, en sí mismas completas, mientras que los magnos y continuados artículos de Martí que él califica de pequeñas obras sucesivas, constituirían una condensación en ocasiones reiteradas, pues fueron numerosísimos los libros que su temperamento hacedor e inquiriente no le permitió componer como tales.

Dice aún más, en esa respuesta a Bartolomé Mitre y Vedia, y es lo que nos interesa sobremanera en esta ocasión. Aquellas “pequeñas obras sucesivas” le sirven para “ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí”. Lo que obtiene en su meditar y observar incesantes se exterioriza, tal como es, en cada momento. Es su manera de formarse, tan activa como su vida toda y, desde luego, expresa aquel renacer y morir de ideas y conceptos a que nos referíamos en la introducción a estas páginas, lo cual lejos de asignar un perecedero destino a sus artículos, nos exige tenerlos permanentemente presentes si es que aspiramos a abrírnos paso hacia la definición de su pensamiento, quizás harto difícil por razón de la copiosa adición de lo nuevo —esencia o matiz— y el abandono sin vacilación de lo anterior, inmediato o lejano.

41 J. M. “Carta a Bartolomé Mitre y Vedia”, Nueva York, 19 de diciembre de 1882, *op. cit.*, t. 1, pp. 15-18; *OCEC*, t. 17, pp. 352-356.

Cuando se dice que Martí es un pensador asistemático, lo cual refleja una valoración innecesaria, por excluyente, de las “catedrales” conceptuales y se entiende que por eso no hay modo de precisarlo, renunciamos a considerar lo esencial de su obra ideológica, esto es, su característica formación constante, su construcción permanente. Lo que nos lleva a decir que es en sí mismo un singular proceso histórico de excepcional riqueza, en este sentido convendría proseguir nuestros comentarios.

Lo histórico en Martí se entrega por todas las vías, multiplicándose en razón de la importancia de su personalidad, o sea a la luz de la forma en que él se inserta en el proceso global de aquellos tiempos. Como hombre es sujeto histórico, y por ello todo lo que sucede en su derredor alimenta su conciencia histórica: comprendió las condiciones y las circunstancias de entonces; dentro de ellas se adueñó de sí, tanto más cuanto que asumió la cimera responsabilidad de ponerse al servicio de una tarea específica de ese momento. Ello nos conduce a verlo y entenderlo como fruto y raíz de los hechos característicos de los años 1853-1895 en que discurre su existencia.

Hemos intentado resumir la huella que dejaron en su pensamiento sus variadas experiencias sociales a lo largo de más de veinte años de viajes y pensamiento por diferentes países.⁴² Bástenos recordar que pudo apreciar, vivir, los problemas de muy diversos niveles de desarrollo desde su patria hasta la desgarradora transición de Estados Unidos hacia el capitalismo monopolista, pasando por el capitalismo estancado de España y por los diversos grados de supervivencia del colonialismo en la América Latina. Nada de lo que constituía el *sustratum* de los cambios iniciados o simplemente avizorados entonces le fue ajeno.

En verdad, no podría ser de otra manera puesto que el talento y la cultura no son obra ni propiedad de quien los posea, dice él, por lo mismo, llamado el deber de emplearlos al servicio del mundo, de la patria, de la humanidad, “de los desamparados”.⁴³ Rasgo sustancial de conciencia de los tiempos en que se evidencia la “sociedad de masas” o, para decirlo en lenguaje martiano, el “mundo amasado por los trabajadores”. Llámese populismo, democratismo revolucionario o radicalismo democrático, como se ha dicho por algunos del pensamiento martiano, lo esencial es que reconoce el papel de las masas, sean indios, negros o blancos, pobres o marginados y, en consecuencia, cuen-

42 Julio Le Riverend. “Martí: formación de su pensamiento social” 1 y 2, *Granma*, La Habana, 11 y 16 de enero de 1978, respectivamente [ver en esta selección la página 153 (N. de la E.)].

43 J. M. “La campaña electoral en los Estados Unidos”, *La Nación*, Buenos Aires, 11 de octubre de 1888, *op. cit.*, t. 12, p. 43.

ta con ellas para emprender la liberación de Cuba, proyectar la de América Latina y de otros pueblos y prever la del mundo desarrollado.

Esto le franquea la posibilidad de analizar lo que ocurre ante sus ojos como fenómenos de conjunto, donde por cierto precisa diáfana-mente quiénes son los que intentan mantener las masas fuera de la historia. De allí que las transformaciones socio-económicas propias de Estados Unidos desde 1880 y sus concomitancias ideológicas y políticas no se le escapen ni en su origen, ni en su repercusión sobre Cuba, la América Latina y el mundo.

Así, dice que Estados Unidos ha de construir “su política como ha construido su riqueza, sobre la ruina de tantos”.⁴⁴

A menos que se pudiese completar por otro texto la ruta formadora de esa idea, ella parece inspirada en el espectáculo de la “Edad de los grandes negocios” (*the age of big business*) y del “exterminio” de los empresarios individuales por los monopolios.⁴⁵ En 1882 llega a la política norteamericana el grupo de los jóvenes Representantes —de los intereses más poderosos, entre otros MacKinley. Y Martí, sumado a la acción contra esa nueva fuerza cambia el sentido de la protesta; esta deja de ser una lucha entre dos fracciones del capitalismo y se convierte, al compás de las ideologías más radicales, en arma de liberación de los pueblos latinoamericanos. Así, según él, la política internacional nace de esas empresas colosales y será en el exterior, como lo ha sido interiormente, una amenaza cierta de despojo.⁴⁶ Cuando muchos hombres de su tiempo no entendían o desnaturalizaban el carácter histórico del fenómeno, ya Martí lo advertía como necesario, forzoso.

Hubo, pues, en la elaboración de su experiencia —que le viene del hecho que el libro más interesante para él y que “es el de la vida [...] más se ha de consultar”⁴⁷— una calidad *histórica* especial, como si el principio hegeliano de la conexión de todo con todo encarnase en él. De allí sus artículos con vocación y sustancia de libro. Y, sin duda, el *historicismo*, como fundamento del análisis de los problemas, fue un elemento consustancial de la formación de su pensamiento y en

44 J. M. *Fragments*, *op. cit.*, t. 22, p. 95. Es un fragmento correspondiente a los años 1885-1895.

45 Desde 1880 él había de presenciar las etapas de recesión y depresión de los años 1882-1885, 1893-1895, característicos de la irrupción arrasadora de los monopolios. Para N. S. B. Gras y H. M. Larson, *Casebook in American Business History*, Nueva York, 1939, p. 716, lo característico fue la quiebra de bancos como etapa final de la liquidación de los “pequeños”.

46 Martí se anticipa a lo que poco después revelaría como alud de inversiones en Cuba la prensa norteamericana. Por ejemplo, el *Louisiana Sugar Planter and Manufacturer*, de 2 de enero de 1892.

47 J. M. *Cuadernos de apuntes*, *op. cit.*, t. 21, p. 386.

lo particular del concepto del equilibrio del mundo. No es oportuno seguirlo paso a paso, pues ya se sabe que su programa de liberación de Cuba enraíza en el estudio y crítica de la revolución de 1868; pero acerquémonos a dos textos sumamente importantes. El primero es de 1885: “Unos ven para ahora, y son los más, y cuya vista alcanza menos. Otros ven para ahora y para luego, que es como se debe ver en las cosas de los pueblos, para quienes lo presente no es más que la manera de ir al porvenir”.⁴⁸ Párrafo que se entrelaza con uno de 1889 en el cual afirma que la convocatoria de la Conferencia llamada posteriormente Panamericana no puede considerarse como ajena a “las relaciones y tentativas y atentados confesos” de Estados Unidos contra la América Latina en esos mismos días. Allí está lo actual, mas queda el porvenir de esas relaciones que “se ha de entender cómo sería y para qué” de acuerdo con el presente, lo que entronca limpiamente con su idea de que el presente no es más que “la manera de ir al futuro”. Concepción historicista de la política —como de proceso previsible si no ineludible— porque es “cosa de los pueblos”.⁴⁹ Y todo lo era para Martí.

Esto se revela un poco más en el otro texto que nos proponemos destacar. En 1892 escribe a los presidentes de los Cuerpos de Consejo del Partido Revolucionario Cubano apenas fundado, sobre el programa y las motivaciones de la organización, particularmente sobre su función integradora del movimiento patriótico. Su aspiración era que el país viera “la labor de ciencia verdadera, local y original, de ciencia histórica de la época y del continente, con que las emigraciones se preparan a salvarlo”.⁵⁰ Notemos, sin más exégesis, que se trata de ciencia histórica del momento y de un conjunto que trasciende a la unidad de los cubanos, pues abarca el continente sagazmente analizado y diagnosticado en su reciente publicación (*Nuestra América*, 1891). En páginas precedentes hemos señalado que ese documento de 1892 se refería a un objetivo muy preciso: contribuir por la liberación de las Antillas al equilibrio y crédito requeridos para la paz y justicia universales de las naciones latinoamericanas.

Todo esto estaba dicho, aunque ahora fuese desmenuzado para su difusión en el Artículo 3° de las *Bases del Partido Revolucionario Cubano*, aprobadas pocos meses antes.⁵¹

48 J. M. “Carta al director de *El Avisador Cubano*”, Nueva York, 6 de julio de 1885, *op. cit.*, t. 1, p. 181; *OCEC*, t. 22, p. 324.

49 Ídem.

50 J. M. “A los presidentes de los Cuerpos de Consejo de Cayo Hueso, Tampa y Nueva York”, 9 de mayo de 1892, *op. cit.*, t. 1, p. 436; *E*, t. 3, p. 85.

51 J. M. “Bases del Partido Revolucionario Cubano”, *op. cit.*, t. 1, p. 279.

Una vez más se observa el ritmo histórico, de proceso de observación empírica, de producción de ideas generalizadoras que tiene su pensamiento. Si todo ello muestra cómo Martí sigue el ritmo de la realidad e identifica la previsión con la historia, también nos permite verle a él como parte de una historia que no se remonta solamente a Bolívar. No vamos a sustanciar con todo el cúmulo de información posible la tradición del pensamiento sobre la misión equilibradora de la América Latina. Señalamos solamente aquello que diferencia dos grandes momentos de la idea.

Desde mediados del siglo XVI, hay testimonios de que la América conquistada por España restablecía el equilibrio perturbado por la Reforma religiosa, juicio que, aun siendo ilusorio, pues el centro irradiador de la herejía era la propia Europa y por eso ella alcanzó durante el siglo XVII a las colonias, tenía cierto valor y eficacia de promoción en España. No es un azar que un católico decidido como Tomás Moro viese una Edad de Oro digna de conjurarse como destino del hombre a través de las nebulosas noticias que llegaron de América.

Los ideólogos burgueses del siglo XVIII, enciclopedistas o rousseauianos, prerrománticos, vieron en la potencialidad natural y humana de la América, incluyendo a Estados Unidos independizado, la promesa de un equilibrio restablecido por las excelencias del nuevo continente en sustitución de los vicios y excesos de Gran Bretaña y de toda Europa Occidental. Parecía, pese a los detractores de los criollos, que todo el continente se vestía de *buen salvaje*, de hombre en estado de naturaleza, puro, candoroso, sano, sobrio. Aun no siendo el único de los que tales cosas comentaron, bastaría citar al abate Raynal, para comprender ese destino como de vengadora restauración de lo humano que la supervivencia del feudalismo negaba en Europa.

Pero la independencia de Estados Unidos introdujo desde 1786 otro concepto del equilibrio. Hamilton escribía que a corto plazo el país sería árbitro de Europa “pudiendo *inclinarse la balanza* [...] de acuerdo con lo que dicten nuestros intereses”.⁵² Nuevo y amenazador concepto que, en lo profundo y a la luz de su paladina reiteración, genera la réplica bolivariana y de un modo aun más enfático la de Martí, una y otra alzada contra la ambición secular de dominio característica de Estados Unidos.

Nos parece necesario llevar a un prolijo recuento esa tradición que vincula forzosamente la América Latina con un principio de equilibrio trascendental. Más nos interesa en el espacio terminal de estas páginas subrayar cómo la América Latina, desde el instante en que

52 Citado por Alonso Aguilar, *El panamericanismo. De la doctrina Monroe a la doctrina Johnson*, México, 1965, p. 2.

comienza con la visión y el proyecto de Bolívar a comprenderse como entidad diferente y viable, le trasfunde a ese principio un valor normativo, de aliento liberador, requerido aún en nuestros días.

Así, podemos contemplar la idea del equilibrio a la manera de Martí, en su doble carácter —de contradicción y de reafirmación superadora del concepto— propio del tiempo de los pueblos en insurgencia irreversible. Historia del pasado, historia del futuro, todo se conjuga, porque hubo, a nuestro juicio, un eslabonamiento sólido del pensamiento martiano —en sus momentos de luminosa ascensión a las cimas del querer revolucionario— con la vida y la conciencia históricas.

Nuestro guía no fue un vidente, no se anticipó a lo esencial del momento en que crece su ideario libertador, porque aprendió el mundo justo a la cuna en que los monopolios alimentaban su horrenda criatura, el imperialismo. Como él mismo diría de otros: hombre cabal de su tiempo, fue hombre de todos los tiempos. Lo sabemos porque, cualquiera que sea el azar diario de la gran pugna por el futuro de la humanidad, somos gente que va cavando la tumba de aquella criatura, hoy en teratológica adultez, con la mira puesta en un nuevo equilibrio, el de los pueblos, de brazo, cada cual con el suyo, lo propio y apropiado para una marcha hacia tiempos de plenitud en su trabajo creador.

Carlos Alzugaray Treto

CUBA: DEFINIENDO ESTRATEGIAS DE POLÍTICA EXTERIOR EN UN MUNDO CAMBIANTE (2001-2011)*

CUANDO FUTUROS HISTORIADORES estudien, describan y analicen la evolución de Cuba en la primera década del siglo XXI, ciertamente señalarán al 31 de julio de 2006 como la fecha del acontecimiento más trascendente del periodo, el que marcó un antes y un después. Ese día, como consecuencia de una grave enfermedad, Fidel Castro anunció que cedía provisionalmente sus poderes a Raúl Castro. Seis meses más tarde, a principios de 2007, el alejamiento temporal del líder indiscutible de la Revolución Cubana se hizo permanente.

Es incuestionable la preeminencia de Fidel Castro en la enunciación de los fundamentos de la política exterior cubana antes de su apartamiento del poder, entre 1959 y 2006. Más aún, caben pocas dudas de su influencia futura. Las razones por las cuales las bases de ese accionar externo deben perdurar están no sólo en su prestigio y habilidades personales, sino en el nivel de legitimidad y apoyo internos que logró y en la efectividad en alcanzar sus objetivos utilizando el conjunto de instituciones creadas para llevar a cabo la política exterior.

* Carlos Alzugaray Treto 2011 "Cuba: Definiendo estrategias de política exterior en un mundo cambiante (2001-2011)", tomado de Mauricio Font (Ed.), *Cuba Futures: Cuba and the World*, Bildner Center for Western Hemispheric Studies, The Graduate Center/CUNY, March 31-April 2, New York, pp. 1-46, en <www.cubaproject.org/wp.../Cuba-and-the-World1.pdf>.

Objetivos que, por demás, están estrechamente vinculados al imaginario político de la nación cubana.

Como señaló Jorge Domínguez hace más de 20 años:

“La política exterior cubana resulta de las acciones coordinadas de muchas agencias, grupos e individuos; no es sólo la extensión de los pensamientos, inclinaciones y acciones de una persona, aunque Fidel Castro ciertamente las ha marcado con sus ideas. Castro diseñó el marco de la política exterior cubana. Él toma las decisiones más audaces y arriesgadas y, a veces, supervisa su implementación hasta los más mínimos detalles. La política exterior cubana no sería lo que es sin Castro, pero tampoco sería lo que es si sólo Castro fuera responsable por ella. En las decisiones de política exterior se combinan tanto factores personales como organizativos.”¹

Cuatro de los fundamentos básicos de la política exterior cubana que han estado en el centro mismo de las ideas de Fidel Castro y de la cultura política nacional son:

- *Mantenimiento de la independencia, la soberanía y la autodeterminación.* Para una nación que accedió a la independencia en fecha relativamente tardía, si se le compara con otros de la región, y que, cuando lo hizo, se vio sometido a un estatus neocolonial a través de la Enmienda Platt y otros elementos de control hegemónico por parte de Estados Unidos, la necesidad de reafirmar su independencia, soberanía y autodeterminación ha sido un elemento clave del nacionalismo cubano, particularmente desde que lo formulara con total claridad José Martí a fines del siglo XIX. Y el gobierno de Fidel Castro actuó así no sólo con respecto a Washington, sino con respecto a otros actores que incluso fueron aliados, como por ejemplo la Unión Soviética y China en la primera década de la Revolución.² Ello explica indudablemente la impugnación cubana a la posición común de la Unión Europea, adoptada en 1996 a instancias del gobierno español liderado por el Partido Popular y encabezado por José María Aznar, cuyo claro objetivo fue el de intentar alinear la política de Bruselas hacia La Habana con la de Washington.

1 Jorge I. Domínguez, *To Make the World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy* (Cambridge, MA, 1989), p. 248.

2 Jorge I. Domínguez, “El éxito de la política exterior de Cuba”, ensayo originalmente publicado en 1980 por el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Nueva York, reproducido en *La política exterior de Cuba (1962-2009)* (Madrid, 2009), pp. 68-69.

- *Búsqueda de la sostenibilidad de un sistema económico socialista.* Cuba ha sido siempre un país económicamente vulnerable y necesitado de mantener una intensa relación comercial y financiera con el exterior. Desde 1959, ha sido un elemento clave de la política nacional buscar socios adecuados para lograr las metas de su desarrollo económico social sobre la base del sistema socialista adoptado a mediados de la década de 1960. Esta ha sido una de las dificultades principales de la política cubana, pues suele suceder con singular regularidad que tanto adversarios como socios principales de Cuba han tratado de utilizar la dependencia económica como un instrumento de influencia o condicionamiento políticos. Por ello, cuando este objetivo ha entrado en contradicción con el primero, el gobierno cubano ha optado por renunciar a relaciones económicas que le pudieran ser beneficiosas, prefiriendo aquellas que no vienen acompañadas de ataduras inaceptables.

- *Activa proyección internacional de su identidad nacional, tanto cultural como ideopolítica.* Determinados procesos históricos vinculados a su origen multiétnico, a su posicionamiento en el centro del imperio español en los siglos XVII y XVIII, su apertura al mundo por estar situada en una significativa confluencia de corrientes y movimientos culturales, y su relación estrecha con un imperio global como lo fue Estados Unidos en el siglo XX, dio origen a un nacionalismo accesible y comunicativo, cuya principal aspiración es la de ser reconocido como un valioso componente de la Humanidad y, por tanto, de la sociedad internacional.³ A estos elementos habría que agregar lo que Jorge Domínguez ha calificado de “globalismo recíproco”: “Para contrarrestar al globalismo que era una parte inherente del diseño y la implementación de la política norteamericana, Cuba también empezó a desarrollar un servicio diplomático y un abanico de intereses de política exterior que abarcaba desde un principio todo el mundo”.⁴

3 Véase mi trabajo “La política exterior de Cuba en la década del noventa: intereses, objetivos y resultados”, en *Política Internacional*, Primer Semestre, Vol. 1, N° 1, La Habana, 2003. Poco tiempo después se publicó una versión en inglés bajo el título “Cuban Foreign Policy during the ‘Special Period’: Interests, aims, outcomes”, en H. Micheal Erisman y John Kirk (editors), *Redefining Cuban Foreign Policy: The Impact of the “Special Period”*, Tallahassee, 2006.

4 Domínguez, *op. cit.*, 2009, p. 66.

- *Promoción de la justicia social global.* Desde que el gobierno cubano decidió en 1962 otorgar ayuda médica a Argelia, paralelamente a la asistencia militar otorgada para enfrentar la agresión marroquí, Cuba ha desarrollado una amplia cooperación Sur-Sur encaminada a compartir con otras naciones sus avances en materia de justicia social.⁵ Según la Secretaría General Iberoamericana, al analizar la Cooperación Sur-Sur en la región, encontró que “Cuba es el país iberoamericano que ejerce el rol de socio oferente en un mayor número de acciones: en 639, lo que representa un más que notable 43,2% del total.”⁶ Para los cubanos, los logros en materia de solidaridad internacional recuerdan dos frases centrales del pensamiento de José Martí, el más grande político e intelectual del siglo XIX cubano, muerto en 1895 en lucha por la independencia: “¡Una Patria con todos y por el bien de todos!” y “¡Patria es Humanidad.¡”⁷ La proyección internacional de estos principios ha sido ampliamente estudiada y publicada en varias obras de académicos no cubanos.⁸

El estadounidense Michael Erisman, uno de los más prolíficos analistas sobre la política exterior cubana fuera del país, con más de cinco obras escritas y/o coeditadas, ha sostenido que la mejor definición de la política exterior cubana está contenida en la noción de “contra-dependencia”, la cual está “profundamente enraizada en la fuerte tradición nacionalista de la Isla”. “En resumen, por tanto, así como puede decirse que la Doctrina de la Contención suministró a Washington una ‘gran estrategia’ durante los años de la Guerra Fría, la política de la contra-dependencia también puede estar sirviendo una función de política exterior similar para la Revolución Cubana”.⁹

5 La colaboración cubana con la nación magrebí está excelentemente descrita en Piero Gleijeses, *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, 2002, pp. 30-56.

6 Cristina Xalma, *II Informe de la Cooperación Sur-Sur en Iberoamérica*, Madrid, 2008, p. 33.

7 Para el pensamiento ético y moral de Martí, véase el influyente texto de Cintio Vitier, *Ese Sol del Mundo Moral*, La Habana, 1995.

8 Véase Julie M. Feinsilver, *Healing the Masses: Cuban Health Politics at Home and Abroad* (Berkeley, CA, 1993); John M. Kirk y H. Michael Erisman, *Cuban Medical Internationalism: Origins, Evolution, and Goals* (Londres, 2009).

9 H. Michael Erisman, *Cuba's Foreign Relations in a Post-Soviet World*, Gainesville, FL, 2000, p. 207.

Otro de los más prominentes estudiosos de la política exterior cubana, el canadiense John Kirk, ha propuesto cinco conclusiones a su estudio de la misma, que me permito parafrasear en aras de ahorrar espacio:

1. En su política exterior, Cuba ha desafiado la lógica, y “ha sobrevivido, basándose en su propio modelo de desarrollo y en su propia política exterior original”.¹⁰
2. La política de Estados Unidos hacia Cuba no sólo ha fracasado sino que ha resultado contraproducente. “Cuba se ha aprovechado diestramente de las políticas cortoplacistas del auto-declarado enemigo para jugar a la ‘carta E.U.’ y aglutinar a la población en torno a la Patria.”¹¹
3. “...Cuba siempre aplicará su propia política exterior y puede ser influida solamente de manera marginal por naciones más ricas y poderosas, como la Unión Europea y Canadá.”¹²
4. “...La Habana continuará abanderando los intereses de naciones pobres y subdesarrolladas y seguirá siendo altamente respetada en ese sector.”¹³
5. Cuba seguirá jugando un papel de “intermediario ventajoso”¹⁴ en la arena internacional, “un rol que supera con creces las limitaciones de esta pequeña nación caribeña.”¹⁵

Por otro lado, Jorge Domínguez ha sido reacio en hacer una caracterización generalizada de los fundamentos de la política exterior cubana. Tanto en su texto inicial de 1989, *To Make the World Safe for Revolution*, como en su más reciente *La política exterior de Cuba (1962-2009)*, publicado en Madrid en 2009, se analizan algunos de los temas abordados por él mismo y por otros expertos como Erisman y Kirk, pero sólo se sacan varias conclusiones dispersas, algunas paradójicas. La más importante, aunque no la primera según el orden de Domínguez,

10 John Kirk, “Defying the Odds: Five Conclusions about Cuban Foreign Policy”, en Erisman y Kirk, 2006, *op. cit.*, p. 333.

11 *Ibíd.*, p. 337.

12 *Ibíd.*, página 338.

13 *Ibíd.*, página 341.

14 He traducido como “intermediario ventajoso” la noción original en inglés de *powerbroker*, aunque soy consciente de su posible imprecisión.

15 *Ibíd.*, página 344.

es que Cuba siempre ha desarrollado una política exterior propia.¹⁶ Asimismo, el conocido especialista cubano-americano afirmó que la política exterior cubana “no ha sido un proyecto filantrópico”¹⁷ y que su prioridad cardinal dominante ha sido la de “apuntalar al régimen político en Cuba y defender su independencia frente a Estados Unidos, por supuesto, pero también frente a la Unión Soviética y China, en momentos de discrepancia con sus gobiernos”.¹⁸

Variando perceptiblemente lo expuesto en 1989, veinte años después, Domínguez afirmó en su obra de 2009 que “la política exterior de Cuba fue siempre, por supuesto, obra personal de Fidel Castro”.¹⁹ Finalmente, intentó explicar el comportamiento de este último sobre la base de la teoría del “loco racional”, tomada del libro de 1960 de Thomas Schelling, *Strategy of Conflict*.²⁰ Esta apreciación contrasta con lo que había dicho en 1991, durante un Congreso de la Asociación de Estudios del Caribe en La Habana: “Una explicación importante del impresionante éxito de la política exterior de Cuba desde 1959 hasta fines de los ochenta fue la acertada inserción del país en el sistema de relaciones internacionales. Cuba fue siempre audaz, y normalmente prudente. Cuba supo negociar política y económicamente, cambiando aún aspectos fundamentales de su política cuando pareciera ser necesario para la supervivencia del país”.²¹ Este tema de la flexibilidad de la política exterior cubana fue también abordado por Domínguez en un ensayo aparecido originalmente en inglés en 2001.²² En el mismo el profesor de la Universidad de Harvard argumenta que el éxito de la política cubana en la década de 1990 partió de análisis intuitivos de corte neorrealista e institucionalista y en eso residió su éxito.²³

16 Domínguez, *op. cit.*, 2009, página 14.

17 *Ibid.*, página 12.

18 *Ibid.*, página 15.

19 *Ibid.*, página 16.

20 *Ibid.*, páginas 21-25.

21 “Cuba y el Mundo”, ponencia presentada durante la plenaria sobre “Cuba y el Mundo” de la XVI Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe, La Habana, Cuba, 22 de mayo de 1991, en Jorge I. Domínguez, *Cuba hoy: Analizando su pasado, imaginando su futuro*, Madrid, 2007.

22 “Cuban Foreign Policy and the International System”, en Joseph S. Tulchin y Ralph H. Espach, *Latin America and the New International System*, Boulder, CO, 2001. Este texto ha sido reproducido posteriormente en español en 2004 y 2009. En 2004 cuando se tradujo el volumen de Tulchin y Espach como *América Latina en el nuevo sistema internacional*, y en 2009 en la obra ya citado de Domínguez.

23 Domínguez, *op. cit.*, 2009, páginas 339-366.

Mi perspectiva, y la que aplico en este ensayo, toma de todos los aportes citados pero se concentra en los siguientes aspectos:

- Al igual que todos los especialistas mencionados, aprecio que la política cubana es propia, pero insisto con Kirk, que obedece a requerimientos sociales nacionales que han sido adecuadamente interpretados por Fidel Castro. La influencia de Fidel Castro es decisiva pero en tanto que ha sabido interpretar las aspiraciones básicas de la nación e instrumentarlas con políticas efectivas.
- Los fundamentos estratégicos de la política cubana, que no son obra sólo del convaleciente presidente, están basados en la utilización de preceptos teóricos, intuitivos o no, que proceden no sólo del neorrealismo ni del institucionalismo, sino en primer lugar de la escuela marxista y, también, de la corriente constructivista. En esa combinación de perspectivas, la concepción de base es el marxismo, sobre todo en la variante más totalmente desarrollada por la tendencia gramsciana y su concepción de la hegemonía en las relaciones internacionales, que tiene su máximo exponente en Robert Cox.²⁴
- Prefiero utilizar el término contra-hegemónico a diferencia del utilizado por Erisman, la contra-dependencia. A mi criterio el primero ofrece una perspectiva más adecuada pues abarca no sólo lo económico (que pudiera ser una debilidad explicativa en Erisman) sino una actitud más amplia como la apuntada por Kirk en sus conclusiones 3, 4 y 5 señaladas más arriba.
- La perspectiva marxista sobre el imperialismo contemporáneo y su naturaleza, basada en las concepciones de Emanuel Wallerstein, David Harvey, Alex Callinicos, Peter Gowan y otros encajan perfectamente con la historia de la política exterior cubana y sirven de apuntalamiento al análisis de la situación mundial desde su perspectiva.
- Sin embargo, toda política exterior requiere de dos elementos instrumentales: la adecuada combinación de principios e

24 Desarrollé por primera vez esta perspectiva en "Anti-Hegemony in Theory and Practice: The Exceptional Case of Cuba", en Sahadeo Basdeo y Heather Nichol, *Caribbean Integration and Co-operation in the Americas: Some Contemporary Issues*, San Juan, Trinidad Tobago, 2006. Me basé en Robert Cox, "Gramsci, hegemony and international relations: an essay in method", en Stephen Gill (editor), *Gramsci, Historical Materialism and International Relations*, Cambridge, 1993, pp. 61-62.

intereses; y el alineamiento de capacidades con objetivos. En esto el gobierno cubano ha respondido con esa combinación de audacia y prudencia a la que hacía referencia Domínguez en 1991 y que le permitió comportarse a veces con base a los preceptos neorrealistas, a veces ateniéndose a las reglas del institucionalismo, pero también en reiteradas ocasiones como un actor constructivista, interesado en la promoción de ideas y de normas. Todo en el marco de una interpretación marxista de la realidad internacional en cuyo centro está la hegemonía imperialista, plena de contradicciones, a la que se enfrentan distintas fuerzas contra-hegemónicas.

- Finalmente, no se puede desestimar el uso que el gobierno cubano le ha dado a su “poder blando” o “*soft power*”, también traducido por algunos como “poder de atracción”. En su más reciente discusión del tema, Joseph S. Nye ha expuesto cuáles son las fuentes principales del “poder blando” de cualquier nación: “su cultura (en lugares en los cuales es atractiva para otros), sus valores políticos (cuando se es fiel a ellos a lo interior y a lo exterior), y sus políticas exteriores (cuando otros las perciben como legítimas y que tienen autoridad moral).”²⁵ En mi perspectiva, para millones de ciudadanos en América Latina y el Caribe, en el Tercer Mundo, y hasta en el mundo capitalista desarrollado, la cultura, los valores políticos y la política exterior de Cuba son sumamente atractivos en la medida que proyectan una imagen contra-hegemónica de “David frente a Goliat”, como han apuntado muchos especialistas.
- Una última cuestión levantada por varios especialistas es si en la política exterior cubana bajo la presidencia de Raúl Castro se observará más cambio o más continuidad con relación a las políticas seguidas bajo Fidel Castro. Para ello propongo analizar los hechos concretos como se han desarrollado antes y después de 2006-2007. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que la década objeto de análisis en este texto (2001-2010) se ha caracterizado por su turbulencia y por varios cambios de carácter estratégico que han repercutido inevitablemente sobre la política cubana.

Pero entre 2001 y 2011 no sólo cambió Cuba, cambió también el sistema internacional. El presente trabajo tiene por objetivo analizar la

25 Joseph S. Nye, Jr., *The Future of Power*, New York, 2011, p. 84.

interrelación entre ambos grupos de transformaciones. Para ello voy a focalizar en las relaciones de Cuba con Estados Unidos, América Latina y el Caribe, China, Canadá y otros Estados del sistema. He dejado fuera prácticamente a la Unión Europea porque ese análisis llevaría un estudio más profundo y ocuparía demasiado espacio en un texto ya bastante largo.

EL CONFLICTO CUBA-ESTADOS UNIDOS (2001-2010)

El conflicto con Estados Unidos ocupa una posición central en la política exterior cubana. No se puede hablar de ésta sin analizar aquel. De hecho, muchos aspectos de las relaciones de la Isla con terceros países están influidos por la permanencia y evolución de las relaciones cubano-estadounidenses.

La Habana y Washington nunca han tenido relaciones normales, ni siquiera antes del triunfo de la Revolución Cubana, como ha afirmado Marifeli Pérez Stable en la más reciente obra sobre estos vínculos publicada en Estados Unidos.²⁶ La razón por la cual esto ha sido así reside en el comportamiento imperial que ha tenido Washington hacia “esa republiquita infernal”, según frase de Teddy Roosevelt.²⁷ Lou Pérez lo ha descrito de manera insuperable en su *Cuba en la Imaginación Americana: Metáfora y Ética Imperial*:

“Cuba ocupa un lugar especial en la historia del imperialismo americano. Ha servido como una suerte de laboratorio para el desarrollo de los métodos por los cuales los Estados Unidos han buscado la creación de un imperio global. En suma, los medios usados por los Estados Unidos en Cuba constituyen un microcosmos de la experiencia imperial americana: intervención armada y ocupación militar; construcción de naciones y redacción de constituciones; penetración de capitales y saturación cultural; instalación de regímenes títeres, formación de clases políticas clientelares, y organización de ejércitos tutelados; imposición de tratados vinculantes; establecimiento de una base militar permanente; asistencia económica —o no— y reconocimiento diplomático —o no— según las circunstancias lo aconsejaran. Después de 1959, sanciones comerciales, aislamiento político, operaciones encubiertas y embargo económico. Todo lo que es imperialismo americano se ha practicado en Cuba.”²⁸

26 Marifeli Pérez Stable, *The United States and Cuba: Intimate Enemies*, New York, 2011.

27 Frase que utilizó Lars Schoultz para darle título a su monumental obra: *The United States and the Cuban Revolution: That Infernal Little Cuban Republic*, Chapel Hill, 2009.

28 Louis A. Perez Jr., *Cuba in the American Imagination: Metaphor and the Imperial Ethos*, Chapel Hill, 2008, p. 1.

La amenaza futura principal que genera este comportamiento imperial es el riesgo de que se materialice el objetivo expreso en la política actual de producir un cambio de régimen que desemboque en el restablecimiento de un sistema político-económico subordinado a Washington y dominado por la extrema derecha cubano-americana y la minoría proestadounidense residente en la Isla, financiada con los fondos destinados a “la promoción de la democracia en Cuba”. Ante esta amenaza imperial, la elite revolucionaria cubana ha respondido con una mezcla de resistencia, desafío y pragmatismo, teniendo en cuenta tres factores materiales incuestionables: vecindad, asimetría de poder y trayectorias históricas contradictorias.²⁹

Con el súbito ocaso y derrumbe de la URSS y del campo socialista europeo a fines de la década de 1980 y principios de la década de 1990, los actores políticos interesados en el tema de Cuba dentro de Estados Unidos se decantaron por un “falso positivo” que provocó un debate acerca de la política más adecuada para acelerar lo que se daba por descontado. Por un lado, se dio por hecho que desaparecido el apoyo soviético, el fin del “régimen” surgido de la Revolución Cubana era inevitable. Un célebre reportero de *The Miami Herald*, ganador del Premio Pulitzer, Andrés Oppenheimer, publicó en 1992 un libro que reflejó lo que en aquel momento fue considerado la “sabiduría convencional”: *La Hora Final de Castro*.³⁰ Ante esta “realidad”, se produjo un debate acerca de cuál política sería más efectiva para acelerar lo que se designó con creciente optimismo como “la transición pacífica hacia la democracia en Cuba”. El debate, ciertamente, giró alrededor de la posibilidad de cambiar la existente, que se centraba en el bloqueo económico, comercial y financiero.

De un lado estaban los partidarios de reforzar el bloqueo económico y aumentar las presiones militares, de otro los que argumentaban que había que cambiar la política y permitir relaciones normales con La Habana, en la expectativa de que se reprodujera en Cuba un fenómeno similar al acaecido en Checoslovaquia, Polonia y otros países de Europa Oriental. A lo largo de la década predominaron los partidarios de un reforzamiento del bloqueo económico cuyo objetivo central fue cerrar el comercio de Cuba con subsidiarias de empresas norteamericanas en terceros países, co-

29 Véase Carlos Alzugaray, “La seguridad nacional de Cuba frente a los Estados Unidos: conflicto y cooperación?”, en *Temas* N° 62-63, La Habana, 2010, p. 44.

30 Fue publicado originalmente en español por Javier Vergara en Buenos Aires bajo el sugerente título: *La Hora Final de Castro: La Historia Secreta Detrás de la Inminente Caída del Comunismo en Cuba*. En 1993 se publicó en Estados Unidos con el título de *Castro's Final Hour*.

menzado en 1975, y entorpecer las inversiones en la Isla por parte de empresarios de terceros países. Como concesión a los partidarios de la “subversión amistosa” se creó el llamado Carril 2 (Track II) insertado en la Ley Torricelli o “Cuban Democracy Act”, cuyo propósito central era el de fortalecer las sanciones económicas. En una muestra de la inoperancia del debate, a nadie se le ocurrió que ambas estrategias eran contradictorias: si se enfatizaban presiones económicas que afectaban en primera y última instancia a la población cubana, era difícil que una estrategia de “acercamiento” y “compromiso constructivo” tuviera efectividad, por lo que incluirlas en un solo documento legal sería inoperante.

No figuró prominentemente entre las propuestas adoptar una política de normalización sin condiciones, como lo intentó infructuosamente el Presidente James Carter en 1977-1981.

La “Cuban Democracy Act” o Ley Torricelli tenía el inconveniente de restarle poder al Poder Ejecutivo en el manejo de la política hacia Cuba pues convertía en ley buena parte de lo que hasta ese momento habían sido órdenes ejecutivas de la Casa Blanca. El entonces presidente George W. H. Bush accedió a aprobarla solo después que durante la campaña electoral de 1992 su contrincante, William Clinton, se manifestó a favor en un discurso en Miami. El propio Clinton aprobaría en 1996 la Ley Helms Burton que reforzaba aún más el bloqueo con su extensión extraterritorial, particularmente en lo que se refería a las inversiones en Cuba de empresas de terceros países. Ambas legislaciones fueron resistidas no sólo por Cuba sino por los aliados de Estados Unidos en el Hemisferio Occidental (incluido Canadá) y Europa.

Después de aprobadas las Leyes Torricelli y Helms-Burton en 1992 y 1996 respectivamente, parecía difícil que la hostilidad de Washington hacia La Habana pudiera alcanzar mayores niveles de implacabilidad. Sin embargo, entre 2001 y 2010 el conflicto entre Cuba y Estados Unidos se agudizó sobremanera, sobre todo después de 2003, comenzando a descongelarse marginalmente después que Barack Obama entró en la Casa Blanca en enero de 2009. Como ha demostrado Daniel P. Erikson en su libro *The Cuba Wars* (Las Guerras Cubanas), George W. Bush incrementó sustancialmente las presiones contra la Isla, apostando porque en su mandato se llegaría al deseado “cambio de régimen” perseguido por todas las administraciones anteriores, con la excepción de la de James Carter en 1977-1981.³¹ Sin embargo, esta decisión no fue inmediata.

31 Daniel P. Erikson, *The Cuba Wars: Fidel Castro, the United States and the Next Revolution*, New York, 2008.

Varios factores apuntaban decididamente hacia un endurecimiento de la política hacia Cuba. En primer lugar estaba el peso político de sus sectores neoconservadores, partidarios de una proyección internacional imperialista pura y dura, representados por el vicepresidente Dick Cheney y el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld.³² En segundo lugar, había viejos vínculos de la derecha reaccionaria cubano-americana con el clan Bush a través del hermano del presidente, Jeb Bush, gobernador de la Florida. En tercer lugar, se hacía evidente que en la política hacia América Latina estarían involucrados conocidos diplomáticos y políticos hispanos partidarios de un endurecimiento en toda la línea de la posición ante el gobierno cubano, como Otto Reich y Roger Noriega.³³ Finalmente, algo que resultó significativo, Bush perdió el voto popular en las elecciones de noviembre de 2000 pero obtuvo la presidencia después de una prolongada batalla legal que se centró en la Florida, donde la participación de sus partidarios cubano-americanos resultó decisiva.

Para los dirigentes cubanos era evidente que la nueva administración que tomó el poder en 2001 tendería a adoptar posiciones duras contra Cuba. Sin embargo, la coyuntura no parecía totalmente negativa debido a varios antecedentes inmediatos. En 1998 un grupo de luminarias del Partido Republicano, encabezados por Henry Kissinger, había pedido a la Casa Blanca la creación de una Comisión Nacional Bipartidista que reexaminara la política hacia Cuba, iniciativa que fue desestimada por el Ejecutivo. En octubre de 2000 el Congreso, en manos republicanas, había aprobado y el presidente había firmado la Ley de Reforma de Sanciones Comerciales y de Promoción de Exportaciones (también conocida como la Enmienda Nethercutt) que prohibía la aplicación general de éstas en materia de comercio de alimentos y medicinas, lo cual posibilitaba que La Habana tuviera acceso limitado a estos segmentos del mercado estadounidense.³⁴

32 De la amplia bibliografía sobre este tema, vale la pena la obra de James Mann, *The Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet*, New York, 2004 e Ivo H. Daalder y James M. Lindsay, *America Unbound: The Bush Revolution in Foreign Policy*, Washington, D.C., 2003. Desde la izquierda, varias obras merecen tomarse en cuenta: Alex Callinicos, *Los nuevos mandarines del poder americano*, con un prólogo de Joaquín Estefanía, Madrid, 2003; Carlos Taibo, *¿Hacia dónde nos lleva Estados Unidos? Arrebato imperial y rapiña global en la política exterior norteamericana*, Barcelona, 2004; y Noam Chomsky, *Hegemony and Survival: America's Quest for Global Dominance*, Nueva York, 2003.

33 Véanse el capítulo 4, "The Empire Strikes Back", del libro de Erikson, *op. cit.*, pp. 76-89.

34 Sin embargo, se le habían incorporado restricciones particulares para el caso cubano, por lo que el gobierno de la Isla anunció que no compraría ni un grano de arroz ni una aspirina, y la propia ley incluía mayores restricciones a los poderes del

No se puede olvidar que el gobierno cubano, con el apoyo de la opinión pública de la Isla e internacional, había obtenido un éxito sustantivo y mediático en su enfrentamiento con la derecha ultraconservadora cubano-americana de Miami al conseguir que la justicia estadounidense fallara favorablemente y el gobierno de Clinton actuara en consonancia en el caso de reclamo paterno por el niño Elián González, náufrago de un intento de entrada ilegal en Estados Unidos, hecho en el que perdió la vida su madre. No cabe duda que tanto la cohesión como la imagen del Miami cubano-americano resultaron dañadas por este prolongado conflicto legal.

A la contingencia de que se pudiera seguir avanzando con Bush contribuyó que la administración republicana no tomara medidas inmediatas contra Cuba. Por ejemplo, no modificó en los primeros dos años los pasos aperturistas adoptados por el presidente Clinton después de 1998, sobre todo en materia de viajes. Así, en 2002 visitaron Cuba procedentes de Estados Unidos 130.000 cubano-americanos, o sea cerca el 10% de la población de origen nacional residente, y 80.000 estadounidenses, totalizando 210.000 visitantes.

Por otra parte, antes de que terminara su primer semestre en la Casa Blanca, Bush —al igual que Clinton— procedió a suspender la aplicación del Título III de la Ley Helms-Burton que permitía a ciudadanos norteamericanos de origen cubano demandar ante tribunales estadounidenses a empresas de terceros que hubieran invertido en propiedades nacionalizadas por el gobierno cubano a principios de la Revolución.

Por ello, no es de extrañar que, fiel al pragmatismo realista del cual siempre ha hecho gala, el gobierno cubano diera señales políticas importantes en los primeros dos años de la administración Bush. El primero fue mediante la aplicación de lo que se ha dado en llamar la “treta de Trollope”, aprovechándose de un mensaje más conciliador del Departamento de Estado que el de la Casa Blanca acerca de los daños causados por el huracán Michelle en noviembre de 2001 para revertir su decisión de no aprovecharse de lo previsto en la Enmienda Nethercutt e iniciar la compra de productos alimenticios.³⁵ Al año siguiente ya Cuba se había convertido en un importante mercado para los productos alimenticios estadounidenses, alcanzando la cifra de US\$ 138.634.784. En el resto de la década, el monto anual

Ejecutivo para flexibilizar los viajes a Cuba, prácticamente prohibidos por leyes anteriores, particularmente Helms-Burton. Para la descripción de este proceso, véase Pérez-Stable, *op. cit.*, pp. 74-75.

35 Véase Jorge Domínguez, “Reconfiguración de las relaciones de los Estados Unidos y Cuba”, *Temas*, N° 62-63, La Habana, 2010, página 8; y Pérez-Stable, *op. cit.*, pp. 87-88.

de las importaciones cubanas de alimentos de origen norteamericano (pollo, arroz, frutas, etc.) continuó aumentando hasta llegar a US\$ 710.086323 en 2008 para una suma total en la década de US\$ 3.233.111.616. Esto significa que el mercado cubano para alimentos procedentes de Estados Unidos está entre los 40 primeros en el mundo de un total de 232 países.³⁶

El otro gesto positivo de la parte cubana se produjo en 2002 cuando la administración comunicó oficialmente a La Habana que instalaría una prisión para “combatientes talibanes” en la Base Naval que ocupa en el territorio cubano de Guantánamo. La reacción del gobierno de Cuba fue positiva, ofreciendo su cooperación, cuestión ésta reiterada por el entonces Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Raúl Castro, quién afirmó: “Esta cooperación mínima evidencia lo que podría hacerse en otras esferas. Estamos listos a cooperar tanto como sea posible”.³⁷ Estas declaraciones recalcan la disposición positiva de Cuba por cooperar con Estados Unidos después de los ataques terroristas del 11 de septiembre, en que La Habana ofreció sus aeropuertos para el aterrizaje de aviones norteamericanos y ratificó de inmediato 13 tratados internacionales anti-terroristas.

Pero ya en el propio 2002 se vio un adelanto de la visión que tenían los principales ideólogos neoconservadores sobre Cuba cuando el Secretario Adjunto de Estado para el Desarme, John Bolton, uno de los más destacados académicos de este grupo incorporado a los cuadros diplomáticos de Bush, declaró en Washington que “los Estados Unidos creen que Cuba realiza al menos un esfuerzo de investigación ofensivo limitado para la guerra química”. Por supuesto, utilizar estos términos pocos meses después de proclamada la Guerra Global contra el Terrorismo y de que Bush amenazara a países incluidos en el llamado “Eje del Mal” con acciones militares punitivas, y cuando se iniciaba el debate sobre el lanzamiento de la guerra contra Irak, no podía tener otro objetivo que incluir a Cuba entre los posibles blancos de esa ofensiva. Estaba también dirigido a sabotear la anunciada visita del ex presidente James Carter a Cuba en mayo de ese año.³⁸ Esta falsa acusación fue poco después desmentida por el Departamento de Estado y el propio Carter declaró desde La Habana que no había visto nada que indicara que lo alegado fuera cierto.

36 U.S.-Cuba Trade and Economic Council, Inc., *Economic Eye on Cuba, March 2010, 2010-2001 U.S. Export Statistics for Cuba*. Boletín electrónico recibido por el autor.

37 Citado por Domínguez en *op. cit.*, 2010, p. 8.

38 Véanse “In from the cold?” en *The Economist*, edición digital, 15 de mayo de 2002, y Lissa Weinmann, “Washington’s Irrational Cuba Policy”, en *World Policy Journal*, Nueva York, Primavera 2004, p. 22.

Las declaraciones de Bolton, sin embargo, prepararon el terreno para lo que vendría después. En septiembre de 2002, Estados Unidos había enviado a La Habana un nuevo Jefe de la Sección de Intereses, James Cason, quien desde el principio hizo ostensible que su principal y prácticamente única prioridad era la de fomentar y apoyar una oposición interna favorable a los intereses de Estados Unidos. Sus acciones, que incluyeron ofrecer su propia residencia para seminarios de grupos calificados por el gobierno cubano como contrarrevolucionarios y pronunciar en La Habana y Miami discursos en los que se violaba claramente el principio de no intervención, constituyeron una provocación inaceptable para el gobierno cubano.

En aquella ocasión, Wayne Smith, un ex diplomático estadounidense, quien estuviera vinculado a la apertura de las Secciones de Intereses de ambos países en las respectivas capitales y fuera también Jefe de la Oficina Cuba del Departamento de Estado y de la propia Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana a fines de la década de 1970 y principios de la de 1980 calificó dicho comportamiento de “cuestionable” desde el punto de vista diplomático, por lo que “visto a la luz de la política de Estados Unidos que, en efecto, llama a un cambio de régimen, todo este esfuerzo es visto por los cubanos como un intento subversivo”. Asimismo apuntó que entre sus consecuencias estaba la de inducir al gobierno cubano a tomar medidas extremas con las personas con las que Cason se relacionó íntimamente, quienes fueron arrestados “no por expresar opiniones contra el gobierno cubano sino por ‘conspirar con diplomáticos norteamericanos’”. Smith contrastó con este hecho el resultado obtenido por el ex presidente James Carter un año antes, cuando se reunió con algunas de estas personas y hasta habló sobre ellas en la televisión cubana sin que pasara nada.³⁹

Recientemente, Roger Noriega —a la sazón Secretario Adjunto de Estado para Asuntos Hemisféricos— confesó en una radioemisora de Miami que toda la campaña de Cason en La Habana en la primavera de 2003 estaba encaminada a buscar que lo expulsasen, después de lo cual el Departamento de Estado se vería obligado a cerrar las Secciones de Intereses de ambos países, con lo cual se cerraría cualquier canal de comunicación entre ambos gobiernos, un objetivo públicamente buscado por los sectores conservadores en Estados Unidos.⁴⁰

39 Véase “Dismal Diplomacy”, *Fort Lauderdale Sun Sentinel*, 27 de marzo de 2003, en <<http://www.sunsentinel.com/news/opinion/search/sfl-27forum27mar27.story>>.

40 Saul Landau y Nelson Valdés, “Confesiones de Roger Noriega: ¿Diplomacia muscular o violación de la ley?”, en revista digital *Progreso Semanal*, Miami, 15 de septiembre de 2010, en <http://progresosemanal.com/4/index.php?option=com_content&vie>.

De las declaraciones de Noriega no se puede deducir si se trataba de instrucciones oficiales del Departamento de Estado pero lo cierto es que poco tiempo después el presidente Bush dio por terminadas las conversaciones semestrales sobre temas migratorios pactadas entre ambos gobiernos por los acuerdos firmados en 1994 y 1995 para poner fin a la “Crisis de los balseros” del verano de 1994.

A partir de 2003 y hasta el término de su mandato, además del cese de las conversaciones migratorias semestrales, la Administración Bush tomó una serie de medidas para aumentar las presiones contra Cuba prácticamente en todos los terrenos que afectaban las relaciones bilaterales:

- Recrudescimiento de todos los mecanismos de supervisión de las sanciones económicas contra Cuba a través de la Oficina de Control de Bienes Extranjeros (OFAC) del Departamento del Tesoro, llegando a poner penalidades multimillonarias a bancos extranjeros por prestar servicios a Cuba.
- Reducción y restricción de las remesas de cubano-americanos a sus familiares en Cuba.
- Limitación de los viajes a Cuba de esos mismos ciudadanos a uno cada tres años.
- Restricciones hasta su casi total eliminación de los intercambios académicos, científicos y culturales entre ambos países.⁴¹
- Creación de una Comisión para la Asistencia a una Cuba Libre, que publicó dos informes, uno en 2004 y otro en 2006. Según Jorge Domínguez, “El informe abordaba el futuro de la Isla en términos duros, mezquinos y poco informados.”⁴²

w=article&id=2610:confesiones-de-roger-noriega-idiplomacia-muscularviolacion-de-la-ley-&catid=3:en-los-estados-unidos&Itemid=4>

41 Véanse Sheryl Lutjens, “Corrientes académicas y culturales Cuba-Estados Unidos: temas y actores”, y Milagros Martínez, “La diplomacia académica: los intercambios culturales entre Cuba y los Estados Unidos” en *Temas*, N° 62-63, La Habana, 2010; y Latin America Working Group Education Fund, *Retreat from Reason U.S.-Cuban Academic Relations and the Bush Administration*, Washington D.C., 2006.

42 Domínguez, *op. cit.*, 2010, p. 9.

- Como ha señalado Dan Erikson, lo que más llama la atención del Informe de la Comisión Powell es que “si bien promovía claramente muchas de las mismas presunciones sobre Cuba que probaron ser tan erróneas en Irak, fue escrito durante un período en el cual el esfuerzo de Estados Unidos en Irak estaba desarticulándose.”⁴³
- Creación del cargo de Coordinador de la Transición Cubana en el Departamento de Estado, en momentos en que ese paso recordaba sobremanera lo que estaba sucediendo en Irak, donde el General Jay Garner resultó ser el primer gobernador militar de Estados Unidos en Bagdad. De hecho, según Bob Woodward, el asunto se habló entre el presidente y el militar retirado, insinuando que, después de Irak, debería “hacer” Cuba.⁴⁴

Ante la implacable hostilidad de la Administración Bush, el gobierno cubano reaccionó con su habitual firmeza y tenacidad, aprovechando la coyuntura para demostrar lo necesario de tomar medidas duras, particularmente contra los que eran considerados agentes de una potencia extranjera eufórica por su aparente triunfo militar y propensa a emplear sus Fuerzas Armadas de nuevo contra los que consideraba sus enemigos. Debe tenerse en cuenta que en el 2003 se sucedieron un número significativo de intentos de secuestro de naves y aeronaves y actos de terrorismo que en la percepción de la elite revolucionaria cubana obedecían a la instigación de estas acciones por Washington y sus representantes, cuya virulencia retórica aumentó sustancialmente. Ello pone en una perspectiva más comprensible lo que se ha dado en llamar, con cierta tendencia a la exageración, la “Primavera Negra”. Vale subrayar que la mayor parte de las personas sancionadas y condenadas a largas penas de cárcel ya han sido liberadas por el gobierno cubano en 2010.

La transferencia de poderes de Fidel a Raúl Castro se produjo paulatinamente durante toda la segunda mitad de 2006 y comienzos de 2007. Es interesante que, a pesar de toda la implacable hostilidad retórica y práctica y de la abierta esperanza de que sin el líder de la Revolución el gobierno cubano fuera derrocado, tanto el presidente como su Secretaria de Estado, Condoleezza Rice, y el Secretario de Estado para Asuntos Hemisféricos, Thomas Shannon, reaccionaran de manera comedida, desencantando a los elementos más reaccionarios de la emigración cubano-americana en Miami. En un plantea-

43 Erikson, *op. cit.*, 2008, p. 88.

44 Bob Woodward, *State of Denial: Bush at War, Part III*, Nueva York, 2006, p. 224.

miento sorprendente para funcionarios estadounidenses pero típico para el momento, la segunda dijo: “No vamos a hacer nada que agudice un sentido de crisis o un sentido de inestabilidad en Cuba.”⁴⁵

Para el liderazgo de la Isla era de vital importancia mantener controlado el proceso de sucesión, razón por la cual los planteamientos del Primer Mandatario y sus colaboradores resultaron bienvenidos, aunque no lo hicieran público. Por su parte, el presidente interino, Raúl Castro, no perdió oportunidad para reiterar la tradicional posición cubana: resistir cualquier imposición y disposición a conversar sobre cualquier asunto sin condiciones previas y total respeto a la soberanía cubana. Por ejemplo, el 19 de agosto de 2006 *Granma* —el órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba— publicó una entrevista concedida por el presidente interino a su director, Lázaro Barredo, en la que afirmó: “A estas alturas, deberían tener claro que con imposiciones y amenazas no es posible lograr nada de Cuba. En cambio, siempre hemos estado dispuestos a normalizar las relaciones en un plano de igualdad. Lo que no admitimos es la política prepotente e injerencista que con frecuencia asume la actual Administración de ese país.”⁴⁶ Con casi las mismas palabras lo reiteró el 2 de diciembre del mismo año, con motivo del 50° Aniversario de las Fuerzas Armadas Revolucionarias: “Sirva la oportunidad para nuevamente declarar nuestra disposición de resolver en la mesa de negociaciones el prolongado diferendo entre Estados Unidos y Cuba, claro está, siempre que acepten, como ya dijimos en otra ocasión, nuestra condición de país que no tolera sombras a su independencia y sobre la base de los principios de igualdad, reciprocidad, no injerencia y respeto mutuo.”⁴⁷

A pesar de este cuadro de agria animadversión entre ambos gobiernos, se mantuvieron varias áreas de cooperación. Los acuerdos migratorios de 1994-1995 se siguieron cumpliendo, a pesar de la ruptura de las conversaciones semestrales y del mantenimiento de la Ley de Ajuste Cubano. Ello se tradujo en una relación migratoria normal y en la práctica eliminación del desorden y la ilegalidad, con el consecuente peligro para las vidas de personas, que primó hasta 1994. Continuó la cooperación puntual en la lucha contra el narcotráfico. Se mantuvo la cooperación entre los mandos militares en el territo-

45 Citada en Domínguez, *op. cit.*, 2010, quién lo tomó de <www.state.gov/secretary/rm/2006/70014.htm>.

46 “Ningún enemigo podrá derrotarnos”, *Granma*, La Habana, 19 de agosto de 2006, en <<http://granma.co.cu/2006/08/19/index.html>>.

47 Discurso íntegro pronunciado por el General de Ejército Raúl Castro Ruz en el portal *Cubadebate*, en <<http://www.cubadebate.cu/raulcastro-ruz/2006/12/02/discurso-integro-pronunciado-por-el-general-de-ejercito-raul-castro-ruz-2/>>.

rio aldeaño a la Base Naval de Guantánamo, donde mensualmente se reúnen los altos jefes de ambos contingentes armados, la guarnición estadounidense de la Base y la Brigada Fronteriza de las FAR cubanas.

El balance final del período de George Bush en la presidencia de Estados Unidos no estaría completo sin una referencia al tema del terrorismo. Después de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono, el gobierno cubano propuso al de Estados Unidos un acuerdo de cooperación en la materia. Sin embargo, la Administración no sólo se negó a negociar y firmar un acuerdo antiterrorista propuesto por la parte cubana, sino que mantuvo a Cuba en la lista de estados promotores del terrorismo, en la cual había sido colocada en la década de 1980 por la administración Reagan so pretexto del apoyo cubano a las luchas revolucionarias en América Central.⁴⁸

En relación con el terrorismo hay dos asuntos particularmente espinosos. Uno fue el apresamiento en 1998, procesamiento en 2000-2001 y condena a largas penas de 5 agentes enviados por Cuba al territorio estadounidense con el fin de obtener información acerca del financiamiento, organización y ejecución de atentados terroristas contra la Isla desde Miami. Hay fundadas sospechas de que, por razones políticas, estas actividades han sido débilmente perseguidas por las agencias encargadas de hacer cumplir la ley en Estados Unidos.⁴⁹

El proceso contra los 5 tuvo lugar en Miami. La acción cubana estaba más que legitimada por la cadena de bombas que estallaron en instalaciones turísticas cubanas en 1997 y la detención y condena en Panamá de Luis Posada Carriles y un grupo de terroristas cubanoamericanos que intentaban asesinar al presidente Fidel Castro durante la Cumbre Iberoamericana de 1999. Además, existía la percepción de que el FBI y otras agencias norteamericanas no estaban dando a Cuba

48 Véase el excelente estudio preparado por Wayne Smith y Anya Landau para el Center for International Policy poco después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, *Keeping Things in Perspective: Cuba and the Question of International Terrorism*, Washington, DC, 20 de noviembre de 2001. También pueden consultarse *Cuba and the State Sponsors of Terrorism List*, un informe de 2005 del Servicio de Investigaciones del Congreso, preparado por Mark Sullivan (Washington DC) y el balance que regularmente actualiza el prestigioso Council on Foreign Relations, *Background: State Sponsors: Cuba*, 23 de marzo de 2010, en el portal del CFR, en <<http://www.cfr.org/cuba/state-sponsors-cuba/p9359>>. A la pregunta de si Cuba apoya el terrorismo, el CFR ha venido respondiendo consistentemente desde 2001: “El gobierno de EE.UU. dice sí, pero muchos expertos son escépticos” (The U.S. government says yes, but many experts are skeptical). Debe tenerse en cuenta que el tema es sumamente manipulado desde el punto de vista que se mire.

49 Puede consultarse el portal digital creado sobre el caso por los que demandan su liberación, en <<http://thecuban5.org/wordpress/?lang=es>>.

toda la información necesaria.⁵⁰ El gobierno cubano ha insistido en que estos 5 agentes fueron sancionados con penas excesivas (dos cadenas perpetuas en uno de los casos) ya que recibieron un juicio amañando y ha exigido su indulto o perdón después que fracasaran los intentos judiciales de revisión. Además del natural sostén de la sociedad civil cubana, hay considerable apoyo internacional, incluyendo a 10 Premios Nobel de la Paz que han demandado su indulto. El propio ex presidente James Carter planteó la necesidad de revisar el caso e indultar a los cubanos en el informe de su más reciente visita a Cuba en 2011, donde también pidió la liberación de Alan Gross.⁵¹

El segundo se refería a la solicitud de extradición de Posada Carriles a Venezuela, exigida por el Gobierno de Hugo Chávez, secundado por La Habana, para que responda por la acusación que se le hace de participar en la voladura de un avión civil de Cubana de Aviación en Barbados en 1976. Posada y otro terrorista de origen cubano, Orlando Bosch, se habían escapado de Venezuela cuando estaban pendientes de ser procesados por segunda vez. Posada y sus cómplices fueron indultados por la presidenta saliente Mireya Moscoso en 2005 y se trasladaron a Estados Unidos bajo el mandato de Bush.

Ambos asuntos, el posible indulto y liberación de los 5 agentes cubanos y la extradición de Posada Carriles, quedaron pendientes al producirse la transferencia de George Bush a Barack Obama en 2009.

La ordenada sucesión de Fidel a Raúl Castro en 2006-2007 y la cercanía de las elecciones generales de 2008 provocaron un nuevo debate acerca de la conveniencia de revisar y cambiar la política hacia Cuba. Si en 1998-2000 se discutían dos opciones —continuar con los mismos objetivos e instrumentos o cambiar solo los instrumentos manteniendo los mismos objetivos, cambio de régimen y contención— en 2006-2008 la polémica incluyó otras dos alternativas: cambiar también los objetivos y normalizar; o cambiar los objetivos, normalizar y aumentar la cooperación en todos los terrenos. Quien mejor expresó estas tendencias fue Abraham Lowenthal, Profesor de la Universidad de San Diego y académico liberal cercano a las administraciones demócratas, quien argumentó, en un Documento de Trabajo preparado para la Institución Brookings en mayo de 2008, que la nueva administración que emergiera de las elecciones de noviembre debía normalizar las re-

50 Puede consultarse el artículo de Medea Benjamin en el portal digital del *Huffington Post*, titulado “Our Terrorist in Miami”, del 12 de febrero de 2008, en <http://www.huffingtonpost.com/medea-benjamin/our-terrorist-in-miami_b_86155.html>.

51 Véase el informe en <http://www.cartercenter.org/news/trip_reports/cubamarch2011.html>. Sobre Gross, ver más abajo.

laciones sin precondiciones y ampliar la cooperación con Cuba.⁵² Estas ideas hallarían cabida en un informe posterior a la toma de posesión de Barack Obama del propio tanque pensante liberal titulado *CUBA: Una Nueva Política de Diálogo Crítico y Constructivo*, redactado bajo la coordinación de Carlos Pascual y Vicki Huddleston, dos funcionarios del Departamento de Estado que ocuparían cargos en la nueva administración.⁵³

Ante el proceso electoral de 2008, el liderazgo cubano tenía sentimientos ambiguos. Para algunos la elección de Barack Obama era altamente improbable, por lo que había que prepararse para lo peor con John McCain en la Casa Blanca, pues solo podía esperarse una continuación de la implacable hostilidad de Bush, quizás con más empleo de instrumentos bélicos. Por añadidura, Obama también generaba escepticismo, a pesar de que durante la campaña se mostró partidario de establecer políticas de intercambio con todos los adversarios de Estados Unidos, Cuba incluida. El hecho de que los intentos aperturistas de Carter fracasaran en 1977-1981, que ni siquiera el fin de la Guerra Fría y la negociación de los acuerdos de paz de África Sudoccidental en 1988-1989 trajeran cambios y que la política de Clinton hubiera sido tan confusa, llenaba a La Habana de desconfianza. Y el que escogiera un almuerzo con la Fundación Nacional Cubano Americana en Miami como la ocasión para anunciar su política hacia Cuba indicaba que, en el mejor de los casos, se pasaría a una política en la que se enfatizarían los aspectos subversivos de la legislación vigente y su llamado “Carril 2”.

Una vez electo, sin embargo, se dieron señales de cambio, aún cuando fueran limitados. Apenas un mes después de la asunción del nuevo presidente, el Senador Richard Lugar, máximo representante de la minoría republicana en la Comisión de Relaciones Exteriores, publicó un informe de sus asistentes abogando por revertir las medidas de Bush y facilitar el comercio agrícola y los viajes de norteamericanos a Cuba.⁵⁴ En abril no sólo se publicó el informe de la Institución Brookings llamando a cambiar la política, sino que visitó La Habana un grupo de representantes demócratas de origen afro-americano in-

52 Abraham F. Lowenthal, *Toward Improving Cooperation in the Americas*, Background Document BD-01, Comisión para la Asociación en las Américas de la Institución Brookings, Washington DC, 2008, pp. 9-10.

53 *Informe del Proyecto de Brookings sobre la Política de Estados Unidos hacia Cuba en Transición*, Washington DC, abril de 2009.

54 Karen DeYoung, “Lugar, GOP Senate Report Urge Fresh Look at Relations With Cuba”, *The Washington Post*, 21 de febrero de 2009, p. 3. Véase también *El País*, 23 de febrero de 2009, edición digital: “Un senador republicano pide debatir el embargo a Cuba”.

tegrantes del llamado “Caucus Negro”, quienes fueron recibidos por el presidente Raúl Castro y por Fidel Castro.⁵⁵

Se acercaba la Cumbre de las Américas en Trinidad y Tobago, del 17 al 19 de abril, y todos los expertos pronosticaban que los presidentes y primeros ministros latinoamericanos y caribeños, ansiosos por conocer al nuevo inquilino de la Casa Blanca, llevarían el tema del levantamiento del bloqueo a Cuba y la normalización de relaciones con La Habana como el tema de primordial importancia, cuestión que preocupaba al Departamento de Estado, empeñado el tomar iniciativas que relanzaran las deterioradas relaciones con el resto del continente.⁵⁶

El propio anfitrión del cónclave, el Primer Ministro Patrick Manning, había estado en La Habana el mes anterior por motivos de salud y se había entrevistado con el presidente Raúl Castro al final de su estancia.⁵⁷

Aprovechando la coyuntura, la administración Obama tomó varias medidas de distensión en la relación Cuba-Estados Unidos. El 13 de abril se levantaron las restricciones a los viajes de cubano-americanos y al envío de remesas impuestas por Bush en 2004 y se autorizó a las empresas de telecomunicaciones a iniciar conversaciones para mejorar los servicios entre ambos países. Sin embargo, no se tomaron medidas para flexibilizar los viajes a Cuba, cuestión que aparentemente estaba en este primer paquete de medidas pero que el Senador demócrata cubano-americano por New Jersey, Bob Menéndez, logró bloquear. Pero habría que reconocer también que las medidas con respecto a viajes y remesas fueron mucho más lejos que lo que ya había aprobado William Clinton en la segunda mitad de su administración.

La reacción cubana oficial la explicó Raúl Castro en una reunión de Cancilleres del Movimiento de Países No Alineados en La Habana el 29 de abril, la cual amerita ser citada in extenso:

“Las medidas que recientemente anunció el presidente Obama, si bien son positivas, su alcance es mínimo. El bloqueo quedó intacto. No hay pretexto político ni moral que justifique la continuidad de esa política. Cuba no ha impuesto sanción alguna contra los Estados Unidos ni contra sus ciudadanos. No es Cuba la que impide a los empresarios de ese país hacer negocios

55 Mauricio Vicent, “Raúl Castro recibe a siete congresistas demócratas de EE.UU.: Cuba toma la visita, realizada a título personal, como un gesto de distensión”, *El País*, edición digital, 8 de abril de 2009.

56 “Cuba, la gran ausente, centra todas las miradas de la cumbre americana: Los mandatarios reunidos en Trinidad y Tobago piden a Washington el levantamiento del embargo”, *El País*, edición digital, 18 de abril de 2009.

57 “Fructífero intercambio de Raúl con el Primer Ministro de Trinidad y Tobago”, *Granma*, 30 de marzo de 2009, p. 1.

con el nuestro. No es Cuba la que persigue las transacciones financieras realizadas por los bancos norteamericanos. No es Cuba la que tiene una base militar en territorio de los Estados Unidos contra la voluntad de su pueblo, etcétera, etcétera, etcétera, para no hacer interminable la lista y por lo tanto, no es Cuba la que tiene que hacer gestos. Hemos reiterado que estamos dispuestos a hablar de todo con el gobierno de Estados Unidos, en igualdad de condiciones, pero no a negociar nuestra soberanía ni nuestro sistema político y social, el derecho a la autodeterminación, ni nuestros asuntos internos. Y si quieren discutir de todo eso y por lo mismo así lo expresamos recientemente en Venezuela, en una Cumbre del ALBA: discutirlo todo, todo, todo, lo nuestro, pero también lo de ellos en igualdad de condiciones.”⁵⁸

Al día siguiente, 30 de abril, el Departamento de Estado publicó su informe anual sobre terrorismo e incluyó nuevamente a Cuba. La respuesta cubana llegó a través de una Reflexión de Fidel Castro en la que se citó ampliamente unas declaraciones del Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba Bruno Rodríguez a la agencia AFP:

“Nosotros no reconocemos ninguna autoridad política ni moral al Gobierno de EE.UU. para hacer lista alguna, en ningún tema, ni para certificar buenas o malas conductas... En materia de terrorismo, el Gobierno de los EE.UU. históricamente ha tenido un largo expediente de acciones de terrorismo de Estado, no sólo contra Cuba... La posición de Cuba contra toda manifestación y forma de terrorismo, dondequiera que se cometa, contra cualquier Estado que se cometa, en cualquier forma que se realice, con cualquier propósito que se proclame, es clara y consistente con su actuación. Cuba ha sido víctima del terrorismo por muchos años y tiene una hoja de servicios totalmente limpia en esta materia. Jamás el territorio cubano se ha utilizado para organizar, financiar o ejecutar actos terroristas contra los Estados Unidos de América. El Departamento de Estado, que emite esos informes, no podría decir lo mismo.”⁵⁹

Un mes después, la Administración del presidente Obama anunció que había propuesto al gobierno cubano la reanudación de las conversaciones migratorias. El gobierno cubano aceptó. A pesar de que en las ocasiones en que se han llevado a cabo en La Habana las autoridades han protestado enérgicamente por el gesto poco diplomático de que los altos funcionarios del Departamento de Estado que han sido huéspedes del gobierno cubano se han reunido con grupos opositores

58 “La fuerza mayor de nuestro Movimiento radica en su unidad”, *Granma*, 30 de abril de 2009, p. 2.

59 Véase Fidel Castro, “Cuba: ¿Un país terrorista?”, en *Cubadebate: Reflexiones de Fidel*, 2 de mayo de 2009, en <<http://www.cubadebate.cu/reflexiones-fidel/2009/05/02/cuba-pais-terrorista/>>.

financiados por la Sección de Intereses de Estados Unidos, las conversaciones han continuado teniendo lugar a intervalos semestrales regulares y en algún momento se intentó infructuosamente por ambas partes extenderlas a otros temas como el correo postal.

El otro cambio significativo en la política de Estados Unidos hacia Cuba bajo el presidente Obama tuvo que esperar a febrero de 2011, incluso después que el Partido Republicano, donde militan la mayor parte de los congresistas cubano-americanos y partidarios del mantenimiento del bloqueo económico, recuperara el control de la Cámara de Representantes en las elecciones de 2010, lo que dificulta la tarea de modificarlo. Se trató de la muy esperada flexibilización de los viajes entre ambos países, tanto de norteamericanos hacia Cuba como de cubanos hacia Estados Unidos. De hecho, ya la administración, de manera furtiva, había venido liberalizando la entrega de visados a científicos, académicos y artistas cubanos, que la Administración Bush había paralizado casi totalmente. Al momento de escribir este trabajo no hay una idea exacta de la envergadura de estas modificaciones en las regulaciones, aunque algunos especialistas consideran que darán amplia posibilidades para grupos religiosos, educacionales y de otras categorías.⁶⁰

A pesar de las medidas positivas, la Administración Obama no ha tocado ninguno de los elementos centrales del conflicto y que Cuba reclama: reconocimiento de la legitimidad del gobierno cubano y normalización de relaciones diplomáticas sobre bases de igualdad, cosa que hacen los principales aliados de Estados Unidos como Canadá y los miembros de la Unión Europea; levantamiento total de las restricciones de viajes; devolución del territorio ocupado ilegalmente por la Base Naval de Guantánamo; levantamiento de las sanciones económicas; eliminación de Cuba de la lista de países promotores del terrorismo; búsqueda de una solución para los casos de Posada Carriles y los cinco agentes cubanos condenados a prisión en Estados Unidos; inicio de la cooperación institucionalizada en la lucha contra el narcotráfico, etc.

Cuando el presidente Obama habló ante los jefes de Estado y de gobierno de las Américas en la Cumbre de Trinidad Tobago en abril de 2009 reconoció que la política hacia Cuba había fracasado y prometió un nuevo comienzo. También enfatizó que había que dejar atrás el discurso del pasado:

60 Véase John McAuliff, "Preliminary Analysis of OFAC Travel Guidelines Issued April 19, 2011", en el blog *Cuba US People to People Partnership*, 17 de abril de 2011, en <<http://cubapeopletopeople.blogspot.com/2011/04/preliminary-analysis-of-ofac-travel.html>>.

“Los Estados Unidos buscan un nuevo comienzo con Cuba. Sé que hay que tomar un camino largo para superar décadas de desconfianza, pero hay pasos críticos que podemos tomar para llegar a un nuevo día. Ya he cambiado una política hacia Cuba que ha fracasado en avanzar la libertad y la oportunidad para el pueblo cubano. Ahora permitiremos a los cubano-americanos que visiten la Isla cuando quieran y puedan proveer recursos a sus familias, de la misma manera que tantas personas en mi país envían dinero a sus familiares para pagar por sus necesidades diarias. He indicado durante los dos últimos años, y repito ahora, que estoy preparado para que mi administración trate con el gobierno cubano en una amplia variedad de temas; desde drogas, migración y asuntos económicos, hasta derechos humanos, libertad de expresión y reforma democrática. Ahora, déjenme dejarlo claro, no me interesa hablar por hablar. Pero sí creo que podemos mover las relaciones norteamericano-cubanas en una nueva dirección.”⁶¹

Sin embargo, a pesar de los cambios que se han venido produciendo en Cuba y de la disposición reiterada del gobierno cubano a discutir todos los asuntos en igualdad de condiciones y con respeto mutuo, la Administración Obama parece seguir aferrada a viejos pronunciamientos como cuando realizó recientes declaraciones a la cadena de televisión hispana Univisión. Haciendo caso omiso a los cambios en la Isla, liberación de presos políticos y reformas económicas, el presidente afirmó: “Para nosotros poder tener las relaciones normales que tenemos con otros países, tenemos que ver cambios significativos por parte del gobierno cubano y no hemos visto nada todavía.”⁶² En abril de 2009 el presidente, según sus propias palabras, estaba dispuesto a dar pasos sin exigirle a Cuba nada a cambio. En febrero de 2011 se volvía al viejo discurso de exigirle condiciones al gobierno de La Habana.

Resulta difícil explicar la inconsistencia de la administración en su política hacia Cuba y el apocamiento de los pasos dados hasta ahora. Es cierto que existen limitantes a lo que el presidente puede hacer con respecto al bloqueo pero está el tema de la lista de Estados terroristas, la posibilidad de pasar la cooperación puntual en el tema de la lucha contra el narcotráfico a un mayor nivel, y otros muchos. Obama pudiera haber dado señales claras al Congreso, antes de noviembre de 2010 cuando los demócratas controlaban ambas cámaras, para que se dieran pasos en dirección a la liberalización de los viajes. Pero no lo ha hecho.

61 Transcripción del discurso del presidente Barack Obama en la sesión inaugural de la Cumbre de las Américas en Trinidad y Tobago, en el portal de la Casa Blanca, en <<http://www.whitehouse.gov/blog/2009/04/18/learn-history-not-be-trapped-it>>.

62 Lopez, “The ‘Low Point’ in U.S.-Cuba Relations-One Year Later”, en *The Havana Note*, 19 de mayo de 2011, en <<http://www.thehavananote.com/>>.

En tanto, se ha producido el caso de Alan Gross, un contratista privado de la empresa *Development Alternatives Incorporated* (DAI) que fue arrestado en Cuba en diciembre de 2009 cuando llevaba a cabo actividades ilegales de distribución de equipos de comunicación de alta tecnología sobre la base de un contrato con la Agencia para el Desarrollo Internacional de los Estados Unidos (USAID) para ejecutar fondos destinados a “la promoción de la democracia en Cuba”, considerados por el gobierno de La Habana como elementos clave en la política de subversión y cambio de régimen. Gross fue condenado a 15 años de cárcel en marzo de este año y está en proceso de apelación ante el Tribunal Supremo cubano. No se puede descartar que una vez agotado el procedimiento judicial las autoridades cubanas consideren que se ha dado suficiente escarmiento e indulte a Gross.

Pero el caso va al fondo del conflicto entre ambos países ya que Estados Unidos presupone que tiene el derecho a desarrollar acciones en Cuba a espaldas e, incluso, en contra del gobierno cubano para materializar su política de “cambio de régimen”, o sea, para derrocarlo, sin que éste pueda hacer nada, ni siquiera protestar. Como ha dicho el ex funcionario de administraciones republicanas Phil Peters, un experto en asuntos cubanos del Instituto Lexington, no afiliado a ningún partido pero cercano a los grupos conservadores, “bajo las leyes cubanas está claro que lo que el Sr. Gross estaba haciendo era ilegal”. Para este especialista, los programas de la USAID para Cuba “pusieron al Sr. Gross en un mundo de dificultades.”⁶³ Por otra parte, como ha señalado Pérez-Stable, si Cuba es una dictadura, como argumenta la Ley Helms-Burton, ¿qué le hace pensar a los que redactaron la ley que las autoridades cubanas cooperarán con Washington para provocar su propio derrocamiento?⁶⁴

Se ha dicho que el gobierno de Washington ha congelado la relación con Cuba por esta causa, pero como ha demostrado Fernando Ravensberg, corresponsal en Cuba de la BBC, en su blog “Cartas desde Cuba”, esto no es así. Varias de las medidas de flexibilización de las relaciones se han llevado a cabo después que Gross fuera apresado. Tal es el caso, por ejemplo, de la flexibilización de los viajes de norteamericanos a Cuba.⁶⁵

63 Ginger Thompson, “Cuban Trial of American Reaches End”, en *The New York Times*, 11 de marzo de 2011.

64 Pérez-Stable, *op. cit.*, p. 123.

65 Fernando Ravensberg, “La luna de miel, la guerra virtual y la vida real”, en *Cartas desde Cuba*, en el portal de la BBC, en <http://www.bbc.co.uk/blogs/mundo/cartas_desde_cuba/2011/03/la_luna_de_miel_la_guerra_virt.html>.

La posición cubana ante los intentos de imposición y subversión ha sido reiterada por el presidente Raúl Castro durante su intervención en el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba en abril de 2011:

“El gobierno norteamericano no ha cambiado su política tradicional dirigida a desacreditar y derrocar a la Revolución, por el contrario, ha continuado el financiamiento de proyectos para promover directamente la subversión, provocar la desestabilización e interferir en nuestros asuntos internos. La actual administración ha decidido algunas medidas positivas, pero sumamente limitadas. El bloqueo económico, comercial y financiero de los Estados Unidos contra Cuba persiste e incluso se intensifica bajo la actual presidencia, en particular en las transacciones bancarias, ignorando la condena casi unánime de la comunidad internacional que se ha venido pronunciando crecientemente por su eliminación durante 19 años consecutivos.

....

“Al gobierno de Estados Unidos no debería quedarle ninguna duda de que la Revolución Cubana saldrá fortalecida de este Congreso. Si desean seguir aferrados a su política de hostilidad, bloqueo y subversión, estamos preparados para continuar enfrentándola. Reiteramos la disposición al diálogo y asumiremos el desafío de sostener una relación normal con Estados Unidos, en la que podamos convivir de manera civilizada con nuestras diferencias, sobre la base del respeto mutuo y la no injerencia en los asuntos internos.”⁶⁶

Para terminar con la evolución del conflicto entre 2001 y 2011, vale señalar que durante este período Cuba no sólo logró que la Asamblea General de la ONU condenara el bloqueo de Estados Unidos contra Cuba durante todos estos años, sino que obtuvo éxito en lograr que cesaran los ataques discriminatorios promovidos por Estados Unidos en la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra. Ello estuvo motivado por la disolución de ese órgano y la creación del Consejo de Derechos Humanos, en el cual la posibilidad de manipulaciones del tema por motivos políticos es mucho menor. Mientras Estados Unidos se negó a participar en el nuevo Consejo, al que todos los Estados miembros tienen que ser electos y no hay miembros permanentes, Cuba logró ser electa en los comicios con los que se inició su creación.⁶⁷

66 Informe Central al VI Congreso del Partido Comunista de Cuba: Texto íntegro del Informe Central al VI Congreso del PCC, en *Juventud Rebelde*, edición digital, 16 de abril de 2011.

67 Véase Pérez Stable, *op. cit.*, pp. 127-129.

LAS RELACIONES CON AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE⁶⁸

El período que va entre 2001 y 2011 fue sumamente favorable a Cuba en sus relaciones con América Latina y el Caribe. Tradicionalmente, La Habana había conducido una política sustentada en los siguientes pilares:

1. El radicalismo de las soluciones dadas en su momento por la Revolución Cubana a problemas comunes a todos los países de la región.
2. La originalidad e independencia de su trayectoria, muy atractivo para el imaginario popular latinoamericana y caribeño.
3. Su capacidad de resistencia y persistencia ante Estados Unidos. La narrativa del David contra el Goliat.
4. La solidaridad con las fuerzas progresistas de izquierda, con los movimientos populares y con los propios pueblos.
5. El desarrollo de una vigorosa política de Cooperación Sur-Sur.
6. El realismo y el pragmatismo de sus relaciones con gobiernos y fuerzas políticas de centro, de centro izquierda y hasta de derecha.
7. La influencia socio-cultural gracias al estímulo y fortalecimiento de lazos con la intelectualidad de la región.

En la década objeto de estudio, el contexto internacional y de las relaciones interamericanas en la región cambiaron sustancialmente, dando lugar a condiciones más propicias para el desarrollo de la política exterior cubana:

1. Abandono del modelo neoliberal y búsqueda de alternativas en las que prima una concepción de justicia social y desarrollo sostenible.
2. Búsqueda de mayores niveles de autonomía con respecto a los centros de poder económico y político mundial y particularmente Washington.

68 Este acápite está basado en mi ensayo “La Revolución Cubana y su influencia en las izquierdas latinoamericanas y caribeñas”, en *Pensamiento Propio*, N° 33, Buenos Aires, Julio-Diciembre 2010.

3. Búsqueda de un modelo social que responda a las exigencias contemporáneas de mayor equidad, mayor participación y más democracia. Esta búsqueda se ha hecho bajo el lema de “socialismo del siglo XXI” en varios países.
4. Creciente influencia de las fuerzas políticas progresistas y populares tanto en Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua (cuyos gobiernos proclaman su adhesión a las corrientes de izquierda), como en Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Paraguay, Guatemala y El Salvador.
5. Intentos por diseñar una estructura regional propia de América Latina y el Caribe, al margen, pero no contradictoria, con las instituciones existentes.
6. Mayor activismo internacional en órganos de gobernanza global.
7. Creación de sistemas políticos nacionales más diversos que el marco estrecho de democracias liberales representativas.

Esta combinación de pilares tradicionales de la política cubana en la región con el nuevo contexto, permitió a Cuba alcanzar notables éxitos que catapultaron sus relaciones con los países latinoamericanos y caribeños que ya habían alcanzado sustanciales niveles de normalidad en la década de 1990. Sin ánimo de agotar todo el tema, vale la pena apuntar algunos hechos.

VENEZUELA

El triunfo de Hugo Chávez en las elecciones de 1998, el desarrollo de la Revolución Bolivariana y la coincidencia política entre los liderazgos de ambos países, permitieron a Cuba ganar un aliado estratégico con recursos económicos suficientes y una posibilidad de complementación que ambos gobiernos han sabido explotar al máximo. Sobre la base de un comercio compensado por los servicios sociales que La Habana ofrece a Caracas, Venezuela se ha convertido en el tercer destino de las exportaciones cubanas, después de Canadá y China, y en el mayor suministrador de productos a la Isla (principalmente petróleo) superando con creces a China, España, Estados Unidos y Canadá.⁶⁹ El Convenio Bilateral de Cooperación entre Cuba y Venezuela abarca numerosos sectores de ambos países y se habla de una unión económica

69 Economist Intelligence Unit, *Country Report: Cuba*, Londres, septiembre de 2009.

que está en el centro del nuevo proyecto de integración regional, la Alternativa Bolivariana para las América (ALBA). Finalmente ambos países mantienen un intenso intercambio de concertación y alianza política que resulta beneficiosa para ambos y constituye uno de los ejes centrales de la actual configuración geopolítica de fuerzas en la región dirigida a socavar el predominio de Estados Unidos.

Vale la pena, sin embargo, comentar varios aspectos. Primero, la relación Cuba-Venezuela no es nueva, tiene una trayectoria que surge en el siglo XIX y se desarrolló a lo largo del siglo XX. Segundo, el proyecto es mutuamente beneficioso en varios terrenos pues Cuba está asesorando a Venezuela en toda una serie de temas en los cuales tiene evidentes avances, mientras que Caracas ha ofrecido a La Habana varias producciones conjuntas y apoyo en el fomento de la capacidad refinadora de petróleo y en la apertura al exterior de las telecomunicaciones cubanas. Tanto Cuba como Venezuela están aprovechando la posición geoestratégica privilegiada de Cuba como la Isla más grande del Mar Caribe y el Golfo de México. Ambos países cooperan en el desarrollo social de los vecinos latinoamericanos y caribeños, como Bolivia y San Vicente y las Granadinas por poner sólo dos ejemplos. Finalmente, vale la pena señalar que los alegatos de que Venezuela pueda adoptar un modelo social similar al cubano resultan sumamente exagerados cuando se comprueban las diferencias entre ambos países, la principal de las cuales es que mientras la Revolución Cubana se inició a través de una sublevación armada y estuvo marcada por la aguda lucha de clases de los primeros años, en la cual Estados Unidos adoptó una política de activa injerencia, la Bolivariana nació de las victorias electorales de Chávez y creó un sistema político que no estuvo marcado por el profundo cisma que hubo en Cuba y en un contexto en que Washington no ha actuado de la misma manera que lo hizo con respecto a Fidel Castro.

BRASIL

El gigante sudamericano se ha convertido en uno de los aliados clave de Cuba, particularmente después de la elección de Luiz Inácio Lula da Silva, quien asumió como presidente de Brasil el 1º de enero de 2003. Aunque las cifras de comercio e inversiones no son impresionantes, hay dos elementos primordiales. Como siempre la colaboración cubana en materia de salud pública y otros temas de desarrollo social. El segundo es el número de empresas conjuntas creadas en sectores esenciales para el desarrollo económico de Cuba, como son la agroindustria y la infraestructura portuaria. También se conoce que las empresas petroleras de ambos países

—CUPET y PETROBRAS— mantienen estrechos lazos en lo que se refiere al fomento de la producción de petróleo y gas. La ampliación del puerto del Mariel, cerca de los bloques de prospección de hidrocarburos que Cuba ha puesto a disposición de empresas internacionales en la Zona Exclusiva del Golfo de México, puede resultar un elemento estratégico capital para la Isla. A esto habría que añadir la coincidencia política de ambos gobiernos en la mayor parte de los temas que atañen a la cooperación e integración regional, particularmente en la segunda mitad de la década.

MÉXICO

Las relaciones con este tradicional amigo de Cuba se distanciaron durante el gobierno de Vicente Fox, pero han venido recuperándose en el sexenio de Felipe Calderón. Raúl Castro estuvo en la Cumbre regional de Cancún y contribuyó al éxito de este cónclave que representó un retorno de México al ámbito latinoamericano y caribeño que había sido preterido en el mandato de su predecesor.

CENTROAMÉRICA

Cuba logró concluir el proceso de normalización de relaciones con esta subregión cuando El Salvador restableció las relaciones diplomáticas al ser electo el presidente Mauricio Funes y Costa Rica aceptó elevar el nivel de las relaciones al rango de Embajadas (existían sólo a nivel de Cónsules Generales). Por otra parte, continuó prestando colaboración en materia de salud a Guatemala y Honduras y apoyó al presidente Manuel Zelaya. La reelección de Daniel Ortega en Nicaragua y la adhesión de este país al ALBA sirvió para que la Isla incrementara sustancialmente su cooperación. Con Panamá fueron particularmente positivas las relaciones con el presidente Martín Torrijos pero se han mantenido con su sucesor, el conservador Ricardo Martinelli.

CARIBE

Lo más destacado en esta subregión fue el desarrollo de los programas de colaboración sanitaria y de otro tipo con todos los vecinos caribeños pero particularmente con Haití. Durante el terrible terremoto, la cooperación de Cuba, que ya tenía desplegada una brigada médica de más de 600 especialistas de distintos niveles, resultó decisiva en salvar vidas y parar la epidemia de cólera. Esta acción se unió a la bien conocida Operación Milagro, por medios de la cual decenas de miles de caribeños fueron operados de la vista por especialistas cubanos con el valioso aporte en recursos de Venezuela.

SUDAMÉRICA

Bolivia y Ecuador se constituyeron en dos de los aliados clave de Cuba mediante su participación en el ALBA. Ambas naciones son beneficiarias de ayuda médica y social cubana. Las relaciones con Argentina se desarrollaron ampliamente durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández con comercio, acuerdos de cooperación económica y colaboración política. Fue particularmente importante la visita a Cuba de la presidenta argentina. Michele Bachelet aceptó una invitación de Raúl Castro y presidió la delegación oficial chilena a la Feria Internacional del Libro de La Habana, en la cual su país figuró como invitado especial. Mejoraron las relaciones con Uruguay bajo los dos gobiernos del Frente Amplio y se desarrollaron normalmente con Paraguay. Incluso Colombia reconoció el positivo papel de Cuba en los procesos negociados para su conflicto interno. Con el Perú de Alan García las relaciones han sido correctas. Cuba apoyó a los países de UNASUR en sus diferentes demandas sobre la presencia militar norteamericana en la región.

COOPERACIÓN E INTEGRACIÓN REGIONAL

Cuba continuó trabajando con los distintos organismos regionales de América Latina y el Caribe con la excepción de la OEA. Vale destacar su ingreso en el Grupo de Río; su participación activa en las Cumbres Iberoamericanas y Unión Europea-América Latina y el Caribe; su decisivo aporte a la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños; y su participación activa en la Alternativa Bolivariana para las Américas. Como éxito notable debe remarcarse la decisión de la Asamblea General de la OEA de San Pedro Sula en junio de 2009 cuando dejó sin efecto el acuerdo de 1962 por el cual se suspendía la participación del gobierno cubano. Aunque la decisión constituyó un relevante éxito diplomático, Cuba reiteró que no regresaría a la organización:

“Cuba acoge con satisfacción esta expresión de soberanía y civismo, a la vez que agradece a los gobiernos que, con espíritu de solidaridad, independencia y justicia, han defendido el derecho de Cuba a regresar a la Organización. También comprende el deseo de librar a la OEA de un estigma que había perdurado como símbolo del servilismo de la institución. Cuba, sin embargo, ratifica una vez más que no regresará a la OEA.”⁷⁰

70 Véase *Declaración del Gobierno Revolucionario*, del 8 de junio de 2009, en <<http://america.cubaminrex.cu/Declaraciones/Articulos/DeclaracionesGobierno/2009/2009-06-08.html>>.

CHINA: UN ALIADO ESTRATÉGICO GLOBAL⁷¹

En la primera década del siglo XXI, Cuba y China han alcanzado un excelente nivel de relaciones que han convertido a Beijing en el principal aliado estratégico global de La Habana y a La Habana en uno de los socios clave de Beijing. Probablemente fueron pocos los especialistas que consideraron ello como una real posibilidad. Las relaciones cubano-chinas comenzaron siendo muy íntimas en la primera mitad de la década de 1960 después de que Cuba fuera el primer país latinoamericano y caribeño en reconocer al gobierno de la República Popular como el representante legítimo del pueblo chino. Pero esas relaciones se deterioraron rápidamente debido al conflicto Chino-Soviético.⁷²

Mientras que las relaciones económicas continuaron siendo normales desde inicios de la década de 1970,⁷³ los vínculos políticos se hicieron muy difíciles a causa de las críticas chinas a la intervención cubana en defensa de Angola contra la agresión sudafricana en 1975-1976⁷⁴ y a la crítica de Fidel Castro al liderazgo chino por el conflicto con Vietnam en 1979.⁷⁵ Sin embargo, después del fin de la Guerra Fría, ambos países iniciaron un ininterrumpido proceso de acercamiento mediante el intercambio de visitas de alto rango en ambas direcciones.⁷⁶

Las dos visitas clave que impulsaron este proceso fueron las del presidente Yang Zemin a Cuba en 1993 y de Fidel Castro a China en 1995. En aquellos años, era evidente para Cuba la necesidad de encontrar nuevos aliados con peso en la economía y la política mundiales. Para China, Cuba continuaba siendo muy importante políticamente, ya que se trataba de un país del Tercer Mundo con el cual se sostenían muchas posiciones comunes. Esto quedó demostrado en los años sub-

71 Este acápite está basado en dos textos en proceso de publicación: Carlos Alzugaray "The Development of Cuban-Chinese Relations after the end of the Cold War" en Catherine Krull (editor), *Cuba in a Global Context: International Relations, Internationalism, and Transnationalism* que debe ser publicado en 2011 por University of Florida Press; y Mao Xianglin, Liu Weiguang, Carlos Alzugaray y Adrian H. Hearn, "China and Cuba: Past, Present, and Future", en Adrian H. Hearn and José Luis León Manríquez (editores), *China Engages Latin America: Tracing the Trajectory*, que será publicado por Lynne Rienner Publishers.

72 Cheng Yinghong, "Sino-Cuban Relations during the Early Years of the Castro Regime, 1959-1966", *Journal of Cold War Studies*, Cambridge Summer 2007, pp. 78-114.

73 H. Michael Erisman, *Cuba's Foreign Relations in a Post-Soviet World*, Gainesville, 2000, p. 139.

74 Gleijeses, *op. cit.*, p. 345.

75 Yinghong Sheng, "Sino-Cuban relations and the future of Cuba after Fidel Castro", *History Compass*, 2007, p. 729.

76 Véase *Sino-Cuban relations*, recuento oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores de China con motivo de la visita a Cuba del presidente Hu Jintao en 2004, en el portal digital de ese organismo: <www.fmprc.gov.cn>.

siguientes a los acontecimientos de la Plaza de Tiananmen, cuando Fidel Castro fue uno de los principales líderes mundiales que expresó comprensión hacia la posición del gobierno chino. En aquellos años, era evidente que China ofrecía a Cuba no solo una alianza política sino que también había posibilidades importantes debido al manifiesto éxito de las reformas chinas. Si para China resultó muy importante que los dirigentes cubanos le dieran la bienvenida por primera vez a un canciller chino en junio de 1989, cuando muchos países latinoamericanos y caribeños estaban cancelando su visita a causa de los acontecimientos de Tiananmen, para Cuba resultaba de importancia primordial que el presidente Jiang Zemin decidiera hacer su primer visita oficial a Cuba en 1993, el peor momento después del derrumbe de sus vínculos tradicionales con la Unión Soviética, hasta ese momento su principal aliado económico, político y militar.

Para finales de la década, las relaciones económicas habían alcanzado un auge sostenido amparadas en el funcionamiento de una comisión mixta intergubernamental de cooperación, mientras que los intercambios políticos incluían consultas mutuas anuales entre los cancilleres de ambos países, intercambios al más alto nivel entre delegaciones de la máxima dirección de los Partidos Comunistas en el poder, y encuentros en las capitales de ambos países entre altos mandos de las Fuerzas Armadas y organismos de seguridad.

En 2008, según *The Economist Intelligence Unit*, China fue el segundo destino de las exportaciones cubanas y el segundo origen de las importaciones. Beijing ofrece a La Habana créditos de todo tipo y mantiene una colaboración por medio de la cual se producen en su territorio productos farmacéuticos de la Isla.

A fines de 2002, la Universidad de La Habana estableció un Centro para la Enseñanza de la Lengua China. En septiembre de 2004, se enviaron tres profesores desde China para la universidad con el objetivo de supervisar los cursos. Por otra parte, miles de cubanos están estudiando chino en Beijing y otras ciudades. En 2008 el presidente Hu Jintao inauguró el Instituto Confucio en el centro del Barrio Chino de La Habana. En reciprocidad Cuba ha abierto sus universidades para el estudio de español por parte de jóvenes chinos. Este año el número de estos aumentó a 5.000.

Una iniciativa interesante, indicativa del nivel de las relaciones y de sus efectos de derrame en beneficio de terceros fue la inauguración del Gran Hotel Meliá Shanghai en abril de 2009. Este es copropiedad de las empresas estatales socialistas Cubanacán de La Habana y Xintian de Shanghai. La administración del hotel se le ofreció al consorcio español Sol Meliá que, por este medio, logró su primera penetración en el mercado chino. El hotel está excelente-

mente posicionado en el barrio financiero de Pudong de la metrópoli china y fue inaugurado precisamente en vísperas de la apertura de la Exposición Universal de Shanghai.

La importancia de las relaciones cubano-chinas se puso de manifiesto cuando el presidente Hu Jintao visitó la Isla en noviembre de 2008, a su regreso de la Cumbre de Washington del G-20 sobre la crisis financiera. Durante la visita se firmaron más de 10 convenios bilaterales entre ambos países como parte de los acuerdos alcanzados en la XXI Sesión de la Comisión Mixta Intergubernamental para la Cooperación Económica y Técnica que tuvo lugar en La Habana poco antes del arribo de Hu. Entre los más beneficiosos para Cuba, que acababa de ser azotada por tres huracanes, estuvieron la posposición hasta 2008 del pago de la deuda por el déficit en el intercambio comercial y una línea de crédito por otros cinco años. China también acordó dar a Cuba un crédito de 70 millones para la reparación y restauración de instalaciones sanitarias en la Isla. Hu se entrevistó tanto con el presidente Raúl Castro como con su antecesor, el compañero Fidel.

Los dos países comparten ideologías y valores similares y ambos liderazgos proclaman que construyen el socialismo con características propias. Cada uno continúa defendiendo la idea de la multipolaridad en las relaciones internacionales y se oponen a las políticas hegemónicas y de injerencia en los asuntos internos de otros países. Ambas partes han dejado atrás sus diferencias. Finalmente, quiérase o no, el desarrollo de las relaciones cubano-chinas plantea el problema de qué relevancia tiene para el futuro del proceso de actualización del modelo de desarrollo económico cubano adoptado en el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba, lo que se ha hecho hasta ahora en el gigante socialista asiático, teniendo en cuenta las críticas que se le hacen desde la izquierda, pero también los evidentes resultados en materia de desarrollo económico y mejora generalizada del nivel de vida de ese pueblo.⁷⁷ El 17 de noviembre de 2008, el periódico *Granma* publicó un artículo bajo el título “China sigue demostrando la validez del socialismo” en el que se recalcaron los éxitos económicos de ese país y se citaron palabras de Fidel Castro: “China se ha convertido objetivamente en la más prometedora esperanza y el mejor ejemplo para todos los países del Tercer Mundo.”⁷⁸

77 Este párrafo y los dos que le siguen han sido adaptados de Carlos Alzugaray, “Cuba cincuenta años después: continuidad y cambio político”, en *Temas*, N° 60, Octubre-Diciembre de 2009, página 43.

78 Oscar Sánchez Serra, “China sigue demostrando la validez del socialismo”, *Granma*, La Habana, 17 de noviembre de 2008.

Sin duda, en materia de territorio, población, envergadura económico-social, tradiciones históricas e identidad cultural, las diferencias entre Cuba y China son tan grandes como para imposibilitar la copia mimética del modelo de desarrollo del gigante asiático. No obstante, para lograr las metas propuestas, varios aspectos del proceso de reformas implantado en China tienen vigencia para Cuba. En primer lugar, la priorización del desarrollo de las fuerzas productivas para alcanzar los propósitos socialistas. En segundo lugar, la adopción del principio de que el socialismo se construye sobre la base de las características específicas de cada país. En tercer lugar el énfasis en los resultados como criterio para definir la política económica a partir de la famosa frase confuciana de Deng Xiaoping: “Da igual que el gato sea blanco o sea negro, lo que importa es que cace ratones”. En cuarto lugar, el reconocimiento y utilización de las relaciones monetario-mercantiles mediante la fórmula de “economía de mercado socialista”. Y finalmente, la permanente revisión de las vías y formas adoptadas, a fin de hacer los ajustes imprescindibles, como derivación de los cambios en los contextos sociales y de las consecuencias no buscadas que inevitablemente todo curso de acción conlleva.⁷⁹

Aplicando estos principios prácticos, el liderazgo chino ha logrado sacar de la pobreza a unos 300-500 millones de personas y crear una clase media estimada en unos 180-200 millones, en un plazo relativamente breve, lo que le da al país una estabilidad social significativa. Es cierto que estos logros no han estado exentos de elementos negativos, pero debe reconocerse, en primer lugar, que no hay sociedad perfecta y, en segundo, que los dirigentes del Partido Comunista Chino son los primeros en reconocer estas dificultades. Debido a que siguen el principio de que todo debe ser revisado una y otra vez —como propone Raúl Castro— el liderazgo del país asiático está en condiciones de introducir, en todo momento, las políticas rectificadoras que se requieran.

LOS ALIADOS DE ESTADOS UNIDOS: EL CASO DE CANADÁ

Los fundamentos estratégicos de la política cubana respecto a los aliados de Estados Unidos, especialmente los europeos, fueron trazados en 1980 a través de un seminal artículo del entonces vicepresidente a cargo de las Relaciones Exteriores, Carlos Rafael Rodríguez. En él se afirmaba que “dentro de la más estricta fidelidad de principios, sin hacer concesiones incompatibles con aquellos, la Revolución Cubana supo diferenciar siempre las posiciones respecto a ella de las diversas grandes potencias capitalistas y de los varios países

79 Véase Julio A. Díaz Vázquez y Eduardo Regalado Florido, *China: el despertar del Dragón*, La Habana, 2007.

capitalistas de desarrollo medio”. Esclareciendo aún más estas ideas, el autor subrayó las diferencias que podían existir entre las proyecciones políticas de distintos países capitalistas, sobre todo si en ellos se integraban fuerzas políticas como la socialdemocracia, cuya base social (la clase obrera y los sectores medios) los obligaba a tener en cuenta sus intereses clasistas, lo que sucedía entonces en Francia y la República Federal de Alemania.⁸⁰

Lo que se ha demostrado históricamente es que los principales aliados de Estados Unidos han tendido a cooperar con la política de Washington hacia Cuba en sus aspectos políticos siempre y cuando no se entrara en contradicción con sus intereses económicos en la Isla. El caso paradigmático es el de Canadá, de cuya íntima relación con su vecino al Sur no puede caber duda alguna. No obstante existir entre ambos una interdependencia compleja, según la definición de Robert Keohane y Joseph Nye, o quizás por eso mismo, Ottawa se ha negado a sumarse al bloqueo y por el contrario ha continuado desarrollando sus vínculos económicos con la Isla hasta convertirse en el primer socio en materia turística, el segundo en inversiones y el cuarto en comercio.⁸¹ Canadá mantiene un intenso intercambio académico con Cuba, inclusive a través de las Cátedras de Estudios Canadienses en varias universidades cubanas.

Lo interesante de la relación canadiense con Cuba es que la consolidación y desarrollo de los vínculos económicos y comerciales ha sobrevivido cambios de gobiernos y crisis políticas. Cuando la llamada “Primavera Negra” de 2003 o la muerte de Zapata en 2010, los canadienses mantuvieron posiciones similares a las de Europa pero sin la estridencia del Parlamento Europeo ni el exceso de las sanciones adoptadas por la Unión Europea. Ello los colocó en condiciones de ser mejor escuchados. Tampoco se perciben variaciones mayores cuando ha cambiado el gobierno en Ottawa. La política canadiense hacia Cuba no cambió sustancialmente después del ascenso del conservador Stephen Harper en 2006. La política cubana ha sido la de tratar las posibles posiciones canadienses como irritantes en la relación con un amigo, siempre haciendo respetar el principio de la igualdad soberana y del respeto mutuo.⁸²

80 Carlos Rafael Rodríguez, “Fundamentos estratégicos de la política exterior de la Revolución Cubana”, originalmente publicado en la revista teórica del Partido Comunista de Cuba, *Cuba Socialista*, en 1980 pero recogido posteriormente en *Letra con Filo*, La Habana, 1983, p. 380 y 386.

81 Robert O. Keohane y Joseph S. Nye Jr., *Poder e interdependencia: la política mundial en transición*, Buenos Aires, 1988.

82 Se pueden consultar dos excelentes obras de autores canadienses: John M. Kirk

LAS RELACIONES CON OTROS ESTADOS

En la política exterior del Estado cubano más allá de Estados Unidos, América Latina y el Caribe, China y los países aliados de Washington, hay un conjunto de Estados a los que la diplomacia cubana le presta especial atención. Una breve descripción de algunos de los más significativos:

VIETNAM

Los vínculos con Vietnam tienen un triple basamento: histórico, político ideológico y económico. Desde el punto de vista histórico la vinculación con Hanoi data de los primeros años de la Revolución cuando Cuba y Vietnam fueron sucesivamente el objetivo de mayor hostilidad de la política exterior norteamericana entre 1960 y 1975. Cuba se solidarizó con la defensa de Vietnam frente a Estados Unidos. En lo político ideológico, ambos países conservan el sistema socialista y las reformas vietnamitas han sido estudiadas por la parte cubana. Vietnam se convirtió en el principal suministrador de determinados productos alimenticios clave como el arroz. Está involucrado en la prospección petrolera en la Zona Exclusiva de Cuba en el Golfo de México. Por esas razones se le considera el tercero de los aliados estratégicos de Cuba después de Venezuela y China.

RUSIA

El estado antecesor de Rusia, la Unión Soviética, fue el principal aliado económico, político y militar de Cuba. Buena parte del parque automotriz e industrial es de origen soviético. Miles de estudiantes cubanos son graduados de instituciones de educación soviética y hablan ruso. Las relaciones entre las Fuerzas Armadas de ambos países fueron sumamente intensas. La mayor parte del equipamiento militar cubano es de origen soviético o ruso. Después del advenimiento de Vladimir Putin las relaciones comenzaron a mejorar en la medida en que Rusia comenzó a distanciarse de Estados Unidos y Occidente. Ese mejoramiento se ha mantenido con el presidente Dimitri Medvedev. Rusia está involucrada en la prospección petrolera cubana. Rusia es miembro permanente del Consejo de Seguridad y ha apoyado a Cuba. Es de los pocos países visitados por Raúl Castro después de asumir como presidente. Otros estados sucesores de la URSS como Bielorrusia y Ucrania comparten estas características. Está en el interés de Cuba fomentar las mejores relaciones posibles con estos países y hay condiciones para hacerlo por los antecedentes históricos y los vínculos económicos aún vigentes.

y Peter McKenna, *Canadá-Cuba: Sesenta Años de Relaciones Bilaterales*, La Habana, 2007; y Robert Wright y Lana Wylie (editores) *Our Place in the Sun: Canada and Cuba in the Castro Era*, Toronto, 2009.

ARGELIA

El país de África y el Medio Oriente que ha tenido vínculos más antiguos y fuertes con Cuba. Las primeras acciones internacionalistas cubanas tuvieron lugar en Argelia en 1962. Posee petróleo, que es el producto más necesario para la economía cubana. Estuvo entre los pocos países que ha visitado el presidente Raúl Castro.

ANGOLA

Fuerte vinculación histórica. Lazos económicos actuales importantes. Posee petróleo. Uno de los pocos países visitados por Raúl Castro después que asumió la presidencia.

IRÁN

Comparte con Cuba posiciones anti-hegemónicas si bien no hay coincidencias en determinadas actitudes de Irán. Hay una fuerte relación económica en algunos terrenos pero hay diferencias culturales ostensibles. Posee petróleo.

POLÍTICA MULTILATERAL

El liderazgo cubano le ha dado una importancia prioritaria a la política multilateral y a su participación en las instituciones internacionales. Lo ha interpretado como una manera de reducir los riesgos en el conflicto con Estados Unidos y como una manera de evitar el aislamiento diplomático al que Washington intentó someter a Cuba. Desde los primeros años esto ha sido así. Fidel Castro viajó en persona a la ONU por primera vez en 1960. Tres ejemplos de la década transcurrida demuestran lo que antecede.

BLOQUEO

En 1992, aprovechando el ambiente negativo creado en la comunidad internacional por los aspectos extraterritoriales de la Ley Helms-Burton, la delegación cubana ante la Asamblea General de las Naciones Unidas planteó por primera vez una resolución titulada “Necesidad de poner fin al bloqueo económico, comercial y financiero de Cuba por los Estados Unidos”. Esa votación fue ganada. Desde entonces, Cuba viene reiterando el tema año tras año obteniendo siempre votaciones casi unánimes. Aunque es consciente que Estados Unidos puede negarse a cumplir, como lo ha hecho, el gobierno cubano ha insistido demostrando así su apego a la institucionalidad internacional. De hecho ha logrado aislar a Estados Unidos en este tema, pues sólo Israel y uno o dos países más lo han apoyado.

NOAL

El gobierno cubano ha sabido aprovechar muy bien el hecho de que es el único país latinoamericano y caribeño fundador del movimiento. Entre 1974 y 1989 Cuba ejerció una influencia importante en el Movimiento. Se convirtió en el interlocutor válido entre el MNOAL y los países socialistas. Logró ser reelegida en 2006. El prestigio de Cuba en el MNOAL está en su diplomacia firme pero ponderada que sabe construir coaliciones y evita situarse en posiciones aisladas. Por regla general, su ejecutoria como presidente del Movimiento es aceptada y avalada por el resto de los países miembros, incluso los estados conservadores.

CONSEJO DE DERECHOS HUMANOS

A fines de los noventa y principios del actual siglo, la antigua Comisión de Derechos Humanos fue testigo de los agudos enfrentamientos entre Cuba y Estados Unidos. En esos enfrentamientos Washington utilizó todos los recursos a su alcance para condenar a Cuba, lo que vino a lograr solo después de la caída de la URSS, cuando la mayor parte de los países socialistas europeos se pasó de bando y comenzaron a votar contra la Isla. La Habana, junto a otros países, siempre se quejó de que la Comisión era manipulada, que examinaba los países de manera discriminatoria y con dobles raseros. En 2005 y 2006 Cuba formó parte de una coalición de países que lograron eliminar la Comisión y crear el Consejo de Derechos Humanos que tiene procedimientos no discriminatorios como la Revisión Universal Periódica (RUP) a la que tienen que someterse todos los países regularmente. Cuba fue electo miembro del Consejo en su primera sesión mientras que Estados Unidos se negó a participar. Ello permitió a Cuba evitar ser llevada a la sanción en 2006.

CONCLUSIONES

No cabe duda que la política exterior cubana ha sido exitosa. Ello se debe en gran medida a que ha instrumentado una proyección internacional basada en los siguientes pilares:

- Mantenimiento de la independencia, la soberanía y la autodeterminación.
- Búsqueda de la sostenibilidad de un sistema económico socialista.
- Activa proyección internacional de su identidad nacional, tanto cultural como ideo-política.
- Promoción de la justicia social global.

Otros factores de triunfo han sido el adecuado balance entre intereses y principios y entre objetivos y recursos. A ello habría que sumar que los diplomáticos cubanos de manera quizás intuitiva han utilizado indistintamente recursos de las tres escuelas teóricas principales: neorealismo, institucionalismo y constructivismo.

Al final de este período, la política exterior cubana ha logrado crear dinámicas favorables a su futuro quehacer. Estas dinámicas tienen que ver con la liberación de presos políticos y con el proceso de reformas económicas. Ello ha puesto a la administración estadounidense a la defensiva y obligado a la Unión Europea a reconsiderar la posición común.

Las relaciones con América Latina y el Caribe viven sin dudas su mejor momento y Cuba se ha comportado en la región como un actor defensor de la institucionalidad pero que también usó métodos constructivistas para promover determinadas ideas antihegemónicas y emancipadoras.

Se ha podido observar un cambio de matiz en la política exterior cubana después del ascenso de Raúl Castro a la presidencia. Por un lado, el nuevo presidente va a muchas menos cumbres y eventos cimeros, lo cual sin duda le resta protagonismo a la diplomacia cubana. Por otra parte, se puede percibir que hay una firme voluntad de ir priorizando la búsqueda y consolidación de aliados económicos. No quiere decir esto que se reste importancia al enfrentamiento político ideológico con el imperialismo. Lo que sí quiere decir es que en la medida que el proceso de reformas en Cuba vaya avanzando, habrá que hacer ajustes a la política exterior para que apoye mejor el proceso interno.

Mirar a América Latina

.cu

Dr. Sergio Guerra Vilaboy

DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL A LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA*

A PARTIR DE LOS RADICALES CAMBIOS ocurridos con el desplome del socialismo en Europa oriental y la desaparición de la Unión Soviética, acontecimientos de profundas repercusiones a escala internacional, se abrió a principios de los noventa otro periodo en la historia de América Latina. La nueva etapa histórica nació marcada por la conversión de Estados Unidos en única superpotencia, que vino acompañado de la imposición de un orden mundial, de signo unipolar, basado en la omnipresencia de mercado, el capitalismo salvaje, la desideologización y el pensamiento único neoliberal.

La época de auge revolucionario abierta con el triunfo de Cuba en 1959, marcada por los avances del movimiento de liberación nacional y de las luchas por un orden social y económico más justo, sufrió un duro revés en la última década del siglo XX, dando lugar a un significativo retroceso de las fuerzas progresistas. Sin embargo, con el inicio del nuevo milenio, la situación latinoamericana dio un giro inesperado a partir de la revolución bolivariana en Venezuela, que despejó el camino a una serie de transformaciones democráticas, populares

* Sergio Guerra Vilaboy 2014 “De la globalización neoliberal a la revolución bolivariana”, tomado de *Nueva historia mínima de América Latina* (La Habana: Ediciones Boloña, Publicaciones de la Oficina del historiador de la Ciudad de La Habana), pp. 460-504.

y sociales a nivel continental que han puesto en crisis la hegemonía liberal, cuestionando la dependencia de Estados Unidos.

AUGE DEL NEOLIBERALISMO Y DE LA HEGEMONÍA UNIPOLAR DE ESTADOS UNIDOS

En medio de un intolerante ambiente ideológico neoliberal y cuando comenzaba la crisis del socialismo europeo, este periodo histórico se inauguró en América Latina con la inescrupulosa agresión norteamericana a Panamá en diciembre de 1989. La violenta invasión de los *marines* norteamericanos puso fin a los últimos vestigios del nacionalismo torrijista con el pretexto de la democratización y la lucha contra el “narcotráfico”.

Sin embargo, la intervención de Estados Unidos en este estratégico territorio de Nuestra América no pudo impedir que la importante vía interoceánica pasara finalmente a la soberanía panameña el 31 de diciembre de 1999, en cumplimiento del Tratado Torrijos-Carter. Esta fue la primera intervención norteamericana en América Latina, después de la Segunda Guerra Mundial, que estuvo desprovista de la cobertura de la Guerra Fría y también la primera en que se usó el pretexto del narcotráfico para justificar la presencia militar de Estados Unidos en la región.

En cierto modo, la sorpresiva situación internacional creada por el cambio de la correlación de fuerzas, creado con la desaparición del campo socialista y la Unión Soviética, también repercutió en la derrota electoral del Frente Sandinista (FSLN) en Nicaragua el 25 de febrero de 1990. En los comicios presidenciales, la candidata de la Unión Nacional Opositora (UNO) —Violeta Chamorro— ganó con el 51,5% de los votos al comandante sandinista Daniel Ortega, que sólo consiguió el 38,4% de los sufragios, cuya popularidad se había debilitado por los efectos de una guerra sucia de casi diez años promovida por Estados Unidos contra la revolución nicaragüense.

La desfavorable coyuntura histórica creada al movimiento revolucionario y de liberación nacional, junto a la imposición de un pensamiento único neoliberal, favorecieron también los planes norteamericanos para aislar e intentar destruir a la Revolución Cubana —enmienda Torricelli (1992), primero, y después mediante la Ley Helms-Burton (1996)—, constituyendo la más grave amenaza a su existencia desde 1959. A pesar de ello, el proceso cubano se logró mantener enhiesto y continuó los esfuerzos por seguir adelante con su singular proyecto revolucionario, en medio de dificultades económicas sin precedentes, provocadas también por la repentina pérdida de mercados y créditos al desaparecer el de los países socialistas, denominado Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), al que Cuba estaba asociado desde 1972, y la propia Unión Soviética (URSS).

En ese contexto, muchos de los gobernantes latinoamericanos coincidían entonces en promover el mismo tipo de economía “desregularizada” de mercado libre: privatización del patrimonio estatal, drásticos recortes del gasto social, franquicias sin límites a la extracción de utilidades por el capital extranjero, etc. Ello hizo de América Latina fácil presa de un mundo industrial fortalecido por la creciente globalización de la economía y la tendencia a la formación de macro bloques capitalistas.

El desmontaje del sector estatal de la economía por gobiernos de origen electivo que desarrollaron políticas en beneficio exclusivo de los sectores empresariales nacionales y extranjeros y en perjuicio de las amplias mayorías, crearon un espectacular deterioro de las condiciones de vida de la población. El resultado fue el mismo en todo el continente: reconcentración de la riqueza, ampliación del número de marginados y acentuación de las deformaciones estructurales.

El incumplimiento de las expectativas de mejoramiento social y económico generadas en muchos países de América Latina con el ascenso al poder desde los años ochenta de gobiernos civilistas y constitucionales, junto al crecimiento de la corrupción administrativa y al desenfrenado robo de los fondos públicos, llevaron al descrédito de los gobiernos “democrático-representativos” y a la ingobernabilidad. Otra consecuencia de este proceso fue una marcada reprimarización y terciarización de la estructura productiva de América Latina, con la parcial excepción de Brasil.

El terrible cuadro de América Latina a comienzos del siglo XXI se desprende de los siguientes datos proporcionados por instituciones internacionales como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y el Fondo Monetario Internacional (FMI): en 2002 el crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) por habitante fue negativo (-

1,9%), por lo que la región acumuló media década de baja expansión (-0,3% del PIB). Además, entre 1999 y 2003, todos los países latinoamericanos registraron un decrecimiento del PIB —con las excepciones de México y Chile que registraron el 1% positivo en el mismo lapso—, siendo los casos más extremos los de Uruguay y Argentina (-2,6%) y Venezuela (-5%), aunque estos dos últimos país registraron significativos repuntes en este indicador al cierre de 2004, tras abandonar la catastrófica política neoliberal.

Como resultado de la desenfrenada política neoliberal, a comienzos del siglo XXI el producto por habitante en América Latina era prácticamente el mismo que en 1980, por lo que puede hablarse de más de dos décadas perdidas para el desarrollo debido al ajuste y la política neoliberal. Además, según los datos de la propia CEPAL, 220 millones de latinoamericanos eran considerados como pobres —la mitad de ellos

en condiciones de extrema pobreza— de una población total calculada, a comienzos del siglo XXI, en 500 millones, o sea casi la mitad del total. A ello debe agregarse que el 9% de la fuerza de trabajo estaba desempleada, alcanzando en algunos países entre el 15% y el 18% (Argentina y Brasil). Para completar este cuadro desolador, la deuda externa de la región ya bordeaba en 2002 los 725.000 millones de dólares.

En consecuencia, América Latina se convirtió en la región del planeta con la más marcada diferenciación entre ricos y pobres, estos últimos hacinados en tugurios o barrios precarios que sólo les brindaban las condiciones mínimas para sobrevivir. Según las estadísticas, 227 millones —o sea el 44% de los latinoamericanos— eran pobres al finalizar el siglo XX y de ese total 20% en condiciones de extrema pobreza, catorce millones más que los existentes a comienzos de los noventa. Además, si en 1950 América Latina contribuía con el 14% del PBI mundial, para 1998 la región solo representaba el 8%, mientras que su participación en el comercio mundial descendió en el mismo lapso del 12% al 3,5%.

De esta manera, el panorama latinoamericano se hizo más complejo y difícil como consecuencia del evidente fracaso del modelo económico neoliberal y de la redoblada agresividad del imperialismo norteamericano. En esa coyuntura, Estados Unidos se vio libre de ataduras, compromisos y limitaciones legales para imponer su *diktat*, con el pretexto de la lucha contra el terrorismo, aprovechando los trágicos sucesos del World Trade Center de New York el 11 de septiembre de 2001.

Otra característica de la década del noventa, determinada en gran medida también por el contexto internacional de descalabro del socialismo europeo y de la nueva correlación internacional de fuerzas, fue la generalización de un clima de negociación entre fuerzas antagónicas de derecha e izquierda. Como resultado de estos procesos, en varios países latinoamericanos se puso fin a una persistente lucha guerrillera y a largos enfrentamientos civiles que parecían insolubles, como ocurrió en El Salvador (1992) y Guatemala (1996),¹ aunque en el caso de Colombia no pudieron conseguirse entonces resultados equivalentes a los de América Central.

1 Véase Rey Tristán, Eduardo y Pilar Cagiao Vila [coords.], *Conflicto, memoria y pasados traumáticos: El Salvador contemporáneo*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2011; y Sergio Guerra Vilaboy: "Luchas sociales y partidos políticos en Guatemala", Segunda edición ampliada en *Temas de Nuestra América, Revista de Estudios Latinoamericanos*, Número Extraordinario, San José, Universidad Nacional de Costa Rica, 2013.

LA PERSISTENTE VIOLENCIA EN COLOMBIA

En esta agobiada nación norandina el proceso negociador registró también inicialmente ciertos progresos, del que fue principal protagonista el Movimiento 19 de Abril (M-19), organización político-militar de corte nacionalista. Esta agrupación había surgido como brazo armado de la Alianza Popular Nacional (ANAPO), partido creado en 1965 por el ex dictador general Rojas Pinilla y conducido tras su muerte por su hija María Eugenia Rojas. El M-19 aceptó abandonar la lucha guerrillera en marzo de 1990 después de perder a sus principales fundadores, Jaime Bateman e Iván Marino Ospina en 1983, convirtiéndose en un partido político más bajo la conducción de Antonio Navarro Wolf. A esta desmovilización también se acogió el Movimiento Guerrillero Quintín Lame, del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), pero no abarcó a todos los movimientos armados.

La desactivación de estas fuerzas determinó la desaparición de la Coordinadora Guerrillera “Simón Bolívar”, surgida en 1987 en el momento de mayor auge de la lucha armada en Colombia. Una parte minoritaria del propio EPL, así como las poderosas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) siguieron adelante con su estrategia militar para alcanzar el poder. Fruto de estas negociaciones fue también la Asamblea Nacional Constituyente que sesionó en 1991 y que dio al país una nueva Carta Magna.

Pero el abandono de la lucha armada por un grupo de organizaciones político-militares ni tampoco la nueva Carta Magna puso fin a la violencia en Colombia. En gran parte era ocasionada por las actividades de los narcotraficantes, que siguió cobrando miles de víctimas, sobre todo entre dirigentes de la izquierda, como Bernardo Jaramillo de la Unión Patriótica, asesinado en 1990, y Carlos Pizarro del M-19 en 1991.

Entretanto, el gobierno de Cesar Gaviria, extendido de 1990 a 1994, lograba anotarse ciertos triunfos espectaculares al desarticular en 1993 al más grande imperio de la droga con la muerte, a manos de la policía, de Pablo Escobar Gaviria, quien como jefe del cartel de Medellín había desatado una verdadera guerra contra el Estado colombiano. No obstante, los enfrentamientos gubernamentales con las guerrillas encabezadas por las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC), dirigidas hasta su muerte en 2008 por el veterano comandante Manuel Marulanda Vélez (*Tirofijo*), y del Ejército de Liberación Nacional (ELN) —que hoy encabeza el comandante Nicolás Rodríguez Bautista— no se han detenido.

Pese a todas las negociaciones de paz y ofensivas militares desarrolladas por los siguientes mandatarios, Ernesto Samper (1994-1998),

Andrés Pastrana (1998-2002) y Álvaro Uribe (2002-2006) —quien sancionó la polémica Ley de Connoción Interior y otorgó facultades extraordinarias al ejército—, así como las amenazas norteamericanas de intervención directa (Plan Colombia) con el nuevo argumento de combatir el narcotráfico, las guerrillas colombianas —alzadas desde los años cuarenta— siguen activas hasta el presente.

La política de confrontación del presidente Uribe, reelegido en 2006 con el 62,5% de los votos tras aprobarse una reforma constitucional, convirtió a Colombia en el tercer receptor mundial de ayuda militar de Estados Unidos. Ello le permitió al mandatario colombiano profundizar este viejo conflicto interno, agravado aún más cuando el propio Uribe calificó a sus antiguos interlocutores de terroristas, para que fueran incluidas en la cruzada mundial de la administración de George W. Bush (2001-2009).

En su incesante persecución a las guerrillas, el presidente colombiano ordenó atacarlas dentro del territorio de Ecuador el 1º de marzo de 2008, lo que ocasionó el bombardeo y la muerte de un pequeño grupo guerrillero de 17 combatientes encabezado por el comandante Raúl Reyes, uno de los jefes más conocidos de las FARC-ELP. La agresión al vecino país desató una crisis internacional de grandes proporciones, que solo logró ser sofocada por la reacción concertada de los países latinoamericanos en una reunión del grupo de Río celebrado en Santa Domingo una semana después. Con posterioridad, otros jefes guerrilleros cayeron víctimas de la incesante persecución gubernamental, como fueron los casos de Víctor Julio Suárez (Mono Jojoy) y Alfonso Cano, en 2010 y 2011 respectivamente.

Fue durante el largo régimen de Uribe que se constituyó en 2005 el Polo Democrático Alternativo (PDA), que tuvo como antecedente la candidatura presidencial de Luis Eduardo Garzón en 2002 y su posterior elección, dos años después, como alcalde de Bogotá. El PDA agrupó a diversas organizaciones de izquierda, entre ellas el Polo Democrático Independiente (PDI) —donde ocupaban sitio algunos sectores del M-19 y otros grupos guerrilleros desmovilizados y miembros de la Alianza Nacional Popular (ANAPO)— y Alternativa Democrática, este último integrado por comunistas, socialistas y agrupaciones defensoras de los derechos humanos. EL PDA logró en las elecciones presidenciales de 2006 el 22% de la votación con su candidato Carlos Gaviria.

Con la llegada al poder de Juan Manuel Santos en 2010, y pese a sus antecedentes como ministro de Defensa de Uribe, la situación colombiana dio un giro inesperado. Gracias a los buenos oficios de Noruega, Cuba, Venezuela y otros países, se iniciaron conversaciones en La Habana entre el gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC)-Ejército del Pueblo (EP), ahora

dirigidas por el comandante Rodrigo Londoño (Timochenko), que han abierto la esperanza —junto a la anunciada apertura de un proceso similar con el ELN— de conseguir a corto plazo, mediante una solución negociada, la paz en este agobiado país de Nuestra América.

NEOLIBERALISMO EN PERÚ Y DERROTA DE SENDERO LUMINOSO

A la extinción en los noventa de los principales focos guerrilleros existentes en América Latina, como resultado de procesos negociados, debió sumarse la casi completa derrota sufrida por Sendero Luminoso en Perú durante 1992 bajo los golpes del gobierno de Alberto Fujimori. El 5 de abril de ese año, con apoyo de los altos mandos del Ejército, Fujimori suspendió todas las garantías constitucionales, disolvió el Parlamento y el Poder Judicial, y puso en vigor una nueva Carta Magna que le permitió reprimir sin obstáculos legales a los senderistas —incluso capturar a su jefe Abimael Guzmán el 15 de septiembre de 1992— y legitimar su poder, a pesar del repudio internacional al autogolpe de Estado.

Gracias a una flamante Constitución, y a los relativos éxitos de su política económica, iniciadas con un sorpresivo “paquetazo” neoliberal en agosto de 1990, combinado después con algunos proyectos sociales y obras de infraestructura, Fujimori pudo conseguir que Perú alcanzara durante un tiempo un envidiable récord antiinflacionario y un cierto crecimiento. Con ese aval se reeligió en abril de 1995.

Sin embargo, cinco años después su régimen cayó envuelto, tras una cuestionada tercera reelección presidencial, en medio del desprestigio provocado por las revelaciones, en septiembre de 2000, de las manipulaciones ilegales de su principal asesor para la seguridad y verdadero cerebro del presidente, Vladimiro Montesinos. Este individuo sobornaba a los opositores con fondos gubernamentales y fue el responsable, junto con el propio Fujimori, de una década de gobierno de mano dura con el irrestricto apoyo de los militares.

Una trágica muestra fue el asesinato, en abril de 1997, del comando de catorce militantes del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), que había capturado un nutrido grupo de rehenes en la Embajada de Japón en Lima. A estos elementos habría que sumar los efectos que a largo plazo trajo la “modernización” fundamentada en la apertura al libre mercado, que convirtió a Perú en uno de los países más pobres y desiguales de América Latina.

Tras el breve interinato de Valentín Paniagua, llegó al poder el 28 de julio de 2001 el líder opositor Alejandro Toledo —gracias a su humilde origen social y a un discurso cargado de promesas demagógicas—, quien en poco menos de un año debió enfrentar una grave crisis gubernamental por incumplir sus propuestas electorales con la privatización

de empresas eléctricas del Estado. Ello despertó airadas manifestaciones populares en el sur peruano, a mediados de 2002, que echaron por tierra este controvertido acápite del proyecto neoliberal de Toledo y que se convirtieron en un punto de quiebre en su administración.

De allí en adelante, la popularidad de este mandatario cayó en picada —bajó hasta el 7%—, mientras se sucedían las protestas populares, las denuncias de corrupción y fraude electoral, que condujeron a prisión a la propia hermana de Toledo. A complicar el panorama peruano contribuyó el inesperado resurgimiento de los antiguos seguidores de Fujimori y, sobre todo, el nuevo despertar del indigenismo. En ese contexto, surgió la declarada aspiración de reconstruir la extinta nación aymará, en cuyo primer congreso participaron el antiguo líder campesino Hugo Blanco y el dirigente nacionalista Antauro Humala, quien había encabezado en 2005 una rebelión militar en Andahuaylas.

En 2006 regresó al poder Alan García, del Partido Aprista Peruano (APRA), tras derrotar a Ollanta Humala, hermano de Antauro, quien enarbó un programa nacionalista de corte social que le dio la victoria en la primera vuelta electoral con 25,6% de los votos frente a 20,4%. Sin embargo, en la segunda ronda de los comicios, Ollanta Humala fue derrotado por el candidato aprista —52,6% frente a 47,3%—, apoyado por todas las fuerzas conservadoras y tradicionales del país.

El gobierno de Alan García desarrolló una política neoliberal sin cortapisas, firmó un tratado de libre comercio con Estados Unidos que agravó la situación social del país, en particular tras la depresión que afectó la economía norteamericana desde 2008. Ello trajo aparejado huelgas y grandes manifestaciones en su contra, como las provocadas por los escándalos por los sobornos de la Discover Petroleum, que obligaron a la renuncia del primer ministro Jorge del Castillo.

En 2010 el recién creado Partido Nacionalista de Ollanta Humala, de composición y programa heterogéneo, formó con pequeñas organizaciones y movimientos de izquierda la Alianza Gana Perú, con el respaldo de Ciudadanos por el Cambio y Unidad de Izquierda, esta última integrada por el Partido Comunista, el Partido Socialista de Javier Diez Canseco y el Partido Socialista Revolucionario. Esta coalición electoral permitió el triunfo en las elecciones de 2011 del ex comandante Ollanta Humala.

Pero una vez en el poder, el flamante gobernante fue acosado por las elites y una feroz campaña mediática en su contra, tal como había ocurrido durante sus contiendas electorales. Como resultado de ello, y de los compromisos adquiridos para llegar al poder, el presidente Humala fue abandonando sus promesas, así como a sus aliados de izquierda, y aceptando un programa neoliberal, que le ha

restado el apoyo de los sectores más humildes de la sociedad y las fuerzas progresistas y de izquierda.

EL NEOLIBERALISMO EN BRASIL: DE COLLOR DE MELLO A CARDOSO

Uno de los países donde con mayor intensidad se hizo sentir la política neoliberal fue en Brasil. Según cifras oficiales, en 1987 los brasileños ubicados por debajo de los niveles de pobreza llegaban ya a 33 millones, o sea el 25% de la población. En estas condiciones, contando con el respaldo de los sectores acaudalados y de los principales medios de difusión —y valiéndose de un programa social demagógico— Fernando Collor de Mello pudo vencer en 1990 al candidato opositor Luís Ignacio da Silva (Lula) del Partido de los Trabajadores (PT), una organización popular surgida en 1980 para enfrentar la dictadura militar y que esgrimía una propuesta de cambios radicales para la sociedad brasileña.

Establecido en el poder, Collor de Mello olvidó su retórica electoral populista y lanzó un aparatoso programa económico neoliberal basado en la desregulación, en privatizaciones masivas y en la determinación de precios y salarios por parte del mercado. Como resultado de su política económica, en junio de 1992 el presidente brasileño no sólo debió enfrentar el creciente descontento popular ante la persistente caída de la producción industrial y el continuado deterioro del nivel de vida, sino también una investigación parlamentaria por cargos de corrupción. En medio de su absoluto desprestigio, el presidente Collor de Mello debió entregar el poder a Itamar Franco, el 29 de diciembre de 1992, tras un juicio político en el Congreso federal.

El nuevo ministro de Hacienda, Fernando Henrique Cardoso, para paliar la grave situación de la economía y conseguir la estabilidad monetaria, implementó entonces el *Plan Real*, cuyo relativo éxito le abrió las puertas a la primera magistratura dos años después. Sin duda, la clave de la precaria estabilidad conseguida por el presidente Cardoso —del Partido Social Demócrata Brasileño (PSDB)— residió, pese a visibles incongruencias, en el mantenimiento del apoyo gubernamental a las industrias competitivas, la protección de las exportaciones y una cierta resistencia a la completa liberalización comercial.

Ubicado en la presidencia desde 1996, Fernando Henrique Cardoso, pretextando medidas provisionales, enfrentó la huelga de los obreros del petróleo con fuerzas del Ejército, suspendió el pago de las indemnizaciones a las víctimas de la represión militar; liquidó la exoneración tributaria a una serie de asociaciones sociales y dejó desamparados a los jubilados. Además, llevó adelante un proceso de privatizaciones del sector estatal de la economía —entre ellas las te-

lecomunicaciones y la venta de la mayor productora y reserva de minerales de América Latina, la Vale do río Doce—, en beneficio de los bancos y de las grandes empresas nacionales y extranjeras, cancelando los proyectos de apoyo a los campesinos para liquidar los 1.500 asentamientos del vigoroso Movimiento de los Sin Tierra (MST).

No obstante, Cardoso logró ser reelecto en los comicios de 1998 frente a Lula, de nuevo principal candidato opositor. Durante su segundo mandato, se deterioró la situación económica, pues la indiscriminada apertura comercial y financiera, unida a las privatizaciones, no dieron resultado. Para contener la acelerada fuga de capitales, Cardoso dictó una fuerte desvalorización del real y solicitó un nuevo préstamo al FMI, mientras la deuda pasaba de más de 148 mil millones de dólares (1994) a 241 mil millones (1999).

Como lamentable saldo de su administración, en Brasil —la décima economía del mundo— se acentuó la concentración de los ingresos —el 1% de la población poseía recursos equivalentes al 50% de los más pobres—, cuando contaba ya con unos 53 millones de habitantes por debajo de la línea de pobreza, 30 de ellos en condiciones paupérrimas. El descontento popular por la terrible situación se expresó en 2002 mediante grandes movilizaciones para llevar a plebiscito el tema de la deuda y en contra de la firma del Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA), promovido por Estados Unidos.

EL ALCA: UNA PROPUESTA NEOPANAMERICANA DE ESTADOS UNIDOS

El ambiente neoliberal dominante llevó a la mayor parte de los gobiernos de América Latina a ir aceptando un tratamiento bilateral al problema de la deuda externa; cediendo ante las presiones de Washington en cuestiones vitales de soberanía —léase narcotráfico— y encaminando sus economías a la virtual absorción por la norteamericana —el caso de México y el Tratado de Libre comercio (TLC) firmado en 1993 con Estados Unidos y Canadá fue paradigmático—, en perjuicio de los viejos sueños bolivarianos de unidad latinoamericana. Con su renovada política panamericana, Estados Unidos buscaba articular a las débiles naciones de América Latina a su poderosa economía mediante acuerdos bilaterales y asimétricos, aunque limitando la “integración” al libre movimiento del capital, las mercancías y los servicios.

Para su incorporación a la propuesta Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que pretendía abarcar desde Alaska hasta Tierra del Fuego, los países de América Latina debían cumplir una serie de exigencias formales, entre ellas el establecimiento pleno de la “democracia representativa” y las elecciones periódicas. Además, debían

sacrificar sus producciones menos competitivas, abandonar los programas sociales y la defensa de sus valores culturales más autóctonos, así como ceder incluso en vitales cuestiones de soberanía. A favor del ALCA actuaba la endémica dependencia financiera de América Latina respecto de Estados Unidos y el capital transnacional. También las expectativas económicas y comerciales despertadas por determinados proyectos de factura norteamericana, como el propio ALCA y los tratados bilaterales de libre comercio.

El desarrollo del ALCA, verdadero proyecto neopanamericano, tuvo lugar a contrapelo de las tendencias integracionistas de América Latina que aún subsistían y que, a duras penas, persistían en alcanzar el ideal de una región unida e independiente, expresada sobre la base de una posible convergencia de diversos intentos de regionalización y de subregionalización. Este proceso, que había comenzado tímidamente en los sesenta con los llamados tratados de “primera generación” —Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), Mercado Común Centroamericano (MCCA), Pacto Andino y Comunidad del Caribe— pasó en los ochenta y noventa a una nueva fase o “segunda generación”, de lo que fueron exponentes el Mercado Unificado del Sur (MERCOSUR), la Asociación de Estados del Caribe, la Comunidad Andina, el Sistema de Integración Centroamericana (SICA), el Mercado Común Caribeño (CARICOM) y el G-3 (México, Venezuela y Colombia).

Pero este débil avance de los mecanismos de integración de América Latina y el Caribe —contrapuesto a la tendencia de muchos gobiernos latinoamericanos a negociar su inmediato ingreso individual al ALCA— puso el acento, con muy pocas excepciones, en el mercado y la libertad de comercio, menospreciando los aspectos políticos, sociales y culturales. Por estos motivos, el latinoamericanismo dominante se había expresado a fines del siglo XX y principios del XXI, como tendencia más generalizada, en proyectos de integración basados en las reglas del mercado, la desregulación, la privatización y la liberalización comercial, que implícitamente proponían una modalidad subordinada a escala continental.

Desde el punto de vista político, los intentos de concertación regional, como las cumbres iberoamericanas, iniciadas en Guadalajara (México) en septiembre de 1991, ofrecieron sólo algunos pocos resultados tangibles, pues carecieron del vigor y la voluntad para frenar el despliegue agresivo de Estados Unidos. Por su parte, el gobierno norteamericano impulsaba la celebración sucesiva de las llamadas Cumbres de las Américas, celebradas en Miami (1994), Santiago de Chile (1998), Quebec (2001), Monterrey (2004), Trinidad (2008) y Cartagena (2012). De todas ellas, Cuba fue excluida, aunque en las dos últimas cumbres, en el nuevo contexto creado en América Latina a partir del triunfo de

la revolución bolivariana en Venezuela, se fue fortaleciendo el rechazo a las posturas hegemónicas de Estados Unidos junto a la exigencia de la participación cubana, lo que finalmente se concretó en la última reunión de esta naturaleza celebrada en Panamá en abril de 2015.

MÉXICO Y LOS NEFASTOS EFECTOS DEL TLC CON ESTADOS UNIDOS

Uno de los países donde más daño ha causado la desaforada política neoliberal es México, hundido cada vez más en una profunda crisis social, económica y política, tras el completo abandono de los viejos postulados nacionalistas y sociales del Partido Revolucionario Institucional (PRI). De alguna manera, ese proceso comenzó a advertirse con la salida del ala izquierda del PRI, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, en las postrimerías del mandato de Miguel de La Madrid (1982-1988) y que llevó a la fundación del Partido de la Revolución Democrática (PRD), esto último a raíz de la cuestionada elección presidencial de 1988.

Desde esa fecha y hasta finalizar el siglo XX, la adopción de desembizadas prácticas neoliberales por los gobiernos de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) y Ernesto Zedillo (1994-2000), agravó los agudos problemas sociales de México y desestabilizó los mecanismos tradicionales de poder, reflejado en varios asesinatos políticos. Entre ellos el del candidato presidencial del propio PRI a las elecciones de 1994, Luis Donald Colosio, lo que vino casi aparejado con la drástica devaluación de la moneda nacional en diciembre de ese mismo año.

La respuesta más inesperada provino del levantamiento guerrillero del hasta entonces desconocido Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) —que tiene de vocero al subcomandante Marcos— en la selva Lacandona en Chiapas, el 1° de enero de 1994. Tras la toma por los rebeldes indígenas chiapanecos de las poblaciones de San Cristóbal de las Casas, Altamirano, Las Margaritas, Ocosingo, Oxchuc, Huixtan y Chanal, se emitió la *Declaración de la Selva Lacandona*, un sentido llamado a la lucha por la democracia, la libertad y la justicia para todos los mexicanos.

En estos hechos, como también se revelaría después en otros países latinoamericanos, con especial fuerza en Ecuador y Bolivia, se puso de relieve el papel protagónico adquirido por sujetos sociales aparentemente adormecidos, como el movimiento indígena. Los pueblos originarios reclamaron su lugar protagónico, con sus cuestionamientos implícitos o explícitos a la tradicional soberanía territorial de los estados y sus aspiraciones de autodeterminación para las etnias autóctonas, tras más de cinco siglos de dominación ininterrumpida.

Todo estos acontecimientos allanaron el camino para que en 2000 se produjera, por primera vez desde la revolución mexicana de principios de siglo, la derrota del partido de gobierno —el PRI— con el ascenso a la presidencia de Vicente Fox, del derechista Partido Acción Nacional (PAN). Aunque Fox, como el mandatario brasileño Fernando Henrique Cardoso, fue calificado eufemísticamente por algunos politólogos como “neoliberales de segunda generación”, por su declarada intención de combinar las recetas del FMI con ciertas preocupaciones sociales, en realidad este gobernante mexicano se inclinó cada vez más a la subordinación de su política a los intereses norteamericanos y a la aplicación de prácticas neoliberales.

Durante el gobierno de Fox se asentó en el poder una camarilla de ultraderecha, conocida como “el yunque”, lo que facilitó se aprobaran leyes contra los derechos indígenas, se privatizaran más empresas estatales, se entregara la minería a grupos extranjeros y se vendieran los dos mayores bancos del país a instituciones foráneas: el Citibank y el grupo español Bilbao Vizcaya (BBVA). Otro de sus proyectos a gran escala fue el Plan Puebla-Panamá (PPP), dado a conocer en 2001, que contaba con el aval de poderosos organismos financieros internacionales y apuntaba a favorecer las operaciones e inversiones de las grandes corporaciones transnacionales y los grupos empresariales locales en toda Mesoamérica.

El principal contrapeso opositor a la política neoliberal de Fox, pues el PRD había ido moderando su tono y acomodándose como una fuerza parlamentaria más, provino del nuevo gobernador del superpoblado DF, Andrés Manuel López Obrador. Distanziado de una parte de la dirigencia de su propio partido, el PRD —así como de sus sectores corruptos—, el gobernador de la capital atrajo a los opositores descontentos, benefició la acumulación de empresarios locales, atendió mediante el diálogo los complejos problemas de la ciudad y se convirtió en una verdadera fuerza social alternativa. Además, desarrolló un amplio programa de beneficio popular con el lema “Por el bien de todos, primero los pobres”,² que contribuyó también a convertirlo en el candidato natural del PRD a los comicios presidenciales de 2006.

La clase dominante, atemorizada por el esperado triunfo de un candidato popular que presumiblemente pondría límites a la política neoliberal e impediría la enajenación del patrimonio nacional, en particular en el rubro energético, convirtió a López Obrador en el enemigo a derrotar. Para conseguirlo, con el descarnado respaldo del presidente

2 Tomado de Raquel Sosa Elízaga: “La construcción del miedo. Episodios de la guerra contra el gobierno de la ciudad de México”, en *Revista del Observatorio Social de América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, año V, 14, mayo-agosto de 2004, p. 310.

Fox, se abrió una sucia campaña en su contra por todos los medios masivos de comunicación, encaminada a desacreditarlo y erosionar su imagen, a la que incluso se prestó el propio subcomandante Marcos.

El apocalipsis anunciado por los medios si ganaba López Obrador, permitió al gobierno imponer al candidato oficial, Felipe Calderón, por una mínima diferencia de votos (35,89%), frente al 35,33% de su principal contrincante. Tras conocerse el apretado resultado electoral, y a pesar de las impresionantes multitudes que en protesta se volcaron respuesta contundente que paralizara a Fox y su camarilla.

La continuación por el gobierno de Calderón de las desembozadas prácticas neoliberales sin duda agravaron los agudos problemas sociales de México: reconcentración de la riqueza, ampliación del número de marginados y acentuación de las deformaciones estructurales. El balance, después de más treinta años (1982-2012) de aplicación de la orientación neoliberal —reforzada con la puesta en funcionamiento del TLCAN—, es que no se ha generado crecimiento económico significativo en el país.

El ingreso per cápita aumentó sólo el 0,3% y ello gracias a que en ese lapso emigraron más de diez millones de personas, mientras que se ha empeorado la distribución del ingreso, ahondando la prevalente injusticia social. Por otro lado, la aplicación indiscriminada del libre comercio de manufacturas y capital con Estados Unidos produjo una crisis estructural en el campo mexicano y su creciente empobrecimiento, lo que unido a las extraordinarias alzas de los precios mundiales de los productos agropecuarios y la caída del dólar, han puesto a la economía de México en una situación muy adversa.

A ello debe sumarse el fracaso de la estrategia de guerra a los carteles del narcotráfico desarrollada por Calderón, que hundieron al país en una espiral de violencia que despejó el camino en las elecciones de 2012 al regreso del PRI al poder por intermedio de su candidato Enrique Peña Nieto, que quedó en primer lugar en los comicios con el 38,1% de la votación. La victoria del candidato priista sobre su principal adversario, Andrés Manuel López Obrador, más rezagado que en la anterior elección presidencial —esta vez solo obtuvo el 31,59% de los sufragios—, han llevado al líder opositor a cuestionar otra vez los resultados electorales y a organizar, como un nuevo partido de izquierda, al Movimiento Regeneración Nacional (MORENA).

LA CRISIS ECONÓMICA Y LA REVUELTA ANTINEOLIBERAL EN ECUADOR

De agosto de 1996 a febrero de 1997 duró el brevísimo gobierno de Abdalá Bucaram, apodado el “loco” por sus excentricidades. Derro-

cado en medio de airadas manifestaciones populares con creciente participación de los indígenas, su caída era una manifestación más de la ya endémica crisis económica ecuatoriana y la ingobernabilidad de este país. Ecuador había tenido cinco presidentes entre 1997 y 2000, periodo en que además fue asesinado en febrero de 1999 el diputado Jaime Hurtado, líder del Movimiento Popular Democrático, y adoptada la efímera Constitución de 1998.

Las protestas populares no pudieron ser detenidas, pues las nuevas medidas neoliberales impuestas por el gobierno de Yamil Mahuad, iniciado el 10 de agosto de 1998, agravaron la situación. Nos referimos a la congelación de los depósitos en los bancos y la dolarización de la economía, pues el devaluado sucre, moneda nacional ecuatoriana creada en 1884, fue retirado de la circulación.

El continuado deterioro de la economía del país precipitó la caída del gobierno de Mahuad, el 21 de enero de 2000, por un vasto movimiento que agrupó desde los indígenas —agrupados en el Consejo de Pueblos y Nacionalidades del Ecuador (CONAIE)— hasta un grupo de coroneles y oficiales del ejército y la policía. Menos de 24 horas gobernó un Triunvirato en el que ocuparon sitio el líder indígena Antonio Vargas, el coronel Lucio Gutiérrez y el político Carlos Solórzano, que abrió el denominado “proceso de reestructuración jurídica del Estado”,³ gobierno al vicepresidente Gustavo Novoa, con el beneplácito de Estados Unidos, preocupado por la permanencia de su base militar de la ciudad de Manta, en la costa ecuatoriana, recién instalada para el combate contra el narcotráfico y las guerrillas colombianas. El restablecimiento de la “democracia representativa” con el ascenso al poder del derechista Novoa, sin embargo, tampoco puso fin a la intranquilidad social, como se demostró después con nuevas manifestaciones indígenas y violentas protestas populares contra su política neoliberal.

El triunfo en 2002 obtenido en las elecciones ecuatorianas del coronel Lucio Gutiérrez fue posible por el respaldo de fuerzas de izquierda, entre ellos el Partido Comunista y el Movimiento Popular Democrático (MPD), así como el movimiento indígena, fundamentalmente la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE) y su expresión política del Movimiento Plurinacional Pachakutik, creado en 1995. La derrota de los partidos tradicionales pareció, en principio, un cambio positivo en la política ecuatoriana.

El nuevo régimen, iniciado en enero de 2003, mostró muy pronto no sólo claras tendencias autoritarias, sino que se inclinó sumisamente ante los dictados del FMI y a forjar una estrecha alianza con Estados

3 Citado por Juan Paz y Miño en *Golpe y contragolpe. La “Rebelión de Quito”* del 21 de enero de 2000, Quito, Ediciones Abya-Yala, 2002, p. 11.

Unidos. Prueba de ello fueron sus planes para el ingreso del país en el Plan Colombia y en el ALCA, que le hicieron perder el apoyo del partido Pachakutik y de otras fuerzas. El resultado fue el estrepitoso derrocamiento de Gutiérrez en abril de 2005 —salió huyendo en un helicóptero del Palacio de Carondelet rumbo al aeropuerto—, como resultado de un levantamiento popular de grandes proporciones, en el cual jugaron un activo papel los llamados *forajidos*, que dominaron las calles de la capital.

EL CORRALITO Y LAS PROTESTAS POPULARES ARGENTINAS

La aplicación de una política neoliberal extrema en la Argentina, iniciada por el gobierno de Carlos Saúl Menem entre 1989 y 1999, también condujo aquí, como en los otros países latinoamericanos, a la más profunda crisis económica de su historia. La magnitud del descalabro obligó al insolvente gobierno de Fernando de la Rúa, iniciado en 1999 —tras obtener la presidencia con el apoyo del 48% del electorado gracias al respaldo de la Unión Cívica Radical y el Frente del País Solidario (FREPASO)—, a dictar drásticas medidas restrictivas. Ellas incluyeron la suspensión del pago a los ahorristas, llamado “corralito” bancario, ideado como solución a la crisis por su ministro de Economía Domingo Cavallo.

En medio de un verdadero naufragio económico nacional estalló una espontánea revuelta popular nutrida no sólo por la población más humilde —se calcula que más de la mitad de los 36 millones de argentinos estaba entonces por debajo de la línea de pobreza—, sino también de la deteriorada clase media urbana, que era probablemente la más numerosa de América Latina. Las protestas callejeras fueron respondidas por el presidente De la Rúa imponiendo el estado de sitio y una brutal represión —dejó un saldo de 33 muertos y miles de heridos—, hasta que debió renunciar y huir en un helicóptero desde la Casa Rosada el 21 de diciembre de 2001.

En unos pocos días se sucedieron en el gobierno, en medio de ruidosos “cacerolazos” de la ciudadanía y los nuevos brotes de ira popular, de lo que fue expresión el espontáneo movimiento de los llamados *piqueteros*, los presidentes Ramón Puertas, Adolfo Rodríguez Saá y Eduardo Caamaño. Este último entregó la presidencia, a principios de 2002, al peronista Eduardo Duhalde.

El flamante mandatario argentino debió enfrentar todavía un agravamiento de la desastrosa situación, pues en 2002 la devaluación del peso fue del 70%, el desempleo alcanzó al 25% de la población económicamente activa y la deuda externa se acercó a los 140 mil millones de dólares. Duhalde además debió soportar las reiteradas negativas del FMI a conceder nuevos préstamos financieros “de salva-

mento” si Argentina no cumplía con todas sus exigencias, aun cuando le habían sido concedidos entonces a los demás integrantes del MERCOSUR: 30 mil millones de dólares a Brasil, 1.500 millones a Uruguay y 200 millones a Paraguay.

El resultado fue no sólo la profundización de la crisis argentina —en el propio 2002 la caída del PIB resultó la más pronunciada de toda América Latina: 13%—, sino que ella comenzó a arrastrar a todos sus socios del MERCOSUR. En Brasil, Uruguay y Paraguay también se hicieron sentir los mismos calamitosos efectos argentinos y se repitieron algunas de las protestas y los asaltos a supermercados por sus habitantes más desesperados.

BANCARROTA NEOLIBERAL EN BOLIVIA Y ASCENSO DEL MOVIMIENTO INDÍGENA

En Bolivia las reformas neoliberales, iniciadas a mediados de la década anterior, fueron completadas por el empresario minero Gonzalo Sánchez de Lozada del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), llegado a la presidencia en 1993. A este mandatario, que había sido educado en Estados Unidos y hablaba el español con acento norteamericano, le sucedió en 1997 Hugo Banzer.

Durante el segundo gobierno del viejo dictador —que no pudo concluir por una grave enfermedad que lo llevó a la muerte— se desarrolló, con apoyo de Estados Unidos, una política de represión a los cultivadores de la coca, a la vez que siguió adelante con las prácticas neoliberales de sus antecesores, sin lograr resolver ni paliar los cada vez más graves problemas económicos y sociales del país. A la par, los movimientos campesinos e indígenas siguieron fortaleciéndose.

Muestra de ello fue la llamada “guerra del agua” (2000) —también con los bloqueos y movilizaciones de septiembre-octubre de 2000 y junio-julio de 2001—, llevada a cabo en Cochabamba, contra la empresa privatizada Aguas del Tunari, una subsidiaria de la Bechtel Enterprises de Estados Unidos. Las protestas populares estuvieron acompañadas del cerco indígena de La Paz, encabezados por los comuneros aymaraes guiados por Felipe Quispe, líder del Movimiento Indígena Pachakuti (MIP) —organización surgida en 2000—, recién salido de la cárcel.

Otra muestra del sostenido desarrollo del movimiento indígena fue el vertiginoso ascenso político del dirigente cocalero Evo Morales, opuesto a la persistente campaña promovida por Estados Unidos para erradicar por la fuerza los tradicionales cultivos de coca. En 1994 tuvieron lugar las primeras marchas cocaleras, en defensa del cultivo de esta hoja, procedentes del Chapare profundo, las que irían creciendo con posteriori-

ridad, como expresión de la intensificación de las luchas reivindicativas del campesinado indígena. En 1995 los cocaleros, bajo su dirección, y los campesinos del valle de Cochabamba, articulados en torno a Alejo Véliz, dieron vida a la Asamblea por la Soberanía de los Pueblos (ASP).

Dos años después, en 1997, Evo Morales fue elegido diputado junto con otros tres dirigentes campesinos en el marco de la coalición Izquierda Unida, integrada principalmente por el Movimiento Bolivia Libre y el Partido Comunista. Separado más tarde de esta alianza electoral, Evo Morales creó en 1998, con el respaldo de la mayoría de los integrantes de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), el Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP).

De alguna manera, esta agrupación fundada por Evo Morales era fruto de las contradicciones surgidas en el seno de la ASP con los seguidores de Véliz. Poco después, con el propósito de participar en los comicios, el IPSP se apoyó en un pequeño partido de izquierda llamado Movimiento al Socialismo (MAS), desprendido de la derechista FSB a fines de los ochenta.

Desde estas organizaciones, coligadas en enero de 1999, Evo Morales fue tejiendo una red de alianzas con sindicatos, juntas vecinales y una diversidad de trabajadores y sectores populares que fueron la clave de sus consecutivas victorias electorales. El éxito también se explica por la adopción de un programa indigenista más flexible y plural que el de los seguidores de Quispe, quienes reivindican la completa hegemonía indígena del país, a partir de la tesis de las dos Bolivias, que menosprecia a los sectores mestizos y blancos. En cambio, los partidos de Evo pusieron el énfasis en el antiimperialismo y el rescate de las riquezas nacionales, sin exclusión de las minorías étnicas.

En las elecciones presidenciales de 2002, para impedir el acceso al poder del líder indígena cocalero Evo Morales, Gonzalo Sánchez de Lozada —del MNR— debió pactar con el MIR, liderado por el ex presidente Jaime Paz Zamora, un cogobierno. Este se inició tras culminar el interinato de Jorge *Tuto* Quiroga (2001-2002), heredero político del fallecido Banzer.

Pero el segundo gobierno de Sánchez de Lozada continuó adelante con la desmedida política de liberalización económica, que terminó por provocar una verdadera insurrección nacional. Ya en febrero de 2003 se produjo el amotinamiento de la policía en protesta por nuevos impuestos que afectaban a los miembros de este cuerpo armado, huelga reprimida por el ejército con el saldo de 32 muertos.

La indiscriminada represión llegó aún más lejos en octubre de 2003 —cuando en sólo nueve días fallecieron más de setenta personas y hubo unos 400 heridos—, lo que provocó la salida del gobier-

no de los ministros de Nueva Fuerza Republicana (NFR) y del MIR, así como el rechazo del vicepresidente Carlos Mesa. El día 17 de ese mismo mes, el presidente Sánchez de Lozada, acosado por la repulsa popular y la falta de apoyo de los propios partidos políticos que hasta entonces lo habían respaldado, se vio obligado a huir precipitadamente del Palacio Quemado y abandonar el país.

El descalabro del gobierno de Sánchez de Lozada no era sólo resultado de la profunda recesión económica creada con la ortodoxa política neoliberal, sino también de las masacres cometidas contra la población civil —como la de Warisata (20 de septiembre de 2003)— y de los oscuros acuerdos para exportar el gas natural de los mega campos recién descubiertos en la región del Chaco —controlados por empresas transnacionales—, a través de puertos chilenos, lo que reabrió las heridas no cicatrizadas de la Guerra del Pacífico.

La caída de Sánchez de Lozada, que huyó a toda prisa del país, puso también en solfa el sistema político y a los propios partidos tradicionales, pues con la excepción del MAS-IPSP y de Pachakuti (MIP), todos las demás agrupaciones, incluido el MIR, se habían asociado en el Parlamento en defensa del programa neoliberal. Además, formaban hasta entonces una especie de gran coalición que, bajo el pretexto de defender la llamada responsabilidad nacional, permitió que se sostuvieran en el poder todos los gobiernos neoliberales desde 1985. Por esa razón, los viejos políticos y sus respectivos partidos estaban comprometidos con la crítica situación y eran considerados por la gran mayoría de la población como una revivida *rosca* neoliberal, que había puesto a la nación al borde del precipicio.

Sustituido Sánchez de Lozada por el vicepresidente Carlos Mesa, quien carecía de fuerza parlamentaria alguna ni apoyo partidario, el nuevo mandatario boliviano validó su política sobre los hidrocarburos con la victoria obtenida en el referéndum celebrado en julio de 2004. Pero las dificultades de Mesa para dar respuesta a las exigencias populares dirigidas a implantar una política antineoliberal, y de no sólo impedir la exportación de gas a Chile sino también de nacionalizarlo —en marzo de 2005 el MAS le retiró su respaldo al gobierno—, junto a un nuevo ciclo de movilizaciones y protestas callejeras, obligaron finalmente al impotente mandatario a entregar, en junio de 2005, el poder a Eduardo Rodríguez Veltzé, presidente de la Corte Suprema de Justicia, encargado de convocar a nuevas elecciones.

Otra de las razones que precipitaron la salida de Mesa fueron los conatos secesionistas de matriz conservadora de la llamada Nación Camba, o de la media luna, porque incluye a todos los departamentos y provincias no andinas (Santa Cruz de la Sierra, Tarija, Beni y Pando), o sea todo el oriente y el Chaco boliviano. En esta atribulada nación andina,

a la habitual inestabilidad política y los problemas dejados por las prácticas neoliberales —entre ellos, que más del 90% de su población rural viviera en condiciones de extrema pobreza—, se sumaron entonces las aspiraciones autonómicas de la ciudad y el departamento de Santa Cruz.

Esta región, centro del poder hegemónico sustentado básicamente en torno a la expansión de los cultivos de soja y el crecimiento de la ganadería, así como de la extracción de gas y petróleo, se había convertido en la provincia más rica del país, gracias a que aportaba la mitad de las exportaciones y cerca del 30% del PIB. El surgimiento de fuerzas separatistas en Santa Cruz, era algo también inspirado por espurios intereses foráneos, motivado por las maniobras de los monopolios petroleros para obstaculizar el control nacional sobre los hidrocarburos bolivianos e impedir otros cambios económico-sociales.

Para la organización Nación Camba de Liberación, la región de Santa Cruz es una nacionalidad diferente a la del resto del país y por eso ha aspirado a la independencia, mediante la fórmula de una especie de estado libre asociado. Pero la elite cruceña no pretende separarse de Bolivia —el mercado andino le es indispensable—, sino marcar distancia de las decisiones procedentes del altiplano que podrían afectar sus intereses.

EL CARACAZO: PRINCIPIO DEL FIN DE LA CUARTA REPÚBLICA VENEZOLANA

En Venezuela, la aplicación irreflexiva de las fórmulas neoliberales, recomendadas por el FMI y el Banco Mundial, condujeron a la creación de una clásica situación revolucionaria, agravada por más de una década de estancamiento económico provocado por los bajos precios del petróleo y el pago de la onerosa deuda externa. A la crisis económica y financiera, se sumó el fracaso de los nuevos partidos reformistas para encontrar una salida a la crisis económica y política.

Ese era el caso del Movimiento al Socialismo (MAS) —encabezado por los antiguos jefes guerrilleros Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, que en 1970 abandonaron el Partido Comunista— y La Causa Radical (LCR), esta última procedente a su vez de una escisión del MAS —denominada Venezuela 83— encabezada por Alfredo Manero. A ello debe agregarse la falta de credibilidad de los tradicionales partidos Acción Democrática (AC) y el social cristiano Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), envueltos en una desembozada corrupción.

Durante la década del ochenta, el PIB de Venezuela había descendido un 3,8% y en 1989 cayó en más del 8%, mientras la inflación superaba el 81% y el desempleo y el subempleo se estimaban en 50%.

Los cerros de Caracas, poblados de verdaderas villas miserias, siguieron creciendo en forma impresionante, como demostración palpable del creciente abismo que separaba a ricos y pobres, pues estos últimos pasaron de menos del 20% en 1980 al 40% en 1988. La visible erosión del nivel de vida de las clases trabajadoras y las capas medias, situaría en pocos años más al 60% de la población venezolana por debajo de la línea de pobreza.

En 1988 el líder de Acción Democrática —partido que desde hacía treinta años se alternaba en el poder con COPEI gracias al pacto de *Punto Fijo*—, Carlos Andrés Pérez, fue elegido otra vez a la presidencia con un 48% de la votación gracias a un programa que incluía el rechazo al pago de la gravosa deuda externa para evitar los costos sociales y económicos. Sin embargo, en febrero de 1989, implantó de manera sorpresiva un plan neoliberal salvaje, que impuso aumentos masivos en el costo de la gasolina, en el transporte y los productos básicos. El paquete de medidas neoliberales incluía la reprivatización encubierta de la industria petrolera, nacionalizada por el propio presidente Adecó quince años atrás.

La airada e incontrolada respuesta popular a estas duras medidas gubernamentales fue un espontáneo levantamiento de la población humilde capitalina, denominado el “Caracazo”, que estalló entre el 28 y el 29 de febrero de 1989. La gigantesca protesta comenzó con el secuestro de autobuses y el despliegue de barricadas por parte del estudiantado y pronto devino en una verdadera sublevación masiva de la población humilde, que incluía asaltos a los comercios y destrucción de bienes. El “Caracazo” fue reprimido de manera brutal por el ejército y la policía con un saldo de varios centenares de muertos y miles de heridos.

A la conmoción nacional dejada por estos trágicos sucesos ocurridos en la capital venezolana, se unieron después las denuncias sobre la corrupción gubernamental, que generaron nuevas manifestaciones populares y huelgas. La culminación de ese proceso, estimulado por el creciente desprestigio del gobierno de Carlos Andrés Pérez, fue la inesperada insurrección militar que sacudió a Caracas y otras poblaciones venezolanas el 4 de febrero de 1992, bajo la dirección del comandante Hugo Chávez Frías al frente del hasta entonces desconocido Movimiento Bolivariano Revolucionario.⁴

Aunque el comandante rebelde Francisco Arias Cárdenas logró el control en Maracaibo y otros oficiales comprometidos tomaron Valencia y Maracay, la rebelión militar fracasó en la capital, lo que obligó al propio Chávez a rendirse para evitar un mayor derramamiento de sangre

4 Una excelente descripción en Germán Sánchez Otero: *Hugo Chávez y la resurrección de un pueblo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2014.

—el enfrentamiento dejó catorce muertos y decenas de heridos. En una dramática declaración pública, transmitida a todo el país por la televisión, Chávez concluyó su llamado a deponer las armas con su famosa frase sugiriendo que continuarían con la lucha revolucionaria. Un segundo levantamiento militar, el 27 de noviembre de ese año, más cruento que el anterior pues dejó más de 170 víctimas mortales, también fracasó, aunque sus objetivos eran más confusos que los de la revuelta anterior.

La crisis política generada por todos estos sucesos desembocó en la impugnación del impopular presidente Pérez, en mayo de 1993, acusado de corrupción, proceso que culminó con su enjuiciamiento y destitución. El desprestigiado mandatario Adeco fue sustituido por el breve interinato del historiador Ramón J. Velázquez, en espera de nuevos comicios.

Celebradas las elecciones en diciembre de ese año, en ellas se impuso el anciano político Rafael Caldera, uno de los artífices del sistema bipartidista vigente —nacido en su propia residencia de *Punto Fijo*—, pero que habilidosamente había abandonado el cada vez más desacreditado partido social cristiano COPEI para situarse al frente de una heterogénea coalición, que incluía al MAS, conocida como Convergencia. Con un programa antineoliberal, Caldera obtuvo el 30% de la votación, seguido de Claudio Fermín de Acción Democrática (AD) con el 23,6%, Osvaldo Álvarez Paz de COPEI con el 22,7% y Andrés Velázquez de La Causa R con 22%, aunque el verdadero triunfador era la abstención: 40% del electorado.

Para paliar la crisis financiera, Caldera nacionalizó la banca en 1994. Pero el viejo caudillo democristiano, quien gobernó con grandes dificultades hasta 1999, no pudo revertir la desesperada situación económica y social venezolana y terminó aplicando las mismas medidas de ajuste estructural que había criticado en su programa electoral de 1993. De ello fue expresión el crédito de emergencia que en 1996 se negoció con el FMI y las disposiciones de corte neoliberal implementadas por su ministro de Economía y dirigente del MAS Teodoro Petkoff, quien había dejado atrás los devaneos izquierdistas de su juventud.

El desastroso panorama nacional y la incesante presión popular determinó también la liberación de Chávez y sus compañeros en marzo de 1994, quien se dedicó a vertebrar una nueva organización de masas denominada Movimiento Quinta República (MVR), que el 19 de abril de 1997 realizó en forma exitosa su primer congreso. De allí surgió la candidatura de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela con el respaldo de su propia organización, el debilitado Partido Comunista, Patria para Todos —una facción liderada por Pablo Medina salida de La Causa R—, así como otros grupos de izquierda desprendidos del MAS, junto a otras organizaciones democráticas y populares.

En los comicios del 6 de diciembre de 1998 Chávez venció, con

un programa para poner fin a las desastrosas políticas neoliberales y liquidar el corrompido sistema del *punto fijismo*, que le permitió obtener el 56% de los sufragios. El principal candidato derrotado fue Henrique Salas Romer, apoyado por los partidos tradicionales y otras fuerzas de centro derecha, defensoras del *statu quo*, que obtuvo sólo el 39,9% de los sufragios.

Junto con el milenio, toda una vieja época tocaba a su fin: se iniciaba en Venezuela, y con ella en toda la América Latina, una nueva época de su historia.

LA REVOLUCIÓN CHAVISTA

El inicio del gobierno de Hugo Chávez en Venezuela, el 2 de febrero de 1999, fue el comienzo de la revolución bolivariana, que marcó una nueva época histórica en la tierra del *Libertador*, de profundas consecuencias para el futuro del país. El ascenso del chavismo puso fin a la política neoliberal de los gobiernos precedentes, que tanto perjuicio había causado a la población venezolana, y comenzó el ascenso del papel regulador del Estado y del desarrollo de una política de justicia social, junto a la recuperación de la independencia y soberanía de la nación.

La llegada al poder de Chávez inauguró también, desde el punto de vista internacional, una serie de cambios muy positivos en América Latina que terminarían creando las condiciones, desde los primeros años del siglo XXI, para un verdadero cambio de época a nivel continental. Sin duda alguna, de entre todas las esperanzadoras alternativas latinoamericanas que se abrieron a partir de entonces, la más significativa fue la venezolana, implementada por el comandante Hugo Chávez Frías, al frente de un movimiento revolucionario de inspiración bolivariana que abrió un singular proceso de profundas transformaciones sociales y políticas en la patria de Bolívar.

Desde el principio de su mandato, Chávez debió enfrentar las malintencionadas campañas de los medios de difusión, así como de la mayoría opositora del Congreso, elegida con anterioridad a los comicios presidenciales. A pesar de la enconada resistencia opositora, entre los primeros aciertos de su gestión estuvo una activa negociación internacional, apoyada por su ministro de Energía y Minas, el ex guerrillero Alí Rodríguez Araque, para reactivar la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y conseguir mejores precios para los hidrocarburos. A fines de 1999 estos esfuerzos dieron sus primeros frutos.

A la par, Chávez dio pasos firmes para sacar de PDVSA, el consorcio estatal petrolero creado en 1976 tras la nacionalización de los hidrocarburos, a la banda de tecnócratas corruptos que la habían puesto al servicio de la vieja elite política venezolana y los intereses

de Estados Unidos. Otra de las prioridades de Chávez, en los primeros momentos de su gobierno, fue formar la prometida Asamblea Constituyente, encargada de modificar el anquilosado sistema político de la llamada cuarta república. Para lograr la autorización legal para convocar la convención, se celebró un referéndum el 25 de abril de 1999 que obtuvo la aprobación del 82% de los votantes.

A continuación, el 25 de julio de ese mismo año, se efectuaron las elecciones de diputados a la convención en la que los candidatos chavistas del Polo Patriótico obtuvieron 119 de los 131 curules, con el 67% de los sufragios. Como colofón de este proceso encaminado a dotar al país de una nueva Carta Magna que permitiera modificaciones más profundas del orden existente, en diciembre de 1999 los seguidores de Chávez volvieron a repetir sus triunfos, con el 71% de los votos, en otro referéndum, esta vez para ratificar la nueva Constitución que fundaba la República Bolivariana de Venezuela.

En base a las estipulaciones de la flamante Carta Magna bolivariana, se convocaron nuevos comicios presidenciales —ahora el mandato ejecutivo se extendía a seis y se dejaba al Congreso con una cámara única—, que Chávez volvió a ganar el 30 de julio de 2000 con el 59,7% de los sufragios. En esta ocasión, su contrincante era su ex compañero de armas Arias Cárdenas, que debió conformarse con el 37,5% de los votos.

En esos mismos comicios, el Polo Patriótico obtuvo una sustanciosa mayoría parlamentaria, así como buena parte de las gobernaciones y los poderes locales. A pesar de estas contundentes victorias, la resistencia opositora impidió mediante diferentes artimañas que se llevaran adelante las promesas electorales y el avanzado articulado de la Constitución. Eso explica que el presidente Chávez asumiera poderes especiales en noviembre de 2001, que le permitió promulgar 49 leyes habilitantes para impulsar buena parte de las transformaciones sociales y económicas que esperaba el país, incluyendo una ley de tierras, base de una futura redistribución agraria.

Las leyes habilitantes destaparon la violenta reacción de la burguesía venezolana. Para evitar la legislación revolucionaria chavista, la oposición hizo un primer intento de huelga general el 6 de diciembre de 2001, mientras aumentaban las confrontaciones callejeras y las sucias campañas mediáticas. En ese contexto, salió del gobierno el sector moderado del chavismo, representado por el viejo político y empresario Luis Miquelena, destituido por Chávez el 24 de enero de 2002, a la vez que cesanteaba a la corrupta cúpula directiva de PDVSA.

La respuesta de la oposición derechista fue organizar en los primeros días de abril de 2002 un paro general, una marcha pública y una sangrienta provocación en las calles de Caracas. Era el preámbulo del golpe de Estado que depuso a Chávez el 11 de abril de ese año

y situó en la primera magistratura al acaudalado Pedro Carmona Estanga, hasta entonces presidente de la gremial empresarial conocida por sus siglas como FEDECAMARAS.

Chávez, que se negó a renunciar, fue encarcelado por los golpistas —primero en el fuerte Tiuna, luego en Turiamo y finalmente en la isla de Orchila—, mientras el efímero dictador revelaba su verdadero rostro fascista con la disolución de los órganos de elección popular, la derogación de la nueva Constitución y la represión contra las figuras más connotadas del chavismo, incluyendo el sitio a la embajada cubana. Apenas dos días después, las coléricas manifestaciones populares, encabezadas por dirigentes del Polo Patriótico como José Vicente Rangel y Aristóbulo Istúriz, junto a la enérgica reacción de los militares leales guiados por el general Jorge Luis García Carneiro, en ese momento comandante de la región militar de Caracas, revirtieron la intentona fascista y el líder de la revolución bolivariana tuvo que ser liberado.

Una nueva maniobra opositora comenzó el 2 diciembre de 2002 mediante un prolongado paro empresarial que tenía su centro en las instalaciones petroleras. Dos meses después, tras despedir a los gerentes, técnicos y trabajadores de PDVSA comprometidos con la reacción derechista y los intereses foráneos, la huelga fue revertida, gracias al indiscutible respaldo popular y la lealtad de las Fuerzas Armadas.

Pero el cambio decisivo en el pulso de fuerzas con la oposición se produjo el 15 de agosto de 2004, cuando el gobierno de Chávez obtuvo una contundente victoria en el referéndum revocatorio, donde alcanzó el 60% de los votos. A este impresionante triunfo siguió, el 31 de octubre de ese mismo año, el de los comicios parciales que le dieron a sus seguidores el poder en la gran mayoría de las alcaldías —270 de 337— y en todos los gobiernos de los estados, con la excepción de Zulia y Nueva Esparta.

Para redondear esta cadena de resonantes victorias, en las elecciones presidenciales de 2006, Chávez volvió a imponerse a un candidato opositor, esta vez Manuel Rosales, con el 62,84%, mientras el aspirante derechista sólo conseguía el 36,9%. Este significativo triunfo estuvo precedido por el total control chavista de la Asamblea Nacional, después que en los comicios legislativos de diciembre de 2005 la oposición cometiera el error de abstenerse.

En gran medida, la cadena de triunfos en las contiendas democráticas —donde la única excepción fue el revés chavista en el referéndum constitucional del 2 de diciembre de 2007, perdido por muy estrecho margen—, estaban basados en los exitosos resultados de la revolución bolivariana. En particular, los generosos programas sociales emprendidos por el presidente Chávez, entre ellos las diversas Misiones —Ribas, Sucre, Mercal, Barrio Adentro, Zamora, Vuelvan Caras, Robinson, Vivienda, Identidad, etc.—, la fundación de la Uni-

versidad Bolivariana, con recintos universitarios en todo el país, y los ambiciosos proyectos de largo aliento en el campo educativo, alimentario, productivo, de salud, vivienda y otros.

Todos ellos están dirigidos a beneficiar a amplios sectores populares, como los indígenas, campesinos, mineros y otros sectores marginados de la sociedad, con el objetivo de lograr, en el menor plazo posible, la equidad y la superación de las desigualdades y las exclusiones culturales, sociales y políticas, contenidas en el proyecto bolivariano del socialismo del siglo XXI. Como resultado de esta política social, que también permitió la creación de cuatro millones de nuevos puestos de trabajo, la revolución bolivariana consiguió disminuir la pobreza del 50% al 27,8% —la extrema pobreza descendió del 30% al 6%—, mientras el desempleo se redujo de un 15,2% a un 6,4% en 2012.

Según la CEPAL, Venezuela es el país de América Latina que más logros ha tenido en la erradicación del hambre y la tasa de desnutrición, que bajó del 21% en 1998 a menos del 3% en 2012, mientras la capacidad de producir alimentos para consumo interno, acorde a los datos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación (FAO), subió del 51% en 1999 al 71% en 2012. Además, Venezuela es el primer país del mundo al que la UNESCO le otorgó en 2010 la calificación de 96 puntos sobre 100 en mejora educativa, por las metas alcanzadas en materia de alfabetización, educación inicial, primaria, secundaria y universitaria. En consecuencia, entre los años 2000 y 2012 la revolución bolivariana mejoró en forma sustantiva el Índice de Desarrollo Humano del país, que en este período fue cuatro veces superior al de las dos décadas anteriores, según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).

Entre los éxitos alcanzados debe subrayarse que más de un millón de personas fueron alfabetizadas en poco tiempo (Misión Robinson) y se distribuyeron miles de toneladas de alimentos diarios a bajo precio. En gran medida esos resultados fueron posibles por la solidaria colaboración cubana, en primer lugar por la presencia permanente de más de veinte mil médicos y personal de la salud que brindan atención gratuita en las zonas populares más pobres y aisladas del país.

También el gobierno bolivariano ha impulsado vigorosamente proyectos integracionistas con los demás países de la región, de lo que son muestra la Comunidad Sudamericana de Naciones —integrada por doce naciones— y los acuerdos con Cuba, todos firmados en diciembre de 2004. Estos últimos fueron la base de la posterior creación de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA), verdadera respuesta al ALCA siguiendo el legado de los grandes pensadores latinoamericanos y las mejores tradiciones de nuestros pueblos. También debe mencionarse, dentro de los esfuerzos integracionistas impulsa-

dos por la revolución bolivariana, la fundación de Petrocaribe, que ha beneficiado a muchas naciones centroamericanas y caribeñas, así como la erección de un Banco del Sur en diciembre de 2007.

La última victoria fue la elección del comandante Hugo Chávez al frente del recién creado Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), que obtuvo cuando ya estaba gravemente enfermo de cáncer —y haber sufrido varias operaciones sucesivas en los últimos meses—, en los comicios presidenciales de octubre de 2012. En esta ocasión, el líder de la revolución bolivariana obtuvo el 55,5% de los votos, derrotando a su rival derechista Henrique Capriles, que debió conformarse con el 44,3% de los sufragios.

A esta contundente victoria siguió la obtenida por los chavistas en diciembre de ese mismo año, cuando ya el mandatario venezolano estaba hospitalizado en La Habana, al ganar una cómoda mayoría en la cámara y obtener la gobernación de todos los estados excepto tres. Este resultado fue más significativo, pues por primera vez en el periodo de la revolución bolivariana Chávez no pudo participar personalmente en una elección, pues ya se encontraba al borde de la muerte, lo que fatalmente ocurrió, tras larga agonía, el 5 de marzo de 2013.

Tras su apoteósico sepelio, que fue una extraordinaria manifestación de sentido duelo popular que conmovió al mundo, se realizaron nuevos comicios. Ahora se enfrentaron el presidente designado por Chávez para que lo sustituyera y ex canciller Nicolás Maduro, postulado por el Gran Polo Patriótico —formado por el Partido Unido Socialista y otras agrupaciones aliadas— y el aspirante de la llamada Mesa de Unidad Democrática (MUD), que respondía a los intereses de la oposición derechista y los Estados Unidos, Henrique Capriles, a la sazón gobernador del estado de Miranda.

La apretada victoria electoral chavista del 14 de abril de 2013, esta vez 50,6% frente al 48,7% de su contrincante, junto a la desaparición física de Chávez, hicieron creer a la oposición que esta era la oportunidad de derrocar por la fuerza al gobierno bolivariano. Para conseguirlo, desencadenaron una violenta ola de protestas y atentados callejeros que ocasionaron la muerte de varias personas, pero que no pudieron impedir la exitosa toma de posesión de Maduro cinco días después, encargado de dirigir, según lo establece la Constitución vigente, los destinos de Venezuela hasta 2019.

La continuación del legado de Hugo Chávez, ahora bajo la responsabilidad de Nicolás Maduro, abre un nuevo periodo en la historia de la revolución bolivariana. De seguro esta nueva etapa no estará exenta de dificultades y amenazas de toda índole, generados por la oposición burguesa y los Estados Unidos, que harán todo lo posible por revertir el proceso revolucionario en la patria del *Libertador*.

EL CAMBIO DE ÉPOCA

La revolución bolivariana fue el inicio de una nueva época en la historia de América Latina y el Caribe. El inicio de las radicales transformaciones en la redenominada República Bolivariana de Venezuela, fue seguido en otros países latinoamericanos de la llegada al gobierno, por la vía de elecciones democráticas, de destacados representantes de las fuerzas populares y progresistas, aupados al poder por las dramáticas consecuencias económicas y sociales del desenfreno neoliberal y la crisis de credibilidad de la mayoría de los partidos tradicionales.

La primera victoria electoral de Hugo Chávez en Venezuela (1998, luego reelecto en 2002, 2006 y 2012), fue continuada después con los triunfos democráticos de Luis Inacio da Silva (2003, reelecto en 2006) y Dilma Rouseff (2010, reelecta en 2014), ambos líderes del Partido de los Trabajadores de Brasil; Néstor Kirchner en Argentina (2003) y luego de su esposa Cristina Fernández (2007, reelegida en 2011); Tabaré Vázquez (2005, reelegido en 2015) y José Mujica (2009), ambos del Frente Amplio en Uruguay; Evo Morales en Bolivia (2006 y reelecto en 2009 y 2014), así como Rafael Correa en Ecuador (2007, reelecto en 2009 y 2013). A estos indiscutibles triunfos populares, que cambiaron como nunca antes el mapa político de América Latina, deben sumarse los obtenidos por Daniel Ortega y el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua (2007 y reelegido en 2012), así como los más precarios de Manuel Zelaya en Honduras (2006) —interrumpido con su derrocamiento en 2009 por los militares y la elite empresarial, encabezada por Roberto Micheletti— y de Fernando Lugo en Paraguay (2008), depuesto en forma arbitraria e ilegal por el Legislativo paraguayo en 2012 dirigido por el ambicioso vicepresidente Federico Franco.

A este verdadero cambio de época también han contribuido los diferentes gobiernos independientes del Caribe —algunos de ellos integrados al ALBA y/o Petrocaribe— y las resonantes victorias electorales obtenidas en El Salvador primero por Mauricio Funes (2009) y después por Salvador Sánchez Ceren (2014), ambos por el Frente Farabundo Martí (FMLN), así como de otras fuerzas democráticas y progresistas en la región, que han marcado distancia de las viejas prácticas políticas y enarbolado una plataforma soberana e independiente. Pueden mencionarse los sucesivos gobiernos del Partido de la Liberación Dominicana (PLD), fundado por Juan Bosch en la República Dominicana, en manos de los presidentes Leonel Fernández (1996-2000 y 2004-2012) y Danilo Medina (2012-2016); los socialistas Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet en Chile (2006-2010) —quien volvió a la presidencia en 2014—; Álvaro Colom en Guatemala (2008-2012) y Michel Joseph Martelly en Haití, este último en la primera magistratura en este devastado país caribeño desde 2011.

Sin duda, la profunda crisis económica, social y política a que fue llevada la América Latina con la implementación de un capitalismo salvaje han abierto en el continente inesperadas opciones y espacios, con nuevas alternativas que antes apenas se esbozaban, que indican la apertura de una época diferente en la historia latinoamericana, signada por cambios muy positivos. En varios países de la región se ha vertebrado una nueva izquierda, purgada de errores, traumas y desencuentros del pasado, opciones inimaginables sólo unos años atrás, después del dramático descalabro del socialismo europeo y del acorralamiento del marxismo por el pensamiento único. En última instancia, estos cambios tienen que ver con casi tres décadas de desenfrenado neoliberalismo que crearon las condiciones, necesidades y los nuevos actores sociales para impulsar transformaciones radicales en una diferente dirección.

Síntoma de los nuevos tiempos es la inusitada fuerza del cuestionamiento a la validez ideológica y política del neoliberalismo y su modelo de Estado mínimo, que fue deslegitimada en casi todas partes como paradigma de las estrategias gubernamentales latinoamericanas, al no poder reducir la pobreza y en su lugar aumentar la desigualdad. El creciente emplazamiento del neoliberalismo ya venía produciendo con anterioridad en América Latina un reverdecer de la retórica y la práctica antineoliberal.

Sus primeros síntomas afloraron en los discursos de varios mandatarios latinoamericanos en la Cumbre de Monterrey (México), realizada en enero de 2004, en abierta discrepancia con las propuestas del entonces presidente George W. Bush, centradas en el libre comercio, la seguridad, la lucha contra el terrorismo y la implementación del ALCA. Desde entonces, cobraron un nuevo aire los proyectos integracionistas regionales y los acuerdos entre ellos.

Otra consecuencia fue la modificación en las posiciones oficiales de algunos países latinoamericanos —sobre todo de la América del Sur— respecto al ALCA, cuestionándose algunos de sus principios generales, lo que en definitiva condujo a que no se concretara en la fecha y términos que proponía Estados Unidos. De allí que desde mediados de 2003 Washington tuviera que buscar nuevas alternativas para imponerlos, en lo fundamental mediante la firma de tratados bilaterales, como los concretados con Chile, Perú, Colombia, Centroamérica y algunos otros países del hemisferio. Pero el fracaso norteamericano en la implementación del ALCA no impide que la red de tratados de libre comercio que ha ido tejiendo Estados Unidos pueda debilitar la posibilidad de una acción conjunta de los países latinoamericanos para negociar en bloque con el poderoso vecino del Norte. En contra de una acción concertada de América Latina también surgió, en el

primer semestre de 2012, un convenio integracionista de claro cuño neoliberal y conservador, titulado la Alianza del Pacífico, que ha agrupado a México, Chile, Perú y Colombia.

LOS GOBIERNOS DEL PT EN BRASIL: DE LULA A DILMA

En Brasil el cambio de época comenzó con la llegada al poder de Luis Ignacio da Sila (Lula), el antiguo líder de los obreros metalúrgicos convertido en máxima figura del Partido de los Trabajadores (PT). Cuando el fracaso del segundo gobierno de Fernando Henrique Cardoso era ostensible, se produjeron los comicios presidenciales de 2002, a los que Lula se presentó como candidato por cuarta ocasión. Pero esta vez el líder del PT tenía mayor libertad para tejer alianzas y hacer compromisos, lo que explica que pudiera llevar como compañero de boleta al empresario Jose Alençar.

A pesar de sus concesiones, debió enfrentar la propaganda atemorizadora de la reacción y los grandes medios de difusión, a las que respondió con la consigna de que la esperanza se impondría al miedo y con promesas de dar prioridad a los preteridos problemas sociales, oponiéndose al neoliberalismo. En la segunda ronda electoral, Lula contó, además del respaldo del Partido Comunista de Brasil y el Partido Democrático Laborista (PDT) que había tenido en la primera vuelta, con el del Partido Socialista Brasileño (PSB).

Con este amplio apoyo de las fuerzas de izquierda, Lula derrotó con el 61,35% de los sufragios a su principal adversario, José Serra, del partido de gobierno, que se quedó solo con el 23,2% de los votos. La elección del líder del PT fue vista por todos los movimientos populares y progresistas como una victoria propia y considerada como un punto de inflexión en la historia de Brasil, que daría paso a una política favorable a los legítimos intereses nacionales y de solución a los graves problemas sociales.

Pero las esperadas transformaciones radicales que se esperaban del gobierno de Lula, iniciado el 1º de enero de 2003 con el lema de “um outro Brasil é possível”,⁵ estuvieron constreñidas desde el principio de su mandato por los límites impuestos por las estructuras tradicionales de poder aposentadas en el aparato judicial, el legislativo, los gobiernos estaduais y altos mandos militares. Eso explica que la política económica del PT fuera de avances lentos y graduales, manteniendo como inercia prácticas del gobierno anterior, como por ejemplo seguir destinando casi el 60% de la recaudación fiscal al pago

5 En Gaudencio Frigotto: “Brasil e a politica economico-social: entre o medo e a esperança”, *Revista del Observatorio Social de América Latina*, Buenos Aires, CLASO, p. 98.

de la deuda externa, lo que fue alejando a algunas organizaciones y movimientos sociales que lo habían respaldado.

No obstante, Lula intentó desmontar la política neoliberal, lograr beneficios sociales y reducir la vulnerabilidad externa, a la vez que inducía el crecimiento económico. Por eso desde el principio de su mandato, el presidente brasileño puso el acento en políticas sociales focalizadas, de tipo asistencial o de beneficencia pública, que le permitió disminuir ciertas tensiones sociales y mantener su popularidad —primero con su programa de *Hambre 0*, sustituido después por la más amplia *Bolsa Familiar*— postergando las esperadas transformaciones sustanciales que reclamaban sus partidarios más radicales. Gracias a esos amplios programas sociales, el número de personas ubicadas en el nivel de miseria se redujo en 2006 a seis millones de personas, lo que equivalió a una baja del 15,2% de la población total de Brasil (189 millones de habitantes).

En el campo de la política exterior, el gobierno de Lula marcó más distancia todavía del de su predecesor, en particular por su intensa campaña internacional a favor de un orden mundial más justo y en defensa de una nueva geografía comercial que pusiera fin a los subsidios agrícolas que hacen una competencia desleal a las producciones de los países más atrasados o subdesarrollados. También el mandatario brasileño puso énfasis en la integración regional, como se ejemplifica con los acuerdos firmados con los gobiernos revolucionarios de Cuba y Venezuela.

Al pasar la mitad de su mandato, la extraordinaria popularidad del carismático presidente Lula se fue erosionando, mientras se producían escisiones y expulsiones de sectores de izquierda del propio PT, pasados a la oposición. Diferentes grupos, incluidos algunos parlamentarios radicales purgados del partido oficial, junto al Partido Comunista y Consulta Popular, vertebraron un Frente de Izquierda con vistas a las elecciones de 2006, que llevó de candidata a Heloisa Helena, una ex diputada del partido de Lula. Al mismo tiempo, fueron reapareciendo algunas protestas populares, como las provocadas por la reforma del sistema de pensiones y prestaciones a los trabajadores (2004).

La denuncia de sobornos a varios diputados, conocida como la crisis del *mensalao* (mensualidades) en 2005, y otros escándalos similares, contribuyeron también a menguar la popularidad del mandatario y llevaron a la sustitución de influyentes figuras del PT en el gobierno, entre ellos José Dirceu —que en 2012 fue condenado a diez años de cárcel por su responsabilidad en la corrupción gubernamental— y el ministro de Hacienda Antonio Palocci. Dirceu, un antiguo combatiente contra la dictadura militar y hasta entonces jefe del gabinete presidencial, fue sustituido en ese puesto clave por Dilma Rou-

seff, una ex guerrillera de VAR Palmares que había sufrido prisión y torturas, incorporada al PT solo cuatro años antes.

Las revelaciones fueron aprovechadas por la oposición y la mayoría de los medios masivos de difusión para intentar desprestigiar al presidente Lula e impedir a toda costa su reelección. A pesar de la caída de la popularidad de Lula y la deserción de algunos de sus partidarios —como los que fundaron el Partido Socialismo y Libertad (PSOL)—, muchos movimientos sociales consideraron que la situación del país sería peor sin él y decidieron apoyarlo en la nueva contienda presidencial. Los resultados de la primera ronda electoral, celebrada en octubre de 2006, alarmaron a Lula y al PT —solo obtuvo 48,64% de los votos frente al 41,61% de su contrincante el socialdemócrata Geraldo Alckmin del PSDB—, ante la posibilidad de perder la segunda vuelta. Pero el mandatario reaccionó vigorosamente y logró reelegirse —con el 60,8% de los votos válidos, equivalente a 58,3 millones de votantes— para otros cuatro años. Su victoria sobre el candidato opositor, que se tuvo que conformar con el 39% de los sufragios, fue festejada por todo el país.

Al final, las pérdidas del partido gubernamental en estas elecciones no fueron de la magnitud que se vaticinaba, pues el PT quedó como la segunda agrupación más numerosa de la cámara. No obstante, los 83 representantes obtenidos por el PT en esta rama parlamentaria era inferior a los 91 diputados conseguidos en 2002 y, entre los dos comicios presidenciales, los seguidores de Lula disminuyeron en dos millones de votos, mientras la abstención fue la más alta de los últimos años (23%).

A fin de cuentas, la clave de la nueva victoria electoral de Lula era su política social, que le permitió sortear con éxito ciertas tensiones y mantener su popularidad entre los sectores menos politizados, en gran medida gracias a la *Bolsa Familiar* que ya beneficiaba con una pequeña mensualidad a más de once millones de familias pobres. Aunque el gobierno del PT había relegado las prometidas transformaciones sustanciales de la sociedad, al final de su primer mandato la mejoría de los sectores más humildes era ostensible.

Durante su segundo gobierno, extendido de 2007 a 2011, Lula estuvo más a la izquierda que en el primer periodo presidencial. En esta etapa puso énfasis en la integración de América Latina. Los éxitos obtenidos y el crecimiento económico conseguido por Brasil, cada vez más una potencia emergente a nivel mundial, le permitieron a Lula abandonar el poder con un histórico 97% de aprobación a su gestión.

Con ese aval llegó su sucesora y correligionaria Dilma Rouseff al Palacio del Planalto en Brasilia, la primera mujer que alcanzaba tal responsabilidad en toda la historia de Brasil. En la campaña electoral,

Dilma tuvo como principales rivales a José Serra y Marina Silva, ex ministra de Medio Ambiente que había abandonado el gabinete de Lula precisamente por un enfrentamiento con la ahora aspirante del PT. En estos comicios, Dilma obtuvo el 46,8% de los sufragios, seguidos por el 32,6% de Serra y el 19,3% de Silva. La presidente brasileña se ha propuesto eliminar la pobreza extrema y dedicar casi la mitad del PIB de Brasil a esa finalidad.

Una vez en el gobierno, la flamante mandataria dio continuidad a la política de su predecesor, aunque puso más énfasis en la defensa de los derechos humanos, para lo cual comenzó aprobando una ley de libre acceso a la información pública y creando una Comisión de la Verdad (CNV), para investigar las violaciones cometidas por los órganos represivos del Estado brasileño desde 1946. También se distinguió por su política de *faxina*, esto es limpieza de la administración pública, que ha llevado a la salida del gobierno y organismos del Estado a varios ministros y funcionarios, lo que se ha combinado con una política exterior de gran potencia emergente que exige un puesto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (ONU) y en otros foros internacionales.

A mediados de 2013, varias ciudades de Brasil fueron sacudidas por espontáneas manifestaciones populares provocadas por el aumento de los precios del transporte en San Pablo y exigiendo una profunda revisión de los gastos públicos. En particular, cuestionaban los millonarios fondos empleados en costosos eventos deportivos, como los empleados en la construcción de instalaciones para el campeonato mundial de fútbol (2014) y las Olimpiadas (2016). La inesperada crisis creada por las multitudinarias protestas callejeras condujo a la brusca caída de la popularidad de la mandataria, obligándola a reevaluar en forma crítica toda su política, para dar respuesta a las exigencias de la gran mayoría de la población brasileña y ser reelegida en 2014.

PERONISMO KIRCHNERISTA EN ARGENTINA

En Argentina, los procesos de cambios fueron la reacción natural a una profunda crisis económica, creada por la aplicación del neoliberalismo, acompañada de una larga inestabilidad política y social. Según las cifras, la crítica situación argentina había llegado al extremo de que el 54% de la población se encontrara por debajo del límite de pobreza y la mitad de ella (27% del total) en condiciones de indigencia.

En esas difíciles condiciones, se efectuaron los comicios presidenciales del 27 de abril de 2003 que despejaron el camino a la Casa Rosada del abogado y ex gobernador de Santa Cruz Néstor Kirchner. El aspirante peronista del llamado *Frente para la Victoria* —apoyado por el mandatario interino Eduardo Duhalde— quedó en segundo lu-

gar en esas elecciones, con sólo el 22,24% del electorado, detrás de su principal oponente, el ex presidente y también peronista Carlos Menem, que había conseguido el 24,3% de los sufragios.

Pero la segunda ronda electoral no llegó a efectuarse, pues Menem —convencido de la victoria kirchnerista pues las encuestas le daban más del 60% de las intenciones de voto— decidió retirarse de la contienda, evitando además una división peronista. De esa manera Kirchner, que en 1991 había sobresalido dentro del denominado peronismo renovador por su oposición a varios proyectos neoliberales del propio Menem, entre ellos la privatización de Aerolíneas Argentinas y la Ley de hidrocarburos, llegó a la primera magistratura con la más baja votación registrada en la historia nacional.

El 25 de mayo de 2003 comenzó el gobierno de Néstor Kirchner. Desde los primeros momentos se distanció de las administraciones precedentes y comenzó a desarrollar una política posneoliberal, dirigida a cambiar en poco tiempo el desastroso panorama económico y cerrar el ciclo de ingobernabilidad abierto en 2001. Para lograr disminuir la pobreza y el desempleo, promovió nuevas fuentes de trabajo, la elevación del salario real y una mejor distribución de la riqueza, a lo que contribuyó el crecimiento de las construcciones, en particular de viviendas, y de la industria por sustitución de importaciones, que permitió hasta 2007 un crecimiento anual del 9%.

A ello debe añadirse una política a favor de la integración latinoamericana —en particular con Venezuela y Brasil—, y de rechazo al ALCA promovido por Estados Unidos. Kirchner incluso encabezó la oposición latinoamericana a los planes neopanamericanos del gobierno de Bush en la Cumbre de las Américas celebrada en Mar del Plata (2005).

También el gobierno kirchnerista se distanció de los anteriores por su firme condena a las violaciones de los derechos humanos durante los regímenes castrenses de fines de los setenta y principios de los ochenta. Para acabar con la impunidad, anuló las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, y los indultos de los noventa, que habían impedido juzgar los delitos de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura militar, además de renovar la anquilosada Corte Suprema de Justicia.

También el presidente impulsó la renegociación de la onerosa deuda externa, sacando a la Argentina de la más larga suspensión de pagos de su historia, procurando que no pasara por encima de los intereses y demandas nacionales. En gran medida, ello fue factible con la ayuda solidaria del gobierno de Chávez, que le permitió pagar el total de la deuda externa al FMI, casi diez mil millones de dólares.

Esta política soberana e independiente fue continuada por su esposa, la abogada Cristina Fernández —bajo cuyo gobierno Néstor Kirchner fue parlamentario y presidente del Partido Justicialis-

ta (peronista)—, que ganó las elecciones para el periodo 2007-2011 con el 45,28% de los sufragios. Durante los últimos dos años del mandato de su esposo, Cristina Fernández se había desempeñado como senadora en el Congreso Nacional.

Durante su primer gobierno, la mandataria debió enfrentar a la elite agrícola, cuya resistencia a las medidas gubernamentales alcanzó su punto culminante en 2008, cuando realizaron un paro que estuvo acompañado de bloqueo de carreteras, extendido durante 129 días. También afrontó la oposición de la derecha argentina, como la proveniente del poderoso grupo mediático *Clarín* —negado a cumplir la ley antimonopólica y promotor de una rabiosa campaña de prensa contra el gobierno kirchnerista—, que influyó en la derrota electoral de la mandataria en los comicios intermedios de 2009.

No obstante, entre los logros del primer gobierno de Cristina Fernández deben mencionarse la nacionalización del sistema de pensiones y jubilaciones, la recuperación de antiguas empresas estatales, entre ellas Aerolíneas Argentinas, Austral Líneas Aéreas, la Fábrica Argentina de Aviones y Yacimientos Petrolíferos (YPF) —incluso fueron nacionalizadas el 51% de las acciones de la empresa española Repsol—, además de la ayuda económica masiva brindada para hijos de desempleados, que ya en 2012 beneficiaba a cuatro millones de personas. A todo ello debe sumarse la continuación de la lucha por los derechos humanos y de la política exterior soberana e integracionista iniciada durante el gobierno de su esposo, incluyendo la intensificación de la campaña diplomática para la recuperación de las Islas Malvinas.

En vísperas de nuevas elecciones, en las que todo parecía indicar que Néstor Kirchner se presentaría de nuevo como candidato del *Frente para la Victoria*, el líder justicialista falleció en forma repentina el 27 de octubre de 2010. La ola de duelo popular que estremeció a la Argentina impulsó la reelección de su viuda para un segundo mandato (2011-2015). En estas dramáticas condiciones, teniendo como base fundamental al peronismo y su alianza con partidos de centroizquierda, unidos en el *Frente para la Victoria*, Cristina Fernández de Kirchner obtuvo el 54,11% de los votos, el más alto porcentaje obtenido por un aspirante presidencial desde 1983.

Entre las realizaciones del segundo mandato de la presidenta argentina se encuentran el plan *Conectar Igualdad*, basado en la entrega y puesta en funcionamiento de tres millones de mini *laptops* con acceso a Internet a todos los alumnos de escuelas públicas primarias y secundarias del país. Ello ha sido posible porque el presupuesto nacional de educación creció desde el 3,64% en 2003 al 6,81% en 2012, al mismo tiempo que las construcciones de centros educacionales ha registrado la cifra más alta desde el primer gobierno de Perón.

Como resultado de los tres sucesivos gobiernos kirchneristas, la deuda en dólares de la Argentina descendió del 92% del PIB que representaba en 2003, a solo el 8,4% en 2012. Además la pobreza, según un informe de la CEPAL, se redujo en 2011 en relación a 2003, del 33,8% al 5,7%, ubicándose como la más baja en América Latina, por delante de Uruguay (6,7%). Por su parte, la indigencia disminuyó del 7,2 al 1,9 %, siendo la segunda más baja de la región, mientras —según informes del Banco Mundial— entre 2003 y 2009 Argentina duplicó su clase media, pasando de 9,3 millones a 18,6 millones de personas, casi la mitad de toda su población, a lo que ha contribuido el sustancial incremento de las pensiones y jubilaciones. Pese a todos estos avances, la oposición y la prensa de la derecha hacen todo lo posible por entorpecer la labor gubernamental kirchnerista, con el propósito de revertir los logros alcanzados para la gran mayoría de la población argentina.

EL ESTADO PLURINACIONAL DE BOLIVIA

La entrada al Palacio Quemado en La Paz de Evo Morales Ayma, el 22 de enero de 2006, formó también parte del cambio de época registrado en América Latina a comienzos del siglo XXI. El popular líder indígena de origen aymara se alzó con una indiscutida victoria electoral en los comicios del 18 de diciembre de 2005, teniendo de compañero de fórmula electoral por el Movimiento al Socialismo (MAS)-Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP) a un destacado intelectual y ex guerrillero, Álvaro García Linera.

El programa de Evo Morales, que le atrajo el apoyo de los sectores más humildes del país, incluía demandas como la revalorización de la identidad indígena, la recuperación de los recursos naturales y la defensa de la cultura de la hoja de coca. Ello explica que obtuviera el 53,7% de la votación frente al candidato del Partido Poder Democrático Social (PODEMOS), del ex presidente Jorge *Tuto* Quiroga, quien sólo consiguió el 28,59% de los sufragios. Por primera vez en toda la historia de Bolivia, uno de los países más pobres de América Latina, los indígenas y campesinos llegaron al poder, controlando el Ejecutivo y buena parte del Legislativo (cámara baja). Por eso el primer gabinete del presidente Morales incluyó a varios ministros indígenas, entre ellos David Choquehuanca en Relaciones Exteriores.

Entre las transformaciones llevadas adelante desde entonces por el gobierno de Evo Morales se encuentran el ingreso de Bolivia como miembro pleno del ALBA, que ha permitido el desarrollo de amplios programas de beneficio nacional, entre ellos el plan masivo de alfabetización *Yo sí Puedo* y operaciones médicas gratuitas, con el apoyo solidario de Venezuela y Cuba. Además, se han dado créditos a la mi-

croempresa y los campesinos por el Banco de Desarrollo Productivo, con vistas a lograr la modernidad rural, junto con la construcción de hospitales, carreteras y otras obras de infraestructura.

Al mismo tiempo, se han entregado fondos para los sectores humildes, como los bonos contra la deserción escolar —denominados *Juancito Pinto*— y para los ancianos, así como la reducción de las tarifas de electricidad y teléfono. Muchas de estas conquistas han sido posibles, en tan corto tiempo, porque el primer mandatario indígena en la historia de Bolivia cumplió su promesa de campaña de nacionalizar los hidrocarburos (1° de mayo de 2006), que de un plumazo permitió al Estado, a través del ente estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB), controlar el 82% de los ingresos por este concepto. Con posterioridad, el Estado boliviano ha extendido su dominio a otros sectores estratégicos, entre ellos la minería, la electricidad, la fabricación de cemento y las telecomunicaciones.

Como parte de un amplio plan de cambios de beneficio popular deben incluirse las transformaciones agrarias. La reforma, puesta en marcha el 2 de agosto de 2006, se encaminó a entregar títulos de propiedad de tierras estatales a campesinos pobres, en particular indígenas, como parte de un plan más ambicioso que contempla en el futuro la expropiación de latifundios.

Gracias a muchas de estas disposiciones sin precedentes, el PIB boliviano creció un promedio anual del 5,2%. En 2008, Bolivia alcanzó su mayor crecimiento registrado con un 6,2% según datos del FMI. En 2009 el país siguió creciendo en forma inusitada, al extremo que al año siguiente el Banco Mundial sacó a Bolivia de la lista de países de bajos ingresos y lo ubicó en el grupo de ingresos medios.

El 10 de diciembre de 2007 fue aprobada en Oruro, luego de un dilatado proceso de discusión por las maniobras opositoras de la reacción, la nueva Constitución de Bolivia, definido desde entonces como un Estado Plurinacional, abriendo causas a una mayor participación popular y multiétnica en la sociedad boliviana. A continuación, el 25 de enero de 2009, se celebró el referendo para ratificar la nueva Carta Magna, que fue aprobada por el 61,43% de los votantes, ocasión en que se registró la mayor participación de todas las consultas realizadas en la historia de Bolivia: 90,26% de los ciudadanos inscritos.

El avance del proceso revolucionario en Bolivia, sin embargo, no ha estado exento de escollos, internos y externos, como los planes desestabilizadores de 2008, el llamado “gasolinazo” de diciembre de 2010, provocado por el aumento de los precios de los combustibles, y las manipuladas protestas indígenas de fines de 2011 por la construcción por empresas brasileñas de una autopista cuyo trazado implica atravesar el Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboró-Sécure

(TIPNIS), entre Cochabamba y Beni. En estas condiciones, sometido a referéndum revocatorio el 10 de agosto de 2008, el popular mandatario indígena obtuvo un resultado favorable del 67,43%.

A pesar de todas las dificultades y obstáculos, el gobierno de Evo Morales, reelegido en su cargo en los comicios presidenciales de 2009 y 2014 —en ambas ocasiones con significativa mayoría de votos— dio nuevo impulso a la campaña diplomática para la recuperación de una salida al mar y persiste en su objetivo de abrir paso a profundas transformaciones sociales y económicas que consoliden la participación de las grandes mayorías indígenas como principales protagonistas del proceso de refundación de la gran nación del altiplano, que se encamina a pasos firmes hacia su liberación definitiva como verdadero Prometeo de los Andes.

LA REVOLUCIÓN CIUDADANA DE RAFAEL CORREA EN ECUADOR

Otro país que experimentó un giro radical en su historia ha sido Ecuador, que le permitió superar la inestable situación de fines del siglo XX y principios del XXI, provocada por la irresponsable aplicación de las medidas neoliberales de ajuste y reestructuración de la economía, junto a una creciente militarización del país, tras el fin del conflicto armado con Perú (1998). En un ambiente enrarecido por estas políticas nefastas, una profunda crisis económica y la falta de credibilidad ciudadana en el sistema político existente, fue que comenzó a sobresalir Rafael Correa Delgado.

Este joven economista había realizado estudios universitarios en Estados Unidos y Bélgica, donde estuvo en la Universidad de Lovaina y conoció de cerca la Teología de la Liberación. Una de las primeras cosas que llamaron la atención de Correa fue su renuncia a su puesto de ministro de Economía y Finanzas en el gabinete del gobierno provisional de Alfredo Palacio (2005-2007), quien había sido el vicepresidente del defenestrado Lucio Gutiérrez, en franco desacuerdo con la postura neoliberal del gobierno, que aceptaba las exigencias del FMI y la firma del TLC con Estados Unidos.

Situado en la oposición, Rafael Correa comenzó a vertebrar una propuesta de cambios radicales para la sociedad ecuatoriana, que denominó *revolución ciudadana*, con un acabado plan antineoliberal y nacionalista, que puso énfasis en la educación y la salud popular y el rescate de la soberanía nacional. Al frente del movimiento recién fundado, Alianza País Altiva y Soberana, y con el concurso de Pachakutik, el Movimiento Popular Democrático, el Partido Roldosista Ecuatoriano, el Partido Comunista, el Partido Socialista e Izquierda Democrática, Correa logró vencer a sus adversarios en la primera vuelta de las

elecciones presidenciales de 2006. El principal adversario en la segunda vuelta electoral era el banquero Álvaro Novoa, del Partido Renovador Institucional, defensor de la privatización de todas las empresas públicas y el desmontaje de las leyes laborales. Pero en la ronda final, Novoa solo sacó el 43% de los sufragios frente al 56,67% obtenido por el líder de la propuesta de *revolución ciudadana*.

Desde el inicio del gobierno de Rafael Correa, 15 de enero de 2007, se puso de relieve que en Ecuador no se había producido un cambio de gobierno más, sino un verdadero cambio de época, como proclamó el propio mandatario. El principal escollo que el nuevo presidente debió enfrentar fue la tenaz oposición parlamentaria al proceso de transformaciones, pues Alianza País no tenía representación al Legislativo y Correa exigía una sustancial reforma constitucional.

Eso explica que la estrategia transformadora de Correa comenzara por someter a referéndum la necesidad de una convención constituyente. Efectuado el 15 de abril de ese mismo año, la propuesta gubernamental obtuvo el aval del 81,7% del electorado. A continuación, en las elecciones a ese cónclave, los partidarios de Correa obtuvieron 78 de los 130 escaños, lo que permitió elaborar una nueva Carta Magna que permitiera modificar en forma sustantiva el orden neoliberal heredado y el desprestigiado y corrupto sistema político, al que Correa denominó la *partidocracia*.

Debido a la puesta en vigor de la nueva Constitución —aprobada el 28 de septiembre de 2008 por el 63,93% de los votantes—, que establecía nuevas elecciones generales, Correa debió someterse a nuevos comicios, en los que la amplia ventaja —consiguió el 51,99% de los votos— hizo innecesaria la segunda ronda. Por este motivo, volvió a tomar posesión de su alto cargo el 10 de agosto de 2009, en medio del entusiasmo popular y la conmemoración del bicentenario de la independencia.

Entre los primeros éxitos de la *revolución ciudadana* deben anotarse la disminución de los salarios de los altos cargos gubernamentales, el desalojo de la base militar norteamericana en Manta, la renegociación de los contratos petroleros, el cese de las relaciones con el FMI y la promoción de la integración latinoamericana, incluido el ingreso de Ecuador al ALBA en junio de 2009. También debe mencionarse el desarrollo de importantes obras públicas, los subsidios otorgados a las poblaciones más vulnerables —como los de desarrollo humano y los de viviendas—, la significativa disminución del desempleo y la elevación de salarios. A ese listado de realizaciones debe sumarse la liquidación, en una hábil maniobra financiera, aplaudida hasta por la oposición, del 91% de la deuda externa —a un costo mínimo de 35 centavos por dólar— previamente declarada ilegítima.

Pero el gobierno de Correa ha debido desarrollarse enfrentando constantes intentos de la reacción y Estados Unidos por derrocarlo. Uno de ellos fue el intento de golpe de Estado, el 30 de septiembre de 2010, que tuvo por basamento un manipulado motín policíaco que dejó un saldo de ocho muertos y dos centenares de lesionados. En la misma dirección se inscriben las marchas opositoras en marzo de 2012 de una de las organizaciones indígenas del país, la Confederación Nacional de Indígenas del Ecuador (CONNAIE). Esta agrupación, que se ha ido convirtiendo, tras su apoyo a Lucio Gutiérrez en una fuerza conservadora, y su expresión política Pachakutik en un partido tradicional más, también apostó infructuosamente por la desestabilización del país.

El creciente prestigio y la popularidad nacional e internacional del presidente Correa, cimentada en una palpable elevación del nivel de vida de la población y de la dignidad nacional, ha propiciado el retorno de miles de emigrados ante el sustancial mejoramiento de la situación económica de Ecuador. Esos avales le permitieron al líder de la *revolución ciudadana* reelegirse, con holgado margen (57,17%), el más alto porcentaje obtenido por un candidato en la historia reciente de Ecuador, en la primera vuelta en las elecciones efectuadas el 17 de febrero de 2013, lo que augura un futuro venturoso para el pueblo ecuatoriano.

DERROCAMIENTO DE LOS GOBIERNOS POPULARES DE HONDURAS Y PARAGUAY

No obstante las buenas perspectivas que se abrieron en el siglo XXI a la izquierda latinoamericana para acceder al poder por la vía electoral, estos procesos de cambios no han estado libres de obstáculos de todo tipo. Incluso en dos países las fuerzas de la reacción y el imperialismo lograron revertirlos, como ocurrió con los dramáticos acontecimientos ocurridos en Honduras y Paraguay, donde en forma abrupta las fuerzas reaccionarias azuzadas por Estados Unidos lograron derrocar al gobierno del ex obispo católico Fernando Lugo y al del hacendado Manuel Zelaya.

En Honduras la sucesión del mandatario conservador Ricardo Maduro, en lo que parecía una sucesión tradicional de poder en la elite hondureña, devino de manera inesperada en una radicalización de la política nacional. El autor de ese giro fue el rico hacendado del Partido Liberal José Manuel "Mel" Zelaya Rosales, elegido en la presidencia de Honduras tras ganar los comicios de 2005 a su contrincante del oficialista Partido Nacional, el conservador Porfirio Lobo con el 50,79% de los sufragios.

El gobierno de Mel Zelaya, iniciado el 27 de enero de 2006, desarrolló una política que puso énfasis en el desarrollo social, así como en la integración con los países latinoamericanos, alejándose de la postura pronorteamericana de los gobiernos precedentes. Prueba de ello fue su ingreso a Petrocaribe en 2008 y posteriormente al ALBA, así como auspició la reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA) celebrada en San Pedro Sula, los días 2 y 3 de junio de 2009, que revocó las sanciones contra Cuba y abrió el camino para su reingreso en la organización panamericana en caso que deseara hacerlo.

La política soberana e independiente del gobierno de Zelaya, la aprobación del salario mínimo y en particular su propuesta de convocar un plebiscito para reformar la Constitución, desataron la cólera de reacción interna, apoyada bajo cuerda por los Estados Unidos. El 28 de junio de 2009, el presidente Zelaya fue derrocado por un golpe militar, legitimado por el Parlamento, y expulsado del país.

En su lugar ocupó el poder Roberto Micheletti, hasta entonces presidente del Congreso Nacional, quien ante las airadas protestas populares contra la ruptura del orden democrático —secundadas por gran parte de la comunidad internacional—, respondió con una mayor represión. Las medidas gubernamentales no pudieron impedir el crecimiento de la oposición democrática ni tampoco el regreso del mandatario derrocado, que se alojó en la embajada de Brasil en Tegucigalpa el 22 de septiembre de 2009, de donde salió de nuevo al exterior el 27 de enero de 2010 con un salvoconducto del nuevo mandatario hondureño Porfirio Lobo.

El posterior retorno de Zelaya a Honduras fue favorecido por el *Acuerdo para la reconciliación nacional y la consolidación del sistema democrático en la República de Honduras*, suscrito con el propio presidente Lobo, gracias a la mediación de los gobiernos de Hugo Chávez de Venezuela y José Manuel Santos de Colombia. Tras el regreso definitivo de Zelaya a Honduras, el 28 de mayo de 2011, se ha ido vertebrando un gran movimiento opositor, denominado Frente Nacional de Resistencia Popular, que cuenta con un extraordinario respaldo ciudadano, encabezado por la esposa de Zelaya, Xiomara Castro, que se vislumbra con grandes posibilidades de romper el tradicional sistema bipartidista que ha dominado al país a todo lo largo de su historia.

En Paraguay, por su parte, el derrotero no fue muy diferente al hondureño. Fernando Lugo llegó al poder luego del fracaso del gobierno del colorado Nicanor Duarte, iniciado el 15 de agosto de 2003, durante cuyo mandato se incrementaron las sangrientas confrontaciones sociales protagonizadas por los movimientos campesinos, en particular los despertados contra el “modelo sojero”, la utilización de los agrotóxicos y los “tarifazos” contra los pagos de la deuda externa.

Como obispo de la diócesis de San Pedro del Paraná en Itapúa, entre 1994 y 2005, una de las zonas más pobres del Paraguay, Fernando Lugo había sobresalido por su apoyo a los campesinos sin tierra y el impulso dado a la organización de *Resistencia Ciudadana*. Esta era una agrupación de los principales partidos políticos de la oposición, las cinco centrales sindicales y más de un centenar de asociaciones civiles surgidas contra el intento violación de la Constitución nacional por parte del entonces presidente Nicanor Duarte.

Para buscar un cambio en la situación del país, el *Obispo de los Pobres*, como se le llamaba a Lugo, anunció su candidatura presidencial con una propuesta que incluía una reforma agraria —el 3% de la población paraguaya ocupa el 85% de las mejores tierras del país—, el mejoramiento de la justicia, lograr la salud universal gratuita y la recuperación de la soberanía energética. Su victoria electoral en las elecciones del 20 de abril de 2008 fue posible en gran medida por la conformación de la Alianza Patriótica por el Cambio, cuya principal fuerza era el Partido Liberal Radical Auténtico. En esos comicios, Lugo derrotó por más de un 10% de los votos a Blanca Ovelar, la candidata del oficialista Partido Colorado, que llevaba más de seis décadas en el poder y había sido el sostén de la larga dictadura de Alfredo Stroessner.

El gobierno de Lugo, iniciado el 15 de agosto de 2008, desde su inicio se mostró muy limitado en la satisfacción de los reclamos populares, entre ellos la reforma agraria, la liquidación del corrupto sistema político, el combate al contrabando, la eliminación de la pobreza extrema y otros problemas sociales. Dada su endeble base política, pues carecía de un partido propio, el mandatario paraguayo debió resistir casi en solitario los golpes de la reacción, los recortes presupuestarios y obstáculos de toda especie levantados por los poderes constituidos, dominados por las fuerzas políticas tradicionales, el Partido Colorado y su propio aliado el Liberal Radical Auténtico, junto al capital extranjero.

Pese a estas grandes limitaciones, el antiguo obispo consiguió de Brasil el reconocimiento de la soberanía energética paraguaya, el 6 de abril de 2011, que significó un ingreso adicional de 360 millones de dólares anuales para el país, así como ciertas mejorías en el campo de la salud pública y la educación. De este modo, durante 2010 y 2011 el país registró tasas récord de crecimiento económico, generadas en gran medida por el aumento de las exportaciones y la expansión del sector comercial, industrial y de la construcción, alcanzando picos históricos de crecimiento de 14,5%, una de las mayores tasas de América Latina.

A estos significativos logros de su política debe sumarse la organización en marzo de 2010 del Frente Guasú, que en guaraní significa

Grande —agrupó a una veintena de pequeños partidos y movimientos de izquierda, entre ellos el Partido Comunista—, con el propósito de participar en las elecciones presidenciales de 2013. Pero las campañas difamatorias de la oposición y la aparición del llamado Ejército del Pueblo Paraguayo (EPP), que comenzó acciones armadas en las zonas rurales, fueron debilitando al gobierno, lo que facilitó su fácil derrocamiento mediante un burdo golpe parlamentario el 12 de junio de 2012. El pretexto utilizado por los legisladores, encabezados por el propio vicepresidente Federico Franco, del Partido Liberal Radical Auténtico, para deponer al mandatario fue la masacre de campesinos y la muerte de varios policías ocurrida en Curuguaty.

El gobierno de Franco concluyó el mandato de Lugo. En las elecciones del 21 de abril de 2013 se impuso el candidato del Partido Colorado, el millonario Horacio Cartes, quien obtuvo el 45,9% de la votación sobre el aspirante liberal Efraín Alegre, que solo alcanzó el 36,93%, iniciando su gobierno a mediados de agosto del propio año. En esos mismos comicios el ex presidente Lugo fue elegido senador por el Partido Frente Guasú, cuando según cifras oficiales la pobreza alcanza al 40% de la población paraguaya y el 19% de ella se encuentra en total indigencia.

En ambos casos las transformaciones democráticas y populares iniciadas por los mandatarios Zelaya y Lugo en Honduras y Paraguay, dos de los países más pobres del hemisferio, fueron cercenadas en forma abrupta por sendos golpes de Estado realizados en 2009 y 2012. La asonada militar hondureña y el golpe parlamentario de Paraguay permitieron interrumpir las expectativas de cambios a que estaban abocados ambos países y, mediante fórmulas muy semejantes, tras el breve interinato de los gobiernos golpistas de Micheletti y Franco, se realizaron comicios presidenciales que sirvieron para devolver el poder a los sectores tradicionales y con ello poner fin al rechazo internacional y recuperar la plena participación de estos gobiernos en los foros y organizaciones mundiales de los que habían sido excluidos.

ASCENSO DE OTROS GOBIERNOS POSNEOLIBERALES

La oleada antineoliberal que se expandió por América Latina tras el triunfo de la revolución bolivariana en Venezuela, a comienzos del siglo XXI, incluyó también al fortalecimiento de dos agrupaciones de origen guerrillero: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua y el Farabundo Martí (FMLN) en El Salvador, llegados al poder por sendas victorias electorales de sus candidatos Daniel Ortega en 2007, así como Mauricio Funes en 2009 y Salvador Sánchez Ceren en 2014.

En el caso de Nicaragua, el resurgimiento del sandinismo se produjo a contrapelo del desgaste a que fue sometido el FSLN y de las campañas de desprestigio lanzadas en su contra por la propaganda derechista, como las orquestadas en torno a “La Piñata”. Con este término festivo se alude al proceso ocurrido tras la pérdida electoral en 1990, cuando los sandinistas —antes de entregar el poder a la oposición— legalizaron los bienes expropiados a la oligarquía (tierras, casas, etc.) y que habían sido repartidos entre la población humilde, incluyendo las propiedades que pasaron a la propia organización revolucionaria y a sus dirigentes a título personal.

También como consecuencia de la salida del poder, la unidad del FSLN se fue resquebrajando hasta que en el congreso nacional, celebrado en 1994, un prestigioso sector del sandinismo encabezado por destacadas figuras históricas como Sergio Ramírez, Víctor Tirado y Luis Carrión, abandonó la organización y crearon el Movimiento Renovador Sandinista (MRS). La división sandinista facilitó que en las siguientes elecciones parlamentarias, el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), el principal partido de la derecha, obtuviera el 51% de los votos, mientras el FSLN debía conformarse con el 38% y el MRS con apenas el 2%.

Otra decisión controvertida del FSLN fueron los acuerdos electorales y parlamentarios a que se llegó más adelante con el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), para lograr cierta gobernabilidad en el país, lo que fue muy criticado por el otro sector sandinista. Pero el entendimiento con los liberales constitucionalistas permitió cierta estabilidad política y creó las condiciones para el retorno al poder del FSLN; aunque en lo inmediato facilitó al candidato del PLC, Arnoldo Alemán, ganar los siguientes comicios presidenciales con el 52,5% frente al 37,8% obtenido por Daniel Ortega.

El periodo de Alemán, extendido de 1997 a 2002, se caracterizó por la continuación de la política neoliberal implantada por su antecesora, la presidenta Violeta Barrios de Chamorro, a lo que añadió la descarnada corrupción administrativa y el nepotismo, lo que más tarde determinó que fuera acusado ante los tribunales y la opinión pública. En los siguientes comicios presidenciales, el candidato del FSLN volvió a ser derrotado por un exitoso empresario vinculado al FMI y al Banco Mundial, Enrique Bolaños, quien obtuvo el 56,3% de la votación frente al 42,3% de Ortega.

El continuo deterioro de la situación económica, social y política del país durante el mandato de Bolaños, extendido hasta 2007, derivada de un desenfrenado neoliberalismo, permitió al FSLN ganar la alcaldía de Managua y conseguir la mayoría parlamentaria en el Congreso. Además, mediante una hábil política de alianzas, el

FSLN vertebró un gran frente nacional electoral denominado “Gran Unidad Nicaragua Triunfa”.

La histórica victoria sandinista en las elecciones del 3 de noviembre de 2006, con un 38,59% de los votos, fue también posible por los acuerdos previos con el PLC, que establecieron que se reconocía vencedor al aspirante presidencial que obtuviera la mayoría, sin necesidad de segunda vuelta, lo que había ocurrido ahora al quedar en el segundo puesto el liberal Eduardo Montealegre con el 30,9%. Con esta victoria electoral, el FSLN, encabezado por su líder histórico Daniel Ortega, regresó al poder a partir del 10 de enero de 2007.

El retorno de los sandinistas abrió una nueva época en el país al poner fin a la desenfadada política neoliberal aplicada por los gobiernos precedentes y dar inicio a la recuperación económica del país, rescatando el papel del Estado en la economía y los programas sociales de amplio beneficio social implantados por la revolución tras su triunfo en 1979. Muchos de estos programas educativos, de salud y otros se han visto favorecidos con la ayuda solidaria del ALBA, a la que Nicaragua se incorporó de inmediato.

Los éxitos de los sandinistas y el ostensible mejoramiento de las condiciones de vida de las grandes mayorías, explican la nueva victoria en los comicios de 2011, cuando Daniel Ortega fue reelecto por primera vez con el 62,46% de los sufragios, mientras que su principal contrincante, Francisco Gadea, solo obtenía el 31%. Esta resonante segunda victoria electoral ha permitido a un fortalecido FSLN mantenerse en el poder y rescatar las conquistas de la revolución sandinista, beneficiado por las nuevas circunstancias históricas que vive hoy América Latina a principios del siglo XXI.

Por su parte, la victoria de los antiguos guerrilleros del FMLN en los comicios de 2009 en El Salvador, estuvo precedido de divisiones internas y frustrantes reveses electorales tras su desmovilización militar. En 1994 abandonaron el FMLN las cúpulas de dos de sus organizaciones fundadoras, la Resistencia Nacional (RN) —encabezada por Fermán Cienfuegos— y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), este último dirigido por Joaquín Villalobos, responsable confeso del asesinato del poeta guerrillero Roque Dalton en 1975.

Las expectativas de cambio esgrimidas por el candidato del FMLN, el prestigioso líder comunista comandante Shafik Handal —fallecido el 24 de enero de 2006— se vieron insatisfechas con la elección, por el 57% de los votos, de Antonio Elías Saca de la oficialista Alianza Republicana Nacionalista (ARENA). De esta forma, Saca sucedió en la presidencia, en 2004, al también neoliberal Francisco Flores, quien gobernaba desde 1999.

Pero en los siguientes comicios, celebrados el 15 de marzo de 2009, triunfó el periodista Mauricio Funes, candidato del FMLN, sobre el aspirante de la Alianza Republicana Nacional (ARENA) Rodrigo Ávila, antiguo director de policía. Esta victoria electoral permitió a la antigua organización guerrillera ocupar la primera magistratura tres meses después e iniciar transformaciones sociales y democráticas en la vida del país, que han sido continuadas por el actual mandatario Sánchez Ceren.

Mención aparte merecen los sostenidos y significativos avances electorales en Uruguay del Frente Amplio-Encuentro Progresista, este último surgido en 2004. Su representante, el médico Tabaré Vázquez, que ya había estado a punto de vencer en la segunda vuelta electoral en 1999 a Jorge Batlle —candidato de la derecha Blanco-Colorado— forzada por primera vez a coligarse para mantener el poder, ganó en forma espectacular, con el 50,45% de los sufragios, en los comicios de 2004.

El 1° de marzo de 2005 con la toma de posesión de Tabaré Vázquez se inició una nueva etapa histórica en la patria de Artigas que se continuó después con el ascenso al poder del ex guerrillero tupamaro José Mujica, aunque a diferencia de su antecesor solo obtuvo el 47,9% de los sufragios y debió concurrir a una segunda vuelta. Entre los logros de estos dos gobiernos seguidos del Frente Amplio en Uruguay pueden anotarse los beneficios salariales a los trabajadores y sustanciales mejoras en las condiciones laborales y de nivel de vida de su población, lo que explica el retorno a la presidencia de Tabaré Vázquez (2014).

ÚLTIMOS AVANCES DE LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

Aunque algunos analistas clasifican a estos nuevos gobiernos, que han transformado radicalmente el panorama político de América Latina, como populistas de centroizquierda (Argentina, Brasil y Uruguay, incluyendo El Salvador, Honduras y Paraguay, estos últimos antes de ser revertidos por la fuerza), o nacionalistas revolucionarios (Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua), todos tienen más coincidencias que divergencias.⁶ En primer lugar sus aspiraciones por un orden social más justo y en el desarrollo de una política internacional verdaderamente soberana e independiente.

Varios de estos gobiernos son muy críticos del capitalismo y aspiran a cambios radicales. Incluso se han propuesto la construcción de una nueva sociedad, en un proyecto que se ha denominado socialismo del siglo XXI, y todos coinciden en impulsar, como nunca

6 Claudio Katz, *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2008.

antes, la integración de América Latina y el Caribe desde una perspectiva solidaria e inclusiva.

El cambio de época que indudablemente vive hoy el continente ha venido acompañado de lo que pudiera considerarse un segundo impulso de la integración latinoamericana, nacida al calor de la lucha por la independencia continental a fines del siglo XIX y principios del XX. Muestra de este reverdecer es la aparición en 2004 de la Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP), la Unión de Naciones del Sur (UNASUR) en 2008 y la fundación, en diciembre de 2011, de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

En particular, esta última es una agrupación política de 33 países de Nuestra América que representa a 540 millones de personas y 20 millones de kilómetros cuadrados. La CELAC tiene sus antecedentes en el Grupo Contadora, formado en 1983 por Colombia, México, Venezuela y Panamá, para buscar una solución pacífica al conflicto armado que entonces assolaba la región centroamericana, y el llamado Grupo de Río, creado en 1990 como mecanismo de consulta y concertación política de los gobiernos de América Latina y el Caribe sin la presencia de Estados Unidos.

La CELAC agrupa a países con orientaciones políticas muy diversas, algunos de ellos todavía atados a pactos, compromisos y tratados de libre comercio con los Estados Unidos —como son los casos de México, Panamá, Colombia, Costa Rica, Chile y desde 2012 Guatemala— hasta los países que componen el ALBA y otros con gobiernos progresistas que son resultado de una crítica radical al neoliberalismo y el orden social injusto, cuya participación ha sido fundamental para avanzar hacia una posición común basada en el respeto a la soberanía de nuestros pueblos frente al coloso del norte.

Las perspectivas que se abrieron con el siglo XXI a nuevas modalidades de unidad latinoamericana y caribeña han puesto a la orden del día propuestas integracionistas de matriz bolivariano que aspiran a crear las condiciones para conformar una confederación política moderna, que preserve y consolide la independencia de América Latina y resista la embestida de la integración neopanamericana. Prueba de ello ha sido el creciente emplazamiento al neoliberalismo y los proyectos de libre comercio promovidos desde Estados Unidos, que ha permitido relanzar los proyectos integracionistas regionales y llegar a acuerdos entre éstos, como los firmados entre el MERCOSUR y la Comunidad Andina, así como la fundación en 2008 de la Comunidad Sudamericana de Naciones — formada en sus inicios por 12 países—, también conocida como Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR).

En particular, MERCOSUR ha logrado consolidarse como el primer bloque comercial de América Latina y el Caribe. Su radio de acción y esferas de actividad se han ido ampliando y hoy abarcan también acciones en salud, defensa, energía, economía y finanzas, desarrollo social, infraestructura y planeamiento, educación, cultura, ciencia e innovación. Expresión de ello fue la reciente creación del Centro de Estudios Estratégicos de la Defensa (CEED), con sede en Buenos Aires, cuyo objetivo es crear una doctrina sudamericana en materia de defensa y el Instituto Suramericano de Gobierno en Salud (ISAGS), así como el impulso dado al Banco del Sur, que aspira a romper la tradicional dependencia financiera del Banco Mundial y el FMI.

Un papel muy destacado en la promoción de la unidad latinoamericana y caribeña le ha correspondido a la República Bolivariana de Venezuela bajo la dirección del desaparecido presidente Hugo Chávez, en gran medida responsable del vigoroso impulso dado a los proyectos integracionistas de nuevo tipo con los demás países de la región, de lo que son muestras el ingreso de Venezuela en diciembre de 2005 al MERCOSUR —proceso dilatado por la resistencia de congresistas conservadores de Paraguay—, la creación de Petrocaribe y, muy en particular, con la fundación de la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), hoy denominada Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-TCP (Tratado de Comercio de los Pueblos).

El ALBA, verdadera respuesta revolucionaria al ALCA y los tratados de libre comercio con Estados Unidos, acogida con todo calor por la revolución cubana —que se ha propuesto la actualización de su sistema socialista—, se inscribe también en este empeño de retomar el sueño del *Libertador* y darle cima a comienzos del siglo XXI. Al ALBA, surgido el 14 de diciembre de 2004 por acuerdos entre los gobiernos de Venezuela y Cuba, han ido sumándose posteriormente otras naciones del continente: Nicaragua (2007), Honduras (2008), Bolivia (2006), Ecuador (2009), Dominica, Antigua y Barbuda, San Vicente y Las Granadinas, estos tres pequeños estados caribeños entre 2008 y 2009.

El ALBA se fundamenta en un ideal integracionista que pone énfasis en el desarrollo social y humano de los pueblos latinoamericanos y caribeños, siguiendo el legado de los grandes pensadores de este continente y las mejores tradiciones de Nuestra América. Por ello, entre sus objetivos figuran unir en colaboración, complementación política, social y económica a sus integrantes, para lograr sociedades más justas, cultas, participativas y solidarias.

Puntos importantes en su desempeño, encaminado a consolidar una zona de seguridad económica para sus miembros, han sido la fundación del Banco del ALBA y el Sistema Único de Compensación Regional (SUCRE), que aspira a crear en un futuro una moneda co-

mún, así como las diferentes misiones sociales, educativas y de salud. Tras la salida de Venezuela de la Comunidad Andina de Naciones, el ALBA se ha convertido en el segundo bloque integracionista de la América Latina y el Caribe.

A pesar de los peligros de desestabilización, mayor dependencia y creciente ingobernabilidad que siguen acechando a los países de América Latina a comienzos del siglo XXI, el ideal de la segunda independencia reclamada por José Martí desde fines del siglo XIX va ganando la conciencia de las amplias mayorías de este continente como demuestran la apertura de muchos de estos procesos, y muy en especial el venezolano, que auguran cambios inevitables en el futuro, los cuales más temprano que tarde darán al traste con la *pax* norteamericana que las administraciones de Estados Unidos persisten en imponer en el nuevo milenio a todo el planeta.

BIBLIOGRAFÍA NO CITADA

- Ayerbe, Luis Fernando 2002 *Los Estados Unidos y la América Latina. La construcción de la hegemonía* (Santa Fe de Bogotá, Premio Casa de las Américas).
- Caetano, Gerardo (comp.) 2006 *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Caicedo Zurriago, Jaime (s.f.) *Plan Colombia y ALCA un mismo modelo* (Bogotá: Ediciones Izquierda Viva).
- Castañeda, Jorge G. 1993 *La utopía desarmada* (México: Joaquín Mortiz-Planeta).
- Coronel, Bernardo 2011 *Breve interpretación marxista de la historia paraguaya (1537-2011)* (Asunción-Paraguay: Arandura Editorial).
- Cuevas Molina, Rafael 2012 *De Banana Republic a Repúblicas Maquileras. La cultura en Centroamérica en tiempos de globalización neoliberal* (San José C. R.: EUNED). Díaz Lacayo, Aldo 2010 *La Segunda Independencia 1810-2010. Bicentenario* (Managua: Aldilá y Cía.).
- Elías, Antonio (comp.) 2006 *Los gobiernos progresistas en debate, Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay* (Buenos Aires: CLACSO).
- Escalante, Pablo *et al.* 2004 *Nueva historia mínima de México* (México: El Colegio de México).
- Flecha, Víctor-Jacinto 2012 *Breve historia del Paraguay* (Asunción: FONDEC).

- Guerra Vilaboy, Sergio y Maldonado Gallardo, Alejo 2006 *Laberintos de la integración latinoamericana. Historia, mito y realidad de una utopía* (Caracas), en <www.cómala.com>.
- _____ 2009 *Historia de la Revolución Cubana* (Navarra: Txalaparta).
- Maldonado Gallardo, Alejo; Guerra Vilaboy, Sergio y Roberto González Arana 2006 *Revoluciones latinoamericanas del siglo XX. Síntesis histórica y análisis historiográfico* (México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo).
- Midence, Carlos 2011 *Cambios y aportes históricos del Sandinismo al devenir nacional. De las visiones indígenas a la Revolución Sandinista en sus dos etapas* (Managua: Editorial Universitaria UNAN-León).
- Monasterios, Karin; Stefanoni, Pablo y Do Alto, Hervé (eds.) 2007 *Reinventando la nación en Bolivia. Movimientos sociales, Estado y poscolonialidad* (La Paz: CLACSO/Plural Editores).
- Petras, James 1999 *América Latina. De la globalización a la revolución latinoamericana* (Rosario: Homo Sapiens).
- Prieto Rozos, Alberto y Guerra Vilaboy, Sergio 1991 *Breve historia de Brasil* (La Habana: Editora Política).
- Raby, Diana 2008 *Democracia y revolución: América Latina y el socialismo hoy* (Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana).
- Regalado, Roberto 2006 *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda* (México: Ocean Sur).
- _____ 2008 *Los gobiernos de izquierda en América Latina* (México: Ocean Sur).
- _____ (coord.) 2012 *La izquierda latinoamericana a 20 años del derrumbe de la Unión Soviética* (México: Ocean Sur).
- Revista del Observatorio Social de América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, Año V, N° 13, 14 y 15 (2004).
- Rodríguez Gelffenstein, Sergio 2012 *Se ha prendido la hierba en todo el continente. Relatos de Nuestra América* (Mérida, Venezuela: Talleres Gráficos Universitarios ULA).
- Rodas, Germán 2000 *La izquierda ecuatoriana en el siglo XX. Aproximación histórica* (Quito: Abya Yala).
- Sader, Emir y Jinkings, Ivana (coords.) 2006 *Enciclopedia Contemporánea da América Latina e do Caribe* (Río de Janeiro: Laboratorio de Políticas Públicas/ Boitempo Editorial).

- Sánchez Otero, Germán 2004 *Cuba desde Venezuela* (Caracas: Consejo Nacional de la Cultura).
- Saxe Fernández, Eduardo E. 1999 *La nueva oligarquía latinoamericana* (Heredia, Costa Rica: EUNA).
- Sixirei Paredes, Carlos 2011 *La violencia en Colombia (1990-2002), Antecedentes y desarrollo histórico* (Vigo: Universidad de Vigo).
- Suárez Salazar, Luis 2000 *El siglo XXI. Posibilidades y desafíos para la Revolución Cubana* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Svampa, Maristella y Stefanoni, Pablo (comps.) 2007 *Bolivia: memoria, insurgencia y movimientos sociales* (Buenos Aires: CLACSO/Editorial El Colectivo).
- Zimmermann, Matilde 2004 *Carlos Fonseca Amador. Bajo las banderas de Che y de Sandino* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

Roberto Fernández Retamar

CALIBÁN QUINIENTOS AÑOS MÁS TARDE*¹

* Roberto Fernández Retamar 2000 “Calibán quinientos años más tarde”, tomado de *Todo Calibán* (La Habana: Editorial Letras Cubanas), pp. 142-175.

1 Invitado por la Universidad de Nueva York a desarrollar el tema que anuncia el título, en una mesa redonda llamada *Encuentro con el Otro* (lo que hice el primero de octubre de 1992, compartiendo dicha mesa con Kamau Brathwaite y Serge Gruzinski), recibí luego invitaciones de otras universidades de los Estados Unidos. En varias de ellas (Iowa, Illinois en Champaign-Urbana, California en Berkeley y Stanford, Nueva York en Purchase) ofrecí versiones ampliadas del texto inicial. Aun así, por razones de tiempo, no pude leer todo el material que aquí se publica; ni pude, desde luego, valerme de las notas al pie. Algunos pasajes del ensayo los utilicé en otros también escritos en 1992, y dados a conocer en Buenos Aires, Jalapa, Veracruz, Madrid, Florencia y La Habana. Agradezco su generosidad a las amigas y los amigos que me invitaron, así como a las instituciones que me permitieron exponer mis preocupaciones y esperanzas. Y agradezco a Adelaida de Juan (con quien compartí el reciente periplo estadounidense, como hace cuarenta años comparto la vida) el haber puesto en un inglés tolerable, para alivio de los oyentes, estas páginas, varias de las cuales he tenido ahora que traducir al español. Pues Adelaida, que sabe tanto de inglés y español como de arte (lo que comprobaron quienes asistieron a las conferencias que dio al alimón conmigo), no sólo tradujo casi todo, sino que hizo constantes sugerencias, aportó citas (a veces a partir de fuentes increíbles, como el menú de un hotel en Iowa), refrenó mi enlabyrinthado estilo, escuchó sin cansancio y discutió sin ira. Aunque lleve sólo mi firma, este trabajo, salvo en los costados delirantes, es pues también suyo: lo que, por otra parte, debe ser dicho de cuanto he escrito a partir de mi primer libro de estudios, que en 1993 cumple cuatro décadas de haberse terminado. El texto se publicó por primera vez en *Nuevo Texto Crítico*, N° 11, primer semestre de 1993.

DE ACUERDO CON LA INVITACIÓN que he recibido, hablaré sobre Calibán, y con frecuencia desde él. Hace más de veinte años² propuse al mítico hijo de Sycorax como imagen de la cultura correspondiente a lo que José Martí llamó “Nuestra América”,³ la cual tiene vastas raíces mundiales. Pero el poderoso concepto-metáfora que es Calibán (insisto: un “concepto-metáfora”, en forma alguna solamente “un nombre en una pieza”)⁴ aludirá en estas páginas no sólo a la América Latina y el Caribe sino, como ha sido tan frecuente, a los condenados de la Tierra⁴⁵ en su conjunto, cuya existencia alcanzó dimensión única a partir de 1492.

Mi tarea aquí, según anuncié, es hablar *desde* Calibán, no siempre *sobre* él. Esto es lo que el ojo de Calibán ve, lo que la voz de Calibán dice quinientos años más tarde. Después de todo, es la mirada y no el objeto mirado lo que implica genuinidad. Tal genuinidad de la mirada, para mencionar un ejemplo de otra importante zona del mundo, explica el hecho de que no haya escritor más inglés que aquel cuyas historias ocurren no sólo en su pequeño país sino también en Verona, en Venecia, en Roma, en Dinamarca, en Atenas, en Troya, en Alejandría, en las tierras azotadas por el ciclón del Mediterráneo americano,

2 Me refiero, naturalmente, al ensayo inicial de este libro.

3 J.M.: “Nuestra América”, *La Revista Ilustrada de Nueva York*, primero de enero de 1891. Se recoge en J.M.: *O.C.*, VI. Sobre la formación e irradiación de este concepto martiano, que se remonta a su destierro en México y Guatemala entre 1875 y 1878, *cfr.*: R.F.R.: “La revelación de nuestra América”, *Introducción a José Martí*, La Habana, 1978.

4 En un comentario a mi *Calibán*, que le agradezco por cuanto aprecio su obra, Gayatri Chakravorty Spivak, quien lo llama allí una “conversación entre Europa y la América Latina” (¿y los Estados Unidos?), y cita lo que considera “un conmovedor pasaje” del ensayo, no me parece que entienda siempre su sentido. Por ejemplo, en aquel no se niega, *sino todo lo contrario*, “la posibilidad de una “cultura latinoamericana identificable”; ni se olvida que Calibán *haya sido* “un nombre en una pieza” (G.C.S.: “Three Women’s Texts and a Critique of Imperialism”, *Critical Inquiry*, N° 12, otoño de 1985, p. 245). En cuanto a esto último, asumí los personajes shakespearianos (y antes y después de mí muchos otros lo han hecho también, historizándolos) como “conceptos-metáforas”, para emplear un útil sintagma de que se valió ese mismo año de 1985 la propia Gayatri (“Subaltern Studies. Deconstructing Historiography” [1985], *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Nueva York, 1987, p. 198). O como “personajes conceptuales”, según el vocabulario de Gilles Deleuze y Felix Guattari en *Qu’est-ce que la philosophie?*, París, 1991, esp. pp. 60-81. Esos aportes terminológicos impiden que, por ejemplo, ante lo que Freud llamó, con perspectiva psicoanalítica, el complejo de Edipo, a alguien se le ocurra decir que Freud olvidó que Edipo es un nombre en una pieza.

5 Naturalmente, me valgo de la denominación acuñada por Frantz Fanon en *Les damnés de la Terre*, prefacio de Jean Paul Sartre, París, 1961. Ya Martí, a finales del siglo XIX, había empleado con un sentido similar la expresión “los pobres de la tierra”. *Cfr.* de R.F.R.: “Introducción a José Martí”, *Introducción a José Martí*, cit. en Nota 2; y “Fanon y la América Latina”, *Ensayo de otro mundo*, La Habana, 1967.

en bosques hechizados, en pesadillas inducidas por el ansia de poder, en el corazón, en la locura, en ninguna parte, en todas.

Ahora, medio milenio después de 1492, los invito a hacer un alto en el ya aburrido deporte de remontarnos quinientos años atrás, y participar en el menos frecuente de remontarnos mil. Qué poquita cosa la Europa de 992, ¿verdad? Así como los egipcios, en la época en que practicaban un milenarismo egipcocentrismo, miraban por encima del hombro a los griegos que vivieron algunos siglos antes de Cristo, a quienes consideraban niños e impuros, ¿de qué otra manera podían mirar los refinados árabes o los refinados bizantinos (quizá los refinadísimos chinos y ciertamente los mayas ni sospechaban en 992 que existieran europeos); de qué otra manera, digo, podrían mirar a los pobrecitos europeos coetáneos, entonces borrosos y esmirriados, con excepción de los que vivían bajo los regímenes árabe y bizantino: regímenes considerados orientales? No es extraño que Bernard Lewis escribiera sobre *El descubrimiento musulmán de Europa*.⁶

Y si así ocurrió, e incontrovertiblemente ocurrió así, ¿cómo es que mil años después la realidad es tan otra? ¿Qué tendría que ver con ello la llegada de europeos a lo que iba a ser llamado aleatoriamente América? Tal llegada, ¿estaría cargada *per se* de algún poder demiúrgico? Pero cuando hace cerca de un milenio este Hemisferio fue visitado por los primeros europeos que se sepa que hayan realizado tal hazaña, Leif Ericson y sus osados marinos nórdicos, nada fundamental cambió en el mundo. La razón es bien simple: aquella aventura no se inscribía en proyecto mayor alguno, ni hubiera podido engendrarlo la apagada Europa de entonces. Otro sería el caso cuando, quinientos años después, por segunda vez arribaran europeos al Hemisferio Occidental, que para ellos fue un Asia apócrifa, pero indudablemente salvadora (como se ha dicho, de no ser por “América” tales europeos habrían perecido en el larguísimo viaje al Asia real, para el cual carecían de vituallas). Esta nueva arribada sí iba a cambiar al mundo. Pues en 1492 no llegaron sólo el mesiánico genovés y sus no menos osados marinos españoles, sino sobre todo un vasto proyecto que esta vez sí germinaba en zonas de la sociedad europea. Harto sabemos que se trataba del capitalismo, el cual requería para su florecimiento, entre otros hechos, del inmisericorde pillaje del resto del planeta (aún no maduro para acceder a su propio capitalismo), a fin de hacer posible en beneficio de una parte de los europeos la acumulación originaria de capital. Así alboreó la modernidad (posmodernidad incluida) que iba a llamarse mundo occidental, sinónimo, según han señalado José

6 Bernard Lewis, *The Muslim Discovery of Europe*, Nueva York, 1982.

Carlos Mariátegui y Leopoldo Zea,⁷ del capitalismo. Pues como “capitalismo” es más bien incómodo como nombre, ya que hace recordar que el capital vino al mundo “chorreando sangre y lodo por todos sus poros”; como “sociedad burguesa” es también expresión fea, y hasta muchos escritores y artistas europeos del siglo XIX, con mayor o menor conciencia de lo que hacían, estigmatizaron al “burgués”, haciéndolo (revelándolo) equivalente de beocio o filisteo, pobres pueblos; como así eran las cosas, intelectuales al servicio del capitalismo nacido en Europa, atareados Arieles, le estimularon nombres geográficos en su origen, pero prestigiados por relumbres imperiales y eclesiásticos: “Oeste”, “Occidente”, “mundo, cultura, civilización o sociedad occidental” son los trajes con que sale de paseo el capitalismo. A veces se añade (sin ningún derecho verdadero) el nombre de “cristiano”, y entonces considera que está precioso, es decir perfumado y letal.

En relación con el otro del capitalismo es necesario destacar varios hechos. En primer lugar, que la invasión de América por europeos que siguió a 1492; la conquista y el genocidio monstruosamente sangrientos, como lo han sido siempre; la destrucción de admirables culturas en todos los continentes; la brutal servidumbre impuesta a los aborígenes para hacerlos producir en favor de los conquistadores; los millones arrancados de África (y luego de otros sitios), esclavizados y llevados a trabajar como bestias en regiones donde los aborígenes habían sido exterminados o estaban a punto de serlo; las muy diversas formas ulteriores, directas o indirectas, de explotación, unidas desde luego a la opresión de vastos sectores de sus propios pueblos, desempeñaron (desempeñan) un papel decisivo en el crecimiento del capitalismo (occidental, valga la redundancia), cuyas raíces difícilmente hubieran podido ser más crueles. Una publicación insospechable del menor gesto radical, la revista *Time*, dedicó su entrega especial del otoño de 1992 al tema *Más allá del año 2000. Qué esperar del nuevo milenio*. Entre no pocas cosas digamos pintorescas, en esa entrega se leen estas palabras, elocuentes por aparecer donde aparecen: “El triunfo del Oeste fue en muchos aspectos una sangrienta vergüenza —una historia de atrocidad y rapiña, de arrogancia, avaricia y expoliación ecológica, de desdén híbrido hacia otras culturas e intolerancia ante creencias no cristianas.”⁸. “A confesión de parte relevo de pruebas”, reza una fórmula jurídica. Un punto apenas habría que modificar en las

7 José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* [1928], La Habana, 1963, p. 5; Leopoldo Zea: *América en la historia*, 1956, p. 80.

8 John Elson, “The Millenium of Discovery”, *Time. Special Issue. Beyond the Year 2000. What to Expect in the New Millenium*, otoño de 1992, p. 18.

líneas de *Time*: el uso del pasado. Tal “sangrienta vergüenza” no es sólo lo que *fue*: es también lo que *es* la historia del Oeste, tal como fue padecida ayer y *lo es hoy* por el resto del planeta.

En segundo lugar, debe destacarse que no obstante haber sido ibéricos los primeros europeos en establecerse en América, y no obstante los enormes aportes hechos por sus países al desarrollo capitalista *de otros países europeos* (así Holanda, Inglaterra, Francia, Alemania), aquellos países, por razones conocidas, como la expulsión de los judíos de España hace ahora también quinientos años, no alcanzaron ellos mismos tal desarrollo; y, no obstante además ser geográficamente los más occidentales del continente europeo, quedaron al cabo en la periferia de Occidente, como países *paleoccidentales*. Éste sería, *a fortiori*, el caso de países de la Europa central y oriental.

Fuera de Europa, desarrollos capitalistas realmente grandes sólo serían conocidos por unas pocas excolonias británicas, cuya metrópoli sucedió a Holanda en cuanto a ser, hasta comienzos de este siglo, la nación capitalista por excelencia: y no excolonias cualesquiera (no las de África, Asia y el Caribe, por ejemplo), sino aquellas donde los británicos prácticamente exterminaron a los aborígenes, y reprodujeron y a veces multiplicaron las estructuras metropolitanas. Me refiero desde luego, con variantes, a países como los Estados Unidos, Canadá y Australia, ejemplos de lo que Darcy Ribeiro llamaría “pueblos trasplantados”.⁹ Hay, sin embargo, una excepción: Japón, el cual (debido a varios factores, y entre ellos a un equilibrio involuntario, no conocido ni antes ni después, entre grandes potencias depredadoras) logró pasar de su feudalismo a un capitalismo propio y poderoso, convirtiéndose así en el único país no poblado por europeos en que ello ha ocurrido.⁹¹⁰ Pues el ejemplo de los “tigres” o “dragones” de

9 Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*, 2ª ed. revisada y ampliada, traducida del portugués por Renzo Pi Hugarte, Buenos Aires, 1972, esp. “Tipología étnico-nacional” (pp. 80-90) y “Los pueblos trasplantados” (pp. 401-489).

10 De la bibliografía sobre el importante tema me limitaré a citar: Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento* [1957], trad. del inglés por Nathan Warman, 2ª ed. en español, México, 1961, pp. 176-187; L. J. Zimmerman, “El caso del Japón”, *Países pobres, países ricos. La brecha que se ensancha* [1965], trad. del inglés por Francisco González Aramburo, México D.F., 1966, pp. 113-125; y Paul Bairoch, “El Japón o la excepción que confirma la regla”, *El Tercer Mundo en la encrucijada. El despegue económico desde el siglo XVIII al XX* [1971], trad. del francés por Jacobo García-Blanco Cicerón, 2ª ed. en español, Madrid, 1982, pp. [133]-146. (El proverbio repetido sin ton ni son a que remite el título del último capítulo citado no implica que una excepción pueda probar la *validez* de regla alguna, validez que sería mayor de no haber excepción, sino la *existencia* de aquella: el proverbio tiene pretensión ontológica, no axiológica). Me gustaría conocer puntos de vista japoneses sobre la evolución del país.

Asia es aún demasiado cercano e indeterminado para hacer posible un juicio suficiente sobre ellos.¹¹

Se da así el caso de que mientras España y Portugal, los países geográficamente más occidentales del continente europeo, no son plenamente “occidentales” sino paleoccidentales (a pesar de sus modernizaciones recientes, que no les han permitido dejar de encontrarse entre los más atrasados de la Comunidad Europea), Japón, país del llamado “Extremo Oriente”, no sólo sí es “occidental”, sino que, con su kimono computarizado, forma parte del cogollo de “Occidente”, del capitalismo más desarrollado, siendo uno de los siete *Big Brothers* cuyos representantes se reúnen de tiempo en tiempo para hablar de cómo repartirse mejor el pastel. Es más, hoy integra el cogollo de ese cogollo, donde hay un solo país europeo (Alemania), uno americano (los Estados Unidos) y uno asiático (Japón). ¿Será necesario añadir a estas alturas que expresiones eurocéntricas como la ya nombrada

“Extremo Oriente”, y otras como “Medio Oriente”, “Cercano Oriente”, “tierras lejanas” o *là bas* no significan nada, excepto que quien las usa no está en esos lugares?

Y si en dos excolonias inglesas en tierras americanas floreció, siguiendo la estela de su “madre patria”, un capitalismo vigoroso, no es extraño que en Iberoamérica, siguiendo las estelas patituertas de España y Portugal, *no* se desarrollara capitalismo vigoroso alguno, sino un capitalismo de segunda, raquítico, periférico, que —como el de gran parte de Asia y África— ha provisto y provee a las naciones hegemónicas de “proletariados externos”, para usar la expresión que consagró Toynbee, y hace de la casi totalidad de nuestros países, si no colonias abiertas o encubiertas, neocolonias de diverso pelaje. No ha sido posible saber cómo hubiera sido el capitalismo desarrollado en algunos de esos países, *en uno al menos*, por la sencilla razón de que no lo ha habido, no lo hay, ni lo habrá en Nuestra América, si las condiciones presentes no cambian. A dos siglos del inicio de nuestras guerras independentistas (inicio que, aunque por racismo suele no mencionarse tanto como debiera ser, ocurrió en Haití, en 1791), contamos (se dice) con la independencia política, memorias de autén-

11 Pero es útil leer el agudo libro de Walden Bello y Stephanie Rosenfeld *Dragons in Distress. Asia's Miracle Economics in Crisis*, San Francisco, 1990, cuyo conocimiento (precisamente en San Francisco) agradezco a Susan Jonas. El libro estudia los casos de Corea del Sur (“Se desenreda un modelo”), Taiwán (“en problema”) y Singapur (“a la deriva”), y excluye a Hong Kong por sus fuertes vínculos económicos e inminentemente políticos con China. Como algunos voceros de la derecha proponen sin rigor intelectual dragonizar a países de Nuestra América, es útil también leer, de Bruce Cumming, “The Abortive Abertura: South Korea in Light of Latin American Experience”, *New Left Review*, N° 173, enero-febrero de 1989.

ticos héroes, relucientes constituciones, himnos, banderas, escudos, presidentes, parlamentos, estatuas de próceres y de cuatreros (a veces son los mismos), ejércitos y otros hechos y atributos similares. Pero no contamos siquiera con *un* Japón latinoamericano, por modesto que fuera, que se le hubiese escabullido a las grandes potencias para crear un capitalismo de verdad.

Ahora debo hacer una aparente y necesaria digresión. Es claro que debemos rechazar el absurdo término “Descubrimiento” para lo que ocurrió en 1492, pues en aquel momento, el del segundo arribo azaroso de europeos a América —en este caso, Colón con sus tres barquitos españoles—, había en ella decenas de millones de seres humanos, había varias grandes culturas que conocían desde el cero hasta los astros, y se encontraba una de las dos ciudades más populosas de la época, Tenochtitlán (la otra tampoco estaba en Europa, pues era Pekín): por cierto, la heredera de aquella, la actual México D.F., es de nuevo una de las dos ciudades más populosas del planeta. Y por razones similares, es imprescindible, a fin de ser coherentes, proceder de modo equivalente con el *sistema* terminológico/conceptual del que aquella denominación —“descubrimiento”— forma parte: es decir, hay que objetar la ideología de Próspero. Más que nunca hoy, cuando proclaman la muerte de las ideologías (y de paso de muchas otras cosas: de la utopía a la historia, de los sujetos a los grandes relatos legitimadores, del hombre al superhombre, de la modernidad a la totalidad, del autor al arte, y por supuesto del socialismo), quienes dan por sentado que la ideología de Occidente ha triunfado en toda la línea: sobresaturación ideológica a la que con frecuencia dan el pasmoso nombre de desideologización.

No tengo tiempo ni espacio para detenerme en todas y cada una de las mentiras que Occidente ha propagado sobre sí y sobre los demás. Se trata de nombramientos que desde luego han corrido por cuenta suya: quien manda, nombra (lo que se sabía desde mucho antes de Foucault). Me limitaré a mencionar algunas falsedades, de las cuales el que el mundo “occidental” no sea occidental, el Descubrimiento no fuera descubrimiento y los llamados indios de América no sean indios, no es más que un hors d’oeuvre. Pues de modo similar, el presunto antepasado por excelencia de Occidente, el mundo griego “clásico”, es mucho más afroasiático o, si se quiere, oriental.¹² El cristianismo,

12 Cfr. Martin Bernal, *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, Volumen I, *The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985* [1987], 6ª ed. en rústica, New Brunswick, New Jersey, 1991. Un segundo volumen, *The Archeological and Documentary Evidence*, New Brunswick, New Jersey, 1992, fue objeto de una ácida crítica, “The World Turned Upside Down”, por Emily Vermeule, *The New York Review of Books*, 26 de marzo de 1992. Presumo que esto habrá desencadenado (o formado

la religión que Occidente proclama (y lastima) como característica suya y cohonestadora de sus tropelías señoriales, fue una secta, una herejía oriental cuyo hermoso y escandaloso igualitarismo lo hizo arraigar entre los esclavos del Imperio Romano.¹³ No sólo los supuestos terrores mundiales del año 1000 no existieron nunca,¹⁴ sino que de haber existido sólo habrían afectado a un puñado de europeos (la población de toda la Tierra era entonces aproximadamente la actual población de los Estados Unidos), ya que los calendarios de la gran mayoría de la Humanidad de entonces tenían otras divisiones del tiempo. El término “raza”, inventado por occidentales en el siglo XVI, se dice que fue pedido en préstamo a la terminología zoológica: si en efecto fue así, sobran los comentarios. Esta nueva, flamante palabra, “raza”, devino muy importante, pues aunque los seres humanos han sabido siempre que hay entre ellos notorias e intrascendentes diferencias somáticas —¿cómo no evocar el *Cantar de los cantares* dedicado a una mujer negra?—, sólo a partir de 1492, al iniciarse el saqueo del resto del mundo por Occidente, y con la finalidad de pretender justificar esa rapiña sin igual, se postuló que tales diferencias implicaban significantes fijos de significados no menos fijos, y que esos significados eran positivos en el caso de los de piel “blanca” (de modo más realista, Shaw y Chesterton sugirieron denominaciones como “marrón claro” y “rosado”, pues ¿quién rayos ha visto nunca a un ser humano fantasmalmente blanco?) y negativos en los demás casos, considera-

parte de) una polémica que no he podido seguir. Sobre este y otros puntos similares, *cfr.* también: Samir Amin, *El eurocentrismo. Crítica de una ideología*, traducido por Rosa Cusminsky de Cendrero, Madrid, 1989.

13 El origen fuertemente popular y rebelde de la implantación del cristianismo en tierras europeas (que ahora la Teología de la Liberación reclama con energía como su pasado orgánico) llevó a Federico Engels a escribir: “La historia del cristianismo primitivo tiene notables puntos de semejanza con el movimiento moderno de la clase obrera”. F. E.: “Sobre la historia del cristianismo primitivo”, Carlos Marx y F. E., *Sobre la religión*, Buenos Aires, 1959, p. 272. *Cfr.* también la introducción de Engels a la obra de Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, La Habana, 1973, pp. 34-36.

14 Hace tiempo que esta cuestión, en la que todavía creían Michelet y en cierta forma Henri Focillon, fue dilucidada. *Cfr.* por ejemplo, de Edmond Pognon: *L'An Mille...*, París, 1947 (E. P. fue el editor) y *La vie quotidienne en l'An Mille* (París, 1981); y *L'An Mil*, presentado por Georges Duby, París, 1980. En este último libro, se dice que es “a finales del siglo XV, en los triunfos del nuevo humanismo, cuando aparece la primera descripción conocida de los terrores del Año Mil. Ella responde al desprecio que profesaba la joven cultura de Occidente [énfasis de R.F.R.] hacia los siglos oscuros y rudos de los que salía, que renegaba, para mirar, más allá de ese abismo bárbaro, hacia la Antigüedad, su modelo” (p. 9). Se trató pues de otra maniobra ideológica de Occidente (entonces, más que “joven”, naciente), en su intento de rechazar su verdadero pasado e inventarse otro.

dos “coloreados”.¹⁵ El término “civilización”, creado a mediados del siglo XVIII,¹⁶ implicó que el verdadero ser humano vive en la ciudad (del lat. *cives*), mientras quien prácticamente no es humano vive en la selva y es un salvaje (del lat. *silva* provienen el ital. *selvaggio*, el fr. *sauvage*, el esp. *salvaje*, el ing. *savage*). La presunta civilización designó al estado que tenía entonces Occidente, y fue considerada la forma *única* de vida realmente humana, arrojando a las comunidades del resto del planeta, en muchas de las cuales había grandes culturas previas al arribo de Occidente que éste lastimó o desbarató, a la condición de salvajes o bárbaros,¹⁷ con lo que la sedicente civilización (la imposición occidental sobre la supuesta barbarie) se convirtió en un

15 La bibliografía sobre el tema es enorme, aunque no siempre satisfactoria y frecuentemente mistificadora. Me sigue pareciendo excelente el libro de Fernando Ortiz *El engaño de las razas* [1946], 2ª ed., La Habana, 1975. Cfr. allí “La raza, su vocablo y su concepto”, pp. 35-66. Ortiz vincula con notable acopio de datos filológicos e históricos la aparición y difusión de la palabra/concepto “raza”, a la explotación y esclavización a que Occidente sometió al resto del mundo a partir de 1492: “la voz *raza* [escribe], no por metáfora sino ya como un sentido más preciso, como una caracterización ostensible y hereditaria o significadora de un conjunto de cualidades congénitas y fatales de los seres humanos, no se empleó en el lenguaje general hasta por los siglos XVI y XVII” [p. 41]. Años después corroborarían Paul Baran y Paul M. Sweezy (en *Capital monopolístico. Un ensayo sobre la estructura socioeconómica norteamericana*, La Habana, 1969, pp. 199-200): “El prejuicio racial, tal como existe en el mundo actualmente, es casi una actitud de los blancos, y tuvo sus orígenes en la necesidad de los conquistadores europeos del siglo XVI en delante de racionalizar y justificar el robo, la esclavitud y la continua explotación de sus víctimas de color en todo el mundo”. Si se tiene en cuenta que las dos últimas décadas del siglo XIX, cuando se inició el saqueo imperialista en gran parte del planeta, fueron “los años cumbre de la supremacía blanca occidental en todo el mundo” (Harold J. Isaacs, *The New World of Negro Americans*, Nueva York, 1963, p. 119; cit. en Baran y Sweezy, p. 201, n.), se entenderá la independencia y la audacia de Martí cuando en “Nuestra América” (1891), discrepando con la gran mayoría de los pensadores de derecha y de izquierda de su época, escribió: “No hay odio de razas, porque no hay razas” (*op. cit.* en Nota 2, p. 22). Cfr. algunas opiniones valiosas y relativamente recientes sobre el tema en “*Race, Writing and Difference*”, ed. por Henry Louis Gates, Jr., Chicago, 1986.

16 Sobre la aparición a mediados del siglo XVIII, primero en Francia y luego en otros países europeos, del término “civilización”, cfr. Lucien Febvre, “Civilisation: évolution d’un mot et d’un groupe d’idées” [1930], *Pour une histoire à part entière*, París, 1962; Émile Benveniste, “Civilisation. Contribution à l’histoire du mot” [1954], *Problèmes de linguistique générale*, París, 1966; José Antonio Maravall, “La palabra civilización y su sentido en el siglo XVIII”, leído en el V Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Burdeos, septiembre de 1974.

17 Como en lo que toca a las “razas”, la bibliografía sobre esta cuestión es enorme, pero a menudo insatisfactoria. Me he ocupado del tema en varias ocasiones, por ejemplo en “Algunos usos de civilización y barbarie”, *Casa de las Américas*, N° 102, mayo-junio de 1977. Cfr. un interesante aporte alemán en Urs Bitterly, *Los “salvajes” y los “civilizados”*. *El encuentro de Europa y Ultramar* [1976], traducido del alemán por Pablo Sorozábal, México, 1982.

arma criminal, incluso en manos cipayas por desgracia bien presentes en Nuestra América: idea que, al menos desde 1884 (por cierto, el año en que se inició en Berlín la atroz conferencia civilizatoria en que representantes de numerosos países europeos, más Turquía y los Estados Unidos, se reunieron para dividirse África), desenmascaró José Martí al rechazar el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea.¹⁸

En cuanto a que colonizar es civilizar (“*la carga del hombre blanco*” de que se burla Basil Davidson en su reciente libro) *La carga del hombre negro*¹⁹, es algo tan elemental que ni vale la pena refutarlo.

Por el interés que desde hace unas décadas adquirió el hecho, voy a detenerme un poco en peculiares sintagmas inventados a mediados de la década del cuarenta por técnicos de la entonces emergente Organización de Naciones Unidas para rebautizar eufemísticamente a las tierras de Calibán. Con esta hazaña verbal Occidente, después de habernos llamado con desdén “barbarie” y “pueblos de color”, y rehuyendo la recta denominación de colonias, semicolonias o neocolonias (una parte de los contendientes de la Segunda Guerra Mundial había incorporado a su retórica algunos *vocablos* igualitarios), propuso denominaciones en apariencia más neutras, y hasta esperanzadoras: primero, “zonas económicamente subdesarrolladas”; más tarde, países “subdesarrollados” e incluso (nada menos) “países en vías de desarrollo”.²⁰ Como se trata, al igual que en casos previos, de términos de relación (pueblos blancos/pueblos de color o coloreados, civilización/barbarie o salvajismo, países colonizadores/países colonizados), es necesario conocer el otro polo. Y se dijo que éste era “países desarrollados”. La nueva relación sería pues países desarrollados/países subdesarrollados. Y de ello se colige que si estos últimos se portaban

18 17 J. M., “Una distribución de diplomas en un colegio de los Estados Unidos” [1884], *O.C.*, VIII, 442.

19 Basil Davidson, *The Black Man's Burden. Africa and the Curse of the Nation State*, Nueva York, 1992.

20 Según J. L. Zimmerman, “el término zona *económicamente subdesarrollada* hizo su primera aparición pública, probablemente, en las reuniones de las Naciones Unidas de 1944 y 1945. Antes de esta fecha, la comunidad de los expertos solía hablar de *zonas coloniales* o *zonas atrasadas*” (*Países pobres, países ricos. La brecha que se ensancha*, cit. en Nota 9, p. 1). Un breve y útil panorama de la cuestión, ya no de la aventura terminológica, lo ofreció Yves Lacoste en *Les pays sous-développés*, París, 1959.

bien y aprendían sus lecciones, podrían llegar a ser como los primeros, los grandes, las personas mayores. Esta aberración, cándida o malintencionada (de acuerdo con el sujeto que la practicara), se llamó “desarrollismo”. Como se ha visto, portarse bien supone por ejemplo someterse a las soluciones drásticas, de choque, del Fondo Monetario Internacional, que bajo la enseña letal del neoliberalismo está devastando de nuevo las tierras de Calibán.

Todo se hace claro, sin embargo, si se repara en que el otro polo de “subdesarrollado” o “en vías de desarrollo” *no* es “desarrollado”, sino “subdesarrollante” (término que propuse, hasta ahora en vano, hace un cuarto de siglo,²¹ y cuya noción se conservaba en la desvanecida pareja países colonizadores/países colonizados): con aquella polarización, la única real, se ve claramente la verdad: no es que unos países se hayan desarrollado de modo robusto, mientras, paralela e independientemente, otros quedaran rezagados o flacos por ser jóvenes o viejos, según el gusto del superficial comentarista, o porque los pueblos respectivos fueran (son) holgazanes o torpes o viciosos o cualesquiera zarandajas por el estilo. Lo que ha ocurrido es que unos pocos países, vampirescamente (perdónenme mi frecuente homenaje al conde Drácula), crecieron *a expensas* de otros, muchísimos: que los países *subdesarrollantes subdesarrollaron* (subdesarrollan) a los demás. Sobre esta cuestión, es ya una referencia clásica el libro de Walter Rodney *Cómo Europa subdesarrolló a África*.²²

Y aquí topamos de nuevo con 1492, pues la división entre un grupo cada vez más pequeño y más rico de países subdesarrollantes y un grupo cada vez más numeroso y más pobre de países subdesarrollados por aquellos, entre Próspero y Calibán, comenzó a partir de esa fecha, de lo que ocurrió hace quinientos años, aunque sólo quedó fijada, confiemos en que temporalmente, a partir del siglo XVIII, y en especial del siglo XIX, cuando el planeta quedó dividido entre países “ganadores” y países “perdedores”, para emplear los términos bruscos usados por Eric Hobsbawm y Paul Kennedy.²³

Los primeros, parece ocioso decirlo, son aquellos en los que se desarrolló un capitalismo auténtico; los segundos, los que contribu-

21 R.F.R., *Ensayo de otro mundo*, cit. en Nota 4, p. 14. Cfr. igualmente “Responsabilidad de los intelectuales de los países subdesarrollantes”, *Casa de las Américas*, N° 47, marzo-abril de 1968. Ambos se publicaron también en la segunda edición del libro mencionado, Santiago de Chile, 1969.

22 Walter Rodney, *How Europe Underdeveloped Africa*, Dar es Salaam, 1972.

23 Eric J. Hobsbawm, *The Age of Capital 1848-1875*, Londres, 1975, capítulo 7. Cit. por Paul Kennedy en *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflicts from 1500 to 2000* [1987], Nueva York, 1989, p. 151.

yeron a *aquel* desarrollo a expensas del suyo propio, de su subdesarrollo, pues en ellos sólo pudo (puede) implantarse un capitalismo raquíptico, periférico, como ya ha sido mencionado. Aduciré sólo dos hechos en que esta relación vampiresca sigue viva en 1992: el intercambio desigual y la deuda externa.

Otras denominaciones, como la división entre países del Primer, el Segundo y el Tercer Mundos, o entre países del Norte y el Sur, no añaden gran cosa. La primera división fue acuñada en 1952 por Alfred Sauvy, en memoria del abate Sièyès.²⁴ En la metáfora de Sauvy, según me comentaría él casi dos décadas después,²⁵ la nobleza se correspondía con los países de capitalismo desarrollado: el Primer Mundo; el alto clero lo encarnaba la Unión Soviética del aún vivo Stalin (horresco referens) acompañada por los otros países del entonces llamado campo socialista europeo: el Segundo Mundo; y el Tercer Estado eran los países pobres, que ya se conocían como subdesarrollados, muchos de los cuales eran o habían sido hasta hacía relativamente poco colonias, y en conjunto albergaban (siguen albergando) a la inmensa mayoría de los habitantes de la Tierra: el Tercer Mundo, que pocos años después reuniría por vez primera representantes suyos en Bandung. Como se sabe, aquella expresión, que hoy inquieta a tantas malas conciencias, hizo rápida fortuna, en gran parte debido a una lectura errada, a una extrapolación, de 1789. Pues si el Tercer Estado, o parte importante de él, había sido el beneficiario de la Revolución Francesa, ¿no ocurriría algo similar con el Tercer Mundo: expresión que, por añadidura, voluntaria o involuntariamente, hacía pensar a muchos en una “tercera vía” entre capitalismo y socialismo? Gobernantes, estudiosos, poetas asumieron con fervor la denominación, y por tanto el concepto-metáfora. Llegó a ser de buen tono para las personas más disímiles ocuparse del Tercer Mundo. Pero él no logró romper el círculo de fuego del subdesarrollo, siguió siendo saqueado mediante el neocolonialismo por el “Primer Mundo”, fue sumido aún más en la miseria y el marasmo, y perdió interés a los ojos de aquellos para quienes apenas había sido motivo de devaneo intelectual. No

24 Cfr. Emmanuel Sièyès, *Qu'est-ce que le Tiers Etat?* [1789], prefacio de Jean Tulard, París, 1982.

25 En 1971 le hice en La Habana una breve entrevista a Sauvy, que apareció sin firma, con el título “El inventor de “Tercer Mundo”, en *Casa de las Américas*, N° 70, enero-febrero de 1972, p. 188. Sauvy me dijo que había empleado la denominación por primera vez en un artículo que publicó en 1952 en el semanario *France Observateur*. No he verificado el dato, pero no lo he puesto en duda, a pesar de que para otros autores la fecha de aparición es 1954 o 1956 (no sé sobre qué bases). Stalin moriría en 1953, y el carácter “clerical” del “Segundo Mundo” que me mencionara Sauvy requería la presencia de aquel.

obstante, la contradicción entre unos países y otros, entre los grandes señores y los condenados de la Tierra, entre Próspero y Calibán no sólo ha conservado sino que ha acrecentado su vigencia, y es hoy la contradicción principal de la Humanidad.

En 1965 (es decir, en un momento en que aún eran grandes las esperanzas en soluciones cercanas para el “Tercer Mundo”) escribía sin embargo Pierre Jalée:

en la hora de la descolonización política, la explotación imperialista de los países del Tercer Mundo no sólo prosigue sino que se acentúa. La división internacional del trabajo típica del imperialismo se agrava [...] Las sedicentes estructuras inéditas que el imperialismo organiza [...] no hacen sino prolongar el viejo pacto colonial tratando tan sólo de camuflarlo [...] El sol del imperialismo brilla como nunca antes sobre la mitad más desheredada del planeta, sólo que brilla un poco más fuerte [...] En cuanto a ese Tercer Mundo al que explota tan ferozmente como ayer, pero que ya se le desliza aquí o allá de entre las manos, el imperialismo duda de su eternidad y procura aprovecharlo al máximo mientras sea posible.²⁶

En 1971 (cuando aquellas esperanzas empezaban a andar de capa caída) añadía Paul Bairoch que la diferencia entre el nivel de vida de ambos grupos de países llegaba a ser tan importante, que comenzaba a rayar en el escándalo. En efecto, hacia 1950, la renta media *per capita* en el Tercer Mundo era nueve veces menor que la de los países desarrollados, y esta diferencia era del orden de 1 a 27 entre Asia y los Estados Unidos. La situación económica y social de los países a los que se llamó entonces subdesarrollados, antes de calificarlos, ¡oh pleonasma! [más bien ¡oh ironía!], de países en vías de desarrollo, se convertiría, con razón, en objeto de gran preocupación, en el *problema por excelencia*. [...] [Sus] progresos han sido lentos; [...] lo que significa que la media de los niveles de renta *per capita* de los países subdesarrollados tardaría, si mantuviera ese ritmo, ciento treinta años (es decir, en el siglo XXII) en alcanzar el nivel de los Estados Unidos de 1970. [...] En 1970 la diferencia entre la renta media *per capita* en el Tercer Mundo y la de los países desarrollados pasó de 1 a 14, contra el 1 a 9 en 1950, poco más o menos. Y entre el Asia subdesarrollada y los Estados Unidos esta diferencia llega a ser de 1 a 42.²⁷

Hoy, en 1992, “la brecha que se ensancha” entre los países ricos y los países pobres, “el pillaje del Tercer Mundo”, “el problema por excelencia” han crecido hasta límites casi intolerables, y *consecuente-*

26 Pierre Jalée, *Le pillage du tiers monde. Étude économique*, París, 1965, pp. [113] y 122.

27 Paul Bairoch, *El Tercer Mundo en la encrucijada...*, cit. en Nota 9, pp. 11 a 13. Énfasis de R.F.R.

mente también ha crecido un pensamiento occidental de derecha que se encarga de sancionar aquellas realidades, como ha venido haciendo desde 1492. Para ello se vale de silencios, reticencias o palabras pomposas o relucientes que cambian de aspecto pero no de función.

Las máscaras de Próspero pueden llamarse verdades reveladas, civilización, o incluso, llegado el caso, fascismo (máscara que en su momento perdió), pero el envejecido rostro detrás de las máscaras apenas cambia en su osamenta. Desde luego, *no* se trata, en forma alguna, de *todo* el pensamiento engendrado en el seno de Occidente, el cual tiene sus propias y enriquecedoras contradicciones internas. En cuanto al contrapunto entre Próspero y Calibán, son numerosos los que, de Las Casas y Montaigne a nuestros días, nacidos en tierras de Próspero, han comprendido las razones de Calibán y lo han defendido. Esa comprensión y esa defensa fueron altos momentos de la meditación y la conducta de zonas importantes de Occidente, como se vio con claridad en la ya casi mítica pero muy real década del sesenta del siglo XX.²⁸ Decididamente, éste no es uno de aquellos altos momentos, y en cambio recuerda demasiado a otros más bien sombríos. Si el imperialismo, lejos de desaparecer, es inmensamente más depredador, lo que sí ha desaparecido en los textos de muchos teóricos *up to date* (o *à la page*, según la zona metropolitana) es la *palabra* (el *concepto*) imperialismo, que se considera del peor gusto usar. Previsiblemente, se le supone emparentado (*à rebours*) con los “grandes relatos” cuya crisis, o cuya abierta extinción, ha sido alegremente proclamada por muchos de aquellos teóricos. Los pueblos agredidos, por supuesto, ni se han enterado de que el imperialismo murió en el papel (y ahora, renacido, se llama globalización, neoliberalismo, mercado salvaje, debilitación del Estado en los países pobres, transnacionalización, privatización, nuevo orden mundial... y hasta democracia y derechos humanos, que es llevar el sarcasmo un poco lejos). En vano buscaríamos una mención del imperialismo en libros como *La condición postmoderna. Informe sobre el saber* (1979). Su autor, el publicitado aunque ya algo arcaico ideólogo subdesarrollante Jean-François Lyotard, quien parte allí de la hipótesis de que “el saber cambia de estatuto al mismo tiempo que las sociedades entran en la edad llamada postindustrial y las culturas en la edad llamada postmoderna”, paso que según él se inició “cuando menos en los años

28 Sobre el papel desempeñado por la emergencia del Tercer Mundo en el pensamiento rebelde y revolucionario de las metrópolis durante la década del sesenta, *cf.* Fredric Jameson, “Periodizing the 60’s”, *The 60’s without Apology*, ed. por Sohnya Sayres, Anders Stephanson, Stanley Aronowitz y el propio Jameson, Minneapolis, 1984, esp. “I. Third World Beginnings” y “6. In the Sierra Maestra”.

cincuenta, que para Europa señalan el fin de su reconstrucción”, añade que en esa (esta) edad, el antiguo principio de que la adquisición del saber es indisociable de la formación —*Bildung*— del espíritu, e incluso de la persona, cae y caerá todavía más en desuso [...] El saber es y será producido para ser vendido [...] Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su “valor de uso”. [...] Se ha convertido en los últimos decenios en la principal fuerza de producción, [...] que es lo que constituye el principal embudo para los países en vías de desarrollo. En la edad postindustrial y postmoderna, la ciencia conservará y, sin duda, reforzará más aún su importancia en la batería de las capacidades productivas de los Estados-naciones. Esta situación es una de las razones que lleva a pensar que la separación con respecto a los países en vías de desarrollo no dejará de aumentar en el porvenir.²⁹

En esas líneas están dichas varias verdades, que corresponden a la etapa que vive el capitalismo tardío, altamente deshumanizante, y a la terrible situación a que ha sometido a los países superexplotados. Pero en lo que toca a esto último (que es aquí y ahora mi tema), mientras tal situación era presentada con inocultable rechazo por autores como Zimmerman, Jalée, Bairoch y muchísimos más, para quienes se trataba de una circunstancia deplorable en la medida en que afecta a la Humanidad, para autores como Lyotard (quienes es de suponer que consideran a “la Humanidad” como integrante de un vitando o extinguido gran relato), se trata de la mera constatación de un hecho (los entomólogos no juzgan). Si los primeros se indignaban, los segundos, domesticados Arieles cibernéticos, hacen bueno el proverbio según el cual la indiferencia es la filosofía de los hartos.

Sobre todo desde la década pasada, se prefiere dar a la contradicción entre los países ricos y los países que ellos empobrecieron y empobrecen el nombre (que ya era usado) de relación Norte-Sur,³⁰ fórmula que parece que se mantendrá durante cierto tiempo. Abogan en favor de ese nuevo nombramiento varios hechos, y señaladamente dos: la corrosión semántica que ha venido sufriendo el sintagma Tercer Mundo, y el desvanecimiento del que fue considerado Segundo Mundo, cuyos conductores actuales (no pocos de ellos protagonistas del pasado y responsables de varias de sus deformaciones) aspiran a hacerlo ingresar en el Primero, mientras los obstinados hechos lo arrastran en su gran mayoría hacia el Tercero, donde será (está siendo ya) mal recibido, ante la perspectiva de repartir aún más la pobreza. Los escasos países en los cuales están vigentes complicados y ame-

29 Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber* [1979], trad. del francés por Mariano Antolín Rato, Madrid, 1987, pp. 13, 16 y 17.

30 The South Comission, *The Challenge to the South*, Nueva York, 1990.

nazados proyectos socialistas (China, Corea, Vietnam, Cuba) pertenecen indudablemente al nuevo Sur, no obstante esos proyectos y no obstante su ubicación geográfica. Pues no puede olvidarse que estas denominaciones, como hasta hace poco las de Oeste y Este *en sentido moderno*,³¹ aunque nacieron tomando en cuenta ciertas referencias geográficas, desbordan tales referencias; en ambas parejas, se trata de realidades extrageográficas: sociales, económicas, y en el caso de Oeste/Este, además políticas. Razón por la cual lo que ayer se llamó Occidente, hoy tiende cada vez más a ser llamado Norte, así se trate de Australia o de la República de Sudáfrica.

Ahora, a quinientos años de 1492, ¿qué más puede decir Calibán sobre nuestra centuria, sobre nuestros días? Si ya es corriente, no sólo entre muchos economistas, afirmar que la del ochenta fue una década perdida para la América Latina y el Caribe, Calibán se pregunta si, de modo similar, el ya agonizante siglo XX no habrá sido un siglo perdido.

Recordemos, en primer lugar, la guerra más incomparablemente devastadora y sangrienta de todos los tiempos, que comenzó en Europa en 1914, y en forma alguna puede asegurarse que haya terminado. Todos nos reímos con la tonta broma del personaje que dice: “Adiós, querida, me voy a la Guerra de los Cien Años”. Pero por lo general no suele repararse en que se incurre en tontería similar cuando se habla de la conflagración mundial que estalló en 1914. Para empezar, es obvio que el período bélico que ocurrió entre 1914 y 1918 no fue llamado, ni pudo haberlo sido, Primera Guerra Mundial: fue llamado a secas Guerra Mundial o Gran Guerra. Sólo al comenzar un nuevo período de guerra el anterior fue bautizado primero, pues ya había un segundo. Además, considerarlos como dos guerras distintas, y no como dos períodos distintos de la misma guerra, no es sino otra manifestación de nuestra mediocre y jactanciosa era, que pretende borrar o modificar el pasado y usurpar el lugar del futuro, olvidando o inventándose antepasados por una parte, y autonombrándose por otra. Sin embargo, en lo que toca a esto último, para poner otros

31 Pues en sentido tradicional hacía mucho que se hablaba de Oeste y Este, por lo general desde la perspectiva del primero. Cfr. libros abarcadores como los de N. I. Konrad, *West-East, Inseparable Twain. Selected Articles*, Moscú, 1967; y Joseph Needham, *Dentro de los cuatro mares. El diálogo entre Oriente y Occidente* [1969], Madrid, 1975. Sobre la construcción por Occidente de cierta imagen de Oriente, es obligada la cita del libro de Edward W. Said *Orientalism*, Nueva York, 1978. En 1997 cumplirá un siglo la novela de Bram Stoker *Drácula*, en cuya primera página un personaje, al llegar a Budapest (todavía “Buda-Pesth” en la obra), afirma: “La impresión que yo tenía era que estábamos dejando el Oeste y entrando en el Este”. Tal Este inventado, tenebroso y licantrópico es el que se le endilgará a partir de 1917 a la Revolución de Octubre, y por extensión a buena parte del socialismo.

ejemplos europeos, no sólo la vilipendiada Edad Media, como es obvio, sino tampoco el Renacimiento (que tan buena prensa tiene: no en balde fue el amanecer del capitalismo) usaron los nombres por los que serían conocidos, se sabe que este último término fue empleado por primera vez en el siglo XIX. De modo más sensato, Jean Cocteau explicó que las estrellas que forman la Osa Mayor ignoran que la Tierra las ve componiendo ese dibujo. La llamada (*a posteriori*, desde luego) Guerra de los Cien Años (la cual, por cierto, duró aún más tiempo) no fue una ininterrumpida guerra secular, sino una serie de períodos bélicos que los historiadores llamarían más tarde de aquella manera, sin ignorar las diferencias entre los períodos, pero subrayando sus similitudes. De modo parecido, las llamadas con ligereza Primera y Segunda Guerras Mundiales fueron más similares que diferentes, y el mismo calificativo común, *Mundiales*, revela una semejanza básica, no compartida por ninguna otra contienda bélica. Además, la razón que condujo a la guerra en 1914 (un nuevo reparto, entre unas pocas potencias hegemónicas, de un mundo ya repartido) está aún, por desgracia, muy vigente.

Del infierno de la guerra comenzada en 1914, y con la intención, entre otras, de sofocarla en la raíz, el más ambicioso y dilatado experimento socialista nunca acometido fue iniciado en 1917 en el arcaico imperio zarista, y sus primeros diez días tuvieron en el magnífico muchacho de Harvard John Reed un cronista incomparable. Tal experimento que conmovió al mundo esperanzó a muchos, y aunque conoció grandes dificultades, y en su nombre se cometieron numerosos crímenes y aberraciones, logró, a un precio tremendo, la modernización de un país atrasado que contribuiría decisivamente a la derrota del nazifascismo y luego a un amplio proceso de descolonización. La reciente caída del régimen soviético implicó la de regímenes que impuso (en consonancia con los acuerdos de 1945 en Yalta, donde los Aliados, vencedores, pretendieron repartirse el mundo) en países cercanos a la hoy disuelta Unión Soviética, por los que atravesó su ejército victorioso, con frecuencia derrotando a regímenes profascistas. Las deformaciones de aquel experimento tras el aislamiento y las agresiones que padeció y la muerte prematura de Lenin, las querellas entre sus posible sucesores y la sangrienta tiranía del triunfante Stalin, más el espectacular fracaso de ese experimento y los esfuerzos caóticos que le han seguido para restablecer el capitalismo, con métodos torpes que preocupan a John Kenneth Galbraith y cuyas consecuencias están en los periódicos, propinaron el más rudo golpe que hayan conocido las esperanzas socialistas.

Desde 1945, la polarización Oeste/Este, nacida con su nuevo significado años antes (recuérdese *La decadencia de Occidente*, de

Spengler) y fortalecida especialmente con el surgimiento del fascismo y el nazismo, en gran parte como violentas reacciones del capitalismo ante la Revolución Rusa de 1917 y sus eventuales consecuencias, amenazó con una guerra distinta, que previsiblemente hubiera dado al traste con el experimento humano en su conjunto, según pudo haber ocurrido hace ahora treinta años. Sin embargo, la evaporación del “Este” no ha significado el inicio de la soñada *pax perpetua* sino, como ya se mencionó, el regreso a un estadio similar al que precedió a 1914. Calibán de ninguna manera desea ser apocalíptico, y confía en no tener ni una gota de razón, pero como los Estados Unidos están tan preocupados con hechos como la presencia en su suelo de tantos productos Sony, Mitsubishi u Honda, y aún más ante la compra de empresas suyas por capitales japoneses, ¿llegará este gran país a sentir un estremecimiento comparable al de la pobre Hispanoamérica al principio de este siglo, cuando nuestro poeta Rubén Darío escribió: “¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?”. Las cosas han cambiado tanto, que este verso, que fue un grito de alarma para los hispanoamericanos, parece ahora haberse convertido en un anuncio de la Escuela de Idiomas Berlitz u otra similar. Pero cien años después de Darío, a comienzos del siglo XXI, ¿escribirá un poeta estadounidense (confiemos que no posposmoderno) algo como “So many millions of us are to speak Japanese?”. Dios mío, que las posibles consecuencias espantosas de tal estremecimiento les sean evitadas a nuestros nietos. En todo caso, cuando supo de la existencia de libros como los recientes de Jeffrey E. Garten y Lester Thurow,³² puede asegurarse que a Calibán no le hizo ninguna gracia.

Y como he mencionado la amplia descolonización que siguió al segundo período de la Guerra Mundial, debo añadir que aquella resultó en gran medida otro de los fracasos de este siglo. Pues no pocos países se separaron entonces de sus antiguas metrópolis sólo para ser recolonizados, gracias al neocolonialismo, sobre todo por los Estados Unidos, el país salido grandemente ganancioso (a un precio muy bajo) de aquel período bélico. O para decirlo modificando algo las conocidas palabras de Harry Magdoff,³³ la nuestra es una era de imperialismo prácticamente sin colonias tradicionales, pero con muchas no *tradicionales*: las neocolonias. En consecuencia, hablar de nuestra era neocolonial llamándola poscolonial (al confundirse rasgos políti-

32 Jeffrey E. Garten, *A Cold Peace. America, Japan, Germany and the Struggle for Supremacy*, Nueva York, 1992; Lester Thurow, *Head to Head. The Coming Economic Battle Among Japan, Europe, and America*, Nueva York, 1992.

33 Harry Magdoff, “Imperialism without colonies”, *Studies in the Theory of Imperialism*, ed. por Roger Owen y Bob Sutcliffe, Nueva York, 1972.

cos más bien superficiales con profundas y decisivas estructuras socioeconómicas), implica la aceptación, acaso involuntaria, de otra de las resonantes falsedades de Próspero.

Por otra parte, ahora que ha concluido la segunda etapa posbélica mundial, se ha visto que los dos países que emergieron económicamente triunfantes de ella fueron los dos grandes derrotados hace más de cuatro décadas en lo militar: Alemania y Japón, los cuales, habiéndoseles impedido punitivamente rearmarse, se enriquecieron.

También hemos asistido a las primeras guerras después de la terminación de la llamada Guerra Fría: guerras calientes que no auguran nada bueno para un futuro en que al desagradable y peligroso equilibrio del terror ha sucedido el desequilibrio mucho más desagradable y peligroso de la arrogancia.

Ya tuvimos prueba de ello en la invasión a Panamá en 1989, asombrosamente presentada como la caza de un hombre a quien se perseguía para juzgarlo fuera de su país, en ejercicio de un nuevo avatar del imperialismo, el jurídico (denunciado por una autoridad en la materia como Ramsey Clark), y de quien, como en una irónica novela de crimen, se decía que había pertenecido a la tenebrosa institución que dirigiera el propio presidente del país que ordenara aquella cacería, y, con tal excusa, hizo asesinar a millares de panameños en unas horas, en ejercicio de una original concepción de los derechos humanos.

Y si aquella invasión a Panamá se inscribe en una larga lista de agresiones características de la Política del Gran Garrote o de las Cañoneras, cuyas manifestaciones recorren desde 1898 nuestro Mediterráneo americano,³⁴ al que los Estados Unidos han querido convertir en su *Mare Nostrum*, la guerra contra Iraq en 1991 parece inaugurar una modalidad nueva. Desencadenada por el hecho inaceptable de que el gobierno de aquel país invadiera Kuwait, como el gobierno de los Estados Unidos había invadido Panamá, en este último caso impunemente, contó con el aval de lo que De Gaulle llamó una vez “les Nations dites Unies”, las Naciones Unidas (en el Consejo de Seguridad de cuya Organización el solitario voto de Cuba salvó el honor de una época), con una amplísima coalición en que a los países del Norte se sumaron algunos del Sur, y esencialmente con fuerzas armadas estadounidenses pagadas por Alemania y Japón, desarmados pero ricos. Se trata de algo reiteradamente expuesto y combatido por

34 Hay una rica bibliografía sobre el asunto, con frecuencia expresión del admirable radicalismo estadounidense. Cfr. por ejemplo Scott Nearing, *El imperio [norte] americano* [¿1920?], trad. del inglés por Carlos Baliño, 2ª ed., La Habana, 1961; Scott Nearing y Joseph Freeman, *La Diplomacia del Dólar. Un estudio acerca del imperialismo norteamericano* [1925], 3ª ed., La Habana, 1973; Julius W. Pratt, *Expansionists of 1898. The Acquisition of Hawaii and the Spanish Islands* [1936], Chicago, 1964.

Noam Chomsky, ese admirable Bartolomé de Las Casas de su propio imperio. Por otra parte, si no es cierto (*en la forma en que lo dijo* Jean Baudrillard glosando a Jean Anouilh)³⁵ que tal guerra no ha tenido lugar, sí se trató de una guerra sin combates, en que aquellas fuerzas, a prudente distancia, procedieron a destruir fuerzas iraquíes y sobre todo a una población civil metódicamente masacrada, hasta lograr la previsible rendición del enemigo. A pesar de esto, esa guerra que *en cierta forma* no existió, esa masacre espantosa (contemplada, en el momento en que ocurría, por televisión, como un entretenimiento original para espectadores hastiados), fue festejada ruidosamente en alegres desfiles, con músicas y fuegos artificiales, en ciudades estadounidenses. Por suerte este país contó también en torno al hecho con conciencias luminosas como las de Chomsky y Edward W. Said.

Hay que mencionar entre las peculiares guerras calientes posteriores al fin de la Guerra Fría los combates interétnicos que en este mismo instante se libran en países europeos desgarrados como los que fueron Yugoslavia y la Unión Soviética. Esos combates no sólo son terribles en sí mismos, sino que pueden, además, tener consecuencias mundiales desastrosas, lo que se ve claro cuando el *revenant* de Sarajevo ha vuelto a las primeras páginas.

Junto a los hechos anteriores, hay otros no menos terribles. Hoy, en 1992, cada breve lapso muere en el planeta de hambre o de enfermedades curables una cantidad de niños equivalente a la de los seres humanos que en 1945 fueron asesinados en Hiroshima y Nagasaki, mientras millones de otros niños, sin hogar, deambulan y sobreviven gracias a hurtos o prostituyéndose, en países donde a veces existen entidades que se dedican a comprarlos para vender sus órganos, o a matarlos como ratas. Desde hace algún tiempo están regresando y extendiéndose epidemias que se consideraban medievales, o acaban de nacer, como en el caso del sorprendente Sida, al que algunos le han sospechado origen humano. También se extiende el consumo diabólico de las drogas, estimuladas por el sacrosanto mercado sin entrañas y consumidas con el anhelo de olvidar el oscuro presente y abolir un futuro que se prevé aún más oscuro. Además, no sólo son incontables las especies animales que el animal humano (sobre todo en su variedad occidental o nortea) ha extinguido, sino que crecen aceleradamente los ríos y mares sin peces, los cielos sin pájaros, las “primaveras silenciosas” (para usar la clásica fórmula de Rachel Carson), los desiertos galopantes, las atmósferas envenenadas, provocando todo ello un ambiente en que también al ser humano se le

35 Jean Baudrillard, *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, traducido del francés por Thomas Kauf, Barcelona, 1991.

dificulta vivir. Los ecologistas, verdes o ambientalistas han tenido razón al luchar durante años contra esto, y ello fue *casi* unánimemente reconocido, el pasado junio, en la reunión de ECO'92 organizada por las Naciones Unidas en Río de Janeiro.

Dentro de ese cuadro general, la situación peor es desde luego, sin comparación posible, la de quienes viven en los países del Sur. Cuando escribo estas líneas, son (somos) más de las dos terceras partes de los seres humanos vivos; se calcula que al romper el siglo XXI, las tres cuartas partes, y al mediar ese siglo, las nueve décimas partes. Sin olvidar a los numerosos pobres que viven en los países del Norte y provienen con frecuencia del Sur, ni a la capa más bien delgada de quienes son ricos en el Sur generalmente porque son cómplices de zonas del Norte, y se creen integrantes de él y no de sus propios pueblos, en el planeta hoy son pobres, muy pobres o miserables dos de cada tres personas; *si las cosas no mejoran*, al comienzo del próximo siglo (mañana como quien dice) serán tres de cada cuatro; cuando mis nietos tengan la edad que tengo ahora, nueve de cada diez: y la gran mayoría vive y vivirá en el Sur. La proporción crece geométrica y aterradoramente, y explica por qué los pobres del Sur, buscando mejorar su nivel de vida, y en muchas ocasiones como única manera de sobrevivir, se están trasladando al Norte. Dado que el proceso se desarrolla en forma abrumadora y ya plantea grandes problemas, el Norte anda levantando barreras para impedir nuevas entradas; y en ocasiones, cuando éstas se han producido ya, realizando a través de entidades paramilitares o de sanguinarios francotiradores el exterminio de las indeseadas gentes del Sur. ¿Volvemos a leer los periódicos?

En España, país amado que querríamos no racista (más aún lo quieren los gitanos), se creó con sentido despectivo, para referirse a los sudamericanos (a los hispanoamericanos en general), la palabra "sudacas", que quizá sea reivindicada con orgullo por los aludidos (así voy a hacer de inmediato, pensando en el Sur todo) y hasta conozca el triste privilegio de internacionalizarse, como algunos vocablos colindantes: el italiano "gueto", el francés "chovinismo", el ruso "pogrom", el inglés de los Estados Unidos "linchar" (curiosamente, no se internacionalizaron términos alemanes como "Herrenvolk" o "Arschloch der Welt"). Después de todo, los chovinistas del Norte proyectan o realizan ya pogroms para linchar a los sudacas, cuando no han logrado mantenerlos en sus guetos o fuera de los muros de las ciudadelas del Norte. Esto último no es fácil, porque las oleadas de sudacas avanzan como mareas de lava hirviendo. Y esas oleadas revelan los estigmas que el Norte, para desarrollarse él, provocó en aquellos cuyos países subdesarrolló y subdesarrolla: se trata muchas veces de criaturas hambrientas que, además de hablar idiomas desconocidos con frecuencia

en el Norte, son analfabetas o con escasa instrucción, carecen de entrenamiento en el manejo de los complicados instrumentos propios de la simpática vida del Norte, tienen creencias y costumbres que a éste parecen bárbaras (y viceversa), no son higiénicas y sí promiscuas (se pasan la vida explotando demográficamente), llevan consigo gérmenes de enfermedades erradicadas ya en el Norte y para las cuales sus habitantes no tienen anticuerpos: lo que recuerda lo que les pasó a los aborígenes cuando llegaron los conquistadores a partir de 1492.

Y así, ahora que el Norte se considera finalmente vencedor en todo, y hasta tiene consejeros áulicos como Fukuyama,³⁶ malos lectores de Hegel y peores de la realidad, que le soplan estruendosamente al oído que lo que Stephen Dedalus llamó la pesadilla de la historia ha llegado a su fin, los muros de sus ciudadelas se ven rodeados por seres ruidosos, multicolores y carnales que vienen del Sur y no de otra pesadilla; del Sur y no del pasado.

Si los grandes señores del Norte cumplen su reiterada amenaza, y en vez de explotar más al creciente Sur deciden prescindir de él, sustituyendo sus toscas materias primas por elegantes materias elaboradas por el Norte, o incrementando su proteccionismo egoísta, entonces se multiplicarán en el Sur el hambre, las enfermedades, la ignorancia, la desesperación, el fanatismo, y crecerán hasta la enésima potencia las

36 Nacido de su comentado artículo "The End of History?" (*The National Interest*, N° 16, verano de 1989), el libro de Francis Fukuyama *The End of History and the Last Man* (Nueva York, 1992) no es mejor que el artículo, pero sí mucho más largo y caro. Como en ambos casos el autor reconoce su entusiasta adhesión a la lectura derechista de Hegel propuesta por el ruso Alexandr Kojévnikov, que en Francia pasó a llamarse Kojève y a ser (como luego también lo sería su discípulo Fukuyama) funcionario ministerial, es sumamente curiosa la opinión que de aquel tenía Louis Althusser. Tal opinión no vino a ser conocida sino este año, pues apareció en su libro póstumo *L'avenir dure longtemps suivi de Les faits. Autobiographies* (París, 1992, p. 169). Él no podía sospecharlo, pero sus líneas serían una impugnación *avant la lettre* de las tesis de F. F. He aquí las pocas y suficientes líneas de Althusser: "yo sabía por qué vías Hegel y Marx habían sido introducidos en Francia: por Kojévnikov (Kojève), emigrado ruso encargado de altas responsabilidades en el Ministerio de la Economía. Fui a verlo un día a su oficina ministerial para invitarlo a ofrecer una conferencia en la Escuela [Normal]. Vino, hombre de rostro y cabellos negros, todo lleno de malicias teóricas infantiles. Leí todo lo que él había escrito y me convencí rápidamente de que él —a quien todos, incluso Lacan, habían escuchado apasionadamente antes de la guerra— no había comprendido estrictamente nada ni de Hegel ni de Marx. Todo giraba en él en torno de la lucha a muerte y el Fin de la Historia, a la cual daba un pasmoso contenido *burocrático*. Habiendo concluido la historia, es decir la historia de la lucha de clases, la historia no cesa, pero en ella no pasa nada más que la rutina de la *administración de las cosas* (¡viva Saint Simon!). Manera sin duda de asociar sus deseos de filósofo y su condición profesional de burócrata superior. No comprendí cómo, fuera de la total ignorancia francesa de Hegel, Kojève había podido fascinar a tal punto a sus oyentes: Lacan, Bataille, Queneau y tantos más" [Fukuyama añadirá a Raymond Aron].

oleadas de gentes del Sur en inevitable, indetenible y sombría marcha hacia el aséptico Norte. Por cada uno de los seres humanos de éste habrá ¿cuántos del Sur? ¿Diez, cuarenta, cien? Y si en vista de eso tales señores del Norte deciden despoblar al Sur, y le arrojan (tienen experiencia en cosas similares) artefactos mortíferos atómicos, químicos o bacteriológicos, ¿podrán impedir que las nubes letales que ello provocaría lleguen a los cielos sin bacterias, sin pájaros y sin piedad del Norte, tan orgulloso de su capitalismo feroz?

Cuando sabemos lo anterior, aunque cobardemente pretendamos ignorarlo u olvidarlo, ¿no urge que los descendientes de la indispensable unión de Calibán y Miranda, que las personas de clara visión y buena voluntad que son cuantiosas tanto en el Sur como en el Norte, con imaginación, valor y energía obliguen a deponer prejuicios, odios, sectarismos, codicias e insensateces, y luchen (luchemos) juntos para detener una carrera cuyo término es evidente y demasiado cercano? Dado que también la humanidad es un ecosistema, ni el Sur ni el Norte podrán salvarse por separado. O logran acceder conjuntamente a la civilización de la humanidad, a un mundo postoccidental³⁷ auténticamente ecuménico y solidario, o los seres humanos, a quienes la sociedad les es consustancial, habrán probado ser, para horror de Teilhard de Chardin, un vano camino cerrado, mucho peor que los dinosaurios, pues a aquellos (a nosotros) fueron dadas fuerzas y virtualidades infinitamente más numerosas y ricas. Hace un cuarto de siglo escribió C.L.R. James: “Si los condenados de la Tierra no entienden sus pasados ni conocen las responsabilidades que tie-

37 Utilizo la expresión “civilización de la humanidad” con que concluye (antes del “Resumen” y la bibliografía) el libro de Darcy Ribeiro *El proceso civilizatorio. Etapas de la evolución sociocultural* [1968], traducido por Julio Rossiello, Caracas, 1970, p. 158. Por mi parte, en “Nuestra América y Occidente” (*Casa de las Américas*, N° 98, septiembre-octubre de 1976, p. 55) hablé de una futura sociedad “postoccidental”: expresión relacionada con la de “paleoccidental” que apliqué allí al mundo ibérico, pero que sin duda también tenía que ver con los “pos(t)ismos” que ya se habían desencadenado después de los “neos” y los “antis” y a veces alternando con ellos. Pero esa sociedad, civilización o cultura “de la humanidad”, “postoccidental”, que debe venir después de la occidental y *superarla* hegelianamente, de ninguna manera puede identificarse con realidades estrechamente eurocéntricas como la “poscultura”, que es el “nuevo [sic] concepto” a que se refiere George Steiner en *En el castillo de Barba Azul. Aproximación a un nuevo concepto de cultura* [1971], traducido del inglés por Alberto L. Bixio, Barcelona, 1991. En cambio, entiendo que sí es dable avizorar tal “civilización de la humanidad”, “postoccidental”, en ese “incierto futuro” de que habla Immanuel Wallerstein, en el cual “debemos entrar de puntillas” y “tratar de engendrar un nuevo modo de funcionamiento en el cual la distinción entre la civilización (en singular) y las civilizaciones (en plural) no tenga ya una relevancia social”. I.W.: “The modern world system as a civilization”, *Geopolitics and geoculture. Essays on the changing world-system*, Cambridge, Inglaterra, 1991, pp. 229-230.

nen ante sí en el futuro, todo en la Tierra estará condenado. Esa es la clase de mundo en que vivimos.”³⁸ Hoy, lo único que cabe añadir es que lo anterior es igualmente válido para los condenantes de la Tierra. Cuando los pasajeros de tercera clase del navío se hunden o estrellan, también los de primera clase conocen suerte igual, sólo que sus ropas, convertidas en sus mortajas, son más numerosas y ricas, y se supone que están más al día (ellos se toman por el día).

Quinientos años después del descubrimiento que no fue tal, pero sí, ciertamente, el comienzo del indispensable encuentro de todos los seres humanos, reconozcamos, pensando en los habitantes originales del “brave new world” que ahora compartimos, quienes vieron llegar en 1492 las tres carabelas con la cruz en forma de espada donde el Hijo del Hombre murió una vez y un millón de veces y sigue muriendo, y pensando en lo que allí y en otros sitios vino después, que nuestra única opción es hacer culminar (y perdonar) aquel terrible comienzo, con un descubrimiento verdadero, similar a lo que los griegos llamaron *anagnórisis*. En este caso, el descubrimiento del múltiple ser humano “ondulante y diverso”: el ser humano total, hombre, mujer, pansexual; amarillo, negro, piel roja, carapálida, mestizo; productor (creador) antes que consumidor; habitante de la Humanidad, la única patria real (“Patria es humanidad”, dijo Martí, retomando una idea de los estoicos), sin Este ni Oeste, sin Norte ni Sur, pues su centro será también su periferia. Religiones, filosofías, artes, sueños, utopías, delirios lo han anunciado en todas partes. Será el fin de la prehistoria y el comienzo de la casi virginal historia del alma. Si no, será sin duda el prematuro fin de nosotros los seres humanos, quienes habríamos precipitado antes de tiempo el final del diminuto fragmento de existencia cósmica que nos fue asignado. Pero tal precipitación no es inevitable. Einstein, Sagan o Hawkins nos han familiarizado (incluso a nosotros los legos) con la imaginación del Cosmos; Darwin, von Uexküll o Gould, con la imaginación de la Vida; Freud, los surrealistas o Jameson, con la imaginación del Inconsciente; y Marx postuló abiertamente que la Historia tiene más imaginación que nosotros. Quizá pudiéramos sintetizar esta idea con la afirmación de Einstein que él tenía autoridad superior para emitir: “La imaginación es más importante que el saber”.

38 C.L.R. James, “C.L.R. James on the Origins”, *Radical America*, Vol. 2, N° 4, julio-agosto de 1968. Citado por Lucy R. Lippard en *Mixed Blessings. New Art in a Multicultural America*, Nueva York, 1990, p. 57. En el texto de Wallerstein citado en la Nota 36, él afirma con razón que “la desigualdad no sólo lastima a los oprimidos, sino que lastima también (y acaso en mayor medida) a sus beneficiarios inmediatos, al privar a éstos de su completez humana y de sus posibilidades de autorrealización” (pp. 228-229).

Frente a los desafíos aparentemente insuperables de la realidad social, que en un período anterior llevaron a Rolland y a Gramsci a hablar del escepticismo de la inteligencia, al que propusieron oponer el optimismo de la voluntad, opongámosle también la confianza en la imaginación, esa fuerza esencialmente poética. Y así podremos prepararnos para entrar sin temor en la amenazada casa del futuro, aunque ella no sea aún la *House Beautiful* que quiso Walter Pater; debemos prepararnos para entrar en esa casa hecha de tiempo y esperanza, a cuya edificación fueron dedicadas las vidas y las muertes de hombres y mujeres como Ernesto *Che* Guevara, el más Calibanesco de los Arieles que personalmente he conocido y amado. Si luchamos juntos con valor, inteligencia, pasión y compasión a fin de merecerlo, en tal casa, para glosar a Heráclito el Oscuro y a Santa Teresa la iluminada, también estarán los Dioses.

Gilberto Valdés Gutiérrez

DIVERSIDAD Y ARTICULACIÓN EN AMÉRICA LATINA

DESAFÍOS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES ANTE LA CIVILIZACIÓN EXCLUYENTE, PATRIARCAL Y DEPREDADORA DEL CAPITAL*¹

La civilización con que soñamos, será “un mundo en el cual caben muchos mundos” (según la bella fórmula de los zapatistas), una civilización mundial de la solidaridad y de la diversidad. De cara a la homogeneización mercantil y cuantitativa del mundo, de cara al falso universalismo capitalista, es más que nunca importante reafirmar la riqueza que representa la diversidad cultural, y la contribución única e insustituible de cada pueblo, de cada cultura, de cada individuo.

Michael Löwy y Frei Betto

* Gilberto Valdés Gutiérrez 2005 “Diversidad y articulación en América Latina”, tomado de *Dialéctica*, Revista de Filosofía, ciencias sociales, literatura y cultura, Nueva época, Año 29, N° 37 (Puebla: BUAP), pp. 37-64.

1 * Dr. Gilberto Valdés Gutiérrez (La Habana, 1952). Se desempeña como jefe del Grupo de Investigación América Latina: Filosofía Social y Axiología (GALFISA) del Instituto de Filosofía de Cuba. Ha sido maestro visitante en la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP. El presente texto fue presentado en el VI Taller Internacional sobre Paradigmas Emancipatorios, realizado del 6 al 8 de febrero de 2005 en La Habana.

LA DIVERSIDAD HA ESTADO SIEMPRE. Pero hoy ha adquirido beligerancia política y visibilidad epistemológica. Así como ella existe, existen sus lecturas. Lo primero que habría que admitir es que la emergencia de la diversidad es un dato del sujeto social-popular, entendido como el conjunto de clases, capas, sectores y grupos subordinados, que abarcan la mayoría de nuestros países y sufren un proceso de dominación múltiple. Si la dialectización de los conceptos de identidad y diferencia es una necesidad a la hora de concebir la construcción contrahegemónica orientada hacia un nuevo tipo de socialidad realmente democrática y popular, que involucre al conjunto de las clases y sectores potencialmente interesados en tales transformaciones, lo es también hacia el interior de cada actor social.

No puede ya obviarse que algunos multiculturalismos nos han abierto los ojos respecto a procesos y espacios de dominación que no conocíamos, hemos comprendido que el dolor por la falta de reconocimiento puede ser tan terrible como la explotación o la esclavitud; pero hemos comprendido también que buena parte de las reivindicaciones por el reconocimiento no son nada si no van acompañadas de unas políticas de redistribución.²

No hay que olvidar que el multiculturalismo liberal cuenta con herramientas que le permiten sentar las bases para pensar la diferencia en clave de diversidad, y la diversidad en clave de desigualdad natural. Dado que todas las personas contamos con cualidades distintas, con competencias disímiles, la diversidad es en realidad un reflejo natural de las cosas, que se traduce en un marco de igualdad ante la ley y de oportunidades (no de resultados), en desigualdades más que justificadas.³

Pese a que el liberalismo de la época de la globalización desglosa de sí los “añadidos” históricos impuestos por más de un siglo de luchas reivindicativas (Estado benefactor, democracia política, interés nacional, sindicatos, seguridad social, satisfacción de las necesidades básicas, entre otros), que al final conspiraron contra el “derecho natural”, extendido ahora hasta la nueva propiedad transnacional y sus poderes económicos y políticos socialmente incontrolados, ello no significa que aquella matriz de legitimación no siga presidiendo la reestructuración global en curso. Y lo que es más importante aún: está en capacidad de absorber las propuestas antisistema que no logren trascender sus límites epistemológicos en los ámbitos de la economía y la política.

2 Véase José Luis Castilla Vallejo, “El multiculturalismo y la trampa de la cultura”, inédito.

3 *Ibidem.*

Solo desde los supuestos liberales que *naturalizan* las relaciones de mercado y conciben la política como el marco institucional, legal, que vehicula dichas relaciones, fue posible, en nombre de esos mismos ideales “reclasificados”, implantar el neoliberalismo sin violar la *lógica liberal general*. “Con este significativo énfasis en la libertad individual y esta aversión hacia la nivelación social que la intervención estatal produce, una parte del liberalismo mira al pasado para reencontrarse con sus orígenes no democráticos”.⁴

La existencia de sectores separados, de lenguajes especializados, es un dato de lo social que parecería deslegitimar la acción política antisistema centrada en pretensiones de totalidad: las particularidades, los fragmentos, las redes capilares, los micropoderes, la autonomía de los sujetos sociales devienen así límites insuperables que problematizan la clásica estrategia de poder de las fuerzas políticas de izquierda. Admitiendo esas nuevas aportaciones de la teoría social, Néstor Kohan ironiza ante la versión vulgar de estos desarrollos y sus deducciones desmovilizadoras que pretenden hacer creer que al no existir un poder central, sino muchos micropoderes, carece de sentido el proyecto de acceder, construir y tomar poder para impulsar transformaciones sustantivas en nuestras sociedades. “Un desarme total. El enemigo festeja”.⁵ La construcción teórica de la lucha implica, en consecuencia, colocar el problema de referencia en los siguientes términos:

Ni totalidad estructural ni particularismos irreductibles, ni fetiche de la organización ni corporativismo espontaneísta, ni generalidad abstracta ni micromundo igualmente abstracto.

Sólo la articulación de los reclamos particulares y específicos en una perspectiva generalizadora que los unifique (sin negarlos ni reprimirlos) podrá superar el límite de hierro que la hegemonía neoliberal ha impuesto a la izquierda, desarmada teóricamente. El gran aporte teórico de los zapatistas, en su lucha contra el neoliberalismo, va en ese sentido.⁶

Es preciso, pues, admitir la existencia de múltiples sectores, prácticas contestatarias y discursos diferenciados que se constituyen a raíz de demandas puntuales en el seno del movimiento social, algunos con más capacidad crítica y propositiva, en relación con la sociedad global, que otros. Sin embargo, la diversidad fragmentada y desarticulada de micropoderes y redes capilares autónomas (la mi-

4 Pedro Chaves Giraldo, “Siete tesis sobre la democracia mínima”, inédito, p. 104.

5 Néstor Kohan, “Notas críticas sobre el desarme teórico”, *América Libre*, N° 10, Buenos Aires, enero de 1997, p. 65.

6 *Ibidem*.

crofísica organizativa) no son, precisamente, un signo *per se* de fortaleza frente a la hegemonía de los poderes políticos y económicos transnacionalizados y sus pretensiones de totalidad. “La soledad de cada individuo *diferente e idéntico* es la base de la masificación, es decir, la *igualdad forzada* se basa en la *diferencia forzada*”.⁷

Esta sana perspectiva, centrada en el reconocimiento de la diversidad, puede ser objeto en sí misma de sutiles manipulaciones, en la medida en que la igualdad, la diferencia y la identidad se encapsulen en fórmulas forzadas, de relativa docilidad para la lógica del control social por parte de los poderes hegemónicos de la sociedad burguesa. Paradójicamente, “la misma sociedad pide el control de las *identidades fijas*. Si ya no se sueña con la posibilidad de una sociedad libre, se exige por lo menos la justicia de otra manera: que nadie sea menos reprimido que la mayoría, este es el nuevo lema de nuestra sociedad, que tiene una de sus expresiones en la *identidad forzada*”.⁸

Stefan Gandler nos incita a pensar las identidades esquivando cierto *realismo* y el *sentido común transnacionalizado*:

La libertad no se alcanza sacrificándola. Suena como si fuera de conocimiento común, pero no lo es. La libertad se alcanza superando su limitación principal, que es la sociedad burguesa-capitalista. Igualdad, diferencia e identidad solamente se pueden desarrollar libremente en una sociedad libre. El secreto de la emancipación de los indígenas, de las mujeres, de los homosexuales, de las lesbianas y de todos los llamados por la mayoría “otros” es la emancipación de la sociedad en cuanto tal. Todo lo otro no es otra cosa que el perverso intento de superar una represión con una nueva. De esto está llena la historia humana y ya no tiene caso repetirla una vez más.⁹

Para que la diversidad no implique atomización funcional al sistema, ni prurito posmoderno *light* de relatos inconexos, es preciso desear, pensar y hacer la articulación, o lo que es lo mismo: generar procesos socioculturales y políticos desde las diferencias.

El pensamiento alternativo es tal únicamente si enlaza diversidad con articulación, lo que supone crear las condiciones de esa articulación (impulsar lo relacional en todas sus dimensiones, como antídoto a la ideología de la delegación; fortalecer el tejido asociativo sobre la base de prácticas y valores fuertes (de reconocimiento, justicia social, equidad, etcétera).

7 Stefan Gandler, “Tesis sobre diferencia e identidad”, *Dialéctica*, N° 32, Universidad Autónoma de Puebla, primavera de 1999, p. 114.

8 *Ibidem*, p. 115.

9 *Ibidem*, p. 116.

Pareciera que el reconocimiento de las diferencias deviene punto de partida para la constitución de sujetos con equidad entre los géneros y reconocimiento de las identidades respectivas. Mas “lo diferente” puede ser sustantivado de manera que la aspiración a la igualdad y a las identidades compartidas no sea una meta “realista”. En el caso de las mujeres, por ejemplo, “la apelación a la diferencia como nuevo principio constitutivo de identidad se esencializa y vuelve como amenaza siniestra de fusión. El retorno del tema de la maternidad y de los mitos constitutivos de la femineidad bajo formato mediático supone pagar un duro tributo a los retornos conservadores”.¹⁰

Por otra parte, la diversidad en sí misma puede ser fundamento tanto de una genuina unidad de acción desde lo local, de construcción de la alternativa desde abajo, como base de conflictos en la vida cotidiana que se diriman negativamente en favor de la dispersión y la atomización. En consecuencia, surge la necesidad de pensar cómo promover prácticas que permitan visibilizar y concientizar la diversidad, a la vez que se fortalezca, sobre dicho reconocimiento, la ética de la articulación entre los diversos actores, el principio de integración táctico y estratégico, y la unidad sociopolítica consensuada, necesaria al proyecto de emancipación social y dignificación personal, en capacidad de desafiar al orden neoliberal mundializado.

No tenemos, en esto, dudas: necesitamos construir una ética de la articulación,¹¹ no declarativamente, sino como aprendizaje y desarrollo de la capacidad dialógica, profundo respeto por lo(a)s otro(a)s, disposición a construir juntos desde saberes, cosmologías y experiencias de acumulación y confrontación distintas, potenciar identidades y subjetividades. Tal ética ha de moverse dentro de las coordenadas de un paradigma de racionalidad crítica, organizada mediante el diálogo de los sujetos implicados y orientada a descubrir el significado auténtico de la realidad humana.

La articulación, si bien presupone reconocimiento de la diversidad en lo interno del sujeto subalterno o dominado, implica un esfuerzo supremo de unidad consensuada desde abajo, pues sin la construcción de coaliciones estratégicas no podrán enfrentarse, con posibilidades de éxito, los grandes poderes globocolonizadores, enemigos tanto de la justicia económica y política, como del real ejercicio de la autonomía cultural de los diversos grupos humanos. Aprender a buscar a los afines, a negociar, a sumar voluntades, a construir

10 Alejandra Ciriza, “Contradicciones culturales del capitalismo tardío. Imágenes de mujeres en el fin de siglo. De continuidades y rupturas”, en <www.rebellion.org> acceso 23 de agosto de 2003.

11 Véase José Luis Rebellato, *Antología mínima*, Editorial Caminos, La Habana, 2000.

alianzas, a sintonizar nuestros movimientos, nuestras acciones, frente a los antagonicos. El aprendizaje de la tolerancia, como la entendía Pablo Freire. Sin perder la diversidad, en medio de ella.¹²

EL SISTEMA DE DOMINACIÓN MÚLTIPLE

Si se piensa en alternativas reales, de trascendencia desenajenadora, a la civilización rectoreada por el capital, es imprescindible determinar las formas históricas de opresión que se entrelazan en la crisis civilizatoria de fines del siglo XX y principios del XXI. Nos parece oportuno, en esta dirección, asumir la categoría de Sistema de Dominación Múltiple (SDM).¹³ Su análisis debe realizarse teniendo en cuenta sus dimensiones económica, política, social, educativa, cultural y simbólica. Con ella podremos integrar diversas demandas y prácticas emancipatorias que hoy aparecen contrapuestas o no articuladas, y evitar de esta forma viejos y nuevos reduccionismos ligados a la predeterminación abstracta de actores sociales a los que se les asignan *a priori* mesiánicas tareas liberadoras.

El contenido del SDM abarca las siguientes prácticas de:

- Explotación económica (exclusión social).
- Opresión política en el marco de la democracia formal (vaciamiento de la democracia representativa).
- Discriminación sociocultural (étnica, racial, de género, de edades, de opciones sexuales, por diferencias regionales, entre otras).
- Enajenación mediático-cultural (paralización del pensamiento crítico a través de la velocidad de la imagen fragmentada y del simulacro virtual, hiperrealista de las televisoras, lo que el Subcomandante Marcos llama, con razón, “el Canal Único del neoliberalismo”).
- Depredación ecológica (en el sentido de que la especie humana, colocada como “responsable” y no como “dueña” de la tierra, ha contraído una deuda ecológica, al no haber podido impedir la proliferación de modelos utilitarios de intervención en la naturaleza, que han destruido los ecosistemas).

12 Véase Fernando de la Riva, *En la encrucijada*, inédito.

13 Véase Raúl Leis, “El sujeto popular y las nuevas formas de hacer política”, *Multi-versidad*, N° 2, Montevideo, marzo de 1992, y Gilberto Valdés Gutiérrez, *El sistema de dominación múltiple. Hacia un nuevo paradigma emancipatorio*. Tesis de doctorado, Fondo del Instituto de Filosofía, La Habana, 2002. La categoría operacional de Sistema de Dominación Múltiple ha sido enriquecida a lo largo de los Talleres Internacionales sobre Paradigmas Emancipatorios, convocados desde 1995 cada dos años por el Grupo GALFISA del Instituto de Filosofía en coauspicio con otras organizaciones e instituciones cubanas e internacionales.

José Luis Rebellato sintetiza lo que queremos expresar con certeras palabras: “Patriarcado, imperialismo, capitalismo, racismo. Estructuras de dominación y violencia que son destructivas para los ecosistemas vivientes”.¹⁴

El despliegue de esta categoría nos facilita el análisis integral de las prácticas de dominación y, por ende, permite debatir los problemas de la emancipación en clave más compleja. De ahí la necesidad de abordar, en nuestro trabajo, la crítica a las prácticas de dominio acendradas en la sociedad contemporánea y el examen de los problemas actuales de la articulación de las demandas libertarias en el movimiento social y popular de América Latina y el Caribe. Resulta necesario contextualizar, a la luz del imperialismo transnacional, aquellos conceptos teórico-críticos surgidos de Marx: explotación económica, exclusión social, opresión política, alienación individual y colectiva, con el propósito de sistematizar las múltiples perspectivas de lucha y demandas emancipatorias que se dan a diario y simultáneamente en los lugares más diversos del planeta, y determinar las bases de una voluntad proyectiva mundial que otorgue condiciones de posibilidad a la superación de la dominación capitalista.

Al analizar la presunta crisis de los paradigmas, Franz Hinkelammert se pregunta si existe realmente una pérdida de los criterios universalistas de actuar con capacidad crítica beligerante frente al triunfo del universalismo abstracto propio del capitalismo de cuartel, actualmente transformado en sistema globalizante y homegeneizante. Este sistema, arguye, está lejos de ser afectado por la fragmentación. Todo lo contrario: aparece como un bloque unitario ante la dispersión de sus posibles opositores. Su conclusión es que no podemos enfrentar dicho universalismo abstracto mediante otro sistema de universalismo abstracto, sino mediante lo que define como una “respuesta universal”, que haga de la fragmentación un proyecto universal alternativo:

Fragmentarizar el mercado mundial mediante una *lógica de lo plural* es una condición imprescindible de un proyecto de liberación hoy. No obstante, la fragmentación/pluralización como proyecto implica, ella misma, una respuesta universal. La fragmentación no debe ser fragmentaria. Si lo es, es pura desbandada, es caos y nada más. Además, caería en la misma paradoja del relativismo. Solo se transformará en criterio universal cuando para la propia fragmentación exista un criterio universal. La fragmentación no debe ser fragmentaria. Por eso esta “fragmentación” es pluralización.¹⁵

14 Véase José Luis Rebellato, *op. cit.*

15 Franz J. Hinkelammert, *Determinismo, caos, sujeto. El mapa del emperador*, DEI, San José, 1996, p. 238.

Se desprende que la lógica universalizadora de esta respuesta registre la satisfacción de todas las *demandas emancipatorias* provenientes de las víctimas del SDM.

Dentro del contenido del concepto “dominación” es necesario destacar la centralidad de la explotación. Tan erróneo, política y analíticamente, es representarse a la clase obrera de nuestros días al estilo de lo que Hegel definía como momento abstractoracional de la lógica —esto es, como un concepto simple, no problematizado, como una identidad intuitiva que no registra diferencias de intereses y aspiraciones relacionadas con el lugar ocupado dentro de la estructura tecnoeconómica de la producción y la organización del trabajo de las distintas categorías de trabajadores, y los contextos socioeconómicos de que se trate—, como presentar el dato de la heterogeneidad de la clase trabajadora (las transformaciones en las condiciones y relaciones de trabajo) para negar su condición de sujeto colectivo de potencialidad anticapitalista, desconociendo su condición de sujeto-mercancía, en la medida en que unos y otros sectores, dentro de la totalidad del trabajo, dependen, precisamente, de la venta de su fuerza de trabajo. “Esa creciente heterogeneidad, complejidad y fragmentación de la *clase-que-vive-del-trabajo* —apunta Ricardo Antunes— no va hacia su extinción; al contrario de un *adiós al trabajo* o a la *clase trabajadora*, la discusión que nos parece adecuada es aquella que reconoce, por una parte, la *posibilidad* de la emancipación *del y por* el trabajo, como un *punto de partida* decisivo para la búsqueda de la multidimensionalidad humana”.¹⁶

Una versión formalista de la categoría de trabajador (ocupado) sería políticamente inoperante para entender, por ejemplo, la naturaleza del nuevo sindicalismo argentino presente en la Central de Trabajadores Argentinos y la de movimientos sociales, como pueden ser los piqueteros, en el caso de Argentina, y otros donde el peso de los trabajadores “no ocupados” o excluidos marca la radicalidad política de sus acciones, tal como reconocemos en el Movimiento de los Sin Tierra, de Brasil. Dónde colocar —desde una perspectiva reduccionista— a los pueblos indígenas de nuestro continente y de otras regiones del planeta, cuya resistencia, cosmovisión y modos de entender el tiempo político desafían no solo a la civilización productivista, depredadora y disipatoria, al servicio de las superganancias de las transnacionales y de los bloques imperialistas, sino a las nociones de cierta “izquierda”, cuyas

16 Ricardo Antunes, “¿Cuál crisis de la sociedad de trabajo?”, *Utopías*, N° 176-177, Madrid, 1998, p. 24.

prácticas no van más allá del “juego democrático”¹⁷ y de la ilusión de humanizar el orden del capital.

Si concordamos en que este orden económico y político está ligado íntimamente a una civilización excluyente, depredadora y patriarcal, que impulsa la cultura de la violencia e impide el propio sentido de la vida humana, habrá que reconocer que la absolutización de un tipo de paradigma de acceso al poder y al saber, centrado en el arquetipo “viril” y “exitoso” de un modelo de hombre racional, adulto, blanco, occidental, desarrollado, heterosexual y burgués (toda una simbología del dominador), ha dado lugar al ocultamiento de prácticas de dominio que, tanto en la vida cotidiana como en otras dimensiones de la sociedad, perviven al margen de la crítica y la acción liberadoras. Nos referimos, entre otros temas, a la discriminación histórica efectuada sobre las mujeres, los pueblos indígenas, los negros, los niños y niñas, y otras categorías socio-demográficas que padecen prácticas específicas de dominación.

Dichas prácticas de dominio, potenciadas en la civilización (y la barbarie) capitalista, han penetrado en la psiquis y la cultura humana.¹⁸ No de otra manera se explica la permanencia de patrones de prácticas autoritarias racistas, sexistas y patriarcales que irradian el tejido social, incluso bajo el manto de discursos pretendidamente democráticos o en las propias filas del movimiento anticapitalista.

El sujeto del cambio es plural —demandante de expectativas emancipadoras de distinto carácter—, y no una entidad preconstituida. Su autoconstitución implica una intencionalidad múltiple, construida desde diversidades (no siempre articuladas) dirigida a transformar los regímenes de prácticas características: base de las relaciones sociales objetivas de explotación y dominio del capitalismo contemporáneo y de sus agentes genéricos correspondientes. Ello será posible en la medida en que se constituyan como agentes alternativos por vía de la plasmación de otros patrones de interacción

17 . A propósito del sentido del juego “democrático” dentro de la sociedad neoliberal, podrán citarse muchos estudios críticos. Pero, como ya sabemos, con Martí, que el arte es la forma más rápida de llegar a la verdad, el autor de este texto, en una reciente estancia en un entrañable país latinoamericano afectado profundamente por ese “sentido”, no pudo dejar de meditar cada noche, en la soledad de su habitación, escuchando la impresionante canción de Luis Eduardo Aute, “La belleza”. Vale la pena recordar algunas frases: *Y ahora que ya no hay trincheras / el combate es la escalera / y el que trepe la más alta / pondrá a salvo su cabeza / aunque se hunda en el asfalto / la belleza...*, y también, por supuesto, *Míralo como reptiles al acecho de la presa / negociando en cada mesa ideologías de ocasión.*

18 Véase Jorge Luis Cerletti, *El poder bajo sospecha*, De la Campana, Buenos Aires, 1997.

social opuestos a los hoy institucionalizados. Esta situación no debe interpretarse como un simple “basismo” o como propuesta a favor de la “gradualidad” de las transformaciones requeridas para que se impongan dichos patrones alternativos.

Concuerdo con Pedro Luis Sotolongo en que debemos, en primer lugar, asumir nuevas pautas teóricas, epistemológicas y prácticas que permitan captar los modos del registro subjetivo —sus componentes inconsciente o arreflexivo, tácito o prerreflexivo y consciente— del sistema de sujetos-actores sociales alternativos. En otros términos, para calar ulteriormente, en toda la complejidad de esa mediación aportada por la praxis interpersonal, social e histórica, la relación entre los seres humanos y el mundo por conocer y transformar por ellos, hace falta articular nuestros tratamientos tradicionales de la dimensión social clasista, consciente e ideológica (con su sentimiento de pertenencia a ella) con, por lo menos, la dimensión del inconsciente, vinculada a ámbitos prerreflexivos tales como el *deseo*, el *saber* cotidiano tácito, los plastos prerreflexivos del *poder* microsocia (micropoderes) y el ámbito enunciativo o del *discurso*, que han sido puestos en evidencia por diversos pensadores y corrientes de conceptualización social contemporánea.¹⁹

Para ello, se impone hacer un registro lo más abarcador posible de las prácticas de resistencia y lucha a diversas escalas (local, nacional, regional, global), no para decirnos solo “lo que le falta a cada una”, sino “lo que tiene de interesante, lo que aporta ya, lo que promete potencialmente”. En otras palabras, sistematizar mejor las experiencias alternativas emprendidas por los sujetos sociales que se enfrentan a los patrones de interacción social hegemónicos, y cuyo accionar multifacético se orienta hacia la creación de regímenes de prácticas colectivas, características y recurrentes (comunitaria, familiar, clasista, educacional, laboral, de género, etnia, raza, etc.), alternativas al patrón capitalista neoliberal, depredador y patriarcal, que usurpa la universidad de nuestra época.

Ello nos permitirá, en principio, ensanchar la noción de sujeto social-popular alternativo con la diversidad de movimientos sociales (barriales, feministas y de mujeres, étnicos y campesinos, de trabajadores excluidos, sindicales, ambientalistas, juveniles, contraculturales), de identidades y culturas subalternas amenazadas por la homogeneización mercantil y la “macdonalización” del entorno y el tiempo libre; cosmologías preteridas, perspectivas liberadoras que se

19 Pedro Luis Sotolongo Codina, *Hacia un nuevo paradigma epistemológico*, Fondo del Instituto de Filosofía, La Habana.

enfrentan, cada cual desde su propia visión y experiencia de confrontación, al pensamiento único del neoliberalismo global. Se ha dicho, con razón, que los atributos del mundo que es posible conquistar son tantos como los frentes de lucha de los movimientos que participan en la nueva Babel: dignidad para personas y pueblos, equidad y justicia social, igualdad de género, protección del medio ambiente, diversidad sexual, multiculturalismo, biodiversidad. ¿Se habrá convertido el programa máximo en programa mínimo?

POR UNA ARTICULACIÓN NO TRAMPOSA DEL SUJETO SOCIAL-POPULAR EN AMÉRICA LATINA

Mucho se ha discutido acerca de las dificultades para construir un modelo de articulación que no esté preestablecido por una u otra fuerza política, o por las expectativas corporativistas o gremiales de uno u otro actor social. Este tipo de modelo “colonizador”, pretendiendo un universalismo poscapitalista, ha dado lugar, en ocasiones, a consensos “fáciles” o pseudoconsensos que ocultan las contradicciones, liquidan las visiones distintas y desplazan los puntos conflictivos entre los sujetos involucrados en la construcción de un proyecto compartido. Aquí aparece un problema central que resolver: ¿Cómo construir un nuevo modelo de articulación política en el movimiento popular que reconozca las demandas específicas (económicas, políticas y culturales) y la competencia simbólica y comunicativa de cada sujeto, y que dé cabida a la realización de acciones de rango horizontal entre todos los movimientos sociales, sobre la base de la confrontación teórica y práctica con las formas de dominio de clase, género, etnia y raza?

En este sentido, parece hoy más importante encontrar una matriz política, ética y simbólica, que permita integrar, sin exclusiones, todas las demandas emancipatorias, libertarias y de reconocimiento que dan sentido a las luchas de los actores sociales que están hoy frente a un sistema de dominación concreta, y que arrastran — como sucede particularmente con las mujeres—, ancestrales opresiones y discriminaciones de difícil y/o incómodo reconocimiento para los hombres —y para las mujeres instrumentalizadas por el patrón masculino dominante—, educados en el sofisma patriarcal. Para ello es clave reconocer estos cuatro nódulos de referencia: el género, la raza, la etnia y la clase. Estas cuatro categorías han padecido diversos usos reduccionistas.

Es tan perjudicial preterir el enfoque de género en aras de una visión estructural o económica de la sociedad, como asumir la lucha contra la cultura patriarcal haciendo abstracción de la denuncia y el enfrentamiento a los poderes económicos y políticos de clase, responsables de la explotación, la exclusión y la llamada feminización de la pobreza. Lo mismo puede suceder con la raza o la etnia, o con la clase. Los que vienen de una tradición marxista en América Latina conocen el itinerario del reduccionismo de clase a la hora de elaborar las tácticas, las estrategias, los modos de acumulación. Claro está que la crítica al reduccionismo de clase ha llevado también a una postura nihilista: desconocer la clase como categoría fundamental de análisis.

Lo anterior requiere, en consecuencia, la búsqueda de un eje articulador que pasa, inevitablemente, por la creación de un nuevo modelo de acumulación política. Esto presupone, al menos:

- El reconocimiento de la especificidad cultural y la competencia simbólica y comunicativa de cada sujeto o actor social, la realización de acciones comunicativas de rango horizontal, que permitan develar las demandas específicas, sin preterir las de otros sectores. Aquí es importante concebir no sólo las problemáticas fundamentales de los trabajadores formales y no formales (ocupados y no ocupados), de los excluidos del sistema, sino la aparición, o nuevos desarrollos, de problemáticas antes no consideradas por las fuerzas contestatarias: las de género, las étnicas, el cuestionamiento de la moral tradicional, la politización de ciertos movimientos juveniles, etc. Sigue vacante la construcción de una articulación política para todas esas líneas de iniciativas populares que se forman en torno a diferentes cuestiones particulares y evolucionan, en muchos casos, hacia un cuestionamiento global del sistema económico, social y cultural. Ese papel lo puede cumplir solamente una organización horizontalista, plural y democrática en su interior. Horizontalista en cuanto no acepte liderazgos permanentes e indiscutibles, y plural en cuanto a no convertirse en una organización centralizada, que aspire a la homogeneidad ideológica y tenga, además, capacidad de incorporar organizaciones preexistentes que no resignen su identidad propia.²⁰

20 Véase Daniel Campione, "Los problemas de la representación política y el movimiento social. Algunas reflexiones críticas", *Periferias*, a. 5, N° 8, Buenos Aires, segundo semestre de 2000.

- La aceptación de la pluralidad de maneras de acumular y confrontar, propias de cada tradición política dentro del movimiento popular.
- La necesidad de un modo horizontal de articulación de los movimientos sociales, de los partidos y otras fuerzas sociales y políticas de la sociedad civil. Lo cual no quiere decir renunciar a la organización, sino a la concepción elitista, verticalista de ella. De lo que se trata es de imaginar el movimiento político como una organización que debe asumir la doble tarea de promover el protagonismo popular y contribuir efectivamente a crear las condiciones para que sea posible, como una fuerza nueva capaz de integrar las más diversas tradiciones y las formas organizativas más variadas, y articular horizontalmente, no unificar verticalmente.²¹

La vinculación entre los actores políticos y sociales no puede ser casual ni coyuntural —afirma Alberto Pérez Lara—, sino que tiene que darse de manera necesaria y continuada sobre la base de un conjunto de principios: una relación de respeto mutuo a la identidad de ambos y a la autonomía, un impulso y respeto a la democracia; tolerancia y flexibilidad; fijar áreas de acción común que garanticen el paso de las reivindicaciones inmediatas a la toma de poder político; la construcción en común de un pensamiento crítico, impugnador del neocapitalismo. El paradigma de emancipación, en consecuencia, debe ser construido por todos con expresión del contenido plural y el protagonismo debe basarse en la participación efectiva y real y no en la pretendida superioridad de una organización respecto a la otra.²²

Mientras un componente del sujeto social y popular se erija en designador omnipotente del lugar del otro, habrá normatividad de roles, e identidades adscriptivas. Esta especie de desvergüenza epistemológica legitima el juego del “elogio y el vituperio” en el plano político. Si el actor que sufre tal designación trata de vivir como si pudiera hacer abstracción de las designaciones de que es objeto por el otro, y pretende autodefinirse desde su propia experiencia subalterna, no hace sino seleccionar de nuevo, por cuenta propia, los aspectos del mundo que ya han seleccionado para él, y resignificar el lenguaje mismo que lo destina a una forma de vida y de comportamiento que debe acatar, dentro de un espacio ausente de actividad crítico-reflexiva.

21 *Ibidem.*

22 Alberto Pérez Lara, *Nuevo sujeto histórico y emancipación social en América Latina*, Fondo del Instituto de Filosofía, La Habana, p. 14.

Una totalidad “tramposa”, en consecuencia, sería aquella que conciba al proyecto como sinónimo de rasero nivelador para un denominador común. Desde la perspectiva popular, es primordial que los sujetos demanden y constituyan al proyecto, y no a la inversa. Nadie pone en duda la necesidad de un proyecto y la viabilidad de este, que dé credibilidad a las masas populares, que supere, en sentido positivo, la crisis de valores existente. Pero no debe ser concebido como la idealización y la autoconciencia, en sí mismas. La experiencia política propia, labrada sobre las prácticas socioclasistas y de otros géneros, ha sido y es la que constituye al sujeto, y en ella este, a su vez, valida al proyecto. Cualquiera de estas dos partes que falte hace que el sujeto real se transforme en virtual, y que un proyecto virtual se presente como real y verdadero, propio para ese sujeto; pero nunca, por ese carácter, puede hacerlo completamente suyo.

La práctica más severa confirma que el carácter de un proceso solo está determinado por las contradicciones sociales que resuelve y no por un supuesto protagonista que puede ser virtual (como lo ha sido en la mayor parte de la historia), y que ha defendido un proyecto como suyo, pero que en realidad lo han convertido, por exclusión participativa, en algo que nada o muy poco tiene que ver con él, anteponiendo una utopía “alcanzable”, como velo de un proyecto del yo para el poder de otros.

Lamentablemente, muchas experiencias frentistas en Latinoamérica reprodujeron estos viejos esquemas, y al final llegaron al fracaso. Por eso se produjo una crítica al estrategismo, es decir, a la visión que tenían algunas fuerzas de izquierda de que una vez que se tomara el poder, se iban a resolver, de la noche a la mañana, el problema del medio ambiente, el de la mujer, el de las poblaciones indígenas, de los barrios, etc., y no incorporaron temas de estas demandas en la construcción de la propia lucha, desde el mismo comienzo del camino hacia una sociedad humanizada. La sociedad deseada, por supuesto, tiene mucho que ver con el camino que recorramos para llegar a ella, y de la capacidad para no desvincular fines y medios, para no reproducir viejas o generar nuevas formas de dominación.

El conocimiento mutuo, la superación de prejuicios, el desarrollo de la confianza mutua entre personas y entre organizaciones es clave en este proceso. Compartir el análisis que hacemos de la realidad, dentro de la diversidad. Fijar objetivos comunes, claros, concretos, posibles; que sea un espacio (con procedimientos claros) para la participación de las organizaciones y personas. Evitar desequilibrios (unos, siempre mucho; otros, siempre poco). Si hay desequilibrios, que sean razonados, “conscientes”, asumidos y solidarios. Así como

evaluar, revisar —conjuntamente, responsablemente— la acción común y el funcionamiento de la coordinación. Vamos a tener que apostar por el mestizaje —dice Fernando de la Riva—, por las mezclas que nacen desde la identidad de cada uno, pero se convierten en algo más cuando incorporan la fuerza y las capacidades de los otros.²³

Debemos estar preparados para una nueva estrategia liberadora, que implica ensanchar el continente y el contenido de lo político, percibir la política implícita en lo social, y no sólo en las estructuras concebidas habitualmente como tales, incorporar con ello más actores sociales que asuman posiciones contestatarias frente a las discriminaciones de todo tipo, tal vez dispersas y no sistemáticas; pero igualmente válidas. “El proceso de lucha es —escribe Isabel Rauber—, a la vez que construcción (reconstrucción), articulación y puente, un proceso educativo-formativo de construcción de sujetos, de conciencias, de contrahegemonías y de poder”.²⁴

La posibilidad de elaborar un nuevo proyecto que represente y sintetice las actuales aspiraciones y necesidades de los pueblos latinoamericanos y caribeños —apunta dicha autora— está directamente relacionada (y condicionada) por la capacidad de la teoría, del pensamiento de y para la transformación. Capacidad que presupone la actualización de la propia teoría, asunto que —en nuestro caso— pasa, en primer lugar, por asumir el mestizaje étnico y cultural de los pueblos y, por tanto, de la teoría de la transformación.

Desde el ángulo de esta convocatoria, esto supone “mestizar” el marxismo, asumir sus aportes junto a los de otras corrientes del pensamiento latinoamericano y nacional: con el pensamiento de los independentistas, con las propuestas de los pueblos originarios, con los aportes de la educación popular y de la Teología de la Liberación, con las reflexiones de las experiencias de resistencia y construcción de los movimientos urbanos y rurales desarrollados en las últimas décadas, etcétera.²⁵

La idea de la articulación tendrá que salir de las propias prácticas y necesidades de la dispersión actual del movimiento social y popular, y no de una figura autotitulada “tejedor” de todos los hilos dispersos. No se trata de negar *a priori* la mediación y la representatividad, ni mucho menos menospreciar la importancia, en el ámbito latinoamericano y caribeño, de la aparición de liderazgos legitimados ética, social y políticamente por los sujetos del cambio, cuya im-

23 Véase Fernando de la Riva, *op. cit.*

24 Isabel Rauber, *Construcción de poder desde abajo. Claves para una nueva estrategia*, Pasado y Presente XXI, Santo Domingo, p. 123.

25 *Ibidem.*

pronta educadora y movilizadora puede ser decisiva a la hora de los enfrentamientos nacionales e internacionales contra las oligarquías locales y el imperialismo norteamericano.

La génesis de esos nuevos liderazgos y sus desarrollos son, por lo general, fruto de las nuevas estrategias del movimiento popular, y de la superación en su seno del apoliticismo —la *criminalización* de toda política— construido desde el poder en décadas pasadas para buscar el consenso de las víctimas con los victimarios en torno a la inevitabilidad del orden neoliberal.

Por otra parte, si nos apresuramos al clausurar el proceso continuo de articulación, o lo asumimos demagógicamente, corremos el peligro de “beber vino viejo en odres nuevos”, esto es, reeditar la fórmula elitista y verticalista de la organización política y de la unidad como nivelación de lo heterogéneo, lo cual excluye la autonomía de las organizaciones sociales. Tenemos que estar listos para dar cabida a las prácticas, los discursos y las actitudes antimodelo neoliberal y antisistema; pero también a las voces que enfrentan, desde demandas específicas, a la actual civilización patriarcal, depredadora y consumista desde otras visiones paradigmáticas.

En otras palabras, abrir el debate sobre la emancipación en clave más compleja, como proceso político-cultural contrahegemónico, distinto del reduccionismo estrategista o “vanguardista”.

Una articulación “no tramposa”, tal y como hemos examinado anteriormente, entraña alternativas acompañadas de visiones diferentes sobre la significación de la vida humana a aquellas que prevalecen en la modernidad capitalista. Se trata de ir más allá, de trascender la lógica antihumanista de la mercantilización de la vida, del trabajo, de la naturaleza, del amor, del arte, del compañerismo, del sexo, que impulsa la transnacionalización irrefrenable del capital. Descartemos la ilusión de poder promulgar un salto ahistórico hacia una nueva civilización, puesto que existen alternativas viables que están encapsuladas por las formas y los poderes económicos e institucionales hegemónicos. La creación y generalización de nuevos patrones de interacción social, desde la vida cotidiana, el despliegue de las nuevas estructuras y subjetividades y sus praxis contrahegemónicas, harán variar la relativa poca capacidad de interpelación o interlocución de dichas alternativas con la situación social general.

Ello obliga a todos y todas a construir un enfoque ético-político que reconozca la multiplicidad y diversidad del sujeto social alternativo (y la legitimidad de sus respectivos epistemes), que dé lugar a un nuevo modelo de articulación política en el movimiento popular, en el que esté representado el conjunto de demandas emancipatorias y

libertarias, independientemente de las tendencias cosmovisivas confrontadas, para llegar a un consenso que admita puntos de conflictos. No se trata de negar los desencuentros, incomprensiones y visiones diferentes sobre diversos asuntos, entre las distintas vertientes del sujeto social-popular, entre las tradiciones marxistas, socialistas, comunistas, religiosas, indígenas, feministas, sindicales, ambientalistas, comunitaristas, etc., y sus modos actuales de afrontar los poderes hegemónicos desde el movimiento popular.

Lo importante es no encapsularnos en corazas corporativas, y pensar qué nos une, qué podemos aprender de unos u otros movimientos y perspectivas liberadoras, qué retos comunes enfrentamos y qué compromisos históricos claman por nuestro accionar.

HACIA EL POSNEOLIBERALISMO

La producción teórica de nuestros días sobre la democracia muestra un amplio consenso antineoliberal. Mas la radicalidad explicativa del modelo hegemónico varía de una a otra posición o contexto dentro de ese consenso. Emir Sader lo ha expresado claramente.²⁶ El agotamiento —teórico y práctico— del neoliberalismo no representa su muerte. Los mecanismos de mercado que ese modelo multiplicó siguen siendo tan o más fuertes que antes, condicionando y cooptando gobiernos y partidos, fuerzas sociales e intelectuales.²⁷ La lucha contra la mercantilización del mundo es la verdadera lucha contra el neoliberalismo, mediante la construcción de una sociedad democrática en todas sus dimensiones, lo que necesariamente significa una sociedad gobernada conscientemente por los hombres y las mujeres y no por el mercado.

El tipo de sociedad que suceda al neoliberalismo es el gran tema —apunta el sociólogo brasileño—, puesto que dicha sustitución puede darse por la superación del neoliberalismo en favor de *formas de regulación de la libre circulación del capital, ya en la lógica del gran capital, ya en sentido contrario*. Esto dependerá de las con-

26 Emir Sader, “¿Erase una vez el neoliberalismo?”, en <www.rebellion.org> acceso 30 de junio de 2003.

27 “Cuidado: usted puede estar contaminado por el virus social-demócrata, cuyos principales síntomas son usar métodos de derecha para obtener conquistas de izquierda y, en caso de conflicto, desagradar a los pequeños para no quedar mal con los grandes. Hablamos como militantes y vivimos como burgueses, acomodados en una cómoda posición de jueces de quien lucha. Hay arribistas disfrazados de militantes de izquierda. Es el sujeto que se engancha apuntando, en primer lugar, a su ascenso al poder. En nombre de una causa colectiva, busca primero sus intereses personales”. Frei Beto, “Diez consejos para los militantes de izquierda”, en <www.rebellion.org> acceso 8 de diciembre de 2003.

diciones en que se dé esa superación, de la correlación de fuerzas y de la coalición social y política que la lleve a cabo. Para Sader, el gran capital puede retomar formas de regulación, de protección, de participación estatal en la economía,²⁸ bien sea alegando necesidades de hecho, bien retomando concepciones más intervencionistas del Estado, con críticas a las limitaciones del mercado.

Pero, si nos ubicamos en los procesos recientes en América Latina a partir de la experiencia de la Revolución Bolivariana, en Venezuela, “el posneoliberalismo puede ser conquistado a contramano de la dinámica del gran capital, imponiendo políticas de desmercantilización fundadas en las necesidades de la población. En este caso, aun sin romper todavía con los límites del capitalismo, *se trata de introducir medidas contradictorias con la lógica del gran capital*,²⁹ que más temprano o más tarde llevarán a esa ruptura o a un retroceso, por la incompatibilidad de convivencia de dos lógicas contradictorias”.³⁰

Fernando Martínez Heredia, por su parte, llama la atención sobre la inconveniencia de limitar el análisis alternativo al ámbito de las políticas económicas neoliberales:

La crítica de la ideología económica del sistema, y de su estrategia y políticas económicas, es muy procedente y necesaria. Sería erróneo, sin embargo, convertirlas en el centro de nuestra crítica, por ser aquellas instrumentos del sistema, y no el sistema. Solo una concepción que ayude a conocer el sistema como totalidad es capaz de producir una crítica fundada y utilizable de sus realidades económi-

28 Esta última visión está representada por el megaespeculador George Soros, quien afirma que el mercado es bueno para producir cierto tipo de bienes, pero no los bienes que llama públicos o sociales, los cuales deberían ser responsabilidad de políticas estatales. Se trata de un reconocimiento de que el mercado induce a la acumulación privada y no a la atención de las necesidades de la gran mayoría de la población. O el gran capital puede, simplemente, por vía de los hechos, violar sus propias afirmaciones y desarrollar políticas proteccionistas —como las del gobierno de Bush—, alegando necesidades de seguridad, de defensa de sectores de la economía, e incluso del nivel de empleo. Véase Emir Sader, *op. cit.*

29 La presentación dicotómica de las categorías “capitalismo” y “socialismo”, “socialismo” y “mercado”, “plan” y “mercado”, empobrecería el espectro teórico y práctico de alternativas intermedias, formas transicionales ajustadas a una u otra época o coyuntura, cuya riqueza es del todo imposible de fijar de antemano. Poder político de las mayorías; ampliación, consolidación y autoafirmación de la sociedad civil popular; movimiento procesual hacia el no Estado; tránsito de la representación a la participación directa en todos los ámbitos políticos y sociales, expresado en una democracia verdaderamente participativa y cooperativismo económico avanzado que legitime la propiedad sobre los medios de producción por parte del productor asociado: he ahí los puntos esenciales para una agenda histórica básica de progresiva autogestión transicional hacia el socialismo.

30 Emir Sader, *op. cit.*

cas materiales e ideológicas. El neoliberalismo fetichizado puede ser el contrincante de una lucha estéril para sus oponentes. El proyecto alternativo eficaz no será el que tenga su centro y su punto de partida en la economía, aunque su objetivo fundamental es cambiar la vida de los desposeídos y una medida principal de su eficiencia será su capacidad de atraerlos a la acción.³¹

A nuestro juicio, el análisis precedente no implica bajar el perfil de la crítica al neoliberalismo, ni subvalorar las propuestas de modelos económicos alternativos al hoy hegemónico, sino colocar la crítica revolucionaria en el plano de la totalidad del sistema, sin negar la necesidad de enfrentar las modalidades coyunturales que describe la acumulación capitalista en cada etapa. En esta dirección, indudablemente, el tema de la conquista de la hegemonía cultural por los pueblos es clave para enfrentar los fetiches ideológicos del neoliberalismo y del “libre mercado”, orientados hacia la exacerbación del individualismo, el consumismo impositivo y la despolitización y apatía social.

Estas luchas nacionales presuponen insertarse en lo que Daniel Campione define como:

una perspectiva que, más que internacionalista, podría llamarse “mundialista”, de articulación de los explotados, alienados y asqueados de todo el planeta y de todos los sectores, contra el poder del gran capital. En la nueva era, las contradicciones antagónicas, la lucha de clases, siguen existiendo, y su sentido último se despliega sobre el plano mundial. Hay que partir de esa base para tener posibilidades de triunfo. Las ilusiones de desenvolverse en el plano “micro”, administrando contradicciones conciliables o negociables, no llevan más que a callejones sin salida.³²

Tales banderas, si no se inscriben en una perspectiva de enfrentamiento a las políticas clasistas del capital, terminan por convertirse en una nueva retórica carente de significación social positiva. Lo mismo sucede con los proyectos alternativos que reformulan el modelo productivista-consumista-disipatorio, con la ilusión del añadido “externo” de la equidad y el imperativo ecológico. No se trata tampoco de sustituir ambas desviaciones con radicalismos verbales. La nueva socialidad superadora del capitalismo es cada vez más necesaria y deseable, pero no es un resultado de una “implantación”, sino un proceso que avanza desde múltiples planos, pese a las falacias apologéticas del sistema.

31 Fernando Martínez Heredia, “Dominación capitalista y proyectos populares en América Latina”, *América Libre*, N° 1, Buenos Aires, diciembre de 1992, p. 27.

32 Daniel Campione, “Rebelión y comunicación”, 10 de diciembre de 2003, en <www.rebellion.org>.

Por otra parte, intentar un proyecto completamente nuevo, desvinculado de su lógica conexión con los antes realizados o por realizar, o los que quedaron históricamente trancos, sería también falsear la atención a los dictados de la realidad y construir una nueva teleología. La cualidad del proyecto no solo depende, por otra parte, de la cualidad de la teoría general. La calidad intrínseca del proyecto está dada por la justeza y efectividad de las prácticas emancipatorias en que se basa la propia teoría general. Ahí radica el papel del “proyectista” mediador (el sujeto concreto), que no termina la obra, pues en su fase de aplicación y materialización va haciendo las modificaciones *a pie de obra*, dándoles el colorido y la riqueza imposibles de que los posea la teoría monocromática; esto es, un auténtico proyecto político emancipador no puede desvincularse de su metodología de conducción y construcción, ni de sus herramientas organizativas. Sin esa labor, difícilmente se rebasaría el marco teleológico, ni saldremos de la crisis de creatividad que invadió desde décadas pasadas este pensamiento.

Queda en pie encontrar las verdaderas alternativas que entronquen con el centro de gravedad político configurado hoy por la globalización transnacional y la hegemonía del imperialismo de los Estados Unidos. Frente a esto se perfila, en la perspectiva histórica inmediata, la necesidad de una transformación radical, cuya propensión estratégica coincide (pese a los usos viciados del concepto) con la idea de la revolución democrática completa,³³ que restituya y afiance la independencia nacional mediante proyectos populares (demonizados como populistas por los voceros de la “democracia” neoliberal) y la conservación de las identidades. Transformaciones transicionales democráticas incompletas, como las que caracterizaron a nuestra región, por el desarrollo medio del capitalismo alcanzado en nuestros días, o son imposibles o paliativos ante la dominación imperial transnacionalizada.

La crítica y la superación de los componentes del capitalismo neoliberal deben medirse a la luz de las posibilidades que brindan

33 El término “revolución democrática completa” era empleado por Lenin para distinguir las transformaciones democráticas prosocialistas del contenido de la revolución democrática burguesa. En la literatura soviética oficial posterior, este concepto es preterido en aras de la apología de un socialismo que perdió su sentido, precisamente, como revolución democrática completa. Contenido democrático y revolución socialista no son dos continentes que requieran puentes comunicantes. Un socialismo sin ese contenido, no podrá calificar como tal. Ambos conceptos están integrados en una misma alternativa. Hallarle solución a las contradicciones que genera esta alternativa era, es y será por algún tiempo el contenido fundamental de esta fase interformacional, a pesar de los cambios de épocas y marcos históricos que harán variar las singularidades, pero no su contenido esencial.

las *alternativas sistémicas e intrasistémicas*.³⁴ Por ejemplo, la categoría de exclusión social (asociada al neoliberalismo y no a modelos precedentes de capitalismo “incluyente” de matriz keynesiana), deja en ocasiones en la opacidad, fuera de la crítica radical, a la categoría central de explotación, independientemente de la necesidad de develar las prácticas presentes de explotación en el capitalismo transnacional y las nuevas fuentes y maneras de obtención de la plusvalía.

Pero si miramos el tema desde el ángulo de las posibles alternativas intrasistémicas, la crítica a la exclusión asume competencia beligerante en el enfrentamiento a la forma prevaleciente de capitalismo salvaje.³⁵ Lo mismo ocurre con la opresión política.

34 Carlos Vilas distingue dos tipos de alternativas al neoliberalismo: sistémicas e intrasistémicas. “Si se considera que el neoliberalismo es la forma presente de existir del capitalismo, la formulación de alternativas debe plantearse como una cuestión sistémica, estrechamente asociada al debate respecto de si existen o no alternativas al capitalismo [...] Si en cambio la cuestión se plantea en términos intrasistémicos, la alternativa se refiere al diseño de una estrategia o estilo de desarrollo que, conservando alguna de las dimensiones básicas del capitalismo — por ejemplo, propiedad privada de medios de producción, estímulo a la iniciativa privada, apropiación privada de los frutos del desarrollo— las articule a enfoques y diseños que prioricen el beneficio colectivo, la creatividad social y el bienestar general como algo que no deriva automáticamente de la dinámica del mercado y la competencia interindividual; la armonización de la iniciativa privada con la regulación pública; el equilibrio entre la libertad y la responsabilidad”. Carlos M. Vilas, “Democracia y alternativas al neoliberalismo”, en Raquel Sosa Elizaga (coord.), *América Latina y el Caribe: perspectivas de su reconstrucción*, Asociación Latinoamericana de Sociología, UNAM, México DF, 1996, p. 170.

35 Frei Betto aboga por no minimizar las diferencias de modelo. Si pretendemos pulsar los intereses inmediatos de los sectores populares (y su representación en la conciencia cotidiana de las masas), que el capitalismo salvaje deja de satisfacer; es preciso distinguir, sin ninguna idealización, las diferencias entre las vías “incluyente” y “excluyente” adoptadas por el sistema de acuerdo con sus cálculos de beneficio: “Todos sabemos que el neoliberalismo es una nueva fase del capitalismo. Nosotros sentimos en nuestras vidas, en la piel, en el bolsillo, cuál es la diferencia entre el capitalismo liberal y el capitalismo neoliberal: pequeñas, pero significativas diferencias. Porque antes el capitalismo hablaba de desarrollo. Y había una esperanza de que mucha gente iba a ser beneficiada por ese desarrollo. Por ejemplo, en los años sesenta la Alianza para el Progreso era un esfuerzo de preocupación por el bienestar de toda la población de América Latina. Hoy el neoliberalismo no habla de desarrollo. Habla de modernización. Y modernización no incluye a la mayoría de la gente. Modernización es este proceso creciente en que las inversiones no se hacen teniendo en vista las necesidades del pueblo, sino teniendo en vista la tecnología de punta [...] En el liberalismo se hablaba de marginalización. Una persona que está marginalizada en una iglesia, en una escuela, tiene la esperanza de volver al centro. Ahora no, ahora se habla de exclusión. Y uno que está excluido no tiene más cómo volver al centro. El neoliberalismo es la canonización de la exclusión”. Frei Betto, “Luchadores de un mundo nuevo”, *América Libre*, N° 10, Buenos Aires, enero de 1997, pp. 7-8.

El Estado neoliberal devino un mercado de intereses particulares, al desaparecer las conquistas democráticas que hicieron de la cosa pública un espacio en disputa entre las clases. Por ello, la batalla por la ciudadanización tiene un contenido político alternativo, en la medida en que se enfrenta a la desarticulación o “secuestro” de la cosa pública por las élites de poder. En el ámbito global, la existencia de un gobierno mundial de facto, no regulado por la sociedad civil internacional, de tendencias neofascistas, es también otro argumento en favor de este tipo de ciudadanización activa.

A ese Estado que actuó como mercado político de intereses particulares, le fue vital, como parte del diseño del “nuevo orden”, la desarticulación de la sociedad civil popular y la represión de toda forma de protesta colectiva. Mientras los nuevos proyectos políticos no logren colocarse en una oposición real no sólo al modelo, sino al sistema en su totalidad, quedarán atrapados en un círculo vicioso. Ello no implica que tengan que ser metas simultáneas, aunque se condicionan en la perspectiva teórica e histórica.

La conquista de la hegemonía social es consustancial a la creación colectiva de un proyecto global, y al desarrollo de una ideología comprometida con la transformación del Estado y la sociedad en su conjunto. El radicalismo teórico, así entendido, nunca ha supuesto la renuncia a la negociación política, en aras de transformaciones intrasistema que comporten cambios concretos en una perspectiva realmente democrática y popular. Las batallas actuales contra la recolonización del imperialismo norteamericano en nuestra región (ALCA, Plan Puebla-Panamá y los tratados comerciales impuestos en detrimento de la soberanía de los países) no apuntan, necesariamente, a la lucha por el socialismo como objetivo inmediato. Al menos como lo hemos entendido durante su etapa histórica a lo largo del pasado siglo. Esta perspectiva no debe ser confundida con el “posibilismo”.

La lucha por reformas radicales del *statu quo* no es lo mismo que el oportunismo. En teoría, no resulta muy difícil marcar la línea divisoria entre ambas posiciones. Sin embargo, no puede desconocerse un dato confirmado por la experiencia histórica de los enfrentamientos de clases: el sistema legitima solo una “izquierda” que no vaya más allá de la alternancia en la gestión política del capitalismo. Y éste, como se sabe, no ofrece para nuestros países más que dependencia, empobrecimiento (material y espiritual) de las grandes masas, desempleo y precarización del trabajo, genocidio humano y ambiental, destrucción de las identidades ante la avalancha incontenible de los productos masmediáticos pseudoculturales globalizados. De ello se desprende la necesidad de reinventar los modos del

socialismo latinoamericano, única alternativa realmente capaz de enfrentar la barbarie imperialista transnacional.

El ciudadano emerge, en este contexto, como un actor social enfrentado a la despolitización de la vida pública. Las formas activas de ciudadanía popular que vienen ensayándose no son, por tanto, juegos retóricos formales. Desestimarlas por el hecho cierto de que se mantienen dentro de la alienación política de la democracia formal, sería renunciar a la democracia como valor, convertirla en “medio” de un “fin” que no la incluye.

El sujeto de la democracia es el ciudadano —aduce Carlos Vilas—, pero la práctica efectiva de la ciudadanía obedece a un conjunto de determinaciones específicas, a partir de situaciones de género, clase, etnicidad, regionalismos y localismos, que se entrecruzan, condicionan recíprocamente y dan expresión precisa a las modalidades, alcances y eficacia de la participación “ciudadana” en escenarios institucionales determinados. La confrontación, para ser eficaz, debe partir, por lo tanto, de la multiplicidad de situaciones y relaciones de opresión y explotación engendradas por el orden presente neoliberal.³⁶

La idea-límite de la ciudadanización, visible incluso en sus tendencias más radicales, está en la creencia de que ella constituye el contenido real del Estado ético. Su realización, por tanto, acentuaría la congruencia, hoy afectada, entre Estado político y sociedad civil. “Ese Estado —afirmaba Gramsci— es una aspiración política más que una realidad política; solo existe como modelo utópico, pero precisamente esa, su naturaleza de espejismo, es lo que le da vigor y hace de él una fuerza conservadora. La esperanza de que acabe por realizarse en su cumplida perfección es lo que da a muchos la fuerza necesaria para no renegar de él y no intentar, por tanto, sustituirlo”.³⁷

Mientras que los distintos actores populares que actúan debajo de la categoría política de ciudadano no logren articular sus intereses y aspiraciones de cambio en el terreno social y político, y lleguen a expresar su voluntad en términos de estatalidad alternativa, la “rebelión” de la sociedad civil podrá ser siempre cooptada por el sistema. Así sucedió con muchos movimientos sociales en la década del ochenta. Las demandas contestatarias que carecen de vocación contrahegemónica pueden, sí, ampliar el contenido ético del Estado en un nuevo ciclo de democratización, pero ello solo aportará elementos para una nueva forma de legitimación del mis-

36 Carlos M. Vilas, *op. cit.*, p. 171.

37 Antonio Gramsci, “Tres principios, tres órdenes”, *Antonio Gramsci. Antología*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 19.

mo Estado que, en un momento determinado de la acumulación del capital, las desconoce o reprime.

Las luchas venideras no serán por simple extensión de la ciudadanía, aunque la comprenda como momento democrático no satisfecho y necesario. Tampoco por la restitución del Estado-nación que excluyó y discriminó en nuestra modernidad a los pueblos originarios y a las mujeres, preso de la mimesis desarrollista. Serán, sí, por otra noción social de país y de región, de integración de naciones y pueblos y desarrollo sostenible e independiente no totalmente alcanzado, y hoy en vías de extinción. Claro está que esas luchas no podrán posponer la crítica a las distintas prácticas de discriminación y dominio para una presunta “etapa” posterior, con lo cual quedarían hipotecadas las bases de la nueva hegemonía popular por construir. Sólo sobre esas premisas, la emergencia de la diversidad humana no se enclaustrará en un círculo vicioso y no borraremos de nuestra “agenda” histórica el sueño de una sociedad emancipada, justa, autogestionaria, solidaria y equitativa.

A PROPÓSITO DEL FORO SOCIAL MUNDIAL

Octavio Rodríguez Araújo apuntaba, hace unos años, en un artículo sobre las nuevas izquierdas sociales, que categorías tales como *sociedad civil*, *pluralidad*, *identidades sociales no clasistas* y *ciudadanos*, reiteradas en ciertos discursos en los foros sociales europeos, coadyuvaban a escamotear “la lógica totalizante del capitalismo”. En consecuencia, una pregunta que estuvo en el ambiente del Foro [en Porto Alegre] fue cómo definir con rigor un programa de lucha con una composición social y política heterogénea formada por campesinos, indígenas, obreros, jóvenes urbanos, feministas militantes, homosexuales y lesbianas, marxistas ortodoxos de diversos tonos, guerrilleros y ex guerrilleros, anarquistas del todo o nada y anti-intelectuales (obviamente), gradualistas de diversas ideologías, nacionalistas e internacionalistas, políticos en el poder, empresarios de ideas sociales, cristianos progresistas, revolucionarios y, por supuesto (porque también está de moda), los anti-partido junto con representantes de partidos políticos de varios países y, desde luego, del Partido de los Trabajadores de Brasil (que gobiernan el Estado y el municipio en donde se llevó a cabo el Foro). No hubo respuesta, porque la definición de un riguroso programa de lucha alternativo excluiría a amplios sectores que han estado y están actuando en contra de la globalización económica y del neoliberalismo.³⁸

38 Octavio Rodríguez Araujo, “Las nuevas izquierdas (sociales)”, en <www.rebelion.org> acceso 3 de mayo de 2001.

La pregunta ha seguido estando presente en el seno del movimiento antiglobalización y en los sucesivos Foros Sociales Mundiales. Y viene polarizando las reacciones entre sus protagonistas y sus “representantes” reales y autoproclamados. Puede también ser formulada de otra manera: ¿En qué medida la nueva unidad sociopolítica devendrá garantía para asumir, respetar y desplegar la emergencia de la diversidad —sociocultural, étnico-racial, de género, etaria, de opciones sexuales, diferencias regionales, entre otras que son objeto de manipulación y diversas formas discriminatorias por el actual orden enajenante del imperialismo global—, no como signo de dispersión y atomización, sino de fortaleza y como la propia expresión de la complejidad del sujeto social-popular en las dimensiones micro y macrosocial?

Como hemos apuntado antes, la explosión del tema de la diversidad no obedece a una moda, por más que tampoco escapa a ciertos intentos de *carnevalización* en alguna que otra *pasarela* del movimiento de los movimientos. “Construir la convergencia del conjunto de movimientos y fuerzas sociales a través de las cuales se expresan las víctimas del capitalismo neoliberal globalizado —afirma Samir Amin— exige, sin duda alguna, el respeto a su diversidad”.³⁹

La predisposición de muchos movimientos sociales hacia la imprevista de las formalizaciones políticas (el temor al verticalismo y a la nivelación de lo heterogéneo, a la visión tradicional de cierta izquierda, que concibe la diversidad como un lastre que superar y no como riqueza y potencialidad que articular sobre la base del respeto a la autonomía de los distintos movimientos) y la advertencia de los partidos de izquierda sobre la posibilidad de agotamiento (o cooptación) del movimiento social que no avance hacia la construcción colectiva de alternativas sociopolíticas de verdadera direccionalidad antineoliberal y anticapitalista poseen, a su turno, razones atendibles, base de los debates necesarios en la actualidad.

Volviendo a los foros sociales mundiales, cabe destacar, como rasgo determinante, la pluralidad de expresiones socioculturales, propuestas políticas y visiones filosóficas, religiosas y cosmológicas que, por lo general, convergen en la actitud crítica, beligerante y propositiva frente a la civilización excluyente, depredadora y patriarcal rectoreada por el capital. “El capital —apunta con razón István Mészáros— no es simplemente un conjunto de mecanismos económicos, como a menudo se lo conceptualiza, sino un modo multifacético de reproducción metabólica social, que lo abarca todo y que afecta profundamente cada aspecto de la vida, desde lo direc-

39 Samir Amín, “Convergencia en la diversidad”, en <www.rebellion.org> acceso 9 de febrero de 2002.

tamente material y económico hasta las relaciones culturales más mediadas”.⁴⁰ La diversidad articulada puede concebirse, en este sentido, potencialmente, como posibilidad de la multiplicación de los sepultureros de esa reproducción metabólica social.

Existen, al menos, tres actitudes que cuestionan o intentan “conducir” el derrotero de esa diversidad como valor positivo. La primera, y tal vez más identificada, es la que centra y limita, política y teóricamente, el alcance de las luchas democráticas a la noción de ciudadanía, como vía para denunciar los poderes globalizadores no legitimados y sus facilitadores nacionales y activar así a la sociedad civil para nuevos consensos en torno a un orden político alternativo que reformule el ideal socialdemócrata en las nuevas condiciones del imperio. Dentro de esta actitud, habría que no incluir a quienes favorecen la radicalización de las nuevas formas de actividad ciudadana, desplegadas a nivel local, municipal, nacional, continental y mundial, en pos de un cambio profundo de las instituciones y las políticas económicas y sociales, en lo global y nacional. Esta postura se deslinda de quienes pretenden levantar la figura del ciudadano/a con las miras puestas en la “democratización” y “humanización” del orden capitalista, mediante la construcción de nuevos contratos sociales internacionales, para dar contenido ético a la futura gobernación mundial, una vez que finalice la actual fase “economicista” de la globalización.

La segunda actitud viene de quienes no han superado la “lectura liberal de la diversidad”, que alaba la heterogeneidad de actores sociales presentes en estos encuentros mundiales, siempre que la atomización, aunque no se asuma como tal, sea presentada como presunto signo de fortaleza. Hay una gama de visiones afines a esta perspectiva liberal-democrática. Están los que se parapetan en las demandas específicas, y su fundamentación histórica, ideológica, teórica o cultural, de uno u otro actor; de uno u otro movimiento o sector social y no ven posibilidades de articulación con otros cuya relación ha sido en el pasado —o puede llegar a ser— conflictiva en algunos de los referentes apuntados. Más negativo es pensar, desde la diferencia legítima o inculcada por prejuicios comunes de ambos hipotéticos actores, en la imposibilidad de hallar vías y modos de articulación de demandas y perspectivas libertarias que se consideran irreductibles e imposibles de converger en propuestas y acciones comunes, aun manteniendo discrepancias y visiones propias sobre puntos específicos. Cuando estas actitudes se fundamentan en una visión *light*, despolitizada de los movimientos sociales, se hace más fácil la manipulación y el control de los poderes hegemónicos sobre los presuntos actores contestatarios.

40 István Mészáros, “La teoría económica y la política: más allá del capital”, en <www.rebelión.org> acceso 26 de diciembre de 2002.

Una tercera postura salta cuando, desde las diferentes expresiones de la izquierda orgánica, se menosprecia la capacidad de construcción y propuesta política de los movimientos sociales y populares, de sus líderes naturales y activistas. Ni el clásico “entrismo”, ni la sacralización de la “organización” elitista y verticalista pueden dar cuenta efectiva del movimiento social-popular generado globalmente por el nuevo imperialismo y el orden genocida —humano, social y natural— de la globalización. Por otra parte, apostar por el movimiento social en sí mismo, como demiurgo de la nueva civilización, nos conduce a los peligros antes señalados. No hay fórmulas *a priori* para evitar estos males. Hoy, como nunca antes, la izquierda requiere elaborar un “nuevo mapa cognitivo”, puesto que “es necesario pensar en una empresa muchísimo más difícil: la labor histórica de superar la lógica objetiva del *capital en sí*, mediante un intento sostenido de ir *más allá del capital mismo*”.⁴¹

Pero esas alternativas sociopolíticas no serán obra de gabinetes, ni fruto de ninguna arrogancia teórica o política. Serán construidas como proyectos colectivos y compartidos, desde y para el movimiento social-popular.

La desesperación ante la falta de reales, efectivas, viables y radicales propuestas y acciones políticas alternativas que engloben a todos los actores sociales comprometidos en construir ese otro mundo posible, mientras los dueños del mundo que se quiere cambiar siguen actuando impunemente contra los pueblos y las personas, destruyendo su entorno identitario y natural, es y será legítima, siempre que, desde esa insatisfacción, se avance creativa y audazmente en la búsqueda del verdadero centro de gravedad político en cada país, región y a escala planetaria. Ese centro no se diseña “desde arriba” ni se declara a partir de una sola de las fuerzas beligerantes, por muy buenas intenciones y capacidad “representativa” que tenga. No se puede prever en sus detalles, pero sí captar a tiempo su posibilidad y apostar por ella sin temor a dejar en el camino cualquier signo o seña particular que nos haya acompañado en la lucha, por muy amada que sea, en aras de la emancipación y la dignificación social que nos involucra a todos y todas.

Puede que no exista *una* alternativa que nos legue el mundo deseado y necesario. Pero sí hay alternativas que confluyen y se articulan, que se complementan y enriquecen, que languidecen, a veces, para dar lugar a otras que las contienen desde una perspectiva más integradora. Todas ellas se afianzarán o no, dependiendo de múltiples factores. Pero ayuda, al menos, una certeza: “el poder del poder no

41 *Ibidem.*

radica (solo) en su poder, sino en nuestra falta de potencia, de rigor, de pensamiento, de trabajo, de paciencia y de decisión”.

Vivimos una ola de contestación política de alcance mundial, que ha terminado por revertir el clima de predominio indisputado de la derecha creado a principios de los años noventa: la renovada reflexión crítica impulsada en la tradición socialista, y la movilización de amplios sectores contra los crecientes niveles de desigualdad, la concentración de la riqueza y el poder, la destrucción ambiental.

A partir de Seattle (con el antecedente localizado pero fundamental de los zapatistas), han aparecido luchas que se mundializan instantáneamente, que no enfrentan al gobierno de un determinado Estado, ni a un núcleo localizado de empresas, sino al poder capitalista mundial.⁴²

¿Tendrán éxito estas fuerzas? Tal vez sí. Tal vez no. Fidel Castro ha reflexionado ampliamente sobre estas nuevas prácticas:

Surgen movimientos de masas que se están formando con tremenda fuerza y yo creo que esos movimientos desempeñarán un papel fundamental en las luchas futuras. Serán otras tácticas, ya no será la táctica al estilo bolchevique, ni siquiera al estilo nuestro, porque pertenecieron a un mundo diferente. En este de ahora [...] tienen que surgir nuevas tácticas, sin que ello signifique desanimar a nadie, en ninguna parte, y hacerlo de la forma que estime conveniente. Pero tratamos de ver y analizar con la mayor objetividad posible el cuadro actual y el desarrollo de la lucha, bajo el dominio unipolar de una superpotencia: Estados Unidos. Serán otros caminos y otras vías por los cuales se irán creando las condiciones para que ese mundo global se transforme en otro mundo.⁴³

No hay por qué presuponer una desvinculación total entre las prácticas tradicionales y los gérmenes de lo nuevo. Los múltiples intercambios de que se nutre el tejido social son mucho más ricos que los esquematismos que estrechan horizontes. Pero hay también fuerzas identificables —dentro de nuestro propio espíritu, por no hablar de las fuerzas de la riqueza y de los privilegios— que se resisten. Ello es resultado, en buena medida, de los instrumentos categoriales con que analizamos la situación actual y formulamos alternativas, los cuales se encuentran dentro de los marcos de una estructura cultural que a veces nos lleva a ciertas aporías y a ciertos límites en el análisis mismo.

42 Daniel Campione, “Rebelión y comunicación”, *op. cit.*

43 Fidel Castro Ruz, “El mundo caótico al que conduce la globalización neoliberal no puede sobrevivir, no puede subsistir, trae la crisis inevitablemente”, *Granma*, La Habana, 25 de junio de 1998, p. 6.

Tiene razón Jorge Luis Cerletti cuando afirma:

Nos parece tan importante asumir la diversidad de las situaciones como plantearse la lucha por una cultura emancipadora que comience a desarrollarse dentro de la misma interioridad de los conflictos. Que genere otra forma de relacionarse y que combata las supremacías larvadas hallando nuevas fórmulas de efectividad al accionar colectivo. Estos dos planos requieren combinar tiempos distintos: la inmediatez que demanda resolver los problemas concretos de las diversas situaciones y la perseverancia en procura de nuevas formas culturales y organizativas que se vayan desarrollando en el seno de los conflictos y entre sus protagonistas. Aquellas formas deberán ir germinando en la vida cotidiana de las masas a través de sus propias experiencias.⁴⁴

Una pluralidad de sujetos *situados* intenta, a partir del entrelazamiento de sus prácticas y sus rutas específicas entrelazadas, de sus deseos y subjetividades múltiples, conformar colectivamente un “nuevo mapa cognitivo, valorativo y práctico”, para acceder al puerto donde los hombres y las mujeres comenzarán a fabricar su verdadera historia. El resultado será co-construido, sin divorcio entre medios y fines, pero sólo en correspondencia con aquellas posibilidades efectivas y tendencias inmanentes de las sociedades en curso. Sin embargo, lo que hagamos en la travesía no será indiferente al fin-comienzo anhelado: el puerto es, en mucho, la travesía. De ella depende que lleguemos y que no tengamos que volver otra vez a preguntarnos extrañados: ¿qué nos pasó?

44 Jorge Luis Cerletti, *op. cit.*, pp. 81-82.

SOBRE LOS AUTORES

Aurelio Alonso Tejada (1939). Sociólogo, filósofo y ensayista. Fue Director de la Biblioteca Nacional y profesor en la Universidad de La Habana, donde integró el grupo fundador del Departamento de Filosofía y el Consejo de Dirección de la revista *Pensamiento Crítico*. También fue Coordinador del Grupo de Estudios Religiosos en la Facultad de Humanidades en dicha universidad. Ha sido investigador en diversas instituciones cubanas de ciencias sociales, como el Centro de Estudios sobre Europa Occidental (CEEEO), el Centro de Estudios sobre América (CEA) y el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). Realizó actividades diplomáticas en Francia. Tiene una extensa obra plasmada en numerosos artículos, prólogos, ensayos, libros y ponencias presentadas en eventos académicos internacionales. Fue coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre Religión y Sociedad. Entre sus principales obras se hallan los libros *Iglesia y política en Cuba revolucionaria*, *El laberinto tras la caída del muro* y *La guerra de la paz*. Miembro de *Latin American Studies Association* y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Obtuvo el Premio Nacional de Ciencias Sociales en 2013. En la actualidad es subdirector de la revista *Casa de las Américas*.

Carlos Alzugaray Treto (1943). Politólogo, historiador y diplomático. Fue funcionario en el Ministerio de Relaciones Exteriores y ocupó cargos en diversas representaciones diplomáticas, entre ellas en Argentina y Canadá. Fue Embajador ante la Unión Europea, Vicerrector y profesor en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI). En la Universidad de La Habana tuvo desempeños como docente e investigador en el Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU). Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Miembro del Consejo Editorial de la revista *Temas*, de *Latin American Studies Association* y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Es autor de artículos, ensayos, libros y ponencias presentadas en eventos académicos internacionales. Ha realizado estancias investigativas y como profesor invitado en universidades americanas, europeas y asiáticas. Entre sus obras fundamentales se puede mencionar *Crónica de un fracaso imperial: la administración de Eisenhower y el derrocamiento de la dictadura de Batista*, *La administración Bush y la historia reciente de Estados Unidos: crisis hegemónica, sobredimensionamiento imperial o comienzo de la decadencia final*.

Jesús Arboleya Cervera (1947). Politólogo y ensayista. Doctor en Ciencias Históricas. Fue funcionario del servicio exterior e investigador en el Centro de Estudios sobre Asuntos de Seguridad Nacional y en la Universidad de La Habana, ha sido colaborador del Centro de Migraciones Internacionales (CEMI), del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHEU) y de la Facultad de Filosofía e Historia. Realizó misiones diplomáticas en Estados Unidos. Posee una amplia obra académica, visible en artículos, ensayos, libros y ponencias presentadas en eventos internacionales. Fue directivo en la Editorial Ocean Press/Ocean Sur. Ha colaborado de modo sistemático con medios de prensa alternativos y como profesor en la Universidad ARCIS, en Chile. Entre sus principales obras se hallan los libros *La contrarrevolución cubana*, *La Revolución del Otro Mundo: un análisis histórico de la Revolución Cubana y Cuba y los cubanoamericanos. El fenómeno migratorio cubano*. Es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Actualmente es Profesor titular Adjunto del Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI) y colaborador del Centro de Investigaciones de Política Internacional (CIPI). Obtuvo el Premio Internacional de Ensayo Pensar a Contracorriente en 2004 y el Premio Casa de las Américas en el género de ensayo histórico-social en 2013.

María del Carmen Barcia (1939). Historiadora, profesora e investigadora. Doctora en Ciencias Históricas. Ha ejercido la docencia y la investigación en la Universidad de La Habana y el Instituto de Historia de Cuba. Autora de un sinnúmero de artículos, ensayos, ponencias y libros. Ha participado en destacados eventos internacionales, realizado estancias como investigadora y profesora visitante en instituciones americanas y europeas. Entre sus obras fundamentales están *Élites y grupos de presión. Cuba 1878-1898*, *Historia de una sociedad en crisis: La Habana a finales del siglo XIX*, *Capas populares y modernidad en Cuba (1878-1930)*, y *La Otra familia: parientes, redes y descendencia de los esclavos en Cuba*. Miembro de *Latin American Studies Association* (LASA) y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Miembro de número de la Academia de la Historia de Cuba. Académica Titular de la Academia de Ciencias de Cuba y colaboradora de la UNESCO. Recibió el Premio Casa de las Américas en el género de ensayo histórico-social y el Premio Nacional de Ciencias Sociales, ambos en 2003, así como el Premio Nacional de Historia en 2005. En la actualidad es investigadora en la Casa de Altos Estudios “Fernando Ortíz” y Profesora de Mérito en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Carolina de la Torre (1947). Psicóloga, profesora e investigadora. Doctora en Ciencias Psicológicas. Profesora Titular. Ha sido docente en la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana e Investigadora en el Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”. Se ha dedicado al estudio del sentido social y crítico de la psicología como disciplina, a sistematizar la historia de esta disciplina en América Latina, y de modo muy especial al tema de la identidad de los cubanos. Ha desempeñado, entre otras responsabilidades, las de Presidenta y Vicepresidenta de la Sociedad de Psicólogos de Cuba, directora de la *Revista Cubana de Psicología* y presidenta del Tribunal Nacional de Grados Científicos en Ciencias Psicológicas. Autora de no pocos artículos, ensayos y ponencias sobre los mencionados temas, entre sus más importantes libros publicados se encuentran *Temas actuales de historia de la Psicología*, *Psicología latinoamericana: entre la dependencia y la identidad*, y *Las identidades: una mirada desde la psicología*.

María Isabel Domínguez (1958). Socióloga e investigadora. Doctora en Ciencias Sociológicas. Profesora Titular Adjunta de la Universidad de La Habana. Ha sido Académica Titular en la Academia de Ciencias de Cuba e Investigadora en el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS), del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, del cual fue además Directora. Ha coordinado programas

de investigación territoriales y nacionales sobre la juventud cubana, tema en el cual se ha especializado, en el contexto de los problemas generacionales, de género, identidad y otros aspectos relacionados con la estructura social en Cuba. Autora de numerosos artículos, ensayos y ponencias sobre dichos temas, así como de libros. Entre sus principales obras se encuentran *Las Investigaciones sobre Juventud, Lugar y papel de la juventud en la política de ciencia e innovación tecnológica en Cuba* y la compilación *La Sociedad Cubana Actual: Retos y Transformaciones*. Ha sido miembro del Tribunal Nacional Permanente para Defensas de Grados Científicos en Ciencias Sociológicas de la República de Cuba, de *Latin American Studies Association (LASA)* y del Consejo Directivo de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Ha sido profesora invitada e investigadora visitante en universidades americanas y europeas. Ha presentado trabajos en destacados eventos académicos internacionales.

Mayra Espina Prieto (1955). Socióloga, investigadora y profesora. Doctora en Ciencias Sociológicas. Fue investigadora y coordinadora de programas investigativos en el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. Autora de numerosos artículos, ensayos y ponencias sobre el tema de la estructura social y las desigualdades en la sociedad cubana, así como de varios libros. Ha ofrecido cursos y realizado estancias de investigación en instituciones americanas y europeas, así como participado con ponencias en múltiples eventos académicos internacionales. Miembro del Tribunal Nacional Permanente para Defensas de Grados Científicos en Ciencias Sociológicas de la República de Cuba, de *Latin American Studies Association (LASA)* y colaboradora de CLACSO. Entre sus principales publicaciones pueden mencionarse los libros *Changes in Cuban Society since the Nineties*, del cual fue coeditora (2005), y *Políticas de atención a la pobreza y la desigualdad. Examinando el rol del Estado en la experiencia cubana*, Agencia Suiza para la Cooperación y el Desarrollo. Es Profesora Titular Adjunta del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía e Historia en la Universidad de La Habana. En la actualidad es Oficial Nacional de Programa en la Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación (COSUDE).

Roberto Fernández Retamar (1930). Profesor, ensayista, crítico literario y poeta. Doctor en Filosofía y Letras. Es una de las figuras de mayor relieve en la cultura y el pensamiento social en Cuba. Participó en la creación de la Sociedad Cultural “Nuestro Tiempo” y obtuvo el Premio Nacional de Poesía en 1951. Luego del triunfo de la Revolución tiene una constante y decisiva presencia en las instituciones y publica-

ciones culturales. Fue colaborador, editor y directivo de varias revistas cubanas. Se ha desempeñado como profesor en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Realizó actividad diplomática en Francia. Ha sido diputado, miembro del Consejo de Estado y Presidente del Consejo Asesor de la Oficina del Programa Nacional Martiano. Miembro y directivo de la Academia Cubana de la Lengua. Autor de innumerables obras en el campo de la poesía, la crítica y la ensayística. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Es Director de la Casa de las Américas. En 1989 recibió el Premio Nacional de Literatura y en 2007 el Premio Nacional de Investigación Cultural. En 2008 fue merecedor del Premio ALBA de las Letras, por su consagración sostenida al engrandecimiento del patrimonio cultural de América Latina y el Caribe. Ha recibido además diversas órdenes, medallas y distinciones que otorga la República de Cuba en reconocimiento a su labor intelectual y compromiso con la nación.

Ambrosio Fornet (1932). Ensayista, crítico literario, editor y guionista de cine. Con una presencia constante como editor y directivo de importantes publicaciones culturales, ha contribuido de forma decisiva a pensar a Cuba, el proceso revolucionario y el entorno intelectual internacional. Ha auspiciado trabajos de lectura y recuperación de los autores cubanos de la diáspora, y desplegado una labor creativa y polémica de repercusión decisiva para la cultura nacional. Ha acuñado términos, como el de “quinquenio gris”, que han perdurado como herramientas intelectuales del pensamiento social cubano contemporáneo. Ha participado en incontables eventos internacionales académicos y culturales de relevancia internacional. Posee una extensa trayectoria ensayística y narrativa, palpable en una profusión de artículos, prólogos, ensayos, ponencias y libros, que incluyen antologías y colecciones. Entre sus principales obras están *El libro en Cuba*, *Narrar la nación* y *Rutas Críticas*. Es miembro de la Academia Cubana de la Lengua y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Recibió el Premio Nacional de Edición en 2002 y el Premio Nacional de Literatura en 2009.

Sergio Guerra Vilaboy (1949). Historiador y profesor. Doctor en Ciencias Históricas. Profesor Titular de la Universidad, donde dirige el Departamento de Historia, en la Facultad de Filosofía e Historia. Ha publicado más de trescientos artículos y ensayos sobre historia latinoamericana en diversas revistas cubanas y extranjeras. Ha dictado conferencias y cursos, así como participado en relevantes eventos académicos internacionales en múltiples universidades del mundo. Entre sus principales obras se hallan los libros *Cinco siglos de historiografía*

latinoamericana, El dilema de la independencia. Las luchas sociales en la emancipación latinoamericana, y Jugar con fuego. Guerra social y utopía en la independencia de América Latina, con el que obtuvo el Premio Extraordinario Bicentenario por la Emancipación Hispanoamericana, de Casa de las Américas, en 2010. Es Académico de número de la Academia de la Historia de Cuba y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). En la actualidad preside la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC).

Ernesto Che Guevara (1928-1967). Revolucionario, dirigente político, guerrillero e intelectual. Uno de los íconos del siglo XX. Nacido en Argentina, participa en las luchas armadas de liberación nacional que conducen al triunfo de la Revolución en Cuba, donde se inserta en la vida nacional ocupando diversas responsabilidades gubernamentales de alto nivel, como la Presidencia del Banco Nacional de Cuba y el cargo de Ministro de Industrias. Siendo un joven estudiante de medicina recién graduado, viajó por América Latina en dos recorridos que influyeron decisivamente en su desarrollo y formación, al permitirle encontrar el sentido de su vida: la Revolución. En 1954 estaba en Guatemala y presencié el derrocamiento del gobierno popular de Jacobo Arbenz por una invasión militar gestada y financiada por el gobierno de los Estados Unidos. En ese país, y posteriormente en México, se vinculó a los revolucionarios cubanos exiliados después del ataque al cuartel Moncada. Conoció a Fidel Castro, convirtiéndose de inmediato en uno de los expedicionarios que embarcarían hacia Cuba a luchar por su libertad. Los cubanos lo apodaron cariñosamente *Che*. En los dos años de la guerra de liberación en Cuba, se convirtió en uno de los más prominentes líderes de la revolución, ocupando altas responsabilidades durante la guerra y después del triunfo revolucionario. Siempre dejó claro su deseo expreso de continuar la lucha por la liberación de América Latina o cualquier tierra del mundo. Estuvo en el Congo en 1965 y en 1966 encabezó la lucha guerrillera en Bolivia donde fue herido, capturado y asesinado en octubre de 1967 por tropas entrenadas y armadas por Estados Unidos. Tuvo una intensa producción intelectual, plasmada en artículos, ensayos y crónicas. Entre las obras más significativas puede mencionarse *Pasajes de la guerra revolucionaria, El socialismo y el hombre en Cuba* y los célebres *Diarios en Bolivia*.

Julio Le Riverend Brusone (1912-1998). Historiador y economista. Nacido en España y educado en Cuba, donde residió, es reconocido como uno de los principales intelectuales cubanos especializados en el estudio de la historia de Cuba en sentido amplio, pero especialmente sobre aspectos de historia económica y la influencia de la caña de

azúcar en la configuración social del país. Estuvo vinculado a importantes instituciones culturales, como la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, dirigida por Emilio Roig, y la Sociedad Hispanoamericana de Cultura, promovida por Fernando Ortiz, así como a la Sociedad Económica de Amigos del País.

En 1941 obtuvo el Premio Especial “José Martí” en la Cátedra de Historia de las Doctrinas Sociales, de la Universidad de La Habana. Se desempeñó como profesor en la Universidad Central de Las Villas y en la Universidad de La Habana. Trabajó en el Banco Nacional de Cuba como Consejero del BANFAIC. Desempeñó el cargo de Director del Archivo Nacional de Cuba y del Instituto de Historia de Cuba. Formó parte de la Comisión Organizadora de la Academia de Ciencias de Cuba y representó al país en varias misiones en el extranjero de colaboración internacional. Fue Viceministro de Educación y Representante Permanente de Cuba ante la UNESCO. Dirigió la Biblioteca Nacional y fue miembro del Consejo de Dirección del Centro de Estudios Martianos. Entre sus principales obras se encuentran los libros *José Martí: pensamiento y acción*, *Historia económica de Cuba* y *Breve historia de Cuba*. Recibió diversas órdenes, medallas y distinciones que entrega la República de Cuba. En 1995 se le otorgó el Premio Nacional de Ciencias Sociales.

Fernando Martínez Heredia (1939). Filósofo, sociólogo e historiador. Fue miembro del grupo fundador del Departamento de Filosofía, Director de la revista *Pensamiento Crítico* y profesor en la Universidad de La Habana. Ha sido investigador en diversas instituciones cubanas de ciencias sociales, como el Centro de Estudios sobre Europa Occidental (CEEO), el Centro de Estudios sobre América (CEA) y el Instituto Cubano de Investigación Cultural “Juan Marinello”, del cual es Director en la actualidad. Realizó actividades diplomáticas en Nicaragua. Tiene una extensa obra plasmada en numerosos artículos, prólogos, ensayos, libros y ponencias presentados en eventos académicos internacionales. Entre sus principales obras se encuentran los libros *Che, socialismo y comunismo*, *Cuba, el horno de los noventa* y *Corrimiento al rojo*. Es miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Obtuvo el Premio Casa de las Américas en 1990 y el Premio Nacional de Ciencias Sociales en 2006.

Isabel Monal (1931). Filósofa, profesora e investigadora. Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora de Mérito de la Universidad de La Habana y Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Formó parte del Departamento de Filosofía en la Universidad de La Habana, donde permaneció como docente en la Facultad de Filosofía e His-

toria. Tuvo una participación activa en la lucha contra la dictadura batistiana y una inserción temprana en las instituciones y tareas de la Revolución Cubana. Fue Directora del Teatro Nacional de Cuba y funcionaria en la Oficina de la UNESCO en París. Investigadora en el Instituto de Filosofía del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente. Autora de numerosos artículos, ensayos y ponencias sobre temas de la historia de la filosofía, el pensamiento marxista cubano, latinoamericano e internacional, así como de varios libros, como autora y coautora. Ha impartido cursos y realizado estancias de investigación en universidades americanas y europeas. Entre sus principales obras se encuentran *Tres filósofos del centenario*, *José Martí: del liberalismo al democratismo antimperialista*, *Enajenación y revolución en el joven Marx hacia 1844*, *Las ideas en la América Latina* (en dos tomos) y *Filosofía e ideología en Cuba*. Ha recibido diversas condecoraciones, medallas y distinciones que otorga la República de Cuba y ocupado disímiles responsabilidades institucionales. En 1998 mereció el Premio Nacional de Ciencias Sociales.

Raúl Roa (1907-1982). Escritor, político y diplomático. Estudió Derecho, así como Filosofía y Letras. Figura prominente en la vida cultural y política de la sociedad cubana. Participó en las luchas estudiantiles contra los gobiernos neocoloniales corruptos y tuvo una temprana contribución intelectual mediante diversas publicaciones. Después del triunfo de la Revolución, fue Embajador de Cuba ante la Organización de Estados Americanos (OEA), a la que designó como “Ministerio de Colonias”, término que ha permanecido en el pensamiento político cubano y latinoamericano. También ejerció como Ministro de Relaciones Exteriores y Embajador ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Su larga e intensa actuación al frente de la diplomacia revolucionaria, y sus cruciales batallas en la sede de organismos internacionales en defensa de la soberanía de Cuba le hizo merecer el apelativo, ampliamente conocido, de *Canciller de la Dignidad*. Fue miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Autor de numerosos artículos, ensayos y escritos periodísticos. Entre sus principales obras, se hallan *Historia de las doctrinas sociales*, *En pie*, *Retorno a la alborada*, *Escaramuza en las vísperas* y *El fuego en la semilla del surco*, publicado póstumamente. Presidió la Conferencia Tricontinental, realizada en La Habana en 1966, y fue artífice de la integración de Cuba al Movimiento de Países No Alineados (MNOAL).

Carlos Rafael Rodríguez (1913-1997). Economista, político y ensayista. Tuvo una larga y activa actividad revolucionaria e intelectual. Fue fundador del Partido Socialista Popular. Luego del triunfo de la Revolución ocupó diversas responsabilidades como directivo del Periódico *Hoy*, el Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), la Comisión Nacional de Colaboración Económica y Científico Técnica. Fue representante permanente de Cuba en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), Viceprimer Ministro para el sector de Organismos Exteriores, miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, de su Secretariado y de su Buró Político. Fue Diputado y vicepresidente de los Consejos de Estado y Ministros. Realizó importantes tareas como experto y como diplomático en la proyección de la política exterior de Cuba y en específico, en la relación con Estados Unidos. Autor de numerosos escritos, entre los cuales sobresalen como obras fundamentales *Cuba en el tránsito al socialismo*, *Lenin y la cuestión colonial* y *Fundamentos estratégicos de la política exterior de Cuba*, así como los tres tomos del libro *Letra con filo*, donde se integra la totalidad de su obra. Recibió el Premio Nacional de Ciencias Sociales en 1995, junto a Julio Le Riverend.

Pedro Pablo Rodríguez (1946). Historiador e investigador. Doctor en Ciencias Históricas. Profesor Titular Adjunto de la Universidad Pedagógica “Enrique José Varona” y de la Universidad de La Habana, donde fue miembro del Departamento de Filosofía. Ha investigado y publicado numerosos artículos, ensayos y libros acerca de diferentes temas de historia y pensamiento social en Cuba, en particular sobre el movimiento patriótico del siglo XIX, la vida y obra de José Martí, Máximo Gómez y las relaciones con Estados Unidos. Ha ofrecido cursos y realizado estancias investigativas en instituciones americanas y europeas, así como participado en eventos académicos internacionales de relieve. Entre sus principales obras pueden nombrarse *De las dos Américas*, *El periodismo como misión (compilación de estudios sobre el periodismo de José Martí)* y ha dirigido la edición crítica de las *Obras Completas de José Martí*. En 2009 recibió el Premio Nacional de Ciencias Sociales, y en 2010 el Premio Nacional de Historia. Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Miembro del Tribunal Nacional Permanente para la Defensa de Grados Científicos en Ciencias Históricas de la República de Cuba, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), la Unión Nacional de Historiadores de Cuba (UNHIC) y la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC). En la actualidad es investigador del Centro de Estudios Martianos.

Germán Sánchez Otero (1945). Sociólogo, politólogo, ensayista y diplomático. Fue profesor en el Departamento de Filosofía y Coordinador del Grupo de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana. Funcionario y analista en el Departamento de América en el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, donde ocupó responsabilidades como Jefe de Sección. Embajador en la República Bolivariana de Venezuela durante quince años. Autor de numerosos artículos, ensayos y libros, en su mayoría referidos a procesos políticos revolucionarios contemporáneos en América Latina, incluyendo la Revolución Cubana y la Bolivariana. Entre sus principales obras se hallan el prólogo a la edición cubana de *Economía y Sociedad*, de Max Weber, y los libros *Che, sin enigmas. Mitos, falacias y verdades* y *Abril sin censura*. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC).

Juan Triana Cordoví (1954). Economista, profesor e investigador. Doctor en Ciencias Económicas. Ejerce la docencia como Profesor Titular en la Universidad de La Habana, donde fue Director del Centro de Estudios sobre la Economía Cubana (CEEC). Autor de artículos, ensayos, libros y ponencias presentadas en diversos eventos académicos internacionales. Ha realizado estancias investigativas y como profesor visitante en instituciones de varios países americanos, europeos y asiáticos. Entre sus principales obras se hallan *Reflexiones sobre la economía cubana, Cuba. Crecer desde el conocimiento* y *Cuba. Hacia una economía basada en el conocimiento*. Es miembro de *Latin American Studies Association* (LASA) y de la Asociación Nacional de Economistas de Cuba (ANEC).

Gilberto Valdés Gutiérrez (1952). Filósofo e investigador. Doctor en Ciencias Filosóficas. Profesor Titular. Se ha especializado en el estudio del pensamiento contemporáneo, los paradigmas emancipatorios y los movimientos sociales en América Latina, temas sobre los que ha escrito numerosos trabajos, principalmente artículos, ensayos y ponencias, muchos de los cuales ha reunido en ulteriores libros. Ha sido profesor en la Universidad de La Habana y en la Benemérita Universidad Benito Juárez, en Puebla. Ha tenido una presencia sistemática en eventos académicos internacionales y realizado estancias de investigación en diversos países de América Latina, así como en Estados Unidos. Presidió el Tribunal Nacional Permanente para Defensas de Grados Científicos en Ciencias Filosóficas de la República de Cuba. Actualmente es Investigador Titular y Subdirector del Instituto

de Filosofía del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, donde además coordina el Grupo América Latina, Filosofía Social y Axiología (GALFISA), del cual fue fundador.

Norma Vasallo Barrueta (1952). Psicóloga, profesora e investigadora. Doctora en Ciencias Psicológicas. Fue Vicedecana de Investigaciones, Posgrado y Relaciones Internacionales en la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana, donde labora actualmente como Profesora Titular y preside la Cátedra de Estudios sobre la Mujer. Ha investigado y ofrecido cursos en universidades de Europa, América del Norte y América Latina. Se ha dedicado al estudio de problemas de género y feminismo, con énfasis en la situación de la mujer en Cuba, desde el ángulo de la subjetividad. Ha escrito numerosos artículos, ponencias, ensayos y libros sobre el tema. Ha tenido una sostenida colaboración con *Latin American Studies Association* (LASA) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), participando en sus Grupos de Trabajo. Es coordinadora del Comité Académico del Programa de Maestría en Estudios de Género, y miembro del Consejo Universitario de Posgrado de la Universidad de La Habana.

SOBRE EL ANTOLOGISTA

Jorge Hernández Martínez (1949). Sociólogo, politólogo y profesor. Doctor en Ciencias Históricas. Profesor Titular en la Universidad de La Habana, donde ha integrado los claustros del Departamento de Sociología en la Facultad de Humanidades y de Filosofía Marxista en la Facultad de Filosofía e Historia. Ha impartido cursos de Teoría sociológica, Metodología de la investigación social y Sociología política. Se ha dedicado al estudio de la cultura política en Estados Unidos y las relaciones con América Latina, con especial referencia a temas como las ciencias sociales, hegemonía, y la seguridad nacional. Ha publicado artículos, ensayos, ponencias y libros sobre esos temas, participado en eventos académicos internacionales relacionados con ellos y realizado estancias de investigación o como profesor invitado en universidades americanas y europeas. Es miembro de *Latin American Studies Association (LASA)* y del Grupo de Trabajo de CLACSO “Estudios sobre Estados Unidos”. Fue Director de la Sección de Ciencias Sociales de la Comisión Nacional de Grados Científicos de la República de Cuba, Secretario del Tribunal Nacional Permanente para Defensa de Grados Científicos en Ciencias Históricas, y Presidente del Tribunal Nacional Permanente para Defensa de Grados Científicos en Ciencias Sociológicas. En la actualidad es Vicepresidente del Tribunal

Nacional Permanente para Defensa de Grados Científicos en Ciencias Políticas, Miembro del Consejo Técnico Asesor de la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro y Director del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana.

COLECCIÓN ANTOLOGÍAS DEL PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO [CUBA]

La oportunidad y el reto que plantearon la ardua labor de seleccionar entre decenas de ensayos y de ángulos visuales llevaron consigo el reconocimiento de que el producto final sería, necesariamente, incompleto. Bajo la comprensión de que el pensamiento social es reflejo de la realidad, y de que ésta es siempre compleja, cambiante, contradictoria, se trató de que los textos se detuvieran en determinadas etapas, procurando en lo posible un eslabonamiento entre ellas y los fenómenos principales que se fraguaban dentro de las contextualizaciones correspondientes y que los escritores —políticos, investigadores, profesores, sociólogos, filósofos, economistas, historiadores, críticos literarios— convirtieron en objeto de su atención.

La intención ha sido propiciar una unidad de lectura progresiva, a través de la cual se abordan cinco núcleos temáticos o grupos de ensayos, que abordan cuestiones, procesos, problemas, que guardan cierta coherencia o complementariedad, tanto en su expresión factual, en la realidad objetiva, como en la interpretación teórica, en la representación subjetiva que ofrecen los autores.

De la "Introducción" de Jorge Hernández Martínez.

Germán Sánchez Otero
Ernesto *Che* Guevara
Aurelio Alonso Tejada
Jesús Arboleya
Isabel Monal
Fernando Martínez
Heredia
Ambrosio Fornet
Carolina de la Torre
María del Carmen Barcia
Mayra Paula Espina Prieto
María Isabel Domínguez
Norma Vasallo Barrueta
Pedro Pablo Rodríguez
Juan Triana Cordoví
Raúl Roa
Carlos Rafael Rodríguez
Julio Le Riverend
Carlos Alzugaray Treto
Sergio Guerra Vilaboy
Roberto Fernández
Retamar
Gilberto Valdés Gutiérrez

Patrocinado por
 **Asdi**
Agencia Sueca
de Desarrollo Internacional

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

ISBN 978-987-722-126-8



9 789877 1221268